

Jerusalén

Selma Lagerlöf

Traducción de Caterina Pascual Söderbaum



Barcelona. Bogotá. Buenos Aires. Caracas. Madrid. México D.F.. Montevideo.
Quito. Santiago de Chile

Título original: *Jerusalem*

Traducción: Caterina Pascual Söderbaum

1ª edición: septiembre 2005

© Selma Lagerlöf 1901, 1902

© Ediciones B, S.A., 2005

Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

La traducción de este libro se ha llevado a cabo con la ayuda económica del Svenska Institutet.

Printed in Spain

ISBN: 84-666-1980-1

Depósito legal: B. 27.105-2005

Impreso por DOMINGRAF, SX.

IMPRESSORS

ADVERTENCIA

Este archivo es una copia de seguridad, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

y la siguiente...

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

Prólogo de la traductora

Una nebulosa noche de verano de 1880, es decir, un par de años antes de que el maestro construyese su templo y Hellgum regresara de América, el vapor de pasajeros galo *L'Univers* cruzaba el Atlántico en su travesía desde Nueva York a El Havre.

Así no arranca *Jerusalén*, el relato que el lector tiene en sus manos, pero la correspondencia de Selma Lagerlöf revela que inició su redacción tirando de ese hilo, el hundimiento de un vapor en el que viajaba una tal Anna Spafford, la Mrs. Gordon de la novela, quien no sólo sobrevivió a la mayoría de los seiscientos pasajeros y doscientos tripulantes de la nave, incluidos sus cuatro hijos, sino que, además, aquella noche espeluznante recibió un mensaje de Dios. Las grandes tragedias tienen ecos prolongados, y el efecto mariposa de ese naufragio ocurrido en medio del Atlántico acabará conmocionando a una diminuta población sueca dieciséis años más tarde.

En efecto. Eran treinta y siete los campesinos —diecisiete de ellos niños, la mayoría mujeres— que tras subastar sus granjas y todo cuanto de valor pudieran poseer, el día 23 de julio de 1896 abandonaron su terruño a lomos de caballos y carretas para iniciar un viaje sin retorno. El pueblo era Nås, una pequeña comunidad en el corazón de Dalecarlia, cuna de la nación y símbolo de lo sueco por excelencia, y su destino Jerusalén, la ciudad santa de Dios, según la Biblia que aquellos labriegos austeros y recalcitrantes conocían tan bien. En Jerusalén les esperaba Olof Larsson, el predicador Hellgum de la novela, y Anna Spafford, que, siguiendo el mandato de Dios, había fundado la American Colony, una comuna de cristianos que practicaban una especie de socialismo. Pero ante todo, lo que quizá les alentaba era el sueño de ver con sus propios ojos la ciudad de las siete puertas y las elevadas murallas, la Jerusalén descrita en las revelaciones del Apocalipsis, la dorada Sión. En los últimos días del siglo XIX eran muchos los que confiaban en que el nuevo siglo traería de vuelta al Mesías, y fueron a su santa tierra, también entonces convulsa y dividida, a esperar su llegada.

En una carta a Sophie Elkan, su «compañera en la vida y en la escritura» a quien está dedicada *Jerusalén*, Selma Lagerlöf escribe:

«Son una gente muy rara. Les había venido la inspiración de que debían marcharse, lo vendieron todo, alquilaron un barco en Gotemburgo y enviaron a un hombre a que comprara tierra en Jerusalén. Se encuentran muy a gusto, pero muchos mueren, aunque supongo que no les importa. Los turcos los aprecian y les protegen, pues nunca antes han conocido a occidentales que quieran trabajar. Allí viven en comunidad, todos los lazos matrimoniales están disueltos. Seguramente viven una vida conventual de celibato. Los esposos ya no forman una unidad. Pero se encuentran de maravilla.»

Una epopeya-río

Selma Lagerlöf tenía cuarenta y dos años y Sophie Elkan, en su época reputada escritora de un género por entonces nuevo, la novela histórica, hoy recordada únicamente por su relación con Lagerlöf, cuarenta y cinco cuando en marzo del año 1900 llegaron a Palestina para entrevistar a los protagonistas de aquel éxodo.

Aunque *Jerusalén* es la novela más documental de todas cuantas escribió Selma Lagerlöf, no es una novela realista; *Nås*, por ejemplo, no se menciona ni una sola vez, y la *American Colony* aparece bajo otro nombre. Marguerite Yourcenar, gran admiradora de *Jerusalén*, dice de ella que es «una epopeya-río, que surge de las fuentes mismas del mito.» Y Lagerlöf confirma que su estilo — sencillo y cristalino—, y la caracterización de los personajes —hombres y mujeres parcos, que se rigen por un código ético ancestral ligado a la tierra—, bebe de las sagas islandesas, los relatos tan admirados por Borges que, aunque escritos en el siglo XIII, narran en clave épica la emigración y las gestas de los campesinos noruegos a Islandia a mediados del siglo X. Y es que, curiosamente, el protagonista principal de lo que podríamos llamar saga de los Ingmarsson, es uno de los campesinos que no emigró, que en esa pugna entre la tradición y los nuevos tiempos que Lagerlöf retrata, obedece la voz de sus ancestros y toma el partido de la tierra. Los que se enfrentan son, de hecho, dos sistemas opuestos: el patriarcal que rige la vida en el campo desde tiempos inmemoriales, y el sistema igualitario e idealista, donde se ha abolido la propiedad privada, de la colonia Gordonista, en cierto modo, un matriarcado. Quien encabeza esta nueva vía es la hermana de Ingmar, Karin Ingmarsdotter, notable personaje que lidera el éxodo. En el corazón de este duelo entre hermanos, y en el centro del libro,

está la granja familiar que ha ido pasando de primogénito en primogénito, cuyo nombre obligado es siempre Ingmar, y que por su gran protagonismo, en esta versión castellana de la obra, en ocasiones aparece con su nombre propio original: Ingmarsgården.

Pero que nadie se asuste, lejos de ser una novela de ideas, *Jerusalén* es una historia de personajes vivos, llenos de cuitas, dilemas y pasiones. En última instancia, o tal vez, ante todo, *Jerusalén* contiene también una inolvidable historia de amor de la que aquí no se anticipará nada.

Dos partes y dos versiones

Jerusalén apareció en dos volúmenes por separado, en el primero, *Jerusalén. En Dalecarlia*, de 1901, se cuenta el trasfondo de ese éxodo a través de tres generaciones de Ingmarssons. El éxito de esa primera entrega fue rotundo, la elogiaron incluso aquellos que se habían mostrado contrarios cuando, diez años antes, con la carnavalesca *Saga de Gösta Berling*, el debut literario más sonado de la historia de Suecia, Selma Lagerlöf derrocó el realismo. El segundo tomo, *Jerusalén. En Tierra Santa*, apareció en 1902, y se tradujo a siete lenguas simultáneamente a su publicación en Suecia. *Jerusalén II* transcurre mayoritariamente en la antigua Palestina, donde tenemos ocasión de seguir los avatares de Karin Ingmarsson y el resto de los emigrantes. La recepción de la segunda parte fue más tibia y Selma Lagerlöf enseguida se puso a pensar en cómo mejorarla. Así, aprovechando una edición popular de sus obras completas en 1909, la modificó sustancialmente. La comparación de las versiones da por resultado dos relatos harto diferentes. Aparte de algunas grandes mejoras desde el punto de vista narrativo, como es la eliminación del primer capítulo, muy farragoso, y de algún personaje, lo que distingue la segunda versión de la primera es sobre todo el tono; la versión revisada introduce un pragmatismo moral del tipo «no hay mal que por bien no venga» del que carecía la versión de 1902, en la que las fuerzas destructivas del cambio son algo más gratuito y oscuro. Hay quienes sostienen que el nuevo tono de la obra se debería a un hecho decisivo en la vida de Selma Lagerlöf: en 1907 está ya en condiciones económicas de recuperar su Mårbacka natal, la finca familiar que se había ido a la ruina en manos de su padre y que tras la muerte de éste, su madre se había visto obligada a malvender. Mårbacka, con todo lo que representa de infancia idealizada y de pérdida traumática, constituye uno de los ejes del universo poético lagerlöfiano. En 1908 comenzaron las reformas de la deteriorada finca y

gran parte del premio Nobel que recibió en 1909 fue invertido en intentar realizar los sueños del padre difunto, es decir, convertir la propiedad en una rentable finca agrícola. A partir de 1910, Selma Lagerlöf viviría permanentemente en Mårbacka, cubriendo con los cuantiosos ingresos que le brindaba la literatura el déficit constante de sus actividades agrícolas.

Cuando al inicio de mi trabajo descubrí la existencia de las distintas versiones pensé que tal vez me encontraba ante un dilema: ¿qué versión seguir? Hay quien prefiere la primera versión, a pesar de algunos capítulos menos logrados. ¿Tiene un traductor derecho a elegir entre ellas? Pronto decidí que no, Selma Lagerlöf murió en 1940, es decir, treinta y un años después de hacer esos cambios, y a mi entender, eso obliga a considerar la última versión como la buena y definitiva. Así pues, el texto que he seguido es la versión de 1909 y no la de la primera edición.

Escribir como un niño

Cuando pienso en ti y en Heidenstam me doy cuenta de que soy un desastre, vosotros escribís como personas cultas, mientras que mi lenguaje es como el de un niño.

Le dice en una carta Selma a Sophie con una falsa modestia. Porque lejos de ser una limitación, el lenguaje de Selma Lagerlöf es deliberadamente simple, ese «como el de un niño» obedece a una voluntad programática: desde el principio quiso desmontar la densa fraseología prescrita por la norma masculina de su tiempo y este empeño la acompañó hasta el final. Tanto es así que en 1932, a los setenta y tres años, publica su supuesto diario de adolescencia, aparentemente redactado por una niña pero, en realidad, una creación literaria del género autobiográfico que acababa de salir del tintero. Muchos cayeron en la trampa, hasta hubo algún crítico que consideró que la Selma adolescente escribía mejor que la Selma monumento nacional, cosa que, dicen, divirtió sobremanera a la gran dama de las letras.

Bromas aparte, está claro que la prosa de Selma Lagerlöf modernizó el sueco, anticipándose a su época con frases cortas y con la soltura, espontaneidad y frescura del lenguaje hablado. El hábito de leer en voz alta del que siempre fue una apasionada practicante condicionó su escritura, con su tono oral, sus inversiones y repeticiones, y las pausas que permiten respirar. Otra prueba de que la simplicidad de estilo de Lagerlöf rompió los cánones de

su tiempo la encontramos en su discurso de recepción del premio Nobel, en el que, por cierto, parafraseaba el comienzo de *Jerusalén*, aquel en el que un Ingmar Ingmarsson imagina una visita a su padre en el cielo, y que con su tono humorístico, aparentemente modesto y familiar, rompió con la retórica convencional en estos casos. Cuenta Vivi Edström, cuyo magnífico y reciente estudio sobre la vida y la obra de Selma Lagerlöf ha sido una muy valiosa fuente de información, que la originalidad y fuerza de la capacidad creadora de Lagerlöf se demuestra una vez más en el hecho de que su discurso de agradecimiento a la Academia es el único de cuantos se han escuchado a través de los años que se ha hecho famoso.

Dicho esto, tentada estoy de borrar lo escrito sobre el verbo de Lagerlöf, porque, evidentemente, como traductora no faltan momentos de duda y de recelo hacia mi propio trabajo. Mi principal empeño a la hora de verter este vigoroso río de palabras a la lengua castellana ha sido mantener el ritmo y la nitidez originales. Ojalá lo haya conseguido. Otras cosas, en cambio, se han perdido por el camino. El sueco es un idioma cuya gramática y ortografía han evolucionado enormemente en los últimos cien años. Para un lector sueco, ciertas conjugaciones verbales, el uso de sustantivos hoy en desuso y de algunas grafías en el texto de Lagerlöf le confieren una pátina que apenas se percibe en la *Jerusalén* que yo propongo. Mi objetivo ha sido conferir, en lo posible, el efecto primigenio que la prosa de Lagerlöf tuvo en su tiempo, que como ya hemos dicho era el de un lenguaje limpio y moderno, y transmitir lo «poético» que ella ambicionaba siempre con su escritura.

Por otro lado, aunque los protagonistas de esta epopeya sean labriegos y más de la mitad del relato transcurra en la Suecia profunda, el sueco de *Jerusalén* es la lengua estándar, depurada de cualquier sonido dialectal. Unos pocos elementos, sin embargo, marcan la pertenencia a un ámbito rural. Estos marcadores se encuentran casi exclusivamente en los nombres propios que por un lado, como en la mayoría de culturas, se caracteriza por el uso de mote y sobrenombres, que en general he traducido al castellano, y por el otro, de elementos que no se prestan a transposiciones literales. Así, encontrar, o mejor dicho, decidirse por el equivalente de Stor Ingmar no ha sido fácil. Stor Ingmar significa literalmente Gran Ingmar, pero un Ingmar sólo puede llevar ese adjetivo unido a su nombre a partir del momento en que ante la comunidad demuestre, porque es la comunidad la que hace ese juicio de valor, su altura moral y su madurez personal. Aunque por temor a que «don Ingmar» sonara demasiado castizo he considerado otras opciones, como mantener el sobrenombre original, he acabado descartándolas. Stor Ingmar es impronunciable para un lector hispano, razón suficiente para rechazarlo. Además, considero una lástima desperdiciar un elemento que tanto semántica como fonéticamente se ajusta como un guante al nombre de estos taciturnos

patriarcas; escuche si no el lector: don Ingmar. De todos modos, para que ese uso no hiciera escorar el texto hacia una españolización abusiva, he limitado el uso del «don» a los diálogos, es decir, cuando es un personaje y no la voz narradora, quien se ve involucrado en ese juego cortés de autoridad y respeto que el «don» representa. En caso contrario, el «don» se ve sustituido por el patronímico Ingmarsson, distinción que también hizo Lagerlöf, aunque sin ser tan consecuente. En realidad, yo sólo he sistematizado una tendencia existente ya en el texto original.

Traducciones y versiones cinematográficas: La epifanía como recurso

Como ya se ha dicho, Jerusalén fue un éxito en todos los sentidos y se vertió a varias lenguas desde la primera edición. Cuando en 1909 Selma Lagerlöf reescribió la segunda parte, la obra ya se había editado siete veces en sueco. Tras recibir el premio Nobel ese mismo año y entrar en la Academia Sueca en 1914, como la primera mujer en ambos casos, las traducciones de sus obras no hicieron más que proliferar; así, hasta existe una versión en catalán del gran poeta novecentista Josep Carner, de 1919, aunque ésta sólo conste de «Los Ingmarsson», el preludio de *Jerusalén. En Dalecarlia*, que originariamente era una novela corta independiente y que Selma Lagerlöf decidió incorporar a la historia que acababa de concebir porque no se veía con ánimos para crear una nueva dinastía de labriegos cuando la de los Ingmarsson le había salido bordada.

En castellano, según me consta, sólo se ha traducido anteriormente la primera parte, *Jerusalén. En Dalecarlia*, aunque en dos versiones, la primera, a cargo de Pedro Llerena, es de 1910, y la segunda, de Vicente Díaz de Tejada, de 1925.

Entre 1925 y 1930 se traducen la mayoría de los títulos de Lagerlöf, y cabe especular si este *boom* no va estrechamente ligado a la historia del cine. Resulta que entre 1917 y 1924 se llevaron a la pantalla nada menos que siete obras de Lagerlöf, y no por unos artesanos cualesquiera sino por dos gigantes pioneros del cine mudo: Victor Sjöström, paisano de Lagerlöf que comparte su fascinación por los paisajes de Värmland, y el suecofinlandés Mauritz Stiller. Victor Sjöström consiguió extraer dos guiones de *Jerusalén. En Dalecarlia*; así, en 1919 aparece *Ingmarsönerna* o *La voz de los antepasados* y en 1920 *Karin Ingmarsdotter* o *el reloj roto*. Y en 1921 filma *La carreta fantástica*, basada en

Körkarlen (El cochero), de 1913, donde el motivo de la muerte representada como el conductor de una carreta ya aparece en *Jerusalén. En Tierra Santa*. El mismo año, 1921, Mauritz Stiller, famoso descubridor de Greta Garbo, llevó a la pantalla otras dos novelas: *Herr Arnes penningar o el Tesoro de Sir Arne [sid]*, considerada una obra maestra que contiene una de las imágenes más memorables de la historia del cine sueco, y en 1924 *La expiación de Gösta Berling*, que le abrió a Greta Garbo las puertas de Hollywood. Entre paréntesis, diremos que el descontento de Selma Lagerlöf ante ésta y otras versiones de sus relatos fue considerable.

La estrecha conexión entre el cine y las novelas de Selma Lagerlöf tiene su lógica, ya que la prosa de Lagerlöf es de una gran potencia visual; de hecho, el verbo «ver» resulta clave en su producción literaria, donde los personajes, a través de los ojos, no sólo ven el mundo de los sentidos sino, a menudo, viajan a las profundidades de la memoria y de su verdadero ser. Epifanía y revelación, pues. Es muy simbólico, entonces, que Ingmar Ingmarsson regrese del viaje iniciático a Tierra Santa, que liga las dos partes de la epopeya, con un ojo de menos: Ingmar Ingmarsson, como el dios nórdico Odín, cuyo ojo depositado en la fuente del pasado y del futuro todo lo sabe y todo lo ve, es, al final, un hombre que se conoce a sí mismo.

Versiones anteriores y Selma Lagerlöf en la actualidad

Las anteriores versiones al castellano de *Jerusalén* adolecen de males paradójicos, por una parte pecan de una excesiva literalidad, mientras que por otra abundan los malentendidos, los errores y las omisiones, especialmente de los pasajes descriptivos, que, francamente, no son tantos ni tan largos pero que, aun así, aparecen mutilados. Sin embargo, es estilísticamente donde se vuelve más necesaria una nueva versión, una que intente reflejar el genio narrativo de Selma Lagerlöf, que si algo sabía, era poner un adjetivo tras un sustantivo con un incuestionable sentido del ritmo, de la ironía y del detalle.

La obra de Selma Lagerlöf, después de gozar de fama internacional, como castigada por el peso de su popularidad cae en desgracia, es desvirtuada y acaba enterrada bajo una espesa capa de prejuicios que, en el peor de los casos, identifican el «sello» Lagerlöf con una literatura de tercer orden, aburrida y burguesa, de una ingenuidad apta para abuelitas cristianas, y en el mejor con literatura infantil. Probablemente, eso explique que entre los pocos títulos traducidos al castellano domine el que relata las maravillosas aventuras de *Nils*

Holgersson, que se ha editado y reeditado, tanto en castellano como en catalán, varias veces durante las últimas décadas, siempre en colecciones de literatura juvenil. Vale decir que no siempre las traducciones son directamente del sueco sino de otras lenguas, como el noruego o el alemán.

Aunque los académicos nunca hayan renegado de ella, es a partir de la década de 1980 del pasado siglo, donde en Suecia, con el auge de la teorías literarias feministas, resurge un dinámico interés por Lagerlöf. Entre muchos otros ejemplos, se afirma que ya en 1891, con su primera novela, *La saga de Gösta Berling*, Selma Lagerlöf se había anticipado en casi un siglo al realismo fantástico de *Cien años de soledad*. Un hecho de notable relevancia para la progresiva actualidad que Selma Lagerlöf está adquiriendo en Suecia, supuso la publicación en 1992 de gran parte de la correspondencia que mantuvo con Sophie Elkan, la cual permite conocer no sólo su personalidad y vida íntima, sino también entrar en el taller de la artista. Ha sido como abrir las ventanas de una casa abandonada, el fantasma de la ingenua solterona que cuenta moralizantes historias para niños se lo lleva el viento. Selma Lagerlöf, aunque autodidacta como la mayoría de las mujeres de letras de épocas pasadas, no era ninguna diletante, su vocación para la escritura le llegó de niña y a ella dedicó íntegramente toda su vida. Los logros que consiguió no fueron fortuitos, Lagerlöf tenía una sólida base en los clásicos —la Biblia, las sagas islandesas y Dickens, entre otros, fueron algunos de sus principales maestros—, y ya antes de debutar y de entrar en la Academia Sueca, seguía las corrientes y debates literarios de su tiempo.

En 1996, el danés Bille August realiza una nueva versión cinematográfica de *Jerusalén* que si algo consigue, aparte de poner de manifiesto la vigencia del relato que le sirve de base, es devolverle a la historia algo del tono de la primera versión. Si en Escandinavia, fuera de las aulas, poco a poco emergen entusiastas y asombrados lectores de Selma Lagerlöf entre las nuevas generaciones, también tiene lectores en los lugares más insospechados, y así, en su discurso de agradecimiento, el premio Nobel de 1994 Kenzaburo Oe confesó que si alguien le había enseñado cómo hacer mitología de su terruño japonés, ésta era Selma Lagerlöf. Da la impresión de que su buena estrella, en la que ella tanto creía, vuelve a ascender. Esperemos que esta última y, por primera vez, completa traducción al castellano contribuya a impulsar su movimiento.

Agradecimientos

Gracias a la editora Cristina Hernández Johansson, que ha tenido la audacia no sólo de atreverse a recuperar este clásico olvidado sino de poner su confianza en mí. Gracias al Instituto Sueco, cuyo apoyo económico y moral ha contribuido a realizar este proyecto. Un agradecido saludo también a Vivi Edström y Birgitta Holm, que con sus formidables y creativos ensayos contribuyen a difundir la obra de Selma Lagerlöf y que son una fuente de inspiración. Muchas de las referencias que aparecen en este prólogo provienen del magno estudio *Selma Lagerlöf, livets vågspel* que Vivi Edström, tras una larga lista de otros libros y ensayos sobre Lagerlöf, publicó en 2002. Gracias a Marika Gedin, Jonio González, Anna Holmén, Hansi Linderöth, Monica Pascual Söderbaum y Birgit Wistedt que desde Estocolmo y Uppsala hasta Barcelona, pasando por Bruselas, se han prestado a ayudarme a resolver muchas de mis dudas. Gracias finalmente, a mi familia, Quim, María, Clara, Aida y Rita, por tener tanta paciencia conmigo.

CATERINA PASCUAL SÖDERBAUM

*A Sophie Elkan,
mi compañera
en la vida y en la escritura*

JERUSALEM

- I Kristna kvarterot
- II Armeniska "
- III Muhammedanska "
- IV Judiska kvarterot
- V Haram esch-scherif
(Den forna tempelplatsen)
- 1. Jafaporten
- 2. Damaskusporten
- 3. Herodesporten
- 4. Stefanusporten
- 5. Gyllene porten
- 6. Dymusporten

- 7. Sionporten
- 7a. Abduh Hamids port
- 8. Muristans kv. I
- 9. Va dolerosa kv. III
- 10. Davidsgatan kv. I III IV
- 11. Judarnas klagoplatz kv. IV
- 12. Stora basaren kv. I III
- 13. Nya basaren kv. I
- 14. Eskiadammen kv. I
- 15. Birket Israin kv. III
- 16. Sarav kv. III
- 17. Otarrik pilgrimskan kv. II

- 18. Prens Johannärbirgget kv. I III
- 19. Cicerlingstapellet kv. II
- 20. Rothchilds sjukhus
- K = Kristna kloster:
- 21. Stora armeniska kloster kv. II
- 22. Stora grekiska kloster kv. I
- 23. Nya " " kv. I
- 24. Koptiska kloster kv. I
- + = Kristna kyrkor:
- 25. Heliga gravens kyrka kv. I
- 26. Friska Birgarkyrkan kv. I
- 27. Engelska Kristuskyrkan kv. II

- 28. Franska St. Annakyrkan kv. III
- 29. Armeniska St. Jakobskyrkan
- J = Moskéer:
- 30. El Aksa kv. V
- 31. Kibbet es-sachra kv. V
- 32. Omars moské kv. I
- S = Synagofer kv. II IV
- *** Kristna begravningsplatser
- Judiska "
- Muhammedanska "



Skala: 1:18 000

..... Upphöjda sträckor af gamla muren,

0 100 200 300 400 500 meter
..... Gamla murens ursprungliga lög, s. i. Dulla

LIBRO I
EN DALECARLIA

INTRODUCCIÓN

Los Ingmarsson

I

Era un hombre joven el que una mañana de verano iba labrando su barbecho. Hacía un sol magnífico, la hierba estaba empapada de rocío y el aire tenía una frescura que palabra alguna podría describir. Los caballos, algo ebrios por el aire matinal, arrastraban el arado como en un juego, su trote era muy distinto del acostumbrado y el hombre casi tenía que correr para poder seguirlos.

La tierra giraba untuosa y oscura bajo el arado, brillando de grasa y humedad, y el que empujaba la reja se alegraba de poder sembrar centeno en ella muy pronto. «¿Cómo es posible que a veces me cree tantos problemas y la vida me parezca tan dura? —se preguntaba—. ¿Acaso es necesario algo más que un poco de sol y buen tiempo para sentirse dichoso como un angelito de Dios en los cielos?»

Esto sucedía en un valle profundo, bastante ancho, dividido en múltiples cuadrículas de tonos ocre y amarillo verdoso, donde, además, destacaba el verde de los pastos de trébol segado, el color rojizo de los patatales en flor y el azul de parcelas de lino cuyas flores eran sobrevoladas por infinidad de mariposas blancas. Como último retoque a la perfección del conjunto, en medio del valle se alzaba una antigua e imponente casa de labor con muchas dependencias de madera grisácea y una magnífica vivienda pintada de rojo.¹

¹ Se refiere al denominado «rojo de Falun», pintura mineral con propiedades conservantes con la que tradicionalmente se pintan las casas rurales de la región sueca de Dalecarlia donde

Había dos perales sin podar junto a la fachada lateral, un par de abedules jóvenes flanqueando la entrada, grandes pilones de leña en la explanada verde del patio y varios almiarres enormes tras la hilera de establos. Era igual de hermoso ver aquel predio recortándose contra la lisura de los campos que contemplar un gran buque cuyos mástiles y velas se elevan sobre la ancha superficie del mar.

«¡Y con esta finca que tienes! —pensó el que labraba—. Sólidamente construida y con buen ganado, caballos muy dispuestos y sirvientes leales que valen su peso en oro. Eres tan rico como el que más y nunca tendrás que vivir con el temor de caer en la miseria.

»Tampoco es la pobreza lo que me asusta —respondió a su propia reflexión—. Con ser tan honrado como lo fueron mi padre y mi abuelo me basta.

»Ojalá no me hubiese dejado llevar por estos pensamientos —continuó diciéndose—, porque estaba muy contento hace un momento. Sólo añadiré que en tiempos de mi padre todos los vecinos se regían según su calendario: la misma mañana que él daba comienzo a la siega se ponían también ellos a segar, y el mismo día que los Ingmarsson labrábamos el barbecho de nuestra finca todas las casas del valle hincaban su arado en la tierra. En cambio, yo ya llevo varias horas labrando sin que nadie se haya puesto ni a afilar la reja siquiera.

»Creo que he manejado esta finca tan bien como cualquiera de los que han llevado el nombre de Ingmar Ingmarsson antes que yo. Me pagan el heno mejor a mí que a mi padre, y las zanjas que yo hago son mucho más profundas que las que atravesaban los campos en su época. Y otra gran verdad es que yo no castigo tanto el bosque como él, que lo talaba todo y luego quemaba la tierra para roturarla.

»Hay veces en que me resulta muy duro —reflexionó—, no siempre me lo tomo con tanta filosofía como hoy. En tiempos de mi padre y el abuelo se decía que la estirpe de los Ingmar llevaba tantos años en la tierra que para ellos los designios de Dios no eran ningún secreto y la gente sencillamente les suplicaba que gobernaran la parroquia. Eran ellos quienes nombraban tanto al pastor como al sacristán, quienes decidían cuándo había que limpiar el río y dónde había que edificar la escuela. En cambio, a mí nadie me pide consejo, y no hay nada sobre lo que yo tenga derecho a decidir.

transcurre la acción. Aunque su fórmula es específica de la zona y se obtiene desde el siglo XVII a partir de óxido de hierro y productos del cobre extraído de las famosas minas de cobre de Falun, capital de Dalecarlia, es el almagre u óxido de hierro el que le da su característico color rojo oscuro. (N. de la T.)

»De todos modos, es curioso lo llevaderas que se hacen las preocupaciones a esta hora de la mañana. Ahora mismo, hasta podría reírme de todo el asunto. Pero me temo que las cosas se pondrán más feas que nunca cuando llegue el otoño. Si hago lo que estoy pensando hacer, ni el pastor ni el juez me darán su apretón de manos a las puertas de la iglesia los domingos, cosa que no han dejado de hacer hasta el momento; tampoco me elegirán como miembro del Consejo de Beneficencia y ya puedo ir olvidándome de convertirme en mayordomo de la iglesia.»

No hay como seguir los surcos que va dejando un arado, ora arriba ora abajo, para poder pensar. Uno está solo y no hay nada que le distraiga, aparte de las cornejas que recorren la aradura buscando lombrices. Aquel joven juraría que alguien susurraba ideas en su oído, tal era la facilidad con que surgían en su mente. Y como rara vez discurría con semejante agilidad y lucidez, se sentía contento y animado. Empezó a pensar que se preocupaba innecesariamente, hasta llegó a decirse que nadie le exigía que provocara su propia desgracia.

Pensó que, si aún viviese, le habría planteado a su padre la cuestión que le angustiaba, como solía hacer siempre que se trataba de un asunto difícil. No tener a su padre a mano para pedirle consejo le impacientó.

«Si supiera el camino —se dijo con una sonrisa y regocijándose ante la mera idea—, iría a verlo. Me pregunto qué diría don Ingmar,² mi padre, si un día me presentase ante él. Me lo imagino dueño de una importante finca con muchos campos y pastizales y grandes dependencias, y un ganado robusto de raza parda, nada de reses negras y abigarradas, como lo quería aquí abajo. Entonces, cuando entrara en la sala grande...»

El labriego se paró de golpe en medio del campo. Miró a lo alto y se echó a reír. La idea le proporcionaba un placer inmenso y se dejó arrastrar por ella; al final, ya ni sabía si seguía en este mundo, puesto que de pronto le pareció que estaba en el cielo con su padre.

«Entonces, al entrar yo en la sala grande —continuó imaginando—, veo una gran cantidad de labriegos sentados a lo largo de las cuatro paredes, todos de cabellos gris rojizo y cejas blancas y un labio inferior muy grueso y tan parecidos a padre como gotas de agua. Cuando me doy cuenta que ahí dentro hay tanta gente me entra vergüenza y me quedo en el umbral. Pero padre está sentado a la cabecera de la mesa y apenas me distingue dice: "¡Bienvenido seas, Ingmar hijo!", y luego viene hasta mí. "Me gustaría hablar unas palabras con usted, padre", le digo, "pero aquí hay mucha gente que no conozco". "Bah, pero si son todos de la familia", dice padre, "cada uno de estos hombres ha vivido en

² Stor Ingmar en el original. *Stor Ingmar* significa literalmente «Gran Ingmar»; en contraposición, el hijo es llamado afectuosamente con el diminutivo *Lill Ingmar* («Pequeño Ingmar»). Por razones que se explican en el prólogo, estos nombres aparecen en el texto como don Ingmar e Ingmar hijo. (*N. de la T.*)

Ingmarsgården³ y el más viejo es de los tiempos de Maricastaña". "Bueno, pero de todos modos me gustaría hablar unas palabras con usted a solas."

»Entonces, padre mira alrededor pensando en si ir a la recámara; pero como sólo se trata de mi persona, se dirige a la cocina. Allí, padre toma asiento en el hogar de la chimenea y yo en el tajo. "Menuda finca tiene usted aquí, padre", le digo. "No está mal", responde él. "¿Y por Ingmarsgården cómo van las cosas?" "Ahí nos va bien", contesto, "el año pasado nos pagaban tres reales por un quintal de heno". "¿Es posible, hijo?", dice. "No habrás venido hasta aquí para burlarte de mí, ¿eh?"

»"Pero a mí me va mal", continúo, "no paro de oír que usted, padre, era sabio como nuestro Señor; en cambio, a mí nadie me pide consejo". "¿No estás metido en el ayuntamiento?", me pregunta el viejo. "No estoy ni en el consejo escolar, ni en el consejo parroquial ni en el ayuntamiento." "¿Qué mal has hecho, Ingmar hijo?" "Bueno, dicen que el que ha de gobernar a otros antes debe demostrar que sabe gobernarse a sí mismo."

»Entonces imagino que el viejo baja la vista y se queda callado meditando. "Tienes que procurar casarte, Ingmar, y tener una buena esposa", me dirá sin duda al cabo de un rato. "Pero es eso justamente lo que no puedo hacer, padre, contesto yo; "en toda la parroquia no hay un granjero suficientemente pobre para que quiera darme a su hija". "A ver, Ingmar hijo, explícame despacio, cómo cuadra todo esto", dice padre muy clemente.

»"Pues mire usted, padre, hace cuatro años, el mismo año en que me hice cargo de la finca, pedí la mano de Brita de Bergskog." "Un momento", me interrumpe, "¿tenemos algún pariente en Bergskog?". Es como si no recordara nada concerniente a los asuntos de aquí abajo. "No, pero son gente acomodada y supongo que usted se acordará de que el padre de Brita es diputado." "Todo lo que quieras, pero tendrías que haberte casado con alguien de la familia, así tendrías una mujer que conocería las viejas costumbres." "Tiene usted toda la razón, padre, de eso ya me he dado cuenta."

»Luego tanto él como yo permanecemos callados un rato; al cabo dice: "Supongo que sería de buen ver, ¿verdad?" "Sí", respondo, "es morena de ojos claros y mejillas sonrosadas. Pero también es muy trabajadora, así que madre estaba contenta de que la tomase por esposa. Habría salido bien de no ser que ella no me quería". "¿Como si le importase a alguien lo que quiera una mocosa como ésa!" "Fueron sus padres los que la obligaron a aceptarme." "¿Cómo sabes tú que la obligaron? Estoy seguro de que estaba muy contenta de haber atrapado un buen partido como tú, Ingmar hijo, un Ingmarsson."

³ *Ingmarsgården* significa «Granja de Ingmar». Debido al protagonismo de esta finca en la novela, a veces aparece con el nombre original. (N. de la T.)

»"De eso nada, contenta no estaba, pero de todos modos se leyeron las amonestaciones y se fijó el día de la boda, y Brita se vino a vivir a la finca ya antes de casarnos para que pudiese ayudar a madre, pues la verdad es que a madre empiezan a pesarle los años." "No veo nada de malo en todo esto, Ingmar hijo", dice padre como queriendo animarme.

»"Pero es que ese año no creció nada en los sembrados, las patatas se malograron totalmente y las vacas se pusieron enfermas, así que madre y yo decidimos aplazar la boda un año. Vea usted, con las amonestaciones leídas no pensé que el casamiento tuviera tanta importancia; pero imagino que esa forma de pensar es muy anticuada." "Seguro que una que fuera pariente nuestra habría sabido resignarse a esperar", dice padre. "Seguro que sí", contesto yo; "ya me di cuenta de que a Brita no le gustó que retrasásemos la boda; pero es que, sabe usted, a mí me pareció que no podíamos permitirnoslo. Como tuvimos funeral esa primavera... Y como no queríamos sacar dinero del banco...". "Sí, hiciste bien en esperar", dice padre. "Pero me preocupaba que a Brita la disgustara tener que celebrar el bautizo antes que la boda." "Lo primero es asegurarse de que uno tiene con qué pagarla."

»"Brita se volvía más rara y taciturna cada día y yo no podía dejar de preguntarme qué le pasaba. Pensé que añoraba a los suyos, siempre se había sentido muy unida a su casa y sus padres. 'Ya se le pasará', pensaba yo, 'cuando se acostumbre. Con el tiempo acabará gustándole vivir en Ingmarsgården'. Me armé de paciencia un tiempo; pero un día le pregunté a madre que por qué Brita estaba tan pálida y tenía tanta rabia en los ojos. Madre dijo que era porque estaba esperando un hijo y que volvería a ser la de antes en cuanto lo hubiese tenido. En mi fuero interno yo me figuraba que lo que rumiaba Brita era que yo hubiese aplazado la boda; pero tenía miedo de preguntárselo. Ya sabe, padre, que usted siempre decía que el año que yo me casara habría de ser el año en que se pintara de rojo la casa. Y esa pintura yo no podía pagarla. 'Todo se arreglará el año que viene', pensaba yo."»

El que iba labrando movía los labios. Estaba tan sumido en sus propios pensamientos que hasta le parecía ver el rostro de su padre ante sus ojos. «No hay más remedio que exponérselo todo muy francamente a padre —pensó—, para que pueda aconsejarme bien.

»"Así pasó todo el invierno, y a menudo pensé que si Brita no dejaba de sentirse tan desgraciada mejor sería renunciar a ella y mandarla de nuevo con los suyos a Bergskog; pero también para eso era demasiado tarde. Hasta que llegó el mes de mayo y una noche nos dimos cuenta de que se había escabullido de la casa. Estuvimos toda la noche buscándola y a la mañana siguiente una de las criadas la encontró."

»Aquí me cuesta decir algo más así que me callo y entonces padre me pregunta: "¡Por Dios, no me dirás que estaba muerta!" "No, ella no", respondo, y

Padre oye cómo me tiembla la voz. "¿Y la criatura, había nacido?", pregunta padre. "Sí", digo, "pero ella la había estrangulado. La tenía muerta a su lado". "Eso es que no estaba del todo cuerda desde el principio." "Ya lo creo que estaba cuerda," replico. "Lo hizo para vengarse de mí, porque yo la tomé por la fuerza. Aun así, me dijo que no lo habría hecho si yo me hubiese casado con ella; pero como no lo hice pensó que si yo no quería tener un hijo con honra tampoco lo tendría sin honra." Padre, desolado, se queda sin habla. "¿Te hubiera hecho ilusión ese hijo, Ingmar hijo?", me pregunta por fin. "Sí", le contesto. "Lástima que te tocara en suerte una mala mujer."

»"Estará en la cárcel, supongo", dice padre. "Sí, la condenaron a tres años." "¿Y por eso nadie quiere darte a su hija?" "Sí, pero yo tampoco he pedido la mano de nadie." "¿Y es por esto que no tienes ninguna autoridad en la parroquia?" "Opinan que Brita no se merecía una suerte así. Dicen que si yo hubiese sido un hombre juicioso como usted habría hablado con ella y habría comprendido qué le amargaba la existencia." "Tan sencillo no es; para un varón no es sencillo entender a una mala mujer."

»"No, padre", digo, "Brita no era mala sino orgullosa". "Viene a ser lo mismo", contesta padre.

«Cuando me doy cuenta de que padre intenta ponerse de mi parte, digo: "Muchos piensan que yo podría habérmelas apañado para que lo único que se supiese es que la criatura nació muerta." "¿Y por qué no habría ella de pagar su crimen?", protesta él. "En la época de usted, según dicen, usted se habría encargado de que la criada que la encontró callara la boca y así no se habría sabido nada." "¿Y entonces tú te habrías casado con ella?" "No, entonces yo no habría tenido por qué casarme con ella. Al cabo de un par de semanas la habría mandado a casa de sus padres y habría anulado el compromiso, ya que la disgustaba tanto vivir aquí." "Es posible que estén en lo cierto; pero no pueden pedir que tú, que eres joven, tengas el tino de un viejo."

»"Todo el pueblo opina que me he portado mal con Brita." "Pero ella se ha portado peor haciendo caer en desgracia a gente honrada." "Sí, pero fui yo quien la tomó por la fuerza." "De eso tendría que alegrarse y nada más", replica él.

»"Así pues, ¿no piensa usted que sea culpa mía que ella esté en la cárcel, padre?" "Mi opinión es que en la cárcel está por culpa suya." Entonces yo me levanto y digo despacio: "Entonces ¿usted opina que no debo hacer nada por Brita cuando salga en otoño?" "¿Qué podrías hacer? ¿Casarte con ella?" "Sí, supongo que es lo que debería hacer." Padre me mira un rato y luego pregunta: "¿La quieres?" "No; mató todo el amor que yo sentía." Entonces padre deja caer los párpados y se pone a cavilar en silencio.

»"Mire, padre, no puedo quitarme de la cabeza que he causado una desgracia", digo. El anciano permanece inmóvil sin responder. "La última vez

que la vi fue en el juzgado. Se la veía muy dócil y lloró mucho por haber perdido al niño. No dijo nada malo contra mí, toda la culpa la asumió ella sola. Fueron muchos los que lloraron, padre, y hasta al juez casi se le escapaban las lágrimas. Por eso sólo la condenó a tres años."

»No obstante, padre sigue sin decir nada.

»"En otoño, cuando la suelten, lo pasará muy mal si tiene que volver a su casa", añadió. "En Bergskog no se alegrarán de su presencia que digamos. Según ellos, ella les ha deshonrado, y quién sabe si no se lo echarán en cara abiertamente. Su destino será estar metida en casa para siempre, no podrá ni arriesgarse a ir a misa. Será muy duro en todos los sentidos."

»Padre no responde.

»"Para mí no sería fácil casarme con ella", digo. "A quién que sea dueño de una finca importante puede agradecerle tener una esposa a quien gañanes y criadas mirarán por encima del hombro. A madre tampoco le gustaría. Además, no creo que pudiéramos seguir invitando a propietarios y gente de categoría ni a bodas ni a funerales."

»Padre sigue callando.

»"Verá usted, en el juzgado intenté ayudarla lo mejor que pude.

Le dije al juez que la culpa era toda mía por haberla forzado. También afirmé que para mí era tal su inocencia, que en el mismo momento en que ella mudase sus sentimientos hacia mí, yo me casaría con ella. Dije eso para que le cayera una pena más leve. Pero aunque me ha escrito dos cartas, no hay nada que indique que su talante haya cambiado. Así pues, comprenderá usted, padre, que ese discurso no me obliga al matrimonio."

»Padre permanece sentado, cavilando en silencio.

»"Ya sé que esto es interpretar los hechos según el criterio de los hombres y que nosotros los Ingmarsson siempre hemos intentado congraciarnos con nuestro Señor. Pero a veces pienso que quizá nuestro Señor no estaría de acuerdo en que una asesina se viera tan favorecida."

»Y padre que no deja de callar.

»"Padre, no olvide lo difícil que resulta ver cómo alguien sufre un tormento y no procurar ayudarlo. Es posible que toda la parroquia piense que obro mal; pero estos años me han sido demasiado amargos para que no intente hacer algo cuando la pongan en libertad."

»Y padre inmutable, sin pestañear siquiera.

»Entonces, casi con lágrimas en los ojos, digo: "Vea usted, soy un hombre joven y es mucho lo que pierdo si me quedo con ella. Ya antes les parecía que obré mal, ¿qué no van a decir después de esto?"

»Aun así no consigo que padre diga algo.

»"Por otra parte, he pensado que resulta curioso que nuestra familia haya podido conservar la finca durante decenas de generaciones mientras todas las

otras fincas han ido cambiando de dueño. Y entonces me digo que eso tiene que deberse a que los Ingmarsson siempre hemos buscado comprender la Providencia divina. Nosotros los Ingmarsson no debemos temer el juicio de los hombres, sólo basta con seguir los caminos de Dios."

»Entonces el anciano alza finalmente los ojos y dice: "Es una cuestión harto complicada, Ingmar. Creo que voy a entrar a consultarlo con el resto de los Ingmar." A continuación, padre entra en la sala grande y yo me quedo ahí sentado. Y ahí me quedaré esperando y esperando sin que él regrese. Así que, cuando haya esperado durante muchas horas, me cansaré y entraré a buscarlo. "¡Ten paciencia y aguarda ahí fuera, Ingmar hijo!", ordena padre. "Es una cuestión muy complicada." Y entonces veo que todos los ancianos están sentados con los ojos cerrados, cavilando. Mientras, a mí me toca esperar y esperar y supongo que todavía espero.»

Con una leve sonrisa en los labios, siguió caminando tras el arado que ahora avanzaba muy lentamente, como si los caballos necesitaran descansar. Cuando llegó al borde de la zanja, tiró de las riendas y las mantuvo así, refrenando los animales. De repente se había puesto muy serio.

«Es curioso, pero cuando le pides consejo a alguien, en el momento mismo de pedirlo incluso, descubres qué es lo correcto y de repente ves con claridad lo que no has podido esclarecer en tres años enteros. Así que ahora se hará lo que Dios quiera.»

Sintió que debía cumplir con lo que se había propuesto y, al mismo tiempo, lo que tenía ante sí le pareció tan penoso que su valor se fue agotando mientras lo pensaba.

—¡Que Dios me ampare! —dijo.

Pero Ingmar Ingmarsson no era el único que estaba en pie a primeras horas de la mañana. Caminando por un sendero que serpenteaba entre los sembrados, venía un hombre mayor. No costaba adivinar su oficio ya que llevaba al hombro una brocha de mango largo e iba salpicado de manchas rojas de almagre desde la gorra hasta la punta de los zapatos. Echaba frecuentes vistazos alrededor, como suelen los pintores de exteriores que siempre están buscando granjas sin pintar o cuya pintura esté descolorida y desgastada por la lluvia. Le parecía ver ora uno ora otro edificio de su conveniencia, pero le costaba decidirse. Finalmente, llegó a lo alto de una loma y divisó el predio de los Ingmarsson, el cual destacaba con su magnífica extensión en medio de la planicie del valle. «¡Santo Cielo!», exclamó el viejo deteniéndose en seco por la alegría, y pensó: «Ese caserón no lo han pintado en cien años, la madera está totalmente ennegrecida por la edad, y las dependencias no conocen la pintura. ¡Y será que no hay muchas ni nada! —se entusiasmó—. ¡Aquí hay trabajo hasta principios de otoño!»

Apenas había recorrido un pequeño trecho cuando distinguió a un hombre que empujaba un arado. «Ahí tenemos a un labriego que vive por aquí y conoce estos pagos —se dijo el pintor—. Él me dirá lo que necesito saber acerca de esa finca.» Se desvió del sendero, entró en el barbecho y le preguntó a Ingmar qué predio importante era ése y si él creía que le permitirían darle una mano de pintura.

Ingmar Ingmarsson se estremeció y lo miró como si fuera un espectro. «Pero si es un pintor —pensó—, ¡y viene en este preciso instante!» Atónito, fue incapaz de articular una respuesta.

Tenía muy grabado en su memoria que cuando alguien le decía a su padre: «Tendría usted que dejar que le dieran una mano de pintura a ese viejo caserón suyo, don Ingmar», el anciano respondía invariablemente que lo haría el año en que su Ingmar se casara.

El pintor de fachadas insistió con su pregunta, pero Ingmar permanecía en silencio, como si no comprendiese.

«¿Ya han decidido una respuesta allá arriba? —se preguntó—. ¿Acaso es éste un mensaje de padre comunicándome su voluntad de que me case este año?» Quedó tan anonadado por la idea que, sin más, le prometió al hombre que le daría trabajo.

Después continuó empujando el arado muy emocionado y casi feliz. «Ya verás cómo no te resulta tan duro hacerlo ahora que sabes con certeza qué desea padre», se dijo.

II

Un par de semanas más tarde Ingmar se encontraba limpiando unos arneses. Parecía de mal humor y trabajaba con torpeza. «Si yo fuera nuestro Señor... —pensó frotando un par de veces y volviendo a empezar—. Si yo fuera nuestro Señor me ocuparía de que una cosa quedara lista y hecha en el mismo instante en que se tomó la decisión de hacerla. No le daría a la gente días y días para ir rumiando y darle vueltas una y otra vez a todos los obstáculos. Yo no me habría concedido tiempo para pulir los arreos y pintar el carro, me habría obligado a hacer lo que tenía que hacer directamente, cuando se me ocurrió aquel día labrando.»

Oyó el sonido de un coche en el camino, asomó la cabeza y reconoció de inmediato el caballo y el carruaje.

—¡Ha venido el señor diputado de Bergskog! —gritó en dirección a la cocina, donde se encontraba atareada su madre. Al cabo de un momento oyó que su madre echaba leña al fuego y el molinillo de café se ponía en marcha.

El diputado condujo el coche hasta el patio. Ahí se quedó sentado sin moverse.

—No, no puedo entrar —dijo—, sólo quiero hablar unas palabras contigo, Ingmar. Es que no tengo tiempo, voy de camino a la asamblea de la Junta municipal.

—Madre querrá invitarle a un café —repuso Ingmar.

—Gracias, pero tengo que ser puntual.

—Hace mucho que el señor diputado no venía por aquí —insistió Ingmar, y su madre también contribuyó desde el umbral:

—Pero señor diputado, ¿no irá usted a hacer un viaje tan largo sin pasar y tomarse una tacita de café?

Ingmar desabrochó la manta de viaje que le cubría las piernas al diputado y éste se dispuso a bajar.

—Bueno, si es doña Märta en persona quien me lo pide tendré que obedecer —comentó, cortés.

Era un hombre apuesto de gran estatura y andares airosos que parecía pertenecer a una raza completamente distinta a la de Ingmar y su madre, quienes eran gente fea, de rostro soñoliento y cuerpo pesado. No obstante, profesaba un gran respeto por la venerable familia de los Ingmarsson y de buen grado habría cambiado su bella apariencia por la de Ingmar con tal de ser uno de ellos. Siempre había tomado el partido de Ingmar en contra de su propia hija, y la cálida bienvenida levantó sus ánimos.

Al cabo de un rato, después de que doña Märta sirviera el café, empezó a plantear la cuestión que le había llevado hasta allí.

—He venido —dijo, y se aclaró la garganta—, he venido a explicarles nuestros planes para Brita. —La taza que doña Märta sostenía tembló levemente y la cucharilla tintineó contra el plato. A continuación, sobrevino un silencio incómodo—. Hemos pensado que lo mejor para todos es mandarla a América. —Una nueva pausa. El silencio prosiguió. La inaccesibilidad de aquella gente le hizo soltar un suspiro—. Ya tiene el pasaje comprado.

—Pero supongo que antes pasará por su casa, ¿no? —dijo Ingmar.

—No, ¿para qué habría de venir a casa?

Ingmar volvió a guardar silencio. Entornó los ojos hasta casi cerrarlos y permaneció tan quieto como si estuviera dormido. En su lugar, doña Märta empezó a hacer preguntas.

—¡Pero necesitará ropa!

—Todo está arreglado, hay un baúl preparado con sus cosas en el hostel del mercader Lövberg, donde solemos hospedarnos cuando vamos a la ciudad.

— ¿Y su señora esposa no irá a recibirla?

— Bien quisiera ella; pero yo le digo que es preferible evitar un encuentro.

— Es posible que así sea.

— En el hostel del mercader Lövberg tiene dinero y el pasaje, así que no le faltará nada. Me pareció que Ingmar debía saberlo para que finalmente pueda quitarse este peso de encima —añadió el diputado. Ahora hasta doña Märta enmudeció, cabizbaja y con la vista clavada en los pliegues de su delantal y el pañuelo corrido hacia la nuca—. Ha llegado la hora de que Ingmar empiece a pensar en un nuevo matrimonio. —Madre e hijo guardaban el mismo obstinado silencio—. Doña Märta necesita ayuda para llevar esta casa tan grande, Ingmar tiene la obligación de asegurarle una vejez tranquila. —El diputado hizo una pausa preguntándose si le estaban escuchando—. Tanto yo como mi esposa deseamos arreglar las cosas —dijo al cabo.

Mientras tanto, Ingmar se dejaba inundar por una inmensa alegría. Brita se iba a América y él no tendría que casarse con ella. No sería una asesina la que gobernara la casa de los Ingmarsson. Si guardaba silencio era porque no le parecía decente mostrar su satisfacción de buenas a primeras; pero pasados unos minutos ya no debería resultar impropio manifestarla.

El diputado guardaba silencio también. Era consciente de que debía darle a esa venerable gente tiempo para recapacitar. Pero entonces la madre de Ingmar dijo:

— Bien, Brita ya ha cumplido su castigo, ahora nos toca el turno al resto.

Con estas palabras la anciana pretendía decir que si el diputado deseaba ayuda por parte de los Ingmarsson como pago por haberles allanado el camino, ellos no tenían inconveniente en prestársela; sin embargo, Ingmar interpretó sus palabras de distinta manera. Dio un respingo y tuvo la impresión de que acababa de despertarse. «¿Qué diría padre de todo esto? —pensó—. Si yo le planteara esta situación ¿cómo se pronunciaría?» «No creas que puedes burlarte de la justicia divina», diría, «no creas que Dios te libraré de castigo si permites que Brita cargue sola con toda la culpa. Aunque su padre quiera repudiarla para complacerte a fin de que le prestes dinero, tú, Ingmar Ingmarsson, no debes apartarte de los caminos de Dios».

«Estoy seguro de que mi anciano padre me vigila en este asunto —pensó—, sin duda ha enviado al padre de Brita para que me haga comprender lo abominable que es hacerle cargar con toda la culpa a ella sola, la pobre. Me refiero a que se ha dado cuenta de que no he tenido muchas ganas de hacer el viaje últimamente.»

Ingmar se puso en pie, echó brandy en el café y alzó la taza.

— Ahora, señor diputado, quiero agradecerle que haya venido a vernos en el día de hoy —dijo, y brindó a su salud.

III

Ingmar se había pasado la mañana entera arreglando los abedules de la entrada. Primero había montado un andamio y después inclinado las copas de los dos abedules de modo que formasen un arco⁴ entre sí. Los árboles se amoldaban a desgana, soltándose una y otra vez para quedar igual de rectos que antes.

—¿Y eso para qué es? —preguntó doña Märta.

—He pensado que podrían crecer así una temporada —refunfuñó Ingmar.

Llegó la hora de la siesta y, después del almuerzo, los jornaleros salieron al patio y se tumbaron por ahí para echar una cabezada. Ingmar Ingmarsson también dormía, pero lo hacía en una cama ancha que había en la recámara de la sala grande. La única que se mantenía despierta era la dueña de la casa, que hacía ganchillo en la sala.

La puerta del zaguán se abrió despacio dando paso a una vieja que cargaba con un yugo del que colgaban dos grandes canastas. Saludó con voz muy queda, tomó asiento en una silla junto a la puerta y levantó las tapas de los cestos. Uno estaba lleno de panecillos crujientes y rosquillas, el otro de untuosas barras de pan recién horneado. La dueña no tardó en acercarse para negociar. En general le costaba soltar los cuartos, pero si tenía una debilidad ésta era, sin duda, mojar algo dulce en el café.

Mientras elegía entre las barras, empezó a conversar con la vieja, la cual gustaba de darle a la lengua como casi todas las personas que van de puerta en puerta y conocen a mucha gente.

—Usted, Kajsa, es una mujer sensata de la que se puede una fiar —dijo la dueña.

—Ni que lo diga —respondió la otra—. Si yo no tuviera la prudencia de callarme algunas cosas que oigo por ahí, no sé cuántos andarían a la greña.

—Pero a veces se calla usted demasiado, Kajsa.

La vieja alzó la vista entendiendo lo que la otra quería decir.

—¡Dios me perdone! —dijo con lágrimas en los ojos—. ¡Se lo conté a la dueña de Bergskog, señora del diputado, cuando tendría que haber venido aquí a hablar con usted!

—Así que habló usted con la dueña de Bergskog, señora del diputado, ¿eh?

—Había un desprecio infinito en el tono con que repitió sus palabras.

⁴ Según la tradición, en la casa y en la iglesia donde se celebra una boda ha de haber un arco triunfal hecho en invierno de ramas de abeto y en verano de hojas verdes y flores frescas. Estos arcos triunfales también pueden alzarse en otros puntos del trayecto que recorre el cortejo nupcial. (*N. de la T.*)

El ruido de la puerta que daba a la sala grande abriéndose sigilosamente sacó a Ingmar Ingmarsson del sueño con un sobresalto. Pero nadie entró en la recámara sino que la puerta quedó entornada. No sabía si se había abierto por sí misma o si alguien lo había hecho. Adormilado, permaneció tendido e inmóvil en la cama, escuchando las voces de la sala.

—Dígame, Kajsa, ¿cómo se enteró usted de que Brita no quería a mi Ingmar? —decía la madre.

—Eso se lo oí contar a la gente desde el principio, que fueron los padres que la obligaron —respondió la vieja evasivamente.

—Déjese de rodeos, Kajsa, si yo le pregunto es que quiero saber la verdad, no me ande con remilgos. Estoy segura de que podré soportar lo que tenga que decirme.

—Pues le diré que cada vez que iba a Bergskog por esa época se le veían los ojos llorosos. Un día, que estábamos ella y yo solas en la cocina, le dije: «¿Qué bien casada vas a estar dentro de poco, ¿eh, Brita?» Ella me miró como si creyese que me estaba burlando. Y después dijo: «Usted lo ha dicho, Kajsa, bien casada.» Lo dijo de un modo que me hizo ver ante mí a Ingmar Ingmarsson, y no se puede decir que sea guapo el muchacho; pero yo, pobre de mí, nunca antes me había fijado porque les tengo un gran respeto a todos los Ingmarsson. Pero ese día no tuve más remedio que hacer una mueca. Brita me miró y volvió a decir: «Bien casada, sí», y dio media vuelta y se fue corriendo a su habitación, y la oí echarse a llorar. Aun así, me fui pensando: «Ya se arreglarán las cosas con el tiempo, a los Ingmarsson todo acaba saliéndoles bien.» No me extrañé de la actitud de los padres; si yo hubiese tenido una hija e Ingmar Ingmarsson la pidiese en matrimonio no viviría tranquila hasta que la niña le hubiera dado el sí.

Ingmar permanecía tumbado en la cama con los oídos atentos. «Madre hace esto adrede —pensó—. Está con la duda de por qué hago este viaje a la ciudad mañana. Piensa que voy a ir a buscar a Brita para traerla a casa. Madre no sabe que soy un pobre diablo que ni para eso valgo.»

—La próxima vez que vi a Brita —continuó la vieja—, ya se había mudado y vivía aquí abajo. No pude preguntarle si se sentía a gusto en Ingmarsgården porque la sala estaba llena de gente, pero cuando llevaba ya un trecho caminado en dirección a la arboleda me dio alcance. «Kajsa», me dijo, «¿hace mucho que has estado en Bergskog?» «Estuve en tu casa anteayer», le respondí. «¿Ay, Dios mío, estuviste en casa anteayer y a mí me parece que hace un siglo que no he estado allí!» Qué podía decirle yo, pobre de mí. Estaba en un estado en que no se le podía decir nada, parecía a punto de romper a llorar dijeras lo que dijeres. «¿Por qué no vas a hacerle una visita a tus padres?», le dije luego. «No; creo que jamás volveré a pisar mi casa.» «¿Venga, mujer, ve!», le dije, «con lo bonito que está todo allá arriba, el bosque se ha llenado de arándanos, donde

las antiguas carboneras el suelo rojo parece rojo de tantos que hay.» «Dios bendito», dijo ella y se le pusieron los ojos grandes, «¿ya hay arándanos rojos?» «Sí, ¿por qué no pides libre un día y subes a tu casa y te das un hartón?» «No, mejor será que no vaya», dijo. «Si voy a casa me sentiré mucho peor al volver aquí.» «Tenía entendido que se estaba bien en casa de los Ingmarsson», dije yo. «Son buena gente.» «Sí», respondió ella, «son buena gente». «De lo mejorcito que hay en toda la comarca», le dije yo. «Gente honrada.» «Sí, casar a alguien por la fuerza no se considera una falta de honradez.» «Y gente muy juiciosa, además.» «Sí, pero a su juicio no hay que decir lo que se piensa.» «¿Nunca dicen nada?» «Nunca dicen más de lo estrictamente necesario.» Aquí yo ya me iba, pero en ésas que me pasó por la cabeza preguntar: «¿La boda será aquí o en tu casa?» «La celebraremos aquí en la finca, hay más espacio.» «¡Pues entonces procura que no la retrasen demasiado!», dije yo. «Nos casaremos dentro de un mes», dijo ella. Pero cuando ya me separaba de Brita pensé que los Ingmarsson habían tenido una mala cosecha, y le dije que no creía que fueran a celebrar una boda ese año. «Entonces no tendré más remedio que tirarme al río», dijo Brita. Pasado un mes me enteré de que la boda se aplazaba y pensé que eso no era bueno, así que subí hasta Bergskog para hablar con la señora del diputado. «Creo que van a hacer un disparate ahí abajo en casa de los Ingmarsson», le dije. «Hagan lo que hagan tendremos que conformarnos», me respondió. «Damos las gracias a Dios todos los días por haber podido casar tan bien a nuestra hija.»

«Madre no debería tomarse tantas molestias —pensó Ingmar Ingmarsson—, porque nadie de esta casa va a ir al encuentro de Brita. No necesitaba asustarse tanto por el arco triunfal, eso sólo son cosas que se hacen para poder decirle a nuestro Señor: "Yo quería, ya ves que era mi intención hacerlo." Pero de ahí a hacerlo realmente hay un trecho.»

—La última vez que vi a Brita —continuó contando Kajsa— fue en pleno invierno, con la nieve muy alta. Yo venía por un sendero muy angosto en lo más profundo del bosque, donde no vive nadie, y costaba mucho caminar porque había comenzado el deshielo y con tanta nieve derretida el suelo se te iba bajo los pies. En ésas que veo una figura sentada en la nieve descansando, y al acercarme reconocí a Brita. «¿Vas sola por esta zona tan apartada del bosque?», le dije. «Sí, estoy dando un paseo.» Me quedé quieta mirándola, no me entraba en la cabeza lo que podría estar haciendo allí. «Estoy buscando montañas escarpadas», me dijo entonces Brita. «Dios bendito, ¿no será para tirarte por una?», le dije yo, porque tenía todo el aspecto de no querer vivir. «Sí», me dijo, «si encontrase una suficientemente alta y escarpada, creo que me tiraría». «¿Cómo no te da vergüenza, a ti, con lo bien que estás!» «Sí, ya lo ves, soy muy mala, Kajsa.» «Me parece a mí que sí.» «Seguro que voy a hacer algo malo, así que mejor sería que me muriera.» «¡Eso son pamplinas, niña!» «No;

me volví mala cuando vine a vivir aquí abajo.» Entonces se me acercó y pude ver que tenía los ojos de una loca. «Ellos sólo piensan en cómo atormentarme a mí y yo en cómo devolverles el tormento.» «De eso nada, Brita, son buena gente.» «¡Te equivocas, sólo buscan mi deshonra!» «¿Se lo has dicho a ellos?» «Nunca hablo con ellos. Lo único que hago es pensar en cómo causarles daño. Pienso en si prenderle fuego a la casa; sé que él le tiene mucho apego. Pienso en si envenenar a las vacas; son tan viejas y feas, con esas ojeras blancuzcas alrededor de los ojos, como si fueran parientes de él.» «Perro ladrador, poco mordedor», dije yo. «Algo le haré», dijo ella, «si no nunca viviré en paz». «No sabes lo que dices», le dije yo, «más bien diría que lo que quieres es acabar con tu paz de espíritu». Entonces pegó un quiebro y empezó a llorar. Se apaciguó y con voz dulce dijo que padecía mucho por culpa de esos malos pensamientos que la asaltaban. Luego la acompañé a su casa, y cuando nos separamos me prometió que no haría ninguna locura con tal que yo mantuviera la boca cerrada. Después le estuve dando muchas vueltas sin saber con quién hablar —añadió Kajsa—. No me atrevía a hacerlo con gente importante como ustedes...

Desde la espadaña del tejado de la caballeriza, la campana señaló el final de la siesta. A doña Märta le entró prisa por interrumpir a la vieja.

—Oiga, Kajsa, ¿cree usted que las cosas se pueden arreglar entre Ingmar y Brita?

—¿Cómo? —repuso la vieja, asombrada.

—Me refiero a que si ella no se fuera a América, pongamos por caso, ¿cree usted que le aceptaría?

—No sé yo lo que creo. No; imagino que no.

—Seguramente le rechazaría, ¿verdad?

—Sí, seguramente.

Ingmar se había incorporado y sentado con las piernas fuera de la cama. «Esto era lo que necesitabas, Ingmar, ahora sí que vas a hacer el viaje —exclamó para sus adentros, descargando el puño contra el borde de la cama—. ¡Cómo puede creer madre que me impedirá partir con esta demostración de que Brita no me quiere!»

Golpe tras golpe fue dándole a la cama, como si en su cabeza estuviese derribando algo duro que le ofrecía resistencia. «Pues ahora quiero probarlo otra vez. Nosotros los Ingmarsson, si una cosa sale mal volvemos a empezar. Ningún hombre que se precie se resigna a que una hembra se vuelva loca de rencor hacia él.»

Nunca antes el sentimiento de la derrota sufrida había calado tan hondo, y se moría de ganas por compensar el agravio de algún modo. «¡Por mi alma, que Brita aprenderá a vivir a gusto en Ingmarsgården!», prometió. Y descargó en la cama un último golpe antes de levantarse para volver al trabajo.

«¡No me cabe la menor duda de que padre me ha enviado a Kajsa con el único propósito de que yo acabe haciendo el viaje a la ciudad!»

IV

Ingmar Ingmarsson había llegado a la ciudad e iba subiendo despacio hacia la gran prisión provincial, magníficamente emplazada sobre una pequeña colina que daba a los jardines de la población. Pero lejos de contemplar las vistas, iba con la cabeza gacha, los gruesos párpados caídos, arrastrando los pies tan pesadamente como lo haría un viejo decrepito. Había guardado el vistoso traje regional por un día y llevaba uno negro de ciudad con camisa almidonada, la cual ya se había arrugado. Le embargaba un sentimiento de gran solemnidad, aunque la inquietud y la reticencia aún no le habían abandonado.

Ingmar llegó hasta la explanada sin asfaltar que había frente a la prisión, divisó a un guardián y le preguntó si ése era el día en que Brita Eriksdotter salía de la cárcel.

—Tengo entendido que sí sueltan a una hoy —dijo el hombre.

—Yo me refiero a una que ha cumplido pena por infanticidio —aclaró Ingmar.

—¡Ah sí, es verdad! Sí, la van a soltar esta mañana.

Ingmar se apoyó contra un árbol y se dispuso a esperar, sin apartar la vista del portal ni un instante. «Algún que otro habrá que haya estado ahí dentro pasándolo muy mal —pensó—, pero no exagero si digo que hay muchos que han estado entre rejas sin sufrir tanto como yo que estoy en libertad. Sin duda don Ingmar ha conseguido que viniese a buscar a mi mujer a la salida de la cárcel, pero no se puede decir que eso me plazca ni esté satisfecho. Yo quería que mi futura esposa pasase por el arco triunfal y que luego su madre me la entregara. Y que después fuéramos en coche juntos hasta la iglesia acompañados de un gran cortejo. Y ella sentada a mi lado, preciosa con su vestido de novia y su corona y una tímida sonrisa en los labios.»

El portal se abrió varias veces: salió un cura, y la esposa y doncellas del director del centro penitenciario, que se dirigían a la ciudad. Por fin, salió Brita. Al abrirse el portal, el corazón de Ingmar dio un brinco. «Esta vez es ella», pensó. Bajó la mirada de golpe y se quedó como paralizado, sin mover un solo músculo. Cuando consiguió reunir el coraje suficiente levantó la vista y ahí estaba ella, en el escalón de la entrada.

La observó unos instantes, erguida e inmóvil. Ella se apartó el pañuelo de la frente hacia atrás y con la mirada limpia y despejada abarcó el paisaje. La altura a que estaba situada la prisión le permitía ver más allá de la ciudad y las boscosas colinas, hasta las montañas de su tierra natal.

Luego Ingmar la vio estremecerse y doblegarse bajo una fuerza invisible. Se llevó las manos a la cara y se sentó en el escalón de piedra. Sus sollozos llegaban hasta donde se encontraba él.

Entonces Ingmar cruzó la explanada de arena, se detuvo cerca de ella y aguardó. Sacudida por las convulsiones del llanto Brita no le oyó acercarse. Ingmar tuvo que esperar un rato.

—No llores así, Brita —le dijo finalmente.

Ella levantó los ojos.

—¡Ay, Dios del cielo, tú aquí! —exclamó, y al instante pasó revista mental a todo el dolor que ella le había provocado y comprendió el esfuerzo que le habría supuesto ir a esperarla. Luego dejó escapar un grito de alegría y se arrojó en sus brazos, rodeándole el cuello mientras rompía a llorar de nuevo—. ¡Cuánto he deseado que estuvieras aquí! —balbuceó.

El corazón de Ingmar se aceleró.

—¿Qué estás diciendo, Brita? ¿Deseabas que viniera? —dijo conmovido.

—Supongo que quería pedirte perdón.

Ingmar enderezó la espalda y su cuerpo se enfrió como una estatua.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo—. Pero ahora no deberíamos quedarnos más en este sitio.

—No, realmente no es un buen sitio para quedarse —respondió ella humildemente.

—Tengo alojamiento en el hostel del mercader Lövberg —dijo Ingmar mientras echaban a andar.

—Sí, ahí tengo yo el baúl con mis cosas.

—Lo he visto —respondió Ingmar—. Es demasiado grande para cargarlo en el carro, tendremos que dejarlo allí hasta que alguien venga a buscarlo.

Brita se paró y lo miró. Era la primera vez que él mencionaba que quería llevarla a casa.

—Justamente hoy me ha llegado una carta de mi padre. Dice que estabas de acuerdo en que me fuera a América.

—Pensé que sería conveniente que tuvieras dónde elegir. Como no me parecía muy probable que quisieses venir conmigo...

Ella se dio cuenta de que no mencionaba expresamente que ése era su deseo; pero la omisión podía deberse a que él no quería obligarla a algo una vez más. Brita vaciló. Llevar a alguien como ella a la casa de los Ingmarsson era, sin duda, muy poco conveniente. «Dile que te vas a América. Es el único favor que

puedes hacerle —pensó—. ¡Díselo, díselo!», se ordenó a sí misma. Pero mientras pensaba estas palabras oyó que alguien decía otras:

—Me temo que me falta coraje para irme a América. Dicen que allí hay que trabajar muy duro. —Era como si fuera otra persona y no ella quien las pronunciaba.

—Sí, eso dicen —contestó Ingmar en voz muy baja.

Brita se avergonzó de sí misma y recordó que esa misma mañana le había dicho al capellán de la prisión que saldría al mundo como una persona distinta, mejor. Disgustada, anduvo en silencio un largo trecho pensando en cómo retractarse. Pero tan pronto intentaba decir algo en ese sentido, la detenía la idea de que, si él todavía la amaba, rechazarle de nuevo significaría dar muestras de la más perversa ingratitud. «¡Ojalá pudiese leerle el pensamiento!», pensó. Entonces se detuvo para apoyarse contra una pared.

—Tanto ruido y tanta gente me marean —adujo.

Él le ofreció su mano y ella la tomó, y luego caminaron de la mano calle abajo. «Ahora parecemos novios», pensó Ingmar, sin dejar de darle vueltas a la idea de cómo iría todo una vez en casa, qué harían su madre y el resto de la gente.

Cuando entraron en el patio del mercader Lövberg, Ingmar explicó que su caballo estaba descansado, de modo que, si ella no tenía inconveniente, podrían hacer el primer tramo del viaje ese mismo día. Entonces ella pensó: «Ahora es el momento de decir que no quieres volver. ¡Dale las gracias y dile que no quieres!» Brita imploró a Dios que le dejase saber si sólo era compasión lo que le había hecho ir a buscarla. Ingmar fue a sacar el coche del cobertizo. Estaba recién pintado, la manta de viaje limpia y reluciente, los cojines en sus fundas nuevas. De la parte delantera de la capota pendía un pequeño ramo de flores silvestres algo marchitas. Al verlo, ella se detuvo a reconsiderar la situación. Ingmar volvió a la caballeriza para ponerle los aparejos al animal y conducirlo fuera. Ella vio entonces otro ramito medio mustio atado entre las almohadillas de la albarda; de nuevo empezó a incubar la esperanza de que él la quisiese realmente y pensó que lo mejor sería guardar silencio, de lo contrario tal vez pensara que ella era una ingrata incapaz de apreciar el inconmensurable valor de lo que él le ofrecía.

Iniciaron el viaje y para romper el silencio ella comenzó a preguntar sobre esto y aquello. Cada una de sus preguntas despertaba en él el recuerdo de alguien cuyo juicio temía. «¡Lo extrañado que quedará fulano! —pensaba Ingmar—. ¡Y mengañito cómo se burlará de mí!» Él respondía con monosílabos y a ella la idea de pedirle que diera media vuelta no dejaba de rondarle la cabeza. «No le gusto, no me quiere. Sólo lo hace por piedad.»

No tardó en abandonar sus preguntas y después recorrieron legua tras legua en silencio. Sin embargo, llegaron a una posada donde les sirvieron café y

bollos recién hechos y sobre la bandeja apareció un nuevo ramo de flores. Ella comprendió que él había encargado todo aquello al pasar por allí el día anterior. ¿También hacía eso sólo por compasión y bondad? ¿Acaso él se sentía alegre ayer? ¿No había sido hasta hoy, al verla salir de la cárcel, que se había disgustado? Tal vez mañana las cosas se arreglaran, si le daba tiempo a que él se olvidara de lo acontecido hoy.

El arrepentimiento y la humildad habían suavizado enormemente su carácter. Brita no quería causarle nuevas penas a Ingmar. Tal vez a pesar de todo él...

Pasaron la noche en una venta, pero volvieron a partir de madrugada y recorrieron tan rápido el trayecto que hacia las diez de la mañana ya divisaban la iglesia del pueblo. Al aproximarse, el camino de la iglesia estaba atestado de gente y sonaban las campanas.

—¡Dios mío, pero si es domingo! —exclamó Brita juntando las manos. Todo se le borró de la cabeza menos la idea de que quería ir a la iglesia para darle las gracias a Dios. Deseaba inaugurar la nueva vida que ahora comenzaba con una misa en su antigua iglesia—. Me gustaría de todo corazón asistir a misa —dijo, sin siquiera imaginar lo que podría representar para Ingmar mostrarse allí con ella; todo su ser estaba colmado de devoción y gratitud.

Ingmar, por su parte, estuvo a punto de proferir un no rotundo, pues sentía que le faltaba valor para afrontar miradas incisivas y malas lenguas. «Pero tarde o temprano tendré que hacerlo —se dijo y viró tomando el camino de la iglesia—. No importa cuándo ocurra, siempre será igual de espantoso.»

Enfilaron la cuesta de la iglesia y vieron un grupo de feligreses sentados en el muro que mataban el tiempo antes de la misa escrutando la calle. Al reconocer a Ingmar y Brita la gente comenzó a darse codazos, cuchichear y señalar con el dedo. Ingmar miró a Brita, que llevaba las manos entrelazadas y parecía no darse cuenta de dónde estaba. Si ella no veía a nadie, Ingmar los veía a todos tanto mejor. Algunos les seguían corriendo tras el coche. Él no se extrañaba de que les persiguieran y los miraran; probablemente no dieran crédito a sus ojos. Debía de parecerles inaudito que él subiera hasta la casa del Señor con la mujer que había estrangulado a su bebé. «Es demasiado —pensó—. No aguanto más.»

—Brita, no te entretengas y entra en la iglesia enseguida —le dijo mientras la ayudaba a bajar del carro.

—Sí, claro —respondió ella. Era entrar en la iglesia lo que quería, no saludar a la gente.

Ingmar se tomó su tiempo para quitarle el arnés al caballo y darle forraje. Muchos tenían los ojos puestos en él, pero nadie le dirigió la palabra. Cuando estuvo listo para entrar en la iglesia, la mayoría de los feligreses ocupaba ya sus asientos y entonaba el salmo de introducción. Ingmar avanzó por el pasillo

central mirando hacia el lado de las mujeres. Todos los bancos estaban llenos menos uno, y ése lo ocupaba una sola persona; al instante supo que era Brita y comprendió que nadie había querido sentarse a su lado. Ingmar dio unos pasos más y giró, se metió de lado en el banco y se sentó junto a ella. Al acercarse él, ella alzó la vista y abrió desmesuradamente los ojos. Hasta ese momento no había notado nada, sólo ahora comprendía por qué se encontraba sola en el banco. Entonces, la festiva solemnidad que la había invadido unos instantes antes se trocó en una profunda desolación. ¿Qué podía resultar de todo aquello? ¿Qué? Jamás debería haber vuelto con él.

Las lágrimas le anegaron los ojos y para no echarse a llorar cogió un viejo tomo del respaldo de enfrente y empezó a leerlo. Fue hojeando tanto los evangelios como las epístolas sin distinguir una palabra por las lágrimas, que no podía contener. De pronto, algo de un intenso rojo iluminó su vista. Era una estampa con un corazón encarnado que señalaba una página entre las hojas del libro. La cogió y se la pasó a Ingmar.

Brita vio cómo él la cogía en su manaza y le echaba una mirada furtiva. Al poco yacía tirada en el suelo. «¿Qué será de nosotros? Oh, ¿qué será de nosotros?», se lamentó Brita sollozando sobre los salmos.

Tan pronto el sacerdote hubo bajado del púlpito, salieron de la iglesia. Ingmar enganchó los caballos a toda prisa y Brita le ayudó. Para cuando la bendición estuvo dada, los salmos entonados y los asistentes comenzaron a salir, ellos ya se habían marchado. Ambos estaban pensando lo mismo: quien ha cometido un crimen semejante no puede vivir entre seres humanos. Para ambos había sido como estar en la picota. «Ninguno de los dos podrá soportarlo», pensaban.

En medio de su desolación surgió ante los ojos de Brita el predio de los Ingmarsson y apenas reconoció la casa, tan luminosa se veía recién pintada de rojo. Recordó que siempre se había dicho que aquella casa se pintaría el año que Ingmar contrajera matrimonio. También era verdad que su boda se había aplazado porque él no quiso costear la pintura. Brita se dio cuenta de que esta vez él se había propuesto hacerlo todo como era debido; pero que luego sus propósitos se le habían hecho demasiado arduos.

Cuando el coche entró en el patio de la finca toda la servidumbre se encontraba sentada alrededor de la mesa almorzando.

—Ya tenemos al amo en casa —dijo uno de los gañanes mirando por la ventana.

Doña Märta apenas alzó sus soñolientos párpados al ponerse en pie.

—¡Quedaos todos aquí dentro! —ordenó—. No hace falta que nadie se levante de la mesa.

La anciana caminaba a paso lento y la servidumbre, que la seguía con la mirada, tomó nota de que, a fin de resaltar su autoridad, el ama se había

engalanado con pañoleta de seda sobre los hombros y pañuelo también de seda en la cabeza. Ya había alcanzado la puerta del zaguán cuando el caballo se detuvo.

Ingmar bajó de inmediato; sin embargo, Brita permaneció sentada. Él dio la vuelta hasta su lado y desabrochó la manta de viaje.

—¿No vas a bajar?

—No, no voy a hacerlo. —Brita se había puesto a llorar y se tapaba el rostro con las manos—. Nunca debería haber vuelto —dijo ella entre sollozos.

—¡Va, baja ya! —ordenó Ingmar.

—¡Deja que me marche a la ciudad! Yo no te merezco.

Ingmar pensó que en eso tal vez tuviera razón. No dijo nada pero se quedó esperando con la manta en la mano.

—¿Qué dice? —preguntó doña Märta desde la puerta del zaguán.

—Dice que no se merece pertenecer a nuestra familia —respondió Ingmar, ya que a Brita no se la entendía debido al llanto.

—¿Y por qué llora? —preguntó la anciana.

—Porque soy una miserable pecadora —dijo Brita presionando las manos contra su corazón, intuyendo que se le iba a romper de dolor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó de nuevo la vieja.

—Que llora porque es una miserable pecadora —aclaró Ingmar.

Al oír que Ingmar repetía sus palabras en un tono frío e indiferente, toda la verdad le cayó encima. No, nunca se habría quedado ahí tieso repitiéndole a su madre sus palabras si él la quisiera, si él sintiese el menor afecto por ella. Ya no cabía la menor duda. Por fin tenía claro lo que necesitaba saber.

—¿Por qué no baja? —preguntó doña Märta.

Brita se aguantó las lágrimas y contestó en voz alta:

—Pues porque no quiero provocar que Ingmar caiga en desgracia.

—Opino que tiene razón —dijo la anciana—. ¡Déjala ir, Ingmar, hijo! Quiero que sepas que de lo contrario la que se irá seré yo. No dormiré una sola noche bajo el mismo techo que ésa.

—¡Por el amor de Dios, vámonos! —gimió Brita.

Ingmar soltó una maldición, le dio la vuelta al caballo y subió al carro de un brinco. Estaba harto de todo y se le habían acabado las ganas de luchar.

Cuando hubieron alcanzado la carretera, se cruzaron una y otra vez con gente que venía de misa. A Ingmar eso le molestaba y, sin previo aviso, se desvió por una senda del bosque que antiguamente había sido carretera comarcal. Era pedregosa con muchos baches pero perfectamente transitable para carruajes de un solo tiro.

Justo cuando la enfilaba, oyó que lo llamaban. Miró a los lados. Era el cartero, que quería entregarle una carta. Ingmar la tomó, se la metió en el bolsillo y arrancó hacia el bosque.

Tan pronto hubo llevado el carro suficientemente lejos para que nadie los viera desde la carretera, detuvo el coche y sacó el sobre. Brita puso su mano en el brazo de él.

—¡No la leas! —exclamó.

—¿Que no la lea?

—No, no vale la pena.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Esa carta es mía.

—En ese caso, tú misma me dirás lo que pone.

—No, no puedo.

Él la miró. Brita tenía las mejillas encendidas por el rubor y los ojos reflejaban ansiedad.

—Pues me parece que la voy a leer de todos modos —dijo Ingmar. Y empezó a rasgar el sobre.

Ella intentó arrebatárselo. Él la paró y consiguió sacar la carta de su envoltorio.

—Ay, Dios mío —gimió ella—, ¡no se me perdona nada! Ingmar —le imploró—, léela dentro de unos días, ¡cuando me haya ido!

Él ya la tenía desdoblada y la estaba ojeando. Ella la cubrió con una mano.

—Escúchame, Ingmar, fue el capellán de la prisión quien me hizo escribir esa carta, y luego me prometió que se la quedaría y te la enviaría cuando yo estuviera embarcada en el vapor. Ahora resulta que la ha mandado demasiado pronto. No tienes derecho a leerla todavía. ¡Por favor, Ingmar, deja que me vaya antes de leerla!

Él le dirigió una mirada llena de ira, saltó del carro para que le dejara en paz y se dispuso a leer. Ella estaba en un estado de exaltación semejante al que hubiera podido tener antiguamente cuando no conseguía salirse con la suya.

—Todo lo que pone ahí no es verdad. El capellán me convenció de que lo escribiera. ¡No te quiero, Ingmar!

Él apartó la vista del papel y la miró con los ojos muy abiertos, sorprendido. Entonces ella se calló y la humildad que había aprendido a sentir en la cárcel apareció nuevamente en su interior y la contuvo. Lo cierto era que la ignominia que sufría no sobrepasaba el tamaño de su culpa.

Ingmar se debatía con la carta. De pronto la estrujó con impaciencia mientras de su garganta salía un sonido semejante a un estertor.

—No entiendo nada —dijo pateando el suelo—. Se me nubla la vista. —Se acercó a Brita y la agarró con fuerza del brazo—. ¿Es verdad que pone que me quieres? —Su desconcierto tenía un tono brutal y la expresión de su rostro era terrible. Brita calló—. ¿Pone en la carta que me quieres? —repitió él y esta vez parecía exasperado.

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

Él le sacudió el brazo y luego lo soltó.

—¡Mientes! —exclamó—. ¡Cómo mientes! —Ingmar sonreía de una forma tan grotesca que se le desfiguraban los rasgos.

—Dios sabe —proclamó ella con tono solemne— que cada día he rezado para poder verte antes de partir.

—Partir ¿adónde?

—Pues imagino que a América.

—Y un cuerno te vas a ir tú a América.

Ingmar estaba fuera de sí. Dando trompicones se adentró en el bosque y allí se echó al suelo; ahora quien lloraba era él. Brita le siguió y se sentó a su lado. Estaba tan contenta que no sabía cómo dominarse para no echarse a reír a carcajadas.

—¡Ingmar, Ingmar hijo! —le dijo usando el sobrenombre por el que era conocido.

—¡Con lo feo que dices que me encuentras!

—Sí, es verdad.

Ingmar apartó bruscamente la mano que le acariciaba.

—¡Deja que te lo explique!

—¡Eso, explícate!

—¿Recuerdas lo que dijiste en el juzgado hace tres años?

—Sí.

—Que si yo cambiaba de talante te casarías conmigo. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues fue después de eso que empecé a quererte. Nunca había imaginado que una persona pudiera decir algo así. Era sobrehumano que fueses capaz de decirme eso, después de todo lo que yo te había hecho. Cuando te miré entonces me pareciste más guapo que todos los demás, el más sensato de todos, y comprendí que sólo viviendo contigo sería feliz. Me enamoré totalmente de ti, y pensé que tú eras mío y que yo era tuya. Y primero di por sentado que vendrías a buscarme; pero después no me atreví a tener esperanzas.

Ingmar levantó la cabeza.

—¿Por qué no me escribiste?

—Sí que te escribí.

—¡Para pedirme que te perdonara! Para eso no valía la pena escribir.

—¿Y qué querías que te escribiera?

—Sobre lo otro.

—¿Y crees que podía atreverme a escribir sobre eso?

—Pues por poco no vengo.

—Pero, Ingmar, ¿debía atreverme a escribirte cartas de amor después de lo que te había hecho? El último día que estuve en la cárcel te escribí porque el capellán me dijo que tenía que hacerlo. Se quedó con mi carta y me prometió

que te la haría llegar cuando yo estuviera en el barco. Pero como ves, se ha anticipado.

Ingmar le tomó la mano, la abrió, la extendió sobre el suelo y le dio un golpecito.

—Podría pegarte —dijo.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras, Ingmar.

Él levantó los ojos hacia su rostro, al cual el sufrimiento había dotado de una nueva belleza. Luego se incorporó a medias y se le echó pesadamente encima.

—Ha faltado tan poco para que dejara que te fueras...

—Dudo que pudieras hacer otra cosa que venir a buscarme.

—Pues para que lo sepas, no te quería.

—No me extraña.

—Me alegré mucho cuando me dijeron que te ibas a América.

—Sí, mi padre me contó que estabas más que satisfecho.

—Viendo a mi madre no me sentía capaz de darle a alguien como tú por nuera.

—No, y no puedes hacerlo, Ingmar.

—He sufrido tantos disgustos por tu culpa..., nadie me respetaba por haber hecho que salieras tan bien parada.

—Creo que estás a punto de hacer lo que acabas de decir que harías —repuso Brita—: Vas a pegarme.

—Sí, nadie entenderá nunca lo enfadado que estoy contigo.

Ella no contestó.

—Cuando pienso lo mal que he pasado días y semanas enteras —empezó él a quejarse de nuevo.

—¡Pero Ingmar!

—Bueno, no estoy enfadado por eso, sino porque tendría que haber dejado que te fueras.

—¿No sentías ningún afecto por mí, Ingmar?

—Ninguno en absoluto.

—¿En ningún momento?

—Ni un solo instante. Estaba harto de ti.

—¿Cuándo volviste a sentir algo?

—Cuando recibí la carta.

—Me daba cuenta de que habías roto conmigo, por eso me avergonzaba tanto que supieras lo que yo sentía.

Él rió por lo bajo.

—¿Qué pasa, Ingmar?

—Estoy pensando en que nos hemos escabullido de la iglesia y en que nos han echado de la finca.

— ¿Y eso te da risa?

— ¿Y por qué no? Tendremos que vivir en los caminos como los granujas. ¡Si padre nos viera!

— Ahora te ríes, pero no puede ser, Ingmar, de ninguna manera, y la culpa es mía.

— Pues yo creo que sí puede ser —replicó él—, porque ahora todo lo que no seas tú no me importa nada.

Brita casi lloraba de angustia; sin embargo él sólo quería oírla repetir una y otra vez cuánto había pensado en él y cuánto le había echado de menos. Al final se quedó quieto como un niño que escucha una canción de cuna. Todo había salido distinto de lo que Brita se había figurado. En su imaginación, si al salir de la cárcel se encontraba con él, enseguida le hablaría de su crimen y de cómo le pesaba que pudiera albergar tanta maldad en su interior. Habría querido decirle a él o a la madre de él o a quienquiera que hubiese venido que era perfectamente consciente de su inferioridad respecto a todos ellos. Que en ningún momento creyeran que ella se consideraba su igual. En cambio, de todo esto no pudo decirle nada.

En ese momento él le dijo con dulzura:

— Hay algo que quieres decirme.

— Sí, es cierto.

— Le estás dando vueltas todo el tiempo.

— Día y noche.

— Y eso se inmiscuye en todo.

— Exacto.

— ¡Cuéntamelo y así cargaremos con ello entre los dos!

Y la miró a los ojos, que tenían una expresión de espanto y extravío. Sin embargo, a medida que hablaba se fueron calmando.

— Ahora te sientes mejor —dijo él cuando ella hubo terminado.

— Es como si eso ya no existiera —respondió Brita.

— ¿Lo ves? Se debe a que lo compartimos. A lo mejor ahora quieres quedarte.

— Pues claro que me gustaría quedarme —dijo ella juntando las manos.

— En ese caso nos volvemos a casa —dijo Ingmar poniéndose en pie.

— No, no me atrevo.

— Madre no es tan peligrosa como parece, basta con que ella vea que uno sabe lo que quiere.

— No, jamás consentiré que la eches de su propia casa —replicó ella—. La única salida que veo es que yo me vaya a América.

— Te diré una cosa —repuso Ingmar sonriendo enigmáticamente—: no tienes nada que temer. Alguien nos ayuda.

— ¿Quién?

—Mi padre. Él lo hará posible.

Alguien se aproximaba por la senda del bosque. Era Kajsa, pero apenas la reconocieron porque iba sin las canastas a cuestas. «¡Buenas, buenas!», se saludaron y la vieja se aproximó.

—Vaya, aquí se os ve a vosotros bien sentaditos mientras todos los gañanes de la finca van como locos buscándoos. Teníais tanta prisa en salir de misa — continuó la vieja— que no alcancé a veros, pero como quería saludar a Brita me he llegado hasta Ingmarsgården. El reverendo pastor llegó al mismo tiempo que yo, y apenas nos saludamos que él ya se había metido en el comedor. Enseguida le dijo a doña Märta en voz muy alta, antes siquiera de tomarle la mano: «¡Ahora, doña Märta, podrá estar usted satisfecha de Ingmar! Ha dejado claro que pertenece a la vieja estirpe de los Ingmarsson, a partir de ahora habrá que empezar a llamarle don Ingmar!» Ya sabéis que doña Märta no es muy habladora. Pues hoy se ha quedado muda y no hacía más que darle vueltas al nudo de su pañuelo. «¿Qué dice usted reverendo?», logró decir por fin. «Pues que Ingmar ha ido a buscar a Brita», respondió el reverendo. «Y ¡créame, doña Märta, por eso que ha hecho le honrarán mientras viva!» «¡Ay, no, no!», gimió ella. «Cuando les he visto en la iglesia poco ha faltado para que perdiera el hilo. Lo que ellos han predicado con su ejemplo supera a cualquiera de mis sermones. Ingmar será un modelo a seguir para todos nosotros, como lo fue su padre.» «Trae usted grandes noticias, reverendo», dijo doña Märta. «¿Pero es que todavía no han llegado?» «Ah, no, Ingmar no está en casa, tal vez hayan ido primero a Bergskog.»

—¿Madre ha dicho eso? —exclamó Ingmar.

—Pues claro, y mientras os esperábamos no paraba de mandar a éste y al otro en vuestra busca.

Kajsa siguió parloteando; sin embargo, Ingmar ya no la escuchaba, se encontraba muy lejos de allí. «Entonces entraré en la sala grande —pensaba—, donde padre está sentado con todos los Ingmar antepasados nuestros. "¡Buenos días, don Ingmar Ingmarsson!", me dice padre mientras viene hacia mí. "¡Buenos días, padre, y gracias por ayudarme!" "Sí, ahora estarás bien casado", dice padre, "luego todo lo otro vendrá por añadidura". "Sin su auxilio yo...", replico. "No ha sido nada del otro mundo", dice padre. "Ya sabes que lo único que tiene que hacer un Ingmar es seguir los caminos de Dios."»

PRIMERA PARTE

En casa del maestro de escuela

A comienzos de los años 1880, en la parroquia a la que pertenecía la venerable dinastía de los Ingmarsson, a nadie se le hubiese ocurrido, ni remotamente, abrazar una nueva fe o asistir a algún nuevo tipo de culto. Sin duda, habían oído hablar de las sectas que brotaban por todas partes en otras parroquias o de la gente que se metía en los arroyos para recibir el bautismo según el nuevo ritual baptista; pero los feligreses se lo tomaban a risa diciendo: «Eso está bien para los que viven en Äppelbo y Gagnef, pero nunca sucederá en nuestra parroquia.»

Del mismo modo que se aferraban al resto de sus viejas costumbres, se cuidaban de asistir a misa todos los domingos. Todo el que podía ir iba, incluso en invierno, bajo el frío más riguroso. Lo cierto es que era precisamente entonces cuando más falta hacía. Era imposible resistir el frío en el interior de aquella iglesia sin calefacción, cuando fuera las temperaturas rebasaban los cuarenta grados bajo cero, a no ser que estuviera abarrotada de gente.

De todos modos, no hay que caer en el error de creer que los feligreses asistían a la iglesia al completo porque tuvieran un pastor sobresaliente; todo lo contrario. El sucesor del reverendo de los tiempos de juventud de Ingmar Ingmarsson era muy buena persona, pero ni con la mejor voluntad del mundo se le podría reconocer el menor talento a la hora de exponer la palabra de Dios. En la época que nos ocupa, se iba a misa para honrar al Señor y no para disfrutar escuchando un bello sermón. Cuando después cada cual volvía a su casa debatiéndose contra la ventisca que azotaba los caminos, se decía: «Ojalá nuestro Señor se haya dado cuenta de que has ido a misa con este frío.»

Esto era lo esencial; poco importaba si el pastor no había hecho más que repetir exactamente lo mismo que se le oía decir cada domingo desde el día en que le concedieron la pastoría.

Pero, la verdad, hay que reconocer que la mayoría estaba completamente satisfecha con lo que oía. A los feligreses no se les escapaba que aquello que el pastor les leía en voz alta era la palabra de Dios y por eso les parecía hermoso. Únicamente el maestro de la escuela y algún que otro circunspecto labriego entrado en años se quejaban entre ellos: «En realidad, este sacerdote no tiene más que un sermón. Sólo habla de la divina Providencia y de los designios del Señor. Esperemos que los sectarios se mantengan lejos de aquí como hasta

ahora, o de lo contrario esta fortaleza tan mal defendida caerá a la primera espolonada.»

Y bien cierto es que los predicadores ambulantes siempre pasaban de largo. Solían declarar que no valía la pena ir allí, que aquellos parroquianos no querían saber de despertares religiosos. Tanto los predicadores errantes como los conversos de las parroquias aledañas tenían a la antigua familia de los Ingmarsson y demás feligreses por grandes pecadores, y, escuchando el tañido de las campanas de su iglesia, hasta habían llegado a afirmar que en realidad las campanas proclamaban lo siguiente: «¡Yaced en pecado, yaced en pecado!»

Todos y cada uno de los miembros de la parroquia, fueran adultos o niños, se sintieron profundamente indignados al conocer esa interpretación del repique de sus campanas. Por algo estaban seguros de que ningún feligrés se descuidaba de rezar un Padrenuestro cuando sonaban. Y de que cada tarde, a las seis en punto, cesaba el trabajo dentro y fuera de las casas, que los hombres se descubrían la cabeza, las mujeres hacían una genuflexión y todos permanecían inmóviles el tiempo necesario para rezarle una oración al Señor. Aquellos que habían sido vecinos de la parroquia se veían obligados a reconocer que nunca Dios les había parecido más poderoso y más alabado que allí, cuando en las tardes de verano las guadañas se paraban de golpe y las rejas se detenían en medio de un surco y las carretas de cereales quedaban a medio descargar al primero de aquellos toques de campana. Era como si la gente supiese que a esa hora nuestro Señor, inmenso, todopoderoso y benigno, planeaba por la comarca con las nubes del crepúsculo para derramar bendiciones sobre la región entera.

En aquella parroquia nunca se había dado empleo a un maestro que hubiese pasado por la Escuela Normal, sino que tenían uno a la antigua usanza, es decir, un campesino autodidacta. Éste era un hombre muy capaz, él solo podía con cien niños; había sido maestro durante más de treinta años y su reputación era excelente. El maestro no distaba mucho de pensar que el bienestar espiritual de la feligresía reposaba sobre su conciencia, y a menudo le inquietaba el hecho de que tuvieran un párroco tan negado para los sermones. No obstante, se mantuvo pasivo mientras en las parroquias aledañas sólo se introducía una nueva forma de bautismo; pero cuando se enteró de que le había tocado el turno a la sagrada comunión y de que los feligreses se reunían en sus humildes cabañas para comulgar, no pudo continuar impasible. Él era pobre, pero consiguió convencer a algunos de los campesinos más ricos para que le prestaran dinero a fin de construir un templo. «Ya me conocéis —les dijo—, lo único que deseo es que los fieles conserven sus antiguas creencias. ¿Adónde iremos a parar si los predicadores nos asaltan con el nuevo bautismo y la nueva comunión y no hay nadie que le explique a la gente la diferencia entre la verdadera doctrina y una falsa?»

El maestro era muy apreciado por el párroco así como por el resto de los feligreses. A menudo, el pastor y él iban y venían entre la escuela y la rectoría, iban y venían, iban y venían, como si nunca pudiesen dar por terminado lo que tenían que decirse. El pastor también solía llegarse hasta la casa del maestro después de la cena, y entonces se acomodaba junto a la amplia chimenea de la acogedora cocina y charlaba con la señora Stina, la mujer del maestro. Había épocas en que venía noche tras noche. En su propio hogar se aburría, su mujer estaba siempre en cama, enferma, y en la casa andaba todo manga por hombro.

En esta ocasión la noche era de invierno. El maestro y su esposa, sentados junto al fuego, hablaban muy despacio y con gravedad, mientras una niña de doce años jugaba en un rincón de la cocina. Se llamaba Gertrud y era la hija del maestro. Era muy rubia, de pelo casi blanco, mofletuda y sonrosada; sin embargo, no parecía una niña tan sabihonda y repipi como suelen serlo los hijos de aquellos que ejercen el magisterio.

El rincón de la cocina donde se entretenía era su cuarto de juegos. Tenía allí apilados una gran cantidad de trozos de vidrio coloreado, fragmentos rotos de tazas y platos, cantos rodados de la orilla del río, tacos cuadrados de madera e infinidad de menudencias por el estilo.

Llevaba ya un buen rato jugando tranquila sin que ni el padre ni la madre la interrumpiesen. Sentada en el suelo, ponía orden y estructura a sus trocitos de vidrio y sus pedazos de madera, lo hacía con prisa por temor a que en cualquier momento le recordaran los deberes y tareas pendientes. Sin embargo, qué buena suerte la suya, no parecía que esa noche tuviera que repasar la aritmética con su padre.

Y es que en aquel rincón se estaba desarrollando un gran proyecto: ni más ni menos que la creación de toda una parroquia. La niña pensaba construir su propio pueblo desde la primera casa hasta la última, iglesia y escuela incluidas. Y hasta el río y el puente; era menester que no faltara nada.

Su obra estaba bastante avanzada. Toda la cordillera que rodeaba la comarca, hecha de pedruscos grandes y pequeños, se alzaba ya sobre el horizonte del pueblo. En cada grieta había plantado vegetación de bosque con ramitas de abeto, y con dos piedras de punta afilada había erigido los picachos de Klackberget (Montaña del Tacón) y Olofshättan (Capucha de Olof), montañas encaradas a uno y otro lado del río desde las cuales se dominaba todo el valle.

La llanura circular que se extendía entre las montañas había sido cubierta por tierra extraída de las macetas de su madre, y hasta allí todo concordaba; sin embargo, no había podido hacer de ese valle la tierra reverdeciente y cultivada que debería ser. Así que se consolaba pensando que era el valle al inicio de la primavera, antes de que brotaran la hierba y las semillas.

En cambio, el río, que fluía ancho y grandioso por toda la comarca, sí estaba representado por un trozo alargado y estrecho de cristal, y el pontón, que con sus bamboleos unía ambas márgenes de la parroquia, se mecía en la corriente desde hacía tiempo.

También había marcado con trocitos de ladrillo rojo la situación de las granjas y aldeas más apartadas. Muy al norte, en medio de pastos y sembrados, se erigía el predio de los Ingmarsson; mientras que el pueblo de Kolåsen⁵ se hallaba encaramado en la ladera oriental y la planta maderera de Bergsåna muy abajo en el sur, donde el río con sus rápidos y saltos de agua escapaba del valle y resurgía en el cráter de un antiguo volcán.

En realidad, todo lo exterior estaba terminado. Las carreteras que unían las granjas y que recorrían la margen del río lucían su buena capa de arena y gravilla. Aquí y allá crecían las arboledas, esparcidas por la llanura y también junto a las viviendas. Con una sola ojeada a su obra de piedras, tierra y ramitas la niña tuvo ante sí toda la comarca. Le pareció algo muy bello.

Alzó la vista repetidas veces para llamar a su madre y mostrarle aquella maravilla; pero cada vez se contenía. Al final, decidió que lo más prudente era no recordarles su presencia.

La tarea más ardua estaba por hacer. Levantar el pueblo que se extendía desde el centro de la comarca hasta el río abarcando ambas orillas. Tuvo que cambiar de sitio los pedruscos y trozos de cristal varias veces hasta que finalmente consiguió poner orden al conjunto. La casa del agente judicial se comía la tienda del pueblo y la del juez no cabía junto a la del médico. Y además había que acordarse de tantas cosas: la iglesia y la rectoría, la farmacia y la estafeta de correos, las casas de labor con todas sus dependencias, la posada, la granja del ingeniero de montes, la oficina de telégrafos...

Por fin, apareció ante sus ojos la totalidad del pueblo con sus casitas blancas y rojas, distribuidas entre el verde de los árboles. Ahora solamente faltaba una cosa.

Todo lo anterior lo había edificado muy aprisa a fin de poder dedicarse a la escuela, también dentro del pueblo.

La escuela requería mucho espacio. La erigiría a orillas del río, un edificio blanco de dos plantas rodeado por un extenso jardín y con un mástil muy alto para la bandera en medio de la explanada.

Sus mejores tacos los había ido guardando para la escuela, a pesar de lo cual ahora estaba sentada sin saber cómo empezar. A ser posible, le habría gustado construirla idéntica a como era, con una gran aula en la planta baja y

⁵ Literalmente, «Loma del Carbón». Uno de los personajes, Kolås Gunnar, es originario de este pueblo. Aparece por primera vez en el capítulo «En Sión». (*N. de la T.*)

otra en el piso superior y con la cocina y el cuarto donde vivían ella y sus padres.

Pero eso le llevaría demasiado tiempo. «No me dejaran en paz tanto rato», pensó.

En ésas se oyeron pasos en el zaguán, alguien se sacudía la nieve de los zapatos. La niña puso manos a la obra en el acto. Era el párroco, que venía a charlar con sus padres, así que ahora tendría toda la noche para hacerlo. Súbitamente muy animada, empezó a plantar los cimientos de la escuela, que abarcaban una extensión equivalente a la mitad de la parroquia.

La madre también había oído los pasos en el zaguán. Se puso en pie y arrimó al fuego una vieja butaca. Acto seguido se dirigió a su marido:

—¿Se lo vas a decir esta noche?

—Sí —contestó el maestro—, a la primera oportunidad que se me presente.

El párroco hizo su entrada, congelado y transido por la ventisca y muy contento de poder sentarse junto al fuego en una habitación caldeada. Como siempre, estaba de un humor muy dicharachero. A decir verdad, resultaba imposible encontrar a alguien más encantador que el reverendo cuando llegaba así, con ganas de charlar sobre esto y aquello. Sobre asuntos profanos disertaba de modo ameno y audaz, y resultaba difícil creer que ese mismo hombre tuviera tan poca disposición para los sermones, pues cuando predicaba se daba exactamente lo contrario: hablando de las cosas elevadas del espíritu el pobre hombre se ruborizaba, farfullaba sin encontrar las palabras y nunca aportaba nada de peso a la conversación. A menos, claro, que se le ofreciera la oportunidad de discutir sobre el curioso modo en que Dios dispone las cosas.

Teniendo al párroco felizmente sentado allí, el maestro se dirigió a él y le soltó de pronto con tono jubiloso:

—Ahora, reverendo, quiero comunicarle que voy a construir un templo.

El párroco se quedó lívido, hundiéndose literalmente en la butaca que la señora Stina le había arrimado al fuego.

—¿Qué me dice usted, Storm? —repuso—. ¿Se va a construir un templo en mi parroquia? ¿Qué será entonces de la iglesia y de mí? ¿Se nos elimina sin más?

—La iglesia y su pastor son igualmente necesarios —respondió el maestro sin vacilar—. El templo dará apoyo a la iglesia, ésa es mi intención. Son tantos los charlatanes que recorren el país que la iglesia precisa ayuda.

—Creía que usted era mi amigo —dijo el pastor, desolado.

Hacía sólo unos minutos que había entrado allí alegre y lleno de confianza, pero bastaron unos segundos para que se derrumbara. Ahora daba la impresión de estar agonizando.

El maestro comprendía muy bien su desolación. Al igual que todo el mundo, sabía que el pastor tuvo en su día grandes aptitudes para los estudios

superiores; sin embargo, la disipada vida que había llevado en su juventud le había provocado una apoplejía de la cual nunca se había recobrado totalmente. A menudo olvidaba que ya sólo era la sombra de sí mismo, y cada vez que alguien o algo se lo recordaba caía presa de la más oscura desesperación.

En aquellos momentos se le veía como muerto en el sillón y nadie osó romper el prolongado silencio.

—Reverendo, no se lo tome así —dijo el maestro por fin, intentando que su voz sonara suave y amable.

—¡Cállese, Storm! —le increpó el religioso—. Sé perfectamente que no soy un predicador brillante, pero no imaginaba que quisiera usted arrebatarme el puesto.

Storm rechazó la idea con un gesto de las manos significando que nada había más alejado de sus propósitos; sin embargo, no se atrevió a abrir la boca.

El maestro era un hombre de sesenta años que, a pesar de todo el trabajo que se había impuesto, conservaba la plenitud de su vigor. La diferencia entre él y el pastor era notable. Storm era alto como suelen serlo los varones en Dalecarlia, un pelo negro y ensortijado le cubría la cabeza, tenía el cutis bronceado como el cobre y afilados los rasgos de la cara. Al lado del sacerdote, que era un hombre de poca estatura, pecho hundido y la frente calva, irradiaba una gran energía.

La esposa del maestro pensaba que ya que su marido era el más fuerte de los dos también debía ser el más complaciente. Le hizo pues señas de que cediera; pero él, aun lamentándolo mucho, no dio muestra alguna de dar el brazo a torcer.

En su lugar, inició un discurso con voz muy clara y pausada. Dijo que estaba seguro de que no faltaba mucho para que el sectarismo llegara a aquella comuna. Y explicó que se necesitaba un lugar desde el cual hablarle al pueblo de una forma más llana que en la iglesia, un lugar donde uno pudiese elegir los textos, explicar la Biblia completamente e instruir a la feligresía sobre el significado de los pasajes difíciles.

Su esposa le hizo señas de que callara. Se daba cuenta de que a cada frase de su marido el pastor pensaba: «Así que yo no he instruido a nadie, no he sido un escudo protector de la fe. ¿Tan pésimo soy que el maestro de mi propia escuela, un hombre que no es más que un labriego instruido, se cree mejor predicador que yo?»

Pero el maestro no calló sino que continuó enumerando todo lo que era menester hacer para proteger al rebaño del inminente ataque de los lobos.

—Pues yo no he visto ningún lobo —dijo el pastor.

—Están de camino, reverendo, me consta —respondió el maestro.

—En ese caso es usted, Storm, quien está a punto de abrirles la puerta. —Y se puso en pie, sumamente molesto por las palabras del maestro, y el rubor que

teñía su rostro le devolvió parte de su dignidad—. Viejo amigo, ¿no hablemos más del asunto! —dijo entonces.

A continuación se dirigió a la señora de la casa y se puso a conversar. Hizo alguna broma a costa de la última novia que doña Stina había vestido, pues era a ella y no a la señora del párroco o a la del sacristán a quien correspondía el honor de vestir a las novias en aquella parroquia. Sin embargo, la buena mujer adivinaba cuánto torturaban al pastor sus propias limitaciones. Sollozó de compasión y las lágrimas no la dejaron responder a sus preguntas, de modo que el párroco se vio obligado a platicar solo, mientras para sus adentros se decía: «¡Ay, si conservase la energía y el talento de mi juventud! Entonces le demostraría a este campesino lo aberrante de su comportamiento.»

Luego, de pronto se volvió hacia el maestro.

—¿De dónde ha sacado usted el dinero?

—Hemos creado una sociedad —respondió Storm, y para que el pastor comprendiera que se trataba de hombres que no querían perjudicarle ni a él ni a la Iglesia, nombró a algunos de los labriegos que habían prometido ayudarle.

—¿Ingmar Ingmarsson también está metido en esto? —preguntó el pastor como herido por un nuevo golpe—. Confiaba en Ingmar Ingmarsson tan ciegamente como en usted, Storm.

Y sin añadir más, se dirigió a la dueña de casa y siguió dándole conversación. Evidentemente, se percataba de que la mujer estaba llorando, pero fingió no advertirlo.

Luego volvió a la carga contra el maestro.

—No lo haga, Storm —le rogó—. ¡Renuncie a ese proyecto, póngase en mi lugar! A usted no le agradaría que alguien montase una escuela al lado de la suya.

El maestro reflexionó con la vista fija en el suelo.

—No puedo, reverendo —dijo, recobrándose enseguida e intentando adoptar un aire tranquilo y enérgico.

El párroco no volvió a abrir la boca y un silencio de muerte reinó durante diez largos minutos. Al cabo, se levantó, se puso la pelliza y la gorra y se dispuso a marchar. Se había esforzado por encontrar palabras que pudieran convencer a Storm de que iba a cometer un agravio no sólo contra él, sino contra toda la comunidad, la cual se vería gravemente afectada por aquella empresa. Pero a pesar de que las palabras y las ideas se agolpaban en su mente, no fue capaz de articularlas ni de ordenarlas porque, como hemos dicho, era un hombre acabado.

Al dirigirse hacia la puerta reparó en Gertrud, que estaba jugando en su rincón con sus pedacitos de vidrio y sus tacos de madera. Se detuvo y la observó. Era obvio que no había escuchado ni una palabra de la conversación;

los ojos de la niña brillaban de emoción y sus mejillas se veían más sonrosadas que de costumbre.

Al sacerdote le impactó ver que la alegría más despreocupada pudiera convivir con la pesada aflicción que él arrastraba, y eso atrajo sus pasos hacia la niña.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Hacía un buen rato que la niña tenía el pueblo acabado; incluso había tenido tiempo de destruirlo todo y de iniciar un nuevo proyecto.

—¡Lástima que el reverendo no haya venido un ratito antes! —respondió—. ¡He hecho un pueblo más bonito con su iglesia y su escuela!

—Bueno, ¿y ahora dónde lo tienes?

—Pues acabo de destruirlo, voy a construir una nueva Jerusalén y...

—¿Qué dices? —la interrumpió el pastor—. ¿Estás diciendo que has destruido el pueblo para construir una nueva Jerusalén?

—Sí —respondió Gertrud—. Era un pueblo muy bonito pero es que ayer en la escuela estudiamos la historia de Jerusalén y ahora he deshecho el pueblo para construir Jerusalén.

El sacerdote se quedó de pie mirándola. Se pasó la mano por la frente intentando ordenar sus ideas. «Tiene que ser alguien que está muy por encima de esta niña quien habla por su boca», pensó.

Las palabras de la niña le parecían tan asombrosas que fue repitiéndolas en silencio. Mientras lo hacía, sus pensamientos tomaron los derroteros de costumbre y, una vez más, volvió a maravillarse de cómo Dios disponía las cosas y de los medios que utilizaba para imponer su voluntad.

Retrocedió hacia el maestro y le dijo con la voz amable que era habitual en él y una nueva lucidez en la mirada:

—Ya no estoy enfadado con usted, Storm. Usted no hace más que cumplir con su deber. He dedicado mucho tiempo de mi vida a intentar comprender la Providencia divina; aunque sin mayor éxito, lo admito. Tampoco esto lo entiendo; pero lo que sí entiendo es que usted sólo hace lo que tiene que hacer.

Vieron los cielos abiertos

La misma primavera en que se construyó el templo, el deshielo fue muy abundante y el río Dal⁶ tuvo una gran crecida. Era realmente extraño contemplar toda el agua que ofreció aquella primavera. Caía agua del cielo en forma de lluvia, bajaba a chorro por las laderas de las montañas, y la tierra empapada, incapaz de filtrarla, la escupía; cada huella de carreta y cada surco del arado contenía agua hasta los bordes.

Y toda esa agua quería abrirse paso hasta el río, el cual crecía y crecía arremolinándose cada vez con mayor velocidad. Ya no era un río de aguas oscuras y quietas como un espejo, sino una corriente gris de reflejos ocres debido a toda la tierra disuelta que iba a parar a su cauce y que, al precipitarse arrastrando un revoltijo de troncos y témpanos de hielo, provocaba un estupor sombrío cargado de amenazas y presagios.

En un comienzo los mayores no se preocuparon demasiado de aquella crecida primaveral. Sólo los niños, cuando podían, bajaban corriendo hasta las orillas para mirar el río enloquecido y todo lo que arrastraba.

Sin embargo, pronto no fueron sólo troncos y témpanos lo que bajaba, no señor. Ahora el río traía lavaderos enteros y casetas de baño. Y al poco tiempo arrastró barcas y restos de pontones hechos añicos.

«Se llevará nuestro puente, ya lo verás, seguro», decían los niños. Algo inquietos sí estaban; pero predominaba en ellos la alegría de estar viviendo algo tan extraordinario.

De repente bajó un enorme abeto con todas sus ramas y raíces intactas, y tras él pasó de largo un álamo de tronco blanco en cuyas extensas ramas, visibles desde la orilla, destacaban botones muy hinchados por la prolongada inmersión. Después, siguiendo de cerca a los árboles, bajó un pequeño henil flotando boca abajo. Todavía estaba lleno de paja y heno y navegaba sobre su techumbre como un barco sobre su casco.

Fue al traer el río este tipo de cosas cuando los adultos empezaron a reaccionar. Comprendieron que el río se había desbordado en algún sitio hacia el norte y se apostaron en las márgenes con pértigas y bicheros para pescar desde enseres hasta construcciones enteras.

⁶ Caudaloso río, uno de los mayores de Suecia, que atraviesa y da nombre a la región de Dalecarlia (Dalarna). (N. de la T.)

En la zona más septentrional de la parroquia, un área despoblada donde vivía muy poca gente, Ingmar Ingmarsson había bajado sin compañía alguna a la orilla del río. Rondaba los sesenta años pero aparentaba bastantes más. Tenía el rostro curtido y cuarteado, la espalda encorvada; y al igual que antes, su aspecto era el de alguien torpe y desvalido.

Estaba de pie apoyado en un bichero largo y pesado mientras sus ojos vagaban ensimismados por la corriente. El río bramaba escupiendo espuma, mostrando con orgullo todo lo que había ido rapiñando en las márgenes. Era como si pretendiera burlarse del parsimonioso labriego. «No serás tú quien me arrebate nada de lo que arrastro», parecía jactarse.

Ingmar Ingmarsson dejó que pasaran cascos de barcos seguidos muy de cerca por trozos de pontones, sin preocuparse por recuperarlos. «Eso ya lo rescatarán abajo en el pueblo», pensaba.

Sin embargo, no quitaba los ojos de la corriente ni un solo instante; al contrario, iba fijándose en cada una de las cosas que arrastraba. Entre ellas percibió de pronto, a bastante distancia río arriba, algo de un luminoso amarillo suspendido sobre una plancha de tablas sueltas. «Aquí vienen, hace tiempo que me lo esperaba», se dijo en voz alta. Todavía costaba distinguir qué era lo amarillo; sin embargo, para quien supiera cómo vestían los niños de la región era fácil adivinarlo. «Han estado jugando en el lavadero de la planchada otra vez —pensó—, y no han tenido cabeza para bajarse antes de que el agua se lo llevara.»

El viejo labriego no tardó en comprobar que estaba en lo cierto. Distinguió claramente a tres niños pequeños enfundados en sayos de estameña amarilla con capuchas del mismo color, que navegaban río abajo sobre una planchada de tablas sueltas que las corrientes y los témpanos iban destrozando poco a poco.

Los niños todavía estaban lejos pero Ingmar Ingmarsson sabía que una de las corrientes del río se desviaba justo hasta su orilla. Si Dios quería que la planchada a que se aferraban los niños entrase en esa corriente, no sería del todo imposible que pudiese ponerlos a salvo.

Permaneció inmóvil observando el caudal. Entonces, fue como si alguien le diese un empujón a la plancha porque de pronto se desvió hacia la orilla. Mientras se acercaban, Ingmar pudo ver las caritas asustadas y oír el llanto de los niños. Pero estaban aún demasiado lejos para alcanzarlos con el bichero desde tierra. Así que se metió en el agua y empezó a vadear por el río.

Al hacerlo, le invadió la extraña sensación de que alguien le conminaba a que retrocediera. «Ya no eres un muchacho, Ingmar, esto puede resultar peligroso para ti.»

Recapitó un instante preguntándose si realmente tenía derecho a jugarse la vida. Su esposa, a quien un día lejano había ido a buscar a la cárcel, había

fallecido durante el invierno y desde que ella faltaba su mayor deseo era seguirla.

Por otra parte, su hijo, quien con el tiempo debería hacerse cargo de la finca, aún no era más que un crío; aunque sólo fuera por el muchacho, debía aguantarse y seguir viviendo.

—Que sea lo que Dios quiera —murmuró.

No podía decirse que fuera torpe ni lento este Ingmar Ingmarsson. Al meterse en el río, hincó firmemente la vara en el fondo resistiendo la impetuosa corriente, a la vez que vigilaba los troncos y témpanos que bajaban para que no se lo llevaran por delante. Cuando la planchada del lavadero llegó a su altura, afianzó los pies en el lecho del río, estiró el bichero y la pescó.

—¡Sujetaos bien! —les gritó a los niños cuando la planchada viró casi en redondo con un agudo rechinar de tablas. Sin embargo, la precaria armazón resistió y él consiguió sacarla de la corriente más fuerte. Después la soltó, ya que sabía que a partir de allí ganaría la orilla por su propia cuenta.

Clavó de nuevo la vara en el lecho del río y se giró en dirección a la orilla, sin reparar en el enorme madero que venía hacia él a gran velocidad.

El madero lo embistió de pleno dándole en el costado debajo del brazo. Fue un golpe tremendo e Ingmar Ingmarsson empezó a dar tumbos medio sumergido en el agua. Sin embargo, consiguió mantenerse firmemente sujeto al bichero y logró alcanzar el ribazo. Allí, de pie en la arena, apenas se atrevió a palparse el tórax, no había duda de que el golpe le había machacado las costillas. La boca no tardó en llenársele de sangre. «Éste es el fin, don Ingmar», se dijo e, incapaz de dar un paso más, se desplomó en la arena.

Fueron los niños rescatados quienes dieron la alarma, de modo que acudieron varias personas y se lo llevaron a casa.

El párroco llegó al predio de los Ingmarsson y no se fue hasta el anochecer.

De camino a su casa pasó por la escuela. Aquel día le había deparado vivencias que necesitaba compartir.

Encontró al maestro y a la señora Stina profundamente afligidos por la noticia de que Ingmar Ingmarsson había muerto. El párroco, en cambio, se presentó allí con el paso ligero e irradiando un no sé qué de luz y claridad.

Lo primero que quiso saber el maestro es si había llegado a tiempo.

—Sí —contestó el pastor—, aunque no era mi presencia lo que necesitaba.

—¿Ah no? —se extrañó la señora Stina.

—No —confirmó el párroco con una sonrisa enigmática—. Se las habría arreglado igual de bien sin mí. A menudo es duro atender a un moribundo —añadió.

—No me cabe la menor duda —asintió el maestro con un movimiento de cabeza.

—Sí, y muy especialmente si el moribundo es el hombre más notable de la parroquia.

—Desde luego que sí.

—Pero hay veces en que las cosas salen muy distintas de como las habíamos imaginado. —Entonces el pastor calló con la vista fija ante sí; tras los lentes, su mirada brillaba más de lo habitual—. Usted, Storm, o usted, Stina, ¿han oído hablar de un hecho extraordinario que le ocurrió a don Ingmar en su juventud? —les preguntó al cabo.

El maestro respondió que habían oído contar muchas anécdotas acerca de él.

—Sí, claro, pero hoy he oído por primera vez la más sonada. Me la contaron en casa de los Ingmarsson. Resulta que don Ingmar tenía un buen amigo que es hoy uno de los aparceros de la finca —empezó el pastor.

—Sí, ya lo sé —apuntó el maestro—, él también se llama Ingmar y la gente, para distinguirlos, lo apoda Stark Ingmar porque es muy fuerte.⁷

—Exactamente —dijo el párroco—. Su padre le puso Ingmar en señal de respeto a sus patronos. Bien, como iba diciendo, una noche de verano, cuando don Ingmar era joven, él y su amigo Stark Ingmar decidieron salir porque era sábado y tenían fiesta. Así que se pusieron el traje de los domingos y bajaron al pueblo para divertirse. —Hizo una pausa y meditó un momento—. Imagino que tuvo que haber sido una noche muy hermosa —dijo pensativo—, completamente serena y clara, una de esas noches en que el cielo y la tierra intercambian matices, de modo que el cielo adquiere tonalidades verdes y la tierra se cubre de ligeras neblinas que tiñen todo de blanco o azul.⁸

»Cuando llegaron al pontón y se disponían a cruzarlo, fue como si alguien les ordenara que miraran hacia arriba. Ellos obedecieron y vieron abrirse el cielo sobre sus cabezas. La bóveda celeste se había descorrido hacia un lado como si fuera un telón, y ellos dos, cogidos de la mano, contemplaban de frente la gloria de Dios en todo su esplendor.

»¿Ha oído algo semejante alguna vez, señora Stina? ¿Y usted, Storm? —quiso saber el pastor—. Imagínenselos ahí a los dos, sobre el pontón, contemplando los cielos abiertos, como san Esteban.⁹

»De hecho, jamás le contaron a nadie lo que vieron, lo único que les han explicado a hijos y allegados es que una vez, desde el puente, vieron los cielos

⁷ *Stark* significa «fuerte», Ingmar Fuerte. (*N. de la T.*)

⁸ Aunque en Dalecarlia, situada en el centro de Suecia, no se pueda hablar del sol de medianoche en sentido estricto, durante los meses de junio y julio las noches son muy claras. (*N de la T.*)

⁹ La expresión «ver los cielos abiertos» es de san Esteban, quien antes de morir, lleno del Espíritu Santo, dijo: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios» (Hechos de los Apóstoles 7:56). (*N de la T.*)

abiertos. Nadie ajeno a la familia ha sabido de ello, han guardado su visión de la gloria celestial como si se tratara de una reliquia sagrada, ha sido su tesoro máspreciado. —Volvió a bajar la vista y soltó un hondo suspiro—. Nunca antes había oído algo semejante —dijo. La voz le tembló ligeramente al continuar—: De todo corazón habría estado allí con ellos contemplando la gloria de Dios.

»Hoy, apenas lo trajeron a su casa —prosiguió—, don Ingmar ordenó que fueran a buscar a ese Stark Ingmar, así que enseguida enviaron a alguien a por él a la vez que mandaban por el médico y por mí. Pero Stark Ingmar no estaba en su casa, se encontraba en lo más alto del bosque cortando leña y no fue fácil localizarlo. Mientras mandaban por él una y otra vez, don Ingmar se angustiaba temiendo no poder verle antes de morir. Tardaron tanto que llegué yo y llegó el doctor, sin que aún hubiesen dado con el otro Ingmar.

»Don Ingmar no quiso saber mucho de los que estábamos allí, la muerte se le aproximaba. "Pronto llegará mi hora, reverendo", dijo. "Lo único que pido es poder ver a Stark Ingmar antes de morir." Yacía en la amplia cama de la alcoba, tapado con el tapiz más magnífico que tienen. Mantenía los ojos abiertos, sin cesar de mirar algo muy lejano que solo él veía. A los pequeños que había salvado los habían subido a la cama y estaban muy quietecitos los tres acurrucados a sus pies. Sólo apartaba la mirada de eso que veía a lo lejos para contemplar a los niños, y entonces una sonrisa iluminaba su rostro.

»Finalmente dieron con el aparcerero y don Ingmar, al reconocer los contundentes pasos de su amigo en el zaguán, recuperó su mirada normal y esbozó una sonrisa. Cuando tuvo al hombre junto a su lecho le tomó la mano y se la acarició despacio; luego le preguntó: "¿Tú te acuerdas, Stark Ingmar, de cuando cruzábamos el puente de la iglesia y vimos los cielos abiertos?" "Pues claro, cómo no voy a acordarme de cuando juntos vimos lo que es el cielo", le respondió el aparcerero.

»Entonces don Ingmar se giró completamente hacia él, con una sonrisa ancha y radiante, como si fuese a comunicar la noticia más maravillosa del mundo. "Pues ahí es adónde voy a ir yo ahora", le anunció al amigo. El aparcerero se inclinó sobre él y le miró profundamente a los ojos. "Yo te seguiré", le dijo, y don Ingmar asintió con la cabeza. "Pero ya sabes que no me está permitido ir hasta que tu hijo haya hecho su peregrinaje y vuelva a casa." "Sí, sí, ya lo sé", respondió don Ingmar asintiendo con la cabeza. Tras lo cual aspiró unas bocanadas de aire y después murió.

El matrimonio estuvo de acuerdo con el pastor en que se trataba de una muerte muy bella. Los tres guardaron silencio un buen rato.

—Pero —saltó la señora Stina de repente—, ¿qué quiso decir Stark Ingmar con eso del peregrinaje?

El párroco alzó la vista levemente confundido.

—No lo sé —respondió—. Don Ingmar murió en ese mismo instante, no he tenido tiempo de pensarlo. —Y se sumió en nuevas cavilaciones—. Es una afirmación muy curiosa, tiene usted razón, señora Stina —añadió al cabo.

—Usted ya sabrá que de Stark Ingmar se dice que tiene el don de adivinar el futuro.

El párroco se frotó la frente con la mano como para poner orden en sus ideas.

—El hombre propone y Dios dispone, y estudiar eso es maravilloso —sentenció—. Nada más maravilloso hay en el mundo.

Karin Ingmarsdotter

Era una mañana de otoño. En la escuela sonó la campana del recreo. El maestro y su hija Gertrud fueron a la cocina, se sentaron a la mesa y la señora Stina sirvió café.

Antes de que tuvieran tiempo de apurar sus tazas llegó una visita.

El visitante era Halvor Halvorsson, un joven granjero que acababa de abrir una tienda de comestibles en el pueblo. Su familia era dueña de la granja de Timsgården y por eso a menudo le llamaban Tims Halvor.¹⁰ Era un hombre alto y garrido, pero se le veía muy desanimado. La señora Stina le sirvió café a él también, el joven tomó asiento y se puso a hablar con el maestro.

Por su parte, la señora Stina sacó sus agujas y se sentó a hacer calceta en el banco situado bajo la ventana. Desde allí divisaba el camino. De repente dio un respingo y estiró el cuello para ver mejor. Al punto adoptó una apariencia tranquila y, fingiendo indiferencia, dijo:

—Y digo yo que hoy ha salido a pasear lo mejorcito de la comarca.

Al tendero no se le escapó un dejo inusual en su voz y se levantó para mirar por la ventana. Vio a una mujer alta, algo encorvada, y un muchacho a medio camino de la edad adulta que se aproximaban a la escuela.

—Si mis ojos no me engañan, es Karin Ingmarsdotter —dijo la señora Stina.

—Sí, ya lo creo que es Karin —confirmó el tendero y, sin añadir más, se apartó de la ventana y escrutó con la vista las cuatro paredes de la vivienda como si buscara una vía de escape. Sin embargo, acabó regresando calmadamente a su asiento.

La cuestión es que el verano anterior, aún en vida de Ingmar Ingmarsson, Halvor había solicitado la mano de Karin Ingmarsdotter. Fue un cortejo prolongado, con muchos peros y contras. Los venerables Ingmarsson dudaban de si Halvor les convenía. No era una cuestión de dinero, Halvor era rico; el problema consistía en que su padre se había entregado a la bebida y bien pudiera ser que eso fuera hereditario. Al final, no obstante, quedó acordado que Karin sería suya.

¹⁰ Literalmente sería: Halvor de Tims. La mayoría de los nombres de los labriegos y granjeros que aparecen en la obra están formados según el mismo principio: el predio al que pertenecen se antepone al nombre. (N. de la T.)

Se fijó el día de la boda y se decidió con el párroco el período de las amonestaciones; pero antes de la primera vez en que iban a ser leídos sus nombres en la misa mayor, Karin y Halvor hicieron un viaje a Falun a fin de comprar los anillos de boda y un libro de cánticos. Estuvieron fuera tres días. Al volver, Karin le comunicó a su padre que no podía casarse con Halvor; aunque su única queja era que Halvor se había emborrachado durante el viaje en una ocasión. Como Karin veía ahora fundados sus temores de que Halvor fuera a salir como su padre, Ingmar Ingmarsson no quiso obligarla a aquel matrimonio. Así pues, Halvor fue rechazado.

Halvor se lo tomó muy mal. «Vas a arrastrar mi nombre por el lodo —le reprochó a Karin—. ¡Qué vergüenza, es intolerable! ¿Qué pensará la gente de mí si me repudias de esta manera? Esto no se le hace a un hombre honrado.» Pero ella no dio el brazo a torcer y desde ese día Halvor se convirtió en un hombre taciturno y desgraciado. No podía olvidar la afrenta infligida por los Ingmarsson.

Y ahora entraría Karin y se encontraría con Halvor. ¿Cómo resolver la situación?

Lo que estaba claro es que no había reconciliación posible. Desde el otoño pasado, Karin era la mujer de Eljas Elof Ersson. Ella y su marido vivían en la gran casa de labranza de los Ingmarsson, de la que eran los amos desde la muerte de don Ingmar la primavera anterior. Ingmar había dejado cinco hijas y un hijo; sin embargo, éste era demasiado joven para hacerse cargo de la finca.

Karin entró en la cocina. Tenía veintitantos, pero seguramente ni de niña había parecido joven. En muchos otros sitios se la habría tildado de ser una mujer muy fea ya que había heredado los rasgos familiares de su clan y tenía los párpados pesados, el pelo ligeramente rojizo y una boca de líneas duras. Sin embargo, al maestro Storm y a los suyos ese parecido les gustaba.

Al ver a Halvor no se inmutó; todo lo contrario, a paso lento y muy tranquila fue saludando a unos y otros. Cuando le tendió la mano a Halvor, él extendió la suya lo suficiente para que sus dedos se rozaran en la punta.

Karin tenía un modo característico de caminar ligeramente encorvada. Al acercarse a Halvor, dio la impresión de que su cabeza se inclinaba algo más que de costumbre; por su parte, Halvor irguió la espalda cuanto pudo y pareció más alto que nunca.

—Así que hoy nuestra querida Karin ha salido a dar un paseo —dijo la señora Stina arrimándole la butaca en que solía sentarse el párroco.

—Así soy yo —replicó Karin—. Ahora que ha helado no cuesta tanto caminar.

—Sí, esta noche se ha formado una capa muy gruesa de escarcha —apuntó el maestro.

A continuación se abatió un pesado silencio sobre la habitación, nadie tenía nada que decir. Tras permanecer todos callados un par de minutos, Halvor se puso en pie y los otros lo imitaron como despertando de un profundo sueño.

—Bueno, es hora de regresar a la tienda —dijo.

—No creo que Halvor tenga tanta prisa —protestó la dueña de casa.

—No será por culpa mía que Halvor se va —dijo Karin. Pronunció su nombre con un tono de gran humildad.

Tan pronto Halvor se hubo marchado, el hechizo se disolvió y al maestro no tardó en ocurrírsele un tema de conversación. Miró al muchacho que acompañaba a Karin, a quien nadie le había hecho caso hasta ahora. Era sólo un niño, no mucho mayor que Gertrud, con un infantil rostro dulce y luminoso, aunque también tenía cierto aire repipi; no costaba mucho ver a qué familia pertenecía.

—Creo que Karin ha venido a traernos un nuevo alumno —dijo Storm.

—Es mi hermano. Ahora él es Ingmar Ingmarsson.

—Es un poco pequeño para ese nombre —advirtió Storm.

—Sí, padre murió demasiado pronto.

—Y que lo digas —asintieron el maestro y su esposa al unísono.

—Ha estado yendo al colegio de Falun —dijo Karin—. Por eso no ha venido a su escuela antes.

—¿Y no va usted a dejar que siga yendo este año también, Karin?

Ésta bajó sus gruesos párpados y soltó un largo suspiro.

—Por lo visto se le dan muy bien los estudios —eludió la pregunta.

—Bien, me temo que aquí conmigo no aprenderá gran cosa. Seguro que ya sabe tanto como yo.

—Me consta que usted sabe mucho más que un chiquillo como éste, señor maestro.

De nuevo se hizo el silencio, hasta que Karin retomó el hilo.

—No se trata únicamente de inscribirle en la escuela. También quería preguntarle a usted, señor maestro, y a usted también, señora Stina, si el chico puede vivir aquí en su casa.

El maestro y su esposa se miraron asombrados, sin saber qué responder.

—Lo cierto es que no nos sobra espacio —dijo Storm finalmente.

—He pensado que podría pagarles con mantequilla, leche y huevos.

—Sí, pero es que...

—Me harían un gran favor —añadió la rica campesina.

La mujer del maestro comprendió enseguida que Karin no les pediría algo tan extravagante a menos que realmente necesitara ayuda. De modo que tomó una decisión rápida.

—No hace falta que nos ruegue más, Karin —dijo—. Haremos todo cuanto esté en nuestra mano por ayudar a los Ingmarsson.

—Gracias —dijo Karin.

Después, mientras la señora Stina y Karin hablaban largamente sobre las condiciones en que Ingmar viviría con ellos, Storm se llevó al muchacho al aula. Una vez allí, Ingmar eligió asiento en un pupitre al lado de Gertrud. Durante todo el primer día no abrió la boca.

Halvor se mantuvo lejos de la escuela toda una semana, como si temiera volver a encontrarse con Karin. Pero una mañana que llovía a cántaros y en que no había esperar clientes, un profundo desaliento se abatió sobre él. «Soy un inútil, nadie me respeta», pensaba, atormentándose como solía desde el día en que Karin lo rechazara. Al final decidió ir a visitar a la señora Stina para al menos poder charlar un poco con alguien amable y alegre.

Cerró su tienda, se ciñó la chaqueta todo lo que pudo y corrió hasta la escuela intentando esquivar la lluvia y los salpicones de los charcos.

Halvor se sentía tan a gusto allí que no se movió ni cuando sonó la campana del primer recreo y llegaron Storm y los dos niños para tomar el café de la mañana.

Los tres se le acercaron para saludarle. Halvor se levantó para estrecharle la mano al maestro; pero cuando Ingmar le tendió la suya Halvor ya se había sentado y estaba tan concentrado en su conversación con la señora Stina que pareció no advertir la presencia del niño. Ingmar se quedó de pie esperando sin decir nada, después se dirigió a la mesa y se sentó. Más de una vez le oyeron suspirar de la misma forma en que lo hiciera Karin el día que estuvo allí.

—Halvor ha venido a enseñarnos su reloj nuevo —dijo la señora Stina.

Y Halvor se sacó del bolsillo un reloj de plata y lo mostró. Era muy bonito, bastante pequeño, con una flor dorada grabada en la tapa. El maestro abrió el reloj, fue al aula por la lupa, se la encajó en el ojo y observó la maquinaria. Presa del mayor entusiasmo, se quedó absorto contemplando cómo las ruedecillas se engarzaban unas con otras. Nunca había visto un trabajo tan excelente, dijo. Por fin, le devolvió el reloj a Halvor y éste se lo guardó, pero sin dar muestras ni de alegría ni de satisfacción como se suele hacer normalmente cuando alguien alaba algo que acabamos de adquirir.

Mientras estuvo comiendo, Ingmar no abrió la boca pero tras apurar su café le preguntó a Storm si entendía de relojes.

—Sí —contestó el maestro—; ya sabes que entiendo un poco de todo.

Entonces Ingmar se sacó un reloj del bolsillo de su chaleco. Era un reloj de plata grande y redondo, feo y demasiado pesado, especialmente ahora, que acababan de admirar el de Halvor. La cadena de la que colgaba también era fea y pesada. La caja carecía del más mínimo ornamento y tenía una gran

abolladura. Aquel reloj no valía gran cosa. Le faltaba el cristal que protegía las manecillas y el esmalte de la esfera también estaba dañado.

—No va —dijo Storm, arrimándose al oído.

—No —confirmó el muchacho—. Quisiera saber si usted, señor maestro, conoce a alguien que pudiera arreglarlo.

Storm abrió el reloj, se oía un tintineo en su interior, como si los engranajes estuvieran sueltos.

—No sé si has estado partiendo avellanas con este reloj o qué, pero yo no puedo hacer nada.

—¿Cree usted que Erik el relojero podría arreglarlo?

—Él podrá hacer tan poco como yo. Lo mejor será que lo envíes a Falun a que le cambien la maquinaria.

—Sí, ya me lo imaginaba —dijo Ingmar recuperando el reloj.

—¿Qué demonios has estado haciendo con ese reloj? —preguntó el maestro.

El muchacho tragó saliva un momento, como atragantado por el llanto.

—Era el reloj de mi padre —dijo—. Quedó así cuando aquel madero lo arrolló.

Ahora los presentes eran todo oídos e Ingmar hizo un esfuerzo por continuar.

—El accidente ocurrió durante las vacaciones de Pascua, así que yo estaba en casa y fui el primero en llegar a donde estaba padre. Lo encontré en el suelo con el reloj entre las manos. «Me muero, Ingmar», me dijo. «Lamento que el reloj se haya roto porque quiero que se lo des a alguien a quien he ofendido; dáselo con un saludo de mi parte.» Entonces me dijo a quién debía darle el reloj, y me pidió que antes lo hiciese arreglar en Falun. Pero no he podido volver a Falun y ahora no sé qué hacer.

El maestro se puso a rebuscar en su memoria algún posible conocido que fuera a viajar a la ciudad dentro de poco. La señora Stina preguntó:

—Ingmar, ¿a quién debías darle el reloj?

—No sé si decirlo —respondió el muchacho.

—¿No era a Tims Halvor, aquí presente?

—Sí, a él —admitió el niño.

—En ese caso, dáselo tal como está —dijo la señora Stina—. Eso le satisfará más que nada.

Ingmar se levantó obedientemente de la silla, sacó el reloj y le dio brillo con la manga de su chaqueta para dejarlo lo más bonito posible. Después cruzó la habitación con porte formal.

—Le presento saludos de parte de mi padre y le entrego esto —dijo tendiéndole el reloj.

Halvor, que había permanecido callado y sombrío todo el rato, se llevó la mano a los ojos como para no verlo. Ingmar siguió plantado ante él sosteniendo el reloj. Al final, el muchacho desvió la vista hacia la dueña de casa como pidiendo ayuda.

—«Bienaventurados sean los pacificadores»¹¹ —dijo ella entonces.

Halvor estiró un brazo y apartó de sí aquel reloj.

—En mi opinión, no puede usted pedir mayor desagravio, Halvor —terció Storm—. Siempre he sostenido que si Ingmar Ingmarsson no hubiese muerto, hace tiempo que se habría encargado de reparar su honor tal como usted se merece, Halvor.

Entonces vieron que Halvor, con la mano con que no se tapaba los ojos, casi contra su voluntad, agarró el reloj y se lo llevó de un tirón. Y una vez en su mano, lo metió bajo la doble protección del abrigo y el chaleco.

—Ese reloj no se lo quitará nadie —dijo el maestro, y soltó una carcajada al ver lo bien que se abrochaba la chaqueta que escondía el reloj.

Halvor también se rió, luego se puso en pie, estiró la espalda e inspiró hondo. El color subió a sus mejillas. Paseó una mirada franca y alegre por la habitación.

—Creo que Halvor se siente como si acabasen de resucitarlo —dijo la esposa del maestro.

Halvor se metió la mano en la chaqueta y sacó su reloj. Se acercó a Ingmar, quien de nuevo se había sentado a la mesa.

—Ya que yo he aceptado el reloj que era de tu padre, ahora tú debes aceptar éste que es mío —le dijo.

Y colocó el reloj sobre la mesa y se marchó sin despedirse de nadie.

Todo el día se lo pasó vagando por caminos y senderos. Un par de campesinos de la granja de Västgården bajaron para comerciar con él. Estuvieron esperando a la puerta de la tienda desde el mediodía hasta el ocaso; pero de Tims Halvor no se vio ni rastro.

Elof Ersson de la granja de Eljasgården, casado con Karin Ingmarsdotter, tuvo un padre malo y avaricioso que siempre fue muy severo con su hijo. De pequeño a Eljas apenas le daban de comer y de adulto siguió sufriendo una tremenda represión. El viejo no cesaba de hostigarle para que trabajara más, nunca le permitió ir a un baile y tampoco los domingos le concedía descanso. Es de lamentar que el matrimonio no significara para Eljas Elof un medio de alcanzar la independencia, ya que al ir a vivir a la finca de los Ingmarsson tuvo que supeditarse a la autoridad de su suegro. Lo cierto es que tampoco en

¹¹ Las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña (San Mateo 5). (*N. de la T.*)

Ingmarsgården encontró otra cosa que servidumbre y parquedad. Curiosamente, sin embargo, mientras vivió Ingmar Ingmarsson, Eljas siempre dio muestras de estar muy satisfecho y trabajaba como un esclavo sin quejarse nunca de nada. La gente comentaba que los Ingmarsson habían encontrado la horma de su zapato, ya que Elof Ersson no sabía hacer otra cosa en la vida que trabajar.

Pero fue morir Ingmar Ingmarsson y el yerno se dio a la bebida y empezó a llevar una vida de lo más disipada. Trabó amistad con todos los crápulas del pueblo y o bien los invitaba a la finca o bien se iba de ronda con ellos por todas las tabernas y posadas de la comarca. Se olvidó de trabajar y no pasaba un día sin emborracharse. En cuestión de un par de meses se convirtió en un pobre borracho.

Cuando su esposa, Karin Ingmarsdotter, lo vio ebrio por primera vez se quedó de piedra. «Dios me castiga así por haberme portado mal con Halvor», fue lo primero que cruzó su mente.

En el marido no desperdició demasiadas palabras de reproche o amenaza. Enseguida comprendió que aquel hombre era como un árbol de raíces podridas que nunca podría darle apoyo ni sombra.

En cambio, las hermanas de Karin Ingmarsdotter no eran tan perspicaces como ella. Se avergonzaban de aquellos excesos y de que desde la carretera se oyera el jaleo y las juergas que armaban los borrachos en la casa familiar. Ora se mofaban de él ora le reprendían, y aunque el cuñado en el fondo era un hombre apacible, a veces se encolerizaba. Resumiendo, en aquel hogar reinaba la discordia.

Karin sólo pensaba en cómo sacar a sus hermanas de la casa familiar para ahorrarles el tormento que ella sufría. Durante el verano concertó los matrimonios de las dos mayores y a las dos menores las envió a América con unos parientes que habían prosperado considerablemente.

A todas estas hermanas se les pagó su parte de la herencia, es decir, veinte mil coronas. Karin se quedaba con la finca pero sólo tras acordar que el joven Ingmar podría comprársela cuando alcanzase la mayoría de edad, momento en el que Karin y Eljas Elof se mudarían a otro lugar.

Era digno de admiración que Karin, con lo torpe e indecisa que aparentaba ser, tuviera la capacidad de equipar a tantos pájaros para que abandonaran el nido, consiguiéndoles maridos y viviendas o pasajes para América. Todo lo hizo sola. De su marido no obtuvo ayuda de ninguna clase.

Pero de todas sus preocupaciones, sin embargo, la mayor era el hermano, aquel que ahora era Ingmar Ingmarsson, quien le plantaba cara al marido de Karin más encarnizadamente que cualquiera de las hermanas. El muchacho no lo hacía de palabra sino mediante sus actos. En una ocasión vació todas las

botellas de aguardiente que Eljas Elof guardaba en la casa, y en otra fue pillado rebajando sus licores con agua.

Llegado el otoño, Karin solicitó a su marido, único tutor del menor de edad, que el muchacho asistiese al colegio de Falun como en años anteriores; pero Eljas se opuso tajantemente.

«Ingmar será un labriego como lo hemos sido yo y su padre y el mío — declaró Eljas Elof—. ¿Qué se le ha perdido en el colegio? Este invierno, él y yo lo pasaremos arriba en el bosque haciendo carbón. Es lo mejor que puede aprender. Cuando yo tenía su edad me pasaba el invierno entero metido en una choza de carbonero.»

Karin no logró hacerle cambiar de opinión y tuvo que conformarse con que Ingmar se quedara en casa.

A partir de entonces Eljas Elof empezó a mostrar interés en ganarse a Ingmar. Sobre todo cuando salía de casa quería que el niño lo acompañase. Éste lo seguía a desgana. Aborrecía ser testigo de las francachelas del cuñado, quien le juraba que no irían más allá de la iglesia o la tienda, pero, una vez que el chico se encontraba subido al carro, lo llevaba muy lejos, hasta la planta industrial de Bergsåna o la posada de Karlsund.

Karin se alegraba de que el marido se llevara al chico, le parecía una garantía de que Elof no acabaría tirado en una cuneta o el caballo muerto de extenuación.

Pero un día Eljas llegó a casa a las ocho de la mañana con Ingmar dormido a su lado en el pescante.

—¡Hazte cargo de él y llévalo dentro! —le gritó a su esposa—. El chiquillo está borracho y no se tiene en pie.

A Karin, consternada, se le cayó el alma a los pies. Antes de cargar con el hermano tuvo que sentarse en el escalón de la entrada unos instantes.

Cuando finalmente incorporó al chico vio que no estaba dormido, sino inconsciente y frío, como un muerto. Lo tomó en sus brazos y lo llevó a la alcoba. Allí se encerró con él e intentó reanimarlo.

Al cabo de un rato salió al comedor, donde Eljas estaba tomando su desayuno. Karin se le aproximó y le puso la mano en el hombro.

—Más vale que te hinches de comida porque si has matado a mi hermano, en adelante no comerás tan bien como en esta casa.

—Bah, qué cosas dices —repuso él—. No creo que un poco de aguardiente le haya sentado tan mal.

—¡Fíjate bien en lo que te digo! —le gritó Karin hincando unos dedos largos y huesudos en el hombro del marido—. Si se muere, te pasarás veinte años entre rejas, Eljas, eso te lo juro.

Cuando Karin volvió a la alcoba, Ingmar había recuperado el conocimiento pero la cabeza no le funcionaba, no podía mover ningún miembro y sufría grandes dolores.

—¿Crees que me voy a morir, Karin? —preguntó.

—Eso nunca —contestó ella sentándose a su lado.

—No sabía lo que me estaban dando —aseguró él.

—Pues menos mal, gracias a Dios —contestó Karin muy seria.

—Escríbeselo a nuestras hermanas si me muero —suplicó el muchacho—.

Yo no sabía que eran licores.

—Ya —repuso Karin.

—No lo sabía, te lo juro.

Todo ese día lo pasó Ingmar en cama con fiebre y mareos.

—No se lo cuentes a padre, por favor —le pidió a su hermana.

—No, nadie se lo va a contar a padre —contestó ella.

—Pero si me muero padre se enterará y entonces tendré que avergonzarme ante él.

—¿No decías que no era culpa tuya? —repuso Karin.

—Sí, pero a lo mejor padre piensa que debería haberme negado a tomar cualquier cosa que me diese Eljas.

»¿Crees que todo el pueblo sabe que me he emborrachado? —preguntó luego—. ¿Qué dicen los mozos y qué dice la tía Gammel Lisa y qué dice Stark Ingmar?

—Pues éstos no dicen nada —respondió Karin.

—Por favor, tienes que contarles cómo fue. Mira, te explico: estuvieron bebiendo toda la noche y entretanto yo dormía sentado en un rincón. Fue en la posada de Karmsund. Entonces Eljas me despertó y me dijo muy amable: «Venga, Ingmar, tómate algo caliente. ¡Ten, bébete esto, sólo es agua con azúcar!» Y yo al despertarme sentí frío, así que acepté. Cuando probé lo que me daba sólo noté que era dulce y estaba caliente. Y ahora resulta que había echado licor. ¿Qué dirá padre ahora?

Karin abrió la puerta porque Eljas todavía estaba ahí y pensó que convenía que oyera lo que hablaban.

—Si padre viviera, Karin, ay si padre viviera.

—Entonces ¿qué, Ingmar?

—¿No crees que lo mataría a palos?

En la otra habitación, Eljas se echó a reír y el chico palideció tanto que Karin se levantó y cerró la puerta.

Después de este incidente Eljas Elof se volvió lo bastante dócil como para no impedir que Karin llevase a Ingmar a casa del maestro.

Los primeros tiempos tras recibir el reloj, Halvor tenía siempre la tienda llena de clientes. No había granjero que viniese al pueblo sin pasar por el

almacén para oír la historia del reloj de don Ingmar. Los parroquianos, con sus abrigos de pieles blancos hasta los pies y los rostros curtidos y serios, se pasaban horas apoyados en el mostrador escuchando a Halvor, quien remataba su narración sacando el reloj de su chaleco y luego señalaba la caja abollada y la esfera rota. «¿Así que ahí fue donde recibió el golpe? —se maravillaban los presentes imaginando la escena en que Ingmar Ingmarsson resultó herido—. ¡Qué suerte tienes, Halvor, de poseer ese reloj!»

Cuando Halvor mostraba el reloj nunca lo soltaba, sino que lo mantenía sujeto por la cadena. Ni un solo instante permitía que se lo quitasen de las manos.

Un día, Halvor, rodeado de un círculo de oyentes, como era habitual últimamente, fue desarrollando su relato hasta que tocó el momento de sacar el reloj. Como por ensalmo, una noble emoción invadió a todos y mientras se pasaban el reloj de mano en mano el silencio fue casi total.

Justo entonces entró Eljas, pero el reloj acaparaba toda la atención de los presentes así que nadie se dio cuenta. Eljas también había oído la historia del reloj de su suegro y enseguida comprendió la situación. No es que le tuviera envidia a Halvor, simplemente le parecía ridículo verle a él y a los demás tan emocionados en torno a ese trasto abollado y viejo por muy de plata que fuera.

De puntillas se acercó a los que hacían corro frente al mostrador, de un rápido zarpazo agarró el reloj y de un tirón lo tuvo en su puño. Sólo era una broma, Eljas no pretendía quitarle el reloj a Halvor, su única intención era fastidiar un poco.

Halvor lanzó un manotazo para recuperar el reloj pero Eljas dio un paso atrás sosteniéndolo en alto, como quien enseña un hueso a un perro jadeante. Halvor, haciendo pértiga con la mano sobre el mostrador, saltó al otro lado. Estaba tan furioso que Eljas se asustó y, en vez de quedarse quieto y devolverle el reloj, salió corriendo por la puerta.

Al otro lado de la puerta había una escalera de madera cuyos peldaños estaban en muy mal estado. Eljas metió el pie en un resquicio, tropezó y cayó escaleras abajo. Halvor se le echó encima, recobró su reloj y le propinó varias patadas.

—No te molestes en darme tan fuerte —advirtió Eljas—. Yo de ti miraría qué le pasa a mi espalda.

Halvor se contuvo pero Eljas no hizo ademán de levantarse.

—Ayúdame a ponerme en pie —pidió.

—Ya te ayudarás tú mismo cuando hayas dormido la mona.

—No estoy borracho —dijo Eljas—, lo que pasa es que cuando bajaba las escaleras me pareció ver a don Ingmar que venía hacia mí reclamando el reloj. Por eso caí de tan mala manera.

Halvor se inclinó para ayudar a aquel pobre diablo. Después tuvieron que llevarle a casa tumbado en una carreta. Se había roto la espina dorsal y nunca más volvería a andar.

A partir de entonces Eljas Elof siempre guardó cama; era un hombre desvalido que no podía moverse. Pero hablar sí podía, y se pasaba el día suplicando que le trajeran aguardiente. El médico le había prohibido rotundamente a Karin que le proporcionase cualquier tipo de licor, ya que en ese caso la bebida no tardaría en mandarlo a la tumba. Entonces Eljas empezó a conseguir lo que deseaba por la fuerza, a base de pegar gritos y armar mucho alboroto, principalmente de noche. Se comportaba como un loco y perturbaba el reposo de todos.

Éstos fueron los años más duros para Karin. Su marido la martirizaba hasta tal punto que más de una vez creyó que no lo resistiría. Con su lengua venenosa él llenaba la casa de maldiciones y blasfemias, de modo que aquello era como el infierno.

Karin le rogó al maestro y su esposa que alojaran a Ingmar. No quería que el hermano viniese a casa un solo día al año, ni siquiera por Navidad.

Todos los criados de la casa eran parientes lejanos de los amos y el predio de los Ingmarsson había sido su hogar de toda la vida. De no haber estado tan arraigados con los Ingmarsson, habrían sido incapaces de permanecer en sus puestos. Porque no fueron muchas las noches que Eljas les dejó dormir tranquilos. Y constantemente ideaba nuevos modos de atormentarlos a ellos y a Karin, para obligarles a claudicar ante sus exigencias.

Sumida en esta desgracia vivió Karin un invierno, un verano y otro invierno más.

Karin Ingmarsdotter tenía un lugar al que solía ir para estar a solas y rumiar sus penurias. Era un banquillo estrecho situado tras la valla del pequeño campo de lúpulo; allí acostumbraba acurrucarse con los codos apoyados en los muslos y la barbilla entre las manos mirando fijo al vacío. Buenas vistas no le faltaban, ni a lo ancho ni a lo largo. Desde el lugar donde se sentaba, los sembrados se extendían hasta las lomas boscosas y la puntiaguda montaña con forma de tacón de Klackberget.

Allí se encontraba una tarde de abril. Se sentía débil y desanimada, como a menudo suele ocurrirle a la gente en primavera, cuando la nieve, sucia y polvorienta, se va derritiendo y la lluvia primaveral todavía no ha limpiado el suelo. El sol picaba fuerte, y el viento del norte soplaba sin trabas a su alrededor porque el lúpulo que la hubiese resguardado aún no había nacido, sino que dormía su sueño invernal bajo un manto de ramas de abeto. Era un viento cortante, trapos y trozos de papel y hierba seca giraban en remolinos a ras del

suelo. En lo alto de las montañas se acumulaba la nieve del deshielo y las copas de los abedules empezaban a ponerse pardas, pero en la linde del bosque la nieve todavía se amontonaba muy alta. La primavera estaba en camino y no tardaría en irrumpir en serio, pensamiento que le provocó un cansancio aún mayor. Sentía que no podría sobrevivir otro verano.

Pensó en la avalancha de tareas que se le venían encima, la siembra y la siega, amasar el pan de toda la temporada, la colada pendiente de todo el invierno, tejer y coser. Se le antojaba imposible pasar por todo aquello.

—Además, más me valdría morir —dijo muy quedamente—. El único sentido que tiene mi vida es impedir que Eljas se mate bebiendo.

De repente alzó la vista como si atendiese una llamada. Frente a ella vio a Halvor Halvorsson, que la observaba apoyado contra el cercado.

Karin no sabía cuándo había llegado. Tuvo la impresión de que llevaba allí un buen rato.

—Me imaginaba que te encontraría aquí —dijo él.

—¿Ah sí?

—Antes solías venir aquí cuando tenías un rato libre para dedicarle a tus penas.

—Entonces pocas eran mis penas.

—Las que no tenías te las buscaste.

Al mirar a Halvor, Karin pensó que él debía pensar que había sido una tonta al no casarse con un hombre tan orgulloso y gallardo. «Ahora me tiene acorralada —se dijo—. Ha venido aquí para escarnecerme.»

—He ido a tu casa y he hablado con Eljas —dijo Halvor—. De hecho, era a él a quien quería ver.

Karin no respondió y siguió sentada con la vista baja y las manos cruzadas, esperando la lluvia de sarcasmos que Halvor iba a descargar sobre ella.

—Le he dicho —prosiguió él— que me considero parcialmente responsable de su desgracia porque fue en mi casa donde tuvo el accidente. —Se interrumpió, como esperando una señal de aprobación o de desagrado por parte de ella; pero Karin callaba—. Por eso le he preguntado —continuó Halvor— si no quería venir a vivir conmigo una temporada. Representaría un cambio de aires y allí vería a más gente que aquí.

Karin levantó los ojos pero siguió sin moverse.

—Hemos acordado —siguió Halvor— que mañana lo mandarás a mi casa con el carro. Acepta venir conmigo porque cree que en mi casa podrá beber, pero puedes estar segura de que no será así, Karin. No tomará más aguardiente en mi casa que en la tuya. Bien, entonces quedamos en que vendrá mañana. Se alojará en la trastienda y le he prometido que la puerta siempre estará abierta para que pueda ver gente.

Karin se preguntó si aquello formaba parte de algo que Halvor había ideado para burlarse de ella, pero al punto comprendió que hablaba en serio.

Y es que Karin siempre pensó que Halvor había pedido su mano porque era rica y de buena familia. Nunca se le ocurrió que él pudiera quererla por méritos propios. Sabía muy bien que ella no era el tipo de mujer que gusta a los hombres. Por otro lado, tampoco ella había estado enamorada, ni de Halvor ni de Eljas.

Sin embargo, ahora que Halvor le proponía compartir la carga tan pesada que llevaba a cuestas, se vio embargada por una inmensa y sublime emoción. ¿Cómo era posible que Halvor pudiera ser tan bueno con ella?

El corazón de Karin empezó a palpar. Estaba despertando a algo que nunca antes había experimentado. Se preguntó qué podría ser hasta que de repente comprendió que la bondad de Halvor había fundido el hielo que envolvía su corazón, haciendo que en ella prendiera una primera llama de amor hacia él.

Halvor continuó exponiendo su plan, temiendo posibles reparos.

—Hay que ponerse en su lugar —dijo—, el pobre necesita un cambio de aires. Y lo difícil que ha sido contigo no se atreverá a serlo conmigo. A mí me tiene miedo, con un hombre no es lo mismo.

Karin no sabía dónde meterse, le parecía que no podía hacer un solo gesto o pronunciar una sola palabra sin que Halvor notara que estaba enamorada de él. Y sin embargo, era preciso contestar algo.

Al final, Halvor calló y se quedó mirándola.

Karin se levantó como a desgana, se acercó a él y acarició su mano lentamente.

—Dios te bendiga, Halvor —dijo con voz quebrada—. Dios te bendiga.

A pesar de todas sus precauciones, Halvor debió de percibir algo puesto que con un gesto rápido le sujetó las manos y la atrajo hacia sí.

—¡No, no! —exclamó ella, horrorizada, luego se soltó y salió corriendo.

Eljas fue trasladado al almacén de Halvor y estuvo tumbado en la trastienda todo el verano. Sin embargo, no le ocasionó demasiadas molestias a Halvor porque entrado el otoño Eljas murió.

Al poco tiempo del suceso, la señora Stina le dijo a Halvor:

—Ahora debe usted prometerme una cosa, Halvor. —Él dio un respingo y alzó la vista—. Tiene usted que prometerme que tendrá mucha paciencia con Karin.

—Claro que tendré paciencia —contestó, extrañado.

—Lo digo porque es de las que merecen el esfuerzo de esperarlas, aunque sean siete años enteros.

Hablar de paciencia era fácil, pero para Halvor tenerla no lo fue tanto debido a los rumores que empezaron a llegarle acerca de si ora éste ora el otro estaba cortejando a Karin. Esta situación se creó a los catorce días exactos del entierro de Eljas.

Un domingo por la tarde, Halvor estaba sentado en los escalones de la entrada observando la gente que iba y venía por la carretera. Enseguida se le antojaron demasiados los elegantes carricoches que pasaban de largo rumbo a la finca de los Ingmarsson. En el primer carruaje vio a uno de los inspectores de la fábrica de Bergsåna, tras él pasó el hijo del hotelero de Karmsund, y finalmente pasó Berger Sven Persson, un rico hacendado de la parroquia lindante; de hecho, el terrateniente más acaudalado de toda la región oeste de Dalecarlia y, además, un hombre sensato de muy buena reputación. Si bien es cierto que ya no era lo que se dice joven. Había estado casado en primeras y segundas nupcias y acababa de quedarse viudo por segunda vez.

Cuando vio pasar a Berger en su coche, Halvor ya no pudo estarse más sentado. Echó a andar por la carretera y, casi sin quererlo, había cruzado el puente y se hallaba en la misma margen del río en que se hallaba Ingmarsgården. «Me gustaría saber adónde iban todos esos coches», se dijo. Siguió las huellas y no tardó en sentirse más y más ansioso. «Sé que esto que hago es una estupidez —se dijo, recordando la advertencia de la señora Stina—. Sólo voy a subir hasta el camino de la finca para ver lo que están tramando allá arriba.»

Berger Sven Persson y un par de hombres más estaban en la sala grande de Ingmarsgården tomando café. Ingmar Ingmarsson, que seguía viviendo en la escuela, había ido a pasar el domingo a su casa y, por lo tanto, estaba sentado a la mesa con los visitantes haciendo las funciones de anfitrión ya que Karin no estaba, se había excusado con que tenía cosas que hacer en la cocina debido a que todas las criadas habían ido al pueblo para escuchar misionar al maestro.

En el comedor reinaba un aburrimiento mortal, todos sorbían su café sin decir nada. Los pretendientes prácticamente no se conocían y cada uno aguardaba una oportunidad para meterse en la cocina y hablar a solas con Karin.

En ésas la puerta se abrió dando paso a un nuevo visitante. Ingmar Ingmarsson fue a recibirle y lo condujo hasta la mesa.

—Es Halvor Halvorsson de Timsgården —le dijo a Berger Sven Persson.

Éste no se levantó, saludó únicamente con un ligero gesto de la mano y dijo con cierta sorna:

—Qué suerte poder conocer a un hombre de tanta fama.

Ingmar Ingmarsson le ofreció una silla a Halvor haciendo tanto ruido al arrastrarla que éste se libró de responder.

A partir del momento en que llegó Halvor, todos los pretendientes se volvieron locuaces y grandilocuentes. Empezaron a respaldarse y a darse coba mutuamente, como si se hubiesen puesto de acuerdo para mantenerse unidos hasta eliminar a Halvor de la partida.

—Qué caballo más magnífico ha traído usted hoy, señor juez —empezó el inspector.

Berger Sven Persson le siguió el juego y alabó a su vez al inspector por un oso que había cazado el pasado invierno. A continuación, ambos felicitaron al hijo del hotelero de Karlsund por las nuevas viviendas edificadas por su padre. Finalmente, los tres se dedicaron a fanfarronear acerca de la fortuna de Berger Sven Persson. La locuacidad de aquellos hombres no tenía fin y con cada palabra le decían a Halvor que, comparado con ellos, era un don nadie. Halvor, sintiéndose en efecto muy insignificante, se arrepintió amargamente de haber ido.

Al poco entró Karin con la cafetera para rellenar las tazas. Cuando descubrió a Halvor su primera reacción fue de alegría, pero después pensó en la mala impresión que causaría que hubiese venido a visitarla a tan pocos días de la defunción del marido. Si mostraba tanta prisa, la gente pensaría que Halvor había descuidado sus atenciones a Eljas a propósito para deshacerse de él y así poder casarse con ella.

Karin habría querido que Halvor esperara dos o tres años antes de ir a verla, ese lapso habría sido suficiente para que la gente comprendiese que la impaciencia no había impulsado a Halvor a causarle ningún mal a Eljas. «¿Por qué tiene tanta prisa? —pensó—. Ya debería saber que nunca tomaré a nadie más que a él por marido.»

Al entrar Karin se hizo un nuevo silencio en la habitación y nadie pensó en otra cosa que en observar cómo se saludaban ella y Halvor. Pero las yemas de sus dedos apenas se rozaron. Al verlo, al juez del distrito se le escapó un agudo silbido de alegría mientras que el inspector soltó una carcajada. Halvor se giró lentamente hacia él.

—¿Se puede saber de qué se ríe usted, inspector? —le preguntó impasible.

Así de pronto al inspector no se le ocurrió nada. No quería decir algo hiriente mientras Karin estuviera en la sala.

—Debe de estar pensando en un perro de caza que levanta la liebre pero después deja que otro la mate —contestó con segundas el hijo del hotelero.

Entonces Karin, que iba sirviendo el café con las mejillas como dos tomates, dijo en tono de disculpa:

—El señor Berger Sven Persson y todos ustedes tendrán que conformarse con café solo, puesto que en esta casa ya no se sirven licores.

—No, en mi casa tampoco los servimos —replicó el juez.

El inspector y el hotelero no dijeron nada, pero comprendieron que el juez acababa de anotarse varios puntos. A continuación, el juez dio un discurso sobre la abstinencia de bebidas alcohólicas y sus beneficios. Karin se quedó a escucharle, asintiendo a cada palabra. El juez tenía muy claro que por ahí podía conquistarla y no dudó en explayarse profusamente acerca del aguardiente y el alcoholismo. Karin reconoció sus propias inarticuladas ideas sobre un tema que le había rondado la cabeza durante los últimos años y se alegró de descubrir que un hombre tan poderoso y sensato las compartía con ella.

En mitad de su discurso, el juez dirigió la mirada a Halvor. Éste permanecía sombrío y malhumorado, la taza ante él aún intacta. «Ha de ser muy duro para él —pensó Berger Sven Persson—, sobre todo si es verdad, como cuenta la gente, que ayudó a Eljas en el tránsito, aunque sólo fuese un poquito. Lo cierto es que yo diría que fue una buena obra liberar a Karin de ese personaje deleznable.» Y como el terrateniente y magistrado tenía ya la impresión de que la partida era suya, sintió una súbita benevolencia hacia Halvor. Levantando la taza de café, la alargó y dijo:

—¡Salud, Halvor! Me consta que fuiste de gran ayuda para Karin al hacerte cargo de ese canalla con el que estaba casada.

Halvor, quieto en su sitio, miró fijamente al juez sin saber cómo tomárselo. El inspector, en cambio, soltó una nueva risotada.

—De gran ayuda, sí —cacareó—, de gran ayuda, realmente.

El hijo del hotelero, torciendo la sonrisa, repitió:

—Sí, eso, de gran ayuda, realmente.

Las risas aún sonaban cuando Karin se escabulló, deslizándose como una sombra por la puerta de la cocina. Luego se paró en el quicio, a una distancia desde la que pudiera escuchar todo lo que se decía en el comedor. Estaba triste y desesperada por la prematura presencia de Halvor. Sin duda, ahora nunca podría casarse con él. Resultaba evidente que para las malas lenguas ya daban que hablar. «No sé cómo voy a poder soportar perderle», pensó apretando el puño contra su corazón.

Al principio sólo se oía un gran silencio en la sala grande, luego oyó que alguien hacía correr la silla y se levantaba.

—¿Se irá usted tan pronto, Halvor? —preguntó el joven Ingmar.

—Sí —contestó Halvor—, no puedo quedarme más tiempo, tendrás que decirle adiós a Karin Ingmarsdotter de mi parte.

—¿Por qué no va a la cocina y se despide usted mismo?

—No —replicó la voz de Halvor—, nosotros dos ya no tenemos nada más que decirnos.

A Karin le dio un vuelco el corazón y sus ideas se dispararon a una velocidad inusitada. Halvor estaba resentido con ella y no era de extrañar. Ella

apenas se había atrevido a estrecharle la mano, y cuando los otros se burlaron de él en vez de defenderle había callado y luego se había marchado de allí.

¿Qué iba a pensar él si no que ella no le amaba? Por eso ahora se iba para no volver nunca.

Ay, no, cómo había podido tratarle así, ella, que lo quería tanto.

De repente le vino a la cabeza aquello que su padre solía decir acerca de los Ingmarsson, que no debían preocuparse de los hombres, sino seguir los caminos de Dios.

La puerta de la cocina se abrió de golpe dando paso a Karin, que no tardó en plantarse ante Halvor justo cuando éste salía del comedor.

—¿Ya te vas, Halvor? Creía que te quedarías a cenar.

Halvor la miró de hito en hito. Estaba demudada, ruborosa y sudorosa, y había algo dulce y cariñoso en ella que nunca antes había visto y que le conmovió.

—Pues pienso irme y no volveré jamás —contestó, sin entender lo que ella perseguía.

—Vamos, ven y acábate el café —repuso ella tomándole de la mano y conduciéndole hasta la mesa. Durante el trecho que los separaba de la mesa tuvo tiempo de ponerse roja primero y blanca después, su valor flaqueó una y otra vez; pero se mantuvo firme a pesar de que el escarnio y el desprecio eran lo que más le dolía. «Por lo menos ahora comprenderá que quiero compartir la carga con él», pensó.

—Berger Sven Persson y ustedes también —dijo Karin—, Halvor y yo no hemos podido hablar del asunto ya que acabo de enviudar; pero ahora, creo que es mejor que sepan de una vez por todas que como marido prefiero a Halvor a nadie en el mundo. —Hizo una pausa porque la voz le temblaba—. Que la gente diga lo que le plazca; pero Halvor y yo no hemos hecho nada malo.

Dicho esto, Karin se acercó un poco más a Halvor, como buscando cobijo ante las habladurías que se les vendrían encima.

Los presentes callaron un rato, más que nada por la sorpresa que les causó Karin Ingmarsdotter, quien en aquellos momentos tenía un aspecto juvenil, casi de niña, como no lo tuviera en su vida.

Entonces habló Halvor con voz temblorosa:

—El día que me entregaron el reloj de tu padre pensé que ya nada de lo que me pasara sería igual de importante. Pero esto que acabas de hacer, Karin, lo supera todo.

Sin embargo, ella esperaba con más ansiedad las palabras de los presentes que las de Halvor, la angustia no quería soltarla.

Por fin, Berger Sven Persson, que en muchos aspectos era una excelente persona, se puso en pie.

—En ese caso habrá que darles la enhorabuena a Karin y a Halvor —dijo muy afable—, pues a todos nos consta que el elegido por Karin es un hombre sin tacha y de conducta irreprochable.

En Sión

Nadie debería extrañarse de que un viejo maestro de escuela rural, tras una larga vida dedicada a proporcionar cultura y conocimientos al prójimo, se vuelva en ocasiones algo pagado de sí mismo; porque no hay día que no le brinde la ocasión de comprobar que sus vecinos viven de lo que él les ha enseñado y que ninguno de ellos sabe nada aparte de lo que él, el maestro de escuela, les transmitió en su día. ¿Es suya la culpa, entonces, si considera a cada uno de los parroquianos, por muy viejos que sean, sus alumnos, y si piensa que él es más sabio que todos los demás? De hecho, a un viejo maestro de éstos hasta puede costarle tratar a la gente como los adultos que son, ya que lo que él sigue viendo en sus rostros son criaturas de mofletes hinchados y sonrisas con hoyuelos; es decir, los niños de ojos asombrados e inocentes que una vez fueron.

Sucedió que un domingo de invierno, poco después de la misa, se encontraban el párroco y el maestro hablando en la pequeña sacristía abovedada cuando su conversación recayó en el Ejército de Salvación.

—Es una invención de lo más excéntrica —dijo el párroco—. Nunca imaginé que llegaría a ver algo semejante.

El maestro miró con severidad al párroco porque le parecía que hablaba indebidamente. Él, un pastor de la iglesia, no estaría insinuando que una locura como ésa pudiera hacer mella en su comunidad.

—La verdad, no creo que llegue a verlo nunca, reverendo —dijo, poniendo énfasis en cada palabra.

Por lo general, el párroco, muy consciente de ser un hombre débil y derrotado, dejaba que el maestro gobernara a sus anchas; lo cual no era óbice, sin embargo, para que de vez en cuando no le picara.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro de librarse del Ejército de Salvación? —le espetó.

—Pues —replicó Storm—, mientras el pastor y el maestro se mantengan unidos no habrá sitio para tales aberraciones.

—Precisamente, a mí no me consta que usted esté conmigo —dijo el párroco—. ¿Acaso no lee usted sus sermones por su cuenta en esa Sión¹² que se ha construido en las afueras?

A esto, el maestro empezó callando pero luego se decidió por responder despacio:

—Reverendo, usted nunca ha venido a escuchar uno de mis sermones.

El nuevo templo era una verdadera piedra de escándalo entre ellos. El pastor nunca había traspuesto el umbral de la sala. Al salir a relucir ahora, ambos amigos temieron haber dicho algo que hiriera al otro. «Sin duda soy injusto con Storm —pensó el pastor—. Durante estos cuatro años en que ha estado enseñando la Biblia en su templo los domingos por la tarde, ha venido más gente que nunca a la misa de los domingos por la mañana, y tampoco se puede decir que yo haya visto ni rastro de un cisma. No, él no ha sembrado la discordia en la comunidad como yo temía. Es un amigo fiel y un servidor leal. Voy a intentar darle una muestra de mi aprecio.»

La pequeña disputa que tuvieron esa mañana tuvo como consecuencia que por la tarde el pastor fuera a escuchar la charla de Storm. «Le daré a Storm una buena alegría —pensó—. Iré a escuchar uno de los sermones que pronuncia en su lejana Sión.»

Durante la caminata el párroco se acordó de la época en que se construyó el templo. ¡Cuántos augurios había en el aire y con cuánta convicción había creído él que Dios pergeñaba algo mayúsculo! Pero todo quedó en nada. «Nuestro Señor seguramente cambió de parecer», pensó el pastor, riéndose en silencio de sí mismo a causa de las extrañas ideas que se le ocurrían respecto a Nuestro Señor.

La Sión del maestro era una sala amplia de paredes luminosas. Unos grabados de madera con los retratos de Lutero y Melanchton tocados con capas orladas de pieles colgaban de la pared lateral. Escritos en hermosos caracteres, unos versículos de la Biblia recorrían todo el friso alto dentro de un marco de flores, trompetas y trombones celestiales. Sobre el estrado que dominaba la sala colgaba un pequeño óleo representando al Buen Pastor.

La enorme y austera sala estaba repleta de gente y eso bastaba para crear una atmósfera de festiva solemnidad. La mayoría lucían sus magníficos trajes regionales, y las inmaculadas pañoletas de las mujeres, cuyos ángulos almidonados se extendían como alas, producían la ilusión de que unas grandes aves de plumas blancas habían invadido la sala.

Storm ya había comenzado su charla cuando vio entrar al pastor y tomar asiento en la primera fila. «Qué hombre más notable este Storm —se dijo el

¹² Antiguo nombre de la fortaleza de Jerusalén que terminó por designar la ciudad y el templo de Jerusalén. (*N. de la T.*)

párroco—. En todo triunfa. Hasta el ministro de la Iglesia ha acabado por hacerle el honor de venir a escucharle.»

Desde que el maestro comenzara con sus charlas, había explicado la Biblia desde la primera página hasta la última. Aquella tarde su sermón versaba sobre la Jerusalén celestial según se describe en el Apocalipsis y sobre la beatitud eterna. Y era tal la alegría que le embargaba por ver allí al párroco que se dijo: «Si de mí dependiera no pediría nada mejor en la vida eterna que una cátedra desde la cual adoctrinar a niños aplicados y obedientes. Y si Nuestro Señor viniese a escucharme alguna vez, como el pastor ha hecho hoy, no habría nadie en el cielo más feliz que yo.»

Por su parte, el pastor, al oír hablar de Jerusalén, aguzó el oído sacudido de nuevo por extraños presagios.

En mitad de la charla se abrieron las puertas dando paso a un nutrido grupo de gente. Eran unas veinte personas que se quedaron en la entrada para no molestar. «¡Ea! —pensó el pastor—, ya decía yo que iba a pasar algo.»

Storm concluyó y nada más decir amén se alzó una voz entre el grupo de la entrada:

—Me gustaría que diera usted su permiso para decir unas palabras.

La voz era de lo más suave y amable. «Tiene que ser Hök Matts Eriksson, el Gavilán¹³ —pensó el párroco y muchos otros con él—; en toda la comarca no hay otro que tenga una voz tan dulce de niño como él.»

Al instante, un hombrecito de poca estatura y aspecto bondadoso se abrió paso hasta el estrado, seguido por un séquito de hombres y mujeres que parecían respaldarle y darle ánimos.

El párroco, el maestro y la congregación entera se quedaron pasmados. «Hök viene a contarnos una gran desgracia —pensaban—. O bien ha muerto el rey o hemos entrado en guerra, o bien algunos infelices se han ahogado al cruzar el río.»

Sin embargo, Hök Matts no tenía el aspecto de querer anunciar malas nuevas. Se le veía emocionado y solemne, pero animado por una alegría que le obligaba a sonreír.

—Quería comunicarles al señor maestro y a todos los feligreses —dijo— que el pasado domingo el Espíritu Santo se posó sobre mí y comencé a predicar. Resulta que por culpa del hielo estábamos en casa incomunicados sin poder bajar al pueblo a escuchar al maestro Storm y nosotros anhelábamos la palabra de Dios, así que entonces me fue revelado que yo mismo podía decirla. Ahora llevo, dos domingos predicando y la gente de mi familia y mis vecinos me han animado a venir aquí para que todo el pueblo me escuche. —Hök Matts añadió que se sorprendía de que el don de la palabra hubiese recaído en un hombre tan

¹³ Hök significa «gavilán» y es el sobrenombre de esta familia. (N. de la T.)

humilde como él—. Pero tampoco el maestro es nada más que un campesino — finalizó su introducción con plena confianza.

Tras este prelude, cruzó las manos con la intención de iniciar su discurso. Pero a estas alturas el maestro se había recobrado de la sorpresa.

—¿No pretenderá usted ponerse a hablar aquí y ahora? —le soltó.

—Bueno pues, la verdad es que sí —respondió Hök Matts, asustándose como un chiquillo al observar la sombría expresión de Storm—. Primero quería pedirle permiso a usted y a todos los demás, claro —añadió humildemente.

—Aquí ya hemos acabado por hoy —dijo Storm tajante.

El bondadoso hombrecillo empezó a implorar con voz llorosa.

—Si tan sólo pudiera decir unas palabras... Son cosas que me han sido reveladas mientras andaba tras el arado o vigilaba las brasas en la carbonera, y que ahora quieren salir a la luz.

Pero el maestro, que había disfrutado de un día glorioso, fue implacable:

—Matts Eriksson se presenta aquí con sus propias elucubraciones y pretende que sean palabras de Dios —ironizó amenazante.

Hök Matts no se atrevió a replicarle y el maestro abrió el cancionero.

—Ahora entonaremos el cántico número 187 —ordenó. Leyó el texto en voz alta y después empezó a cantar—: «¿Guardas tu ventana abierta hacia Jerusalén?» —Mientras lo hacía pensó: «Me alegro de que el pastor viniera justamente esta tarde, así verá que sé mantener el orden en mi Sión.»

Pero apenas terminado el cántico, uno de los asistentes se levantó. Era Ljung Björn Olofsson, un hombre arrogante y gallardo, casado con una de las hijas de los Ingmarsson y dueño de una gran casa en medio del pueblo.

—Por aquí hay unos cuantos que opinamos que el señor maestro tal vez debiera habernos consultado antes de despedir a Matts Eriksson —dijo con tono obsequioso.

—Conque ésa es tu opinión, ¿eh, hijo? —respondió el maestro en el mismo tono con que se habría dirigido a un mocosito—. Pues para que lo sepas, en esta sala no habla nadie más que yo.

Ljung Björn se puso rojo como la sangre; no había pretendido provocar a Storm, sólo amortiguar el golpe contra Hök Matts, que era un buen hombre. Pero ahora no podía evitar sentirse ofendido por la respuesta. Antes de decidir su reacción, sin embargo, uno de los que acompañaban a Hök Matts dijo:

—Yo he oído hablar a Hök Matts dos veces y tengo que decir que es asombroso. Creo que a todos los presentes os convendría escucharle.

El maestro usó el mismo acento amable pero autoritario con que reprendería a un rapaz en la escuela:

—Mi buen Krister Larsson, tienes que entender que eso es completamente imposible. Si dejas que Hök Matts hable hoy, el próximo domingo querrás predicar tú, y el siguiente será Ljung Björn quien me lo pida.

Se oyeron varias risas, pero Ljung Björn las interrumpió con voz alta y dura:

—No veo por qué Krister y yo habríamos de ser menos que usted, maestro.

Tims Halvor, previendo una pelea, se levantó para calmar los ánimos.

—Todos los que han puesto dinero para construir esta sala deberían ser consultados antes de aceptar a un nuevo predicador.

Sin embargo, a estas alturas también Krister Larsson estaba furioso, y enseguida replicó:

—Recuerdo que cuando construimos esta casa acordamos que sería una sala de culto cristiano libre y no una iglesia en la que sólo una persona tiene derecho a predicar el Evangelio.

Pronunciadas estas palabras, fue como si todos los presentes hubieran tocado fondo. Hasta hacía sólo una hora a nadie se le habría ocurrido pensar en que les gustaría escuchar a otro predicador que el maestro; sin embargo, ahora se decían: «Sería divertido cambiar, me gustaría escuchar otras palabras y ver caras nuevas ahí en el estrado.»

Sin embargo, tal vez la disputa no habría ido a más de no ser por Kolås Gunnar. Éste era otro de los cuñados de Tims Halvor, un hombre alto y flaco, de complexión morena y mirada afilada. Apreciaba al maestro tanto como los demás, pero aún apreciaba más una buena pelea.

—Sí, se habló mucho de la libertad cuando edificamos esta sala, pero desde que quedó lista no he oído ni una sola cosa que tenga que ver con la libertad.

El maestro se ruborizó hasta las orejas. Ésta era la primera manifestación cargada de verdadera malicia e insolencia.

—Te diré algo, Kolås Gunnar —replicó—: aquí has oído predicar libertad de la buena, de la que Lutero predicaba; no queremos malgastar la libertad predicando verdades que son flor de un día.

—El maestro quiere hacernos creer que, cuando se trata de la «doctrina», todo lo nuevo es malo —repuso el hombre, más calmado y como arrepentido—. Le parece bien que sigamos nuevos métodos para criar ganado y quiere que compremos maquinaria moderna para arar la tierra; pero de las nuevas herramientas que surgen para labrar las viñas del Señor no quiere que sepamos nada.

El maestro empezaba a creer que la intervención de Kolås Gunnar no había sido tan malintencionada como le pareció en un principio.

—¿No pretenderás —preguntó como en broma— que aquí se predique otra doctrina que la luterana?

—No se trata de una nueva doctrina —espetó Gunnar, mordaz—, sino de quién tiene derecho a predicar, y que yo sepa, Matts Eriksson es tan buen luterano como usted, maestro, o como el señor párroco.

El maestro, que se había olvidado del párroco unos momentos, bajó la vista hasta éste, que permanecía sentado e inmóvil, con la barbilla apoyada en el puño del bastón y un brillo extraño en la mirada. Storm se dio cuenta de que sus ojos estaban clavados en él y que no se los quitaba de encima ni un segundo. «Después de todo, tal vez hubiera sido preferible que el párroco no hubiera venido esta tarde», pensó.

Le pareció que esto que le sucedía era similar a algo que ya había vivido otras veces en el aula. Podía ocurrir que un magnífico día de primavera viniera un simple gorrioncillo a posarse en el alféizar de la ventana y empezara a trinar alegremente. De pronto, todos los alumnos pedían permiso para ausentarse, dejaban de estudiar, se peleaban y armaban jaleo, y se volvían prácticamente ingobernables. Algo semejante era lo que había pasado esta tarde tras la aparición de Hök Matts. Pero al maestro no le cabía duda de que iba a demostrarles al párroco y a los demás que contra él no valían los motines. «De entrada les dejaré hacer, hasta que los agitadores se cansen de arengar», pensó, y fue a sentarse tranquilamente en una silla situada tras la mesa, donde había un vaso de agua.

Su gesto desató una instantánea y terrible borrasca dirigida contra él, ya que ahora a cada cual le asaltaba la siguiente idea: «Si el maestro no es mejor que nosotros, ¿por qué hemos de aceptar que sólo él nos diga en qué debemos y en qué no debemos creer?»¹⁴ Este razonamiento era nuevo para la mayoría, pero aun así, se hacía obvio al escucharles que había germinado y crecido en su interior a partir del momento en que el maestro construyera el templo, pues con ello quedaba demostrado que un hombre sencillo y humilde era capaz de exponer la palabra de Dios.

Al cabo de un rato el maestro pensó: «Bueno, supongo que estos jóvenes ya se habrán desahogado. Ha llegado la hora de enseñarles quién lleva el timón de este barco.»

Storm se puso en pie, descargó un manotazo contra la mesa y gritó:

—¡Se acabó! Basta de cháchara. Quiero irme a mi casa y vosotros os vais a ir a la vuestra para que yo pueda apagar y cerrar la sala.

Algunos se levantaron ya que, como antiguos alumnos del maestro, sabían que cuando éste golpeaba la mesa más valía obedecer; sin embargo, la inmensa mayoría permaneció en su sitio. «El maestro olvida que nos hemos hecho mayores —pensaron—. Cree que saldremos corriendo sólo porque le dé de puñetazos a la cátedra.»

Los presentes continuaron proclamando que querían escuchar nuevos predicadores, pero dudaban sobre a quiénes invitar. Hasta se establecieron dos

¹⁴ Nótese que la autora bautizó a la figura del maestro con el ominoso nombre de Storm, que significa «tempestad», «tormenta». (*N. de la T.*)

bandos, los que querían a la gente de Waldenström¹⁵ y los que preferían traer a los de la Fundación Patriótica Evangélica.

El maestro miraba a la congregación completamente atónito, como si fuera testigo de algo abominable. Hasta ese momento sólo había visto al niño que se ocultaba en cada rostro. Pero ahora, de los mofletes de piel delicada, de los dorados rizos y la mirada angelical de los niños de antaño no quedaba nada. El maestro sólo vio un grupo de adultos de facciones ásperas y graves, y sintió que sobre ellos no tenía ningún poder. Ni siquiera sabía cómo dirigirse a ellos.

La discusión arreció y el bullicio aumentaba por momentos. El maestro guardó silencio, impasible ante la borrasca. Kolås Gunnar, Ljung Björn y Krister Larsson iban a la cabeza del ataque. Hök Matts, causante inicial de todo aquel barullo, se levantó repetidas veces pidiéndoles que se callaran, pero nadie le hizo caso.

El maestro volvió a bajar la vista hacia el párroco, quien seguía igual de inmóvil, observándole con el mismo brillo en los ojos. «Seguro que se está acordando de aquella noche hace cuatro años, cuando le comuniqué que quería construir esta sala —pensó Storm—. Al final tenía razón, todo aquello que más temíamos está ya aquí: la herejía, la insubordinación y el cisma, y lo peor es que tal vez nada de esto hubiera llegado si no fuera por mi empeño en construir este templo mío de Sión.»

Nada más formular este pensamiento, alzó la cabeza y se irguió. Del bolsillo de su chaqueta sacó una pequeña llave de acero brillante con la cual abría y cerraba la puerta de la sala. Colocó la llave en dirección a la luz y sus destellos se divisaron desde todo el recinto.

—Ahora mismo voy a depositar esta llave sobre la mesa —anunció—, y nunca más volveré a cogerla. Pues todo aquello que yo quería ahuyentar con esta llave, se ha infiltrado en nuestra comunidad por culpa de ella.

Dicho lo cual, dejó la llave, tomó su sombrero y se dirigió hacia donde estaba sentado el párroco.

—Quiero darle las gracias por haber venido a escucharme esta tarde —le dijo—, ya que de no haber venido esta tarde, no habría podido escucharme nunca.

¹⁵ Paul Peter Waldenström (1838-1917), predicador y político sueco que tuvo un papel destacado en la Iglesia misionera sueca. (*N. de la T.*)

Correría salvaje

Según la opinión de muchos, Eljas Elof Ersson no debería haber encontrado reposo en su tumba por lo odiosa que había sido su conducta para con Karin Ingmarsdotter y el joven Ingmar Ingmarsson.

Elof no sólo había provocado la ruina propia y la de Karin, sino que lo había hecho a propósito, de modo que Karin tuvo muchas dificultades tras su muerte, la propiedad estaba tan endeudada que de no ser porque Halvor Halvorsson era muy rico y pudo comprar la finca y pagar las deudas, Karin habría tenido que entregarla a los acreedores.

Las veinte mil coronas que le correspondían a Ingmar Ingmarsson y que Eljas tenía el deber de administrar, se habían esfumado y no quedaba ni rastro. Algunos creían que Eljas había enterrado el dinero, otros que lo había regalado a alguien, lo cierto es que no salía por ninguna parte. De todo esto nadie supo nada hasta que se redactó la escritura del inventario de bienes del difunto. El albacea estuvo buscando el dinero de Eljas durante varios días pero no lo encontró.

Cuando le comunicaron a Ingmar que era pobre, quiso que Karin le aconsejara acerca de su futuro. Ingmar dijo que a él le gustaría estudiar para maestro. Le pidió que le dejara continuar viviendo con la familia Storm hasta que tuviera edad para ingresar en la Escuela Normal. Allá en el pueblo tenía acceso a los libros del maestro y del párroco, y además, Storm dejaba que Ingmar le asistiera ayudando a los niños de la escuela, lo cual era una buena manera de practicar el oficio.

Karin sopesó la propuesta detenidamente y al final dijo: «Entiendo que no quieras continuar viviendo en casa, ahora que no podrás ser el amo de la finca.»

Cuando Gertrud, la hija del maestro, se enteró de que Ingmar regresaba puso mala cara. Cayó en la cuenta de que, si habían de tener un chico viviendo con ellos, habría preferido que fuera Bertil, el hijo del juez del distrito, que era muy guapo, o si no Gabriel, un chico muy alegre que era hijo de Hök Matts Eriksson.

A Gertrud tanto Gabriel como Bertil le gustaban mucho; en cambio, no se aclaraba respecto a sus sentimientos hacia Ingmar. Sentía aprecio por él porque la ayudaba con sus tareas escolares y la obedecía como un esclavo; pero a menudo la exasperaba porque era torpe y flojo y porque no sabía jugar. Por una

parte, lo admiraba porque era aplicado y aprendía con facilidad; pero, por la otra, lo despreciaba porque nunca se hacía valer.

Gertrud siempre tenía la cabeza llena de fantasías y sueños que le confiaba a Ingmar. Si él se iba un par de días, ella se sentía inquieta y sola, sin nadie con quien hablar. Pero luego, cuando él volvía, le parecía del todo incomprensible que le hubiera estado añorando.

La muchacha nunca tenía en cuenta que Ingmar fuera rico y perteneciera a la mejor familia del pueblo, antes bien, lo trataba como si fuera un poco inferior. Sin embargo, cuando se enteró de que había perdido toda su fortuna se echó a llorar, y cuando más tarde él le explicó que no pensaba recuperar la finca, sino que quería hacerse maestro, ella se enfadó tanto que apenas pudo controlarse.

¡A saber todo lo que ella habría soñado para él!

La educación que recibían los chicos en casa del maestro era muy estricta. Se les obligaba a perseverar en sus tareas y rara era la vez en que se les permitía una distracción. Pero esa primavera, al dejar Storm de dar sus sermones en el templo, las cosas cambiaron. De vez en cuando, la señora Stina le decía a su marido: «Mira, Storm, ha llegado el momento de dejar que la juventud se divierta. ¡Recuerda cómo éramos tú y yo a los diecisiete años! A su edad nos pasábamos muchas noches bailando desde que se ponía el sol hasta que salía.»

Un sábado por la tarde, cuando el joven Hök Gabriel Mattsson y Gunhild, la hija del concejal, vinieron de visita, hasta hubo baile en la escuela. Gertrud estaba loca de alegría por poder bailar; en cambio, Ingmar no quiso formar parte del grupo. Agarró un libro y fue a sentarse en el banco situado bajo la ventana. Gertrud no hacía más que acercársele una y otra vez para arrancarle de la lectura, pero él, enfurruñado y tímido, se resistía. La señora Stina suspiró al verle. «Se nota que pertenece a una familia con mucha solera —pensó—. Dicen que la gente así nunca es joven del todo.»

Los tres que bailaron se lo pasaron tan bien que decidieron ir a un baile el sábado siguiente. Al final, le preguntaron al matrimonio Storm qué opinión les merecía la idea.

—Bueno, si vais a bailar en casa de Stark Ingmar os doy mi permiso —dijo la señora Stina—. Me consta que allí sólo va gente decente que conocemos todos.

Storm puso otra condición:

—¿Cómo voy a dejar que Gertrud vaya a bailar sin que Ingmar la acompañe y cuide de ella?

Los tres acudieron a Ingmar, pero él, manteniendo la vista clavada en el libro y sin dejar de leer, les dio su no más rotundo. «No vale la pena insistir», dijo entonces Gertrud en un tono tan inusual que Ingmar se vio obligado a alzar la vista y mirarla. Era tremendo lo guapa que estaba Gertrud después de bailar. En cambio, al darse ella la vuelta y apartarse, él vio que sus ojos echaban

chispas y que en su sonrisa sólo había desdén. Se veía a las claras cuánto le despreciaba, a él, sentado en un rincón, huraño y feo, que no sabía nada de lo que era ser joven. Ingmar no tuvo más remedio que desdecirse y decir que sí.

Una tarde, al cabo de unos días, Gertrud y su madre estaban sentadas en la cocina trabajando. Gertrud no tardó en captar la repentina inquietud de su madre, quien había detenido la rueca y aguzaba el oído entre cada palabra que pronunciaba.

—No sé qué pasa —dijo—. ¿Tú no oyes nada, Gertrud?

—Sí —respondió ésta—, hay alguien arriba en el aula.

—¿Quién puede ser a estas horas? ¿Oyes las pisadas y cómo cruje el suelo de una esquina a la otra?

Se oían crujidos y chirridos y golpes y carreras en el aula vacía. Tanto Gertrud como la señora Stina se horrorizaron.

—Tiene que haber alguien arriba —dijo Gertrud.

—No puede haber nadie allí arriba, y para que te enteres, esto pasa cada noche desde que estuvisteis bailando.

Gertrud comprendió entonces que su madre creía que desde aquella noche del baile la casa estaba embrujada. Y si su madre se empeñaba en esa creencia, ¡adiós bailes!

—Ahora mismo subo y veo qué es —se ofreció, pero la señora Stina la sujetó por la falda.

—No te dejaré ir.

—¡Sí, madre, es mejor averiguar lo que es!

—En ese caso iremos las dos juntas.

Subieron muy sigilosamente la escalera. No se atrevieron a abrir la puerta, y la señora Stina se agachó para mirar por la cerradura.

Entonces se quedó allí como absorta, y al cabo de unos momentos incluso dio la impresión de estar riendo.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó Gertrud.

—Míralo tú misma, pero no hagas ruido.

Gertrud se agachó y miró por el orificio. Los bancos y pupitres que normalmente ocupaban toda el aula habían sido arrinconados, en el aire flotaba una espesa nube de polvo, y en medio de esa nube volaba Ingmar Ingmarsson de un lado a otro con una silla en los brazos.

—¿Se ha vuelto loco? —exclamó Gertrud.

—Silencio —dijo su madre, y se la llevó escaleras abajo—. Debe de estar aprendiendo a bailar. Quiere aprender para poder ir al baile —le explicó sonriendo.

Una vez abajo, la madre se echó a reír a carcajadas.

—Menudo susto me ha dado —jadeó—. Por suerte también él sabe ser joven, gracias a Dios. —Y una vez pasado el acceso de risa—: De todo esto ni una palabra a nadie, ¿me oyes, Gertrud?

En ésas llegó el sábado y al anochecer los cuatro jóvenes se encontraban en la entrada de la escuela listos para salir. La señora Stina pasaba revista; estaban hermosos y radiantes. Los chicos llevaban pantalones de gamuza amarillo claro y chalecos verdes de sayal con mangas cortas rojas. Gertrud y Gunhild llevaban blusas blancas de amplia manga almidonada y grandes pañoletas floreadas que les bajaban por los hombros hasta la cintura, las faldas eran a rayas con una orla roja y los delantales amplios y con el mismo diseño de rosas que las pañoletas.

Al principio caminaron en silencio bajo la hermosa noche primaveral. Gertrud, recordando sus esfuerzos para aprender a bailar, echaba miradas furtivas a Ingmar. Luego no supo por qué, si era la imagen de Ingmar bailando, o si el hecho de que fueran a un lugar de recreo, pero sus ideas se volvieron ingravidas y maravillosas y se las ingenió para retrasarse un poco y poder soñar a solas. Compuso entonces un breve relato sobre el posible origen de las hojas de aquel bosque de caducifolias.

Imaginó que seguramente los árboles caducifolios, que habían dormido un sueño apacible durante todo el invierno, de repente comenzaban a soñar. Su sueño consistía en que era pleno verano. Veían prados cubiertos de trigo y hierba mecida por el viento, rosales deslumbrantes con sus capullos recién abiertos, las hojas planas de los nenúfares flotando en ríos y pantanos, el té de Suecia que trepaba revistiendo las piedras, y el suelo del bosque salpicado de solitarias estrellas blancas.¹⁶ Y en medio de toda esta naturaleza revestida y recubierta, se vieron a sí mismos y, como tan a menudo ocurre en los sueños, se avergonzaron de su desnudez.

Los árboles, desconcertados, creyeron que eran objeto de todas las burlas. Que el zumbido de los abejorros les escarnecía, que el graznido de las urracas eran carcajadas, y que el resto de las aves trinaban difamándolos. «¿De dónde sacaremos algo para taparnos?», se preguntaban los pobres árboles desesperados. Pero en sus ramas no crecía una sola hoja y su angustia era tal que al final se despertaron. Adormilados, miraron alrededor pensando: «¡Gracias a Dios sólo era un sueño! Está claro que aquí no es verano. Qué suerte que no nos hayamos retrasado.»

Pero al fijarse más atentamente se dieron cuenta de que los lagos eran navegables, que las anémonas y la hierba surgían ya de la tierra, y que la savia corría espesa y vibrante bajo su propia corteza. «Quizá no sea verano pero ha llegado la primavera —dijeron entonces—, menos mal que nos han despertado. Ya hemos dormido bastante por este año, es hora de ponerse las vestiduras.» De

¹⁶ Se refiere a la flor silvestre *Trientalis europae*. (N. de la T.)

este modo, los abedules hicieron despuntar sus hojitas amarillas y resinosas, mientras los arces sólo florecieron en verde, de momento. Las hojas de los alisos brotaron tan prematuras y arrugadas que parecían abortos; en cambio, las hojas de los sauces salieron de sus capullos lisas y bien formadas desde el principio.

Gertrud iba sonriendo mientras imaginaba todo esto y lo único que la molestaba era no estar a solas con Ingmar para poder contárselo.

El trayecto hasta el predio de los Ingmarsson era largo, les quedaba más de una hora de camino. Seguían la margen del río y Gertrud se mantuvo siempre a la zaga. Ahora su imaginación jugaba con el resplandor rojizo del ocaso, el cual llameaba ora sobre el agua, ora sobre la orilla. El arrebol teñía el gris de los arbustos de aliso y el verde claro de los abedules, haciéndolos arder en rojo unos segundos antes de devolverles su color natural.

Súbitamente, Ingmar se paró dejando una frase a medias y abrió la boca sin pronunciar una palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó Gunhild.

Ingmar miraba al frente completamente lívido. Los otros no vieron otra cosa que una amplia planicie rodeada de colinas. En medio de la planicie se alzaba una magnífica casa de labor. En ese mismo instante la luz roja del crepúsculo cayó sobre la antigua casona, todas sus ventanas destellaron y las viejas paredes y tejados resplandecieron con una luz rosada.

Gertrud avanzó deprisa, echó una mirada rápida hacia Ingmar y se llevó a los otros aparte.

—No hay que hacerle preguntas —les susurró—. Eso de ahí es Ingmarsgården, a él le da mucha pena verlo. Hace dos años que no va, desde el día en que se enteró de que era pobre.

El camino que tenían que seguir atravesaba la planicie, pasando de largo el predio de los Ingmarsson hasta llegar a la cabaña de Stark Ingmar, situada en el lindero del bosque.

Al poco rato Ingmar alcanzó a los otros y les gritó:

—Es mejor ir por aquí.

Y les condujo por un sendero que serpenteaba siguiendo el lindero del bosque y conducía hasta la cabaña sin tocar la finca.

—Tú, Ingmar, debes conocer bien a Stark Ingmar, ¿no? —le preguntó Hök Gabriel Mattsson.

—Sí, antes éramos muy buenos amigos.

—¿Sabes si es verdad que hace magia? —le preguntó Gunhild, la hija del concejal.

—Qué va —respondió Ingmar, pero lo dijo pensativo, como si sólo lo creyera a medias.

—Cuéntanos lo que sepas —pidió Gunhild.

—El maestro ha dicho que no hay que creer en esas cosas.

—El maestro no puede prohibirle a nadie que vea lo que ve ni que crea en lo que cree.

A Ingmar le entraron ganas de hablar de su hogar. Al ver la antigua casa de labor, multitud de recuerdos de su infancia se agolparon en su mente.

—Si queréis os contaré una cosa que yo mismo he vivido —dijo, y empezó—: Un invierno, mi padre y Stark Ingmar estuvieron construyendo carboneras en lo más profundo del bosque. Al acercarse la Navidad, Stark Ingmar se ofreció a quedarse sólo cuidando las carboneras para que mi padre pudiese celebrar las fiestas en casa. Así se acordó y el día de Nochebuena mi madre me envió al bosque con comida para Stark Ingmar.

»Salí temprano y llegué a las carboneras al mediodía. Llegué justo cuando mi padre y Stark Ingmar acababan de derribar una pira. Las ascuas estaban esparcidas por el suelo para que se enfriaran. Salía humo del montón de carbón, y allí donde los carbones se tocaban prendía el fuego, cosa que había que evitar. Ésa era la parte más arriesgada del proceso. Por eso mi padre dijo: "Me temo que tendrás que volverte a casa sin mí, hijo. No puedo dejar a Stark Ingmar solo con todo esto." Stark Ingmar se paseaba al otro lado del montón de ascuas humeantes. "Ya lo creo que puede usted irse, don Ingmar, he podido con cosas mucho peores", dijo.

»Al cabo de un rato las ascuas humeaban menos. "Voy a ver qué me envía doña Brita para comer", dijo Stark Ingmar quitándome el hato de las manos. "Ven que verás qué casita más bonita tenemos tu padre y yo", dijo, y me enseñó la choza donde vivían él y mi padre. La pared lateral era una roca grande, pero el resto de las paredes eran de ramas de abeto y palos de endrino. "No te pongas así, muchacho", se rió Stark Ingmar. "¿Acaso creías que tu padre tenía un castillo reservado para estas ocasiones? Mira qué paredes. ¿Has visto cómo aíslan del frío y las ventiscas?", dijo atravesando las ramas de un puñetazo.

»Mi padre venía detrás de nosotros riéndose. Los dos estaban embadurnados de hollín y desprendían un olor agrio a humo; pero nunca había visto a mi padre tan contento y bromista. Ni el uno ni el otro cabían de pie en la choza y ahí sólo había un par de lechos de ramas y unas piedras donde ardía una hoguera; pero los dos estaban radiantes de felicidad. Se sentaron juntos sobre uno de los lechos y abrieron el hato con los víveres. "No sé si me sobrará algo", le dijo Stark Ingmar a mi padre, "esto es mi comida de Navidad". "Como estamos en Nochebuena tendrás que ser compasivo", contestó mi padre. "Es verdad, no voy a dejar que un pobre carbonero se muera de hambre en Nochebuena", respondió Stark Ingmar.

»Y así todo el rato, no paraban de bromear; yo había traído también un poco de aguardiente y me asombró ver que un trago y un poco de comida pudiese hacer tan feliz a la gente. "Dile a tu madre", me dijo Stark Ingmar, "que

tu padre se ha zampado toda mi comida. Mañana necesitaré más". "Doy fe de que es verdad", respondí yo.

»En ese momento me sobresalté porque de pronto las llamas crepitaron en la hoguera; más bien sonó como si alguien les hubiese lanzado guijarros. Padre no se dio cuenta pero Stark Ingmar dijo: "Vaya, vaya, conque ésas tenemos." Pero continuó comiendo. Entonces el fuego crepitó de nuevo, esta vez más fuerte. Yo no vi nada pero sonó como si hubiesen tirado un puñado de guijarros a las llamas. "Vaya, vaya, ¿tanta prisa hay?", dijo Stark Ingmar y salió. "Debe de ser que las ascuas se han encendido, pero que nadie se mueva, don Ingmar, ya me las apañaré solo." Mi padre y yo permanecemos callados, a ninguno de los dos nos apetecía decir nada.

»Luego Stark Ingmar volvió a entrar y se reanudó la broma. "Creo que hace años que no pasaba una Navidad tan animada", dijo. Justo cuando lo decía volvimos a oír el crepitar del fuego. "Vaya, hombre, ¿otra vez?", se quejó. Salió y resultó que las ascuas habían prendido de nuevo. Cuando regresó, mi padre le dijo: "Ahora veo que con la ayuda que tienes puedes vigilar las carboneras perfectamente sin mí." "Sí, váyase tranquilo a celebrar las fiestas en casa, don Ingmar, que aquí ya tengo yo quien me ayude." Así que mi padre y yo nos volvimos a casa y todo fue bien, y nunca, ni antes ni después de ese día, se le ha incendiado una carbonera a Stark Ingmar.

Gunhild le dio las gracias a Ingmar por el relato; en cambio, Gertrud guardó silencio, como si se hubiese asustado. Había oscurecido un poco. Todo lo que hasta hacía unos momentos había sido anaranjado era ahora gris o azul, y sólo del bosque llegaba todavía el destello de alguna hoja tierna que al resplandor del crepúsculo brillaba en rojo como la pupila de un trol.¹⁷

Nunca antes había escuchado Gertrud hablar a Ingmar tanto tiempo y de forma tan detallada, y lo cierto es que la impresionó. No pudo evitar fijarse en que él ahora caminaba con la cabeza más alta y que sus pisadas eran más decididas. «Desde que hemos entrado en su territorio está como transformado», pensó. Y no supo por qué esa idea la inquietaba, por qué incluso le desagradaba. Sin embargo, se repuso y, burlona, le preguntó a Ingmar si pensaba bailar.

Por fin llegaron a una cabaña de madera gris. Dentro las luces estaban encendidas, los estrechos ventanucos apenas filtraban la luz del día. Les recibió el sonido de un violín y el trotar de pies de la danza; aun así, las chicas dudaron.

— ¿Seguro que es aquí? ¿Se puede bailar ahí dentro?

Se diría que en aquella cabaña no había sitio ni para una sola pareja.

¹⁷ En la mitología escandinava, enano malicioso que habita los bosques. (*N. de la T.*)

—¡Venga! —dijo Gabriel—. ¡Entrad! La cabaña no es tan pequeña como parece.

La puerta estaba abierta y alrededor de la entrada se veían jóvenes acalorados que tomaban el fresco entre baile y baile. Las mozas se abanicaban con sus cofias blancas, los mozos se quitaban las cortas chaquetillas de lana negra para seguir bailando sólo con sus chalecos de tela roja y verde.

Los recién llegados se abrieron paso entre la gente apiñada en la entrada y se metieron dentro de la cabaña. Al primero que vieron fue a Stark Ingmar. Era un hombre canijo pero corpulento, de cabeza voluminosa y barba larga. «Seguro que es descendiente de gnomos y trols», pensó Gertrud. El viejo tocaba en el hueco de la chimenea, probablemente para no estorbar a las parejas que bailaban.

La cabaña, más espaciosa de lo que habían creído, era humilde y estaba descuidada, los maderos desnudos que cubrían las paredes estaban carcomidos y las vigas del techo negras de hollín. No había cortinas en las ventanas ni un mantel sobre la mesa. Se notaba que Stark Ingmar era un hombre solitario. Sus hijos habían emigrado a América dejándole solo. El único placer que distraía al viejo en su soledad era atraer a la juventud con las notas de su violín los sábados por la noche.

El interior de la cabaña estaba en penumbra y el calor era sofocante, las parejas giraban en círculos muy cerca unas de otras. En un primer momento, a Gertrud se le cortó la respiración y deseó salir corriendo; pero después se detuvo ante la imposibilidad de atravesar la barrera humana.

Cuando Ingmar Ingmarsson cruzó el umbral, Stark Ingmar, que tocaba normalmente con un compás marcado y seguro, desafinó con el arco de modo que todas las cuerdas rechinaron y las parejas interrumpieron el baile.

—No, no —les pidió—, ¡seguid bailando, no pasa nada!

Ingmar rodeó el talle de Gertrud para sacarla a la pista y ella, por supuesto, se sorprendió mucho de que él quisiese bailar. Sin embargo, no pudieron hacerlo porque las parejas bailaban tan apretadas que, si no te habías introducido en el corro desde el principio, no tenías posibilidad de sumarte al baile.

El viejo Stark Ingmar interrumpió entonces la música nuevamente y, dando unos toques con el arco contra la repisa de la chimenea, dijo lleno de autoridad:

—¡Cuando se baila en mi casa hay que hacerle sitio al hijo de don Ingmar!

Todo el mundo se giró para mirar a Ingmar, quien sintió vergüenza y se quedó clavado. Gertrud tuvo que darle un tirón y arrastrarlo a la pista.

Terminada la pieza, el aparcero se les acercó para saludarles. Cuando Ingmar le estrechó la mano el viejo fingió asustarse y la soltó de inmediato.

—Ay, perdona —dijo—, cuidado con esas manos tan finas de maestro. Un bruto como yo te las podría estrujar fácilmente.

Luego llevó a Ingmar y a sus acompañantes hasta la mesa y echó a unas abuelas que estaban allí sentadas disfrutando del baile. Después sacó pan, mantequilla y cerveza de un armario.

—Nunca invito a nada —les dijo—, los demás tienen de sobra con el baile y la música; pero por una vez que viene Ingmar Ingmarsson a mi casa, no le faltará algo que llevarse a la boca.

Mientras los jóvenes comían acercó un taburete pequeño de tres patas y se sentó frente a Ingmar sin quitarle ojo.

—Y tú eres el que va a ser maestro —dijo.

Ingmar se quedó con la mirada baja. La comisura de los labios le temblaba ligeramente, como si se aguantara la risa; en cambio, cuando contestó lo hizo con bastante tristeza:

—En casa no hay trabajo para mí.

—¿Que no hay trabajo para ti en tu casa? —se extrañó el viejo—. ¿Y cómo sabes tú cuándo hay trabajo para ti en Ingmarsgården? Eljas vivió sólo dos años. ¿Quién sabe cuántos años vivirá Halvor?

—Halvor es un hombre fuerte y sano —repuso Ingmar.

—Sabes muy bien que Halvor se mudará de la finca en cuanto tú puedas comprarla.

—Tendría que estar loco para irse de Ingmarsgården ahora que es el dueño.

Mientras hablaba, Ingmar iba apretando el canto de la mesa con los dedos. La rústica mesa, con su grueso tablero de pino, crujió de repente: Ingmar acababa de romper una esquina. Stark Ingmar, con la mano alzada siguió hablando sin enterarse.

—Nunca te dejaré la finca si te haces maestro.

—¿De veras lo crees así?

—Sí, de veras lo creo así —respondió el aparcerero con sorna—; en tu hablar se oye cómo te han educado. ¿Alguna vez en tu vida has empujado un arado?

—No —contestó Ingmar.

—¿Alguna vez has hecho guardia en una carbonera o has talado un pino viejo?

Ingmar seguía aparentando mansedumbre pero el borde de la mesa no hacía más que crujir bajo sus dedos. Por fin el viejo se dio cuenta y entonces se calló al instante.

—Vaya, vaya —dijo al ver cómo se astillaba el borde de la mesa—, por lo visto, tendré que darte un nuevo apretón de manos. —Recogió unas astillas y las colocó en su sitio—. ¡Pero si podrías ir mostrando tus habilidades por las ferias! Farsante, más que farsante —le dijo a Ingmar con un golpecito en el hombro—, ¡menudo maestro estás hecho tú!

Y de un salto se plantó junto a la chimenea y empezó a tocar. La música le salía con una energía muy distinta ahora. El viejo seguía el compás con el pie dándole al baile un ritmo desenfrenado.

—¡Ésta es la polonesa del joven Ingmar! —proclamó en voz alta—. ¡Ea, que toda la casa baile en honor del joven Ingmar!

Gertrud y Gunhild, las dos muy guapas, pudieron bailar todos y cada uno de los bailes. Ingmar no bailó mucho. La mayor parte del tiempo la pasó de tertulia con los hombres de edad del fondo de la sala. Entre baile y baile la gente hacía un corro alrededor de Ingmar, como si el solo hecho de mirarle les alegrara la fiesta.

A Gertrud le pareció que Ingmar se olvidaba de ella por completo y eso la inquietó. «Ahora caerá en la cuenta de que él es el hijo de don Ingmar mientras que yo sólo soy la hija del maestro», pensó, extrañándose de que esa idea le resultara tan amarga.

Entre baile y baile los jóvenes salían fuera y el frío de la noche primaveral les mordía el cuerpo, que no tardaba en enfriarse. Estaba bastante oscuro y como a nadie le apetecía irse a casa decían:

—No podemos irnos todavía. Lo haremos cuando la luna salga, saldrá en cualquier momento, ahora está muy oscuro.

En una ocasión en que Ingmar estaba con Gertrud junto a la puerta, salió Stark Ingmar y se lo llevó aparte.

—Ven, que te enseñaré una cosa —le dijo.

Lo tomó de la mano y lo guió a través de la maleza hasta la parte trasera de la cabaña.

—Quédate quieto y mira abajo —le ordenó.

Ingmar bajó la vista hacia la quebrada que se abría a sus pies y en cuyo fondo relucía una claridad imprecisa.

—Debe de ser el rabión de Långforsen —dijo.

—Ya lo creo que es el Långforsen —respondió el aparcerero—, pero ¿para qué crees tú que sirve un rabión?

—Pues para montar un aserradero o un molino, qué sé yo.

El viejo se echó a reír, dándole golpecitos y empujones a Ingmar que casi lo despeñan por el barranco.

—Sí, eso es, pero dime: ¿quién va a montar un aserradero aquí, quién se va a hacer rico, quién va a recuperar la finca de los Ingmarsson?

—Eso digo yo —respondió Ingmar.

Entonces el aparcerero empezó a contarle el gran plan que tenía pensado. Ingmar tenía que convencer a Tims Halvor de que montara un aserradero abajo, en el rápido, para después arrendárselo. Y es que los últimos años el viejo aparcerero no había tenido otra cosa en la cabeza que encontrar la manera de que el hijo de Ingmar Ingmarsson recuperase la fortuna que le correspondía.

Ingmar permaneció quieto con la vista fija en el rabión.

—Bueno, ahora entremos y volvamos al baile —dijo Stark Ingmar.

Pero Ingmar no se movió y el viejo esperó paciente. «Si es de buena raza — se dijo—, no responderá a la propuesta ni hoy ni mañana. Los amos como Dios manda necesitan tiempo.»

Mientras estaban allí oyeron unos ladridos penetrantes y furiosos, como de un perro que corriese tras una presa en lo más hondo del bosque.

—¿Oyes algo, Ingmar? —le preguntó el aparcero.

—Sí, un perro que corre tras algo.

Oyeron que los ladridos se aproximaban, que casi los tenían encima, como si la batida fuese a pasar justo por en medio de la cabaña. El viejo agarró a Ingmar por la muñeca.

—Ven —le apremió—. ¡Date prisa, hay que meterse dentro!

—¿Qué pasa? —preguntó Ingmar.

—¡Corre! —ordenó el aparcero—. ¡Calla y métete dentro!

Mientras recorrían los pocos pasos que les separaban de la cabaña era como si los agudos ladridos les pisaran los talones.

—Pero ¿qué clase de perro es ése? —preguntaba Ingmar una y otra vez.

—¡Que te digo que entres! —El aparcero lo metió en el zaguán de un empujón, mientras él se quedaba en el umbral haciendo ademán de cerrar la puerta—. ¡Si hay alguien fuera —gritó con voz estentórea—, que entre! —Mantuvo la puerta entreabierta mientras la gente venía corriendo de todas partes—. ¡Entrad, de prisa! —les apremiaba dando pataditas de impaciencia—. ¡De prisa, entrad todos!

Entretanto, los que estaban dentro se iban inquietando por momentos, todos querían saber qué pasaba. Finalmente entró el último y el aparcero echó la aldabilla a la puerta.

—¿Estáis locos quedándoos ahí fuera cuando anda suelto el can de los montes? —los increpó. En el mismo momento, el ladrido se oyó muy cerca de la cabaña, rodeándola una y otra vez, con un aullido potente y terrorífico.

—¿Acaso no es un perro de verdad? —quiso saber un mozo.

—¿Por qué no sales y lo llamas, a ver qué pasa, Nils Jansson?

Todos enmudecieron para escuchar el aullido que daba vueltas y más vueltas alrededor de la cabaña. Era un sonido horrible y espantoso que les hacía estremecer y más de uno se puso lívido. Estaba claro que eso no era un perro corriente, qué va, sino algo abominable escapado del infierno.

El aparcero, aunque viejo y canijo, era el único que se movía. Primero cerró el regulador del tiro de la chimenea, luego fue apagando las velas.

—No, no —imploraron las mujeres—, ¡no las apague!

—Dejad que yo haga lo que más nos conviene —replicó el viejo.

Una de ellas lo agarró por la chaqueta:

—Ese can del monte ¿es peligroso?

—No es él —respondió el aparcero—, sino todo lo que le sigue.

—¿Y qué le sigue?

El viejo se quedó parado escuchando.

—¡A callarse todo el mundo! —ordenó.

Todos callaron, nadie osaba ni respirar. El ladrido rodeó la cabaña una última vez, después disminuyó de potencia y se le oyó bajar por la ciénaga del Långforsen y subir por las laderas del otro lado del valle. A continuación se hizo un silencio de muerte.

Uno de los hombres no pudo reprimirse y dijo:

—El perro ya se ha ido.

Stark Ingmar le dio un bofetón en la boca, con lo cual volvió a reinar el silencio.

Muy lejana, venida desde la cima afilada como un tacón de Klackberget, se oyó una nota intensa, como un soplo de viento, aunque bien podía ser un cuerno de caza. Otra nota prolongada, seguida de ruidos, resoplidos y fuertes pisadas.

El fragor se aproximaba rodando monte abajo con gran estruendo. Lo oyeron precipitarse por la ladera, lo oyeron en la linde del bosque, lo oyeron abalanzarse sobre ellos. Parecía una tormenta que avanzara a ras de suelo, como si la montaña entera se desplomase valle abajo en avalancha. Y cuando lo tuvieron encima, todos agacharon la cabeza y encogieron los hombros. Nos va a aplastar, pensaban, nos va a aplastar.

No era miedo a la muerte lo que sentían, sino horror ante la idea de que fuera el Príncipe de las Tinieblas el que desplegaba su poder aquella noche. Lo que más les asustaba era que, en medio de todo ese estruendo, se oyeran chillidos y lamentos. Aquello rugía y silbaba, rechinaba y gemía, profería risotadas y alaridos. Cuando les arrolló lo que hasta hacía un instante les había parecido una tormenta, percibieron que se componía de quejidos y amenazas, de llanto y cólera, del estridente sonido de los cuernos de caza, del crepitar de las llamas, del grito de los aparecidos, de las carcajadas de los demonios, del batir de unas grandes alas.

Sintieron que todo el mal de los abismos corría libre aquella noche y que arremetía contra ellos.

El suelo retembló, la cabaña osciló unos instantes, como si fuera a derrumbarse.

Era como si una manada de caballos saltara la cabaña y sus cascos resonaran contra el tejado, como si almas en pena aullaran alrededor de la casa, como si se estrellaran contra la chimenea murciélagos y búhos que batían pesadamente las alas.

Mientras duró todo eso alguien rodeó la cintura de Gertrud con el brazo y la hizo arrodillarse. Luego Ingmar le susurró:

—Tenemos que arrodillarnos y rogar a Dios, Gertrud.

Hasta ese momento ella estaba segura de que iba a morir, tan espantoso era el pánico que sentía. «No me importa si voy a morir —pensó—, lo terrible es que estos poderes malignos nos tengan tan a su merced.»

Pero apenas sintió la presión del brazo de Ingmar en su cintura, su corazón volvió a latir y el entumecimiento de sus miembros cedió. Entonces se arrimó y se apretó contra él. Mientras él la abrazara no tendría miedo. Qué curioso, sin duda también él sentía temor pero, en cambio, irradiaba una gran tranquilidad.

Por fin aquellos ruidos fragorosos fueron menguando y los oyeron alejarse. Siguieron el mismo camino que antes había tomado el perro siniestro, descendiendo primero por la ciénaga del Långforsen y escalando luego las laderas boscosas de la montaña de Olofshättan.

Sin embargo, en la cabaña de Stark Ingmar el silencio y la quietud seguían igual. Nadie se movió, nadie dijo nada, era como si a ninguno le quedasen fuerzas.

A ratos cabría creer que el terror había extinguido la vida ahí dentro, pero de vez en cuando se oían hondos suspiros que delataban un signo de vida.

Nadie se movió hasta pasado mucho rato. Algunos estaban de pie, apoyados contra la pared, otros se habían desplomado sobre las banquetas, la mayoría estaban tumbados en el suelo rezando angustiosamente. Todos se quedaron quietos, paralizados por el terror.

Así fueron pasando las horas, durante las cuales más de uno examinó su conciencia y tomó la determinación de comenzar una nueva vida más próxima a Dios y más alejada de sus enemigos. Porque cada uno de los presentes se decía: «Esto es un castigo por algo que he cometido. La culpa es de mis pecados. He oído perfectamente cómo esos que nos rodeaban me llamaban y me escarnecían y gritaban mi nombre.»

En cuanto a Gertrud, ella sólo tenía un pensamiento en la cabeza: «Ahora sé que nunca podré vivir separada de Ingmar sino a su lado para siempre, porque él me tranquiliza y me da una gran seguridad.»

Poco a poco se fue haciendo de día y la débil luz del amanecer penetró en la cabaña, iluminando la palidez de todos aquellos rostros.

Se oyó el trino de algún que otro pájaro. La vaca de Stark Ingmar mugió pidiendo comida, y su gato, que durante las noches de baile nunca dormía dentro, maullaba al otro lado de la puerta.

Pero nadie se movió, no hasta que el sol despuntó tras las montañas del este. Entonces fueron saliendo uno tras otro, sin abrir la boca ni despedirse de nadie.

Fuera, a los que se iban les esperaba el horror de los estragos causados. Un gran pino que se alzaba junto a la entrada yacía arrancado de cuajo, se veían ramojos y estacas de cercados tirados por todas partes, unos cuantos búhos y murciélagos se habían estrellado contra la pared de la cabaña.

Hasta el picacho de Klackberget se abría una ancha vía en la que todos los árboles habían sido derribados.

Nadie quiso seguir contemplando la devastación y todo el mundo se apresuró a bajar al pueblo.

A medida que avanzaban la mañana se desperezaba a su alrededor. Era domingo y la gente se levantaba tarde; pero alguno que otro se disponía a alimentar el ganado. De una cabaña salió un viejo sacudiendo y cepillando su abrigo de los domingos. De otra, el padre, la madre y los hijos ya vestidos y listos para, probablemente, ir de visita al pueblo vecino.

A los trasnochadores les supuso un gran consuelo ver esas personas tan tranquilas, felizmente ignorantes de los horrores ocurridos en el bosque durante la noche.

Por fin llegaron al río, donde las viviendas no distaban tanto unas de otras, y entraron en el pueblo. Se alegraron de ver la iglesia y el resto de la población. Encontraron un nuevo consuelo al comprobar que ahí abajo nada había cambiado. El rótulo de la tienda de ultramarinos chirriaba como de costumbre. El cuerno de la estafeta de correos colgaba en su sitio, y el perro del posadero dormía a los pies de su caseta como siempre.

También supuso un consuelo ver que un arbusto de cerezo aliso había empezado a brotar desde que pasaran por allí la última vez; así como los bancos pintados de verde que ahora veían en el jardín de la casa parroquial, seguramente colocados allí la noche anterior.

Todo esto era enormemente tranquilizador. No obstante, nadie osó abrir la boca hasta que hubo llegado a su casa.

Cuando Gertrud estuvo ante la entrada de la escuela le dijo a Ingmar:

—Ingmar, éste ha sido mi último baile.

—Sí —respondió Ingmar—, también el mío.

—Ah, Ingmar —continuó ella—, te harás sacerdote, ¿verdad? Y si no puede ser, por lo menos serás maestro. Hay tanta tiniebla y tanto mal que combatir...

Ingmar la observó.

—Esas voces, Gertrud —le preguntó—, ¿a ti qué te decían?

—Me decían que estaba atrapada en las redes del pecado y que los demonios vendrían a buscarme porque me gusta tanto bailar.

—Pues ahora te contaré lo que oí yo —dijo Ingmar—. Me pareció que todos mis antepasados me amenazaban y maldecían por pretender convertirme en otra cosa que en un campesino y por querer trabajar en algo que no fueran la tierra y el bosque.

Hellgum

Esa noche en que los jóvenes bailaron en casa de Stark Ingmar, Halvor estuvo fuera y Karin Ingmarsdotter durmió sola en la alcoba. En medio de la noche tuvo una horrible pesadilla. Soñó que Eljas vivía y que había organizado una gran bacanal. De la sala grande le llegaba el sonido de las copas, las carcajadas y las canciones de borrachos.

Le pareció que el barullo que armaban él y sus compadres no hacía más que aumentar, hasta que en cierto momento le pareció que destrozaban todos los muebles. El pavor que sintió era tan intenso que la despertó.

No obstante, pese a haberse desvelado, el estruendo no cesaba. Temblaba el suelo, algo sacudía los cristales de las ventanas, las tejas volaban del tejado, los viejos perales de la esquina fustigaban la casa con sus ramas tiesas.

Se diría que amanecía el día del Juicio Final.

Justo cuando el fragor culminaba, un cristal de la ventana se desprendió y se estrelló contra el suelo. El silbido del vendaval inundó el cuarto y Karin oyó una risa junto a su oído, una risa idéntica a la que acababa de oír en sueños.

Creyó que iba a morir. Nunca antes había sentido un terror semejante. Su corazón se detuvo y su cuerpo se paralizó.

De repente cesó el fragor y Karin volvió a la vida. El frío aire nocturno bañó la alcoba y pasado un rato decidió levantarse y tapar el agujero de la ventana. Sin embargo, al bajar de la cama las rodillas le flaquearon y descubrió que no podía andar.

Karin no pidió ayuda, sino que se tumbó en silencio. «Seguro que podré moverlas en cuanto me haya calmado», pensó. Al cabo de un rato hizo un nuevo intento. Pero le faltaba fuerza en las dos piernas. Fue incapaz de sostenerse, así que se quedó tumbada junto a la cama.

Tan pronto la casa se puso en movimiento a primera hora de la mañana avisaron al médico, quien no tardó en llegar. Sin embargo, éste no entendía lo que le ocurría a Karin. No padecía enfermedad alguna ni parálisis. Su opinión era que su estado era fruto del miedo. «Karin se pondrá bien pronto», sentenció.

Karin le escuchó en silencio. Ella sabía que Eljas había entrado en su alcoba durante la noche y que era él quien le había provocado aquello. También sabía que nunca se recuperaría.

Toda la mañana la pasó muda, cavilando. Intentaba dilucidar por qué Dios la castigaba de aquella manera. Examinó a fondo su conciencia pero no

encontró ningún pecado que mereciera una penitencia tan dura. «Dios es injusto conmigo», pensó.

Por la tarde fue a la capilla del maestro Storm, donde por aquellos días hablaba el predicador Dagson. Tenía la esperanza de que éste le explicara por qué había recibido un castigo tan severo.

Los sermones de Dagson eran muy apreciados, pero nunca antes tuvo tantos oyentes como esa tarde. ¡Válgame Dios, qué concurrencia se había reunido aquel día en la sala de Storm! Y nadie hablaba de otra cosa que de lo ocurrido en el baile de la noche anterior.

La congregación entera estaba despavorida después de aquello y ahora hacían piña para escuchar una palabra divina que tuviera la fuerza suficiente de exorcizar su terror. Ni siquiera una cuarta parte de los presentes pudieron entrar, pero como todas las puertas y ventanas estaban abiertas y como Dagson tenía una voz muy potente, también los que se quedaron fuera oían.

El predicador era consciente de lo ocurrido y de lo que aquella gente anhelaba. Inició su sermón con unas terroríficas alusiones al infierno y al Príncipe de las Tinieblas. Les recordó la figura de aquel que vaga en la oscuridad a la caza de almas, colocando las trampas del vicio y la honda tentación del pecado.

Los presentes se estremecían imaginando un mundo infestado de demonios que les seducían con sus tentaciones. Todo era abismo y perdición. Y ellos caían en aquellas trampas infernales como animales salvajes del bosque, hostigados y torturados.

La voz de Dagson inundaba la sala como una ráfaga huracanada y cada frase era como una llama de fuego.

Aquellos que oían el sermón lo comparaban con un bosque incendiado. Todos esos demonios, el humo y las llamaradas se asemejaban a un bosque ardiendo, cuando las llamas lamen el musgo que uno pisa y torbellinos de humo inundan el aire que uno respira, cuando el intenso calor chamusca el pelo, el fragor del incendio ensordece los oídos y las chispas se disparan y prenden la ropa.

De esta manera hostigaba Dagson a sus oyentes, empujándolos a un mar de fuego, humo y desesperación. Tenían fuego ante sí, fuego a sus espaldas y fuego en los costados, no parecía haber otra salida que sucumbir.

Pero más allá de aquel horror se abría un remanso de frescor en medio del bosque donde todo era paz y seguridad, y era allí adonde él los guiaba. En medio de aquel claro inundado de flores se hallaba Jesús, extendiendo sus brazos hacia los que huían, quienes se echaban a sus pies aliviados, sintiéndose a salvo de peligro en aquel lugar donde no existía ni el acoso ni la perdición.

Dagson hablaba según sus propios sentimientos. Dijo que bastaba con que se le permitiera yacer a los pies de Jesús para que su alma conociera la serenidad y el sosiego, sin temer ninguno de los peligros de la vida.

El sermón de Dagson desencadenó una intensa actividad entre los asistentes. Muchos se acercaron a la tribuna para darle las gracias con los rostros anegados en lágrimas. Juraban que sus palabras habían despertado en ellos una verdadera fe en Dios.

En cambio, Karin Ingmarsdotter permaneció inmóvil, y cuando Dagson hubo finalizado el sermón, lo miró con reproche, como si le echara en cara que ella no hubiese sacado nada de todo aquello.

Entonces una voz gritó con fuerza desde fuera, tan fuerte que ningún feligrés dejó de oírlo:

—¡Ay de aquellos que dan piedras en vez de pan! ¡Ay de aquellos que dan piedras en vez de pan!¹⁸

Karin no podía ver al que lo dijo, tuvo que quedarse sentada mientras los demás salían corriendo a mirar.

Después, los criados volvieron para contarle que el que había hablado era un hombre alto y moreno que nadie conocía. Él y una hermosa mujer rubia habían llegado en una carreta en pleno sermón. Se habían quedado a escuchar y en el mismo momento en que iban a proseguir su camino el hombre se había puesto en pie para gritar aquello.

A algunos les pareció reconocer a la mujer. Según contaban, era una de las hijas de Stark Ingmar, que había emigrado a América y se había casado; aquel hombre debía de ser su marido. Aunque, claro, no es fácil reconocer a quien sólo se ha visto de niña vestida a la usanza de la región si ésta vuelve ya como mujer adulta y con atuendo de ciudad.

Karin compartía la opinión de aquel forastero en lo que a Dagson se refería, eso pudo deducirse del hecho que ya que no volvió a pisar la capilla.

Más adentrado el verano, cuando vino al pueblo un predicador anabaptista a predicar y celebrar bautismos, ella fue a escucharle; y cuando el Ejército de Salvación comenzó a reunirse en el pueblo hizo que la llevaran a una de sus reuniones.

Un gran fervor religioso arrasaba la comarca. En cada encuentro no faltaba quien viera la luz y se convirtiera. Todo el mundo parecía hallar lo que anhelaba.

Pero ninguno de los que Karin fue a escuchar la indujo a reconciliarse con la penitencia que Dios le había impuesto.

¹⁸ Referencia a Mateo 7:7-9: «¿Acaso si a alguno de vosotros su hijo le pide pan le da una piedra? O si le pide un pez, ¿le da una serpiente?» (N. de la T.)

Birger Larsson era un herrero que trabajaba en su fragua junto a la carretera. La herrería era un local pequeño y oscuro con una claraboya por ventana y una puerta muy baja. Birger Larsson hacía cuchillos grandes, arreglaba cerraduras, ponía aros a las ruedas y patines de hierro a los trineos. Cuando no tenía otros trabajos hacía clavos.

Una noche de verano, en la herrería la actividad era frenética. Birger Larsson se hallaba junto a uno de los yunques dándole forma a unos clavos. Su hijo mayor, trabajando sobre otro yunque, batía y cortaba láminas de hierro. Uno de los hijos manejaba el fuelle, otro traía sacos de carbón, giraba los hierros que se calentaban al rojo en la fragua y se los llevaba a los forjadores. El cuarto hijo sólo tenía siete años, a él le tocaba recoger los clavos listos, enfriarlos en un cubo de agua y atarlos en manojitos.

En medio de esos trabajos llegó un forastero y se quedó en el umbral. Era un hombre alto y moreno que tuvo que agachar el torso para poder asomarse al interior.

Birger Larsson interrumpió su tarea para preguntar qué deseaba el recién llegado.

—Espero que no les moleste que venga sólo a mirar —dijo el hombre—. De joven también yo fui herrero y por eso ahora no puedo pasar delante de una herrería sin entrar un momento a contemplar el trabajo bien hecho.

Birger Larsson reparó en que el forastero tenía manos grandes y nervudas, auténticos puños de herrero. Comenzó a interrogarlo acerca de quién era y de dónde venía. El hombre respondía con amabilidad pero sin revelar nada. A Birger le pareció un hombre juicioso y le gustó. Salió a charlar con él en lo alto de la cuesta ennegrecida por el hollín de la fragua y empezó a presumir de sus hijos. Antes de que sus hijos fuesen suficientemente mayores como para enseñarles el oficio, le explicó, pasaron muchos años difíciles, pero ahora que se ayudaban todos el negocio iba muy bien.

—Ya verá usted como dentro de unos años seré rico —dijo Birger.

El forastero esbozó una sonrisa y respondió que se alegraba de que sus hijos le fueran de tanta ayuda.

—Ahora quisiera preguntarle algo —añadió, colocando su pesada mano en el hombro de Birger mientras le miraba a los ojos—. Sus hijos son de gran ayuda en lo que a las cosas terrenales se refiere, pero ¿también le asisten en los asuntos del espíritu? —Birger le devolvió una mirada boba—. Veo que es la primera vez que le hacen esta pregunta —dijo el forastero—. Reflexione sobre ello, hay tiempo hasta que nos veamos de nuevo.

Luego se alejó con una leve sonrisa. Birger Larsson entró en la fragua, se mesó el pelo, áspero y del color del bronce, y reanudó su trabajo.

No obstante, la pregunta del forastero le carcomió durante varios días. «¿A quién se le ocurre preguntar algo semejante? Aquí hay gato encerrado», pensó.

El día después de que el forastero hablara con Birger Larsson, ocurrió algo en el pueblo, en la vieja tienda de Tims Halvor, quien tras su boda con Karin había traspasado el negocio a su cuñado Kolås Gunnar.

Gunnar estaba de viaje y durante su ausencia era su esposa, Brita Ingmarsdotter, la que atendía la tienda y los negocios.

Brita se hallaba tras el mostrador, hermosa y magnífica. Había heredado de su madre, la agraciada esposa de don Ingmar, tanto el nombre como su belleza. En Ingmarsgården nunca antes se había visto crecer a una niña tan bonita como Brita. Si bien no tenía ningún parecido físico con los miembros de su venerable estirpe, en lo juiciosa y escrupulosa era tan hija de un Ingmar como el que más.

Cuando Gunnar se ausentaba, Brita llevaba el negocio a su manera. Si el anciano cabo Fält entraba en la tienda borracho y con manos temblorosas pedía una botella de cerveza, Brita se negaba a servirle categóricamente; y si Lena, la de los Kolbjörn, a pesar de su pobreza quería comprarse un broche llamativo, Brita la mandaba a su casa con dos kilos de harina de centeno.

No había niño que se atreviera a entrar en la tienda para malgastar sus míseros reales en pasas y caramelos cuando Brita estaba tras el mostrador. Y la campesina que se acercaba hasta allí para comprar una de las ligeras telas que se usaban en la ciudad era enviada de vuelta a su casa con la recomendación de sentarse a confeccionar una tela de lana basta y resistente en su propio telar.

Aquel día no vinieron demasiados clientes. Brita pasó muchas horas sola. Al final se derrumbó y, con la vista perdida en un punto lejano, sus ojos se fueron llenando de desesperación. Se puso en pie, buscó una soga sin estrenar, trasladó la escalera a la trastienda y anudó un lazo que colgó de un gancho del techo.

Lo hizo febrilmente y acabó pronto, y justo cuando estaba a punto de meter la cabeza en el lazo la casualidad quiso que bajara la vista.

Y en ese momento se abrió la puerta y un hombre alto y moreno se metió en la trastienda. Había entrado en el local sin que Brita le oyera, y al no encontrar a nadie tras el mostrador había abierto la puerta que daba a la parte trasera.

Brita bajó los peldaños de la escalera muy despacio. En lugar de decir algo, el hombre se retiró de nuevo a la tienda. Brita le siguió lentamente. Nunca antes le había visto, tenía un pelo negro y rizado, barba espesa, ojos vivaces y manos grandes y nervudas. Iba bien vestido pero sus movimientos eran los de un obrero. El desconocido tomó asiento en una silla junto a la entrada sin quitarle los ojos de encima.

La mujer se quedó en silencio tras el mostrador, sin preguntar nada, deseando con toda su alma que aquel hombre se fuera. Él no hacía más que mirarla, sus ojos no la perdían de vista ni un instante. A Brita le dio la impresión de que aquella mirada la sujetaba de un modo que le impedía moverse. Se impacientó y se dijo: «No sé de qué crees tú que va a servir que te quedes aquí vigilándome. Como comprenderás, apenas me quede sola acabaré haciendo lo que tengo en mente.»

Y continuó dirigiendo monólogos silenciosos al forastero. «Si esto fuera transitorio o algo que tuviera fin, de buena gana te dejaría disuadirme; pero resulta que es incurable.»

El hombre siguió mirándola con la misma obstinación.

«Pues para que lo sepas, esto de despachar en una tienda está por debajo de la categoría de mi familia —continuó Brita para sus adentros—. No sabes lo feliz que era con Gunnar hasta el día en que empezó a llevar la tienda. La gente ya me advirtió que no me casara con él. Él no les gustaba debido a ese flequillo suyo tan negro y a los ojos de lince y a esa lengua tan afilada. Pero nos queríamos, ¿sabes?, y no tuvimos ni una sola riña hasta el día en que le traspasaron el negocio.

»Fue a partir de ese día —prosiguió con su mudo soliloquio— que las cosas empezaron a ir mal entre nosotros. Yo quiero que él lleve el negocio a mi manera. No soporto que les venda vino y cerveza a los borrachos, y además pienso que a los clientes sólo habría que venderles cosas útiles y necesarias; en cambio, él dice que eso es un disparate. Y como ni él ni yo damos el brazo a torcer, discutimos un día sí y el otro también, y ahora ya no me quiere, ¿entiendes?»

Brita miró al desconocido con ojos enloquecidos, como sorprendiéndose de que sus ruegos no le convencieran.

«¡Al menos, deberías entender que yo no puedo vivir con la vergüenza de que él consienta que el alguacil le embargue a una familia humilde su única vaca o el par de tristes ovejas que tiene! Esto no tiene arreglo, ¿acaso no lo entiendes? ¿Por qué no te vas y me dejas acabar con todo de una vez?»

Pero a medida que el hombre la iba mirando fijamente, Brita fue calmándose y al cabo de un rato empezó a llorar en silencio. Aquel forastero que velaba por ella la había conmovido. Su actitud le pareció muy loable, para ser alguien que no la conocía.

Tan pronto el hombre se percató de que ella lloraba, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al cruzar el umbral se volvió, clavó sus ojos nuevamente en los de Brita, y, después de carraspear, dijo con voz profunda:

—No atentes contra ti misma, porque se aproximan tiempos en los que podrás vivir entre hombres justos.

Y dicho esto se fue, sus pasos sonaron pesadamente en la escalera y luego, a medida que se alejaba, también en el camino.

Brita corrió a la trastienda, descolgó la soga y volvió a llevar la escalera al almacén. A continuación se sentó en un baúl y se quedó ahí quieta durante un par de horas.

Tenía la impresión de haber salido de una noche negra y prolongada que de tan oscura le había impedido ver hasta su propia mano. Había perdido el norte, no sabía dónde estaba, y a cada paso había temido hundirse en una ciénaga o despeñarse por un barranco. Ahora, sin embargo, alguien le decía que dejase de vagar, que se sentase a esperar la luz del día. Se alegraba de no tener que proseguir aquella marcha tan peligrosa, ahora sólo tenía que esperar a que rayase el alba.

Stark Ingmar tenía una hija llamada Anna Lisa. Había vivido en Chicago durante varios años y allí se había casado con Johan Hellgum, un sueco que dirigía una pequeña comunidad religiosa con fe y doctrina propias. El día siguiente a la famosa noche del baile, Anna Lisa regresó a su antiguo hogar para visitar a su anciano padre y su marido la acompañaba.

Hellgum aprovechaba el tiempo dando largos paseos por la comarca. Hizo amistad con todo aquel que se encontró y al comienzo sus conversaciones versaban sobre cosas completamente normales; no obstante, al despedirse de alguien le gustaba apoyar su contundente manota en el hombro de esa persona y pronunciar iluminadas palabras de consuelo o reflexión.

Stark Ingmar no frecuentaba mucho a su yerno. Ese año, el viejo lo pasó trabajando con el joven Ingmar Ingmarsson, quien de nuevo vivía en la finca familiar. Juntos construyeron un aserradero a orillas del rabión de Långforsen. El día en que quedó listo y el primer madero salió de entre las hojas chirriantes de la sierra convertido en relucientes tablonces blancos, Stark Ingmar sintió un gran orgullo.

Un atardecer, al regresar a casa después del trabajo, se topó con Anna Lisa en el camino. Parecía asustada, como si hubiera tenido intención de esconderse.

Stark Ingmar apretó el paso, llegó a la cabaña y se detuvo en seco con el entrecejo fruncido. Desde que tenía memoria, siempre hubo un magnífico rosal junto a la entrada de la cabaña. Quería más a aquel rosal que a las niñas de sus ojos, nunca jamás había permitido que nadie cortase una rosa o le tocase una sola hoja, había procurado preservarlo de todo mal.

Si lo había cuidado tanto era porque sabía que entre sus raíces vivían diminutos seres subterráneos.

Pero ahora alguien había talado el rosal. No le cupo la menor duda de que había sido su yerno, el predicador, quien no soportaba aquella planta.

Stark Ingmar llevaba su hacha colgando de la mano y al entrar en su casa aferró el mango con fuerza.

Hellgum estaba sentado con una Biblia ante sí. El predicador levantó la vista y sostuvo largamente la mirada de Stark Ingmar. Luego continuó su lectura en voz alta:

—«Y no será lo que vosotros pensáis, porque vosotros os decís: Seremos como las gentes, como las naciones de la tierra, sirviendo al leño y a la piedra... ¡Por mi vida, dice el Señor, Yavé, que con puño fuerte y brazo tendido y en efusión de ira...!»¹⁹

Stark Ingmar salió del cuarto sin abrir la boca. Esa noche la pasó en el granero. Dos días más tarde Ingmar y él partieron hacia los bosques para talar árboles y hacer carbón. Su intención era pasar arriba en el monte todo el invierno.

Hellgum había hablado un par de veces en público para exponer su doctrina, la cual él definía como el único y verdadero cristianismo. Sin embargo, Hellgum no era un orador de la talla de Dagson, por lo que no consiguió ganar ni un solo adepto.

Aquellos que se habían topado con él por senderos y caminos y sólo habían escuchado de su boca un par de sentencias, esperaban grandes cosas de él; pero Hellgum no servía para sermones, cuando soltaba discursos largos se volvía pesado y aburrido, y no tenía nada de espiritual.

Tocando el final del verano, Karin Ingmarsdotter se deprimió sobremanera. Prácticamente nunca hablaba. Seguía sin poder andar y se pasaba el día entero inmóvil en su sillón. Ya no iba a escuchar a predicadores, sino que se quedaba sola rumiando su desgracia. En ocasiones le decía a Halvor que siempre había oído decir a su padre que los Ingmarsson no debían temer nada siempre y cuando siguieran los caminos de Dios. Pero que ahora sabía que ni siquiera eso era cierto.

Desconcertado, Halvor le sugirió un día que hablara con el nuevo predicador; pero Karin saltó con que no quería solicitar más ayuda de ningún sacerdote.

Un domingo a finales de agosto, Karin se hallaba sola delante de la ventana de la sala grande. La casa entera estaba sumida en el silencio y a Karin le costaba mantenerse despierta. La cabeza le colgaba cada vez más cerca del pecho y al cabo de un rato se acostó y se durmió.

La despertó el rumor de voces bajo su ventana. No podía ver de quién se trataba pero la voz era fuerte y profunda. Nunca había oído una voz más hermosa.

¹⁹ «... ha de reinar sobre vosotros!» (Ezequiel 20:32-33). (N. de la T.)

—Halvor, ya sé que te parece un desatino que un herrero pobre y sin estudios haya podido encontrar la verdad cuando tantos caballeros cultos han fracasado —dijo la voz.

—Sí —respondió Halvor—, no entiendo cómo puedes estar tan seguro.

«Halvor está hablando con Hellgum», pensó Karin. Luego intentó cerrar la ventana pero no pudo.

—Dicen las escrituras —prosiguió Hellgum— que si alguien te pega una bofetada hay que poner la otra mejilla, y que no hay que resistirse al mal y muchas otras cosas por el estilo. En general, no hay nadie que sea capaz de llevar todo eso a la práctica. Tus vecinos te quitarían campos y bosques, te robarían tus patatas y se llevarían tus simientes si no defendieras lo que es tuyo. Imagino que hasta te arrebatarían la finca de los Ingmarsson.

—Es posible —concedió Halvor.

—En ese caso, las palabras de Cristo no tienen ningún sentido, sólo las dijo por decir.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Mira, hay otra cosa en la que también vale la pena reflexionar —dijo Hellgum—. Me refiero a lo evolucionada que está nuestra sociedad. Ya no hay nadie que robe, nadie que asesine, ni nadie que ultraje a viudas ni huérfanos. Hoy en día, nadie odia ni acosa al prójimo. Entre nosotros, que practicamos una religión tan estupenda, jamás se da el caso de que alguien obre mal.

—Pero hay muchas cosas que no son como debieran ser —replicó Halvor, pero en su tono sosegado había cansancio y desinterés.

—Ya, pero si tienes una trilladora que no funciona lo primero que haces es mirar a ver qué le pasa. Y no desistes hasta que encuentras dónde está el fallo. Del mismo modo, si descubres que no hay forma de hacer que las personas lleven una vida cristiana, deberías averiguar si existe algún fallo en el cristianismo.

—Me cuesta creer que la doctrina de Jesucristo sea deficiente —dijo Halvor.

—No, sin duda al comienzo debía funcionar bien; pero puede que con el tiempo se haya estropeado. Tal vez se trate de un pequeño engranaje solamente, basta con que un pequeño engranaje se rompa para que toda la máquina deje de funcionar.

Hellgum permaneció callado un rato, como si buscara palabras y pruebas de lo dicho.

—Ahora te explicaré cómo me fue a mí hace un par de años. Por esa época intenté vivir según la doctrina cristiana por primera vez y ya verás cómo acabé. Entonces yo trabajaba en una fábrica. Cuando mis compañeros descubrieron cómo era yo empezaron por pasarme a mí gran parte de su trabajo, luego me quitaron el puesto y finalmente se las arreglaron para que yo cargara con la

culpa de un robo que uno de ellos había cometido y por el cual me enviaron a la cárcel.

—No siempre se topa uno con tan mala gente —dijo Halvor con la misma indiferencia.

—Entonces me dije a mí mismo: No sería difícil ser cristiano si uno estuviera solo en la Tierra, sin otros seres humanos. Estar en la cárcel me encantó ya que allí podía llevar la vida de un hombre justo y virtuoso sin preocupaciones ni estorbos. Pero luego pensé que eso de llevar una vida justa en soledad era como un molino que gira y gira sin grano que triturar entre sus muelas. Si Dios ha puesto tantos hombres en el mundo, pensé, debe ser para que nos ayudemos y apoyemos mutuamente y no para causar la perdición los unos de los otros. Después, comprendí al fin que el diablo había suprimido algo de la Biblia para hacer que el cristianismo saliese mal.

—Dudo que tuviera el poder de hacer eso —dijo Halvor.

—Pues sí, lo que ha quitado es esto: «Aquellos de vosotros que queráis llevar una vida Cristiana debéis buscar el apoyo de vuestro prójimo.»

Halvor no dijo nada; Karin, en cambio, asintió con un gesto de aprobación. Había estado escuchando atentamente sin perderse una palabra.

—Tan pronto salí de la cárcel —continuó Hellgum— me dirigí a casa de un compañero y le pedí que me ayudase a llevar una vida justa, y he aquí que entonces me fue mucho mejor. Al poco tiempo se unió a nosotros un tercer compañero y luego un cuarto, y cada vez iba mejor. Ahora somos treinta los que vivimos juntos en una casa en Chicago. Lo compartimos todo y velamos los unos por los otros a fin de no descarriarnos, y así el camino de la justicia y la virtud se extiende llano y liso ante nosotros. Tenemos la oportunidad de comportarnos cristianamente porque un hermano no abusa de la bondad de otro ni aprovecha su humildad para pisotearlo.

Como Halvor seguía callando, Hellgum continuó, empeñado en convencerle:

—Tú ya sabes, Halvor, que el que quiere realizar algo grande debe asociarse a otras personas y recibir su apoyo. Tú solo no podrías llevar esta finca. Y si quisieras montar una fábrica deberías conseguir varios socios, por no hablar de la cantidad de personas a las que tendrías que pedir ayuda si quisieras construir un ferrocarril. El proyecto más difícil es vivir según el Evangelio, y eso, en cambio, quieres llevarlo a cabo en solitario, sin la ayuda de nadie. Aunque tal vez lo cierto es que ni siquiera lo intentas ya que sabes de antemano que está condenado al fracaso.

»Los únicos que vamos por buen camino somos yo y los que viven conmigo allí en Chicago. Nuestra comunidad es la única y verdadera Jerusalén descendida del cielo. Y has de saber que la llama del Espíritu Santo que se posó sobre los primeros cristianos también arde sobre nuestras cabezas ya que entre

nosotros hay quienes escuchan la voz de Dios, otros que tienen el don de la profecía, y otros el de sanar a los enfermos...

—¿Tú puedes sanar enfermos? —le interrumpió Halvor bruscamente.

—Sí —respondió Hellgum—, puedo sanar a aquel que crea en mí.

—Cuesta creer en otra fe que aquella que te enseñaron de pequeño —dijo Halvor, pensativo.

—En cambio, yo sé a ciencia cierta que tú, Halvor, muy pronto nos ayudarás a crear la nueva Jerusalén —dijo Hellgum.

Se hizo el silencio y a los pocos instantes Karin oyó que Hellgum se despedía.

Al cabo de un rato, Halvor fue a reunirse con Karin. Cuando la vio sentada junto a la ventana abierta le dijo:

—Por lo visto, has oído todo lo que ha dicho Hellgum.

—Sí —respondió su mujer.

—¿Oíste que dijo que podía sanar a un enfermo que creyera en él?

Karin se ruborizó levemente, las enseñanzas de Hellgum le habían parecido lo mejor que había oído aquel verano. Había en ellas una gran dosis de sentido común y sensatez que la atraía, eran los actos y los hechos lo que contaban, no los sentimientos, terreno este último que ella no dominaba en absoluto. Sin embargo, no quiso admitirlo porque estaba cansada de predicadores.

—No creerás que yo pueda tener una fe distinta a la de mi padre —respondió.

Un par de semanas más tarde, Karin volvía a encontrarse en la sala grande. Había llegado el otoño, el viento ululaba alrededor de la casa y el fuego crepitaba en el hogar. En la habitación no se hallaba nadie más, aparte de su hijita que pronto cumpliría un año y que acababa de dar sus primeros pasos. La niña estaba sentada a los pies de su madre, jugando.

Entonces se abrió la puerta y entró un hombre alto y moreno. Tenía el cabello crespo, la mirada acerada y las manos grandes y nervudas de un herrero. Antes de que el hombre tuviera tiempo de abrir la boca Karin ya había adivinado que se trataba de Hellgum.

El hombre la saludó y preguntó por Halvor. Ella le respondió que su marido estaba fuera, en una reunión, y que se le esperaba en cualquier momento.

Hellgum tomó asiento y guardó silencio, aunque de vez en cuando echaba una rápida mirada en dirección a Karin.

—He oído que está usted enferma —dijo él al cabo de un rato.

—Sí —respondió Karin—, hace seis meses que no camino.

—He pensado que podía venir aquí a rogar por usted —dijo el predicador. Karin no respondió, bajó la vista y se encerró en sí misma—. ¿No ha oído decir la señora que se me ha concedido la gracia de Dios de sanar a los enfermos?

Ella levantó los ojos y le dedicó una mirada de desconfianza.

—Le agradezco que haya pensado en mí, pero desgraciadamente no puedo aceptar su ayuda porque yo no soy de las que cambian de fe así como así —le dijo.

—Bien pudiera ser que Dios quisiera ayudarla igualmente —repuso el hombre—, ya que usted siempre ha intentado llevar una vida cristiana.

—Dios no me tiene en su gracia lo suficiente como para ayudarme.

Hubo un largo silencio, y luego Hellgum dijo:

—¿Nunca se ha preguntado por la causa de su penitencia? —Ella no respondió, nuevamente encerrada en sí misma—. Algo me dice que Dios ha hecho esto para que su nombre sea más alabado todavía —añadió Hellgum.

Karin se exasperó. Sus mejillas se tiñeron con un par de nítidas manchas rojas. Hellgum era muy engreído si creía que ella sufría esa enfermedad sólo para que él pudiera lucirse con un milagro.

El predicador se puso en pie, se acercó a Karin y le puso una mano en la cabeza.

—¿Quieres que rece por ti? —preguntó.

Al instante, Karin percibió un soplo de vida y salud corriendo por sus venas; pero se sentía tan ofendida por la impertinencia de Hellgum que se sacudió la mano con brusquedad y hasta levantó el brazo como si fuera a pegarle. Porque lo que se dice palabras, no las halló.

Hellgum se retiró hacia la puerta.

—No está bien rechazar lo que el Señor nos envía —dijo.

—No —replicó Karin—, lo que el Señor nos envía hay que aceptarlo.

—Pues yo te digo que hoy mismo la gracia de Dios se extenderá por esta casa —dijo él. Ella no contestó—. ¡Acuérdate de mí cuando recibas la ayuda! —añadió Hellgum y salió por la puerta sin más.

Karin se quedó muy erguida en su silla. Sus mejillas siguieron arreboladas largo rato.

«¿Acaso no voy a poder estar tranquila ni en mi propia casa? —pensó—. Es curioso la cantidad de personas que se creen unos enviados de Dios.»

De pronto, Karin vio cómo su hijita se levantaba y miraba la chimenea. La niña acababa de descubrir el fuego que ardía en el hogar y, con un gritito de alegría, se apresuró hacia las llamas, primero a gatas y luego andando.

Karin le ordenó que se apartara, pero la niña no obedeció, antes bien, se esforzó por subir al hogar, cayó un par de veces en el intento pero finalmente consiguió encaramarse hasta donde ardían los troncos.

—¡Que Dios me ayude, que Dios me ayude! —suplicó Karin, empezando a dar voces a pesar de saber que nadie la oiría.

La pequeña se inclinaba risueña sobre las llamas. Entonces un leño ardiente se desprendió de la hoguera y rodó hasta el sayo ocre de la niña. Karin se puso

en pie de un salto, corrió hasta la chimenea y de un tirón levantó a la niña en brazos.

No fue hasta después de sacudir todas las chispas y ascuas del sayo y de comprobar que la niña estaba ilesa cuando se paró a pensar en lo sucedido. ¡Sus piernas la sostenían, había andado sobre ellas, y seguía andando en ese momento!

Una conmoción como nunca había experimentado en su vida sacudió su alma, y al mismo tiempo la mayor felicidad. Sentía que se encontraba bajo el amparo y particular supervisión de Dios, y que un santo había traspasado las puertas de su casa enviado por Dios en su auxilio, para sanarla.

Por aquellas fechas, Hellgum salía a menudo al porche de la cabaña de Stark Ingmar a disfrutar de las vistas que se ofrecían desde allí. El paraje que divisaba se embellecía por momentos. La tierra era de un ocre luminoso y las hojas de los árboles coloradas o de un amarillo claro. Aquí y allá las copas de un bosque de caducifolios se balanceaban al viento con el resplandor de un ondulante mar dorado. Y entre las extensiones de abetos que cubrían las cimas de los montes destacaban pinceladas amarillas provenientes de los árboles de hoja caduca que se habían perdido entre el verde de las agujas perennes.

Así como una miserable cabaña irradia magníficos haces de luz al incendiarse, así brillaba aquella pobre región de Suecia con un inusitado esplendor. Todo era tan áureo y maravillosamente relumbrante como pudiera serlo un paisaje sobre la superficie del sol.

En cambio, al contemplar todo aquello, Hellgum pensaba en que se aproximaba la hora en que Dios haría resplandecer de santidad aquella tierra, y en la que las palabras que él había ido sembrando durante el verano germinarían dando deslumbrantes cosechas de virtud.

Y he aquí que un atardecer subió Tim Halvor hasta la cabaña para invitar a Hellgum y su esposa a la casa de los Ingmarsson.

Al cruzar el patio de la entrada vieron que estaba muy limpio, se notaba que acababan de pasarle la escoba, no había ni rastro de hojas secas y todos los aperos y carros que normalmente lo abarrotaban estaban ahora en otro sitio. Anna Lisa se dijo que habría más invitados. En ese momento Halvor abrió la puerta de la sala grande.

La sala estaba llena de gente que, sentada en los bancos que flanqueaban sus cuatro paredes, aguardaba con gran solemnidad. Hellgum reconoció a las mejores familias de la parroquia.

A los primeros que vio fue a Ljung Björn Olofsson y su esposa Märta Ingmarsdotter, y a Kolås Gunnar y señora. Después reconoció a Krister Larsson e Israel Tomasson con sus respectivas esposas, que también pertenecían al clan

de los Ingmarsson. A continuación se fijó en Hök Matts Eriksson, que iba con su hijo Gabriel, y en Gunhild, la hija del vocal, además de en varios más. En total había unas veinte personas.

Después de que Hellgum y Anna Lisa dieran la vuelta al corro de gente para saludar, Tim Halvor anunció:

—Nos hallamos reunidos aquí unos cuantos que hemos meditado sobre lo que usted, Hellgum, nos ha dicho este verano. En general, pertenecemos a una antigua familia que siempre ha intentado andar por los caminos de Dios, así que, si usted quiere ayudarnos en esa empresa, nosotros le seguiremos.

Al día siguiente, por toda la comarca corrió el rumor de que en Ingmarsgården acababa de fundarse una comunidad que afirmaba poseer la única y auténtica doctrina cristiana.

La nueva senda

Estamos en la primavera siguiente, poco después del deshielo. Ingmar y Stark Ingmar acababan de bajar al pueblo para poner en marcha la sierra. Todo el invierno lo habían pasado en los bosques talando árboles y haciendo carbón, y al bajar al llano Ingmar se sentía como un oso recién salido de su hibernáculo; a duras penas soportaba la visión del sol en el cielo abierto, pestañeaba sin cesar como si la luz le hiriese los ojos. También el rugido del rabión le molestaba, así como el sonido de la voz humana, y no digamos ya el alboroto que reinaba abajo en la finca, para él era un verdadero suplicio. No obstante, todo esto también le llenaba de alegría. Por descontento que no lo mostró ni en su talante ni en su forma de moverse; sin embargo, esa primavera se sintió tan joven como las yemas que iban brotando en los abedules.

Nadie podría imaginar cuánto disfrutaba durmiendo entre sábanas limpias y saboreando guisos como Dios manda.

¡Por no mencionar lo contento que estaba en casa con Karin, que lo cuidaba con más cariño que una madre! La hermana había encargado al sastre ropa nueva para él y de vez en cuando salía de la cocina y le ofrecía un buen bocado, como si en el fondo él no fuera más que un crío.

Y ¡qué decir de los extraordinarios sucesos ocurridos mientras él trajinaba en el monte! A Ingmar solo le habían llegado vagos rumores acerca de la secta de Hellgum; sin embargo, oyendo a Karin y Halvor describir su felicidad y la forma en que ellos y sus correligionarios se apoyaban mutuamente para seguir los caminos de Dios, pensó que sonaba muy hermoso.

«Estamos seguros de que te unirás a nosotros», dijo Karin. Ingmar le contestó que ganas no le faltaban pero que primero debía meditarlo. «Durante todo el invierno no he hecho más que esperar tu regreso para que participaras de nuestra bienaventuranza —le dijo su hermana—, porque nosotros ya no vivimos en la tierra sino en la nueva Jerusalén descendida del cielo.»

Por otro lado, para Ingmar fue una buena noticia saber que Hellgum todavía vivía entre ellos. El verano pasado Hellgum solía bajar al aserradero a charlar con Ingmar y se habían hecho buenos amigos. Ingmar sentía admiración por Hellgum y lo consideraba el mejor individuo con que se había topado nunca. No recordaba haber conocido a nadie que le superara ni en hombría ni en grandilocuencia, ni que poseyera tanta confianza en sí mismo.

En más de una ocasión, cuando iban con retraso, Hellgum, quitándose la chaqueta de un tirón, se había puesto a ayudarles con la sierra. Y entonces Ingmar volvía a asombrarse, nunca antes había visto a alguien trabajar con aquella eficacia suya.

Ahora Hellgum se encontraba realizando un viaje de unos días; pero se le esperaba en cualquier momento.

«Apenas hables con Hellgum te unirás a nosotros, ya lo verás», le repetía Karin sin cesar. E Ingmar también lo creía, aunque le preocupaba la idea de hacerse miembro de algo que su padre no hubiese aprobado. «Pero si fue justamente padre quien nos enseñó a seguir los caminos de Dios», protestaba Karin.

Todo era tan perfecto... Ingmar nunca hubiese imaginado que fuera tan delicioso estar de nuevo entre seres humanos. Una única cosa echaba de menos y es que, por desgracia, nadie le hablaba del maestro ni de Gertrud, y a ella hacía un año entero que no la veía. El verano anterior, en cambio, no le faltaron noticias suyas porque siempre había alguien que casi a diario le contaba algo acerca de la familia Storm.

Se suponía que ese silencio no era más que algo ocasional y fortuito. Sin embargo, qué angustioso resulta sentir demasiada vergüenza para preguntar y que al mismo tiempo a nadie le dé por hablar acerca de lo único que uno quiere oír.

Por otro lado, si Ingmar estaba contento y feliz, la situación de Stark Ingmar era muy distinta. El viejo estaba enfurruñado y taciturno y costaba mucho complacerle.

—Me parece a mí que echas de menos el bosque —le dijo Ingmar una tarde que estaban sentados cada uno en un tronco, comiéndose el bocadillo de la cena.

—Bien sabe Dios que es verdad —respondió el anciano—. Ojalá nunca hubiera vuelto a casa.

—¿Qué ocurre de malo en tu casa? —quiso saber Ingmar.

—¿Y tú me lo preguntas? —contestó Stark Ingmar—. Juraría que tú sabes tanto como yo que Hellgum se ha descarriado.

Ingmar respondió que, al contrario, según contaban, se había vuelto un gran hombre.

—Sí, tan grande que ha puesto la comarca entera patas arriba.

Ingmar pensó que era muy curioso que Stark Ingmar nunca mostrara la menor señal de afecto por sus parientes. Lo único que le importaba era Ingmarsgården y los Ingmarsson. Tuvo que ser Ingmar quien defendiera a su yerno.

—A mí su doctrina me gusta —dijo.

—¿Ah, sí? —exclamó el viejo mirándole con amargura—. ¿Y crees tú que don Ingmar habría dicho lo mismo?

Ingmar contestó que a su padre seguro que le habría gustado vivir entre justos.

—¿Te refieres a que don Ingmar habría estado de acuerdo en tildar de diablo y anticristo a cualquiera que no se uniese a la secta y que se habría negado a ver a un viejo amigo sólo porque éste eligiera conservar sus propias creencias?

—No creo yo que gente como Hellgum o Halvor o Karin se comporten de ese modo —repuso Ingmar.

—¿Por qué no pruebas de oponerte a ellos para comprobar cuánto vales a sus ojos?

Ingmar partió un gran trozo de su bocadillo y se llenó la boca de pan. Cuánto le irritaba que Stark Ingmar estuviera de tan mal humor.

—Ja, ja —cacareó el viejo de repente—. ¡Así es la vida! Aquí estás tú, el hijo de don Ingmar en persona, y nadie te hace ni caso. En cambio, mi Anna Lisa y su marido se relacionan con las mejores familias de la comarca, los notables se inclinan y levantan el sombrero ante ellos y ellos se pasan el día de comilona en comilona.

Ingmar siguió llenándose la boca y masticando, aquello no merecía respuesta.

Sin embargo, Stark Ingmar volvió a la carga.

—Me consta que es una hermosa doctrina, sí señor, por eso la mitad de la parroquia se ha unido a ellos. El poder que tiene ese Hellgum no lo ha tenido nadie aquí antes, ni siquiera don Ingmar. Consigue separar a padres e hijos predicando que quienes están de su parte no pueden vivir entre pecadores. Basta con una señal de Hellgum para que un hermano abandone a su hermano, o un amigo a su amigo, o un prometido a su prometida. Con ese poder ha logrado que este invierno haya habido luchas y divisiones en cada casa del pueblo. Vamos, que a don Ingmar todo esto le hubiese encantado, a él, nada menos. Seguro que habría secundado a Hellgum en todo; y tanto que sí.

Ingmar subió y bajó la mirada por el barranco junto al cual estaban sentados. Habría deseado salir corriendo, se daba cuenta de que Stark Ingmar exageraba, pero aun así había conseguido aguarle la fiesta.

—Bueno —continuó el viejo—, no voy a negar que lo que hace Hellgum es fantástico: eso de conseguir que los de su grupo hagan piña y que los que antes estaban enemistados ahora sean amigos. O eso de tomar de los ricos y dárselo a los pobres, o lo de hacer que todos se preocupen de la conducta de todos. Lo que pasa es que me dan pena esos a los que deja fuera y llama hijos del diablo. En cambio, a ti no, por lo visto.

Ingmar estaba harto de oír a Stark Ingmar hablar mal de Hellgum.

—Con la concordia que había antes en nuestra parroquia —prosiguió el aparcerero—, pero eran otros tiempos. En época de don Ingmar se decía que éramos la gente más amistosa de Dalecarlia y sólo por nuestro compañerismo. En cambio, ahora tenemos ángeles por un lado y demonios por el otro, y que si yo corderos y tú cabras.

«Ojalá estuviese en marcha la sierra —pensó Ingmar—, así no tendría que aguantar tanta cháchara.»

—Hasta tú y yo partiremos peras dentro de poco —continuó Stark Ingmar—. Si te pasas a los suyos no permitirán que estés conmigo.

Ingmar blasfemó y se puso en pie.

—Como continúes hablando de esta manera es muy posible que acabemos como tú dices —le amenazó—. Deberías saber que no te conviene ponerme en contra de mi gente ni de Hellgum, que es el mejor hombre que he conocido.

Con esto, Ingmar pudo hacer callar al viejo. Al cabo de un rato, Stark Ingmar interrumpió el trabajo: quería bajar al pueblo para hablar con su amigo, el cabo Fält, porque, según dijo, hacía mucho tiempo que no charlaba con una persona sensata.

Ingmar se alegró de que se fuera. Siempre ocurre que, de vuelta tras una larga ausencia, evitamos todo aquello que pueda resultarnos desagradable y buscamos rodearnos de lo fácil, lo bonito y lo alegre.

Al día siguiente, Ingmar llegó al aserradero a las cinco de la madrugada; Stark Ingmar se le había anticipado.

—Hoy verás a Hellgum —le anunció el viejo—. Él y Anna Lisa volvieron tarde ayer por la noche. Tengo la impresión de que se han apresurado a volver de sus grandes banquetes sólo para convertirme.

—Vaya, ya empezamos —dijo Ingmar. La cháchara del viejo había resonado en sus oídos toda la noche. No había podido evitar preguntarse quién tenía razón. Sin embargo, ahora no pensaba escuchar ni una palabra más en contra de sus allegados.

Stark Ingmar se quedó callado un rato, luego se echó a reír por lo bajo.

—¿Y ahora de qué te ríes? —quiso saber Ingmar, a punto de poner la sierra en marcha.

—Ah, sólo es por Gertrud, la hija del maestro.

—¿Qué pasa con ella?

—Pues que dijeron ayer en el pueblo que ella era la única que tenía alguna influencia sobre Hellgum.

—¿Y Gertrud qué tiene que ver con Hellgum?

Ingmar no acabó de mover la palanca porque si la sierra se hubiese puesto en funcionamiento no habría oído nada. El viejo le medía con los ojos.

—¿No me habías prohibido hablar de este asunto?

Ingmar esbozó una sonrisa.

—Viejo zorro, siempre te sales con la tuya —le dijo.

—Es esa loca de Gunhild, la hija del concejal Lars Clementsson.

—No tiene nada de loca —terció Ingmar.

—Llámalo como quieras, pero la cuestión es que ella estaba presente en Ingmarsgården cuando se fundó la secta. Nada más llegar a su casa, les dijo a sus padres que había adoptado la única y verdadera religión y que debía abandonar su hogar e ir a vivir con los Ingmarsson. Como es natural, los padres le preguntaron por qué quería mudarse. «Pues para poder llevar una vida cristiana», contestó ella. Le respondieron que eso también podía hacerlo en su propia casa. «Ah, no, eso no se puede hacer viviendo con gente que no es de tu misma fe.» «¿Quieres decir que todos van a mudarse a la finca de los Ingmarsson?», le preguntó el vocal Clementsson. No, sólo ella. Los otros ya vivían con verdaderos cristianos. El concejal Clementsson es un buen hombre, y tanto él como su esposa intentaron disuadir a Gunhild por las buenas; pero la chica se empeñó y exasperó a su padre hasta tal punto de que Clementsson acabó por encerrarla en la alcoba y le dijo que allí se quedaría hasta que entrara en razón.

—Pensaba que ibas a hablarme de Gertrud —repuso Ingmar.

—Todo llegará, si tienes paciencia. Aunque igual me da empezar por el final: al día siguiente, cuando Gertrud y la señora Stina estaban hilando en la cocina llegó la señora del concejal Clementsson. Al verla se asustaron. La señora Clementsson, normalmente una mujer muy risueña, tenía la cara hinchada de tanto llorar. «¿Qué pasa, qué ha ocurrido y por qué pone usted esa cara tan triste?» Entonces, la señora Clementsson dijo: «¿Qué cara va a poner una cuando ha perdido a quien más quería?» Cómo me gustaría abofetearles —rezongó el viejo.

—¿A quién? —preguntó Ingmar.

—Pues a Hellgum y Anna Lisa —dijo Stark Ingmar—. Resulta que habían ido a casa de los Clementsson durante la noche para raptar a Gunhild. —Ingmar soltó una exclamación—. ¡Quién iba a creer que mi hija se casaría con un granuja! —dijo el viejo—. En plena noche la llamaron golpeando los cristales de la alcoba y le preguntaron que por qué no se había mudado a casa de los Ingmarsson. Ella les explicó que sus padres la habían encerrado con llave. «Esa idea está inspirada por el diablo», sentenció Hellgum. Los padres lo oyeron todo.

—¿Lo oyeron?

—Sí, estaban acostados en la alcoba contigua con la puerta entreabierta y oyeron todo lo que dijo Hellgum para convencer a su hija.

—Pero podrían haberle echado de allí, ¿no?

—No, porque creyeron que Gunhild debía escoger por sí misma, jamás se les ocurrió que pudiera elegir marcharse de casa con lo buenos que siempre han

sido con ella. Estaban allí acostados esperando oírla decir que nunca abandonaría a sus ancianos padres.

—¿Y al final se fue?

—Sí, Hellgum no dejó de insistir hasta que ella aceptó irse con él. Y cuando el concejal y su señora oyeron que su hija no podía resistirse la dejaron marchar. Hay gente que es así. Sin embargo, por la mañana la madre se había arrepentido y le pidió a su marido que subiera hasta Ingmarsgården para traerla de vuelta a casa. «Ni hablar», repuso él, «no la iré a buscar ni quiero verla más, a menos que vuelva ella voluntariamente». Entonces la señora Clementsson fue corriendo a casa del maestro a rogarle a Gertrud que hablara con Gunhild.

—¿Y Gertrud fue?

—Sí, fue hasta allí y habló con Gunhild, pero Gunhild no le hizo el menor caso.

—Pues yo no he visto a Gunhild por casa —dijo Ingmar, pensativo.

—No, ahora ya está en casa de sus padres otra vez. Lo que pasó es que cuando Gertrud salía de hablar con Gunhild vio a Hellgum.

«He aquí el causante de tanta desgracia», pensó ella. Así que se fue directa hacia él y empezaron a discutir. Por poco le pone la mano encima.

—Gertrud sabe colocar los puntos sobre las íes —dijo Ingmar con admiración.

—Le dijo a Hellgum que al raptar a una doncella en medio de la noche se comportaba como un bárbaro y no como un maestro cristiano.

—¿Y Hellgum qué respondió?

—Se quedó callado escuchando, y al cabo de un rato dijo muy dócilmente que tenía razón y que reconocía que se había excedido. Así que por la tarde devolvió a Gunhild a la casa de sus padres y todo se arregló.

Al finalizar Stark Ingmar su relato, Ingmar alzó la vista sonriendo.

—Gertrud es estupenda —dijo—, y Hellgum también es una gran persona, aunque sea un poco alocado.

—Vaya, así que te lo tomas de ese modo —dijo el viejo—. Pensaba que te preguntarías que por qué Hellgum se muestra tan condescendiente para con Gertrud. —A lo cual Ingmar no respondió.

Stark Ingmar también permaneció callado un rato, hasta que cargó de nuevo:

—Mucha gente del pueblo me pregunta por ti, quieren saber de qué parte estás.

—¿Y qué importa eso?

—Deja que te diga una cosa —repuso el viejo—: la gente de este pueblo está acostumbrada a que alguien mande y decida por ellos. Pero ahora don Ingmar no está, y el maestro ha perdido su poder, y el párroco nunca ha sido diestro en

eso de gobernar. Por eso, mientras tú te mantengas al margen, ellos seguirán a Hellgum.

Ingmar, con aspecto atormentado, dejó caer las manos.

—Pero si yo no sé quién tiene razón.

—La gente está esperando que les liberes de Hellgum. Puedes estar seguro de que nos hemos ahorrado mucho sufrimiento estando fuera este invierno. Creo que lo más doloroso se dio al principio, antes de que la gente se acostumbrara a esta fiebre de conversiones religiosas y a que se les dijera que eran unos endemoniados y unos perros del infierno. Lo peor ha sido que hasta los niños conversos se pusieran a predicar.

—¿Dices que hasta los niños predicaban? —repitió Ingmar incrédulo.

—Sí, Hellgum les había dicho que debían servir al Señor en vez de jugar, y entonces ellos se dedicaron a convertir a los mayores. Se emboscaban por los caminos y se le echaban encima a todo aquel que pasara, gritando a coro: «¿No vas a plantarle cara al diablo? ¿Quieres seguir viviendo en pecado?»

Ingmar, extremadamente reacio, se negaba a dar crédito a lo que le contaba el viejo amigo de su padre.

—Seguro que todo esto son patrañas que te ha contado ese Fält y tú te las has creído —dijo.

—Precisamente quería hablarte de eso —repuso Stark Ingmar—. Fält está acabado. Cuando me pongo a pensar que todo esto ha salido de Ingmarsgården, siento vergüenza de mirar a la gente a la cara.

—¿Le han hecho algún mal a Fält? —preguntó Ingmar.

—Bah, fueron esos niños. Una tarde que no tenían nada que hacer, se les ocurrió que podrían llegarse hasta casa de Fält y convertirle. Por supuesto que habían oído que Fält era un gran pecador.

—Pero si antes todos los niños temían más a Fält que al hombre del saco —repuso Ingmar.

—Sí, éstos también le tenían miedo, pero supongo que su plan consistía en hacer algo verdaderamente heroico. Llegaron a su cabaña al anochecer, mientras Fält cocía las gachas para su cena. Abrieron la puerta y al ver a Fält ahí sentado con su bigote hirsuto, su nariz hendida y su mirada de tuerto clavada en el fuego, todos se asustaron y un par de los chiquillos más pequeños se fueron corriendo; pero una docena se atrevió a entrar y se arrodilló alrededor del viejo y empezó a entonar cánticos y rezar.

—¿Y él no los echó? —preguntó Ingmar.

—Ojalá lo hubiera hecho —se lamentó Stark Ingmar—, no sé qué mosca le picó. Debía estar pensando en lo solo y abandonado que se encontraba en su vejez, el pobre. Aparte de que fueran niños los que vinieron. Debió conmoverle el hecho de que siempre le hubiesen tenido miedo y de pronto ver todos esos ojitos anegados en lágrimas mirándolo. Los niños no esperaban otra cosa que se

levantara de golpe y empezara a darles de palos. Cantaban y rezaban, pero preparados para echar a correr al menor gesto del viejo. Entonces un par de ellos percibió un tic en el rostro de Fält. «Ahora, ahora», pensaron, y se levantaron de un salto dispuestos a huir. Sin embargo, mi viejo compadre sólo guiñó el ojo sano para dar paso a una lágrima. Los niños se pusieron a clamar aleluyas, y ahora Fält, como te decía, ya no es lo que era. No hace más que ir de reunión en reunión y se pasa todo el día ayunando y rezando y escuchando la voz de Dios.

—Pues no veo yo que eso sea una desgracia —dijo Ingmar—. Fält iba camino de matarse con la bebida.

—No, como a ti te sobran los amigos uno más o uno menos da igual; hasta te parecería bien que la chiquillería hubiese convertido al maestro.

—No me digas que esos pobres niños se han atrevido a meterse con Storm —dijo Ingmar atónito. Después de todo, quizá fuera cierto que la parroquia estuviera patas arriba como decía Stark Ingmar.

—Y tanto que sí, una veintena de niños se metió en el aula una tarde mientras Storm redactaba algo en sus cuadernos y empezaron a sermonearle.

—¿Y Storm qué hizo? —quiso saber Ingmar, sin poder evitar una carcajada.

—De entrada se quedó tan perplejo que no pudo decir ni hacer nada. Pero la cuestión es que Hellgum había entrado en la cocina para hablar con Gertrud sólo unos instantes antes.

—¿Fue a ver a Gertrud?

—Sí, Hellgum y Gertrud se han hecho muy buenos amigos desde que él se dobló a sus deseos en el asunto de Gunhild. Cuando Gertrud oyó el jaleo que se había armado en el aula le dijo a Hellgum: «Llega usted justo a tiempo para ver algo insólito. A partir de ahora los niños vendrán a la escuela a impartir clases a su maestro.» Cosa que hizo reír a Hellgum; me imagino que comprendería que esa jugarreta era una locura. Así que echó de allí a los niños en un periquete y sanseacabó. —Y observó a Ingmar de un modo especial, como cuando el cazador contempla el oso que acaba de abatir y se pregunta si será necesario rematarlo con un tiro más.

—No sé qué esperas de mí —dijo Ingmar.

—¿Qué quieres que espere si no eres más que un crío? Además, no tienes nada en propiedad. Lo único que tienes son dos manos vacías.

—Se diría que lo que quieres es que mate a Hellgum.

—Abajo en el pueblo dicen que todo se arreglaría si pudieras convencer a Hellgum de que se fuera de aquí.

—Toda nueva religión provoca luchas y cismas, siempre ha sido así —observó Ingmar.

—De todos modos, sería una buena oportunidad de demostrar lo que vales —se obstinó Stark Ingmar.

Ingmar le volvió la espalda y puso en marcha la sierra. Lo que más le habría gustado preguntar era qué había pasado con Gertrud, y si ya se había unido a los hellgumianos; pero era demasiado orgulloso para revelar su inquietud.

A las ocho regresó a la casa para desayunar. Como de costumbre, sobre la mesa le esperaba abundante y apetitosa comida, y Halvor y Karin se mostraron especialmente afables. Nada más verles, Ingmar pensó que todo lo que Stark Ingmar le había contado no eran más que disparates. Recobró los ánimos y se convenció de que el viejo había exagerado.

No obstante, su preocupación por Gertrud reapareció con tanta virulencia que le cortó el apetito.

—¿No has bajado a casa del maestro últimamente, Karin? —preguntó de repente.

—No —respondió Karin—. Cómo quieres que me mezcle con esa gente impía.

Ingmar permaneció un buen rato sin decir nada, ya que aquella respuesta merecía considerarse a fondo. ¿Qué era lo correcto en aquel momento, hablar o quedarse callado? Si hablaba se enemistaría con los de su casa; por otro lado, tampoco quería que nadie pensase que él aprobaba las injusticias.

—Yo nunca he notado nada impío en su modo de vida —dijo al cabo—, y eso que he vivido con ellos cuatro años.

Ahora le tocó a Karin preguntarse lo que Ingmar se había preguntado hacía sólo unos instantes: si debía callar o decir lo que pensaba. Evidentemente, estaba obligada a atenerse a la verdad, por mucho que a Ingmar le doliera, así que su respuesta fue que si una persona se negaba a seguir la llamada de Dios, no quedaba otro remedio que considerarla impía.

Luego Halvor terció:

—Para los niños y para su educación es de una importancia capital.

—Storm ha educado toda la comarca, Halvor, incluido a ti.

—Pero no nos ha enseñado a vivir como se debe —dijo Karin.

—En mi opinión, eso es algo que tú, Karin, siempre has intentado hacer.

—Ingmar, déjame que te explique lo que representa vivir según la doctrina de antes. Es como andar sobre un tronco redondo: ora avanzas, ora te caes. Pero si dejas que mis convecinos me den sus manos y me sostengan, podré caminar por la estrecha vía de los justos sin caerme.

—De acuerdo —dijo Ingmar—, pero eso no tiene ningún mérito.

—Te equivocas, sigue siendo difícil, pero ya no imposible.

—Bueno, pero ¿qué me decías del maestro y su familia? —insistió Ingmar.

—Sí, que los nuestros sacaron a sus hijos de la escuela. No queremos que los niños aprendan nada de la vieja doctrina.

—¿Y el maestro qué dijo?

—Dijo que hay una ley que obliga a los niños a ir a la escuela.

—Opino lo mismo.

—Por lo que envió al alguacil a buscar a los hijos de Israel Tomasson y Krister Larsson a sus casas.

—¿Y ahora os habéis enemistado con los Storm?

—Nosotros sólo frecuentamos a nuestros hermanos.

—Apuesto a que os habéis enemistado con todo el mundo.

—Sólo nos guardamos de tratar con aquellos que quieren inducirnos al pecado.

Cuanto más hablaban, más iban bajando la voz; cada nueva palabra aumentaba su ansiedad porque a las claras se veía que aquella conversación les conducía a una situación lamentable.

—Pero puedo darte saludos de Gertrud —dijo Karin tratando de sonar más alegre—. Hellgum ha hablado mucho con ella este invierno y dice que esta noche piensa unirse a nosotros.

El labio de Ingmar empezó a temblar. Era como si todo el día hubiera estado esperando su ejecución y ahora sonase el disparo. En aquel momento la bala atravesaba la carne.

—Así que se une a vosotros —dijo casi imperceptiblemente—. Hay que ver todo lo que pasa aquí abajo mientras uno se mata trabajando arriba en los bosques. —Ingmar creyó comprender que desde el principio Hellgum le había estado dando ceba a Gertrud y tendiendo lazos para atraparla—. ¿Y qué va a ser de mí ahora? —preguntó de repente. En su voz había un deje de desamparo muy extraño.

—Compartirás nuestra fe —dijo Halvor sin dudar—. Hellgum ha vuelto y en cuanto puedas intercambiar unas palabras con él, enseguida te convertirás.

—Puede que yo no quiera convertirme —dijo Ingmar. Halvor y Karin callaron—. Puede que yo no quiera tener una fe distinta a la de mi padre —insistió Ingmar.

—Mejor que no digas nada hasta que hayas hablado con Hellgum —le advirtió Karin.

—Supongo que si no me paso a los vuestros, no me querréis viviendo bajo vuestro techo —replicó Ingmar levantándose de la mesa.

Al no obtener respuesta, le pareció que todo su mundo se derrumbaba de golpe; pero no tardó en recomponerse y en adoptar un aire más valiente. «Mejor que aclaremos las cosas de una vez por todas», pensó.

—Quiero saber qué pasará con el aserradero —dijo.

Halvor y Karin se miraron, ambos temían pronunciarse.

—Ante todo recuerda que no hay nadie en el mundo a quien queramos más que a ti, Ingmar —dijo Halvor.

—De acuerdo, pero ¿qué pasará con el aserradero? —insistió Ingmar.

—Primero tienes que cortar toda la madera que hay, Ingmar.

Las elusivas respuestas de Halvor hicieron que Ingmar empezara a atar cabos.

—¿No me digas que será Hellgum quien arriende el aserradero de ahora en adelante?

A Halvor y Karin la brusquedad de Ingmar les anonadaba, desde el momento en que le explicaron aquello sobre Gertrud les resultaba imposible razonar con él.

—Deja que Hellgum hable contigo —dijo Karin, apaciguadora.

—Te aseguro que hablará conmigo; pero eso no quita que yo quiera saber lo que me espera.

—Ya sabes que nosotros nos preocupamos por tu bien.

—Sí, pero será Hellgum quien se quede con el aserradero —repuso Ingmar.

—Si no encontramos una ocupación adecuada para Hellgum no podrá seguir viviendo aquí, en su propia patria. Hemos pensado que tú y él podríais ser socios, siempre y cuando te conviertas a la verdadera fe cristiana, claro. Hellgum es un hombre muy trabajador.

—No sé cuándo dejaste de llamar a las cosas por su nombre, Halvor —replicó Ingmar—. Lo único que pido es saber si Hellgum se quedará con el aserradero.

—Si tú te opones a Dios, será para él —respondió Halvor.

—Muchas gracias, Halvor, ahora sé cuánto me conviene pasarme a vuestra fe.

—Sabes perfectamente que no era nuestra intención plantearlo de esa forma —terció Karin.

—Vuestras intenciones las entiendo de sobras —dijo Ingmar—. Gertrud, el aserradero y el hogar de mi familia durante generaciones, todo lo pierdo si no me paso a los vuestros.

Ingmar tuvo que abandonar la habitación, no se atrevía a permanecer ahí dentro por más tiempo. Al salir al patio volvió a pensar:

«Mejor que esto acabe de una vez, es preferible saber a qué atenerse.»

A grandes zancadas se encaminó hacia la escuela.

Cuando llegó y se disponía a cruzar la verja del jardín, empezó a caer un aguacero, una auténtica lluvia de primavera, cálida y fina. En el hermoso jardín todo eran capullos y brotes nuevos. La hierba reverdecía tan rápidamente que era como si la vieras surgir de la tierra. Gertrud se encontraba en la escalera del porche mirando la lluvia, parcialmente oculta por las ramas de dos grandes cerezos alisos repletos de hojas que despuntaban.

Ingmar detuvo sus pasos, sorprendido de encontrar tanta belleza y tanta paz. Una vez más, el estado de excitación en que se encontraba se calmó un

poco. Gertrud todavía no lo había visto; él cerró la verja despacio y se dirigió hacia ella.

Pero ya más cerca, volvió a detenerse pasmado. La última vez que la había visto era poco más que una niña; sin embargo, durante el año transcurrido sin que se vieran, Gertrud se había convertido en una bella sílfide. Vio una muchacha alta y esbelta que había terminado sus estudios. Su cabeza coronaba con elegancia un cuello delicado, su cutis era del blanco de las palomas pero con un toque de lozanía rosácea en las mejillas. En cuanto a sus ojos, tenían ahora una mirada profunda y anhelante, y la expresión de su rostro había pasado de juguetona y alegre a ser algo grave y lánguida.

Al descubrir en Gertrud este nuevo aspecto, Ingmar sintió que su corazón se llenaba de ternura, y todo él sintió un arrebató de júbilo, como en la celebración de una gran festividad. Sus sentimientos eran tan hermosos que le hubiera gustado caer de rodillas y darle las gracias a Dios.

En cambio, Gertrud, al verlo, dejó que se endurecieran las líneas de su rostro y arrugó el entrecejo.

Aquel día las ideas discurrían más veloces que de costumbre en la cabeza de Ingmar. Enseguida comprendió que a ella le disgustaba su visita, y esa certeza le dolió como una puñalada. «Quieren apartarla de mí —pensó—. Ya lo han hecho, la han apartado de mí.»

Su júbilo se esfumó dando paso a la excitación y desasosiego anteriores. Sin el menor preámbulo, le preguntó si era verdad que tenía intención de unirse a Hellgum y sus secuaces. Gertrud contestó que así era. Ingmar le preguntó si había considerado el hecho de que los hellgumianos no le permitirían tener más amistades que sus correligionarios. Gertrud contestó muy despacio que sí lo había tenido en cuenta.

—¿Y tu padre y tu madre te han dado su consentimiento? —inquirió Ingmar.

—No —respondió ella—, todavía no saben nada.

—Pero Gertrud...

—Calla, Ingmar, lo hago para obtener paz de espíritu. Dios me obliga.

—Bah. No es Dios, sino... —Gertrud se volvió bruscamente hacia él, ante lo cual Ingmar sólo dijo—: Pues quiero que sepas que yo jamás me uniré a los hellgumianos. Si te haces de los suyos, tú y yo estaremos separados para siempre.

Gertrud lo miró como si nada pudiera importarle menos.

—No lo hagas, Gertrud —le suplicó Ingmar.

—No creas que actúo por impulso. He reflexionado mucho.

—Pues tienes que reflexionar más.

Gertrud le dio la espalda con impaciencia.

—Debes recapacitar no sólo por ti, sino también por Hellgum —insistió Ingmar, cada vez más airado y agarrándola por el brazo para retenerla.

Gertrud se sacudió la mano de encima.

—¿Has perdido el juicio, Ingmar?

—Sí —contestó él—. Lo que hace Hellgum me está volviendo loco, hay que ponerle fin a todo esto.

—¿A qué hay que ponerle fin?

—Ya lo sabrás en otro momento.

Gertrud sacudió los hombros.

—Adiós, Gertrud —dijo Ingmar—, y recuerda lo que te digo, nunca pertenecerás a los hellgumianos.

—¿Qué piensas hacer, Ingmar? —quiso saber la muchacha, empezando a preocuparse.

—Adiós, Gertrud, ¡y piensa en lo que te he dicho! —le gritó Ingmar alejándose por el sendero de arena.

Se dirigió de nuevo a su casa. «Si tuviera el buen tino de mi padre... —se decía por el camino—. Si tuviera la autoridad de don Ingmar... ¿Qué voy a hacer? Estoy a punto de perder todo cuanto me es querido y no veo ninguna salida.» Lo único que sabía a ciencia cierta era que, si toda aquella desgracia finalmente caía sobre él, Hellgum no saldría indemne.

Fue derecho a la cabaña de Stark Ingmar para provocar un encuentro con Hellgum. Al llegar a la puerta oyó voces discutiendo en voz alta y alterada. Al parecer, había varios visitantes en la cabaña. Ingmar dio media vuelta. Al retirarse oyó que un hombre chillaba enfurecido: «Johan Hellgum, somos tres hermanos que hemos venido de muy lejos para hacerte responder por nuestro hermano pequeño que hace dos años se marchó a América. Allí se hizo miembro de tu secta y acabamos de recibir una carta en la que nos cuentan que se ha vuelto loco de tanto cavilar sobre tus enseñanzas.»

Ingmar continuó alejándose a toda prisa. Por lo visto, no sólo él tenía quejas contra Hellgum, había otros que sentían su misma impotencia.

Bajó hasta el aserradero. Stark Ingmar ya había puesto la sierra en marcha. Entre el chirrido de la sierra y el estruendo del rabión a Ingmar le pareció oír un grito. Sin embargo, no hizo caso, no estaba de humor para otra cosa que el odio exacerbado que sentía contra Hellgum. Iba enumerando en voz baja todo lo que éste le había robado, primero a Karin y Gertrud, luego el aserradero y su casa.

De nuevo le pareció oír un grito y cayó en la cuenta de que Hellgum y los desconocidos seguramente se habrían enzarzado en una pelea. «Ojalá lo maten a palos», pensó.

En ese momento oyó claramente una llamada de auxilio y echó a correr cuesta abajo. A medida que se aproximaba fue escuchando con más nitidez las

llamadas de socorro de Hellgum, y una vez frente a la cabaña le pareció que el suelo temblaba bajo el fragor de la lucha.

Ingmar tenía por costumbre abrir las puertas de forma sigilosa, pero esta vez se esmeró el doble en su sigilo. Luego se deslizó tímidamente en el interior. Dentro vio a Hellgum contra la pared protegiéndose con un hacha corta mientras tres forasteros, a cual más fornido y corpulento, le atacaban con leños que blandían a guisa de mazos. No llevaban escopetas, de lo cual se deducía que sólo habían ido a darle una buena paliza; pero al defenderse, Hellgum había despertado en ellos su instinto asesino y resultaba obvio que ahora la lucha era a vida o muerte.

A Ingmar apenas le prestaron atención, creyendo que no era más que un mocoso grandullón y zafio.

Ingmar se quedó quieto mirando. Le parecía que soñaba despierto, como cuando lo que más ansias se presenta ante tus ojos sin saber cómo. De vez en cuando, Hellgum pedía socorro. «No creerás que soy tan tonto como para ayudarte», pensó Ingmar.

Uno de los hombres logró asestarle un golpe en la cabeza con tanta fuerza que Hellgum soltó el hacha y se desplomó. Entonces los otros tiraron los leños, sacaron cuchillos y se abalanzaron sobre él. En ese instante, a Ingmar le cruzó el pensamiento un viejo dicho sobre los miembros de su familia, según el cual, cada uno de ellos se veía obligado a cometer una injusticia o ignominia, al menos una vez en la vida. ¿Era esto lo que le tocaba a él?

De repente, uno de los asaltantes sintió que unos brazos le agarraban por detrás, lo levantaban y lo arrojaban fuera de la cabaña. El segundo apenas tuvo tiempo de intentar levantarse cuando ya había corrido la misma suerte, y el tercero, que sí consiguió ponerse en pie, recibió un empujón que lo envió de espaldas a la calle con los otros dos.

Cuando los tres estuvieron fuera, Ingmar ocupó todo el hueco del umbral.

—¿Os apetece volver a entrar? —les dijo con una risotada. No le habría importado que lo atacaran, pues había descubierto cuán divertido era hacer uso de toda su fuerza.

Los tres hermanos parecían dispuestos a reiniciar la pelea. Pero entonces uno de ellos dijo ver a alguien que asomaba tras los alisos de la vereda y les instó a huir.

Enfurecidos por no haber podido con Hellgum, justo en el momento en que se daban la vuelta para escapar, uno de ellos se volvió, corrió hasta Ingmar y le asestó una cuchillada en el cuello.

—Toma esto por meterte en nuestros asuntos —le espetó.

Ingmar cayó al suelo mientras el bruto se alejaba burlándose con sonoras carcajadas.

Al cabo de unos minutos Karin llegó a la cabaña. Se encontró con Ingmar sentado en el quicio de la puerta con el cuello sangrando. Dentro vio a Hellgum. Se había incorporado y estaba de pie apoyado contra la pared. Seguía empuñando el hacha y tenía el rostro ensangrentado.

Karin no había visto a los fugitivos y creyó que había sido Ingmar quien había atacado a Hellgum causándole aquellas heridas. Se quedó tan horrorizada que las piernas le temblaban. «No, no es posible —pensó—, no puede ser que alguien de la familia sea un asesino.» Pero en el acto le vino a la mente la historia de su madre. «De ahí le viene», se dijo.

Entonces, dejando atrás a su hermano, corrió hacia Hellgum.

—¡No, no, primero Ingmar! —le gritó Hellgum.

—No se atiende al asesino antes que a su víctima —repuso Karin.

—¡Primero a Ingmar, primero a Ingmar! —chilló Hellgum, tan excitado que hasta blandió el hacha en dirección a ella—. ¿No ves que él me ha salvado la vida?

Cuando Karin finalmente comprendió la situación y se volvió hacia su hermano, él ya no estaba allí. Lo vio cruzar el patio tambaleándose. Echó a correr tras él.

—¡Ingmar, Ingmar! —le llamaba.

A Karin no le costó darle alcance. Le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Ingmar, estate quieto para que pueda curarte la herida.

Él se sacudió la mano de encima y continuó andando. Caminaba en línea recta, igual que un ciego, sin seguir camino o sendero alguno. La sangre de la herida, escurriéndose bajo la ropa, formaba un reguero que le bajaba hasta el zapato. A cada paso, la presión hacía saltar gotas de sangre que dejaban huellas rojas en el suelo.

Karin se retorció las manos mientras lo seguía.

—¡Para, Ingmar, para! ¿Adónde quieres ir? ¡Ingmar, detente!

Él siguió caminando recto en dirección al bosque, donde seguro que nadie podría auxiliarle. Karin tenía los ojos clavados en el zapato que chorreaba sangre. Las huellas se volvían más y más rojas por momentos. «Se dirige al bosque para echarse ahí y desangrarse», pensó Karin.

—Que Dios te bendiga, Ingmar, por haber socorrido a Hellgum —dijo dulcemente—. Hay que tener mucha hombría para hacer algo así, y mucha fuerza.

Ingmar siguió adelante sin prestarle atención.

Karin se apresuró a adelantarse y le interceptó el paso. Él se hizo a un lado sin levantar la vista hacia ella. Lo único que le concedió fue un murmullo:

—¡Anda, corre a ayudar a Hellgum, ve!

—Ingmar, quiero que sepas que Halvor y yo estábamos muy apenados por nuestra conversación de esta mañana. Justamente, iba a ver a Hellgum para decirle que, pasara lo que pasara, tú te quedarías con el aserradero.

—Bueno, pues ahora podrás dárselo a él —soltó Ingmar, sin pararse; tropezando con piedras y troncos, pero siempre adelante.

Karin, detrás de él, intentaba conmovérselo.

—Te pido perdón por mi error y creer, aunque sólo fuera unos segundos, que te habías peleado con Hellgum. Si lo piensas, no es de extrañar que lo creyera.

—Ya, no te extrañó en absoluto que tu hermano fuera un asesino —replicó Ingmar sin mirarla.

Y siguió caminando sin pausa. Cada brizna de hierba que se enderezaba tras sus pisadas dejaba caer una gota de sangre.

Que Ingmar nombrara tanto a Hellgum hizo comprender a Karin cuánto odio le profesaba su hermano, al tiempo que comprendía la grandeza de lo que acababa de hacer.

—Lo que has hecho hoy te dará fama y gloria, Ingmar —le dijo—. No querrás renunciar a tan buena reputación muriéndote ahora, ¿verdad?

Karin lo oyó mofarse mientras seguía andando. Por fin, él volvió su rostro pálido y demacrado hacia ella.

—¿Por qué no te vas a casa, Karin? Sé muy bien a quién preferirías ayudar.

Su marcha se hizo más tambaleante y ahora el reguero de sangre que dejaba a su paso trazaba una línea continua sobre el terreno.

Toda esa sangre sacó a Karin de quicio. La verdad es que el gran amor que siempre había sentido por Ingmar, alimentado ahora por aquel rastro de sangre, empezó a palpar con fuerza renovada. Además, se sentía muy orgullosa de él por haber demostrado que era una rama sana del noble árbol de la familia.

—Ingmar —dijo—, no creo que halles clemencia ni ante Dios ni ante los hombres si despilfarras tu vida de esta manera. Y quiero que sepas que si puedo hacer algo para que recuperes las ganas de vivir, no tienes más que decirlo.

Él se paró, agarrándose al tronco de un árbol para sostenerse. Karin oyó una risa desconfiada antes de que él le contestara:

—¿Pues por qué no mandas a Hellgum de vuelta a América?

Karin se quedó absorta contemplando el charco de sangre que se estaba formando alrededor del pie izquierdo de su hermano. Intentaba recapacitar y comprender exactamente qué era lo que él le pedía. Por lo visto, que abandonara el hermoso jardín del Edén donde había habitado todo el invierno, y regresara al vicioso y mísero valle de lágrimas del cual había conseguido escapar.

Ingmar se giró en redondo. Su rostro tenía la palidez amarillenta de un cadáver. Sin embargo, el grueso labio inferior destacaba con más autoridad que nunca, y el rictus severo alrededor de la boca era muy patente. No parecía probable que fuera a echarse atrás en sus exigencias.

—No creo que Hellgum y yo podamos vivir juntos en este pueblo —dijo Ingmar—, aunque, por lo visto, tendré que ser yo quien se haga a un lado.

—¡No! —exclamó Karin—. Si dejas que te cure y sobrevives, te prometo que lo arreglaré todo para que Hellgum se vaya.

«Seguro que Dios hallará a otro para que venga y nos ayude —pensó mientras hacía la promesa—, porque no veo otra salida que obedecer a Ingmar.»

Ingmar fue atendido y su herida vendada. El corte no era grave, sólo requería unos días de reposo. Yacía bien arropado en una cama del piso superior y Karin velaba a su lado.

Estuvo delirando todo el día, revivía los acontecimientos una y otra vez y su hermana no tardó en descubrir que la causa de sus problemas no sólo eran Hellgum y el aserradero.

Al anochecer, Ingmar se calmó y recuperó la lucidez, entonces Karin le dijo:

—Hay alguien que quiere hablar contigo.

Ingmar respondió que estaba demasiado cansado como para hablar con nadie.

—Si no me equivoco, esta visita te sentará bien —le aseguró Karin.

Gertrud entró en el cuarto, muy seria y afectada. A Ingmar le gustaba ya desde aquella época en que ella le hacía objeto de sus burlas y lo pinchaba; sin embargo, por aquel entonces siempre hubo algo en él que se resistía al amor. Ahora, en cambio, la ansiedad y la añoranza de todo un año habían hecho mella en Gertrud transformándola de tal modo que Ingmar, sólo con verla, sintió un deseo irresistible de conquistarla.

Al acercarse Gertrud a la cama, él se cubrió los ojos con la mano.

—¿No quieres verme? —preguntó ella.

Ingmar sacudió la cabeza. Ahora era él quien se comportaba como un niño majadero.

—Sólo me permiten decirte unas palabras —dijo Gertrud.

—Supongo que has venido para anunciarme que te has hecho hellgumiana.

Gertrud cayó de rodillas junto a la cama y apartó la mano con que Ingmar se tapaba los ojos.

—Hay una cosa que no sabes, Ingmar. —Él la miró interrogante, pero sin decir nada. Gertrud sintió dudas y se ruborizó, pero al final dijo—: El verano pasado, justo cuando te mudaste de nuestra casa, yo había empezado a quererte de verdad.

Ingmar enrojeció y una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios, pero enseguida recuperó su actitud seria y desconfiada.

—Te añoraba tanto, Ingmar... —Él sonrió incrédulo pero le dio unas suaves palmaditas en la mano para agradecerle que fuera tan bondadosa—. En cambio, tú no viniste a verme ni una sola vez —se quejó ella—. Era como si hubiese dejado de existir para ti.

—No quería verte hasta que fuera un hombre acomodado que pudiera pedirte en matrimonio —se justificó Ingmar como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Pero yo creía que me habías olvidado. —A Gertrud le afloraron las lágrimas—. No te imaginas el año que he pasado. Hellgum ha sido muy bueno conmigo y me ha consolado. Me dijo que mi corazón encontraría la paz si se lo entregaba enteramente a Dios.

Ahora Ingmar la miraba con una nueva esperanza en los ojos.

—Cuando viniste esta mañana me asusté, tenía miedo de no poder resistirme a ti y de tener que luchar conmigo misma de nuevo.

Por fin apareció una sonrisa radiante en el rostro de Ingmar. Pero igual siguió callado.

—Luego esta tarde me dijeron que habías socorrido a alguien a quien odias y entonces mis propósitos se vinieron abajo. —Las mejillas de Gertrud se encendieron—. Sentí que me era imposible hacer algo que me separara de ti. — Y se inclinó sobre la mano de Ingmar y la besó.

Éste tuvo la impresión de oír campanas de gloria junto a sus oídos. La paz de los domingos se extendió en su alma, y en su boca sintió la miel del amor derramando un delicioso bienestar hasta el último rincón de su ser.

SEGUNDA PARTE

El hundimiento de *L'Univers*

Una nebulosa noche de verano de 1880, es decir, un par de años antes de que el maestro de la escuela construyese su templo y de que Hellgum regresara de América, el vapor de pasajeros galo *L'Univers* cruzaba el Atlántico en su travesía desde Nueva York a El Havre.

Debían de ser las cuatro de la madrugada y la totalidad de los pasajeros, así como la mayoría de la tripulación, dormían en sus literas. Las grandes cubiertas estaban desiertas.

En esos momentos de la aurora, un viejo marinero francés, incapaz de dormir, se volvía de un lado a otro en su hamaca. Había marejada y la madera del barco crujió y chirriaba sin cesar; sin embargo, no era esto lo que le impedía conciliar el sueño.

El marinero y sus compañeros descansaban tras un tabique en la entrecubierta, en un espacio grande pero de techo muy bajo. A la luz de un par de faroles el marinero podía ver las compactas filas de hamacas grises meciéndose despacio con su carga de hombres dormidos. Por una de las puertas, entraba de vez en cuando una ráfaga de aire tan húmedo y frío que todo ese mar de ahí fuera, agitándose en pequeñas olas verdosas bajo la niebla, se hacía presente en sus pensamientos.

«No hay nada como la mar», pensó el viejo. Y al punto le envolvió una extraña quietud. Ya no oía el resuello de las máquinas o el chirrido de las cadenas, o el chapoteo de las olas, o el zumbido del viento, no oía nada en absoluto.

Pensó que el buque se había hundido de repente y que él y sus compañeros nunca recibirían sepultura con mortaja en un ataúd; sino que colgarían de aquellas grises hamacas sumergidas en lo más hondo del océano para toda la eternidad.

Hasta ese momento, la idea de encontrar su tumba entre las olas le asustaba; ahora, en cambio, le complació. Le gustaba que fuera agua transparente y viva la que lo acogiera en lugar de la tierra negra, pesada y asfixiante del cementerio.

«No hay nada como la mar», pensó una vez más.

Pero luego, nuevas cavilaciones le inquietaron. Se preguntó si su alma podría verse perjudicada por el hecho de reposar en el fondo del mar sin haber

recibido los Santos Sacramentos. Temía que la pobre nunca supiera encontrar el camino del cielo.

Entonces vislumbró un débil reflejo luminoso de la parte de proa, donde la sala se estrechaba, y se incorporó para ver de dónde provenía. Enseguida advirtió que se acercaban un par de personas llevando velas encendidas. El marinero se inclinó aún más para observarlas mejor.

Las hamacas colgaban tan cerca unas de otras y a tan poca distancia del suelo que si alguien quisiera atravesar la sala sin empujar o golpear a los que dormían, lo mejor sería avanzar a gatas. El viejo no acababa de entender quién podría estar en condiciones de abrirse paso de ese modo.

Pronto lo descubrió: eran dos monaguillos que aún llevaban sus bujías en la mano. Distinguió claramente sus largos hábitos negros y sus cabecitas rapadas.

El marinero no se sorprendió, le pareció natural que esos dos, tan bajitos, pudiesen pasearse con velas encendidas bajo las hamacas.

«Me pregunto si vendrán en compañía de un sacerdote.» Enseguida oyó el tintineo agudo de una campanilla y divisó una figura que los seguía; pero no era ningún sacerdote, sino una anciana no mucho más alta que los dos monaguillos.

Le pareció reconocerla. «Debe ser madre —pensó—. Nunca he visto a nadie de menor estatura que madre. Y sólo madre sería capaz de andar a hurtadillas de esa manera imperceptible y silenciosa sin despertar a nadie.»

Vio que su madre, sobre el vestido negro, llevaba una túnica larga de batista blanca con orla de encaje, como suelen vestir los sacerdotes. En su mano sostenía el grueso misal con la cruz dorada en la tapa que había visto miles de veces sobre el altar de la iglesia de su pueblo.

Los monaguillos colocaron las bujías al pie de su hamaca y se arrodillaron haciendo oscilar el incensario. El marinero percibió el dulce aroma del incienso, vio cómo se elevaban las volutas de humo y escuchó el tintineo de las cadenas del pebetero.

Mientras tanto, la madre abrió el grueso misal y a él le pareció que le administraba los últimos sacramentos.

Ahora yacer ahogado en el fondo del mar se le antojó una delicia y una bendición. Esto era mucho mejor que el cementerio.

Se estiró cuan largo era en la hamaca y aún por cierto tiempo le envolvió la voz de su madre murmurando frases en latín. El incienso humeaba a su alrededor y el tintineo de las cadenas del incensario acariciaba su oído.

De súbito, todo se acabó. Los monaguillos recogieron sus bujías y se abrieron paso delante de la mujer, que cerró el misal bruscamente y se fue tras ellos. El marinero vio esfumarse a los tres bajo el gris de las hamacas.

En el mismo momento en que los perdió de vista se acabó el silencio. De nuevo oyó la respiración de sus compañeros, el crujido de la madera del barco,

los silbidos del viento y el vaivén de las olas. Comprendió que todavía pertenecía al dominio de los vivos que se mantenían a flote.

«Jesús, María y José, ¿qué puede significar lo que he visto esta noche?», se preguntó.

Al cabo de diez minutos *L'Univers* recibió un tremendo impacto en el centro del casco. Daba la impresión de que el buque entero se partía en dos.

«Esto era lo que estaba esperando», se dijo el viejo lobo de mar.

Durante la espantosa conmoción que siguió, mientras sus compañeros se tiraban medio desnudos de las hamacas, él se fue vistiendo lentamente con sus mejores galas. La deliciosa anticipación de la muerte que había saboreado le duraba en los labios, y sintió impaciencia por llegar a su nueva morada allá abajo en el fondo del océano.

Cuando el fuerte impacto sacudió el buque, un pequeño grumete dormía acurrucado en una garita de la cubierta a la que daba el salón comedor.

Medio dormido aún, se incorporó en su hamaca sin comprender lo que ocurría. Justo encima de su cabeza había un ojo de buey por el que miró al exterior. Sólo vio niebla y una protuberancia informe cuya grisura parecía surgir de la niebla misma. Creyó distinguir unas enormes alas cenicientas, se diría que un descomunal pájaro gris acababa de abalanzarse contra el vapor, el cual escoraba y daba bandazos bajo las garras de aquel monstruo que descargaba encarnizados golpes con el pico y las alas.

El pequeño grumete creyó morir de miedo.

Pero al minuto siguiente se despejó completamente y descubrió que era un enorme velero lo que embestía al buque. Vislumbró unas velas enormes y una cubierta llena de gente enfundada en largos abrigos de piel y corriendo presa del pánico. El viento hostigaba el velamen y las innumerables lonas estaban tensadas como pieles de tambor. A continuación, los mástiles se doblegaron y vergas y cabos se soltaron con restallidos semejantes a disparos.

El gran velero de tres palos, que en medio de la espesa niebla había abordado de pleno a *L'Univers*, tenía el bauprés empotrado en un costado del vapor y no podía zafarse. El transatlántico escoraba mucho pero sus hélices funcionaban, por lo que iba arrastrando al velero en su desplazamiento.

—¡Dios santo! —exclamó el pequeño grumete mientras salía corriendo a cubierta—. ¡Ese pobre velero ha chocado con nosotros y se hundirá sin remedio!

Que el gran transatlántico a vapor, con su enorme potencia y capacidad, pudiese estar en peligro ni siquiera le cruzó la mente.

Luego se precipitaron a cubierta los oficiales del barco; pero al ver que sólo era un velero lo que había impactado contra su majestuoso vapor, se relajaron

y, muy confiados, empezaron a tomar las medidas necesarias para liberar los navíos.

El pequeño grumete, de pie en la cubierta, con las piernas desnudas y la camisa flameando al viento, hacía señales con los brazos a los infelices tripulantes del velero para que saltaran a bordo y salvaran sus vidas.

Al principio nadie pareció reparar en su persona, pero pronto vio que un hombre corpulento de barba rojiza le devolvía las señales.

—¡Ven a bordo, muchacho! —le gritó el hombre acercándose corriendo hasta la borda—. ¡El vapor se hunde!

El muchachito no tenía la menor intención de abandonar el buque. Con todas sus fuerzas contestó a voces que los naufragos deberían salvarse subiendo a *L'Univers*.

El resto de la tripulación del velero estaba muy ocupada maniobrando bicheros y varas para desembarazarse del buque; en cambio, el barbudo pelirrojo parecía sentir una curiosa compasión por el pequeño grumete. Amplificando su voz con las manos le gritaba:

—¡Ven a bordo, ven a bordo!

El chico, lastimoso y aterido de frío con su ligera camisa, pateaba la cubierta con sus pies descalzos y amenazaba con el puño a la gente del velero que se negaba a escucharle. Que un barco tan grande como *L'Univers*, con seiscientos pasajeros y doscientos tripulantes, fuera a hundirse era imposible. Además, veía claramente que, tanto los marineros como el capitán, estaban tan tranquilos como él.

De pronto, el pelirrojo levantó un bichero, lo alargó hacia el chico y pescó su camisa con la intención de arrastrarlo hacia el velero. El hombre tiró de él hasta la misma borda, pero allí el chico consiguió zafarse. De ninguna manera pensaba dejarse arrastrar a un barco que se iba a pique sin remedio.

Al poco tiempo se escuchó un nuevo y desgarrador estruendo. Era el bauprés del velero partiéndose, con lo cual ambas embarcaciones quedaron libres. Al alejarse el vapor a gran velocidad, el chico vio el grueso bauprés colgar partido de la proa del velero y también vio parte del velamen desplomándose sobre la tripulación.

Sin embargo, el vapor avanzaba a toda máquina y el barco desconocido pronto se fue perdiendo en la niebla. Lo último que vio el muchacho fueron las cabezas de los hombres que asomaban en cubierta. A continuación, el velero desapareció de la vista como si se hubiese ocultado tras un muro. «Se ha ido a pique», pensó el chiquillo, esperando oír gritos de auxilio.

Pero lo que se oyó fue un vozarrón que conminaba a los del buque a vapor:

—¡Salvad a los pasajeros! ¡Echad los botes al agua!

De nuevo se hizo el silencio, y de nuevo esperó el muchacho las llamadas de auxilio.

Entonces la voz, ya muy lejana, gritó:

—¡Rogad a Dios, estáis perdidos!

En ese momento un viejo marinero se acercó al capitán.

—Hay una vía de agua muy importante en el centro, el barco se hunde —
anunció calmada y solemnemente.

Casi en el mismo instante en que quedó establecida la magnitud de los daños, se presentó en cubierta una dama menuda.

Había subido por las escaleras que daban a los camarotes de primera con pasos firmes y decididos. Estaba completamente vestida y las cintas del sombrero despuntaban bajo el mentón anudadas en un lazo perfecto. Era una ancianita de cabello crespo y gris, ojos esféricos como de búho y cutis enrojecido y descamado.

Durante los pocos días que llevaban de travesía, había tenido ocasión de entablar conversación con todo el mundo, de todos, pues, era conocido que se llamaba señorita Hoggs, y a todos, tanto miembros del pasaje como de la tripulación, había declarado no tener nunca miedo. Había afirmado no entender por qué habría de sentir miedo, si tarde o temprano moriría de todos modos. Que sucediera más tarde o más temprano le era indiferente.

Tampoco ahora tenía miedo, si se había apresurado a subir a cubierta era para ver si allí sucedía algo digno de interés o emoción.

La primera visión que tuvo fue la de un par de marineros que pasaron corriendo por su lado con expresiones de pánico. Luego llegaron camareros semidesnudos dispuestos a bajar a los camarotes para llamar a los pasajeros a cubierta. Un viejo marinero llegó cargado con una caja entera de salvavidas que volcó en el suelo de cualquier manera. Un pequeño grumete, en camisa y nada más, llorando acurrucado en un rincón, gritaba que iba a morir.

En cuanto al capitán, lo divisó en lo alto del puente de mando dando órdenes:

—¡Parad máquinas! ¡Arriad los botes!

De las escaleras negras de hollín que conducían a las salas de máquinas emergieron fogoneros y maquinistas gritando que el agua ya llegaba a los hornos.

La señorita Hoggs no llevaba más que un momento en cubierta cuando se produjo una avalancha de gente. Eran los pasajeros de tercera y cuarta clase, que avanzaban como un solo hombre, ansiosos por alcanzar los botes porque de lo contrario sólo se salvarían los pasajeros de primera y segunda.

Pero al aumentar la confusión más y más, de modo que la anciana finalmente comprendió que existía un peligro real, se deslizó con cautela hasta

la cubierta de encima del salón comedor, utilizada como paseo, donde un par de botes colgaban fuera de la borda.

Allí arriba no había ni un alma, así que, sin ser vista, la señorita Hoggs se encaramó a uno de los botes, el cual, mediante sogas y poleas, pendía balanceándose sobre un abismo espeluznante. Tan pronto hubo llegado allí, se congratuló por su cordura e impavidez: ésas eran las ventajas de tener una mente ordenada y metódica.

Una vez arriado, habría sido sumamente difícil encontrar sitio en aquel bote porque entonces todos intentarían subirse a él, y cuán terrorífica sería entonces la situación en la compuerta y la escala. La anciana no paraba de felicitarse por su inteligente previsión.

El bote de la señorita Hoggs colgaba en la parte posterior de la popa; con todo, si se asomaba por la borda, distinguía la escala.

Veía ahora que un bote había sido tripulado y puesto a disposición de los pasajeros, quienes comenzaban a ocuparlo; sin embargo, enseguida se oyó un horrible chillido. Alguien, presa del pánico, había dado un traspie y caído al agua, lo cual debió de asustar a los demás, ya que se oyeron más chillidos mientras los pasajeros se apretujaban desafortunadamente en la compuerta, dándose empujones y peleándose en la escala de cuerda. Varios cayeron al mar durante el forcejeo y más de uno, al ver que era imposible descender por la escala, se tiró al agua sin más para alcanzar el bote a nado. Poco después el bote se alejó. Su carga era ya muy pesada y los que habían conseguido una plaza esgrimieron cuchillos para tajar a los que pretendieran agarrarse a la borda.

La señorita Hoggs permaneció sentada observando cómo echaban bote tras bote. Observó asimismo cómo un bote tras otro iba zozobrando bajo el peso excesivo de las personas que se arrojaban a su interior.

En cuanto a los botes que colgaban junto al de la señorita Hoggs, fueron echados al agua; pero la casualidad quiso que nadie se acercara al bote en que se había instalado ella. «Gracias a Dios a mi bote lo dejarán tranquilo hasta que haya pasado lo peor», pensó.

Allí colgada, presenció y escuchó cosas verdaderamente horribles; su impresión era de estar suspendida sobre un infierno. La cubierta en sí no la veía; sin embargo, le pareció oír ruidos de pelea, escuchó disparos de revólver y vislumbró ligeras nubes de humo azulado elevándose desde cubierta.

Hasta que por fin se hizo una calma total. «Ya va siendo hora de que echen mi bote al agua», pensó ella.

No tenía ni pizca de miedo, se quedó ahí tan tranquila hasta el último momento, cuando el buque empezó a inclinarse de costado. Sólo entonces comprendió que *L'Univers* se hundía y que nadie se había acordado del bote en que se hallaba ella.

A bordo del vapor se encontraba una joven americana, una tal señora Gordon, que se dirigía a Europa para visitar a sus ancianos padres, quienes residían en París desde hacía varios años.

Sus dos hijos viajaban con ella. Eran dos niños varones de corta edad que dormían en el camarote con su madre cuando ocurrió la catástrofe.

Ella se despertó de inmediato, consiguió ponerles algunas prendas de abrigo a sus hijos y también a sí misma, y salió al estrecho pasillo entre las hileras de camarotes.

El pasillo estaba abarrotado de gente ansiosa por subir a cubierta, pero aun así no tuvieron dificultad en avanzar. La escalera, en cambio, resultó mucho peor ya que más de cien personas querían abalanzarse por ella al mismo tiempo.

La joven americana tenía a sus hijos cogidos de la mano, uno a cada lado. Elevó la vista con ojos anhelantes hacia la escalera preguntándose cómo iba a subir por allí con los pequeños. Todos a su alrededor se apretujaban y empujaban sin pensar en nadie más que en sí mismos, nadie parecía verla siquiera. Se vio obligada a mirar a quienes la rodeaban porque necesitaba ayuda. Tenía la esperanza de encontrar a alguien que quisiera tomar a uno de los niños y llevarlo en brazos escaleras arriba mientras ella cargaba con el otro. Pero no se atrevía a dirigirle la palabra a nadie.

Los hombres llegaban corriendo vestidos de cualquier manera, algunos cubriéndose con una manta, otros con el abrigo puesto sobre el pijama. Muchos se aferraban a sus bastones y al observar ella la frialdad de sus miradas tuvo la impresión de que todos eran peligrosos. Las mujeres no le daban miedo pero, en cambio, no distinguió una sola a la que pudiera confiarle a su hijo. Todas estaban desquiciadas, habían perdido los nervios y el autodomínio; de pedirles algo, habrían sido incapaces de entender nada. Las examinó, dudando que realmente alguna estuviera en condiciones de razonar con cordura. Al verlas llegar, unas empecinadas en salvar las flores que les habían regalado al zarpar de Nueva York, otras chillando y retorciéndose las manos, optó por no pedir ayuda a ninguna.

Al final, intentó detener a un joven que había sido vecino suyo en la mesa y que siempre se había mostrado muy cortés con ella durante las comidas.

—Ay, señor Martens...

El joven le dirigió la misma mirada enloquecida que irradiaban los ojos de los otros caballeros. Luego alzó levemente su bastón, y si ella hubiese intentado retenerlo sin duda la habría golpeado.

Al cabo de poco oyó un aullido, aunque en realidad no se trataba de un aullido; sino más bien de un bufido de ira, como cuando una amplia e intensa ráfaga de viento se ve aprisionada en un callejón estrecho. El bramido lo

proferían las personas atrapadas en la escalera, a las que ahora algo impedía seguir adelante.

Por la escalera habían subido a un hombre tullido que no se valía por sí mismo. Su invalidez era tal que durante las comidas su criado lo llevaba a cuestas hasta la mesa. Se trataba de un hombre corpulento y pesado, y en ese momento el criado, con mucho esfuerzo, acababa de cargar con él hasta la mitad de la escalera y allí se había detenido para recobrar el aliento, cuando los empujones de la gente le hicieron caer de rodillas. Ahora, él y su amo ocupaban todo lo ancho de la escalera obstaculizando el paso, de modo que nadie avanzaba.

Entonces la señora Gordon vio a un hombre fornido y grueso inclinarse y levantar al tullido en vilo para luego arrojarlo por la barandilla al hueco de la escalera. Lo más terrible fue que, siendo un acto tan espantoso, nadie se horrorizó ni mostró indignación, la única preocupación de todos los presentes era trepar por aquellas escaleras y alcanzar la cubierta. Para aquella gente, lo sucedido no tenía más importancia que un pedrusco que se aparta del camino de un puntapié.

La joven americana comprendió que entre personas así no cabía esperar ninguna ayuda. Ella y sus pequeños perecerían irremisiblemente.

Una pareja joven, marido y mujer, se encontraban realizando su viaje de bodas. Su camarote se hallaba tocando la popa y su sueño había sido tan profundo que no percibieron nada de la colisión. Allá atrás tampoco se produjo demasiado alboroto, y como nadie se acordó de llamar a su puerta, dormían todavía cuando el resto de los pasajeros se encontraban en cubierta luchando por una plaza en los botes.

Sin embargo, sí se despertaron cuando la hélice, que durante toda la noche había zumbado justo debajo de ellos, súbitamente dejó de girar. El hombre se puso una bata por encima y salió corriendo para averiguar qué ocurría.

Al cabo de pocos segundos regresó y cerró la puerta del camarote cuidadosamente. Luego dijo:

—El barco se hunde.

Al decirlo tomó asiento, y cuando la esposa quiso echar a correr le dijo que no perdiera el tiempo.

—Ya no hay botes —explicó—. La mayoría se ha ahogado, y los que quedan a bordo se pelean a vida o muerte por una tabla o un salvavidas. —En una escalera había tenido que pasar por encima del cadáver de una mujer pisoteada y el griterío de los moribundos se oía por todos los rincones—. Es imposible salvarse —concluyó—. No salgas. ¡Es mejor morir juntos!

La esposa pensó que tenía razón y, obediente, se sentó a su lado.

—No querrás ver toda esa gente peleando —dijo el marido—. Vamos a morir, y es preferible una muerte tranquila.

A ella le pareció correcto quedarse junto a él durante esos minutos de vida restantes. Había sido su intención entregarle toda su vida, desde sus mejores años de juventud hasta bien entrada la vejez.

—Y yo que me imaginaba —dijo él— que después de muchos años de casados, tú estarías sentada junto a mi lecho de muerte y yo te daría las gracias por una larga y dichosa vida en común.

En ese instante ella vio un hilo de agua filtrándose por la puerta cerrada. Y no pudo soportarlo. Estiró los brazos con gesto de desesperación.

—¡No puedo! —gritó—. ¡Déjame salir! No puedo quedarme quieta esperando la muerte aquí encerrada. Te quiero, pero no puedo.

Salió justo en el momento en que el buque, escorando, comenzaba a oscilar instantes antes de hundirse.

La joven señora Gordon se mantenía a flote en el agua, boqueando. El vapor se había hundido, sus hijos se habían ahogado y ella misma había sido arrastrada a las profundidades. Sabía que volvería a hundirse y que eso significaría la muerte.

Entonces no pensó más en su esposo ni en sus hijos, ni en ningún asunto de este mundo. Lo único que ocupaba su mente era dirigir su alma hacia Dios. Y su alma se elevó como un preso liberado. Sintió cómo su espíritu se alegraba de poder desprenderse de las pesadas cadenas de la vida humana y se preparaba jubiloso para volar hacia su verdadera morada.

«¿Tan fácil es morir?», pensó.

Al pensarlo le pareció que aquel caos de ruidos —el chapoteo de las olas, el ulular del viento, los lamentos de los que se ahogaban y el estruendo de los restos flotantes al chocar entre sí— se fundía en sonidos inteligibles para ella, del mismo modo que a veces las nubes amorfas componen cierto orden representando una imagen.

Y lo que oía le contestó:

«Es verdad que morir es fácil. Lo difícil es vivir.»

«Sí, así es», pensó ella, y se preguntó qué sería necesario para que la vida fuese tan fácil como la muerte.

A su alrededor los naufragos luchaban y se peleaban por un trozo de madera flotante o por un bote volcado. Pero en medio de las blasfemias y los gritos de desesperación, percibió de nuevo que aquella cacofonía formaba unas estentóreas palabras de respuesta.

Creó que era el Señor de todas las cosas quien transformaba el fragor y los ruidos en un vehículo para responderle.

La rescataron mientras esas palabras resonaban aún en sus oídos. La sacaron del agua desde una pequeña yola ocupada únicamente por tres personas: un marinero corpulento vestido de domingo, una anciana con ojos de búho y un pobre chiquillo lloroso que sólo llevaba puesto una camisa hecha jirones.

Hacia la tarde del día siguiente, un barco noruego navegaba en dirección a los grandes bancos de pesca de las costas de Groenlandia Newfoundland.

El tiempo era soleado y había calma, el mar se extendía liso como un espejo y el velero apenas se movía, con todas sus velas izadas intentando atrapar las últimas bocanadas del viento agonizante.

La superficie del mar era de una gran belleza, extendiéndose azul y brillante hasta el horizonte, mientras que donde soplabla la escasa brisa el agua se rizaba plateada.

Cuando ya llevaban un rato de calma chicha, la tripulación del barco divisó a lo lejos un objeto oscuro flotando en el agua. Lentamente se fue aproximando y pronto descubrieron que era un cadáver. El cúter pasó rozando al muerto, cuyas ropas proclamaban su condición de marino. Flotaba boca arriba con una expresión serena en el rostro y los ojos abiertos. No había permanecido en el agua el tiempo suficiente para hincharse. Daba la impresión de que se dejara mecer plácidamente por el suave oleaje. No obstante, al apartar la vista de él, los marineros casi gritaron al unísono ya que, súbitamente y sin que se dieran cuenta, junto a la proa apareció otro cadáver. Faltó poco para que lo arrollaran, pero en el último momento los remolinos del barco lo apartaron del casco. Todos los tripulantes se inclinaron por la borda. Esta vez era una niña pequeña, una niñita muy arreglada y con un abrigo azul.

—¡Oh, Dios! —se lamentaron los marineros con lágrimas en los ojos—. ¡Oh, Dios, Dios, es tan pequeña!

La niña, meciéndose en la corriente, pasó de largo mirándoles con una gravedad adulta, como si estuviese cumpliendo una misión de suma importancia.

Al cabo de unos instantes, uno de los hombres divisó otro cadáver más, y enseguida otro tripulante vio uno más en otra dirección. De repente vieron cinco cadáveres de golpe, luego diez, luego tantos que ni siquiera pudieron contarlos.

La embarcación navegaba muy despacio en medio de todos aquellos muertos que parecían rodearla como si desearan algo.

Algunos se acercaban flotando en nutridos grupos, de lejos parecían madera flotante o algo procedente de tierra; y sin embargo no eran más que cadáveres.

Los marineros, con la vista fija y sin osar moverse, apenas daban crédito a sus ojos.

En cierto momento creyeron ver una isla surgiendo del mar, porque lo que se aproximaba parecía tierra; no obstante, pronto comprobaron que, una vez más, eran cadáveres flotando muy juntos unos de otros.

Rodeaban el barco por los cuatro costados, se diría que lo seguían, como si quisieran cruzar el océano en su compañía.

El patrón dio orden de virar en un nuevo rumbo para hinchar las velas; pero no sirvió de nada, las lonas colgaban flácidas y los muertos continuaron persiguiéndoles.

Los marineros se volvían más pálidos y taciturnos por momentos. El cúter avanzaba tan despacio que no podía esquivar los muertos y los tripulantes temieron que toda la noche les deparase lo mismo.

Entonces, un marinero sueco se encaramó a la proa y empezó a rezar un Padre Nuestro en voz alta. A continuación entonó un cántico.

El sol se puso en mitad de aquel cántico y entonces la brisa nocturna expulsó la nave fuera del dominio de los muertos.

La carta de Hellgum

Una anciana salía de una cabaña en el bosque. Aunque era un día entre semana iba endomingada como para ir a la iglesia. Sacó la llave de la cerradura y la escondió en el lugar acostumbrado, bajo los peldaños del zaguán.

Después de andar un buen trecho, se giró y contempló su casa, que asomaba diminuta y gris entre unos grandes abetos cubiertos de nieve. Había mucho cariño en su mirada. «Cuánta felicidad he vivido yo aquí —se dijo con gravedad—. Ay, sí. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó.»

Luego se alejó por el sendero que atravesaba el bosque. Era muy vieja y débil pero pertenecía a esa clase de gente que, por mucho que la edad intente doblegarles, mantienen la espalda erguida y recta.

Su rostro era bello y su pelo blanco y sedoso. Tan dulce era su apariencia que sorprendía escucharla hablar con una voz que tenía la aspereza, la lentitud y la solemnidad de los antiguos profetas.

Le quedaba un largo camino por andar porque se dirigía a una de las reuniones de los hellgumianos en casa de los Ingmarsson; la anciana Eva Gunnarsdotter era una de las personas que con más entusiasmo habían abrazado las enseñanzas de Hellgum.

«Vaya, vaya —pensaba mientras caminaba por el sendero—, qué días aquéllos, los de los primeros tiempos, cuando todo comenzaba y era nuevo, cuando más de la mitad de la parroquia ensalzaba a Hellgum. Quién iba a pensar que serían tantos los que acabarían renegando, que al cabo de sólo cinco años no seríamos más que una veintena, sin contar los niños pequeños.»

Sus pensamientos regresaron a aquellos días en que ella, después de muchos años viviendo sola y olvidada entre las sombras del bosque, de repente ganó un montón de hermanos y hermanas que venían a aliviarla de su soledad, que nunca olvidaban quitar la nieve del camino después de las grandes nevadas, y que le llenaban el cobertizo de leña seca y cortada sin que tuviera necesidad de pedirlo. Se acordaba de aquel tiempo en que Karin Ingmarsdotter y sus hermanas, así como mucha otra gente importante, venían a su humilde cabaña de madera gris a compartir su mesa con amor fraternal.

«Qué lástima que tantos hayan desperdiciado la verdadera oportunidad de salvarse —pensó—. Ahora se nos castigará por ello. El próximo verano nos exterminarán a todos por culpa de los que no han respondido cuando se les llamaba, y porque los pocos que sí lo han hecho no han perseverado.»

La abuela desvió sus pensamientos hacia la carta de Hellgum, una de esas cartas que los hellgumianos consideraban equivalentes a las Epístolas de los Apóstoles y sobre las cuales impartían su doctrina, del mismo modo que otras congregaciones cristianas lo hacen sobre el Evangelio.

«Hubo un tiempo en que sus cartas manaban leche y miel —se dijo—. Nos ordenaba tener paciencia con los que no se habían convertido y compasión con los renegados; enseñaba a los ricos a hacer caridad igual con los justos que con los injustos. Pero de un tiempo a esta parte todo es hisopo y hiel, no hace más que hablar de pruebas y castigos.»

La anciana llegó a la linde del bosque, desde donde se divisaba todo el pueblo.

Era un día muy hermoso de febrero, los campos nevados extendían su blanca pureza por toda la comarca, los árboles dormían su sueño invernal y no corría una gota de viento.

Sin embargo, ella iba pensando que toda esta región, que ahora hibernaba tan plácidamente, despertaría sólo para arder bajo la furia sulfurosa de las llamas, e imaginaba todo el territorio cubierto de fuego, del mismo modo que ahora lo veía cubierto de nieve.

«No lo ha dicho letra por letra —pensó la vieja—, pero siempre habla de una gran prueba. Ay Señor, ay Señor, ¡quién se sorprenderá si nuestra parroquia sufre el castigo de Sodoma y la destrucción de Gomorra!»

Mientras Eva Gunnarsdotter recorría las calles del pueblo, no pasó delante de una sola casa sin imaginar cómo el terremoto que se avecinaba iba a echarla abajo como si fuese de arena. Y a las personas con que se cruzaba las veía perseguidas y devoradas por inmundas bestias del infierno.

«Mira, ahí va Gertrud, la hija del maestro —pensó al cruzarse con ella una joven muy guapa—. Sus ojos brillan luminosos como dos manchas de sol en la nieve. No me extraña que esté alegre porque para el otoño se casa con el joven Ingmar Ingmarsson. Con la madeja de hilado de algodón que lleva bajo el brazo querrá tejerse unas cortinas para la cama de matrimonio, y manteles para su futuro hogar. Pero antes de que ella acabe la tela, la hecatombe habrá acabado con nosotros.»

Echando miradas lúgubres en derredor, la vieja atravesó el pueblo, que se había expandido y desarrollado hasta alcanzar una prosperidad inimaginable. Sin embargo, todas aquellas casas pintadas de amarillo y blanco, con paredes revestidas de maderos y los ventanales tan altos, se derrumbarían del mismo modo que la mísera cabaña que era la suya, en la cual las ventanas eran como agujeros y crecía musgo entre los troncos bastos de las paredes.

De pronto, se detuvo en medio del pueblo y golpeó su bastón muy fuerte contra el suelo. Una ira incontenible se apoderó de ella.

—¡Sí, sí! —exclamó en voz tan alta que la gente que estaba fuera se paró para mirarla—. Sí, sí, en estas casas tan bonitas viven personas que han desdeñado el Evangelio de Cristo y prefieren el Evangelio del enemigo. ¿Por qué no han atendido la llamada? ¿Por qué no se arrepienten de su pecado? Por su culpa pereceremos sin remedio. La mano de Dios es implacable. La mano de Dios imparte a justos e injustos el mismo castigo.

Tras cruzar el río, otros hellgumianos le dieron alcance: el viejo cabo Fält y Kolås Gunnar y su mujer Brita Ingmarsdotter. Al poco tiempo se les unió Hök Matts Eriksson y su hijo Gabriel, además de Gunhild, la hija del vocal.

Engalanados con sus abigarrados trajes regionales, su marcha en medio del paisaje nevado conformaba un hermoso cuadro. Sin embargo, Eva Gunnarsdotter sólo pensaba en que eran como reos de camino al cadalso, como animales conducidos al matadero.

Los hellgumianos parecían abatidos; caminaban cabizbajos como presionados por una amarga carga de desaliento. Todos habían confiado en que el reino de los bienaventurados se extendería rápidamente sobre la tierra, y en que verían con sus propios ojos la nueva Jerusalén descender de los cielos. Pero al ver que los suyos quedaban tan reducidos en número, no les quedó más remedio que reconocer que sus esperanzas eran vanas, y fue como si algo se hubiese roto en su interior. Caminaban arrastrando los pies, suspirando a menudo y sin nada que decirse. Porque se lo habían tomado todo muy en serio, habían apostado su vida en el intento y habían perdido.

«¿Por qué están tan desolados? —se preguntó la abuela—, si ni siquiera se imaginan lo peor. No quieren comprender el sentido de las cartas de Hellgum. Les he interpretado sus palabras pero no quieren escuchar. Bah, los que viven bajo cielo abierto en la planicie no saben lo que es el temor; les falta el entendimiento de aquellos que vivimos solos en la oscuridad del bosque.»

La anciana pensó que los hellgumianos estaban asustados porque Halvor los había convocado un día entre semana. Temían que quisiera comunicarles una nueva deserción. Se miraban preocupados, escrutándose los unos a los otros con desconfianza, como inquiriendo: «¿Hasta cuándo resistirás tú, y tú?»

«Quizá sería mejor acabar de una vez, disolver la hermandad enseguida, al igual que es preferible una muerte rápida a una agonía lenta y prolongada.»

¡Ay, su comunidad, su evangelio de la paz, su dulce vida de concordia y fraternidad que tanto amaban, todo condenado a la ruina!

Mientras aquellas desconsoladas personas continuaban su marcha, el resplandeciente sol invernal recorría con alegres destellos la inmensidad azul del firmamento. Del suelo se elevaba un dulce y fresco olor a nieve que les daba ánimos y valor renovado; y de los montes cubiertos de abetos que circundaban la parroquia descendían silencio y paz, infundiéndoles calma.

Por fin llegaron al predio de los Ingmarsson y subieron al porche cubierto de nieve del zaguán.

En la sala grande de la casa, colgaba alto un cuadro realizado hacía más de un siglo por un viejo maestro de la pintura rural.²⁰ Representaba una ciudad cercada por altas murallas, por encima de las cuales despuntaban las cornisas y cubiertas de varios edificios. Algunos eran casas de labranza pintadas de rojo con techado de turba, otros tenían paredes blancas y techado de pizarra al estilo de las casas señoriales de provincias, y otros, finalmente, ostentaban pesados torreones revestidos de cobre como los de la iglesia de Santa Cristina, en Falun. Extramuros se paseaban caballeros con pantalones a media pierna, elegantes zapatos y un junco en la mano; y por una de las puertas de la ciudad salía un carricoche transportando unas damas de cabellos empolvados y amplias pamelas. A los pies de la muralla crecían árboles de espeso follaje verde oscuro, y entre la hierba alta y ondulante discurrían las aguas cristalinas de varios manantiales.

Bajo el cuadro leíase impreso con grandes y adornados caracteres: «Jerusalén, ciudad santa de Dios.» Colgado tan cerca del techo, no era frecuente que alguien reparara en el cuadro. La mayoría de quienes visitaban la casa apenas debía de conocer su existencia.

Sin embargo, aquel día, una guirnalda de hojas de arándano rodeaba el marco, lo cual resaltaba su presencia ante los invitados. Eva Gunnarsdotter lo descubrió enseguida, y pensó: «Ea, al parecer los Ingmarsson ya saben que vamos a morir, por eso quieren que contemplemos la ciudad celestial.»

Karin y Halvor se dirigieron hacia ella con una expresión si cabe más lúgubre y sombría que la de los otros. «Claro —pensó ella—, éstos ya saben que el fin está cerca.»

A Eva Gunnarsdotter, por ser la persona de más edad, se le asignó la cabecera de la mesa, y frente a su sitio había una carta abierta con sellos de América.

—Bien, ha llegado una nueva carta de nuestro querido hermano Hellgum —dijo Halvor—. Por este motivo he convocado a nuestros hermanos y hermanas.

²⁰ Lo que sigue es la descripción de un típico lienzo o tapiz de la región de Dalecarlia. El arte folklórico de esta región, emblema de toda Suecia, se caracteriza por retratar con un estilo naïf episodios bíblicos o de la historia popular, ambientados, sorprendentemente, en el rococó del siglo xviii, de ahí los incongruentes detalles de la descripción. En una carta a su editor, Kart Otto Bonnier, de septiembre de 1901, Selma Lagerlöf le sugiere que se utilice uno de estos cuadros, en concreto éste que nos ocupa, como portada del libro. (N. *de la T.*)

—Imagino que se trata de un mensaje importante —dijo Kolås Gunnar pensativo.

—Sí —respondió Halvor—. Aquí nos explica lo que quiso decir en su última carta con aquello de que nos esperaba una gran prueba.

—Pienso que ninguno de nosotros debe tener miedo de sufrir por el Señor —dijo Gunnar.

Varios de los hellgumianos no habían comparecido todavía y se produjo una larga espera. La anciana Eva Gunnarsdotter iba echando miradas rencorosas a la carta de Hellgum. Se acordó de la carta con los muchos sellos del Apocalipsis e imaginó que en el mismo momento en que una mano humana tocara esa carta, descendería de los cielos el ángel exterminador.²¹

Luego levantó la vista y observó el cuadro de Jerusalén. «Bien, bien —se dijo—. Claro que quiero ir a la ciudad de las puertas de oro cuyas murallas son de puro cristal.» Y empezó a recitar para sí misma: «Los pilares sobre los que se asentaba la muralla de la ciudad estaban adornados de toda clase de piedras preciosas. El primer pilar tenía jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardonio; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, ágata; el undécimo, jacinto; y el duodécimo, amatista.»²²

La anciana, ensimismada pensando en su querido Apocalipsis, al acercarse Halvor Halvorsson al lado de la mesa donde estaba la carta, se sobresaltó como si acabara de echar una cabezadita.

—Empezaremos por un cántico —dijo Halvor—. Opino que lo hagamos con el número 244.

Y los hellgumianos entonaron a coro:

*Mi amada Jerusalén
mi hermosa ciudad dorada
cálido, rico hogar de mi padre
que me llena de alegría.*

Eva Gunnarsdotter dejó escapar un suspiro de alivio al ver aplazada la hora de la verdad. «¡Hay que ver! ¡Que a un viejo esperpento como yo le asuste tanto la muerte!», pensó medio avergonzada.

Finalizado el cántico, Halvor sacó la carta del sobre y la desplegó.

²¹ El original dice «carta con muchos sellos», pero en realidad se trata del Libro del Cordero con los siete sellos (véase Apocalipsis 5). La confusión tal vez venga de que los cuatro primeros capítulos constan de siete cartas que envía Juan a las siete comunidades de la Iglesia (véase Apocalipsis 1-4). (N. de la T.)

²² Apocalipsis 21: 18-20, donde se describe la Jerusalén celestial. (N. de la T.)

Entonces el espíritu santo se posó sobre Eva Gunnarsdotter y ella se levantó y comenzó a rezar una larga plegaria suplicando la gracia de recibir correctamente el mensaje que la carta anunciaba. Halvor se quedó quieto con la carta en la mano y esperó a que ella acabase. A continuación empezó a leer en el mismo tono en que habría leído un sermón:

—¡Queridos hermanos y hermanas, la paz sea con vosotros!

»Hasta ahora siempre había creído que yo y vosotros, que os habéis convertido a mi doctrina, éramos los únicos en compartir nuestra fe. Pero, alabado sea el Señor, hemos hallado aquí en Chicago hermanos a nuestra semejanza que piensan y viven según nuestra misma regla.

»Sabed, pues, que aquí en la ciudad de Chicago vivía a principios de los años 1880 un hombre llamado Edward Gordon. Él y su esposa eran un matrimonio muy pío. Les dolía amargamente todo el sufrimiento que hay en la Tierra y le rogaban a Dios que les concediera la gracia de contribuir a remediarlo.

»Entonces ocurrió que la esposa de Edward Gordon tuvo que hacer un largo viaje por mar y el barco naufragó, quedando ella a merced de las olas. Cuando se encontraba en peligro de muerte, Dios le habló. Y la voz de Dios le ordenó enseñar a las personas a vivir en concordia.

»Entonces la mujer fue rescatada de las olas y salvada de la muerte, y regresó a su esposo y le comunicó el mensaje de Dios. Entonces él dijo: "Dios nos envía un mensaje muy importante, que hay que vivir unidos, y nosotros queremos cumplirlo. Es tan importante que en toda la Tierra sólo un lugar tiene la suficiente dignidad como para recibirlo. Por tanto, ¡reunamos a nuestros amigos y vayámonos con ellos a Jerusalén a proclamar el último mandamiento sagrado de Dios desde el monte Sión!"

»A continuación, Edward Gordon y su esposa, junto con treinta personas más que querían obedecer el último mandamiento sagrado de Dios, partieron hacia Jerusalén. Allí vivieron en gran concordia todos juntos en la misma casa. Compartían sus pertenencias, se servían mutuamente y vigilaban su comportamiento los unos a los otros. Además, se cuidaban de los niños de los pobres y de sus enfermos. Reconfortaban a los ancianos y ayudaban a cualquiera que les pidiese ayuda sin exigir un pago, ni nada a cambio. No predicaban en las iglesias ni en las plazas, sino que decían: "Es nuestro modo de vida el que habla por nosotros."

»Y la gente que oía hablar de ese modo de vida decía de ellos: "Tienen que estar locos." Y aquellos que los difamaban en voz más alta eran los misioneros cristianos que habían llegado a Palestina para convertir a judíos y musulmanes mediante la enseñanza y la evangelización. Decían: "¿Quiénes son éstos que no predicán? Seguro que han venido aquí para llevar una vida reprobable

entregados al gozo de los sentidos con los paganos." Y el clamor que elevaron al cielo cruzó los mares y alcanzó sus países de origen.

»Sin embargo, entre los americanos instalados en Jerusalén se encontraba una viuda. Vivía allí con dos hijos menores de edad y era muy rica. Tenía un hermano en su país al cual todo el mundo empezó a instigar: "¿Cómo puedes consentir que tu hermana y sus hijos vivan entre esa secta de vividores? No son más que unos holgazanes que se aprovechan de su fortuna." Y el hermano inició un juicio contra su hermana para obligarla a que, al menos, los dos niños se criaran en América. Así pues, la viuda y sus hijos, junto con Edward Gordon y su esposa, regresaron brevemente a Chicago. Para entonces llevaban ya catorce años viviendo en Jerusalén.

»De vuelta en América después de tantos años en un lejano país, se escribió mucho sobre ellos en todos los periódicos, y algunos los llamaban locos y otros farsantes.

Halvor hizo una pausa y refirió con sus propias palabras el relato a fin de que todos comprendieran el contenido. Luego continuó:

—Resulta que en Chicago hay una casa que vosotros conocéis, y esa casa está llena de gente que quiere servir a Dios llevando una vida justa, gente que comparte todo lo que tiene y que vigila mutuamente su conducta. Y los habitantes de esa casa, es decir, nosotros, descubrimos en el periódico la existencia de esos "locos" recién llegados de Jerusalén y empezamos a decirnos: "Estas personas comparten nuestras creencias; se han unido para llevar una vida justa. Nos gustaría conocerlas ya que su fe es la nuestra."

»Así que les escribimos rogándoles que vinieran a visitarnos. Y los recién llegados de Jerusalén aceptaron nuestra invitación, por lo que pudimos comparar nuestras creencias y constatar: "He aquí que pensamos y creemos en lo mismo. Es una gracia divina el que nos hayamos encontrado." Nos hablaron de las delicias de la ciudad santa que destaca deslumbrante sobre una blanca colina, y nosotros les consideramos inmensamente afortunados de poder pisar los mismos caminos por los cuales anduvo Jesús.

»Entonces, a alguien de nuestro grupo se le ocurrió: "¿Por qué no habríamos de acompañaros a Jerusalén?" Ellos contestaron: "No debéis acompañarnos allí, ya que la Ciudad Santa está invadida por las luchas internas y las divisiones, por la miseria y la enfermedad, por la maldad y la pobreza." Y enseguida, otro de los nuestros exclamó: "¡A lo mejor Dios os ha conducido hasta nosotros para que os ayudemos a combatir todo eso!" Y en ese instante todos los allí reunidos escuchamos la voz de Dios que bramaba en nuestros corazones diciendo: "Sí, sí, ésa es mi voluntad."

»Les preguntamos si querían aceptarnos en su comunidad a pesar de ser nosotros pobres e incultos, y contestaron que sí querían. Entonces declaramos nuestra voluntad de convertirnos en hermanos y hermanas y compartirlo todo,

y así, ellos adoptaron nuestra fe y nosotros la suya, y todo el tiempo estuvo el Espíritu sobre nosotros y dijimos: "Ahora vemos que Dios nos ama, ya que nos envía a la misma tierra a la que Él envió a su hijo. Y ahora sabemos a ciencia cierta que nuestra doctrina es la verdadera, ya que Dios quiere que la proclamemos desde el sagrado monte Sión."

»Pero entonces, uno de los nuestros dijo: "¿Y qué hay de nuestros hermanos que viven en Suecia?" Y les explicamos a los hermanos de Jerusalén: "Somos más de los que veis aquí. Tenemos hermanos y hermanas en nuestro país que sufren duras pruebas a causa de las deserciones y que luchan tenazmente en la adversidad por llevar una vida justa en medio de tantos pecadores." Entonces nuestros hermanos de Jerusalén contestaron: "Dejad que vuestros hermanos y hermanas de Suecia se reúnan con nosotros en Jerusalén y tomen parte en nuestra santa labor."

»Y al principio nos alegró la idea de que nos siguierais para vivir una vida de alegría y esfuerzo común en Jerusalén; pero pronto nos apesadumbramos porque dijimos: "Nunca podrán abandonar sus grandes predios, ni sus campos de tierra fecunda, ni las ocupaciones a que están acostumbrados." Sin embargo, nuestros hermanos de Jerusalén dijeron: "No tenemos campos ni grandes predios que ofrecerles; pero podrán andar por los caminos que los pies de Cristo allanaron." Con todo, aún dudábamos y respondimos: "Jamás querrán viajar a un país extraño donde nadie entiende su lengua." Los hermanos de Jerusalén contestaron: "Pero sí comprenderán lo que dicen las piedras de Palestina acerca de su Salvador." Nosotros dijimos: "No querrán compartir sus posesiones con extraños ni quedarse sin dinero como los mendigos. Tampoco querrán desprenderse del poder que tienen, pues ellos son los notables de la región." Los peregrinos de Jerusalén replicaron: "No tenemos ni poder ni propiedades que ofrecerles; pero sí podrán compartir los sufrimientos de Jesús, su Salvador."

»Dicho esto, volvimos a sentirnos contentos y fuimos de la opinión que vendríais.

»Sin embargo, ahora os digo, queridos hermanos y hermanas, que cuando hayáis leído esta carta no discutáis el asunto entre vosotros, sino que os recojáis en silencio y prestéis atención: ¡escuchad vuestro corazón y lo que Dios os mande hacer, hacedlo!»

Halvor plegó la carta y ordenó:

—Ahora vamos a hacer lo que Hellgum dice. Nos recogeremos en silencio y estaremos atentos.

Un largo silencio se extendió por la sala grande de Ingmarsgården. Eva Gunnarsdotter permaneció callada aguardando, igual que el resto, a que se le apareciera la voz de Dios. Ella interpretaba la carta a su manera. «Bien, bien — pensó—, Hellgum pretende que nos vayamos a Jerusalén para escapar del

exterminio. Nuestro Señor quiere salvarnos del río de azufre y la lluvia de fuego. Y los justos oirán la voz de Dios que les permita redimirse.»

A la anciana no se le ocurrió siquiera que, dadas las circunstancias, pudiese haber alguien en el mundo para quien significara un sacrificio abandonar su hogar y su patria. No concebía que alguien dudara en dejar los verdes bosques, el amable río y la tierra fecunda de su tierra natal.

Entre los demás había varios que, llenos de temor, imaginaban lo que representaba el cambio de vida, el abandonar el hogar paterno, dejar atrás a padres y parientes; en cambio, ella no. Porque para ella lo que esto significaba era que Dios quería salvarles del mismo modo que una vez salvó a Noé y Lot.²³ ¿Acaso no eran llamados a disfrutar de las delicias de la Ciudad Santa de Dios? Para ella, era como si Hellgum les hubiera escrito que iban a ascender con vida al reino de los cielos.

El grupo permanecía sentado con la vista baja, completamente concentrado en sí mismo. Varios se angustiaron tanto que tenían la frente perlada de un sudor frío. «Sí, sin duda ésta es la dura prueba que Hellgum predijo», suspiraban.

El sol se ponía y cortaba la línea del horizonte proyectando rayos intensos en la habitación. El resplandor teñía de rojo la palidez de los rostros.

Finalmente, Märta Ingmarsdotter, esposa de Ljung Björn, se deslizó del banco y cayó de rodillas al suelo. Y tras ella, uno tras otro fueron cayendo. Varios aspiraron hondo al mismo tiempo y sus rostros se iluminaron con una sonrisa.

A continuación, Karin Ingmarsdotter dijo con un dejo de asombro:

—Oigo la voz de Dios que me llama.

Gunhild, la hija del concejal, alzó las manos embelesada mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Yo también voy —dijo—. La voz de Dios me llama.

Luego Krister Larsson y su esposa dijeron casi al unísono:

—Una voz me dice que he de partir. Oigo la voz de Dios que me llama.

La llamada les llegó uno a uno, y con ella dejaron atrás toda su angustia y todo sentimiento de pérdida. Lo que les inundaba ahora era una sensación de inmenso júbilo. Ya no pensaban en sus fincas ni en sus familias. Sólo pensaban en que su comunidad iba a florecer de nuevo, pensaban en la maravilla de haber sido elegidos para ir a la ciudad de Dios.

La llamada les había llegado a la mayoría, pero no a Halvor Halvorsson. Se esforzaba al máximo en sus plegarias y, angustiado, pensaba: «Dios no quiere

²³ Lot fue salvado de la destrucción de Sodoma y Gomorra por dos mensajeros del Señor; pero en la huida, su esposa miró atrás y se convirtió en estatua de sal. (Génesis 19: 1-29). (N. de la T.)

llamarme como ha llamado a los otros. Él ve que amo mis verdes campos más que a su Evangelio. No soy digno de ir.»

Karin Ingmarsdotter se aproximó y le puso la mano en la frente.

—Ten calma, Halvor, ten calma y escucha en silencio.

Halvor entrelazó las manos con tanta fuerza que los nudillos le crujieron.

—Tal vez Dios no me considera digno de este viaje —dijo.

—Sí, Halvor, podrás hacer el viaje, pero tienes que tener calma —respondió

Karin, arrodillándose a su lado y rodeando su cintura con el brazo—. Escucha atentamente, Halvor, escucha sin temor.

A los pocos segundos la tensión de su rostro desapareció.

—Ya lo oigo, oigo algo muy lejano.

—Son las arpas de los ángeles que preceden a la voz de Dios —dijo la esposa—. Ahora calla, Halvor. —Karin se aferró aún más a él, como nunca lo había hecho antes delante de terceros.

—Ah —dijo él juntando las manos—, ahora sí lo he oído. Me lo ha dicho tan alto que me retumban los oídos: «¡Ve a mi ciudad santa, ve a Jerusalén!»
¿Todos lo habéis oído igual?

—Sí, sí —exclamaron—, todos lo hemos oído.

Sin embargo, Eva Gunnarsdotter comenzó a gemir.

—Yo no he oído nada. No podré ir con vosotros. Soy la esposa de Lot, no podré huir. Tengo que quedarme aquí y convertirme en estatua de sal.

La anciana lloraba de angustia y los hellgumianos la rodearon para rezar. Pero ella seguía sin escuchar nada y su angustia fue creciendo.

—No oigo nada —decía—, pero llevadme igualmente, por favor. No me dejéis aquí, no quiero ahogarme en el río de azufre.

—Debes esperar, Eva —dijeron los hellgumianos—. Recibirás la llamada, seguro. Esta noche o mañana te llegará.

—Eso no basta —replicó la mujer—. No estáis respondiendo a mi pregunta.
¿Acaso pensáis abandonarme si no recibo la llamada?

—¡La recibirás, la recibirás! —aseguraron los hellgumianos a voz en grito.

—Eso no basta —repitió la anciana, desesperada.

—Querida Eva —dijeron los hellgumianos—, no podemos llevarte con nosotros a menos que Dios te llame. Pero no temas, te llamará.

Entonces Eva Gunnarsdotter, que estaba de rodillas, se levantó, irguió su endeble cuerpo de pajarillo y dio un golpe de bastón contra el suelo.

—Partiréis sin mí y dejaréis que me hunda —dijo—. Eso es lo que vais a hacer. Partir sin mí y dejar que me hunda.

Estaba loca de furor y algunos reconocieron a la Eva Gunnarsdotter de su juventud, una mujer fuerte, impetuosa y apasionada.

—¡No quiero saber nada más de vosotros! —les gritó—. Ni quiero ser salvada por vosotros. ¡Malditos seáis! Seríais capaces de abandonar a mujeres e

hijos, padres y madres con tal de salvaros. ¡Malditos seáis, estáis locos abandonando vuestras tierras! No sois más que unos desquiciados en pos de falsos profetas. Será sobre vosotros que caigan el fuego y el azufre. ¡A vosotros os exterminarán; en cambio nosotros, los que nos quedamos en casa, viviremos!

El tronco de árbol

A última hora de la tarde de ese mismo hermoso día de febrero, una pareja joven conversa junto al camino.

Procedente del bosque, el joven ha cargado en su trineo un tronco tan grande que el caballo apenas puede arrastrarlo, lo cual no le ha salvado de tener que dar un gran rodeo a fin de atravesar el pueblo y pasar por delante del edificio blanco de la escuela.

Frente a la escuela el caballo se ha detenido, y casi al instante una muchacha ha salido disparada por la verja para ver el tronco.

Ahora, extasiada, no se cansa de admirarlo. ¡Qué largo y grueso es, y qué recto, qué color pardo tan bonito tiene la corteza y qué recia es la madera, y sin un solo nudo!

El joven le cuenta muy serio que el pino procede de una landa arenosa al norte de la montaña de Olofshättan y le explica cuándo lo taló y cuánto tiempo ha estado secándose en el bosque. También le menciona las pulgadas que mide su circunferencia y cuántas hace de largo.

La chica, que ha visto miles de troncos flotando río abajo o transportados por tierra en trineo o carreta, nunca hubiera imaginado que le alegraría tanto la visión de un tronco.

—¡Ay, Ingmar —suspira—, y pensar que sólo es el primero!

En medio de su euforia, de repente la inquieta recordar que han sido necesarios cinco años de esfuerzo y trabajo para que Ingmar haya podido transportar el primero de todos los troncos que serán utilizados en la construcción de su futuro hogar. ¿Cuánto tiempo tardará en transportar el resto y cuánto en construir la casa?

Pero, según Ingmar, todos los obstáculos están superados.

—Ya verás, Gertrud —dice él—, con tal que pueda bajar toda la madera mientras la nieve está así de firme, tendremos la casa lista muy pronto.

El sol se ha puesto hace un buen rato y las temperaturas han bajado en picado. El caballo tiene frío, sacude la cabeza y las cerdas del flequillo y la crin están cubiertas de escarcha. En cambio, los dos jóvenes no tienen ni pizca de frío. Planear su casa desde el sótano hasta el desván les da calor.

Y una vez lista la casa, se dedicarán a amueblarla.

—El sofá va contra esta pared larga —dirá Ingmar.

—Que yo sepa no tenemos ningún sofá —replicará la muchacha.

Entonces el joven se morderá el labio porque tiene un sofá a punto esperándole en la carpintería, pero es un secreto que no pensaba revelar hasta mucho más adelante y, por descuido, ahora se le ha escapado.

Ya puestos, también Gertrud traicionará un secreto celosamente guardado durante cinco años. Le contará que ha estado confeccionando y vendiendo trabajos manuales de pelo y cintas tejidas con sus propias manos, y que con las ganancias ha podido comprar casi todo el ajuar, desde ollas y pucheros hasta platos y cuencos, sábanas y cojines, manteles y esteras.

Ingmar no cabrá en sí de gozo al saberse dueño de tanta riqueza y la colmará de alabanzas. Pero en medio de la lluvia de elogios que se imagina, de repente se interrumpe. Acaba de fijarse en Gertrud y se queda mudo de asombro al pensar que toda esa belleza y encanto van a ser suyos.

—¿Qué pasa Ingmar? —pregunta la chica.

—Pensaba en que lo mejor de todo es que vas a ser mía.

Gertrud no dice nada, pero acaricia con su mano el grueso tronco de árbol que va a sostener la casa en que ella e Ingmar formarán su hogar. Sabe que es seguridad y bienestar lo que la espera allí dentro porque aquel con el que va a casarse es un hombre bueno y sensato, fiel y generoso.

En ese momento una vieja pasa por su lado, camina deprisa y habla en voz alta con mucho ímpetu, parece enfurecida.

—Y si no, ¡al tiempo! —gruñe la vieja—. Serán felices del alba hasta la aurora; cuando llegue el momento de la verdad, su fe se quebrará como un hueso de pollo y luego su vida será una noche continua.

—No se estará refiriendo a nosotros, ¿verdad? —susurra la muchacha.

—¿Cómo va a referirse a nosotros? —responde el joven.

De visita en Ingmarsgården

El día siguiente era sábado y, al anochecer, el párroco regresaba a su casa en medio de una ventisca. Venía de la parte norte del gran bosque de coníferas, de visitar a un enfermo, y la marcha era muy penosa. El caballo se hundía con frecuencia en las masas de nieve, el trineo se tambaleaba peligrosamente a cada instante y, a menudo, tanto el párroco como el mozo se veían obligados a saltar del trineo y allanar el camino. Por suerte, la oscuridad no era completa, la luna se desplazaba grande y completamente llena tras las nubes cargadas de nieve y sus rayos las atravesaban, de modo que éstas resplandecían con una fosforescencia grisácea. Al alzar la vista, el párroco veía los copos girando en remolinos, llenando el espacio de deslumbrantes puntos blancos.

Las dificultades no eran las mismas en todo el trayecto, había tramos en los que la copiosa nieve era barrida por el viento y el camino parecía una pista de hielo, entonces el trineo se deslizaba con facilidad. En otros sitios la nieve se amontonaba suelta y regular, y tampoco allí resultaba difícil avanzar. Lo peligroso era transitar por donde el viento amontonaba la nieve formando montículos tan altos que impedían la visibilidad. En esos casos había que desviarse de la carretera y abrirse paso por encima de campos y cercados, con el consiguiente riesgo de volcar en una cuneta o de que el caballo quedase empalado en la estaca de alguna cerca.

Al párroco y al mozo les preocupaba seriamente el enorme montón de nieve que solía acumularse a lo largo de una vieja y elevada valla de madera muy próxima al predio de los Ingmarsson. «Si conseguimos sobrepasar esa valla casi estaremos en casa», se decían.

El párroco no recordaba la cantidad de veces que le había pedido a don Ingmar que derribase aquella valla tan alta que recogía la nieve y la amontonaba justamente ahí. Pero sus súplicas no habían servido de nada. Lo peor era que en la actualidad pasaba lo mismo. Por mucho que cambiaran los tiempos en aquella finca, una cosa parecía segura: aquella valla se quedaría donde estaba.

Pronto divisaron el predio y encontraron la barrera de nieve en el lugar habitual, escarpada como un muro y firme como una montaña. Allí no era posible apartarse a un lado, aquel monstruo había que escalarlo. La empresa se les antojó tan irrealizable que el mozo sugirió que pidiesen ayuda en casa de los Ingmarsson.

Pero el párroco se negó en redondo. Hacía cinco años que no cruzaba una palabra con Karin y Halvor y la idea de ver a antiguos amigos con los que había roto le desagradaba tanto como a cualquiera.

Así que el caballo tuvo que trepar por el montículo, el cual aguantó su peso hasta la cúspide. Una vez allí, el animal se hundió de golpe, desapareció como quien cae en una sima, y los viajeros se quedaron paralizados con la mirada fija en el vacío. Al mismo tiempo que el caballo se hundía entre la nieve, se partió uno de los varales del trineo, con lo cual quedaba descartado proseguir la marcha.

A los pocos minutos el párroco se encontraba en el umbral de la sala grande de Ingmarsgården.

Allí ardía un gran fuego de leña de pino resinoso.²⁴ A un lado de la chimenea se encontraba la dueña de la casa hilando lana cardada con peine muy fino, y más allá varias criadas y sirvientas hilaban estopa y lino. Los hombres se mantenían al otro lado del hogar, acababan de entrar leña y algunos descansaban, mientras otros se ocupaban de tareas fáciles: hacer astillas, afilar las púas de los rastrillos y tallar mangos para hachas.

Al entrar el pastor y referir el percance sufrido, todos actuaron a una. Los mozos salieron para desenterrar el caballo. Halvor condujo al párroco hasta la mesa y le ofreció un asiento en la banqueta. Karin envió a las sirvientas a la cocina para que preparasen café y una opípara cena. Ella, por su parte, colgó la pelliza del pastor frente al fuego, encendió la lámpara del techo y trasladó su rucua junto a la mesa a fin de participar en la conversación de los hombres.

«Ni en tiempos de don Ingmar habría sido mejor recibido», pensó el pastor.

Halvor inició una parsimoniosa conversación acerca del estado de los caminos y pasó después a preguntar al pastor si le habían pagado bien el trigo y si, por fin, en la rectoría se habían hecho las reparaciones que el reverendo había solicitado durante años. Karin se interesó por la salud de su señora y quiso saber si había mejorado últimamente de la grave enfermedad que la aquejaba.

Luego, el mozo del párroco entró diciendo que los excavadores habían recuperado el caballo, que los arreos estaban arreglados y que todo estaba listo para partir. Karin y Halvor pidieron y rogaron al reverendo que se quedara a cenar y no dejaron de insistir hasta que éste accedió.

Se sirvió el café. En el centro de la bandeja relucía la cafetera de plata más grande de la casa, el azucarero era el de plata antigua que sólo se sacaba de la alacena con ocasión de funerales o bodas, y había tres fuentes enteras rebosantes de pastas y bollos.

²⁴ La leña de pino resinoso, por ser muy rica en resina, prende fácilmente y da mucha luz. Tradicionalmente se utilizaba como fuente luminosa. (*N. de la T.*)

Los ojillos del pastor se dilataron maravillados. Una y otra vez se restregó la frente con la mano, como si creyera estar en un sueño del cual no quería despertar.

Halvor le mostró la piel de un alce abatido el otoño anterior en el bosque de la finca. La piel fue extendida en el suelo y el párroco constató que nunca había visto un ejemplar más grande y hermoso. Karin se acercó a su marido y le susurró algo al oído; al instante, Halvor le ofreció al pastor la piel como regalo.

Karin iba y venía sacando la preciosa y venerable plata de unas alacenas pintadas de azul. Extendió un mantel de calado muy ancho sobre el tablero de la mesa y puso encima tantas cucharillas de plata como si de un gran banquete se tratara. Hasta la leche y la bebida las sirvió en grandes jarras de plata.

Tras la comida, el párroco se dispuso a marcharse. Halvor Halvorsson en persona y dos de sus mozos le acompañaron, abrieron paso al trineo quitando la nieve, mantuvieron el vehículo derecho cuando éste se tambaleaba y no abandonaron al pastor hasta que llegó a su casa.

El pastor, sano y salvo en los escalones de entrada de la rectoría, pensaba en lo reconfortante que era recuperar viejos amigos y se despidió calurosamente de Halvor. Pero el granjero se demoró. Buscaba algo a tientas en su bolsillo.

Finalmente, sacó un papel doblado y preguntó si podía entregárselo. Era una notificación que debía anunciarse en la iglesia al día siguiente. Si el pastor tenía la amabilidad de aceptarlo en ese momento, no tendría que enviar un mensajero a la iglesia sólo para eso.

Cuando el párroco hubo entrado en su casa y encendido una vela, desdobló el papel y leyó: «Debido al traslado a Jerusalén de los propietarios, el predio de Ingmarsgården se pone en venta...» No pudo continuar con la lectura. Su mente, anonadada, se perdió en profundas cavilaciones. «Así que ya la tenemos encima —murmuró como si estuviese pensando en una tormenta—. Esto es lo que he estado esperando durante años y años.»

Hök Matts Eriksson

En un hermoso día de primavera, un granjero y su hijo se dirigen a pie a la gran planta industrial instalada en el extremo sur de la parroquia.

Ellos viven en el extremo norte y, por lo tanto, tienen que atravesar casi todo el término. A su paso ven cómo los campos recién sembrados ya están germinando; absorben con la vista el verde fresco de los numerosos campos de centeno, de los hermosos prados donde el trébol no tardará en perfumar el aire con sus flores rojas.

También pasan por delante de numerosas casas a las que se les está dando una mano de pintura, o se les instalan nuevas ventanas, o una galería con vidrieras. Pasan de largo jardines donde se está cavando y plantando. Todas las personas con que se cruzan llevan barro en las suelas y las manos sucias de tierra; han estado caminando por sus terrenos y sembrados para plantar patatas y coles o sembrar nabos y zanahorias.

El granjero no puede evitar preguntar qué clase de patatas están plantando, o cuánto hace que sembraron la avena. Apenas ve un ternero o un potro pregunta enseguida qué tiempo tiene. Calcula cuántas vacas habrá en total en la granja que acaban de pasar y cuánto valdrá el potrillo una vez que esté domado.

El hijo intenta distraerle de estos asuntos.

—Piense en que pronto usted y yo caminaremos por el valle de Sarón y el desierto de Judea — dice.

El padre sonrío un poco y su rostro se ilumina brevemente.

—Será estupendo andar tras las huellas de Nuestro Señor Jesucristo — contesta. Pero al cabo de un instante ocupan sus pensamientos un par de cargas de cal viva que se aproximan por la carretera.

—Oye, Gabriel — dice —, ¿quién crees tú que se hace traer cal? Dicen que todo crece que da gusto después de echarle cal a la tierra. Habrá que esperar al otoño para comprobarlo.

—¿El otoño, padre?

—Sí, sí, ya lo sé — responde el granjero —, en otoño viviré en las tiendas de Jacob y plantaré en la viña del funcionario del rey.²⁵

²⁵ Jeremías 30:18: «Así dice el Señor: Yo restauraré las tiendas de Jacob y tendré piedad de sus moradas. La ciudad (Sión) será reconstruida en su colina, y el palacio se asentará en el lugar

—Exacto —contesta el hijo—. Así sea, amén.

Caminan en silencio un rato prestando atención a los signos de la primavera. La nieve derretida corre por las cunetas y la lluvia de marzo ha dejado el camino en muy mal estado. Mires donde mires sólo ves trabajo por hacer. Todo el mundo tiene ganas de intervenir y cooperar, aunque la tierra que pisen en ese momento no sea la suya.

—Qué remedio —dice el granjero, pensativo—, la verdad es que habría sido mejor vender las tierras en otoño, después de las labores. Cuesta mucho abandonarlo todo en primavera, que es cuando hay que arrimar el hombro.

El hijo hace un gesto de resignación y comprende que tiene que dejar que el viejo se desahogue.

—Hace exactamente treinta y un años, siendo muy mozo, compré un terruño al norte de la parroquia —cuenta el granjero—. Nunca nadie le había hincado el pico a esa parcela. La mitad de la tierra era pantanosa y la otra mitad un pedregal, qué cosa más mala, oye. En ese pedregal me he deslomado machacando piedras, pero peor lo tuve con la parte pantanosa hasta que logré drenarla con zanjas cubiertas y desecarla.

—Ha trabajado usted mucho, padre —dice el hijo—. Por eso Dios se ha acordado de usted y lo ha llamado a Tierra Santa.

—Al principio —continúa el granjero—, vivía en una cabaña que no era mucho mejor que la choza de un carbonero; estaba hecha de troncos sin descortezar y la techumbre era de tierra pisada. Nunca conseguí tapar las goteras y entraba mucha agua cuando llovía. Era duro, sobre todo de noche. La vaca y el caballo no estaban mejor que yo, todo el primer invierno se lo pasaron en una cueva más oscura que un sótano.

—Padre —pregunta el hijo—, ¿por qué se apega usted a un sitio en el que ha sufrido tanto?

—Pero piensa qué alegría no sentiría yo —prosigue el padre— cuando pude construirles unos buenos establos a las bestias, y cuando el ganado se multiplicaba año tras año, de modo que siempre estaba planeando nuevas obras. De no vender ahora tendría que cambiar el tejado de las cuadras. Habría que hacerlo por esta época, nada más terminada la siembra.

—Padre —dice el hijo—, pronto podrá usted sembrar en el país donde parte de la semilla cayó al borde del camino y fue pisoteada, parte cayó en terreno pedregoso y se secó, parte cayó entre cardos y éstos la sofocaron, y otra parte cayó en tierra buena y dio como fruto el ciento por uno.²⁶

—En cuanto a la vieja cabaña —prosigue el padre— que levanté tras la primera choza, quería echarla abajo este año y construir una casa de dos

que le corresponde.» Y Jeremías 31:5: «De nuevo plantarás viñas en los montes de Samaria y quienes las planten las vendimiarán.» (N. de la T.)

²⁶ Lucas 8: 4. (N. de la T.)

plantas. ¿Qué haré ahora con los troncos que estuvimos acarreado durante el invierno? Fue un trabajo muy duro traer toda esa madera. Los caballos lo pasaron mal, y tú y yo también.

El hijo se angustia, tiene la sensación de que el padre se aleja de él, teme que el hombre vaya a ofrecer a Dios todas sus posesiones sin la disposición correcta y necesaria.

—Sí—replica—, pero ¿qué importan las casas nuevas y las cuadras en comparación con una vida sin pecado entre hermanos que piensan como tú?

—Aleluya —responde el padre—, sé que es un bello destino el que nos aguarda. No en vano estoy yendo a la planta para venderle mis tierras a la compañía maderera. La próxima vez que pase por aquí todo habrá terminado, entonces no seré dueño de nada.

El hijo no contesta, pero se siente satisfecho de que el padre se mantenga firme en su decisión.

Al cabo de un rato pasan por delante de un predio muy bien situado en lo alto de una loma. La vivienda principal está pintada de blanco y tiene balcón y solana, y alrededor de la casa crecen unos álamos muy altos cuyos hermosos troncos grisáceos rebosan de savia.

—Mira —dice el granjero—, exactamente así me imaginaba yo mi casa. Con una galería como ésa con balcón encima y la madera tallada. Y también un patio delantero igual de amplio y verde, de césped muy fino. ¿No habría sido preciosa, Gabriel?

El hijo no responde y el granjero comprende que está harto de oír hablar de la granja. También él enmudece, pero sus pensamientos van siempre de vuelta a su hogar. Se pregunta cómo les irá a sus caballos con el nuevo amo, cómo le irá a toda la finca. «Ay —piensa—, seguro que hago mal en vendérsela a una compañía. Talarán hasta el último árbol del bosque y dejarán que la granja decaiga. La tierra pantanosa volverá a ser pantanosa y el bosque de abedules se comerá los sembrados.»

Han llegado ya a la planta y ahí su interés se despierta de nuevo. Ve arados y gradas de último diseño y enseguida recuerda cuánto ha deseado comprarse una segadora nueva. Mira a su Gabriel, que es muy buen mozo, y se lo imagina sentado en una preciosa segadora roja, blandiendo el látigo sobre los caballos como lo haría un guerrero, y segando la hierba alta como quien barre al enemigo.

Cuando entra en las oficinas de la planta aún cree percibir el chirrido de la segadora en sus oídos. Oye el suave caer de la hierba cortada y las piadas y los zumbidos de espanto de pájaros e insectos.

En la oficina, el contrato de compraventa está listo y en regla. Ya se negociaron todas las cláusulas, el precio está fijado, sólo resta estampar las firmas.

Le leen el contrato y él escucha con atención. Escucha el número de hectáreas de bosque y el número de hectáreas de campos y prados, los enseres y el número de reses que debe entregar. Sus rasgos se endurecen. «No —se dice a sí mismo—, me niego.»

Cuando finaliza la lectura está a punto de decir que no puede firmar. En ese momento el hijo se inclina y le susurra al oído:

—Tiene que elegir, padre, la granja o yo, porque haga usted lo que haga, yo me marchó.

Los asuntos de su finca le han absorbido de tal modo que ni se le ha pasado por la cabeza que el hijo pudiera partir sin él. Vaya, conque el muchacho se va pase lo que pase. No acaba de entenderlo, él nunca se habría ido sin él.

Pero claro que tiene que acompañar a su hijo, faltaría más.

Se dirige a la mesa donde el documento espera su firma. El gerente de la planta en persona le coloca la pluma entre los dedos e indica el sitio en el papel.

—¿Ve aquí? —dice—. Escriba Hök Matts Eriksson.

Toma la pluma y al instante le llega el recuerdo nítido de cuando firmó un contrato hace exactamente treinta y un años y por el cual compraba un trozo de tierra sin cultivar. Recuerda que tras la firma se fue derecho a contemplar su propiedad. Ese día se dijo a sí mismo: «Mira lo que Dios te otorga, aquí tienes trabajo para toda la vida.»

El gerente cree que su demora se debe a la incertidumbre y le señala de nuevo el sitio donde debe firmar:

—Ponga su nombre aquí. Escriba Hök Matts Eriksson.

Empieza a firmar. «Ésta —piensa— va por mi fe y mi salvación, por mis queridos amigos, los hellgumianos, por nuestra vida en común que tanto aprecio, por no quedarme atrás, solo, sin nadie, cuando todos se vayan.» Y estampa la primera.

«Ésta —continúa— va por mi hijo Gabriel, por no perder a un hijo tan bueno y tan querido, por todas las veces que él se ha portado bien con su viejo padre, para demostrarle que él es lo que más quiero.» Y suscribe por segunda vez.

«Pero ¿y ésta? —piensa, empujando levemente la pluma—. ¿Por qué lo hago?» Y en ese instante su mano empieza a moverse por sí sola trazando gruesas líneas de un lado a otro del odioso papel. «Pues esto lo hago porque soy un hombre viejo al que le gusta cultivar la tierra, que tiene que arar y sembrar la misma tierra que siempre ha trabajado con el sudor de su frente.»

Hök Matts Eriksson, muy turbado, se vuelve hacia el gerente de la planta mostrándole el documento.

—Discúlpeme, por favor, de verdad quería deshacerme de mis propiedades; pero no he podido.

La subasta

En mayo se celebró una subasta en Ingmarsgården. ¡Dios bendito, qué tiempo más fabuloso hacía, el calor era auténticamente veraniego! Los hombres habían cambiado ya sus largos abrigos de piel por chaquetillas cortas y las mujeres estrenaban las mangas anchas y almidonadas de su indumentaria estival.

La mujer del maestro se estaba arreglando para asistir a la subasta. Gertrud no quería ir y el señor Storm se hallaba ocupado con sus lecciones. Cuando la señora Stina estuvo lista, abrió la puerta del aula y se despidió de su marido moviendo la cabeza. Él estaba explicándoles a los niños la destrucción de la antigua ciudad de Nínive²⁷ y al hacerlo su expresión era tan siniestra que las pobres criaturas abrían la boca asustadas.

Durante la caminata hasta el predio de los Ingmarsson la señora Stina se detenía ante cualquier cosa que estuviera en flor, ya fuera un arbusto de cerezo aliso o una colina cubierta de oloroso muguete. «No creo que exista algo más bonito que esto —se dijo—, aunque pudiera una viajar hasta la mismísima Jerusalén.»

La mujer del maestro, y muchos otros con ella, amaban doblemente su terruño desde que los hellgumianos lo denominaban Sodoma e incitaban a sus habitantes a abandonarlo.

La señora Stina cortó unas florecillas que crecían en la cuneta y las miró con algo similar a la ternura. «Si todos fuéramos tan malos como dicen, a Dios no le supondría ningún esfuerzo exterminarnos, bastaría con hacer que el invierno fuera permanente y dejar que la tierra estuviera por siempre nevada. Pero como Nuestro Señor permite que la primavera y las flores vuelvan cada año debe creer que, al menos, merecemos vivir.»

Al llegar a Ingmarsgården se detuvo con una expresión de ansiedad. «Creo que me iré por donde he venido, no quiero asistir a la desintegración de esta

²⁷ Capital de Asiria en el siglo VIII a.C. situada en la margen izquierda del Tigris. En las Escrituras su historia está ligada a la de Jonás, pues Dios le envió dos veces allí para anunciar su destrucción. Fue intentando huir de su cometido que Jonás fue a parar al vientre del pez. Jonás la describe como una «ciudad grandísima, se tardaban tres días en recorrerla.» (Jonás 1:2). Estaba rodeada de un muro de 12 km, con quince puertas. Los babilonios y los medos la destruyeron en el año 612 a.C. (*N. de la T.*)

antigua casa», se dijo. Pero en el fondo sentía demasiada curiosidad por ver qué pasaría con la finca.

Tan pronto se supo que el predio estaba en venta, Ingmar había hecho todo lo posible por comprarlo. Desgraciadamente, sólo poseía unas seis mil coronas y a Halvor la gran compañía maderera propietaria de la planta de Bergsåna le había ofrecido veinticinco mil. Mediante préstamos, Ingmar consiguió reunir la misma cantidad que ofrecía la compañía, pero entonces ésta aumentó su oferta a treinta mil e Ingmar, que no quería endeudarse tanto, se plantó.

Lo preocupante a este respecto no era únicamente que de este modo la finca saldría de la familia para siempre, ya que la gran compañía nunca revendía ninguna de sus adquisiciones; sino que además resultaba absolutamente improbable que la compañía le concediera a Ingmar el aserradero de Långforsen, y en ese caso él se quedaría sin sustento.

Casarse con Gertrud para el otoño, como estaba planeado, resultaba ahora impensable. Ingmar tal vez tuviera incluso que marcharse a otras tierras en busca de trabajo.

Al considerar la situación, la señora Stina no miraba a Karin y Halvor con buenos ojos. «Ojalá —se decía— Karin Ingmarsdotter no se acerque a hablar conmigo, porque no podría contenerme y le diría que no hay derecho, que no puede portarse tan mal con Ingmar. Y también le echaría en cara que, en el fondo, toda la culpa de que la finca no sea ya de Ingmar, es suya. Ya he oído decir que necesitan cantidades astronómicas de dinero para su viaje, pero es asombroso que Karin tenga estómago para venderle la finca de su familia a una compañía que no hace más que devastar el bosque y que abandona el campo enteramente a su suerte.»

Aparte de la compañía maderera había otro interesado en comprar la finca, y éste era el acaudalado juez de distrito Berger Sven Persson. Para Ingmar, esta alternativa sería mucho más afortunada, puesto que Sven Persson era un hombre generoso que nunca se negaría a arrendarle el aserradero. «Sven Persson no habrá olvidado que de niño —pensó la señora Stina—, cuando era un pastorcillo muerto de hambre, venía a por trabajo a la finca, y que fue don Ingmar quien se hizo cargo de él y lo ayudó a prosperar.»

La mayor parte del público que venía a la subasta no entraba en la casa, sino que se quedaba en el patio. La mujer del maestro hizo lo propio; se sentó sobre un montón de tablas y miró alrededor con melancolía, como hacen los que saben que ven un lugar entrañable por última vez.

La explanada del patio estaba flanqueada por tres alas de edificios anejos, y en medio se alzaba una caseta sobre pilares. No había nada que ofreciese un aspecto especialmente anticuado, a excepción del viejo porche con listones de madera tallada que enmarcaba el saledizo de la entrada de la vivienda

principal, y otro más antiguo todavía, de gruesas columnas de fuste retorcido, situado frente a la puerta del lavadero.

La señora Stina rememoró la larga lista de Ingmarsson cuyas pisadas habían ido hollando el patio. Era como si pudiera verlos, volviendo del trabajo al atardecer y dirigiendo sus pasos hacia el hogar, figuras larguiruchas, algo inclinadas, siempre temerosas de importunar o de acaparar más de lo que les correspondía.

Pensó en toda la laboriosidad y honradez que tenía su origen en aquella casa de labranza. «No debería estar permitido —pensó refiriéndose a la subasta—, habría que denunciarlo al rey.» De haberse tratado de su propio hogar, la señora Stina no se lo habría tomado peor.

La subasta todavía no había comenzado pero un gran número de público se había congregado ya. Algunos entraban en los establos y examinaban el ganado, otros se quedaban en el patio para curiosear entre los muchos aperos y carretillas y hachas, sierras y arados reunidos allí.

Sin embargo, cada vez que la señora Stina veía un par de vecinas saliendo de los establos pensaba indignada: «Mira a esas dos, la tía Inga y la tía Stava, ya le han echado el ojo a una res cada una. ¡Anda que no se pavonearán teniendo vacas de la raza autóctona de los Ingmarsson!» Y sonrió con cierto sarcasmo cuando vio al pobre Nils *el Pelantrín*²⁸ elegir entre los arados. «Qué importante se sentirá el pobre Nils empujando un arado que era del mismísimo don Ingmar.»

Los objetos de la subasta atraían cada vez a más personas. Los hombres se preguntaban mutuamente acerca de aperos tan obsoletos que nadie sabía ya para qué servían, y algunos hasta tenían la desfachatez de reírse de los vetustos trineos, algunos de los cuales eran muy antiguos y estaban pintados de rojo y verde; los arcos que les correspondían estaban adornados con abigarradas borlas de colores y conchas blancas.

Nuevamente, la señora Stina vio en su imaginación a los antiguos miembros de la familia conducir con parsimonia aquellos apolillados trineos. Se iban de fiesta o llegaban a casa el día de su boda con la novia sentada a su lado. «Qué cantidad de gente honrada se marcha de la parroquia», pensó, puesto que para ella era como si esos ancestros hubieran seguido viviendo en el predio hasta ese mismo día, cuando sus utensilios de labranza y sus vehículos estaban a punto de dispersarse a los cuatro vientos.

«Me gustaría saber dónde se ha metido Ingmar y cómo se encuentra —pensó—. ¡Si a mí me resulta tan doloroso cómo no se ha de sentir él!»

²⁸ Aproximadamente, «Nils de la Choza». El sobrenombre proviene del término *backstuga*, es decir, una humilde cabaña emplazada en las tierras de otro que le eran arrendadas a alguien muy pobre, más o menos por compasión. (*N. de la T.*)

Hacía un día tan espléndido que el adjudicador sugirió que todos los objetos en venta se trasladaran al patio a fin de evitar aglomeraciones en el interior. Así que los mozos y las sirvientas salieron cargando cofres y baúles adornados con rosas y tulipanes, gran parte de los cuales no se habían movido de su sitio en el ropero durante los últimos cien años. También sacaron cafeteras de plata y anticuadas calderas de cobre, ruelas y cardas, ropa de cama y toda suerte de utensilios para tejer, a cuál más extraño.

Las campesinas se abalanzaron sobre aquellos objetos, tocando y removiéndolo todo.

La señora Stina no había tenido intención de comprar nada, pero luego recordó que en la casa había un telar en el que se podía tejer un precioso damasco de hilo para mantelerías y se levantó a fin de mirarlo. Sin embargo, justo cuando se aproximaba, salió una sirvienta con dos enormes y antiquísimas Biblias, cuyos herrajes y tapas encuadernadas en piel pesaban tanto que la muchacha apenas podía con ellas.

Como si hubiese recibido una bofetada, la señora Stina, atónita, regresó a su sitio. Entendía que nadie leyera ya esas reliquias escritas en un lenguaje arcaico, pero no dejaba de ser muy extraño que Karin quisiese venderlas. «Quizá fuera una de esas Biblias la que estaba leyendo el ama el día en que vinieron a comunicarle que un oso había matado a su marido», pensó.

Rememoró todas las historias que había oído acerca de los Ingmarsson; cada cosa que veía parecía contarle algo.

Aquellos broches de plata que estaban encima de la mesa se los había robado un Ingmar Ingmarsson a unos trols de la montaña de Klackberget.

En ese calesín de ahí había ido a misa el Ingmar Ingmarsson de turno cuando ella era niña, y cada vez que las había adelantado a ella y su madre por el camino de la iglesia, su madre le había puesto la mano en el hombro diciéndole: «¡Haz una reverencia, niña, que pasa Ingmar Ingmarsson!»

Siempre le había maravillado que su madre nunca olvidara de instarla a hacerle aquella reverencia a Ingmar Ingmarsson. Tanto empeño no ponía la vieja mujer cuando pasaba el agente judicial o el juez del distrito.

Finalmente comprendió que cuando su madre era una chiquilla e iba a misa con su propia madre, ésta le ponía la mano sobre el hombro y le decía: «Haz una reverencia, niña, que pasa Ingmar Ingmarsson!»

«Bien sabe Dios —suspiró la señora Stina— que no es sólo porque he albergado la esperanza de que Gertrud gobernase esta casa algún día que me duele que se disperse todo esto; más bien, es que tengo la impresión de que con ello llega el fin de todo este pueblo.»

Entonces apareció el reverendo a las bridas de su coche. Se le veía serio y abatido y se dirigió al interior de la vivienda. La señora Stina comprendió que venía para interceder por Ingmar con Karin y Halvor.

Poco después llegaron el gerente de la planta de Bergsåna, en representación de la compañía maderera, y el juez Berger Sven Persson. El gerente entró sin más en la casa; en cambio, Sven Person dio una vuelta por el patio y miró lo que había. Pasó, entonces, por delante de un anciano menudo y de barba muy poblada que estaba sentado sobre el mismo pilón de tablas en que la señora Stina ocupaba un sitio. Era Stark Ingmar.

—Oiga, Ingmar —le preguntó Sven Persson deteniéndose frente a él—, ¿no sabrá usted si Ingmar Ingmarsson ha decidido ya si quiere comprarme esa madera que le he ofrecido?

—Dice que no —respondió el viejo—, pero digo yo que pronto le entrarán las dudas. —Y le echó una mirada maliciosa a Sven Persson haciendo un gesto en dirección a la señora Stina, dando a entender que no era conveniente que los oyera hablar.

—Pues debería sentirse más que afortunado —dijo el juez—. No ofrezco mercancía como ésa todos los días, si lo hago ahora es por la memoria de don Ingmar.

—Sí, es verdad, sí que es una buena oferta —replicó el viejo—, pero dice que ya ha dado su palabra en otra parte.

—¿Realmente está seguro de saber lo que deja escapar? —dijo el juez, y se alejó lentamente.

Hasta el momento ningún miembro de la familia se había dejado ver en el patio; pero de pronto el gentío descubrió la figura de Ingmar. Estaba apoyado contra una pared algo aparte, completamente inmóvil y con los ojos entornados.

Varias personas se acercaron para saludarle, pero cuando llegaban a su altura se abstenían y volvían a su sitio.

El rostro de Ingmar tenía la palidez de un muerto y al verle quedaba claro que el hombre se debatía contra un dolor tan intenso que nadie se atrevía a molestarle.

Ingmar permanecía tan quieto que hubo mucha gente que ni siquiera detectó su presencia. En cambio, todo aquel que hubiera puesto los ojos en él no podía quitarse esa visión de la cabeza. El espíritu festivo que normalmente se asocia a una subasta se diluyó rápidamente, con Ingmar ahí delante, apoyado contra la pared del hogar que estaba a punto de perder; nadie tenía el coraje de reír o de mostrar algún signo de alegría.

Por fin llegó el momento de iniciar la subasta. El adjudicador se subió a una silla y empezó a licitar un viejo arado. Ingmar seguía igual de inmóvil, como si fuera una efigie en lugar de un ser humano.

«Dios santo, ¿por qué no se retira de ahí? —murmuraba la gente—. ¿Qué necesidad tiene de presenciar esta desgracia? Aunque por algo dicen que los Ingmarsson siempre hacen las cosas a su manera.»

Entonces el martillo anunció el fin de la primera puja. Ingmar se estremeció, como si el golpe le hubiera tocado a él. Enseguida se quedó quieto otra vez; pero luego, a cada nuevo remate una sacudida le recorría el cuerpo.

Pasaron junto a la señora Stina dos campesinas que hablaban de Ingmar.

—Lástima que no esté prometido a una rica heredera, así tendría dinero para comprar la finca; pero como quiere a la hija del maestro, esa Gertrud... —dijo una.

—Cuentan que un pez gordo le ha prometido la finca como dote si se casa con su hija —contestó la otra—. ¿Ves?, como es de tan buena familia, da igual que sea pobre.

—De algo servirá ser el hijo de don Ingmar, ¿no?

«Qué bendición sería que Gertrud pudiese contribuir con algo», pensó la señora Stina.

Poco a poco se vendieron todos los utensilios y el subastador se trasladó a otro rincón del patio. Allí empezó por tapices tejidos a mano, manteles y cortinajes de cama, mostrándolos en lo alto de modo que los tulipanes bordados y los abigarrados encajes irradiaban sus destellos de seda sobre la explanada entera.

A Ingmar debió de llamarle la atención el flameo de las telas, porque miró hacia allí. Por un instante fueron visibles sus ojos inyectados en sangre abarcando toda la desolación de aquel espectáculo; luego los bajó de nuevo.

—Nunca he visto nada igual —dijo una joven campesina—. Yo creo que se nos muere aquí mismo. ¿Por qué no se va de una vez y deja de torturarse?

La señora Stina se puso en pie como para clamar al cielo que interrumpieran la subasta, que no había derecho; pero volvió a sentarse. «¿Y yo quién soy para exigir nada?», se recriminó con un suspiro.

Repentinamente se extendió un silencio tan profundo en el patio que la señora Stina tuvo que levantar la vista. Descubrió que el silencio se debía a que Karin Ingmarsdotter había salido de la casa. Quedó patente lo que el pueblo opinaba de su manera de actuar, porque a medida que ella cruzaba el patio los asistentes se apartaban; nadie tendió su mano para saludarla, la gente callaba y la miraba con desaprobación.

Karin estaba demacrada, parecía exhausta y caminaba más encorvada que nunca. Dos manchas rojas se destacaban en sus mejillas y, aparentemente, su suplicio era igual de intenso que en la época en que libraba sus batallas contra Eljas.

El objetivo de Karin era buscar a la señora Stina para hacerla entrar en la casa.

—Acabo de descubrir que estaba usted aquí, señora Stina —le dijo.

La mujer del maestro se hizo de rogar, pero sólo un poco. Karin venció su resistencia diciendo:

—Ahora que nos vamos tan lejos de aquí nos gustaría olvidar viejas disputas.

Mientras cruzaban el patio de vuelta a la casa, la señora Stina inició el ataque:

—Éste ha de ser un día muy triste para usted, Karin.

Ésta dejó escapar un suspiro pero no respondió.

—No entiendo cómo no le parte el alma vender todos estos viejos objetos de familia.

—Es lo que más se ama lo que precisamente hay que sacrificar por Nuestro Señor —respondió Karin.

—La gente se extraña de que... —empezó la señora Stina, pero Karin la cortó:

—El Señor también se extrañaría de que le priváramos de algo que ya le hemos ofrecido.

La señora Stina se mordió el labio y no supo qué más decir. Todos los reproches que había imaginado no hallaron salida; Karin era una mujer demasiado digna para que nadie tuviese el valor de censurar su conducta.

Justo cuando subían el ancho escalón del pórtico de entrada, posó su mano sobre el hombro de Karin.

—¿Ha visto usted quién está ahí? —le preguntó señalando a Ingmar.

Karin dio la impresión de encogerse levemente y evitó a toda costa mirar en la dirección de Ingmar.

—El Señor hallará la solución —murmuró—. El Señor hallará la solución.

En la sala principal no se habían producido grandes cambios con vistas a la subasta, ya que los bancos y las camas estaban empotrados y no podían transportarse a otro lugar. Las lámparas de cobre, en cambio, ya no iluminaban las paredes, y las camas eran un agujero negro sin las cortinas y las colchas; mientras que las alacenas pintadas de azul que antaño se dejaban entreabiertas para que las visitas pudiesen admirar la vajilla de plata apilada en su interior estaban cerradas en señal de que ahí ya no se guardaba nada que valiera la pena mostrar.

La única ornamentación de las paredes era el cuadro de Jerusalén, el cual ese día volvía a lucir una guirnalda de hojas verdes alrededor del marco.

Ocupaban la amplia estancia gran cantidad de correligionarios y parientes de Halvor y Karin. Uno tras otro se dejaban guiar hasta una larga mesa donde, tras hacerse de rogar, eran agasajados con excelentes manjares.

La alcoba estaba cerrada. En su interior se discutía en aquellos momentos la compra de la finca y las negociaciones se llevaban a cabo con ímpetu y en voz muy alta, especialmente por parte del párroco.

En cambio, en la sala principal los presentes se mantenían callados, y si alguien hablaba lo hacía bajito o susurrando. Mentalmente, todos se

encontraban dentro de la alcoba, donde se estaba decidiendo el destino de Ingmarsgården.

La señora Stina se dirigió a Hök Mattsson y le preguntó:

—¿Supongo que no tendremos la suerte de que Ingmar se quede con la finca?

—Hace mucho que su oferta ha sido superada —contestó Gabriel—. Por lo visto, el hotelero de Karlsund ha ofrecido treinta y dos mil coronas, y la compañía ha pujado hasta treinta y cinco mil. En estos momentos el reverendo intenta convencerles de que cierren el trato con el hotelero antes que con la compañía.

—¿Y qué hay del juez Berger Sven Persson? —preguntó la señora Stina.

—Parece que hoy no ha pujado.

El párroco habló largo y tendido con una voz que sonaba persuasiva. Sus palabras no eran inteligibles, pero mientras él hablara la gente sabía que nada estaba decidido aún.

Entonces se hizo un breve silencio, tras el cual se oyó la voz del hotelero que decía, no muy alto pero con tanto énfasis que era inevitable captar cada una de las sílabas:

—Ofrezco treinta y seis mil; no es que crea que la finca lo vale, pero lo hago porque no me gustaría que fuese a parar a manos de la compañía.

A continuación se oyó el golpe de un puño contra la mesa y la voz del gerente que atronó:

—Cuarenta mil, y no creo yo que nadie supere esa oferta, señores.

La señora Stina, muy pálida, se levantó y volvió a salir al patio. Puede que lo que se desarrollaba en el exterior fuera doloroso y triste, pero presenciar esa otra subasta encerrada en una habitación sofocante era aún más atroz.

Los tapices ya estaban vendidos y el subastador volvió a cambiarse de sitio dispuesto a ocuparse de las antigüedades de plata; las grandes cafeteras de plata con monedas de oro incrustadas y las copas con inscripciones del siglo XVII.

Cuando el subastador levantó la primera cafetera Ingmar dio un paso al frente como para impedir la venta, pero se refrenó al instante y volvió a su rincón.

Al cabo de unos minutos un viejo labriego se dirigió a Ingmar con la cafetera en la mano. El hombre la dejó humildemente a sus pies diciendo:

—Ésta debes conservarla como recuerdo de todo aquello que debería haber sido tuyo.

De nuevo un estremecimiento sacudió a Ingmar; su labio inferior tembló y hacía grandes esfuerzos por encontrar las palabras.

—No, ahora no hace falta que digas nada, ya me lo dirás otro día —añadió el viejo y empezó a alejarse; pero dio media vuelta y dijo—: La gente rumorea

que la finca podría ser tuya si quisieras; eso sería el favor más grande que podrías hacerle a esta parroquia.

En Ingmarsgården había varios ancianos que habían servido en la familia toda su vida y que ahora, en su vejez, seguían viviendo allí. La inquietud se había apoderado de ellos más que de los demás, puesto que temían que, en caso de que la finca cambiara de propietario, fueran desahuciados y no les quedara otro remedio que echarse a los caminos a mendigar. En cualquier caso, no les cabía duda de que nadie les trataría igual de bien que los antiguos amos.

Estos ancianos vagaban por la finca sin descanso, el desasosiego no les permitía permanecer sentados. Provocaba mucha lástima verlos pasar de puntillas, frágiles y asustados, y descubrir la angustia que reflejaban sus ojos legañosos y débiles.

Finalmente, fue a un abuelo de casi cien años al que se le ocurrió acercarse a Ingmar y sentarse en el suelo a su lado. Era como si por fin hubiese encontrado un sitio donde sentirse en paz, porque se quedó quieto y calmado, sus manos temblorosas apoyadas contra el mango de la muleta.

Tan pronto como otras dos de las ancianas empleadas de la finca, la tía Lisa y Märta *la del Establo*, vieron dónde se había instalado Bengt *el Cuervo*, también ellas renquearon hasta allí y tomaron asiento junto a Ingmar. No le dijeron nada; pero sin embargo albergaban la vaga noción de que él podía ayudarlas, él, que ahora era el nuevo Ingmar Ingmarsson.

Desde el momento en que se le acercaron los ancianos, Ingmar abrió los ojos y ya no volvió a entornarlos; sino que se quedó observándoles. Se diría que calculaba todos los años y las penurias que habían soportado mientras servían a su familia, y debió sentir que su primer deber era conseguir que pudieran acabar sus días en el lugar donde había transcurrido toda su vida. Ingmar oteó el patio, descubrió a Stark Ingmar y le parpadeó significativamente asintiendo con la cabeza.

Sin decir una palabra, Stark Ingmar entró en la casa, cruzó la sala grande y abrió la puerta de la alcoba, en cuyo umbral se quedó aguardando un momento propicio para dar su recado.

El párroco se hallaba en medio de la habitación dirigiéndose a Karin y Halvor, quienes estaban rígidos como momias. El gerente de la compañía maderera presidía la mesa con expresión autosuficiente, convencido de ser el mayor postor. Al hotelero de Karmsund, de pie junto a la ventana, se le veía indignado, la frente perlada de sudor, las manos trémulas. El juez Berger Sven Persson ocupaba el sofá situado en el fondo de la alcoba y su rostro ancho y autoritario no delataba ninguna emoción; estaba sentado con las manos entrelazadas sobre la barriga y de él se diría que lo único que ocupaba su mente era la velocidad a la que hacía girar sus pulgares.

Luego el párroco cedió la palabra. Halvor miró a Karin como pidiéndole consejo, pero ella permanecía inmóvil con la vista baja.

—Karin y yo nos vemos obligados a tener en cuenta que viajamos al extranjero —dijo Halvor—, y que tanto nosotros como toda la hermandad se sustentará de lo que obtengamos por nuestras propiedades. Sabemos ahora que sólo el viaje cuesta quince mil coronas, y a eso hay que añadirle el alquiler de una casa y los gastos para ropa y comida. No creo que podamos permitirnos el lujo de regalar una parte.

—¿No es absurdo pedirles a Karin y Halvor que vendan la finca por una cifra irrisoria únicamente para que no se la quede la compañía? —inquirió el gerente—. A mi entender, deben aceptar mi oferta inmediatamente, aunque sólo sea para poner fin a todos estos intentos de persuasión.

—Sí —confirmó Karin—, me temo que lo cierto es que debemos ajustarnos a la oferta del mejor postor.

Sin embargo, el párroco no pensaba darse por vencido fácilmente. Cuando se trataba de asuntos mundanos sabía muy bien cómo componer su perorata; el que razonaba allí era un orador completamente distinto del que hablaba desde el púlpito.

—Apuesto a que Karin y Halvor sienten tanto apego por esta finca que prefieren vendérsela a alguien que se haga buen cargo de ella; aunque al hacerlo sus ganancias disminuyan en un par de miles de coronas. —Y muy especialmente dirigido a Karin, prosiguió su discurso con una lista de fincas que habían acabado en la ruina después de ser vendidas a la compañía.

Karin levantó la vista en un par de ocasiones y el párroco se preguntó si, finalmente, había logrado conmoverla. «Algo tiene que quedarle de su instinto de mujer del campo», pensó, al exponer como ejemplos varios casos de granjas abandonadas y rebaños de ganado agonizantes.

Y luego remató de la siguiente manera:

—Sé perfectamente que si la compañía se obstinara en comprar Ingmarsgården, podrían pujar y pujar hasta que no hubiera un granjero en toda la comarca que pudiera seguirles. Pero si Karin y Halvor quieren impedir que este predio se convierta en una ruina más de la compañía, deben fijar un precio final para que los granjeros sepan a qué atenerse.

Ante la propuesta del párroco, Halvor miró nerviosamente a Karin. Ésta levantó los párpados despacio y respondió:

—Claro que Halvor y yo preferiríamos vendérsela a alguien como nosotros para estar seguros de que las cosas seguirán como siempre en la finca.

—Exacto, si alguien, aparte de la compañía, quisiera ofrecer cuarenta mil coronas nos contentaríamos con esa suma —dijo Halvor, que ahora por fin le seguía el hilo a su esposa.

Tras estas palabras Stark Ingmar cruzó la habitación y le susurró algo a Berger Sven Persson. El juez de distrito se levantó de inmediato y le dijo a Halvor:

—Ya que usted promete conformarse con cuarenta mil, yo le ofrezco esa suma.

El rostro de Halvor empezó a sufrir contracciones nerviosas y antes de contestar tragó saliva varias veces.

—Se lo agradezco, señor juez —dijo—. Me alegra dejar la finca en tan buenas manos.

Sven Persson también estrechó la mano de Karin, quien, conmovida, se secó una lágrima que le pendía del rabillo del ojo.

—Puede estar segura, Karin, de que aquí las cosas continuarán como siempre —dijo el juez.

Karin le preguntó si él mismo iría a vivir allí.

—No —respondió el juez, y añadió con ceremonioso énfasis—: Este verano caso a mi hija menor y les voy a regalar la finca a ella y a su esposo. —A continuación, se volvió hacia el párroco y le dio las gracias—: Ha conseguido salirse con la suya, reverendo —le dijo—. Quién iba a imaginar, cuando yo corría por aquí como un humilde pastor, que un día tendría el poder de reinstaurar a un Ingmar Ingmarsson en Ingmarsgården.

El párroco y los otros caballeros presentes se quedaron mirándolo sin entender; Karin se apresuró a salir de la habitación.

Mientras cruzaba la sala grande se fue enderezando, se anudó el pañuelo de la cabeza de modo que los pliegues cayesen como debían, y se alisó el delantal.

Cruzó el patio con paso digno y ceremonioso. Mantenía el cuerpo rígido, la mirada baja, y andaba a paso tan lento que no daba la impresión de desplazarse. De ese modo llegó hasta donde se encontraba Ingmar y le estrechó la mano.

—Quiero darte la enhorabuena, Ingmar —le dijo con voz quebrada por la emoción—. Hemos estado enfrentados en este asunto, pero ya que Dios no ha querido darme la satisfacción de que te sumes a los nuestros, le agradezco que te haya permitido hacerte con la finca.

Él no respondió, su mano descansaba flácida en la de Karin. Al soltársela ella, siguió allí de pie, tan abatido como lo había estado todo el día.

Cada uno de los caballeros que habían participado en la transacción se acercaron a Ingmar, le estrecharon la mano y le felicitaron:

—¡Mucha suerte con Ingmarsgården, Ingmar Ingmarsson! —le dijeron.

Un destello de felicidad iluminó el rostro de Ingmar. Muy despacio y por lo bajo dijo:

—Ingmar Ingmarsson, amo de Ingmarsgården. —Y su expresión era la de un niño al que acaban de regalar lo que ha deseado mucho tiempo. Pero acto seguido, su expresión se mudó en hastío, como si, con profundo disgusto, quisiese apartar de sí la dicha recién obtenida.

La noticia corrió por el patio como la pólvora. La gente, ansiosa de saber y comentar lo que sabían, hablaba ahora en voz alta. Varios se alegraron tanto que los ojos se les anegaron en lágrimas.

Nadie hacía caso de los reclamos del subastador; cada cual, labriegos y señores, vecinos y forasteros, se agolpaban alrededor de Ingmar para darle la enhorabuena.

En cierto momento, éste, rodeado de aquel alegre gentío, levantó la vista y descubrió a la señora Stina. Se hallaba un poco apartada del resto y tenía los ojos fijos en él. Estaba lívida y ofrecía el aspecto de una mujer envejecida y humilde. Cuando los ojos de él se cruzaron con los suyos, ella se dio la vuelta y echó a andar rumbo a la escuela.

Ingmar se apartó del grupo y corrió tras ella.

Alcanzándola, se inclinó y, con la voz rota y cada rasgo de su cara sacudido por el dolor, le dijo:

—¡Señora Stina, vuelva a su casa y dígame a Gertrud que me he vendido por la finca! ¡Pídale que nunca más vuelva a pensar en un pobre desgraciado como yo!

Gertrud

Algo muy raro le sucedía a Gertrud, algo que no podía dominar ni reprimir, algo que iba en aumento y que estaba a punto de apoderarse de ella por completo.

Su inicio se remontaba al instante en que supo que Ingmar la había traicionado, y consistía en un intenso temor a encontrarse con él, a toparse con Ingmar de repente en la calle o en la iglesia o en cualquier sitio. La razón por la cual eso se le antojaba tan espantoso escapaba a su entendimiento, pero el corazón le decía que no podría resistirlo.

De buena gana se habría encerrado en su casa noche y día para asegurarse de no verle; pero para una muchacha de condición humilde como ella, que no tenía más remedio que trabajar en el huerto y el jardín, que tenía que hacer el trayecto a pie hasta la dehesa varias veces al día para ordeñar las vacas, que a menudo era enviada a la tienda para comprar harina y azúcar y muchas otras cosas imprescindibles, para una muchacha así, eso era imposible.

Cuando salía de casa, Gertrud se bajaba el pañuelo hasta los ojos, no levantaba la vista del suelo y aceleraba el paso como si la persiguiera el diablo. A la mínima posibilidad se desviaba de la carretera y se metía en las zanjas que bordean los caminos y los sembrados, en las cuales se creía medianamente a salvo de un encuentro con Ingmar.

Porque el miedo no la abandonaba nunca, para ella no existía un solo lugar en el que no se expusiera a encontrarse con él. Si estaba remando se arriesgaba a verle mientras Ingmar conducía la maderada río abajo; y si se escondía en lo más profundo del bosque, podría cruzarse con él cuando, hacha al hombro, Ingmar fuera al trabajo.

Y si lo viera, sería indeciblemente doloroso; no lo resistiría.

Cuando estaba en el jardín desbrozando los parterres alzaba la vista sin cesar para verlo de lejos si venía, y así disponer del tiempo suficiente para huir.

Pensaba con amargura que Ingmar era demasiado conocido en su casa; el perro no ladraría si él viniera y las palomas, que recorrían con pasitos menudos las veredas del jardín, no levantarían el vuelo para dar la alarma con el batido de sus alas.

El temor de Gertrud no se aplacaba, al contrario, cobraba fuerza diariamente; todo su dolor se había transformado en miedo. Y la energía de que disponía para combatirlo disminuía por momentos. «Pronto llegará el día en

que no me atreva a salir de casa —pensaba—. Me convertiré en una mujer excéntrica y huraña, si es que no me vuelvo loca de atar.»

«¡Dios mío, por favor, quítame el terror que siento! —suplicaba—. En la cara de mis padres veo que ya piensan que no estoy en mi sano juicio. Veo que todos con los que me cruzo piensan lo mismo. ¡Ay, Señor, ayúdame!»

En la fase más aguda de su pánico, sucedió que Gertrud, una noche, tuvo un sueño muy extraño.

Sonó que a la hora de la siesta se iba con la colodra colgando del brazo para ordeñar. Las vacas pacían en una dehesa lejana, arriba en la linde del bosque, y ella caminaba hacia allí por las estrechas zanjas que bordean los caminos y los campos sembrados. Le costaba mucho andar, se sentía tan débil y exhausta que apenas podía levantar los pies. «¿Qué me pasa, por qué me cuesta tanto andar?», se preguntaba en el sueño. Y ella misma se respondía: «Estás tan cansada porque el dolor que llevas auestas es muy grande.»

Finalmente, creyó haber llegado a la dehesa; pero al entrar no vio las vacas. Eso la inquietó y se puso a buscarlas por todos los lugares a que solían ir; pero no las halló ni tras la maleza que crecía bajo los abetos, ni junto al arroyo ni entre los abedules.

Mientras buscaba descubrió un agujero en la cerca del lado que daba al bosque y supuso que las vacas se habían escapado por allí. Se sintió muy desgraciada y, llena de consternación, empezó a retorcerse las manos. «Y yo que estoy tan cansada —se dijo—, ¿voy a tener que atravesar todo el bosque para encontrar las vacas?»

No obstante, pronto se internó en el bosque por penosos vericuetos, abriéndose paso entre el áspero sotobosque y los pinchos de los enebros.

De repente, sin saber cómo había llegado hasta allí, se vio caminando en el bosque por una vereda lisa y pareja. La pinocha seca que la cubría hacía el suelo mullido y algo resbaladizo. A ambos lados de la vereda se elevaban grandes abetos y pinos perfectamente rectos, y unas luminosas manchas de sol se desplazaban por el liquen blanquecino que crecía a los pies de los árboles. La belleza y delicia de aquel bosque mitigó su ansiedad.

Mientras caminaba tranquilamente, distinguió a una anciana entre los árboles. Era la vieja Marit *la Lapona*, que sabía hacer sortilegios. «No hay derecho a que esa vieja malvada todavía viva y que yo tenga que encontrármela aquí en el bosque», pensó Gertrud, y avanzó sigilosamente a fin de que la vieja no descubriera su presencia.

Sin embargo, la vieja Marit alzó la vista justo en el momento en que Gertrud pasaba delante de ella.

—¡No te vayas, niña, que te enseñaré una cosa! —le gritó.

Y en un abrir y cerrar de ojos tuvo a la Lapona a sus pies, de rodillas en medio de la vereda. Con el dedo índice la mujer trazó una circunferencia en la

pinocha y colocó un cuenco de bronce en el centro. «Va a hacer un sortilegio — pensó Gertrud—, ¡y pensar que es verdad que es una bruja!»

—Mira dentro del cuenco a ver qué ves —dijo la anciana.

Gertrud lo hizo y se estremeció: muy nítidamente, reflejado en el fondo del cuenco, vio el rostro de Ingmar. A continuación, la vieja le puso una aguja muy larga en la mano.

—Ten —le dijo—, toma esto y clávaselo en los ojos. Hazlo por su traición.

Gertrud vaciló, pero al mismo tiempo sintió muchas ganas de hacerlo.

—¿Por qué habría él de ser rico y feliz mientras tú padeces todos los males del infierno? —la azuzó la vieja. A Gertrud la invadió un deseo incontenible de obedecerla. Bajó la aguja—. Asegúrate de que le das en medio del ojo —dijo la vieja.

Dos veces, muy deprisa, pinchó Gertrud los ojos de Ingmar. Notó que la aguja se hundía muy hondo, como si no tocara el cuenco de bronce sino algo blando, y luego, al retirarla, comprobó que estaba manchada de sangre. Entonces creyó que realmente le había pinchado los ojos a Ingmar. El acto que creía haber cometido la llenó de una terrible angustia, y su horror escaló hasta que, al final, consiguió despertarla. Antes de convencerse de que no era más que un sueño, Gertrud pasó largo rato entre convulsiones y llanto. «¡Que Dios me ampare, que Dios me proteja de querer vengarme!», gemía.

Finalmente se calmó, pero nada más dormirse de nuevo, regresó al mismo sueño.

Otra vez caminaba por las veredas que conducían a la dehesa. Otra vez habían desaparecido las vacas y ella se adentraba en los vericuetos del bosque en su búsqueda. A continuación, enfiló el hermoso sendero y contempló el juego de luz de las manchas solares sobre el líquen. Se acordó entonces de lo que acababa de sucederle en el sueño. Caminaba temiendo encontrarse a la vieja lapona y alegrándose por cada segundo que pasaba sin que apareciera.

Entonces, entre dos matas que tema enfrente se abrió una grieta en la tierra. Primero vislumbró una cabeza saliendo de la hendidura y, a continuación, surgió del subsuelo el cuerpo de un hombre menudo. El hombre emitía un zumbido constante con los labios, lo cual la informó de la identidad del personaje: era Peter *el Zumbao*, que no estaba bien de la cabeza. A temporadas vivía cerca del pueblo; pero apenas llegaba el verano prefería instalarse en un escondrijo en el bosque.

Gertrud enseguida recordó los rumores: quien quería perjudicar a sus enemigos solapadamente podía servirse de él; era sospechoso de haber provocado incendios a cuenta de terceros en muchas ocasiones.

Ahora se acercó al hombre y, medio en broma, le preguntó si no quería prenderle fuego al predio de los Ingmarsson.

—Lo deseo —le explicó— porque Ingmar Ingmarsson quiere a esa finca más que a mí.

Para su horror, el orate pareció tomarse la propuesta al pie de la letra. Asintió entusiasmado con la cabeza y echó a correr en dirección al pueblo. Ella no dudó en seguirlo pero, por más que lo intentó, no pudo alcanzarlo. Las ramas bajas de los abetos la retuvieron, se hundió en ciénagas y resbaló en la superficie de las rocas. Por fin, llegó a la linde del bosque, pero sólo para encontrarse con el resplandor de las llamas entre los árboles. «Ya lo ha hecho, ya ha prendido fuego a la casa», pensó despertándose por segunda vez presa del pánico.

Se incorporó en la cama, las lágrimas fluían por sus mejillas, no se atrevía a acostarse por miedo a seguir soñando.

«Que Dios me ampare, que Dios me ampare —rogó para sus adentros—. No sé cuánto hay de malo en mí, pero Dios es testigo de que ni una sola vez durante todo este tiempo he pensado en vengarme de Ingmar. ¡Dios, no permitas que cometa ese pecado!»

—La pena es peligrosa —gimió entrelazando las manos—. La pena es peligrosa, la pena es peligrosa.

Sin duda, ni ella misma sabía exactamente qué significaban sus palabras, pero sí sentía que su pobre corazón era como un vergel arrasado. El dolor era su actual jardinero e iba plantando cardos y flores venenosas.

Durante toda la mañana tuvo la sensación de que seguía soñando, distaba de sentirse completamente despierta. El sueño había sido tan vívido e intenso que no podía olvidarlo.

Al recordar la alegría con que había pinchado los ojos de Ingmar pensó: «Es horrible lo mala y vengativa que me he vuelto. No sé qué hacer para escapar a todo esto; me estoy convirtiendo en una persona ruin y miserable.»

Al mediodía se colgó la colodra del brazo y tomó el camino de la dehesa para ir a ordeñar. Como siempre, se bajó el pañuelo hasta los ojos y no apartó la vista del suelo. Recorrió las veredas que había andado en sueños, reconociendo las flores que las bordeaban; y en ese extraño duermevela en que iba sumida, apenas distinguía lo que realmente veía de lo que sólo imaginaba.

Al llegar a la dehesa el sueño se hizo presente de nuevo debido a que no vio a las vacas. Entró a buscarlas como lo hiciera en su sueño, las buscó junto al arroyo, entre los abedules y tras la maleza de los abetos. No las halló en ninguna parte, pero presentía que no estaban lejos y que las vería en cuanto lograra despejarse por completo.

Pronto descubrió un gran agujero en el cercado y comprendió que el ganado se había escapado por allí.

Se dedicó entonces a perseguir a las fugitivas. Siguió las profundas huellas que habían marcado sus pezuñas en el poroso suelo del bosque y descubrió que habían tomado una senda que conducía hasta una lejana cabaña de pastores.

«Ya sé dónde están —pensó—, sé que los de la granja de Lyckgård iban a llevar sus rebaños hasta allá arriba esta mañana. Seguro que nuestras vacas, al oír el cencerro de las otras, han roto la valla y las han seguido por el bosque.»

Ahora, tras la inquietud por la suerte de sus vacas, se sentía completamente despierta. Decidió subir hasta la cabaña, de lo contrario a saber cuándo regresaría el ganado, y echó a andar deprisa por la pedregosa pendiente.

Después de subir casi en línea vertical durante un rato, la vereda se desviaba bruscamente a un lado, y ahora se extendía ante ella cubierta de pinocha y completamente lisa y pareja.

La reconoció del sueño, las mismas manchas de sol jugaban sobre el líquen blanquecino y los árboles eran igual de altos.

Al reconocer la vereda se sumió nuevamente en el estado de duermevela en que se había encontrado todo el día. Empezó a tener la certeza de que algo sobrenatural estaba a punto de ocurrirle. Se dedicó a mirar bajo los enormes abetos buscando indicios de alguno de los misteriosos seres que habitan las profundidades del bosque.

No vio a nadie pero en su alma despertaron ideas extrañas. «¿Y qué pasaría si me vengara de Ingmar? A lo mejor me libraría de mi pánico. Tal vez evitaría volverme loca. Quizá sería delicioso hacerle sufrir lo que yo sufro.»

La bonita vereda de pinocha se le antojó infinitamente larga. Anduvo por ella durante toda una hora, asombrada de que no le ocurriera nada extraordinario. La vereda terminaba en un claro. El precioso lugar era un pequeño prado de hierba jugosa y fresca, tapizado de flores diversas. A un lado se elevaba una escarpada pared rocosa; al otro, grandes árboles, principalmente serbales llenos de racimos de flores blancas; aunque también había abedules y alisos. Un manantial de chorro ancho y abundante manaba de la pared, atravesaba el prado y se precipitaba por una grieta que rebosaba de verdes helechos y plantas.

Gertrud se paró en seco. Enseguida reconoció el lugar, aquella fuente era conocida como Svartvattnet, el Agua Negra, y de ella se contaban cosas muy curiosas. Más de una vez se había dado el caso de que alguien adquiría una extraña clarividencia después de cruzar el arroyo. Un niño que lo atravesó había visto un cortejo nupcial que en aquel preciso instante se dirigía a la iglesia abajo en el pueblo, a gran distancia de allí; y un carbonero había visto a un rey, con cetro y corona, dirigiéndose a caballo hacia el lugar de su coronación.

Gertrud sintió el corazón en la garganta. «¡Que Dios me asista por lo que pueda ver!», suspiró. Estuvo tentada de dar media vuelta. «Pero he de continuar, pobre como soy —se dijo—. Tengo que pasar por ahí para recuperar

mis vacas. Dios mío —pidió juntando las manos—. Que no se me aparezca nada malo. No dejes que caiga en la tentación.»

Estaba tan convencida de que iba a aparecérselo algo que a duras penas se atrevía a pisar las piedras del vado. Ya en mitad del arroyo percibió un movimiento en el fondo del bosque de la margen opuesta; sin embargo, no era un cortejo nupcial sino un caminante solitario que se aproximaba lentamente por el prado.

Era alto y joven y vestía un traje talar de color negro. Su rostro era ovalado y muy bello, y de la cabeza descubierta pendían largos mechones de cabello rizado hasta los hombros.

El desconocido venía hacia ella en línea recta. Sus ojos eran luminosos y claros, como si de ellos emanase una luz, y al posarse su mirada sobre ella, Gertrud comprendió que ese hombre entendía toda su tristeza. También vio que se compadecía de ella, una pobre infeliz atormentada por menudencias terrenas, y cuya alma, contaminada por los miasmas de la venganza, estaba sembrada de los cardos y ponzoñosas flores de la pena.

A medida que la distancia entre ellos disminuía, Gertrud sintió que una paz y bienestar crecientes inundaban su ser, una calma serena y llena de sol. Para cuando él hubo pasado de largo, ya no quedaba en ella ni rastro de pesadumbre ni amargura, todos los males se habían esfumado; como cuando una enfermedad curada da paso a la salud y el vigor.

Gertrud permaneció inmóvil largo rato. La visión se desvaneció a lo lejos; sin embargo, ella siguió ensimismada en un estado de dicha y ensueño. Cuando finalmente miró alrededor, de la aparición no quedaba rastro; mas la impresión de lo que había visto perduraba. Entrelazó sus manos y las elevó en éxtasis.

—¡He visto a Jesús! —clamó con un júbilo que le venía de muy hondo—. He visto a Jesús, se ha llevado mi pena y yo le amo. Ahora ya no podré amar a nadie más que a él.

Las preocupaciones de la existencia se redujeron a la nada; y los largos años de una vida le parecieron un período muy breve; y toda la felicidad terrenal se le antojó mezquina y superficial, del todo insignificante.

Al mismo tiempo, Gertrud supo cómo organizar su vida a partir de ahora.

A fin de no volver a hundirse en las marismas del pánico, y para evitar la tentación del mal y la venganza, se iría de allí. Seguiría a los hellgumianos a Jerusalén.

Esta idea se le ocurrió en el momento en que Jesús pasó por su lado; creyó, pues, que provenía de él, que lo había leído en sus ojos.

El hermoso día de junio en que Berger Sven Persson celebraba las nupcias de su hija con Ingmar Ingmarsson, una mujer joven fue temprano por la

mañana a la casa de la boda y solicitó hablar con el novio. La joven era alta y esbelta, el pañuelo le tapaba el rostro de modo que lo único visible eran unas mejillas blancas como el plumón de las aves y unos labios encarnados. De su brazo colgaba un cesto del que sobresalían montoncitos de cintas tejidas a mano, además de trenzas y brazaletes hechos de pelo.

Le dio el recado a una criada muy vieja que encontró en el patio y ésta entró en la casa y se lo comunicó a la dueña. La dueña contestó al instante: «Ve y dile que Ingmar Ingmarsson está a punto de salir para la iglesia y que no tiene tiempo de hablar con ella.»

Tan pronto la desconocida recibió la respuesta se marchó. Nadie la vio durante toda la mañana; pero cuando la comitiva regresó de la iglesia, la joven apareció de nuevo y pidió por Ingmar Ingmarsson.

Esta vez le dio el recado a un mozo joven que se apoyaba contra el portalón de los establos, y éste fue a avisar al amo. «Dile —dijo el amo— que en estos momentos Ingmar Ingmarsson va a celebrar su banquete de bodas y que no tiene tiempo de hablar con ella.»

Al recibir la respuesta, la joven suspiró y se marchó; pero volvió al atardecer, cuando el sol se ponía.

En esta ocasión le dio el recado a una niña que se columpiaba sobre la puerta de la verja, y la niña se fue derecho a la casa y se lo comunicó a la novia. «Dile —contestó la novia— que Ingmar Ingmarsson está bailando con la novia y que no tiene tiempo de hablar con nadie.»

Cuando la niña regresó con el recado la desconocida sonrió y dijo: «Eso es mentira, la que está bailando no es la verdadera novia.»

La joven no se marchó esta vez, sino que se quedó de pie junto a la verja.

Poco después la novia se lamentaba para sus adentros: «¡He dicho una mentira en el día de mi boda!» Arrepentida, se acercó a Ingmar y le dijo que en el patio había una desconocida que quería hablar con él.

Ingmar salió y vio a Gertrud esperando junto a la verja.

Gertrud salió al camino e Ingmar la siguió. Caminaron en silencio hasta que se encontraron a un buen trecho de la casa, que estaba de fiesta.

De Ingmar podría decirse que había envejecido en un par de semanas. Al menos, su rostro tenía expresión más precavida y prudente. También caminaba más encorvado, y su actitud era más humilde ahora que era rico que cuando no poseía nada.

Evidentemente, no se alegró de ver a Gertrud. No pasaba un día sin que intentara convencerse de que estaba satisfecho con el cambio que había hecho. «Para nosotros los Ingmarsson lo primero es poder labrar y sembrar la tierra de nuestros abuelos», se decía. Lo que más le torturaba no era haber perdido a Gertrud, sino el hecho de que existiera una persona que pudiera decir de él que

no era un hombre de palabra. Mientras caminaba tras ella iba pensando en todas las frases despectivas que ella tenía derecho a decirle.

Gertrud se sentó sobre una peña junto al camino y dejó el cesto en el suelo. El pañuelo le tapaba el rostro aún más que antes.

—¡Siéntate! —le dijo a Ingmar señalándole otra peña—. Tengo muchas cosas que decirte.

Él tomó asiento alegrándose de la tranquilidad que sentía. «Esto va mejor de lo que esperaba —pensó—. Creía que ver a Gertrud y oírla hablar me sentaría mucho peor. Creía que el amor podría conmigo.»

—No habría venido a importunarte en el día de tu boda —dijo Gertrud— si no fuera necesario. Me marchó de aquí y nunca volveré. Estaba lista para partir ya hace una semana, pero entonces ocurrió algo que me obligó a posponer el viaje y a hablar contigo justamente hoy.

Ingmar permanecía callado, encogido como alguien que levanta los hombros y agacha la cabeza previendo la tormenta que se avecina. Entretanto, pensaba: «No importa lo que piense Gertrud, la verdad es que hice bien en elegir la finca de mi familia, no habría podido vivir sin ella, me habría muerto de añoranza si hubiese ido a parar a otras manos.»

—Ingmar —dijo Gertrud, ruborizándose, de modo que lo poco que sobresalía del pañuelo se volvió rosado—, creo que recordarás que hace cinco años yo tenía la intención de convertirme a la fe de los hellgumianos. Ya entonces le había entregado mi corazón a Cristo, pero luego se lo quité para dártelo a ti. Ése fue mi error y por eso me ha caído todo esto. Del mismo modo en que yo traicioné a Cristo entonces, fui traicionada después por quien yo amaba.

Tan pronto Ingmar comprendió que Gertrud pensaba anunciarle que iba a unirse a los hellgumianos se le escapó un resoplido de aversión y sintió un profundo malestar. «No soportaré que se una a esos peregrinos de Jerusalén y se vaya con ellos al fin del mundo», pensó. La contradijo con el mismo tesón que hubiera puesto si todavía fuera su prometida.

—No debes pensar así, Gertrud, esto no lo ha ideado Dios como un castigo contra ti.

—Ya sé que no, Ingmar, no es para castigarme, claro que no, sino para demostrarme lo mal que elegí la otra vez. ¡De ningún modo es un castigo, cómo va a serlo si soy tan feliz! No añoro nada, he sido liberada de todo dolor. Tienes que entender esto que te digo, Ingmar: he sido elegida por Dios en persona, él me ha llamado.

Ingmar callaba, sus facciones aparecían endurecidas por la cautela y el cálculo. «Eres tonto de remate —despotricó contra sí mismo—, deja que Gertrud se vaya. Un mar y un continente entre vosotros, ¿qué más quieres? Un

mar y un continente, un mar y un continente.» No obstante, lo que en su interior se rebelaba a que Gertrud partiese era más fuerte que él y por eso dijo:

—Nunca entenderé cómo es posible que tus padres te den permiso para abandonarles.

—No me lo dan —contestó Gertrud—, y estoy tan segura de ello que no voy a preguntárselo. Mi padre jamás lo aceptaría. Creo incluso que hasta usaría la violencia para impedírmelo. Eso es lo más duro, tener que marcharme a escondidas de ellos. En este momento creen que estoy por ahí vendiendo mis cintas y no sabrán nada hasta que me haya unido al grupo en Gotemburgo y el barco haya zarpado.

A Ingmar lo indignó que pretendiese causar tamaño disgusto a sus padres. «¿Es que no entiende lo mal que se porta con ellos? —se preguntó, e iba a decírselo, pero se contuvo—. ¿Con qué derecho voy, precisamente yo, a recriminarle nada de lo que haga?»

—Sé perfectamente que mis padres son dignos de lástima —dijo Gertrud—, pero se me ha concedido el don de seguir a Jesús. —Al pronunciar el nombre del Salvador sonrió—. Él me ha salvado del mal y la locura —añadió con fervor juntando las manos.

Y como si hasta entonces no hubiese tenido el valor de hacerlo, se apartó el pañuelo hacia atrás y miró a Ingmar a los ojos. Él notó que lo estaba comparando con la imagen de alguien e intuyó lo simple e insignificante que aparecía su propia imagen en la comparación.

—Para mis padres será muy duro —insistió Gertrud—. Padre es tan mayor que pronto se retirará de la escuela y entonces el sueldo les alcanzará aún menos que ahora. Además, cuando se quede sin nada que hacer, estará siempre de mal humor. Madre tendrá problemas con él, acabarán los dos lamentándose todo el día. De vivir yo con ellos esto no pasaría porque les daría ánimos. —Hizo una pausa, como si dudase.

Entretanto, en su interior, Ingmar sintió que algo se rajaba y daba paso a las lágrimas. Era obvio que Gertrud iba a pedirle que se hiciera cargo de sus ancianos padres. «Y yo que creía que había venido aquí para insultarme y escarnecerme —pensó—, y en cambio me demuestra que me tiene gran confianza.»

—No es preciso que me lo pidas, Gertrud —dijo—. Tu confianza me honra, a mí, que tanto te he fallado. Pero te aseguro que con tus padres me portaré mucho mejor de lo que me he portado contigo.

La voz de Ingmar se quebraba al hablar y el cálculo y la cautela desaparecieron casi por completo de sus facciones. «Qué buena es Gertrud conmigo —pensó—. No sólo me pide esto para ayudar a sus padres, sino también por mí; me está diciendo que me perdona.»

—Ya sabía yo que no ibas a negarte —dijo ella—. Y ahora te voy a contar otra cosa. —Su voz se hizo más ligera y risueña—. Tengo un gran regalo para ti.

«Qué bonito es oírla hablar —pensó Ingmar de repente—. Creo que nunca he oído a nadie hablar con una voz tan dulcemente alegre y melodiosa.»

—Hace ocho días me fui de casa —dijo Gertrud— con intención de dirigirme a Gotemburgo para esperar allí a los hellgumianos. Pero la primera noche pernocté en la planta de Bergsåna, en casa de la viuda de un herrero, una mujer pobre que se llama Maria Bouving. Ese nombre debes recordarlo, Ingmar, y si un día se encuentra en apuros ayúdala.

«¡Qué guapa es Gertrud! —pensó Ingmar al tiempo que asentía con la cabeza y prometía recordar el nombre de Maria Bouving—. ¡Qué guapa es! ¿Qué será de mí cuando no pueda verla? Que Dios me ampare si he hecho mal en renunciar a ella por un viejo predio. Cómo podrían los campos y los bosques equipararse a una persona, ellos no ríen conmigo si estoy contento, ni me consuelan si estoy triste. No hay nada en el mundo que compense la pérdida de alguien que nos ama.»

—En la cocina de Maria Bouving —prosiguió Gertrud— hay una pequeña alcoba donde me alojé. «Ya verás lo bien que dormirás aquí», me dijo, «las sábanas las compré en la subasta de los Ingmarsson». En cuanto me acosté sentí un extraño bulto muy duro en la almohada. «Vaya, esta ropa de cama no es tan buena», pensé. Pero como estaba muy cansada después de la larga caminata de todo un día, al final me dormí. Luego me desperté en mitad de la noche y le di la vuelta a la almohada para no tener aquel bulto hincado en la nuca. Entonces descubrí que el almohadón había sido rajado de extremo a extremo, y luego cosido con puntadas muy bastas. Ahí dentro había algo duro que crujía como el papel. No tengo por qué dormir sobre una piedra, me dije y tiré de aquello tan duro. Lo que saqué fue un paquete celosamente envuelto y anudado.

Gertrud hizo una pausa para comprobar si Ingmar mostraba alguna curiosidad; pero él no había prestado demasiada atención. «Qué bonito es verla mover la mano cuando habla —pensaba él—. Creo que nunca he conocido a nadie de gestos tan elegantes como los de Gertrud, ni que ande de una manera tan ágil como ella. Sí, de siempre es sabido que el amor de una persona vale más que nada. De todos modos, creo que hice lo correcto porque no sólo la finca me necesitaba, sino toda la parroquia.» Pero comprobaba con creciente angustia que ya no le resultaba tan fácil como hace un rato convencerse de que su amor a la finca era mayor que el que sentía por Gertrud.

—Dejé el paquete junto a la cama —prosiguió ella—, para mostrárselo a la viuda por la mañana. Pero al clarear vi que tu nombre estaba escrito en el envoltorio y entonces me fijé más atentamente. Luego decidí traértelo a ti sin decírselo ni a Maria Bouving ni a nadie. Aquí lo tienes, Ingmar. Es enteramente tuyo.

Gertrud sacó un paquete no muy grande del fondo de su cesto y se lo entregó a Ingmar mientras lo miraba expectante, como esperando alegres muestras de sorpresa.

Ingmar lo tomó sin dedicarle demasiada atención. Su mente trabajaba a marchas forzadas para mantener a raya el amargo arrepentimiento que se cernía sobre él. «Si Gertrud supiera lo peligrosas que son para mí su dulzura y su bondad... ¡Ojalá hubiese venido para reñir conmigo!»

«Debería alegrarme de todo esto —pensó—, pero no me alegro. Es como si Gertrud me agradeciera que yo la haya traicionado. Y eso no quiero ni pensarlo.»

—Ingmar —dijo ella en un tono que por fin le hizo ver que tenía algo de suma importancia que decirle—, he estado pensando en que cuando Eljas estaba en cama enfermo en Ingmarsgården, probablemente utilizara ese almohadón para su almohada.

Acto seguido, cogió el paquete de manos de él y lo desenvolvió. Ingmar oyó el sonido de billetes nuevos sin usar. A continuación vio que Gertrud sacaba veinte billetes de mil coronas cada uno y los sostenía a la altura de los ojos de él.

—Ves, Ingmar, es tu herencia. Como comprenderás, debió ser Eljas quien metió ese paquete en la almohada.

Ingmar oyó lo que le decía y vio los billetes; pero tenía la impresión que todo lo veía y oía a través de una neblina. Gertrud le tendió el dinero pero los dedos de Ingmar, faltos de fuerza, eran incapaces de retener nada y el fajo de billetes cayó al suelo. Gertrud los recogió y los metió en el bolsillo de Ingmar, quien había empezado a notar que su cuerpo se tambaleaba como si estuviera borracho.

De pronto Ingmar estiró un brazo y apretó el puño sacudiéndolo en el aire igual que lo haría un beodo.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —gritó. Le habría gustado intercambiar unas palabras con Nuestro Señor, preguntarle por qué ese dinero no había aparecido antes, por qué salía a la luz ahora que no lo necesitaba, ahora que ya había perdido a Gertrud. Luego dejó caer las manos pesadamente sobre los hombros de ella—. Te has desquitado a gusto, ¿eh, Gertrud?

—¿Llamas a esto un desquite, Ingmar? —repuso ella consternada.

—¿Cómo quieres que lo llame? ¿Por qué no me trajiste el dinero enseguida?

—Quería esperar al día de la boda.

—Si hubieses venido antes de la boda seguro que podría haberle comprado la finca a Sven Person y entonces tú ahora serías mía.

—Sí, lo sé.

—En vez de eso te presentas el día en que me caso, cuando es ya demasiado tarde.

—Era demasiado tarde de todos modos, Ingmar. Era demasiado tarde hace una semana y es demasiado tarde ahora y será demasiado tarde siempre.

Ingmar había vuelto a sentarse, con las manos se tapaba los ojos y gemía.

—Ah, yo creía que no había otra solución. Ah, creía que no estaba en poder de los hombres cambiar las cosas. ¡Y ahora resulta que sí había remedio! ¡Ahora descubro que todos podríamos haber sido felices!

—Tienes que entender una cosa, Ingmar —dijo Gertrud—. Cuando encontré el dinero enseguida vi que, como dices ahora, podía ayudarnos; pero en ningún momento supuso una tentación para mí, ¿entiendes? ¿Y sabes por qué? Porque pertenezco a otro.

—Deberías haberte quedado con el dinero —le espetó Ingmar—. Esto me devora, es como un lobo que hurga en mis entrañas. ¡Lo que sentía antes, cuando sabía que lo nuestro era imposible, no es nada; pero ahora que sé que podrías haber sido mía!

—Si he venido es para darte una alegría, Ingmar.

Entretanto, en la casa del banquete nupcial la gente se estaba impacientando y algunos salían a la escalinata y llamaban: «¡Ingmar, Ingmar!»

—Ahí abajo me espera la novia —dijo él angustiado—. ¡Y que seas tú quien ha provocado todo esto, Gertrud! Cuando yo te traicioné lo hice por pura necesidad, pero tú lo has estropeado todo sólo para hacerme daño. Ahora sé qué sintió mi padre cuando mi madre mató al niño —le espetó. Ingmar rompió a llorar convulsivamente—. Nunca te he querido tanto como esta noche —gimió—. Hasta esta noche no te he querido ni la mitad de lo que te quiero ahora. No sabía que el amor fuera algo tan amargo y terrible.

Gertrud puso su mano con mucha dulzura en la cabeza de él.

—Nunca, nunca he tenido la intención de vengarme de ti, Ingmar. Pero mientras tu corazón esté ligado a las cosas de este mundo, sufrirás.

Ingmar estuvo sollozando largamente, y cuando al final levantó la cabeza Gertrud se había ido. Desde la casa llegó gente que le buscaba.

Ingmar descargó un último golpe contra la peña sobre la que estaba sentado, y su expresión se fue haciendo más y más recalcitrante.

—Gertrud y yo nos volveremos a encontrar —juró en voz alta—, y apuesto a que las cosas irán de otro modo. A un Ingmar se le conoce porque cuando quiere algo siempre lo consigue.

La viuda del antiguo párroco

Cabe asimismo relatar el empeño que toda la parroquia puso en convencer a los hellgumianos de que no partieran. Al final, parecía que hasta por caminos y quebradas reverberaba el eco: «¡No os marchéis, no os marchéis!»

Incluso las autoridades intentaron disuadir a los granjeros de llevar a cabo su empresa. El agente judicial y el gobernador civil no les daban tregua. Les preguntaban cómo podían estar tan seguros de que esos americanos no eran unos estafadores. En realidad, no sabían nada de las personas con las que iban a reunirse. Además, en aquel país no existían ni la ley ni el orden. Todavía hoy podía uno ser asaltado por bandoleros. Y tampoco existían carreteras; se verían obligados a transportar su equipaje a lomo de las caballerías, como en los lejanos bosques de Laponia.

Por su parte, el médico les comunicó que no soportarían el clima.

Y que Jerusalén estaba infestada de viruela y fiebres. Partían hacia una muerte segura.

Los hellgumianos respondían que eran conscientes de todo aquello.

Y que era justamente por eso por lo que iban allí. Partían para luchar contra la viruela y las fiebres, para construir carreteras, para cultivar la tierra. La patria de Dios no iba a seguir siendo dominio de las bestias; iba a ser transformada en un paraíso.

Y nadie fue capaz de hacerles cambiar de idea.

Abajo en el pueblo, frente a la iglesia, vivía la viuda de un antiguo pastor. La mujer era muy vieja, viejísima. Ocupaba un gran desván en el mismo edificio de la estafeta de correos, situada diagonalmente frente a la iglesia. Allí vivía desde que enviudó y tuvo que abandonar la rectoría.

Según una arraigada costumbre, cada domingo antes de la misa, alguna campesina pudiente se tomaba la molestia de subirle un pan recién hecho y un poco de mantequilla o leche. Entonces, la anciana ordenaba poner la cafetera en el fuego mientras las mujeres que mejor chillaban conversaban con ella, pues la viuda era sorda como una tapia. Sus visitas procuraban darle cuenta de los acontecimientos de la semana; pero nadie sabía cuánto captaba realmente de todo lo que se le explicaba.

La viuda del pastor no salía nunca de su cuarto, y durante largos períodos la gente la olvidaba casi por completo. Hasta que alguien pasaba delante de su ventana y veía su rostro arrugado tras las almidonadas cortinas blancas y

pensaba: «Tengo que acordarme de ella, que está tan sola, la pobre. Mañana, cuando hayamos sacrificado el ternero le traeré un poco de carne fresca.»

No había forma de averiguar qué le llegaba a la viuda de todo lo que sucedía en la parroquia. La anciana se hacía más y más mayor, y finalmente acabó por no interesarse por los asuntos de este mundo. Su única ocupación era leer dos viejos sermonarios que se sabía de memoria.

La viuda tenía a su servicio una criada entrada en años que la ayudaba a vestirse y le preparaba la comida. Ambas profesaban un auténtico terror a los ladrones y a las ratas y evitaban, en lo posible, encender velas al caer la noche por temor a un incendio.

Varias mujeres convertidas a la doctrina de Hellgum habían tenido por costumbre llevarle a la viuda sus pequeños obsequios. Sin embargo, desde su conversión y alejamiento del resto de la comunidad no habían ido más a su casa. Nadie sabía si la viuda comprendía por qué habían cesado sus visitas.

Tampoco nadie sabía si tenía noticia del gran éxodo a Jerusalén.

Hasta que un día la añosa viuda ordenó a su criada que le proporcionase un coche y caballos porque tenía la intención de salir.

¡Menuda cara de asombro debió de poner la vieja criada!

En vano intentó poner objeciones, la vieja dama hizo oídos sordos y levantando la mano derecha con el índice en alto dijo: «Quiero salir a dar un paseo, Sara Lena, tráeme un coche y caballos.»

A Sara Lena no le cupo más que obedecer. Tuvo que ir a casa del párroco para pedir prestado un carruaje decente. Después le costó un gran trabajo ventilar un anticuado cuello forrado de piel y un sombrero de terciopelo que habían estado guardados en alcanfor durante veinte años.

También conseguir que la centenaria señora bajara las escaleras y se metiese en el coche requirió un concienzudo esfuerzo. Tan frágil se la veía que por momentos era como si fuera a apagarse, igual que una llama en medio de un vendaval.

Una vez que la viuda hubo subido al coche, ordenó que se la condujera a Ingmarsgården.

Allí se sorprendieron mucho al enterarse de quién les visitaba.

Salieron a recibirla y la bajaron en brazos del coche y la entraron a la sala grande, donde varios hellgumianos se hallaban sentados alrededor de la mesa. Últimamente solían reunirse y compartir frugales comidas consistentes en arroz y té y otros platos ligeros, a fin de irse preparando para la inminente travesía del desierto.

Cuando la viuda del párroco atravesó el umbral, se paró y miró la sala de lado a lado. Algunos intentaron dirigirle la palabra; sin embargo, ese día la anciana señora no oía nada de nada.

Alzando la mano, dijo con una voz seca y dura, como suena a menudo la de los sordos:

—Ya que habéis dejado de visitarme, he venido yo aquí para deciros que no os marchéis a Jerusalén. Es una ciudad maldita. Allí fue donde crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo.

Karin intentó responderle, pero ella no oyó nada y continuó:

—Es una ciudad maldita, habitada por mala gente. Allí fue donde crucificaron a Jesucristo. He venido aquí —prosiguió— porque ésta siempre ha sido una casa de bien. Ingmarsson es un nombre honorable. Siempre lo ha sido. No os marchéis de nuestra parroquia.

Dicho lo cual, dio media vuelta y salió. Ahora ella había cumplido, podía morir en paz. Éste era el último acto que la vida le exigía.

Tan pronto hubo salido la viuda del párroco, Karin Ingmarsdotter rompió a llorar.

—Tal vez nos equivoquemos al marcharnos —dijo. Pero al mismo tiempo se alegraba de las palabras de la anciana—: «Es un nombre honorable. Siempre ha sido un nombre honorable.»

Ésta fue la primera y última vez que se vio a Karin Ingmarsdotter vacilar ante su gran empresa.

El éxodo

Una hermosa mañana de julio, una larga caravana de carros y carretas partió de Ingmarsgården. Eran las familias que emigraban a Jerusalén, quienes finalmente habían acabado sus preparativos y ahora iniciaban el éxodo con una larga marcha hacia la estación de ferrocarril.

Al atravesar el pueblo, la nutrida caravana pasó por delante de una humilde granja llamada Myckelsmyra.

Vivía allí una mala gente, chusma de esa que brota cuando Nuestro Señor aparta la vista o está ocupado en otros quehaceres.

Había entre ellos unos cuantos niños raposos que normalmente lanzaban improperios a los que pasaban; vivía allí una abuela muy vieja que siempre estaba borracha al borde del camino, y también un hombre y su mujer que no paraban de darse golpes y gritos. Nadie les había visto trabajar jamás, no se sabía si mendigaban más de lo que robaban o si robaban más de lo que mendigaban.

Al pasar la caravana por esta choza miserable e inmunda, la cual era lo que llega a ser cualquier sitio en que los elementos campean a sus anchas durante años, vieron a la vieja completamente sobria y de pie junto al camino, allí donde siempre se la solía ver borracha y tambaleándose; cuatro rapaces la rodeaban. Los cinco se habían aseado y peinado y se habían arreglado en la medida de sus posibilidades.

Cuando los ocupantes de la primera carreta les vieron, redujeron la marcha y pasaron de largo muy despacio, y lo mismo hicieron los otros, pasaron de largo tan lentamente que los caballos apenas se movían.

No hubo uno solo de los viajeros que no rompiese a sollozar, los adultos en silencio, pero los niños chillaban y se lamentaban a grito pelado.

De los que emigraron a Jerusalén ninguno llegaría a comprender por qué nada les hizo llorar tanto como la visión de Lena *la Limosnera*, que, decrepita y mísera, les decía adiós al borde del camino. Todavía hoy les provoca lágrimas recordar que ese día aquella borracha había guardado la botella para más tarde, y que salió sobria, con los niños lavados y peinados, rindiendo un humilde homenaje a los que partían.

Cuando todos hubieron pasado de largo, también Lena rompió a llorar. «Esos se van al cielo para ver a Jesús —les dijo a los niños—. Ellos se van al cielo, mientras nosotros nos quedamos aquí tirados en la cuneta.»

Cuando la larga caravana de carros y carretas hubo atravesado la mitad de la parroquia, llegaron al puente flotante sobre las aguas del río.

Es un pontón difícil de cruzar. Primero una pendiente pronunciada desciende hasta la superficie del agua, luego una rampa se eleva bruscamente en dos niveles a fin de que barcos y maderadas puedan pasar por debajo, mientras que en la ribera opuesta la rampa se eleva tan súbita y escarpadamente que personas y caballos se estremecen al ver que tienen que pasar por ahí.

Ese puente causa a menudo graves problemas. Las tablas se pudren y deben ser reemplazadas asiduamente. Durante el deshielo hay que vigilarlo noche y día a fin de que los témpanos no lo destrocen, y cuando el río baja desbordado en primavera le arranca grandes trozos que arrastra hasta los rápidos de Bergsåna.

Los lugareños, sin embargo, están muy orgullosos del puente y se sienten dichosos de tenerlo. Hay que pensar que si no lo tuvieran sería necesario utilizar una embarcación o un transbordador cada vez que quisieran cruzar hasta la otra orilla.

El puente crujía y cedía al pasar los emigrantes por encima de él, y el agua se abría paso entre los tablones salpicando las patas de los caballos.

Los emigrantes sintieron una aguda nostalgia al despedirse de su querido pontón. Pensaron que era algo que les pertenecía a todos colectivamente. Las casas de labor, los campos, los bosques estaban repartidos entre distintos propietarios; sin embargo, el puente era una propiedad común y todos lamentaban tener que perderlo.

Pero ¿realmente no había nada más de propiedad común? ¿No era de todos la iglesia rodeada de abedules que se divisaba al otro lado del puente, no era suyo el hermoso edificio blanco de la escuela, o la rectoría?

Y ¿qué otros bienes poseían en común? También era suya la belleza de todo cuanto veían desde el puente. La preciosa perspectiva sobre el ancho y majestuoso río que discurría plácidamente entre los árboles con la claridad propia de las aguas en verano, el profundo valle que se perdía en la lejanía hasta las azuladas montañas.

Todo eso era suyo, estaba grabado a fuego lento en sus retinas. Y nunca más volverían a verlo.

Cuando los emigrantes llegaron a la mitad del pontón empezaron a cantar uno de los himnos de Sankey.²⁹

²⁹ Ira David Sankey (1840-1908), evangelista que hizo inmensamente populares unos himnos y melodías que fueron traducidos a muchos idiomas, entre ellos el español. Junto con Dwight Moody, Sankey fue con su repertorio de gira evangelística por Estados Unidos y Europa en

—Nos volveremos a encontrar —cantaban—, nos volveremos a encontrar una vez más, una vez más en el Edén.

Sobre el pontón no había nadie que pudiera oírles; pero ellos cantaban para las colinas azules de su patria, para las grises aguas del río, y para los árboles que se inclinaban sobre la corriente como en reverencia.

Nunca más volverían a ver todo eso y de sus gargantas constreñidas por el llanto brotaba este canto de despedida:

—¡Hermoso terruño de nuestro corazón, con tus amables casas rojas y blancas entre espesas arboledas, tú con tus fértiles campos, con tus prados y dehesas, con tu profundo valle que el cimbreado río parte en dos, escúchanos! ¡Roguémosle a Dios que nos permita verte nuevamente! ¡Quiera él que arriba en el cielo te contemplemos otra vez!

Cuando la larga caravana de carros y carretas hubo cruzado el puente, pasó por delante del cementerio.

Dentro del camposanto había una gran lápida de granito bastante erosionada por el tiempo. No tenía ni inscripciones ni fechas; no obstante, se sabía de antiguo que era un ancestro de los Ljung, uno de los amos del predio de Ljunggård, quien yacía bajo la lápida.

Una vez, cuando Ljung Björn Olofsson, quien ahora emigraba a Jerusalén, y su hermano Per eran pequeños, habían estado charlando sentados sobre aquel sepulcro.

Al principio eran buenos amigos, pero después discutieron por algo y, dejándose llevar por las emociones, alzaron las voces.

El motivo de la riña ya no lo recordaba ninguno de los dos; pero lo que nadie había olvidado era que, en el punto más álgido de la discusión, oyeron unos nítidos y pausados golpecitos contra la lápida en que estaban sentados. Los dos niños callaron al instante y, tomándose de la mano, huyeron muertos de miedo. Desde ese día no podían mirar la lápida sin recordar aquello.

Ahora, al pasar Ljung Björn por delante del cementerio vio a su hermano Per sentado en la lápida y con la cabeza apoyada entre las manos. Así pues, retuvo su caballo y les hizo señas a los otros de que le esperaran. Bajó del carro, trepó por el murete que rodeaba el cementerio y fue a sentarse junto a su hermano.

Lo primero que Per Olofsson dijo fue:

—Tú, Björn, vendiste la granja.

—Sí —contestó Björn—, le he dado todo lo mío a Dios.

1875, es decir, unos veinte años antes del éxodo real (los campesinos de Nås partieron el 31 de julio de 1896) en el que se inspira esta novela. (*N. de la T.*)

—Tal vez, pero la granja no era tuya —replicó el hermano calmadamente.

—¿Que no era mía?

—No; era de la familia.

Ljung Björn no contestó y se limitó a esperar. Sabía que su hermano se había sentado en aquella lápida en son de paz y no temía lo que Per tuviera que decirle.

—He recuperado la granja —dijo el hermano.

Ljung Björn dio un respingo.

—¿Tan mal te pareció que saliera de la familia?

—No soy lo bastante rico como para hacer una cosa así sólo por eso —respondió Per. Björn lo miró con curiosidad—. Lo hice para que tú tuvieras algo por lo que volver. —A Björn el llanto se le agolpó en la garganta y prorrumpió en sollozos—. Y para que tus hijos tengan un sitio al que regresar. —Björn le rodeó los hombros y lo acarició—. Y por mi querida cuñada —continuó Per—; le sentará bien saber que tiene una casa esperándola aquí. Vuestro antiguo hogar estará siempre abierto para quienquiera de vosotros que decida regresar.

—Per —dijo Björn—, sube a mi carro y vete a Jerusalén, yo me quedaré aquí. Tú te mereces ir a la Tierra Prometida mucho más que yo.

—Ah, no —dijo el hermano con una leve sonrisa—, comprendo lo que quieres decir pero mi sitio está aquí en casa.

—Yo creo que tu sitio está en el cielo —dijo Björn apoyando la cabeza en el hombro del hermano—. Por favor, perdóname —le rogó.

Se levantaron y se estrecharon la mano en señal de despedida.

—Esta vez no se han oído golpes en la lápida —dijo Per.

—Es curioso que hayas venido a sentarte aquí —dijo Björn—. Últimamente no hemos hecho más que enemistarnos cuando nos hemos visto.

—¿Creías que buscaba pelea hoy?

—No; soy yo quien se enoja cuando pienso que te voy a perder.

Salieron al camino y Ljung Per estrechó la mano de la esposa de Björn.

—He vuelto a comprar Ljunggården —le dijo—. Te lo digo ahora para que sepas que puedes volver cuando quieras.

Del mismo modo estrechó la mano del hijo mayor.

—Recuerda esto: tienes campos y una casa que te esperan si alguna vez quieres regresar a tu tierra natal.

Ljung Per fue de hijo en hijo hasta que le tocó el turno al pequeño Eric, que sólo tenía dos años y no comprendería semejante explicación.

—Acordaos todos de contarle a vuestro hermanito que tiene campos y una casa esperándole aquí si algún día quiere volver.

Luego la larga caravana siguió su camino.

Cuando los carros y carretas dejaron atrás el cementerio, se vieron rodeados por una multitud de parientes y amigos que querían despedirse de los emigrantes.

La pausa fue necesariamente larga ya que todos querían estrecharles las manos y decir unas cuantas palabras de despedida.

Más adelante, al atravesar las calles del pueblo, se encontraron con gran cantidad de lugareños apostados a lo largo del recorrido para presenciar su partida. Había gente en todas las puertas, gente asomada a las ventanas y gente encaramada en las tapias, y los que vivían más alejados saludaban desde lomas y promontorios agitando brazos y pañuelos al aire.

La larga caravana avanzó a paso lento a través de la multitud hasta la residencia del concejal Lars Clementsson. Ahí la comitiva se detuvo y Gunhild se apeó del carro para entrar a despedirse.

Gunhild había vivido en Ingmarsgården desde el momento en que decidió unirse al grupo de gente que emigraba a Jerusalén. Para ella eso era preferible a una vida en constante conflicto con sus padres, quienes de ninguna manera admitían la idea de que ella se fuera tan lejos.

Gunhild notó que su antiguo hogar estaba desierto. No vio a nadie en el patio y tampoco en ninguna de las ventanas. Al llegar a la verja la encontró cerrada. Entonces subió por un portillo practicado en la cerca y que daba acceso al patio. La puerta del zaguán también estaba cerrada. Gunhild rodeó la casa hasta la cocina, cuya puerta estaba cerrada por dentro con una aldabilla. Llamó con los nudillos, pero al no obtener respuesta empujó la puerta, introdujo un palillo por la ranura y desenganchó la aldabilla. De ese modo se coló en la casa.

En la cocina no había nadie, la sala de estar estaba igualmente vacía, y tampoco encontró a nadie en la alcoba. Gunhild no quería marcharse sin dejarles a sus padres una señal de que había pasado a despedirse. Se dirigió al antiguo escritorio secreter donde sabía que su padre guardaba pluma y tintero. Levantó la tapa.

En un principio no halló el tintero y tuvo que abrir varios cajones y compartimientos. Durante la búsqueda se topó con un joyero que conocía muy bien. Pertenece a su madre, quien lo había recibido de su esposo como regalo de bodas. Durante su niñez su madre se lo había mostrado a Gunhild muy a menudo.

El joyero era de esmalte blanco con una orla pintada alrededor y en el interior de la tapa aparecía un pastor tocando la flauta para un rebaño de níveos corderitos. Gunhild levantó la tapa para admirar al pastor una vez más. Anteriormente, el joyero solía contener los objetos de mayor valor que la madre poseía. Ahí guardaba la finísima alianza de boda de la abuela, el anticuado reloj del abuelo y sus propios pendientes de oro. Gunhild se asombró de no encontrar nada de todo aquello, y sólo una única carta.

Era una carta escrita de su propio puño y letra. Un par de años antes, Gunhild había realizado un viaje a Mora y el barco en el que cruzó el gran lago Siljan zozobró. Muchos pasajeros perdieron la vida y sus padres recibieron la terrible notificación de que también ella había perecido.

Gunhild comprendió que la alegría que su madre sintió al recibir la carta de su hija comunicándole que vivía fue tan grande que todo lo que antes contenía el joyero perdió su valor. El mayor tesoro de la madre a partir de entonces era aquella carta.

Gunhild se puso lívida y el corazón se le encogió.

«Ahora me doy cuenta de que con mi actitud la voy a matar», pensó.

Ya no quiso dejar una nota, sino que se apresuró a salir de la casa. Montó al carro sin contestar a ninguna de las muchas preguntas que le hicieron acerca de sus padres. Durante todo el trayecto permaneció inmóvil con las manos inertes en el regazo y la vista perdida ante sí. «La estoy matando —pensaba—. Sé que la estoy matando. Sé que mi madre se va a morir. Ya no habrá días felices para mí. Puede que vaya rumbo a Tierra Santa, pero a costa de la vida de mi propia madre.»

Después de que la larga caravana finalmente dejara atrás el pueblo y el valle, llegó a una arboleda.

Allí los emigrantes descubrieron que dos forasteros les guiaban.

Mientras habían estado en el pueblo ocupados despidiéndose y dando recuerdos no habían reparado en la desconocida carreta; pero al llegar a la arboleda se percataron de su presencia.

La carreta ora adelantaba a los demás carros y se colocaba al frente de la caravana, ora aminoraba la marcha y dejaba pasar a los demás. No era otra cosa que un vehículo de carga normal y corriente, de aquellos que se utilizan a diario para trayectos cortos. Precisamente por eso se hacía tan difícil identificar al dueño. Tampoco nadie fue capaz de reconocer el caballo.

Conducía la carreta un hombre viejo y muy encorvado, de manos arrugadas y luengas barbas blancas. Nadie lo conocía. En cambio, a su lado iba sentada una mujer que a todos les sonaba. Nadie había visto su rostro, ya que se cubría la cabeza con un chal negro que sujetaba firmemente con ambas manos y no dejaba entrever ni siquiera un destello de sus ojos.

Muchos creían adivinar quién era por su porte y estatura; pero nadie pensaba en la misma persona que su vecino.

Gunhild, la hija del concejal, exclamó: «¡Es mi madre!», mientras que la esposa de Israel Tomasson afirmó que era su hermana. Prácticamente no hubo nadie que no creyese saber quién iba en el pescante de aquella carreta. Tims

Halvor creía que era la anciana Eva Gunnarsdotter, a quien no habían permitido acompañarles a Jerusalén.

La carreta les siguió todo el camino pero la mujer no descubrió su rostro ni una sola vez.

Para algunos se convirtió en un ser querido; para otros, en alguien a quien temían; para la mayoría, sin embargo, encarnaba a una persona a quien habían abandonado.

Varias veces, cuando la anchura de la carretera lo permitía, los desconocidos repitieron su estrategia de adelantar todos los carros primero para después dejarlos pasar de largo.

En esas ocasiones la forastera se encaraba a los que pasaban observándolos fijamente, pero sin dedicar un gesto a ninguno de ellos. Y así, al final no hubo nadie que pudiera asegurar con certeza de quién se trataba.

La desconocida les acompañó hasta la estación de ferrocarril. Todos confiaban en que allí verían su rostro. Pero una vez allí, cuando se hubieron apeado de sus carros y se volvieron para buscarla con la vista, la mujer ya no estaba.

Mientras la larga caravana de carros y carretas estuvo dentro del término municipal no vieron a nadie segando los campos, ni hacinando con el rastrillo la paja ya segada.

Esa mañana fue de descanso y todo el mundo salió a los caminos a esperarles, o bien llegaban en sus propios coches vestidos con ropa de domingo para acompañarles un trecho. Algunos les acompañaron dos leguas, otros cuatro³⁰ y otros les siguieron hasta la misma estación.

Mientras la caravana permaneció dentro del término sólo divisaron a un hombre que no se tomó la mañana de descanso y ése era Hök Matts Eriksson. La tarea que se había impuesto no consistía en segar la mies, lo cual le habría parecido un juego de niños, sino en despedregar un campo, tal como hiciera tantas veces en su juventud.

Gabriel Mattson divisó a su padre desde el camino mientras la caravana pasaba. Hök Matts iba de un lado para otro, hacía fuerza para arrancarle un pedrusco a la tierra y, cuando lo conseguía, iba a dejarlo sobre un muro. Nunca levantaba la vista, se desplazaba arriba y abajo con sus piedras, algunas tan pesadas que Gabriel pensó que llegarían a partirle la columna. Luego las lanzaba contra el muro con tanta violencia que el choque producía chispas y las muescas desprendidas volaban disparadas.

³⁰ Una y dos millas suecas respectivamente en el original. Una milla sueca equivale a diez kilómetros. (*N. de la T.*)

Gabriel conducía una carreta pero durante un buen rato el caballo tuvo que apañárselas solo porque Gabriel sólo tenía ojos para su padre.

El viejo Hök Matts trabajaba sin descanso. Trabajaba con el mismo ahínco con que lo hiciera cuando su hijo era pequeño y él se esforzaba en expandir su propiedad. El dolor le asestaba fieros golpes, pero, o tal vez por eso, las piedras que Hök Matts desenterraba y luego acarreaba hasta el muro eran cada vez más pesadas.

Poco después de que hubiera pasado la caravana, se desató una fuerte tormenta seguida de una intensa lluvia. Todo el mundo buscó dónde guarecerse y a punto estuvo Hök Matts de hacer lo mismo; pero recapacitó y se quedó a la intemperie. Le faltó valor para abandonar el trabajo.

Al mediodía su hija se asomó a la puerta de la casa y lo llamó para comer. Hök Matts no tenía hambre pero pensó que le convendría algo de comida. No obstante se abstuvo de entrar en la casa, le faltó valor para dejar de trabajar.

La mujer de Hök Matts acompañó a Gabriel a la estación. Al atardecer volvió sola en la carreta. Se acercó al marido para contarle que su hijo ya se había ido; pero él siguió haciendo palanca una y otra vez con la cuña, y yendo de un lado para otro. No quiso detenerse para escucharla.

Los vecinos se fijaron en cómo trabajaba Hök Matts ese día. Salían y lo miraban, se quedaban observando un rato y luego volvían a entrar diciendo: «Todavía sigue ahí, ha estado despedregando todo el día sin parar.»

Llegó el anochecer pero la luz no se extinguía y Hök Matts continuó trabajando. Tenía la sensación de que si se detenía mientras aún tuviera fuerzas para dar un solo paso, el dolor sería insoportable.

Volvió su mujer y se quedó mirándole. La tierra estaba despedregada, el muro era más alto; pero aún así su marido seguía arrastrando pedruscos del tamaño adecuado para un gigante. Algún que otro vecino pasó por allí para comprobar si Hök Matts seguía trajinando; pero nadie le habló.

Finalmente, llegó la oscuridad y ya no fue posible distinguir su silueta. Sin embargo, aún se le oía trabajar y cuando soltaba las piedras contra el muro, aparecía brevemente iluminado por chispas.

Luego, mientras hacía palanca, la cuña se le escapó de las manos. Al agacharse para recogerla cayó de bruces. Se quedó tumbado en el suelo y, antes de pensar en levantarse, ya dormía.

Al cabo de un rato entró en la casa. No dijo nada, ni le pasó por la cabeza llegar hasta la cama. Se derrumbó sobre un banco y se quedó dormido.

La larga caravana de carros y carretas ya estaba en la estación del ferrocarril.

Las vías eran nuevas y la estación acababa de construirse. Estaba situada en el centro de una enorme explanada en lo más profundo del bosque. No había por allí ningún pueblo, ni campos de cultivo, ni jardines; sin embargo, todo se había diseñado espléndidamente, a lo grande, con la esperanza de que, en medio de aquella región agreste, surgiese en torno a la estación una comunidad importante.

Alrededor de la estación misma el terreno estaba allanado, había una ancha plataforma de piedra, grandes superficies para carga y descarga, y amplios espacios de tierra batida en torno a los cuales ya se alzaban un par de comercios y talleres, un estudio de fotografía y un hotel; pero el resto del bosque talado no era más que un terreno de tocones sin siquiera resegar o roturar.

También por allí discurría el Dal. Surgía furioso y desbocado de las profundidades del bosque, precipitándose y echando espuma entre rápidos y pequeñas cascadas. Los emigrantes que iban a Tierra Santa no reconocían el ancho y majestuoso río que habían dejado atrás por la mañana.

No había allí ningún armonioso valle que contemplar; sino que la perspectiva quedaba cortada por oscuros montes de coníferas.

Cuando los niños pequeños que viajaban con sus padres rumbo a Jerusalén se apearon de los carros en ese lugar, se desanimaron y empezaron a llorar. Hasta ese día los niños se habían sentido muy felices de viajar a Jerusalén, pero ya al abandonar sus hogares habían derramado muchas lágrimas y ahora en la estación se desesperaron aún más.

Los adultos se encargaron de trasladar el equipaje a un vagón de tren; todos colaboraban así que nadie tenía tiempo de vigilar a los niños. Los niños, por su parte, se reunieron formando un estrecho círculo y deliberaron.

Al poco rato, los niños mayores cogieron a los pequeños de la mano y se alejaron de la estación en una fila de dos en fondo, un mayor y un pequeño. Se fueron por donde habían venido, atravesando la explanada de tierra batida y tocones y luego el río hasta adentrarse en el bosque.

Algo más tarde, una de las mujeres se acordó de los niños al abrir una fiambrera con la intención de darles de comer. Los llamó pero no obtuvo respuesta. Como no se encontró ni rastro de ellos, un par de hombres salieron en su busca. Siguieron las huellas que todos aquellos piecitos habían dejado en la arena y no tardaron en divisar al grupo de pequeños fugitivos.

Los niños aún avanzaban en una larga fila de dos en fondo. Cuando los hombres los llamaron, no se detuvieron sino que siguieron adelante.

Los hombres se vieron obligados a correr para darles alcance. Los niños intentaron evadirse pero los más pequeños no tenían fuerzas para seguir a los mayores y tropezaban y se caían. Al final, los niños se quedaron quietos en medio del camino, llorosos e infelices.

—Pero, criaturas, ¿adónde queréis ir? —les preguntó uno de los hombres.

Entonces los más pequeños soltaron un sonoro alarido mientras el de mayor edad respondía:

—Nos da igual Jerusalén. Queremos volver a casa.

LIBRO II
EN TIERRA SANTA

PRIMERA PARTE

«Murallas de oro y puertas de jaspe»

Del viaje de los campesinos de Dalecarlia cabe contar que primero fueron en tren hasta Gotemburgo, y desde allí en un vapor sueco hasta Amberes, donde se embarcaron en un gran vapor alemán, el *Augusta Viktoria*, que les llevó a Palestina. Tuvieron un buen viaje y llegaron a Jafa todos sanos y salvos y bien de salud.

Tan pronto el barco fondeó en la rada de Jafa, los emigrantes suecos se apresuraron a subir a la cubierta para echar un primer vistazo a Tierra Santa. Pero el *Augusta Viktoria* había anclado lejos de la costa; además, el sol matinal les cegaba y no fue mucho lo que vislumbraron. Lo que sí vieron destacarse claramente junto a la playa, frente a ellos, fue una elevada colina densamente cubierta de edificios ocres de tejado plano y jardines de vegetación oscura.

Al poco tiempo descubrieron que a ambos lados de la colina se extendía una costa con médanos, más allá de la cual se abría una planicie, y que en el fondo, sobre la línea del horizonte, despuntaba una cadena de montañas larga pero no excesivamente elevada.

Aquella tierra no tenía nada de llamativo ni extraordinario, y tras el vistazo inicial seguramente todos aquellos labriegos se dijeron en silencio: «¡Quién iba a pensar que sería así! Yo me imaginaba algo completamente distinto. Esto es como si lo hubiese visto montones de veces.»

Ya en Gotemburgo se habían encontrado con Hellgum, que venido directamente de Jerusalén, donde él y sus seguidores vivían desde hacía unos meses, les esperaba para ayudarles con el traslado y el viaje. Hellgum estaba, por lo tanto, muy familiarizado con Palestina, y al notar que los campesinos tenían los ojos puestos en tierra se les acercó para explicarles lo que veían.

—Sobre esa roca está Jafa con sus quinientos naranjales —les informó—. Detrás, la planicie que veis es el llano de Sarón, lleno de lirios, y las siluetas a lo lejos son los montes de Judea.

En el mismo instante en que pronunciaba esos nombres los suecos notaron algo que hasta entonces se les había escapado. Vieron que el sol proyectaba una luz más intensa sobre aquel cielo que allá en su tierra, y que el llano, las montañas y aquella ciudad despedían un halo de luz rosada, plateada y azulada que no habían visto en ningún otro lugar.

—¡Aleluya! —exclamaron pletóricos de alegría—. ¡Y pensar que hemos llegado tan lejos!

Les parecía increíble que realmente hubieran superado todos los obstáculos, que hubieran logrado, pobres campesinos de Dalecarlia como eran, contemplar el llano de Sarón y las montañas de Judea.

—Fue aquí, en Jafa, adonde el rey Hiram le envió por mar a Salomón la madera de cedros y cipreses del Líbano que necesitaba para la construcción del templo —dijo Hellgum—, y aquí fue donde el profeta Jonás se embarcó cuando quería eludir el cumplimiento de las órdenes de Dios.³¹

Los labriegos le escuchaban sin aliento. Les parecía que estaban a las mismísimas puertas de un gran templo que atesoraba todo cuanto de sagrado había en el mundo; aunque no pudieron evitar una sonrisa cuando les habló de Jonás, a quien habían visto representado en muchas antiguas imágenes en el momento en que sale disparado de las descomunales fauces de la ballena.

Entre los peregrinos que iban a Jerusalén había un herrero de nombre Birger Larsson a quien el viaje, desde un principio, había colmado de alegría. A nadie le resultó tan fácil como a él separarse de su hogar, y nadie se complacía como él ante la idea de ver al natural las maravillas de Jerusalén.

—Tanto Jerusalén como Belén se encuentran en lo alto de los montes de Judea —explicó Hellgum—. Jerusalén está casi a la altura de Jafa, mientras que Belén se halla un poco más al sur.

Birger dirigió su mirada hacia donde debía estar Jerusalén y desde ese momento fue como si no pudiese apartarla de allí.

En un momento anterior del viaje, Hellgum ya les había explicado que el puerto de Jafa era tan poco profundo que únicamente los pesqueros y las pequeñas embarcaciones de vela podían entrar. Grandes vapores como el *Augusta Viktoria* tenían que fondear en una rada fuera del puerto y sus pasajeros y las mercancías ser llevados a tierra en pequeños botes. También sabían que el desembarco podía ser muy peligroso en caso de temporal, ya que durante un buen trecho había que remar en mar abierto sin ningún resguardo contra el viento y las olas.

Pero en aquellos momentos el tiempo estaba calmado y apacible y Hellgum, quien en su primer viaje había tenido un desembarco muy dificultoso, se alegraba sobremanera. Les señaló dos rocas negras que despuntaban en medio de la entrada del puerto, a tan sólo un par de brazadas de distancia entre sí, y les explicó que todos los botes que iban a Jafa se veían obligados a pasar entre ellas; y que más de una vez se había dado el caso de que, durante una fuerte borrasca, los pequeños botes se habían estrellado contra esas rocas rompiéndose en mil pedazos.

Al poco tiempo de fondear el *Augusta Viktoria* en la rada, una multitud de botes de remos salieron presurosos del puerto. Se deslizaban por las aguas tan

³¹ Reyes 5:23-24 y Jonás 1:2, respectivamente. (N. de la T.)

velozmente como si volaran. Los campesinos no podían hacer otra cosa que admirar a los remeros, quienes a veces se incorporaban y remaban de pie para forzar la marcha. Al comienzo lo hacían con precaución pero tras sobrepasar las dos rocas fatales iniciaron una carrera. Hasta el vapor llegaban sus risas y las voces que se daban para animarse unos a otros.

—¿Veis lo que hacen? —dijo Hellgum—. Están todos tan ansiosos por llegar primero que a menudo ponen en peligro la vida de sus pasajeros debido a esa tremenda prisa que tienen. ¡Ya los veréis cuando suban a bordo! No hay ni uno que no tenga la cara llena de cicatrices y rasguños. Son la gente de mar más fiera del Mediterráneo. Con tal de impedir que un compañero les adelante aguantan lo que sea, desde cuchilladas a un golpe de remo.

Mientras Hellgum hablaba subieron a bordo dos marineros de Jafa. Eran altos y fornidos, y los dalecarlianos se sorprendieron. No esperaban que hubiera gente tan fuerte y robusta en aquel país tan desolado.

—¡Miradlos! —exclamó Hellgum—. ¡Mirad cómo avanzan por la cubierta como dos ráfagas de viento! Démosle las gracias al Señor de que nos haya concedido este tiempo tan espléndido que nos permitirá bajar a tierra sin peligro.

A continuación, Birger Larsson avanzó y dijo unas palabras que aquellos campesinos de Dalecarlia nunca olvidarían.

—No sé yo lo que el resto pensará sobre el asunto, pero por mi parte, habría deseado que nos hubiésemos encontrado con una buena borrasca aquí en el puerto, y que esas rocas negras que Hellgum tanto teme levantasen una cortina de espuma. Habría preferido que fueran los remeros más temerarios los que nos llevasen a tierra y en los peores botes; así demostraríamos que nuestra fe en la divina providencia es tan firme que nada ni nadie podría impedirnos desembarcar en esta costa.

—¡Amén, amén! —dijeron los campesinos uno tras otro. Y sus corazones se llenaron de una confianza tan ciega que se sentían capaces de caminar sobre las aguas.

Sucedió, sin embargo, que tan pronto los campesinos suecos tocaron tierra en Jafa, Birger Larsson enfermó. No era precisamente un aire saludable lo que soplaba mientras caminaban por las calles de Jafa rumbo a la estación del ferrocarril, y Birger no tardó en sentir escalofríos de fiebre recorriéndole el cuerpo. Pero no quiso admitir que se sintiera mal sino que, cuando los campesinos hubieron dejado su equipaje en la estación y salieron para ver la ciudad, él los acompañó.

Coincidió que el grupo de Dalecarlia llegó a Palestina en agosto, el mes más caluroso en aquel país. El sol se elevaba tan alto en el cielo que sus rayos

incidían verticalmente sobre sus cabezas; además, no se veía ni una nube y todo parecía tan reseco que no dudaron de que Hellgum decía la verdad cuando afirmaba que no llovía desde abril.

Y añadió que en Jafa no hacía tanto calor como en otros lugares del país debido a que era una ciudad marítima; en cambio, para los campesinos de Dalecarlia, también allí el calor era excesivo. De camino a la estación vieron grandes arbustos de ricino que se marchitaban al sol, y los geranios, que ellos solían cultivar en macetas en las ventanas de sus casas en Dalecarlia, crecían aquí silvestres y se los veía estropeados por el calor. Pero cuando realmente comprendieron cuán elevada era la temperatura, fue al ver que los niños que cruzaban la playa para bañarse en el mar corrían dando saltos porque la arena les quemaba los pies.

Hellgum llevó a los campesinos suecos a las grandes fábricas de jabón, una de las atracciones de Jafa, y a las lamentables ruinas que se suponen de la casa donde vivió el apóstol Pedro. En ambos lugares el hedor y el calor eran insufribles y Birger Larsson no hizo más que empeorar. Sin embargo, siguió sin mencionar su estado; al contrario, estaba de un humor excelente y se mostraba satisfecho con todo. Resulta que en Jafa, al igual que en la mayoría de las ciudades de Oriente Medio, al pasear por las calles no se ve otra cosa que muros ciegos; de modo que el paseo no fue demasiado gratificante para los recién llegados. En cambio, Birger se contentaba con lo poco que había por ver: la belleza de los niños, los asnos de pelaje gris cargados con grandes alforjas rebosantes de hortalizas, y hasta le conmovió la fealdad de los enclenques perros callejeros.

Lo que más le satisfizo, sin embargo, fue la visita a la colonia alemana situada extramuros. Unos campesinos alemanes, que por ser sectarios sufrían persecuciones en su patria, la habían fundado hacía treinta años. Al principio, los alemanes tuvieron que soportar muchas dificultades, pero ahora estaban completamente adaptados a las condiciones de Tierra Santa y habían alcanzado un elevado estado de bienestar e independencia. La colonia se componía de numerosas casas bien construidas y rodeadas de extensos jardines y campos de cultivo. Al entrar en su territorio uno diría que de pronto había ido a parar a una hermosa ciudad de provincias sueca. Cuando Birger Larsson vio todas aquellas villas tan bien cuidadas dijo que le parecía improbable que les fuera a ir peor a ellos que a los alemanes.

—Nosotros no tardaremos mucho en construirnos un precioso pueblecito como éste en las afueras de Jerusalén —comentó.

Al mediodía el calor no les permitió permanecer al aire libre y tuvieron que regresar a la estación para ponerse a cubierto del sol. Allí estuvieron un par de horas esperando la salida del tren de la tarde. Birger iba empeorando pero se mantuvo en pie, fingiendo que no pasaba nada. Se hallaba sentado junto a una

ventana cuando de repente vio una larga procesión de gente. Tenían todo el aspecto de ser campesinos como ellos. Llevaban el cabello cortado a tazón y espesas barbas, abrigos largos de tela gris y pantalones bombachos remetidos en botas altas. Todos marchaban con un palo al hombro del cual colgaba un hatillo. A Birger se le informó que eran rusos en peregrinación por Palestina. Habían llegado allí en un vapor pero, tras el desembarco en Jafa, el resto del viaje lo hacían a pie, porque querían recorrer el país del mismo modo que lo hiciera Jesús.

Birger se quedó pensativo al oírlo. En su cara se veía que de buena gana habría seguido su ejemplo.

—Otro día nosotros haremos lo mismo —dijo asintiendo con la cabeza hacia sus compañeros de viaje—. Qué entrañable será viajar tras las huellas de nuestro Señor Jesucristo.

Cuando el tren finalmente se puso en marcha y Birger hubo tomado asiento en el sofocante vagón, empezó a sentir que la cabeza iba a estallarle y entonces ya no pudo evitar que los otros se dieran cuenta de que estaba enfermo. Le preguntaron si se encontraba mal y él respondió que sólo un poco de dolor de cabeza debido al calor.

—¡Tú, que eres herrero, deberías aguantar mejor este bochorno! —se burlaron sus compañeros, porque a nadie se le ocurrió que su estado pudiera ser grave.

El ferrocarril atravesó las huertas de Jafa y después se adentró en la llanura de Sarón, que en esa época del año aparecía tan yerma como un desierto. Sin duda, los pueblos y aldeas esparcidos por el llano debían estar habitados; pero hasta que se ponía el sol sus habitantes apenas asomaban la nariz de sus casas para no achicharrarse. Y en todo caso, nunca salían de los pueblos donde los muros de las casas y algún que otro árbol solitario pudiera proporcionarles un poco de sombra. Igual de imposible como parecía descubrir una figura humana en aquella llanura, era divisar una brizna de hierba. Las magníficas anémonas encarnadas y las amapolas, todas las margaritas y los claveles que en primavera tapizaban el suelo con una espesa alfombra de flores blancas y rojas, se habían extinguido. También extintas estaban las cosechas de trigo, centeno y panizo que crecían en las zonas cultivables del llano; asimismo, los segadores con sus asnos y bueyes, sus cantos y danzas, se habían retirado ya a sus aldeas. El único rastro que quedaba del esplendor pasado eran unos tallos secos que se elevaban perpendiculares al suelo requemado y que en su día habían sostenido con orgullo los célebres lirios de Sarón.

Hellgum no cesaba de indicar a los viajeros los lugares sagrados o de interés por los que pasaban; sin embargo, a esas alturas Birger se hallaba en tan mal estado que no comprendía demasiado lo que oía. Escuchó hablar de Sansón y los filisteos y se le antojó que Sansón no sólo había prendido fuego a las

miseses de los filisteos, sino que también había provocado el incendio que ardía en su cabeza.³²

Al dejar atrás la llanura y adentrarse en la cordillera de Judea, Birger desvariaba. No se trataba de una zona montañosa y agreste, sino más bien de un desorden de verdes colinas, entre las cuales el tren zigzagueaba con arduo traqueteo. Birger Larsson tenía la sensación de que entre él y la ciudad a la que se dirigían se alzaba un sinfín de terraplenes; y, aunque él cavaba un túnel tras otro, no cesaban de aparecer nuevos obstáculos ante él. Aquellos esfuerzos le acaloraban tanto que el sudor manaba a chorro de su rostro, y al mismo tiempo se sentía tan exhausto y desfallecido que no entendía cómo iba a llegar a tiempo. Cuando, por fin, quedaron atrás las colinas y alguien dijo que habían llegado a Jerusalén, Birger estaba tan enfermo que Tims Halvor y Ljung Björn tuvieron que sostenerlo por las axilas y bajarlo en volandas al andén.

Hellgum había mandado un telegrama desde Jafa comunicando a los colonos la hora de llegada de los suecos. Varios de ellos habían ido a la estación para darles la bienvenida. Estaban allí la esposa de Hellgum y las dos hijas de Ingmar Ingmarsson que emigraron a América tras la muerte de su padre, y muchos más que se habían reunido con Hellgum en América, y que ahora le habían seguido a Palestina. Todos eran viejos conocidos de Birger Larsson y, sin embargo, él no reconoció a ninguno. De todos modos, sí comprendió que había llegado a Jerusalén y lo único que le preocupaba era tenerse en pie lo suficiente para ver con sus propios ojos la Ciudad Santa.

Desde la estación, muy apartada, Birger no pudo ver nada de la ciudad; durante toda la espera permaneció inmóvil con los ojos cerrados. Finalmente, todos estuvieron acomodados en otro tren. Descendieron por el valle de Hinnom y en la cima de la colina que se alzaba sobre sus cabezas apareció Jerusalén.

Birger levantó sus pesados párpados y vio una ciudad rodeada de una alta muralla rematada con torreones y almenas. Unas altas construcciones abovedadas despuntaban tras la muralla y un par de palmeras se cimbreaban al viento.

Pero anocheecía ya y el sol tocaba el horizonte de las colinas occidentales. Era un sol muy grande y rojo y proyectaba en el cielo un potente resplandor. También la tierra centelleaba y resplandecía bajo aquellos haces dorados y rojos. Pero para Birger el fulgor que iluminaba la tierra no provenía del sol sino de la ciudad suspendida allá en lo alto; emanaba de sus murallas, relucientes como oro blanco, y de sus torreones, recubiertos de láminas de jaspe pulimentado.³³

³² Jueces 15:5. (*N. de la T.*)

³³ Referencia al Apocalipsis 21:9-27 (la Jerusalén del cielo). (*N. de la T.*)

Birger Larsson sonrió ante la idea de que estaba viendo dos soles: uno en el cielo y otro en la tierra, que aquélla era la ciudad de Dios, Jerusalén. Por un momento Birger se sintió sanado por un júbilo revitalizador. Sin embargo, la fiebre no tardó en cebarse en él de nuevo y durante todo el trayecto hasta la colonia, situada en el extremo opuesto de la ciudad, estuvo inconsciente.

No supo nada de la bienvenida de que fueron objeto en la colonia gordonista. Y tampoco tuvo ocasión de regocijarse ante la visión del hermoso caserón, o de la blanca escalinata de mármol, o de la preciosa galería que recorre el patio. Birger no pudo ver el bello e inteligente rostro de la señora Gordon cuando salió a la escalinata a recibirles, ni los ojos de búho de la anciana señorita Hoggs, ni a ningún otro de sus nuevos hermanos y hermanas. Ni siquiera se percató de que lo metieron en una sala grande y luminosa, que en adelante sería su hogar y el de su familia, y en la que se le preparó un lecho a toda prisa.

Al día siguiente continuaba igual de enfermo pero recuperó el conocimiento un par de veces. Le invadió entonces un gran dolor al pensar que iba a morir sin haber entrado en Jerusalén ni presenciado sus maravillas de cerca.

«¡Pensar que he llegado hasta aquí —se lamentaba—, y ahora moriré sin haber visto el palacio de Jerusalén, ni sus calles revestidas de oro donde se pasean los santos con largas túnicas blancas y palmas en las manos.»

Durante dos días estuvo quejándose de esa guisa. La fiebre aumentó, pero incluso delirante siguió angustiándose por lo mismo: el no poder contemplar una vez más la resplandeciente muralla de oro y las deslumbrantes atalayas que vigilaban la ciudad de Dios.

Su angustia y desesperación eran tan grandes que Ljung Björn y Tims Halvor se compadecieron de él y decidieron procurarle sosiego. Creyeron que mejoraría si le permitían aplacar sus deseos, así que construyeron una camilla y un atardecer, cuando el aire comenzaba a refrescar, lo llevaron a visitar Jerusalén.

Tomaron el camino más corto a la ciudad antigua. Birger, tumbado en la camilla y completamente consciente, contemplaba el suelo pedregoso y las áridas colinas. Cuando llegaron a un punto desde el cual se divisaba la Puerta de Damasco, en la cara norte, y la muralla de la ciudad, dejaron la camilla en tierra para que el enfermo pudiera disfrutar de la anhelada visión.

Birger, sin pronunciar palabra, se hizo visera con la mano y forzó la vista.

Lo único que vio fue una muralla de un sucio gris, construida de piedra y mortero como cualquier otra muralla. La magnífica puerta le horrorizó, tan baja y rematada sólo por puntiagudas almenas.³⁴

Tumbado allí, débil y desfallecido, Birger Larsson se figuró que no le habían llevado a la auténtica Jerusalén, pues sólo unas noches atrás había visto una tan deslumbrante como el sol.

«¡Que viejos convecinos y compatriotas míos se porten tan mal conmigo — se lamentó el pobre hombre—, y no me concedan el favor de contemplar la verdadera Jerusalén!»

Los campesinos lo llevaron cuesta abajo por la escarpada pendiente que moría frente a la puerta de Damasco. Birger tuvo la impresión de que lo conducían a las entrañas de la tierra.

Cuando hubieron atravesado el arco de la puerta, Birger se incorporó ligeramente. Quería comprobar que de verdad le hubieran llevado a la ciudad dorada. Quedó muy sorprendido de ver, por todas partes, únicamente las deslucidas paredes grises de las casas, y aún más turbado al ver los lisiados que pedían limosna junto a la puerta, y los flacos perros sarnosos que dormían en grupos de cuatro o cinco sobre grandes montones de desperdicios.

Nunca antes había percibido un hedor tan raro y acerbo como el que allí le inundaba el olfato, ni un calor tan sofocante. Dudó de que existiera un viento con la potencia necesaria como para hacer circular aquel aire de plomo.

Al bajar la vista a los adoquines, Birger descubrió la capa incrustada de mugre que los cubría y quedó atónito ante la cantidad de basuras y hojas de col y cáscaras de frutas que se veían esparcidas por la calle.

«Me gustaría saber por qué Halvor se molesta en mostrarme este triste y miserable lugar», pensó.

Los antiguos labriegos se adentraron a toda prisa en la ciudad. Ya la habían visitado en repetidas ocasiones y podían informar al enfermo sobre los lugares por los que pasaban.

—Ésa de ahí es la casa del hombre rico —le dijo Halvor señalando un edificio que a Birger le pareció ruinoso.

Luego doblaron por una esquina tan oscura que daba la impresión de que allí nunca hubiera penetrado un rayo de sol. Birger yacía observando los arcos

³⁴ Véase de nuevo el Apocalipsis 21:15-17, donde se dan las medidas de la ciudad santa: «El que hablaba conmigo tenía como medida una vara de oro, para medir con ella la ciudad, sus puertas y su muralla. [...] Midió la ciudad con la vara y resultaron doce mil estadios: lo mismo de largo que de ancho y de alto. Midió luego la muralla y resultaron ciento cuarenta y cuatro codos, según la medida humana que fue la utilizada por el ángel.» Es comprensible, por tanto, la enorme decepción que provocan en el enfermo las modestas dimensiones de la muralla y de la puerta de Damasco, puerta principal de la ciudad que da al norte, construida en 1537 por Solimán el Magnífico. (*N. de la T.*)

tendidos entre las casas a uno y otro lado de la calle. «Deben ser necesarios — pensó—; si estas casuchas no estuviesen tan reforzadas no tardarían en derrumbarse.»

—Ahora estamos en el vía crucis —le anunció Halvor a Birger—, por aquí pasó Jesucristo con la cruz.

Birger yacía mudo y pálido. La sangre no fluía por sus venas como antes, hasta se diría que no circulaba. Estaba frío como el hielo.

Allá donde fueran, sólo veía desconchados muros grises y algún que otro portal. En contadas ocasiones vio alguna que otra ventana, todas con los cristales rotos y los huecos taponados con trapos mugrientos.

Halvor detuvo la camilla.

—Aquí se erigía el palacio de Poncio Pilato —anunció—, y aquí fue donde sacaron a Jesús y dijeron de él: *Ecce homo*³⁵

Birger Larsson le indicó a Halvor que se acercara y tomó su mano solemnemente.

—Ahora, como parientes que somos, quiero que me respondas con franqueza —dijo—. ¿Estás seguro de que ésta es la verdadera Jerusalén?

—Pues claro que es la verdadera Jerusalén.

—Estoy enfermo y puede que mañana me muera —insistió Birger—. Comprenderás que no está bien que me mientas.

—Y ¿por qué habría de mentirte? —se extrañó Halvor.

Birger había albergado la esperanza de persuadir a Halvor de que le confesara la verdad. Los ojos se le inundaron de lágrimas al pensar que Halvor y los otros eran capaces de obstinarse tanto en portarse mal con él.

Sin embargo, de pronto le vino una idea luminosa. «Hacen esto para que mi dicha sea el doble cuando, a través de las altísimas puertas, me lleven al interior de la ciudad de oro puro, transparente como cristal —se dijo—. Les dejaré hacer. Seguro que su intención es buena. Nosotros los hellgumianos hemos prometido comportarnos como hermanos los unos con los otros.»

Sus compañeros continuaron llevándolo a cuestas por callejuelas oscuras. Sobre algunas de ellas colgaban unos grandes toldos de lado a lado, llenos de rajaduras y rotos. En las calles cubiertas por esas telas la oscuridad, el hedor y el calor sofocante se volvían insufribles.

La siguiente vez que se detuvieron fue en el atrio de un gran edificio gris. Estaba atestado de mendigos y de míseros buhoneros que ofrecían rosarios de cristal, bastones, estampas y otra quincalla por el estilo.

—Aquí puedes ver la iglesia levantada sobre el sepulcro de Jesucristo y el Gólgota —dijo Halvor.

³⁵ Véase Juan 19:5. (*N. de la T.*)

Birger Larsson levantó sus débiles ojos hacia el edificio. No se podía negar que tuviera un elevado portal o amplios ventanales, y en cuanto a su altura, era aceptable. Pero Birger nunca había visto una iglesia tan hacinada entre otros edificios. No vio ni el campanario, ni el coro ni el pórtico. Desde luego no iba a dejarse engañar con que aquella birria era la casa de Dios. Y tampoco podía creer que hubiese tantos buhoneros y vendedores en el atrio si aquello fuera el sepulcro de Cristo. Como si él no supiera quién había expulsado a los mercaderes del templo y volcado las jaulas de los vendedores de palomas.³⁶

—Ya veo, ya —dijo Birger asintiendo con la cabeza y mirando a Halvor. Pero en su fuero interno pensaba: «A ver qué nuevos disparates se inventarán ahora.»

—Tal vez por hoy ya tengas suficiente, me da miedo que te canses demasiado —dijo Halvor.

—Yo aguanto si vosotros aguantáis —aseguró el enfermo.

Sus dos amigos levantaron la camilla y prosiguieron la marcha. Llegaron a los barrios del sur de la ciudad.

El tipo de calles era el mismo, la diferencia estribaba en que aquí estaban abarrotadas de gente. Halvor detuvo la camilla en una calle transversal y le señaló a Birger unos beduinos de piel oscura que llevaban escopeta al hombro y daga al cinto. También le señaló unos hombres semidesnudos que transportaban agua en unas botas hechas con piel de cerdo. Luego Halvor le pidió que se fijara en unos sacerdotes rusos que llevaban el cabello recogido en un moño en la nuca como las señoras, y en las mujeres musulmanas, las cuales parecían fantasmas por el modo en que iban cubiertas de blanco de los pies a la cabeza mientras un trapo negro ocultaba su rostro.

Birger se convencía cada vez más de que sus amigos le estaban gastando una broma extraña, pues aquellas gentes no recordaban en nada a los portadores de palmas que habían de discurrir felizmente por las calles de la verdadera Jerusalén.

Al mezclarse con el gentío la fiebre subió de nuevo. Halvor y los otros que cargaban la camilla se dieron cuenta de que Birger empeoraba. Las manos temblorosas toqueteaban inquietas la manta que le cubría y el sudor caía a gotas de su frente. A pesar de ello, a la mínima mención de dar la vuelta, Birger se sentaba de golpe y decía que lo matarían si no lo llevaban hasta la Ciudad Santa.

³⁶ Véase Juan 2:13-16. En realidad, el texto bíblico habla de «mesas» y no de «jaulas» volcadas. (N. de la T.)

De este modo no dejó de presionarlos hasta que alcanzaron la cima del monte Sión.³⁷ Al ver la puerta de Sión, Birger pidió a gritos que lo dejaran cruzarla. Entonces se incorporó con la esperanza de ver tras la muralla la maravillosa ciudad de Dios que tanto anhelaba conocer.

Pero al otro lado de la puerta no había más que un pedregoso solar requemado y estéril donde se amontonaban escombros y desperdicios.

Acurrucados junto a la puerta se hallaban cuatro o cinco pordioseros que se acercaron lentamente para pedir limosna, alargando hacia Birger unas manos llagadas. Pedían con voces semejantes al gruñido de los perros y sus rostros estaban parcialmente carcomidos, a uno le faltaba la nariz, y a las mejillas de otro, la piel y la carne.

Birger chilló horrorizado y, medio desfallecido, rompió a llorar por que le hubiesen llevado a la boca del infierno.

—Sólo son leprosos —dijo Halvor—. Ya sabes que hay leprosos en este país, Birger.

Los antiguos labriegos se adentraron en el monte rápidamente para evitarle la visión de aquellos pobres desgraciados que pululaban alrededor de la puerta.

Luego depositaron la camilla en tierra. Halvor se acercó al enfermo y, levantándole la cabeza de la almohada, le dijo:

—Intenta incorporarte un poco, Birger. Desde aquí se ve el mar Muerto y las montañas de Moab.

Birger abrió sus cansados ojos. Su mirada descendió por los agrestes y esteparios montes que se extienden al este de Jerusalén. A una distancia muy lejana centelleaban reflejos de agua, y más allá destacaban unas montañas de luminosidad azul y aureola dorada. La visión era tan radiante, etérea, cristalina y luminosa que costaba creer que perteneciera a este mundo.

Birger, entusiasmado, se levantó de la camilla y apremió a los otros a que lo llevaran hacia aquella visión lejana. Dio unos pasos vacilantes y cayó al suelo desvanecido.

En un primer momento sus compañeros pensaron que Birger había muerto, pero volvió en sí y siguió con vida durante dos días. Hasta el instante de su muerte no hizo más que delirar acerca de la verdadera Jerusalén. Gemía lamentándose de que cuanto más hacía él por alcanzarla, más lejos se desplazaba la ciudad, de forma que ni él ni nadie entraría en ella jamás.

³⁷ Antiguo nombre de la fortaleza de Jerusalén (véase 2 Samuel 5:7). Terminó por designar la ciudad y el templo de Jerusalén, también la «ciudad de Dios» y la Jerusalén celestial. (*N. de la T.*)

El hombre de la cruz

Durante todos los años de existencia de la colonia gordonista en Jerusalén, a diario se pudo ver en las calles de la ciudad a un hombre que arrastraba una tosca cruz de madera. No hablaba con nadie y nadie le hablaba. Nadie sabía si se trataba de un enajenado que se creía Jesucristo o sólo de un humilde peregrino que cumplía una penitencia.

Aquel pobre hombre de la cruz pasaba las noches en una cueva alejada en lo alto del monte de los Olivos. Cada mañana, al salir el sol, oteaba desde la cima y observaba Jerusalén, situada en el monte de Sión, que tenía enfrente. Solía escudriñar la ciudad como si buscara algo, trasladando la mirada de casa en casa y de cúpula en cúpula, escrutando afanosamente como si esperara descubrir algún cambio sustancial ocurrido durante la noche. Finalmente, cuando se convencía de que todo estaba como antes, dejaba escapar un suspiro de alivio. Luego entraba en su cueva, se cargaba la gran cruz al hombro y se ceñía a la frente una corona hecha de espinos retorcidos.

A continuación iniciaba el descenso de la montaña, arrastrando su pesada carga entre viñas y campos de olivos, hasta que llegaba a la alta muralla que rodeaba el huerto de Getsemaní.³⁸ Ahí solía detenerse frente a un portal bajo, dejaba la cruz en el suelo y se apoyaba contra la puerta como disponiéndose a esperar. Se agachaba repetidas veces y miraba por el ojo de la cerradura para ver el pequeño huerto. Si entonces, entre los centenarios olivos y los setos de mirto, veía a alguno de los monjes franciscanos que cuidaban de Getsemaní, su expresión se tensaba y esbozaba una pequeña sonrisa esperanzada. Pero a los pocos segundos sacudía la cabeza, como si cayera en la cuenta de que aquel a quien buscaba no vendría. Volvía entonces a levantar su cruz y continuaba su camino.

Luego tenía por costumbre pasar por las terrazas más bajas de la montaña hasta el valle de Josafat,³⁹ donde se halla el gran cementerio judío. El largo palo de la cruz que llevaba a rastras iba chocando contra las numerosas lápidas, derribando los guijarros amontonados sobre ellas. Cada vez que los guijarros

³⁸ Lugar del monte de los Olivos al que Jesús se dirigió después de la última cena y donde fue detenido antes de su pasión. (Marcos 14:32.) (*N. de la T.*)

³⁹ Valle de Josafat significa «valle de la Decisión»; el simbólico nombre designa el lugar donde Yavé reunirá a todas las naciones de la tierra para juzgarlas. Tanto cristianos, judíos como musulmanes sitúan este lugar en el valle del Cedrón, al este de Jerusalén. (*N. de la T.*)

caían al suelo, él se detenía y se daba la vuelta creyendo que alguien iba tras él. Y cada vez que comprendía que se equivocaba, soltaba otro de sus hondos suspiros y continuaba su camino.

Al llegar al fondo del valle estos suspiros se transformaban en profundos lamentos ante la inminente escalada, siempre con la pesada cruz a cuestas, del monte en cuya cima se halla Jerusalén. En esta ladera se encuentran las tumbas de la población musulmana y era frecuente que el hombre, entre las estelas funerarias con forma de féretro, encontrara a alguna mujer vestida de blanco que lloraba la pérdida de un ser querido. El hombre de la cruz se tambaleaba entonces en dirección a ella, hasta que la mujer, sobresaltada por los ruidos que hacía la cruz al ser arrastrada entre los sepulcros, se giraba hacia él mostrándole su rostro cubierto por un velo negro que inducía a creer que detrás no había otra cosa que un tenebroso vacío. Con un estremecimiento, el hombre daba media vuelta y seguía su camino.

Mediante indecibles esfuerzos, subía hasta la cima donde se alza la muralla de la ciudad. A continuación, solía tomar un sendero estrecho por la parte exterior de la muralla hasta el monte Sión, en la cara sur del altiplano,⁴⁰ y llegaba a la pequeña iglesia armenia denominada casa de Caifás.⁴¹

Aquí volvía a dejar la cruz en el suelo y miraba por el ojo de la cerradura. Pero no se contentaba con eso, sino que tiraba del cordón de la campana. Cuando a los pocos minutos escuchaba el rumor de zapatillas en el suelo enlosado, el hombre sonreía llevándose ya las manos a la corona de espinas, dispuesto a sacársela.

Pero tan pronto el servidor de la iglesia que abría el portal lo miraba, el hombre de la cruz sacudía negativamente la cabeza.

El penitente se asomaba y miraba por la puerta entornada. Con la mirada recorría el reducido patio, donde según la leyenda Pedro negó al Salvador tres veces, a fin de comprobar que estuviera desierto. Entonces sus facciones se contraían por la amargura y, cerrando la puerta con gesto de impaciencia, seguía su camino.

La pesada cruz traqueteaba contra el suelo cubierto de piedras y restos de ruinas de Sión. Ahora la cruz era arrastrada con más vehemencia, como si unas grandes expectativas le hubiesen suministrado renovadas fuerzas a su portador. El hombre de la cruz avanzaba por la ciudad sin descargarla una sola vez hasta que llegaba a las puertas del compacto edificio de sillares grises que es

⁴⁰ La antigua ciudad de Jerusalén está construida sobre un altiplano calcáreo a 700 m sobre el nivel del mar y la rodean los valles del Cedrón, al este, y de Hinnom, al suroeste. El altiplano consta del monte Moria, donde se construyó el templo, el monte Ofel, sobre el cual David construyó su ciudad, y el monte Sión, donde se halla la tumba de David. (*N. de la T.*)

⁴¹ Caifás era sumo sacerdote y presidente del sanedrín (institución judía de autogobierno compuesta por 71 miembros) que juzgó a Jesús reo de muerte. (Marcos 14: 55-64.) (*N. de la T.*)

venerado como la tumba del rey David, pero que también se supone contiene la sala donde Jesús instituyó el sacramento de la eucaristía.

El viejo penitente solía dejar la cruz fuera mientras entraba en el patio. Cuando el portero musulmán, que solía echar miradas airadas a todos los cristianos, lo veía llegar, se inclinaba ante aquel cuya razón se había reunido con Dios y le besaba la mano. Cada vez que el hombre recibía este gesto de respeto miraba expectante el rostro del portero. Pero un segundo más tarde retiraba la mano, se la restregaba contra su tosco sayal, se daba la vuelta y salía al aire libre para volver a cargarse la cruz al hombro.

Después, con suma lentitud, solía atravesar la ciudad hasta su extremo más septentrional, por donde discurre el lúgubre camino del calvario de Jesucristo. En las zonas muy concurridas cruzaba su mirada con la de todos los viandantes, parándose, escrutando y apartando la cara con su habitual gesto de desilusión. Benévolos portadores de agua, que se fijaban en cómo sudaba durante su penosa marcha, le ofrecían cazos de agua fresca, y los verduleros solían arrojarle un puñado de habichuelas o pistachos. En un primer momento recibía estos obsequios con amabilidad, pero luego se volvía descontento, como si hubiese esperado algo mejor.

Cuando se introducía en las estrechas callejuelas que conforman la Vía Dolorosa, su rostro aparecía más esperanzado que en la primera parte del recorrido. Sus gemidos bajo el peso de la cruz eran menos profundos, estiraba la espalda y miraba alrededor como un prisionero que tiene la certeza de que va a ser liberado.

Partía de la primera de las catorce estaciones de la pasión de Cristo, las cuales vienen señaladas por pequeñas inscripciones en piedra a lo largo de toda la calle; pero no se detenía hasta que llegaba al convento de las hermanas de Sión, en las proximidades del arco del Ecce Homo, donde Pilatos mostró a Jesús a las masas. Aquí tiraba la cruz al suelo, como si se tratara de una carga que nunca más tendría que llevar, y llamaba a las puertas del convento con tres fuertes golpes de aldaba. Antes de que nadie tuviera tiempo de abrir, ya se había arrancado la corona de espinas de la frente, y en ocasiones era tal su certeza que hasta se la arrojaba a los perros que merodeaban por allí.

En el convento su forma de llamar era bien conocida. Alguna de las piadosas hermanas solía abrir la mirilla y le tendía un panecillo redondo.

Esto solía desatar en el penitente un furibundo arranque de cólera y, en vez de tomar el panecillo, lo dejaba caer al suelo, pataleando y profiriendo alaridos de desesperación. Durante un buen rato permanecía a las puertas del convento. Cuando al final recuperaba su actitud de paciente sufrimiento, recogía el panecillo y se lo comía con voracidad. Luego buscaba su corona de espinas y volvía a cargar con la cruz.

A los pocos segundos se hallaba feliz y expectante a las puertas del santuario denominado Casa de Santa Verónica; pero no tardaba en irse de allí visiblemente decepcionado. Recorría toda la calle de estación en estación, con idéntico convencimiento, aguardaba el momento de su liberación junto al santuario que marca el sitio de la Puerta de la Justicia, a través de la cual Jesús abandonó la ciudad, y más adelante, también, en el lugar donde el Salvador habló a las mujeres de Jerusalén.

Tras completar de este modo el calvario de Cristo, a veces sucedía que el viejo penitente se metía en el angosto atrio de la iglesia del Santo Sepulcro. Sin embargo, aquí el pobre hombre no descargaba su cruz, ni se despojaba de su corona de espinas. Tan pronto divisaba la tétrica y cenicienta fachada de la iglesia, daba media vuelta y huía. El viejo penitente parecía convencido de que éste era el único lugar de la ciudad donde, de ningún modo, encontraría al que tanto buscaba.

Nos encontramos en la noche del día en que enterraron a Birger Larsson. Todos los miembros de la colonia, tanto los veteranos gordonistas que vivían en Jerusalén desde hacía catorce años como los sueco-americanos que habían seguido a Hellgum y los recién llegados campesinos de Dalecarlia, se habían reunido para oficiar una misa vespertina, pero debido al calor decidieron celebrarla fuera y sacaron sillas a la terraza del tejado a la que daba la sala de asambleas, donde habían orado y entonado cánticos al aire libre.

Al finalizar la misa, casi todos regresaron a sus quehaceres, menos los campesinos de Dalecarlia, que se habían quedado donde estaban porque no les parecía correcto ocuparse en algo el mismo día de las exequias. Permanecieron sentados rígidos y solemnes, sin intercambiar apenas frases entre ellos. Birger había dejado mujer y ocho hijos, quienes gimoteaban en sus asientos. Más de uno les dirigió algunas palabras para recordarles que no debían preocuparse por su futuro. «No correréis la misma suerte que las viudas y huérfanos de fuera —les decían—. Estaréis igual de bien que antes. Ahora tenéis a más de cien hermanos y hermanas que cuidarán de vosotros.»

Mientras estaban allí, el sol fue bajando, y después cayó la noche y aparecieron la luna y las estrellas. Pero ninguna brisa refrescante sopló de las montañas, y el bochornoso calor persistió. Durante el día el calor había sido insoportable y varios campesinos nórdicos sentían ya los escalofríos de la fiebre. Empezaron a temer que correrían la misma suerte que Birger Larsson, y sentados allí a oscuras y en silencio, se preguntaban cuál era la intención de Dios al enviarles a aquella tierra, si no iban a poder vivir en ella.

Sin embargo, todo lo otro superaba con creces sus expectativas. Habían imaginado que sólo encontrarían privaciones y penurias; pero, en cambio,

tenían la impresión de que aquella era una colonia próspera y acomodada. Aparte del gran caserón que la colonia poseía extramuros junto a la Puerta de Damasco, donde estaban la sala de asambleas y el comedor, la cocina y la lavandería, y donde además se alojaban los labriegos más notables con sus esposas e hijos, a quienes se les había otorgado una sala grande y luminosa por familia, los colonos alquilaban tres inmuebles dentro de la ciudad. Dos de ellos se utilizaban para viviendas, pero el tercero estaba destinado a escuela. No fue poca la alegría de los campesinos de Dalecarlia al descubrir que la colonia disponía de una magnífica escuela donde sus hijos recibirían mejor educación que la que habrían recibido quedándose en casa.

Apenas desempaquetadas sus cosas y guardadas en sus cuartos, los varones del grupo recién llegado, observando que hacían falta enseres y muebles, decidieron construir mesas de carpintero para confeccionar las piezas necesarias: mesas, sillas, camas, encimeras y alacenas para la cocina, entre otras. También habían oído a las mujeres comentar que era difícil hacer buen pan en el horno de estilo oriental que había en la casa y se discutía la posibilidad de remodelarlo. Asimismo, las mujeres ya habían empezado a estudiar la manera en que podrían ser útiles a la comunidad. Por descontado, a ellas tampoco les faltaría trabajo.

Los gordonistas veteranos se ocupaban, principalmente, de llevar la escuela y de visitar a enfermos y ayudar a los pobres, actividades que continuaron bajo su responsabilidad. Durante la época en que estuvieron solos, contrataban a gente de fuera para los servicios domésticos; pero desde que se les unieran los sueco-americanos, éstos se habían hecho cargo de esos quehaceres. Y trabajo no faltaba puesto que tenían que alimentar a ciento veinte personas diariamente; era como si se hubiesen olvidado de hacer todo lo que no fuera lavar y cocinar. Ahora las campesinas de Dalecarlia querían encargarse de abastecer a la colonia con las telas y la ropa que precisaba. Tenían la intención de montar sus telares cuanto antes y confeccionar trajes y vestidos, alfombras, toallas y mantelería fina, porque ¿adónde irían a parar si se veían obligados a comprar todo aquello siendo un grupo tan numeroso?

Más reconfortante que pensar en todo esto era revivir el inmenso cariño y la alegría con que los habían recibido en la colonia. Los recién llegados todavía no estaban en condiciones de entablar una conversación con los primeros gordonistas, pero aun así se daban cuenta de que éstos hacían cuanto estaba en sus manos para que se sintiesen cómodos y felices. Y los sueco-americanos dieron fe de que nunca antes habían conocido a gente más bondadosa y honrada. Siempre dispuestos a ayudar, siempre con una palabra amable en los labios, y nunca daban muestras de creerse superiores a los campesinos con que se habían juntado. Nadie quería acaparar nada para sí mismo, sino que lo que uno poseía pertenecía a todos. ¡Y era tanta la alegría que transmitían! Los

adultos jugaban como niños y sus hijos eran como ellos: valientes, desenfadados y muy inclinados al juego.

No obstante, a los ojos de los campesinos de Dalecarlia, lo mejor era encontrarse en Jerusalén, la ciudad de Dios. Antes de su llegada no podían imaginarse que sería tan delicioso vivir y moverse por los lugares que había conocido Jesús. Sin embargo, era como tenerlo a la vista constantemente, todo les recordaba a él. Se sentían bienaventurados como debió sentirse la muchedumbre que acompañaba al Salvador en su paso por la tierra, gente que lo abandonó todo para vivir de sus palabras.

Todo habría salido bien de no ser porque parecían incapaces de sobrevivir en Tierra Santa. Les parecía que cada bocanada de aire que respiraban contenía un mortífero veneno. ¿Cuál era la intención de Dios? ¿Les había conducido hasta el alba de una nueva y maravillosa existencia con el único fin de dejarles perecer?

Mientras los labriegos se debatían con tales ideas y cuestiones, súbitamente Gertrud, la hija del maestro, se puso en pie.

—¿Le veis? —exclamó mirando hacia el sur, en dirección a Jerusalén. Conmociónada, tuvo que sujetarse al respaldo de la silla para no caer.

La ciudad en sí no era visible desde la colonia porque unas colinas obstaculizaban la perspectiva. Son muchos los que creen que una de esas colinas es el auténtico Gólgota⁴² y que es un error considerar que estuvo en el lugar en que, hoy en día, se alza la iglesia del Santo Sepulcro.

En aquellos momentos, Gertrud veía una figura en lo alto de una de esas colinas. La veía delinearse nítidamente contra el cielo iluminado por el claro de luna. Era un hombre que vestía un largo sayal, que llevaba una corona de espinas y que aguantaba en posición vertical una gran cruz de madera.

Todos sus compatriotas siguieron su mirada y vieron la misma imagen. La mayoría se levantó y fue corriendo hasta la balaustrada para ver mejor, pero algunos se quedaron paralizados y como abrumados por la visión. Lo que veían no se disolvía como ocurre en los sueños. El hombre coronado de espinas y la cruz eran perfectamente distinguibles en la cima de la colina que se considera el lugar exacto de la crucifixión. El resplandor de la luna aumentaba su figura de un modo sobrenatural y no hubo un solo labriego de Dalecarlia que creyera que lo que estaban viendo no fuese algo palpable y real.

Pero Hellgum, también entre ellos, se apresuró a informarles de quién era la figura de la colina.

⁴² Gólgota significa «lugar de la calavera» y designa el lugar, fuera de las murallas de Jerusalén, donde Jesús fue crucificado. (Hebreos 13:12.) (*N. de la T.*)

—Es un pobre loco —les contó—. Aunque no llevo mucho aquí, le he visto con frecuencia en Jerusalén. Cree que lleva la cruz de Cristo y que tiene que cargar con ella hasta que encuentre a alguien dispuesto a llevarla en su lugar.

Fue como si nadie oyese o quisiese oír lo que Hellgum decía. Todas las miradas continuaban aferradas a la imagen del hombre de la colina. El modo en que se había presentado ante sus ojos les hacía reticentes a abandonar la idea de que había algo milagroso en su aparición.

El ruido de sus pasos corriendo a la balaustrada debió propagarse hasta donde estaba él, porque el hombre de la cruz volvió su rostro hacia ellos y los observó. A continuación agarró su cruz, se la cargó al hombro e inició el descenso de la escarpada pendiente. Oyeron cómo gemía bajo el peso de su enorme carga y el sonido del palo rascando el suelo pedregoso.

Hellgum siguió hablándoles de aquel loco que recorría a diario las calles de Jerusalén y de cómo se abalanzaba sobre los transeúntes en su incesante búsqueda de la persona que un día habría de relevarle. Pero los labriegos no apartaban sus ojos del hombre de la cruz.

De pronto desapareció entre las laderas, pero al cabo de muy poco volvió a aparecer abajo, en el camino que conducía a su colonia.

—¡Viene hacia aquí, viene hacia aquí! —dijeron algunos, y la emoción embargaba sus voces, como si aún no acabaran de creerse que no era Jesucristo el que arrastraba la cruz.

—Sí, suele hacerlo —dijo Hellgum—. Cuando detecta a alguien, viene corriendo; pero apenas comprueba que no es quien espera, da media vuelta y se va.

—Me pregunto cómo sabe él a qué persona espera —dijo Gertrud.

—Eso nadie lo sabe —respondió Hellgum—, y supongo que él tampoco.

El hombre de la cruz se aproximaba y ellos apreciaron claramente el gran tamaño de la cruz y los ingentes esfuerzos que le exigía arrastrarla.

—¡Ay, pobre hombre! —gimieron las mujeres, compadeciéndolo. Alargaban sus brazos hacia él y en sus caras se leía que ansiaban bajar corriendo para ayudarlo con su carga.

Pero llegado el hombre al pie mismo del edificio donde estaban, las mujeres se quedaron sin habla porque, tal como lo vieron, era la viva imagen de lo más sagrado de este mundo y la emoción las paralizó. No había otra cosa que aguardar su reacción. Y el hombre de la cruz se quedó inmóvil mirándoles durante, al menos, un par de minutos. La terraza del tejado no estaba a demasiada altura del camino, el plenilunio iluminaba nítidamente las facciones de los campesinos nórdicos, y seguramente el penitente distinguía bastante bien sus rostros graves y sinceros.

Por fin, el hombre se puso en marcha de nuevo.

—Ya nos ha visto —dijo Hellgum—. Ahora veréis la prisa que tiene por seguir su camino.

Pero el hombre no siguió su camino, al contrario, se acercó aún más a la casa. Luego descargó la cruz del hombro y la apoyó contra la pared, se despojó de la corona de espinas y la colgó de un extremo del travesaño. Un minuto más tarde, los dalecarlianos lo vieron alejarse por el camino, con la espalda recta y el paso ligero, felizmente liberado de su carga.

Cuando comprendieron que había dejado la cruz junto a la puerta de su casa no dijeron ni una palabra. A algunos les dio por apretar con fuerza las manos de los que tenían al lado, y a un par se les inundaron los ojos de lágrimas. Casi todos los rostros quedaron como iluminados con una claridad que les confería algo parecido a la belleza. Habían obtenido respuesta a sus preguntas. No era para morir ni para vivir la vida por lo que habían viajado hasta allí, sino única y exclusivamente para llevar la cruz de Cristo. Más no necesitaban saber.

Los gordonistas

A comienzos de la década de 1880, más o menos por la época en que se hundió el gran vapor *L'Univers*, y unos años antes de que el maestro Storm iniciara la construcción de su templo en la parroquia regida por los Ingmarsson, en Jafa se instaló un joven de nombre Eliahu. Era pobre pero había recibido una excelente educación en una escuela de misioneros y dominaba siete lenguas. Eliahu pensó que la mejor manera de aprovechar los frutos de esa educación sería hacerse intérprete y guía de los forasteros que visitaban Tierra Santa, y como además era un hombre resuelto e ingenioso que cuidaba muy bien de los viajeros a su cargo, sus servicios eran muy solicitados.

Por aquel entonces la situación en Palestina era indescriptiblemente desastrosa, y lo más lamentable era que nadie tenía fe en que pudiera mejorar. Al contrario, la opinión general era que Palestina siempre sería un país sin carreteras, sin puentes y sin sistemas de riego, y por consiguiente sin una agricultura productiva. Resultaba imposible imaginar que los campesinos fueran a aprender a utilizar otros arados que los que hacían ellos mismos con una rama torcida de olivo, o que fueran a vivir en otras viviendas que en sus casuchas de muros ciegos de adobe, donde animales y personas compartían un mismo espacio. También era improbable esperar que cambiara el hecho de que tres cuartas partes del país fuera tierra sin cultivar destinada al pasturaje, como tampoco cabía esperar que el transporte de mercancías se hiciese por ferrocarril en lugar de a lomos de camello, o que se construyeran puertos a lo largo de la costa; o conseguir que alguien, aparte de los perros callejeros, se encargara de la limpieza de las calles.

La mayoría de los nativos no parecía percatarse de lo atrasado que estaba el país, pero Eliahu, que continuamente oía a los viajeros europeos y norteamericanos comentar los increíbles avances que tenían lugar en sus países, no podía evitar darse cuenta de aquella decadencia. Él, como muchos otros, creía que la situación no tenía remedio, pero a menudo, mientras guiaba a los turistas a lomos del caballo por todo el país, se sumía en hondas cavilaciones intentando esclarecer las causas de que Palestina, otrora un poderoso reino, fuera ahora una nación tan empobrecida e infeliz.

Se preguntaba si podría deberse a su situación geográfica, pero tenía entendido que dar al Mediterráneo era una gran ventaja para una nación, y Palestina poseía varios cientos de millas de costa mediterránea. Y aunque esa

costa fuera llana y sin golfos ni islas que le proporcionasen buenos puertos naturales, sabía que los extranjeros estaban convencidos de que sería factible construir un puerto artificial en Jafa o Haifa, o en algún otro lugar del litoral. Era como si le entrara vértigo cuando se imaginaba un puerto así. ¡Qué avalancha de viajeros implicaría, qué afluencia de mercancías, qué comercio, qué actividad! Toda Arabia, Persia y Mesopotamia traerían sus lujosas alfombras y caballos de raza, sus encajes, perfumes y magníficas armas para exportarlos a Occidente.

Pero si la pobreza de Palestina no dependía de su situación geográfica, tal vez la causa fuera la mala calidad de la tierra. Eliahu, que había recorrido el país de punta a punta varias veces, no lo creía así. Ciertamente era un país pequeño que comprendía una extensa franja costera cuya longitud equivalía a la del país, y cuya anchura aproximada era de dos a treinta leguas; una zona montañosa en el centro de esa planicie, también de la misma amplitud y longitud; y más allá el profundo valle del Jordán, que también abarcaba toda la nación, desde el lago Tiberíades en el extremo norte hasta el mar Muerto en el extremo sur; y sin embargo, en ninguno de esos lugares había él notado que la tierra fuera infértil.

Por lo que al llano del litoral se refiere, le constaba que era extraordinariamente fértil. Había observado que en las zonas cultivadas se obtenían abundantes cosechas año tras año, sin necesidad de tomarse otras molestias que girar el tepe con un simple arado de madera. El alma le dolía al imaginar que aquella tierra, ahora únicamente cubierta de flores silvestres, podría ser un inacabable mar de ondulantes trigos y maizales.

Y si pensaba en la faja montañosa, presentía que podría ser aún más rica que el litoral, al menos debería ser una zona más apreciada por la población, ya que el aire era más fresco y el clima más templado. Muy probablemente habría también allí áreas agrestes e inhóspitas, pero la mayor parte consistía en bajas colinas que eran cultivables hasta la cima. Y a él le encantaba imaginarse esas colinas cubiertas de jardines y huertas, como en la próspera región alrededor de Belén. Pensaba tan intensamente en estas cosas que el terreno pedregoso en que pacían, entre cardos y hierba seca, los rebaños de cabras se esfumaba de su vista y era reemplazado por arboledas de almendros y albaricoqueros, por granados e higueras, y donde los olivos y naranjos extendían su belleza de loma en loma.

Sus ensoñaciones más maravillosas las vivía entre los humildes arbustos de sauce que cubren el fondo del canal del Jordán. En ese profundo valle, una tierra de regadío muy bien resguardada entre altas laderas, maduraban las plantas más raras y delicadas. Allí el pobre Eliahu veía formarse en su mente un nuevo Edén, lleno de cimbreantes palmeras, plantas aromáticas, todas las hierbas y flores secretas utilizadas para perfumes, pigmentos y medicinas.

Pero todo esto no eran más que sueños irrealizables. Si Eliahu los comentaba con algún habitante de Palestina, éste se conformaba con encoger los hombros y señalar hacia el noroeste allende el mar. Con eso estaba todo dicho.

Eliahu sabía que era el gobierno turco allá en Constantinopla el causante de toda aquella desgracia.⁴³ Era ese gobierno el que había permitido que los antiguos conductos de agua se deterioraran, el que no mantenía las carreteras en buen estado, el que se oponía a la construcción del ferrocarril, el que impedía a extranjeros emprendedores crear instalaciones portuarias, el que prohibía la importación de libros de Occidente y la impresión de periódicos. El mismo gobierno que obligaba a cualquiera que tuviera un trabajo útil y productivo a pagar unos impuestos, tan abusivos que la gente prefería malgastar sus días dormitando sin hacer nada. El que no defendía la justicia sino que toleraba que sus jueces aceptasen sobornos, el que permitía a los ladrones campar impunemente a sus anchas, el que había conducido a todo un pueblo al embrutecimiento y el abandono, hasta tal grado que era incapaz de pensar ya en levantarse.

Eliahu enrojecía de cólera al enumerar la lista de los agravios perpetrados por los turcos. No concebía que los turcos tuviesen las manos libres para gobernar Palestina como quisieran. ¿Acaso no era Palestina la nación amada por todos los cristianos del mundo? Y tampoco es que fuera una tierra extraña para ellos, ya que cristianos había en todas partes y de todos los colores, los había en conventos, en escuelas e instituciones misioneras: rusos y griegos ortodoxos, católicos romanos y protestantes luteranos, cristianos armenios, coptos y jacobitas. Y cuando uno se paraba a pensar en lo poderosas que eran algunas de estas instituciones, ¿no era increíble que permitiesen a los turcos continuar con sus abusos? ¿Por qué todos esos que profesaban el cristianismo no se encargaban de que la tierra de Cristo fuese gobernada con justicia? ¿Por qué no se preocupaban de que los otros pueblos dijeran: «Mira, ¿ves? La nación en que nació Jesucristo es como un delicioso jardín a los ojos del Señor. Aquí florecen el amor y la concordia, nadie hace daño a su prójimo sino que todo el país se regocija y prospera. En otras partes del mundo no se ha conseguido instaurar la doctrina de Jesús, pero en cambio Palestina se rige por ella de la forma más maravillosa.» ¿Por qué no querían los cristianos que las cosas fuesen así? De habérselo propuesto con todas sus fuerzas, los turcos no habrían podido impedirselo.

Eliahu había formulado estas preguntas a muchos cristianos en Palestina, personas instruidas y caritativas, pero siempre recibía la misma respuesta: «¿No comprendes que los cristianos somos impotentes aquí porque no estamos de

⁴³ Por la época en que nos ocupa, Palestina formaba parte del Imperio otomano, desde 1516. (N. de la T.)

acuerdo? ¿No ves que vivimos en una amarga y continua lucha los unos contra los otros? ¿Cómo podríamos instaurar el reino de Dios? Aquí, donde vivió Jesús, la fe es más fuerte que en ningún otro lugar de la tierra; pero, precisamente por eso, también el odio entre las distintas confesiones es más intenso aquí que en otros lugares. En cualquier parte del mundo se llevarán mejor los cristianos entre sí que en Tierra Santa.»

Eliahu reconoció que era verdad. Comprendió que la desgracia reinaría en su patria hasta que los cristianos aprendiesen a estar unidos. Y si consideraba el intransigente fervor y el siniestro fanatismo que había observado en los cristianos de Jerusalén, Eliahu se temía que ese día nunca llegaría.

Cuando Eliahu llevaba algo más de un año guiando a extranjeros por Palestina, llegó un grupo de turistas americanos. Procedían de Chicago y ya se conocían al iniciar el viaje, eran buenos amigos unidos por una estrecha alianza. Tampoco se trataba de unos ricos ociosos que viajaban en pos de meras distracciones, sino de burgueses sencillos, ansiosos de conocer el país en que había vivido su Salvador. Los más notables eran un tal Edward Gordon, abogado, y su esposa. También había un médico joven y su hermana, un par de familias de maestros; en total, quince personas. Querían recorrer a caballo toda Palestina y visitar todos los lugares sagrados antes de regresar a su país.

Le tocó en suerte a Eliahu ser el guía de estos americanos. Se encargó de conseguirles todo lo que necesitaban: caballos, sillas de montar, tiendas de campaña, sirvientes, provisiones y demás pertrechos. Durante el viaje se cuidó de que sus comidas estuviesen siempre a punto cuando llegaban a los lugares de descanso, elegía las mejores rutas y realizó su trabajo tan satisfactoriamente que pudieron ir desde Hebrón al lago Tiberíades sin sufrir ningún percance. Nunca antes se había esforzado tanto en complacer a los miembros de una caravana de turistas, pero su esmero no se debía a que anhelara una recompensa de los americanos sino porque acabó queriéndoles.

Eliahu había tenido la oportunidad de conocer a muchas clases de personas, pero ninguna como éstas. Se comportaban con sencillez y naturalidad, y aunque Eliahu no creyera que en su país fueran gente reputada ni altos cargos, sentía por ellos el máximo respeto. Los veía investidos con la prestancia y la autoridad que les corresponde a quienes han nacido para gobernar a otras personas. Seguramente, esto se debía a que todos demostraban un gran dominio de sí mismos. Nunca dirigían una palabra desagradable a sus compañeros, ni siquiera al más bajo de los sirvientes sirios. Nunca se mostraban descontentos, jamás se les agriaba el humor, soportaban la lluvia o el calor con la misma ecuanimidad. El ambiente que se respiraba entre ellos era tan alegre y vivaz que Eliahu a menudo se decía: «¡Qué lástima que no todos los viajeros sean como éstos! Entonces mi trabajo sería maravilloso.» En su compañía y a medida que fueron pasando los días, Eliahu se transformó en una nueva

persona y empezó a pensar con angustia en el día en que tuviera que acompañarles a Jafa para verles partir.

Primeramente, Eliahu los llevó de gira por el país, después se quedó con ellos en Jerusalén, donde les enseñó todas las venerables iglesias, todas las piedras o cuevas sobre las cuales pudiera decirse algo digno de algún interés. Pero por mucho que intentara prolongar la visita, llegó un día en que hubo de reconocer que ya no le quedaba nada por enseñar, y en que los americanos empezaron a pensar en marcharse.

La víspera del día en que los viajeros abandonaban Jerusalén, mandaron recado a Eliahu de que viniera al comedor de la posada donde se hospedaban. Se presentó allí abatido y taciturno y no les costó ver lo afectado que estaba. Los americanos le pidieron que se sentara a la mesa con ellos y durante la comida hicieron varios intentos de animarle, pero todos sin éxito.

—Eliahu —le dijo entonces súbitamente el señor Gordon—, hemos acordado que antes de marcharnos queremos explicarle quiénes somos. Usted se ha convertido en un amigo muy querido y realmente no quisiéramos tener que separarnos de usted.

Le explicó entonces que su esposa había estado a punto de perecer en un naufragio y que mientras se debatía entre las olas había recibido un mensaje de Dios. Añadió que todos aquellos que Eliahu había guiado de un lado a otro del país, así como unos cuantos más que se habían quedado en Chicago, habían fundado una comunidad con el propósito de vivir en concordia entre ellos y de trabajar por la concordia en el mundo. Y para acabar, le preguntó a Eliahu si desearía ser miembro de su comunidad y marcharse con ellos a América. Al fin y al cabo, era un hombre sin familia que podía establecerse en cualquier lugar que le apeteciera, y trabajo no le iba a faltar, teniendo en cuenta sus conocimientos. Durante el viaje habían tenido la oportunidad de ver tantas facetas de él que no dudaban que encajaría entre ellos. Y por su parte, él había visto la manera de ser de cada uno de ellos y del grupo y podía decidir por sí mismo si quería unirse a ellos.

Eliahu permaneció callado largo rato tras escuchar a Gordon. Algo extraordinario tenía lugar en su interior. Mientras Gordon le contaba que él y sus compañeros habían fundado una comunidad con el propósito de trabajar por la concordia en el mundo, todos sus sueños cobraron nueva vida. Las ideas volaban en su cabeza. A sus ojos aquellas personas eran tan brillantes e irresistibles que si se lo proponían podrían implantar la concordia hasta entre los cristianos de Jerusalén. De lograrlo, la batalla estaría ganada. Podía ver ya las ondulantes cosechas de trigo en el llano de Sarón y los almendros florecidos en las afueras de Jerusalén y las palmeras cimbreándose en torno a Jericó.

—¿Qué piensa de nuestra propuesta, Eliahu? —tuvo que preguntarle finalmente el señor Gordon, al ver que el guía no daba muestras de responder.

—Digo que no soy yo quien debe seguirles a ustedes —habló por fin Eliahu con una voz que la emoción hacía sonar espesa—, sino ustedes los que deben quedarse aquí.

—¿Qué dice, Eliahu? —exclamó Gordon.

—Señor Gordon —respondió Eliahu—, en ninguna otra parte del mundo existe entre cristianos un odio tan intenso como aquí en Jerusalén. Sé que la intención de Dios es que usted y sus amigos se queden aquí, para enseñarles a las distintas comunidades lo que es la unidad.

Al pronunciar estas palabras Eliahu estaba muy pálido y tan turbado que temblaba como una vara. Era como si no hablara por su propia voluntad, como si un poder exterior fuese el que hacía salir las palabras por su boca. Eso impresionó a los americanos. Durante su largo periplo por Palestina, Eliahu les había contado sus sueños y anhelos, de modo que enseguida comprendieron a qué se refería. Sin embargo, eso no significaba que tuvieran la menor intención de hacerle caso.

Era verdad que había crecido en ellos un gran amor por la milenaria nación en que nacieran todos esos hombres y mujeres sobre cuya santidad habían leído desde la infancia. Y mientras viajaban por el país, más de una vez habían comentado que no era justo que Palestina se viera abandonada a la desidia y la decadencia. Todas las maravillosas enseñanzas que aquella tierra había legado merecerían un poco de gratitud. Sin embargo, jamás pensaron que fueran ellos los que pusieran manos a la obra. Ellos tenían ocupaciones en Chicago, todos sus intereses y sus propiedades estaban allí, cualquier alternativa al regreso era impensable.

Gordon le comunicó todo esto a Eliahu. Le habló larga y amablemente, intentando calmarlo, pero Eliahu no hacía más que repetir: «Sé que es la voluntad de Dios, sé que es la voluntad de Dios. Él les demostrará que es su voluntad.» Y cuando finalmente comprendió que sus palabras no surtían efecto en los americanos, se marchó con los ojos anegados en lágrimas.

Al día siguiente los americanos partieron rumbo a Jafa. Eliahu les acompañaba pero en ningún momento mencionó su propuesta de la noche anterior. Más bien parecía avergonzado por su ocurrencia.

Los viajeros sabían que ese día se esperaba un gran vapor francés; pero al llegar a Jafa, la rada estaba desierta. Todo el día siguiente estuvieron oteando vanamente el horizonte con la esperanza de ver aparecer algún vapor, y lo cierto es que vieron varios barcos navegando a lo lejos, pero ninguno se acercó a la costa de Palestina.

No tardaron en conocer el motivo. El gobierno había declarado que existía una epidemia de cólera en Palestina, por lo que ningún vapor hacía la ruta hasta Jafa, evitando así la obligatoria cuarentena en el siguiente puerto. En Tierra Santa se desconocía que hubiera cólera en el país; en realidad era un

completo error, pero de todos modos pasó una semana antes de que el sultán anulara la declaración.

Por fin, llegó un vapor y los americanos se prepararon para embarcar. Pero entonces se desató una tormenta con olas que se estrellaban contra las rocas negras y levantaban elevadas nubes de espuma que impedían a los botes de remos aproximarse al vapor; el cual estuvo medio día aguardando a los pasajeros en la rada. Pero el temporal no amainaba y el transatlántico se vio obligado a proseguir la marcha sin que ningún pasajero hubiera subido a bordo.

Los americanos se hospedaban en un pequeño y abarrotado hotel de la colonia alemana, donde sufrían incomodidades y penurias. Pese a ello, su decisión de volver a su país, que les había dominado al principio, perdía fuerza día a día. No comentaron lo curioso que resultaba el hecho de que todas las salidas de Palestina parecieran cerrárseles; pero, en cambio, se fue posando sobre sus espíritus una solemne quietud, semejante a la que experimentan las personas que sienten que es la divina providencia la que dirige sus pasos y no su propia voluntad.

Como es natural, no llegaban vapores europeos a Jafa a diario, pero al cabo de unos días uno de ellos fondeó en la rada. Hacía un tiempo espléndido y la mar estaba lisa como un espejo. Sin embargo, la señorita Young, la hermana del joven médico, amaneció gravemente enferma y no podía embarcar. Tanto la enferma como su hermano insistieron en que el resto del grupo partiera y los dejaran allí, pero nadie lo hizo.

Eliahu acudió al hotel para saber si pensaban embarcar y para ofrecerse a llevar su equipaje a bordo, pero se encontró con que nadie había hecho las maletas. Entonces, el señor Gordon le comunicó sin alterar la voz:

—Hemos llegado a la conclusión de que es verdad lo que usted nos dijo, Eliahu. Nos quedamos en Palestina. Por voluntad de Dios.

Por la época en que los gordonistas decidieron establecerse en Tierra Santa, en Jerusalén vivía una anciana inglesa, la señorita Hoggs. Vivía sola y gozaba de una completa independencia, y en sus viajes había dado la vuelta al mundo más de una vez; ahora, su intención era permanecer en Jerusalén lo que le quedara de vida, no por motivos religiosos sino porque, según sus observaciones, no había otro lugar en el mundo donde ocurrieran tantas cosas raras e indignantes.

La señorita Hoggs había alquilado una magnífica casa situada en el extremo norte de la ciudad, casi tocando la muralla. Estaba construida al estilo de Jerusalén, lo cual inducía a creer que el arquitecto primero hubiera hecho una serie de casitas con todos los lados iguales, como dados, y luego una pequeña cúpula encima de cada una a guisa de techumbre, acabando

finalmente por distribuir los dados sin ton ni son en torno a un patio interior y un par de terrazas. Las habitaciones no se comunicaban mediante puertas, sino que había que salir fuera para ir de una a otra, y a algunas, que salían de la pared suspendidas en el aire como palomares, sólo se accedía por unas estrechas y peligrosas escaleras. Pero la casa era grande y espaciosa y, lo más valioso, no se encontraba en una callejuela angosta y oscura de la ciudad antigua, sino que tenía luz abundante y aire. Además, estaba amueblada al estilo occidental con sillas, mesas y camas, en lugar de alfombras y divanes únicamente.

A ella la casa le venía demasiado grande, pero cuando la alquiló dejó claro que la quería para ella sola. «La gente nunca se pone de acuerdo conmigo y yo jamás con ella —afirmó—. No necesito a nadie, me valgo por mí misma. ¿Por qué habría de meter a alguien en mi casa?»

Un día que había salido a comprar antigüedades se cruzó con la señora Gordon, seguida de Eliahu, en la calle David. Ambos habían recorrido Jerusalén de punta a punta en busca de una vivienda adecuada para su pequeña comunidad. Gordon y otros adeptos habían viajado a América para liquidar sus asuntos allí mientras el resto se encargaba de organizar su nuevo hogar en Jerusalén. Se habían dividido en pequeños grupos e iban rastreando casas libres de calle en calle, pero de momento no habían encontrado nada que se ajustase a sus deseos.

Eliahu se había lamentado repetidas veces de que la anciana se les hubiese adelantado en alquilar la grandiosa casa junto a la muralla. El inquilino anterior era un occidental como ellos, un misionero suizo, con lo que quedaba asegurado que la vivienda fuera de su gusto. «La señorita Hoggs no debería acaparar toda una casa para ella sola, sabiendo lo difícil que es conseguir vivienda en Jerusalén», se quejaba.

Cuando la anciana vio a la señora Gordon por la calle se apresuró hacia ella.

—¿Qué tal está? —la saludó—. Se acordará usted de mí, espero, y de la última vez que nos vimos. ¿Recuerda que le dije que yo nunca tenía miedo? Ya ve que no tenía motivos para tenerlo. A nosotras nos ha ido bien.

A continuación le preguntó cuándo había llegado a Jerusalén y cuánto tiempo pensaba quedarse.

La señora Gordon contestó que estaba ocupándose de la mudanza y que en ese momento buscaba algún sitio donde vivir.

—No lo tendrá usted fácil —dijo la señorita Hoggs; pero como tenía miedo de que la otra pretendiese alquilarle una parte de su casa, se apresuró a cambiar de tema—: ¿Por qué quiere usted instalarse aquí? —dijo—. ¿Piensa su marido establecerse aquí a causa de alguna investigación científica?

La señora Gordon no ocultó los motivos para su traslado a Jerusalén. Ella y su marido se habían unido a un grupo de amigos que intentaban llevar una vida justa. Su meta era enseñar a la humanidad a vivir en concordia, y era en Jerusalén donde tenían la intención de dar el primer paso.

Los ojos atónitos que la anciana fijó en la señora Gordon se hicieron todavía más redondos de lo que ya eran.

—¡Concordia! —repitió—. ¡Aquí, en Jerusalén! ¡Que se trasladan aquí para enseñarle a la humanidad a vivir en concordia! Perdona, pero parece que el naufragio la ha dejado trastornada.

La señora Gordon quiso explicarle que creía haber oído a Dios exhortándola en ese sentido, pero la señorita Hoggs no la escuchaba. Tomó a la joven por la muñeca, la colocó contra el muro de una casa y se dispuso a disuadirla.

—Escúcheme bien —dijo—. Usted es la joven América que quiere probar suerte en toda clase de aventuras y yo soy la veterana Inglaterra que conoce el mundo y sabe qué es posible y qué no. Créame cuando le digo que en esta ciudad sólo conseguirá desperdiciar sus energías sin serle útil a nadie.

—Precisamente, nosotros no entendemos por qué la gente se empeña en vivir enemistada justamente en esta ciudad —repuso la otra.

—No, claro que no lo entiende usted —replicó la señorita Hoggs—, ¡pero piense un poco! ¿Qué clase de gente es la que vive aquí? O bien musulmanes, o judíos o cristianos. Suponga por un momento que usted fuera musulmana; en ese caso esta ciudad sería un lugar sagrado para usted porque, según sus creencias, su profeta ascendió a los cielos desde ese antiguo templo de ahí, y se sentiría usted obligada a odiar tanto a judíos como a cristianos porque sabría que el máximo deseo de ambos es echar a los musulmanes de Jerusalén. Y si usted fuese judía, señora Gordon, tendría que odiar a los musulmanes porque actualmente son los amos de la tierra de los descendientes del rey David; pero tampoco preferiría a los cristianos, porque sabría que ellos nunca consentirán que el pueblo judío se haga con el poder en esta ciudad. O bien es usted cristiana, lo cual significaría que para usted Jerusalén es la ciudad sagrada por excelencia, y en ese caso tiene que odiar a los musulmanes, que son los amos, y a los judíos, que quieren serlo y que pretenden que esta ciudad y esta tierra es suya y que nadie más que ellos tiene derecho a ninguna de las dos. Pero resulta, además, que si es usted cristiana, tiene que odiar a todos los cristianos que no profesen la misma confesión que usted porque sabe que, en el momento en que alguno de ellos alcance el poder, usted y los suyos serán expulsados de aquí sin piedad. Bien, así están las cosas, y ahora espero que usted, jovencita americana, se haya convencido de que no vale la pena predicar la unidad en Jerusalén.

—No queremos predicar —afirmó la señora Gordon—. Es mediante el ejemplo que queremos enseñar a la gente lo felices que podemos ser viviendo unidos.

—Ya me imagino que todos ustedes son ángeles —dijo la anciana—. Pero es porque no han respirado el aire de Jerusalén lo suficiente. Espere un poco y ya verá cómo empiezan a odiarse los unos a los otros.

—Pues se equivoca, señorita Hoggs —dijo la señora con firmeza—. Hemos convivido en paz y concordia durante todo un año y todavía no ha habido un solo conflicto entre nosotros.

—¿Y qué demuestra su concordia? Estoy segura de que todos ustedes se conocían antes de unirse y que sabían de antemano que eran gente pacífica y honrada con la cual sería fácil armonizar. Si entre ustedes hubiese habido una vieja malhumorada e intransigente como yo, que siempre está provocando a los demás, y a pesar de eso hubiesen conseguido mantener la concordia, entonces sí se merecerían ustedes mi confianza.

—¿No quiere usted unirse a nosotros, señorita Hoggs, y lo probamos? —repuso la otra con una sonrisa.

La anciana también sonrió.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Ustedes se atreverían? Recuerde, señora Gordon, que soy la señorita Hoggs y que siempre hago lo que me viene en gana, y que nadie me ha soportado nunca. No le temo a nada, no cambio de parecer y no hay nada que se merezca mi respeto.

—¿Realmente le gustaría unirse a nosotros, señorita Hoggs? Para nosotros supondría una gran alegría.

La anciana levantó la vista y la mantuvo largo rato suspendida en una alfombra raída que colgaba de una ventana como protección contra el sol y la lluvia. Tal vez, en ese instante, sintió una súbita angustia porque no tenía absolutamente a nadie en el mundo y se estaba haciendo mayor. Tal vez pensara que la vida se vuelve muy pobre a los ojos de quien no tiene más ocupación que viajar de un sitio a otro para distraerse. Tal vez opinara que aquellos americanos se habían impuesto una bella e importante tarea y que quizá valiera la pena intentar ayudarles ahora que ya estaba cansada de todo lo demás. Sin embargo, se abstuvo de comentar nada de todo esto, sino que se dirigió a la señora Gordon en el mismo tono frívolo de antes:

—¡Óigame usted! Vivo de alquiler en una casa muy grande junto a la muralla, tiene muchas habitaciones, y si usted y sus compañeros se atreven, les dejaré vivir conmigo una semana. Entonces conocerán a la verdadera señorita Hoggs, y si no la soportan, tendrá que prometerme que renunciarán a esa locura de querer implantar la unidad en Jerusalén. Comprenderá que si no pueden con una sola persona como yo, no vale la pena que se esfuercen con el resto. Y bien, ¿qué le parece?

—Se lo agradecemos mucho, señorita Hoggs, y aceptamos encantados su ofrecimiento.

Al día siguiente, los americanos se mudaron a la casa junto a la muralla y conocieron a la verdadera señorita Hoggs. Era una anciana sensata, franca y honesta, y ni por un momento les pasó por la cabeza discutir con ella. Los primeros días daba la impresión de que a la anciana le causara una gran decepción no poder enemistarse con sus invitados, pero antes de finalizar la semana ella misma les propuso entrar a formar parte de su comunidad. Porque, según dijo, les sería útil. Eran todos tan bondadosos que nadie reconocería mérito alguno en su ingreso. En cambio, si aguantaban tener entre ellos a una vieja inflexible y belicosa como ella, sería indudable que realmente existían razones para alabar su concordia.

Cuando los gordonistas llevaban ya unos años viviendo en Jerusalén sucedió que se introdujo en su seno incertidumbre y angustia. Vivían felices y contentos dedicando su tiempo a los pobres y los enfermos de Jerusalén, pero era menester reconocer que la concordia entre los cristianos no había aumentado un ápice. Más bien parecía todo lo contrario, como si la difamación, el acoso y la rivalidad no hubieran hecho más que incrementarse, y además, gran parte de ello iba dirigido contra su propia comunidad. Amigos sí tenían, y donde menos lo esperaban: entre la población judía y musulmana; lo cual también era problemático porque los otros cristianos veían esas amistades con malos ojos. Al final, no podían evitar preguntarse: «¿Hicimos bien en venir aquí? Tal vez malinterpretamos las señales de Dios.»

Mientras los gordonistas se debatían con sus dudas, recibieron la visita de dos marinos franceses. Uno de ellos era tan mayor que había decidido retirarse y el otro era un muchacho que aún no había cumplido los veinte. Su barco estaba anclado en Jafa cargando naranjas y ambos habían obtenido dos días de permiso para visitar Jerusalén.

Los dos se habían hecho muy amigos después de sobrevivir al hundimiento del vapor *L'Univers*. Nunca olvidarían lo que vieron aquella noche. Su actitud hacia la vida se había hecho más adusta desde entonces, y ya no se sentían cómodos en compañía de otros marinos.

El viejo no padecía efectos notables de aquella desgracia, pero al muchacho sí le habían quedado importantes secuelas. El terror sufrido había sido tan abrumador que cada noche lo revivía en sus sueños. Nada más dormirse soñaba que los dos buques chocaban y que el velero, visto como un pájaro gigantesco que batía las alas, caía en picado sobre el vapor. Luego él exhortaba a la tripulación del velero a salvarse saltando a bordo de *L'Univers* mientras ellos, a su vez, le gritaban a él que era el vapor el que se hundía, e intentaban

pescarlo con un bichero y arrastrarlo hasta su nave. Finalmente, cuando tras ser liberadas las embarcaciones, comprendía que el vapor estaba a punto de irse a pique, caía presa del pánico, y la desesperación por no haberse salvado con el velero era tan intensa que se despertaba. Entonces, temblando de horror y angustia, sollozaba y sufría lo indecible antes de recuperar el conocimiento y ser capaz de decirse que sólo se trataba de un sueño.

Quizás esto no fuera en realidad un gran tormento, pero como se repetía noche tras noche, el sufrimiento que le producía amenazaba con destrozar la vida del joven. Muchas noches no se iba a dormir, sino que se mantenía despierto para eludir la pesadilla, en ocasiones pasaba varias noches seguidas en vela, pero tarde o temprano tenía que dormir y entonces aparecía el sueño. El chico iba de país en país y cada vez que arribaba a un nuevo puerto nacía en él la esperanza de haber llegado a un sitio donde tal vez aquel sueño no diera con él; sin embargo, hasta la fecha no había hallado un refugio donde estar a salvo.

Los dos marinos llevaban apenas unos minutos en Jerusalén cuando, en una calle, se toparon con la señorita Hogs, ella los reconoció y se los llevó a la colonia. Allí, como es fácil imaginar, los recibieron con los brazos abiertos. Después, Eliahu les acompañó a ver todos los lugares de interés de la ciudad, y los colonos les ofrecieron comida y cama, ya que creyeron que los humildes marinos lo necesitaban.

Sin embargo, los marinos no se alegraron tanto como pudieran esperar los gordonistas. Y es que los franceses habían oído hablar de ellos ya en Jafa, y siempre con desaprobación; la gente comentaba que aquellos americanos que se habían instalado en Jerusalén como un modelo a seguir para otros cristianos sólo frecuentaban el trato de judíos y musulmanes. Los rumores parecían insinuar que los colonos habían renegado del cristianismo y que vivían como paganos.

Sin embargo, los marinos no se atrevieron a rechazar la hospitalidad de los americanos. Les pareció que no podían negarse a pasar una noche en la colonia; a cambio, se prometieron abandonarla a primera hora de la mañana.

Pero al despertarse por la mañana, el joven se incorporó en la cama con un grito de euforia. Acababa de pasar una noche entera sin ser asaltado por su terrorífica pesadilla, y era la primera vez que ocurría desde la noche del naufragio.

El hecho les hizo recapacitar a ambos y dijeron: «Es imposible que estas personas sean unos depravados, hay tanta paz en esta casa que el sueño maldito no ha osado penetrar aquí.» Así que se quedaron todo el día en la colonia para observar el modo de vida de los gordonistas e interrogarles acerca de sus creencias.

Luego pernoctaron una segunda noche en la colonia y tampoco esta vez volvió la pesadilla.

Entonces, ambos marinos creyeron haber recibido una señal de Dios, en el sentido de que debían unirse a los gordonistas y contribuir a su causa. Al despedirse de ellos, les dijeron que volverían para unirse a su comunidad tan pronto pudieran liberarse de sus compromisos.

Y así fue, y para los gordonistas supuso un enorme motivo de alegría. Lo interpretaron como una nueva prueba de que no habían entendido mal la voluntad de Dios, al contrario, era su deber seguir el camino que habían emprendido.

Los gordonistas llevaban doce años en Jerusalén y la concordia entre los cristianos de la ciudad brillaba por su ausencia; pero aun así los habitantes de la casa junto a la muralla tenían cada vez menos dudas de que Dios estaba con ellos, ya que durante esos doce años se habían producido muchos cambios en Palestina. Se construían carreteras en varios puntos del país, también una línea de ferrocarril entre Jerusalén y Jafa, y aparecían colonias de cultivadores en muchas zonas distintas. Nuevas e impresionantes instituciones misioneras con escuelas y hospitales surgían por doquier, y al oeste de Jerusalén, no lejos de la muralla, se había creado todo un barrio nuevo. Ahora en la Ciudad Santa había tiendas europeas y bancos, telégrafos y grandes hoteles, lo cual facilitaba la vida allí. Era evidente que la Tierra Santa estaba a punto de resurgir, aunque todavía quedara muchísimo por hacer. Se sentían orgullosos de todo lo que se había conseguido tras su llegada, y creían firmemente que Dios, a pesar de que su empeño no hubiera dado el fruto que esperaban, compensaba de este modo su buena voluntad. En otras palabras, creían haber establecido una especie de pacto con él y no les cabía duda de que, gracias a que ellos le habían obedecido quedándose en Jerusalén, ahora él sacaba al país de su degradación.

El desprecio con que los trataban los otros cristianos aumentaba de año en año, y nadie se oponía a ellos más férreamente que sus propios compatriotas y el cónsul de Estados Unidos, un predicador metodista. Pero esto no hacía más que confirmarles que Dios estaba a su lado, ya que veían cómo todo lo malo que se les atribuía se volvía en su favor.

Por esta época sucedió que a un grupo de americanos muy ricos se les ocurrió fletar un gran vapor para realizar un crucero por la vieja Europa. Eran unas cien personas y su viaje no los llevó únicamente a Inglaterra, Alemania y Francia, sino que también visitaron los países mediterráneos. Una mañana fondearon en Jafa y desde allí se fueron de excursión a Jerusalén.

Entre los pasajeros se contaba una joven, la señora Hammond, que iba en *L'Univers* aquella espantosa noche. Desde entonces vivía en la amargura y el

arrepentimiento, y nadie jamás la veía contenta o despreocupada. Ella y su marido habían iniciado su luna de miel a bordo del trágico barco y ella se reprochaba ahora el haber abandonado a su marido durante el trance, en vez de morir a su lado, tal como él deseaba.

Actualmente vivía con su madre, una mujer rica que poseía una gran mansión en Nueva York. Impulsada por la madre, la joven se veía obligada a participar en toda clase de eventos y diversiones; aun así, lamentaba sin cesar la pérdida de su esposo y se arrepentía de no haber escuchado su ruego. Había sido su madre quien, casi a la fuerza, la había hecho hacer aquel crucero de placer con la esperanza de que el viaje la distrajera de su dolor.

Como a los acompañantes de la joven viuda les sobraba el tiempo, decidieron quedarse en Jerusalén una semana. En esta ciudad la joven se mostró menos apática e indiferente que en anteriores etapas del viaje. Al divisar Jerusalén al fondo de una zona montañosa, encaramada a lo alto de una roca oscura y escarpada, rodeada primero por sombríos valles que formaban a su alrededor como un foso natural, y después, tras ese foso, por una enorme muralla de altivas cumbres, a la señora Hammond le pareció entender que la ciudad existía allí como algo recóndito y secreto, destinado desde la noche de los tiempos a ser el escenario del suceso más decisivo de la historia. Sintió una extraña compasión por aquella ciudad aplastada por el peso de su terrible gravedad, que guardaba luto y mantenía caliente el recuerdo de algo que nunca podría remediarse ni olvidarse. Tal vez la ciudad pudiera volver a ser próspera y poderosa; pero nunca alegre, nunca despreocupada y feliz como otras ciudades.

La joven viuda sabía que la señora Gordon, quien también había estado a bordo de *L'Univers*, vivía en Jerusalén. Así pues, un día le preguntó al cónsul americano si la conocía. El cónsul, poniendo cara de considerar un insulto que alguien le preguntara por los gordonistas, contestó que la señora Gordon y sus secuaces eran una pandilla de aventureros que se habían instalado en Jerusalén con el único propósito de vivir fuera de la ley y el orden. Como ningún cristiano quería saber nada de ellos, sólo frecuentaban el trato de musulmanes.

La señora Hammond no había tenido intención de visitar a la señora Gordon, pero esta respuesta la impulsó a hacerlo. Le pareció impensable que unos compatriotas suyos pudieran establecerse en Jerusalén con fines tan poco edificantes. ¿Había alguien capaz de instalarse allí solo por gusto y placer? Deseosa de saber la verdad, fue a la colonia a entrevistarse con la señora Gordon.

Desde el momento en que entró en la colonia, podría decirse que prácticamente no salió de allí hasta que llegó el día de proseguir el crucero con sus compañeros de viaje. Se presentaba allí a primera hora de la mañana y no se iba hasta muy tarde. Pasaba las mañanas junto al médico, el doctor Young,

mientras éste recibía a sus pacientes en la consulta; acompañaba luego a la señora Gordon a los hogares de familias musulmanas, donde ésta ayudaba a las pobres mujeres que vivían tan peculiarmente aisladas de la sociedad; e iba a la escuela de la colonia, donde se impartía enseñanza gratuita para niños orientales de origen humilde.

Durante aquellos días, a menudo pensó que si pudiera vivir como aquellos colonos, si ella, como hacían ellos, pudiera dedicar el resto de su vida a ayudar a los necesitados, el arrepentimiento y la angustia por no haber seguido a su marido hasta la muerte no la consumirían del mismo modo. Entonces sentiría que tenía derecho a conservar una vida que era útil para muchas personas, algo totalmente opuesto a su situación actual, en la que vivía la ociosa vida de una millonaria. No había tenido derecho de abandonar a su marido para vivir así.

Empezó a plantearse la posibilidad de unirse a la colonia y para cuando se fue de Jerusalén estaba firmemente decidida a dar ese paso. Sabía que si lo hacía recuperaría las ganas y la energía de vivir; pero no quería unirse a los gordonistas sin antes despedirse de su madre.

Cuando regresó a Nueva York y expuso sus intenciones, su madre, consternada, puso un desesperado grito en el cielo. Luego ofreció la más enérgica resistencia a que su hija se uniera a una pandilla de idealistas, y como su voluntad era más fuerte que la de su hija, ésta consintió en quedarse en el hogar materno. Pero al hacerlo, cortaba su último vínculo con la vida.

Murió unos meses después del regreso a Nueva York, habiendo legado testamentariamente todos sus bienes a la colonia gordonista. La razón era que quería ayudarles a seguir el camino que ella, de buena gana, habría emprendido en su compañía.

El año en que los campesinos de Dalecarlia se instalaron en Palestina ocurrió un notable fenómeno: las lluvias llegaron ya en agosto. Normalmente no llovía hasta entrado octubre o noviembre. Llovió con tanta abundancia que los campos se volvieron a vestir de verde y hubo agua fresca y potable durante todo el otoño. Los calores no volvieron, sino que se disfrutó de un clima templado y suave hasta las proximidades de Navidad.

Los gordonistas no paraban de bendecir la bondad de Dios por haber mandado lluvias tan tempranas ese año. Comprendieron que habían cometido una grave irresponsabilidad permitiendo que los campesinos suecos viajasen a Palestina en el período más caluroso del año. Si las lluvias no hubiesen refrescado el ambiente poco después de su llegada, probablemente todos habrían caído enfermos.

Como el tiempo era tan espléndido, la señora Gordon sugirió a los recién llegados que aprovecharan esa circunstancia para ir de peregrinaje por el país.

Según ella, no debían participar del trabajo en la colonia hasta que pasaran unas semanas, primero debían conocer todos aquellos lugares sobre los cuales habían leído tantas cosas en la Biblia.

Con el tiempo, esas semanas de peregrinaje se convertirían en el recuerdo máspreciado de los emigrantes suecos. Eliahu asumió de nuevo su papel de guía para extranjeros y los condujo por las montañas a través de Samaría hasta Nazaret, y de allí hacia el este hasta el lago Tiberíades, también llamado Genesaret o mar de Galilea, para después bajar hacia el sur por el valle del Jordán hasta el mar Muerto y de nuevo subir por zona montañosa hasta Hebrón, Belén y Jerusalén.

Todos marchaban a pie, el equipo y las provisiones eran de lo más sencillo que quepa imaginar y lo cargaban alegremente, entre cánticos y conversaciones piadosas. Sus pensamientos retrocedían sin cesar a tiempos pasados. Por lo general, el país estaba desierto pero de vez en cuando se topaban con un pueblo o aldea cuyo nombre aparece en la Biblia, o se encontraban con gente cuyo aspecto, con sus mantos a rayas marrones y cintas de pelo de camello ceñidas a la frente, recordaba a Moisés o Abraham. También les gustó ver los grandes rebaños de cabras y ovejas, y comprendieron por qué las referencias a los pastores y al pastoreo eran tan recurrentes en las Sagradas Escrituras. Y al ver las largas caravanas de camellos avanzando por los caminos pensaron en los Reyes Magos viajando hasta la cuna del niño Jesús. Vieron mujeres que iban a buscar agua en un pozo que casi siempre estaba lejos de la aldea, cargando un cántaro sobre la cabeza como la samaritana con que había hablado Jesús; vieron a un tinajero dándole forma a una tinaja a las puertas de su casa, al aire libre, y a los pescadores en el mar de Galilea meterse en el agua arremangados hasta las rodillas para tirar las redes igual que en tiempos de Jesús.

Aquel verano, Eliahu había aprendido sueco con los sueco-americanos y durante la peregrinación les contó a los recién llegados acerca de las luchas y los triunfos de los gordonistas. Así que por los caminos y senderos de Tierra Santa volvieron a escucharse milagrosas promesas de que Dios cuidaría de su tierra gracias a los justos que la habitaban y que la liberaría de sus tiranos.⁴⁴

Cuando los suecos oyeron contar la historia del naufragio de *L'Univers* y todo lo relativo a él, no pudieron evitar inquietarse un poco. No les parecía que ellos tuvieran algo que ver con eso. Les habría encantado poder compartir la feliz convicción de los gordonistas de que Dios, gracias a la labor que ellos realizaban, haría florecer de nuevo aquella tierra; pero no sabían si atreverse a esperar otra cosa que dolores y penurias.

⁴⁴ Probable referencia a los oráculos de Jeremías que anunciaban la liberación y reconstrucción del pueblo de Dios, y también el pacto de Dios y su pueblo. Véase Jeremías 30. (*N. de la T.*)

Un atardecer, sentados alrededor del fuego en un campamento, hablaron de nuevo sobre estas cosas. Entonces Hellgum tomó la palabra y habló del marinero que había rezado el Padre Nuestro y entonado un himno en honor de los ahogados.

—¿Cómo sabe usted eso, Hellgum? —preguntó Gertrud—. ¿Conoció a ese marinero?

—Lo sé porque ese marinero era un hombre errabundo que pecaba de diversas maneras —dijo Hellgum—. Pero a partir de ese día pensó que sólo una cosa importaba: llevar una vida que le permitiera estar dispuesto a morir en cualquier instante. Lo sé porque ese marinero era el mismo que ahora está aquí y os habla.

Al oír esto, los suecos se emocionaron porque había sido Hellgum quien los había conducido por el camino que los trajo a Jerusalén. Sentados bajo las estrellas, se maravillaban de cómo Dios había ido engarzando un eslabón con otro en la larga cadena de acontecimientos. Y ahora caían en la cuenta de que también ellos formaban parte de ese grupo de gente que Dios había convocado en su tierra a fin de redimirla. Sintieron entonces que les correspondía su parte de esperanza y consuelo, y empezaron a creer que no sólo era sufrimiento lo que les aguardaba, sino también la alegría de trabajar en la viña del Señor.⁴⁵

⁴⁵ Jeremías 31:5. (N . de la T.)

La ciudad de Dios, Jerusalén

La verdad es que no todo el mundo tiene la fuerza necesaria para sobrevivir a una estancia prolongada en Jerusalén. Aunque soporten bien el clima y consigan eludir el contagio de enfermedades, ocurre que la gente perece. La Ciudad Santa induce a la melancolía o la locura, incluso a la muerte. Es imposible permanecer en la ciudad un par de semanas sin que, alguna vez, oigamos comentar sobre alguna persona fallecida repentinamente: «Es Jerusalén la que le ha matado.»

Quien oye esto se extraña mucho, como es natural. «¿Cómo es posible? — nos preguntamos—. ¿Cómo puede matarte una ciudad? Éstos no saben lo que dicen.» Pero mientras te paseas de un lado a otro de la ciudad es inevitable pensar: «Me gustaría saber a qué se refieren cuando dicen que Jerusalén mata. Me gustaría saber dónde está esa Jerusalén tan terrible que hace que la gente muera.»

Sucede, por ejemplo, que decides emprender una caminata por Jerusalén. Sales entonces por la Puerta de Jafa, doblas a la izquierda pasada la imponente torre cuadrada de la ciudadela de David y tomas el estrecho sendero que resigue la muralla hasta la Puerta de Sión. Tocando la muralla hay un cuartel turco donde suenan marchas militares y ruido de armas. Luego pasas delante del convento armenio, que también recuerda a una fortaleza con sus muros reforzados y sus puertas atrancadas. Un poco más allá, te encuentras con una plomiza construcción gris llamada Tumba de David, y al verla, de pronto caes en la cuenta de que estás caminando por el sagrado monte Sión, el monte de los reyes.

Entonces hay que recordar que el monte que tienes bajo tus pies es una inmensa bóveda en la que se halla enterrado David, sentado en su trono de fuego, con manto dorado y un cetro que, aún hoy, sostiene en lo alto sobre Jerusalén y Palestina. Recuerdas que los fragmentos de ruinas que cubren el suelo son restos de magnas fortificaciones, que el monte que tienes enfrente es el monte del escándalo donde pecó Salomón,⁴⁶ que el barranco que se divisa

⁴⁶ Salomón, hijo de David, fundador del primer templo de Jerusalén del cual se dice que «hizo que la plata fuera tan abundante en Jerusalén como las piedras» (2 Crónicas 9:27), y célebre por su sabiduría, se dedicó, al final de sus días, a cultos idolátricos. «En el monte que hay frente a Jerusalén erigió un altar a Camós, ídolo de Moab, y otro a Moloc, ídolo de Amón.» (1 Reyes 11:7.) El culto a Moloc incluía holocaustos humanos. (*N . de la T.*)

desde allí, el profundo valle de Hinnom, estuvo lleno hasta los bordes de cadáveres tras la destrucción de Jerusalén por los romanos.⁴⁷

Es muy extraño caminar por allí, te da la impresión de que oyes el fragor de la batalla, ves grandes ejércitos atacando las murallas, a reyes que avanzan en sus carros de combate. «Ésta es la Jerusalén de la violencia y el poder, la Jerusalén de la guerra», piensas llena de espanto por todas las matanzas y los horrores que surgen en tu memoria. Y por un instante te preguntas si puede ser ésta la Jerusalén que mata a las personas. Pero enseguida encoges los hombros y dices: «Es imposible, hace demasiado tiempo que se oyó el silbido cortante de la espada y hubo derramamiento de sangre.»

Y entonces sigues caminando.

Tan pronto doblas la esquina de la muralla y alcanzas la parte oriental, te espera algo completamente distinto. Allí se encuentra la zona sagrada. Entonces sólo te vienen a la mente sumos sacerdotes y sirvientes del templo. En el interior de la muralla está el lugar donde los judíos se lamentan, donde los rabinos con sus caftanes de terciopelo rojo o azul se pegan contra el frío muro de piedra y lloran por el palacio, que fue destruido, por el muro, que fue derribado, por el poder, que se ha perdido, por los prohombres, que están muertos, por los sacerdotes, que se han descarriado, por los monarcas, que han renegado del Todopoderoso. Ahí se eleva el monte Moria, donde se construyó el fabuloso Templo de Salomón. Extramuros, el terreno desciende hasta el valle de Josafat, repleto de tumbas, y al otro lado del valle se divisa el huerto de Getsemaní, en el monte de los Olivos, desde donde Jesucristo ascendió a los cielos. Y aquí está el pilar de la muralla sobre el que se situará Jesucristo el día del Juicio Final, sosteniendo en su mano un hilo largo y fino como un cabello, mientras Mahoma, desde el monte de los Olivos, sostendrá la otra punta del hilo. Los muertos tendrán que caminar por el hilo tendido sobre el valle de Josafat; pero sólo los justos lograrán llegar al otro lado del valle; los injustos se precipitarán en el fuego de la Gehenna.⁴⁸

Al caminar por aquí piensas: «Ésta es la Jerusalén de la muerte y la resurrección, aquí se abren el cielo y el infierno.» Pero al poco rato dices: «Tampoco es ésta la Jerusalén que mata. Todavía falta demasiado para que

⁴⁷ El general Tito, hijo del emperador Vespasiano, llegó a Jerusalén con las legiones romanas en abril del año 70 d.C. El asedio duró de abril a septiembre. En el mes de agosto las puertas y el templo ardieron, cumpliéndose así la famosa profecía de Jesús (véase Lucas 19:43). (*N. de la T.*)

⁴⁸ *Gehenna*, forma griega del hebreo *ghehinnom*, valle del Hinnom, al suroeste de Jerusalén. El lugar acogió el culto a Moloc, con holocaustos de niños. Josías mandó destruirlo y arrojar allí los cadáveres y los desperdicios que no servían para el culto, donde eran quemados. El valle se convirtió en un vertedero de basuras donde el fuego ardía permanentemente. En el Nuevo Testamento y para los rabinos, la Gehenna simboliza un lugar de castigo donde arde un fuego eterno, equivalente a lo que en Occidente se conoce como «infierno». (*N. de la T.*)

suenen las trompetas del Apocalipsis y el fuego de la Gehenna se ha extinguido.»

Continúas caminando a los pies de la muralla y llegas a la zona septentrional de la ciudad. Atraviesas áridos solares, un paisaje monótono y desértico. Aquí se encuentra el monte pelado que dicen es el auténtico Calvario, aquí está la cueva donde Jeremías compuso sus lamentos. En la parte interior del muro está el estanque de Betesda, por aquí discurre la Vía Dolorosa bajo unas arcadas siniestras. Aquí se encuentra la Jerusalén del desconsuelo, la del dolor y el sufrimiento, la de la reconciliación.

Te detienes un momento y cavilas mientras contemplas la lúgubre severidad de lo que ves. «Tampoco es ésta la Jerusalén que mata a la gente», piensas, y sigues caminando.

Pero si continúas avanzando hacia poniente y el noroeste, ¡qué súbito cambio te espera! Aquí han levantado el nuevo barrio de extramuros, también las magníficas mansiones de los misioneros y los grandes hoteles. Aquí está el extenso conjunto arquitectónico de los rusos, con iglesia, hospital y enormes casas de huéspedes que pueden recibir hasta veinte mil peregrinos. Aquí cónsules y clérigos se construyen hermosas villas, por aquí entran y salen los peregrinos de las muchas tiendas de quincalla sagrada.

De este lado se extienden las magníficas colonias agrícolas de alemanes y judíos, los grandes conventos, las múltiples instituciones benéficas. Por aquí pululan frailes y monjas, enfermeras y diaconisas, popes y misioneros. Aquí viven los investigadores que estudian el pasado de Jerusalén, y viejas damas inglesas que no saben vivir en otro sitio.

Aquí se hallan las magníficas escuelas de los misioneros, que ofrecen enseñanza gratuita a sus alumnos, además de comida, ropa y cama, a cambio del libre acceso a sus almas; aquí están los hospitales de los misioneros, donde se les pide a los pacientes que se dejen atender a fin de poder convertirlos. Aquí se celebran misas y oficios donde se disputan almas.

Aquí es donde el católico despotrica contra el protestante, el metodista contra el cuáquero, el luterano contra el reformista, el ruso contra el armenio. Por aquí acecha la envidia, aquí desconfía el idealista del ensalmador, aquí litigan los ortodoxos con los herejes, aquí no se practica la clemencia, aquí se odia a todo el mundo para mayor gloria de Dios.

Y es aquí donde encuentras lo que estabas buscando. Aquí está la Jerusalén de la caza de almas, aquí está la Jerusalén de las malas lenguas, aquí está la Jerusalén de la mentira, la difamación y la calumnia. Aquí se acosa sin tregua, aquí se mata sin armas. Ésta es la Jerusalén que quita la vida a las personas.

Desde la llegada de los emigrantes suecos a la ciudad de Dios, todos los integrantes de la colonia gordonista percibieron un notable cambio en el comportamiento de la gente respecto a ellos.

Al principio sólo se trataba de nimiedades, cosas sin importancia como que el sacerdote metodista inglés evitaba saludarles, o que las piadosas hermanas de Sión del convento situado junto al arco del Ecce Homo cambiaban de acera si se cruzaban con ellos, rehusando acercárseles demasiado, no fuera que les contagiasen algún mal.

A ninguno de la colonia se le ocurrió apenarse por esto, y tampoco pusieron el grito en el cielo cuando unos americanos de paso, que habían visitado la colonia y disfrutado de una larga velada en agradable tertulia con sus paisanos, no volvieron al día siguiente como habían prometido; ni cuando, otro día, parecieron no reconocer a la señora Gordon ni a la señorita Young al cruzarse con ellas por la calle.

Más grave se consideró el hecho de que cuando las jóvenes de la colonia entraron en las grandes tiendas recién inauguradas en torno a la Puerta de Jafa, los tenderos griegos se permitieran espetarles unas palabras que ellas no entendieron, pero que fueron pronunciadas con una expresión y en un tono que las obligó a ruborizarse.

Los colonos prefirieron creer que se trataba de algo casual. «Seguramente corre alguna nueva calumnia sobre nosotros en el barrio cristiano —decían—, pero ya pasará.» Los primeros gordonistas les recordaron que habían corrido infames rumores acerca de ellos en ocasiones anteriores. Se había dicho de ellos que no les daban a sus hijos ninguna educación, que vivían a expensas de una viuda rica a la que exprimían hasta el último céntimo, que arriesgaban la vida de sus hijos enfermos negándoles atención médica, alegando que no querían interferir en la divina providencia, que su propósito era convertirse al islamismo, que, bajo la apariencia de obrar por la introducción del verdadero cristianismo, llevaban una vida de opulencia y lujuria.

«Será que han difundido nuevas cosas por el estilo —decían—. Pero las injurias se desmentirán solas, como lo hicieron antes, porque no tienen ni una pizca de verdad de la que alimentarse.»

Hasta que un día, la verdulera de Belén, que solía traerles a diario hortalizas y frutas, dejó de venir. Fueron a Belén para convencerla de que reanudase el comercio con ellos, pero la mujer se negó tajantemente a venderles sus alubias y colinabos nunca más.

Fue una advertencia clara. Comprendieron que lo que se contaba de ellos era muy grave, que ese algo les afectaba a todos, y que se había extendido a todas las clases sociales.

No tardó en producirse un suceso que vino a corroborarlo. Algunos suecos se encontraban un día en la iglesia del Santo Sepulcro cuando entró un grupo

de peregrinos rusos. El apacible grupo les sonrió agitando la cabeza en señal de reconocimiento, pues veían que los suecos eran campesinos igual que ellos. Entonces un sacerdote griego pasó por su lado y les dijo unas palabras a los peregrinos. Al instante, éstos hicieron la señal de la cruz y alzaron el puño contra los suecos. Dio la impresión de que los rusos hubieran querido expulsarlos de la iglesia.

Muy cerca de Jerusalén existía una colonia de campesinos alemanes que se habían trasladado allí desde una colonia mayor con sede en Jafa. Estos campesinos habían sufrido persecuciones tanto en su país como en Palestina. Incluso se habían hecho intentos de erradicarlos totalmente. A pesar de ello, habían prosperado tanto que, en la actualidad, eran propietarios de extensas y productivas colonias en varios puntos de Palestina.

Uno de estos alemanes visitó un día a la señora Gordon y le habló con franqueza de la maledicencia que afectaba a la colonia.

—Los que les difaman son los misioneros de allá —dijo señalando hacia la zona oeste de la ciudad—. De no ser porque yo, en mi propia piel, he vivido lo que son falsas acusaciones, tampoco vendería ni carne ni harina a su comunidad. Imagino que no soportan que hayan conseguido ustedes tantos adeptos últimamente.

La señora Gordon quiso saber de qué se les culpaba.

—Dicen que viven ustedes en pecado aquí en la colonia, que no permiten que la gente se una en matrimonio tal como Dios manda; por eso ha empezado a correr la voz de que las cosas no andan como debieran por aquí.

Al principio, los colonos no quisieron creerle. Sin embargo, no tardaron en comprobar que el alemán había dicho la verdad y que la ciudad entera creía que llevaban una vida licenciosa. No había un cristiano en toda Jerusalén que les dirigiese la palabra. En los hoteles les advirtieron de que su presencia no era grata. A pesar de todo, algunos misioneros de paso se arriesgaban a hacerles una visita; pero sólo para salir de la colonia sacudiendo la cabeza significativamente, dando a entender que, a pesar de que no hubieran podido observar nada indecente, y de que los delitos no saltaran a la vista, estaba claro que era un antro de perdición.

Los americanos, empezando por el cónsul y acabando con la más humilde auxiliar de enfermera, eran los que llevaban la voz cantante en la campaña contra ellos. «Es una vergüenza para todos los americanos —decían— que esa gente no sea expulsada de Jerusalén.»

Siendo personas muy sensatas, es natural que los colonos se dijeran que no estaba en su mano hacer nada, que tenían que dejar que la gente hablara, que con el tiempo sus detractores llegarían a percatarse de su error. «No podemos ir

de casa en casa declarando que somos inocentes», decían. Se consolaban con la idea de que se tenían los unos a los otros, de que vivían en concordia y eran felices. «Los pobres y los enfermos de Jerusalén todavía no nos rechazan — decían—. Tenemos que dejar que amaine; esto es una prueba a la que Dios nos somete.»

Al principio, todos los suecos llevaron aquella calumnia con total serenidad. «Si piensan que unos humildes campesinos como nosotros — decían— hemos venido a la ciudad donde murió nuestro Salvador para vivir en pecado, es que están muy confundidos y entonces su opinión no vale gran cosa; por tanto, da igual lo que digan.»

Y mientras la gente continuaba manifestándoles su desprecio, ellos encontraban un gran motivo de alegría en la idea de que Dios les consideraba dignos de padecer el acoso y la calumnia en la misma ciudad en que Jesucristo fue escarnecido y crucificado.⁴⁹

Pero pasado el invierno y llegado el mes de mayo, Gunhild, la hija del concejal, recibió una carta. Era de su padre. Le escribía para contarle que la madre de Gunhild había muerto. No había dureza en la carta, como cabría esperar. El padre no la acusaba de nada, sólo hablaba acerca de la enfermedad y el entierro. Era obvio que el anciano concejal había pensado: «Voy a escribir con muchos miramientos, será un golpe muy duro para ella de todas formas.»

La carta continuaba con el mismo talante amable hasta que llegaba a la firma. Ahí, la ira contenida debió sobrevenirle de repente; probablemente, fue con un gesto brusco con el que hundió la pluma hasta el fondo del tintero para escribir lo siguiente, con letras grandes y toscas, en una esquina de la carta: «Seguramente tu madre se habría recobrado del dolor de tu partida, pero murió, y lo hizo porque leyó en el periódico de la Misión que llevabais una vida de pecado ahí en Jerusalén. Nadie se esperaba algo así de ti, ni de los que se fueron contigo.»

Gunhild se guardó la carta en el bolsillo y la llevó encima todo el día sin hablar de ella con nadie. No le cupo la menor duda de que su padre decía la verdad respecto a la causa de la muerte de su madre. Sus padres siempre habían sido muy celosos de su honor y buen nombre. Y ella era igual: ningún otro miembro de la colonia había sufrido tanto al saberse víctima de aquellas calumnias como Gunhild. A ella no le ayudaba saberse inocente, se sentía deshonrada y por ello incapaz de salir a la calle. Aquel deshonor había amargado sus días, los infaustos rumores la mortificaban como si fueran

⁴⁹ «Bienaventurados seréis cuando os insulten y os persigan, y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.» (Mateo, 5:11). (N . de la T.)

heridas abiertas y ahora aquella deshonra le había arrebatado la vida a su madre.

Gertrud y Gunhild compartían una misma habitación. Siempre habían sido amigas íntimas; pero ni siquiera a Gertrud le contó Gunhild una palabra de lo que su padre había escrito en la carta. Le pareció una lástima estropear la felicidad de Gertrud, quien se sentía pletórica de dicha ahí en Jerusalén, donde todo le recordaba a su Salvador.

Sacaba, eso sí, la carta del bolsillo sin cesar y se la quedaba mirando. No se atrevía a leerla; con sólo verla su corazón se encogía e inundaba de dolor. «¡Ojalá me muera! —pensaba—. Nunca podré sentirme alegre de nuevo; ¡ojalá me muera!» Miraba la carta. Sopesaba el efecto del mortífero contenido y su único deseo era que la reacción fuese rápida para que todo acabase pronto.

Al día siguiente, Gunhild salió por la abovedada Puerta de Damasco; había estado en la ciudad e iba de regreso a la colonia.

Era un día extremadamente caluroso, como a menudo suelen serlo los días a finales de mayo. Cuando Gunhild salió del sombrío casco antiguo, donde las arcadas y los edificios la resguardaban del sol, la deslumbrante luz la hirió a bocajarro y tuvo el impulso de volver corriendo a guarecerse en la sombra de la puerta abovedada. Le parecía que tomar el camino descubierto a pleno sol era muy temerario, como atravesar un campo de tiro mientras las tropas disparan al blanco.

Sin embargo, Gunhild no quería echarse atrás por un poco de sol. Había oído hablar de que podía ser peligroso, pero no se lo creía demasiado. Hizo lo que se suele hacer cuando cae un chaparrón: hundió la cabeza entre los hombros, se alzó el pañuelo que llevaba anudado al cuello tapándose al máximo la nuca y echó a andar a toda prisa.

Mientras caminaba, tenía la impresión de que el sol tensaba un arco relampagueante para disparar un rayo tras otro, y que todos los rayos iban destinados a ella. La única ocupación del astro parecía consistir en apuntar flechas ardientes contra su persona. Era una ráfaga continua lo que le caía encima, y no sólo del cielo. De todas partes salían brillos y destellos que le zaherían los ojos. Los brillantes fragmentos de mica que había por el suelo proyectaban afilados dardos de luz. Los cristales verdes de las ventanas de un convento próximo relumbraron con una intensidad que la obligó a apartar la vista. Una llave de acero metida en una cerradura despidió un rayo maligno, y lo mismo hicieron las relucientes hojas de un arbusto de ricino que parecía haber brotado en un solo día para contribuir a mortificarla.

Allá donde mirase, tanto el cielo como la tierra despedían resplandores y destellos. Su tormento no lo constituía el calor, a pesar de que fuera muy intenso, sino la cegadora luz blanca que penetraba sus ojos y le quemaba el cerebro.

Gunhild sintió contra aquel sol la rabia y el odio que un pobre animal acosado debe sentir contra el cazador que le persigue. También le sobrevino un extraño deseo de detenerse y mirarle la cara a su perseguidor. Resistió la tentación unos momentos, pero luego se volvió de repente y clavó la vista en el cielo. Sí, ahí arriba estaba el sol, una llama inmensa de un blanco azulado. Mientras Gunhild miraba a lo alto, el cielo se oscureció por completo y el sol se redujo a un punto acerado de brillo letal, y le pareció que el punto se desprendía de la mancha negra del cielo, silbando como un proyectil que buscara su nuca para matarla.

Profirió un alarido. Levantando un brazo se protegió la nuca con la mano mientras echaba a correr.

Cuando entre asfixiantes nubes de polvo calcáreo había recorrido un corto trecho del camino, divisó unas ruinas. Eran los restos de un edificio derruido. Gunhild se apresuró hacia allí y se alegró de encontrar la entrada a un sótano. Descendió a una cámara fresca, deliciosamente oscura. Ahí dentro fue incapaz de ver dos pasos más allá.

Se puso de espaldas a la entrada y dejó que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. No había ningún destello, ni un solo resplandor. Comprendía ahora lo que un pobre zorro debía sentir al alcanzar la salvación de su guarida. El calor y el bochorno, los rayos solares, la cegadora luz estaban ahora a las puertas de su refugio como cazadores burlados. Todos la esperaban fuera apuntando con sus relumbrantes lanzas; sin embargo, ahí dentro ella estaba segura y a salvo.

Sus ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad. Vislumbró una piedra y se sentó en ella dispuesta a dejar pasar el tiempo. Sin duda tardaría horas en reunir el valor necesario para abandonar su refugio. Antes el sol tenía que descender hacia el oeste hasta perder su hegemonía en el cielo.

Pero Gunhild no llevaba más que un rato en esa oscuridad cuando miles de soles deslumbraron de nuevo sus ojos, empezando a girar como norias en su recalentado cerebro. Un vértigo súbito e intenso impulsaba las paredes de aquel sótano en un infinito movimiento circular. Se sentía tan mareada que tuvo que apoyarse contra la pared para no caer al suelo.

—¡Oh, Dios, también aquí dentro me persigue! —exclamó Gunhild—. Habré hecho algo terrible para que el sol no soporte mi vista.

Al instante se acordó de la carta, de la muerte de su madre, de su terrible dolor y de sus deseos de morir. Mientras estuvo en peligro de muerte no había pensado en nada de eso, sino en salvarse.

Gunhild sacó la carta del bolsillo de un tirón y la desdobló mientras iba hacia la claridad que se colaba por la entrada. Comprobó entonces que lo que ella recordaba estaba ahí escrito al pie de la letra, y empezó a gemir.

Al poco rato tuvo una idea que le proporcionó cierto alivio y consuelo: «¿No comprendes que la divina providencia te brinda la oportunidad de abandonar esta vida?»

Le pareció una idea muy bella y una inconmensurable gracia que Dios le otorgaba. Pero no acababa de verle la lógica porque no las tenía todas consigo. Nuevamente, el vértigo movía las paredes del sótano y con el rabillo del ojo veía el chisporroteo loco de una llama de fuego.

Se aferró a la idea de que Dios le brindaba la ocasión de abandonar la vida, de subir al cielo con su madre y escapar al dolor.

Se levantó protegiéndose la nuca con ambas manos; pero enseguida deshizo el gesto y salió al sol muy despacio, como si caminara por el pasillo central de una iglesia. La sombra subterránea había enfriado ligeramente su cuerpo y, al principio, no percibió ni cazadores, ni lanzas, ni flechas ardiendo.

Pero tras dar unos pasos todo le cayó encima una vez más, como los proyectiles de una emboscada. La tierra y el cielo despedían brillos y destellos, y el sol, zumbando como una bala en llamas, se precipitó sobre ella y le dio en la nuca. Aún pudo dar unos pasos más. Luego cayó de bruces como fulminada por un rayo.

Fueron colonos los que la encontraron un par de horas más tarde. Yacía con una mano contra el corazón y el otro brazo estirado, con el puño estrujando la carta, como si quisiera indicar que eso la había matado.

En alas de la aurora

Mientras Gunhild sufría una insolación, Gertrud se paseaba por una de las anchas calles del suburbio oeste de la ciudad. Iba de compras en busca de cintas y botones que necesitaba para sus labores; pero al no estar muy familiarizada con la zona tuvo que andar un buen trecho antes de encontrar lo que quería. Por otro lado, no se daba prisa porque se encontraba muy a gusto deambulando al aire libre.

Como siempre que salía a la calle, a Gertrud le brotó en los labios una sonrisa de felicidad. Claro que notaba el tremendo calor y el sol que le picaba la piel, pero eso no la molestaba tanto como a los demás, porque a cada paso se decía que tal vez Jesús había pisado el mismo suelo por el que ella andaba. Sabía que los ojos de él habían reposado la vista en las colinas que se veían al final de la calle, y que el polvo y el calor le mortificaron del mismo modo que la mortificaban a ella. Cuando pensaba en todo esto, se sentía tan próxima a él que no podía más que dejarse arrastrar por una maravillosa alegría.

Era, justamente, esa nueva intimidad con Jesús la que había hecho a Gertrud tan feliz tras su llegada a Palestina. Nunca pensaba que habían transcurrido dos mil años desde que él vagara por aquellas tierras junto a sus discípulos; alimentaba la dulce ilusión de que sólo habían transcurrido unos años desde que él viviera allí. En el polvo de los caminos creía distinguir la huella de sus pies y oía la reverberación de su voz en las calles de Jerusalén.

Justo cuando descendía por la escarpada pendiente que conduce a la puerta de Jafa, unos doscientos peregrinos rusos iniciaban su ascenso. Tras varias horas de caminata a pleno sol para visitar los lugares sagrados de los alrededores de Jerusalén, tal era el agotamiento de los peregrinos que parecía dudoso que logran subir hasta las posadas rusas situadas en lo alto de la cuesta.

Gertrud se detuvo y los observó a medida que iban desfilando delante de ella. Era gente del campo y, viéndolos con sus abrigos de sayal y sus chaquetas de punto, le maravilló su semejanza con los lugareños de su propio terruño. «Apuesto a que viven en un mismo pueblo y han hecho el viaje a Palestina todos a la vez —pensó mientras los miraba—. Ese de los quevedos es el maestro de la escuela, y el del bastón grueso tiene una finca importante y es el que manda en la parroquia. Ese que camina tan tieso es un viejo militar, y esa figura de hombros estrechos y manos largas es el sastre del pueblo.»

Estaba ahí embobada, de muy buen humor, y como era habitual en ella empezó a componer pequeñas historias con los elementos que tenía a la vista. «La abuelita del pañuelo de seda en la cabeza es muy rica —pensó—, pero ha tenido que esperar a hacerse vieja para ir de peregrinación porque primero tuvo que casar a los hijos y después criar a los nietos. Y la viejita que camina junto a ella con un hatillo en la mano es muy pobre. Es de los que han tenido que luchar y ahorrar toda su vida para pagarse el viaje a Jerusalén.»

Bastaba con verles subir por aquella cuesta para sentir aprecio por ellos. A pesar de ir cubiertos de polvo y sudor se les veía alegres y satisfechos; ni un solo rostro mostraba signos de descontento. «¡Qué devotos y pacientes deben de ser! ¡Y cómo deben de amar a Jesús, ya que se les ve tan felices de seguir sus huellas, sin que las penalidades les afecten!»

Los últimos de la procesión estaban extenuados y avanzaban prácticamente a rastras. Era conmovedor ver cómo sus parientes y amigos se daban la vuelta y les tendían las manos para ayudarles a subir la pendiente. Pero los que ofrecían el aspecto más lamentable iban solos, parecían en tan malas condiciones que nadie se veía con fuerzas de asistirles.

La última era una chica de unos diecisiete años. Se trataba probablemente de la única persona joven del grupo, el resto era gente mayor o de mediana edad. Al verla, Gertrud imaginó que la muchacha había sufrido alguna desgracia tan funesta que la vida en su hogar se le había hecho insoportable. Acaso también a ella se le había aparecido Jesús en el bosque para decirle que emprendiera la marcha hacia Palestina.

Daba la impresión de estar muy enferma y sufrir mucho. Era de constitución delicada y la ropa gruesa y pesada que vestía, sobre todo las toscas botas que calzaba al igual que el resto de las mujeres, le eran sin duda sumamente molestas. Cada pocos pasos vacilantes tenía que detenerse para recobrar el aliento. Pero quedándose quieta de aquel modo en medio de la calle corría el peligro de ser arrollada por un camello, o de que un carro se la llevara por delante.

Gertrud sintió un irresistible deseo de ayudarla. Sin pensárselo dos veces se acercó a la enferma, rodeó su cintura con el brazo y le indicó que se colgara de sus hombros para sostenerse. La chica levantó la vista con la mirada ida; aceptó la ayuda medio inconsciente y dejó que Gertrud la arrastrara unos cuantos pasos.

Una de las mujeres más mayores se giró. A Gertrud le dirigió una dura mirada y a la enferma le gritó un par de palabras en un tono muy severo. La enferma, aparentemente horrorizada, se enderezó, apartó a Gertrud de un empujón e intentó seguir adelante por sus propios medios; aunque tuvo que desistir muy pronto.

Gertrud no entendía por qué la muchacha rechazaba la ayuda que ella le brindaba. Creyó que tal vez la modestia de los rusos no les permitía aceptar ayuda de una desconocida. Corrió nuevamente hasta la muchacha y volvió a rodearle la cintura. Entonces el rostro de la desconocida se transfiguró en una mueca de horror y asco. No sólo se desasíó de Gertrud, sino que intentó pegarle y luego echó a correr para escapar de ella.

Esta vez, Gertrud comprendió que el pavor de la chica no podía deberse a otra cosa que a la vil calumnia que circulaba sobre los gordonistas. Se sintió a la vez furiosa y desolada. Lo único que podía hacer por aquella pobre muchacha era dejarla en paz para no espantarla aún más. Mientras la seguía con la mirada, vio que corría en línea recta hacia un carro que se aproximaba a toda prisa en dirección contraria. Gertrud pensó que la colisión era inminente.

Quiso cerrar los ojos para ahorrarse la visión del infausto accidente, pero había perdido el control de sí misma y ni siquiera fue capaz de bajar los párpados. Así que con los ojos de par en par vio cómo los caballos derribaban de un topetazo a la muchacha. Sin embargo, en el acto los nobles e inteligentes animales frenaron su propia carrera impulsándose hacia atrás, afianzaron los cascos en el suelo para contener el empuje del carro, y luego se echaron ágilmente a un lado y continuaron la marcha sin que los cascos ni las ruedas del carro tocaran a la chica tendida en el suelo.

Gertrud creyó que el peligro había pasado. La rusa seguía tendida en el suelo sin moverse, pero ella imaginó que se había desmayado del susto.

La gente se apresuró para atender a la herida. Gertrud llegó a su lado antes que nadie. Se agachó para incorporarla y entonces vio sangre en la grava junto a su cabeza y que su rostro, boca arriba, se contraía de un modo extraño. «Está muerta — pensó Gertrud —, ¡y yo he provocado su muerte!»

En ese momento, un hombre la apartó a un lado. Le chilló unas palabras que ella interpretó como que una perdida como ella no era digna de tocar a aquella joven y piadosa peregrina, o algo por el estilo. Al instante, las mismas palabras fueron repetidas por todos los que la rodeaban. Se alzaron puños amenazadores, la rodearon y empujaron hasta que consiguieron expulsarla del compacto círculo de gente reunida en torno a la accidentada.

Por un momento, su manera de tratarla la enfureció hasta tal punto que apretó los puños. Quería defenderse, quería volver a aproximarse a la muchacha rusa, tenía que saber si realmente estaba muerta.

—¡No soy yo la indigna de acercarse a ella, sino vosotros! —les gritó en suceso—. Sois vosotros quienes la habéis matado. Vuestras infames calumnias la han precipitado a la muerte.

Nadie entendió una palabra y de pronto la ira de Gertrud se mudó en un insondable terror. ¿Y si alguien había presenciado los hechos y se lo contaba a

los peregrinos? Entonces toda esa gente se abalanzaría sobre ella y la matarían a golpes.

Se alejó rápidamente del lugar, corriendo sin pausa aunque nadie la perseguía. No se detuvo hasta que llegó a los áridos solares del norte de Jerusalén. Entonces se enjugó el sudor y apretó sus manos fuertemente enlazadas contra la frente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gemía—. ¿Acaso soy una asesina? ¿Soy culpable de la muerte de una persona? —Se giró encarándose a la ciudad cuya siniestra muralla se elevaba inmensa junto a ella—. ¡No he sido yo sino tú! —chilló—. ¡Tú, tú!

Estremecida, le dio la espalda a la ciudad y puso rumbo a la colonia, cuyo tejado destacaba a lo lejos. Pero se detenía una y otra vez intentando ordenar sus pensamientos.

La cuestión es que cuando Gertrud llegó a Palestina había pensado: «Ésta es la tierra de mi amo y rey, él me tiene bajo su especial protección, aquí no puede pasarme nada malo.» Así alimentaba la creencia de que Cristo la había instado a viajar a Tierra Santa porque conocía su tremendo dolor y había decidido que ella, a partir de ese momento, no tendría que padecer más, sino vivir el resto de su vida segura y en paz.

Pero ahora Gertrud se sentía como debe sentirse aquel que habita un bastión y de pronto ve cómo torres y murallas fortificadas se derrumban a su alrededor. Estaba indefensa, no había ningún escudo entre ella y el mal que la rodeaba. Al contrario, parecía que la desgracia podía acertar el tiro allí más que en cualquier otro lugar.

Apartó valerosamente la idea de que fuera ella la causante de la muerte de la joven rusa, no quería sentir remordimientos por ello. Pero sintió un oscuro temor por el daño que aquel incidente podría haberle ocasionado. «Acaso siempre veré ante mis ojos cómo se le acercaban los caballos —se lamentó para sus adentros—. Nunca más sabré lo que es un día feliz.»

En su mente surgió una pregunta que intentó reprimir pero que resurgía una y otra vez. Empezó a cuestionarse la razón de que Jesucristo la enviara a aquel país. Cometía un grave pecado al plantear esa pregunta pero no podía evitarlo. ¿Cuál había sido la intención de Cristo al enviarla allí?

—¡Dios mío —exclamó desesperada—, creía que me amabas y que cuidarías de mí! ¡Oh, Dios, era tan feliz cuando pensaba que tú me protegías!

De vuelta a la colonia, la recibieron un silencio y una solemnidad extrañas. El chiquillo que le abrió el portón rezumaba una gravedad inusual, y al entrar en el patio notó el sigilo con que todos andaban y el hecho de que nadie hablara en voz alta. «Por aquí ha pasado la muerte», pensó antes de que nadie le contara nada.

Pronto le informaron de que habían encontrado a Gunhild muerta en la calle. Ya la habían traído a casa y yacía en una camilla en la lavandería del sótano. Gertrud no ignoraba que en Oriente los muertos debían ser inhumados sin tardanza; pero aun así se horrorizó al saber que los preparativos para el entierro ya estaban en marcha. Tims Halvor y Ljung Björn trabajaban en la carpintería construyendo el féretro y un par de ancianas amortajaban el cuerpo en ese mismo momento.

La señora Gordon iba ya rumbo a una de las misiones americanas para solicitar al director permiso para enterrar a Gunhild en el cementerio americano. Y Hellgum y Gabriel esperaban el regreso de la señora Gordon en el patio, con sendas palas en la mano, dispuestos a cavar la tumba.

Gertrud bajó a la lavandería. Estuvo contemplando a Gunhild largo rato y al final rompió a llorar. Siempre había sentido mucho cariño por la que ahora yacía ahí muerta; pero mientras la miraba comprendió que nunca nadie, tampoco ella, le había dado todo el cariño que se merecía. Sin duda, Gunhild estaba considerada una persona honesta, bondadosa y amante de la verdad; pero se amargaba la vida a sí misma y a los demás dándole excesiva importancia a nimiedades, lo cual despertaba el rechazo de la gente. Cada vez que pensaba en esto, Gertrud se compadecía infinitamente de Gunhild y entonces las lágrimas volvían a correr por sus mejillas.

De pronto dejó de llorar y miró a Gunhild, inquieta y asustada. Descubrió que Gunhild, muerta, tenía la misma expresión que había tenido en vida, cuando se devanaba los sesos acerca de algún problema complicado o de difícil solución. Era sumamente extraño verla ahí tendida cavilando, con una profunda arruga entre las cejas y poniendo morritos.

Muy despacio, se fue apartando de la difunta. La expresión inquisitiva de Gunhild la transportó a sus propias preocupaciones. Pensó que acaso Gunhild también se preguntaba por qué Jesús la había enviado a aquel país. «¿Por qué vine aquí, si sólo era para morir?», parecía inquirir su rostro.

Nada más salir al patio, Hellgum corrió hacia ella y le pidió que fuera a hablar con Hök Gabriel Mattson. Gertrud lo miró estupefacta, absorta en sus pensamientos y sin entender nada.

—Fue Gabriel quien encontró a Gunhild en la calle —le explicó Hellgum, paciente. Gertrud no le escuchaba, lo único que ocupaba su mente era la cuestión de por qué Gunhild tenía aquella expresión en el rostro—. Ha sido terrible para Gabriel encontrársela así, muerta en la calle, cuando menos se lo esperaba —añadió Hellgum—. Supongo que ya sabes, Gertrud, que él la quería.

Gertrud miró en derredor como si acabara de despertar. Sí, claro, hacía mucho que sabía que Gabriel y Gunhild se querían. Hasta se habrían casado de no ser porque el viaje a Jerusalén se interpuso. Los dos estuvieron de acuerdo en emigrar a Palestina aunque sabían que los gordonistas no permitían que sus

adeptos se casaran. ¡Y ahora Gabriel se había encontrado a Gunhild muerta en la calle!

Fueron a reunirse con Gabriel, quien, de pie junto al portón, no hizo ademán de ir a su encuentro. Con los labios apretados y la mirada fija, iba clavando la punta de la pala entre dos piedras. Cuando Gertrud llegó hasta él, Gabriel empezó a mover los labios pero no articuló ningún sonido audible.

—Sería bueno que consiguiese llorar —le susurró Hellgum a Gertrud.

En silencio, Gertrud le tendió la mano, como se hace con los parientes más cercanos en un funeral. Notó la mano de Gabriel fría y flácida en la suya.

—Hellgum dice que tú la encontraste —dijo Gertrud, pero Gabriel siguió sin moverse—. Tiene que haber sido muy duro para ti —añadió ella mientras él seguía tieso como una estatua. Gertrud, que ya se había puesto en su lugar, imaginaba lo terrible que debía haber sido para él—. Pero, ¿sabes?, estoy segura de que a Gunhild le ha gustado que fueras tú quien la encontrase —dijo.

Gabriel, con un respingo, la miró sorprendido.

—¿Tú crees que le ha gustado?

—Sí —respondió Gertrud—. Entiendo que debió ser terrible para ti, pero creo que ella habría querido que fueras tú quien la encontrara.

—No me aparté de ella ni un segundo —empezó Gabriel despacio—, hasta que vino gente para ayudarme, y después la llevé en mis brazos con cariño y delicadeza.

—No me cabe la menor duda —dijo Gertrud.

Un temblor sacudió los labios de Gabriel y luego, de golpe, los ojos se inundaron de lágrimas. Hellgum y Gertrud se quedaron silenciosos a su lado y le dejaron llorar. Gabriel apoyó la cara contra la jamba de la puerta. Su llanto era incontenible. Al poco se tranquilizó, se acercó a Gertrud y le cogió la mano.

—Gracias por hacerme llorar —le dijo. Ahora su voz era dulce y suave, hasta se diría que era el viejo Hök Matts, su padre, quien hablaba—. Quiero enseñarte algo que no pensaba enseñarle a nadie —continuó—. Cuando encontré a Gunhild tenía una carta en la mano. Era de su padre y me la quedé; tengo cierto derecho a leerla. Ahora pienso que tus padres están en Suecia y que son mayores, y voy a dejar que la leas porque has conseguido hacerme llorar.

Gertrud cogió la carta y la leyó. Después levantó la vista y miró a Gabriel.

—Así que ha muerto por eso —dijo.

Gabriel asintió con la cabeza y dijo:

—Yo creo que sí.

Gertrud exclamó de pronto:

—¡Jerusalén, Jerusalén, nos estás quitando la vida a todos! ¡Creo que Dios nos ha abandonado!

En ese momento, la señora Gordon entró por el portón y mandó a Hellgum y Gabriel a cavar la fosa.

Gertrud fue al pequeño cuarto que había compartido con Gunhild y allí se quedó toda la tarde, sintiendo un terror agudo e irreprimible. Se figuraba que aquel día aún incubaba otra desgracia, y su temor era inmediato y casi palpable, como si esa desgracia estuviese emboscada en un rincón del cuarto. Al mismo tiempo, las dudas no cesaban de mortificarla. «No sé para qué nos ha enviado aquí Jesucristo —pensaba—. ¡Si sólo traemos desdichas, a los demás y a nosotros mismos!»

A ratos conseguía apartar las dudas; pero enseguida se sorprendía enumerando a todos aquellos que habían sufrido una desgracia por culpa de su éxodo. Que ellos habían emigrado a Palestina por voluntad de Dios, les había parecido una verdad incuestionable; pero entonces ¿cómo es posible que el viaje solamente conllevara desdichas?

Había conseguido pluma y papel para escribir a sus padres; pero no fue capaz de hacerlo. «¿Qué podría escribirles para que me creyesen? Si me tumbo al sol para morir como hizo Gunhild, tal vez me crean cuando les digo que somos inocentes.»

El día agonizó con lentitud y por fin llegó la noche. Gertrud se sentía tan desgraciada que era incapaz de conciliar el sueño. El rostro de Gunhild se le aparecía y no podía dejar de preguntarse por el contenido de sus cavilaciones. Al final, la idea de que la pregunta que Gunhild tenía en los labios al morir era la misma con que ella se debatía, se convirtió en una certeza.

Antes del alba, se levantó y se vistió para salir.

Durante la última jornada se había alejado tanto de Cristo que le resultaba casi imposible imaginar cómo encontraría el camino de vuelta a su redil. Sin embargo, se despertó con el anhelo de ir a algún lugar donde hubiera estado él con toda seguridad, y ese lugar era el monte de los Olivos. Pensó que si subía allí volvería a sentirse íntimamente ligada a él y amparada por su amor, y que también comprendería sus planes para ella.

Su primera reacción al salir a la oscuridad nocturna fue angustia por partida doble. Una y otra vez, su mente giraba en torno al cúmulo de desgracias e injusticias que habían coincidido en un mismo día.

Pero a medida que ascendía por la montaña, tuvo la sensación de que la luz iba ganando terreno en su interior. La carga que la oprimía le estaba siendo levantada de sus hombros y empezó a vislumbrar un sentido. «Sí, no cabe otra explicación —pensó—. Cuando se permiten injusticias así, es que el mundo se aproxima a su final. De otro modo no se entiende que la bondad se vuelva pecado, ni que Dios no tenga poder para impedir el mal, ni que se persiga a los justos, ni que a la mentira nadie oponga la verdad.» Se detuvo y meditó. Sí, sin duda era eso, la llegada del Señor era inminente y dentro de poco ella le vería descender de los cielos.

De ser así, entendería por qué les habían convocado en Jerusalén: Dios, en su benevolencia, había enviado a Jerusalén, a ella y todos sus hermanos, para ir al encuentro de Jesús. Gertrud juntó las manos con entusiasmo, maravillada de lo inconmensurable de la idea.

Escaló con paso ligero el monte hasta que alcanzó la cima desde la cual Jesús ascendió a los cielos. Una valla le impedía entrar al sitio exacto pero, desde afuera, se quedó mirando el firmamento, donde ya clareaban las primeras luces. «Quizá llegue hoy mismo», pensó. Juntó las manos y levantó la vista hacia el cielo cubierto de unas nubes leves como plumas. No tardaron en teñirse de rojo y su resplandor pareció incendiar el rostro de Gertrud.

—Ya llega —dijo—, ya llega, seguro.

Tenía los ojos clavados en la aurora, como si la viera por primera vez. Le parecía que su vista alcanzaba muy lejos. Hacia el este divisó un arco profundo con un ancho y elevado portal; ahora sólo cabía esperar que las hojas se abrieran para ver aparecer a Cristo con su séquito de ángeles.

Al cabo de un rato el este abrió realmente sus puertas y el sol avanzó por el firmamento. Gertrud quedó como suspendida mientras el sol proyectaba sus rayos sobre el oeste de Jerusalén, donde un mar de colinas se extendía ondulante. Aguardó sin moverse hasta que el sol ascendió tan alto que sus rayos centellearon en la cruz de la cúpula del Santo Sepulcro.

Gertrud creía haber oído que Cristo vendría en el amanecer, sobre las alas de la aurora. Tuvo que aceptar que esa mañana no podía seguir esperándole, pero eso no la abatió ni desasosegó su espíritu.

—Vendrá mañana y no hoy —dijo con la mayor convicción.

Descendió el monte y volvió a la colonia con el rostro radiante de felicidad. Sin embargo, no le confió a nadie la jubilosa, inconmensurable certeza que la embriagaba. Durante todo el día estuvo sentada trabajando como de costumbre y hablando de cosas cotidianas.

A la madrugada siguiente se encontraba de nuevo en el monte de los Olivos esperando la aurora.

Y allí volvía, alba tras alba, porque quería ser la primera persona del mundo en ver aparecer la estrella radiante de la mañana que era Cristo.

Sus escapadas al monte no tardaron en llamar la atención de toda la colonia y se le pidió que se quedara en casa. Sus correligionarios le hicieron comprender que sería perjudicial para ellos si la gente la veía cada mañana en el monte de los Olivos aguardando de rodillas la aparición de Jesucristo. Si persistía, a la calumnia se añadiría el tildarlos de locos.

Gertrud intentó obedecer y quedarse en casa. Pero se despertaba con el alba iluminada por la idea de que, justamente, ése era el día que vendría Jesús. Entonces nada ni nadie habría podido impedirle que se levantara y acudiese corriendo para recibir a su rey y salvador.

Esta continua espera llegó a fundirse con su persona. No podía resistirse a ella y tampoco librarse. En todos los otros aspectos era la misma de siempre. No había ningún desorden en su cerebro, el único cambio consistía en que se había vuelto más dulce y risueña que antes.

Con el tiempo se acostumbraron tanto a sus paseos matutinos que la dejaron ir y venir sin que a nadie le importara. Eso sí, al salir de madrugada ella notaba una sombra que la esperaba junto al portón. A medida que subía la montaña se hacía más audible el sonido de suelas con tacones de metal. Ella nunca hablaba con la sombra, pero aquel sonido a sus espaldas le daba seguridad.

En ocasiones, cuando bajaba del monte se topaba con Gabriel, que la esperaba apoyado contra un muro. Entonces bajaban juntos a la colonia; a Gertrud no se le escapaba que él la esperaba para hablar de Gunhild. A ella la alegraba poder darle esa satisfacción. Cuanto más hablaba con Gabriel, más se daba cuenta de lo amable y bondadoso que era. Gertrud no tardó en contarle sus sueños y esperanzas. Gabriel no se mostró de acuerdo con ella, al contrario, intentó hacerla entrar en razón; pero había en sus modos tanta indulgencia que no la asustó.

El pachá Baram

Los gordonistas se alegraron sobremanera cuando se les presentó la oportunidad de alquilar una gran casa-mansión en las afueras de la Puerta de Damasco. Era una vivienda muy agradable con terrazas en los tejados y galerías abiertas que brindaban un oasis de frescura en medio del tórrido calor. Era casi inevitable interpretar la suerte de encontrar una casa así como una especial gentileza por parte de Dios. A menudo comentaban que no sabían qué habrían hecho para conseguir el bienestar y la cohesión de la comunidad si no hubieran logrado alquilar una vivienda tan grande, donde no faltaban ni una gran sala para sus asambleas, ni refectorio, ni talleres.

Resulta que la casa era propiedad del pachá Baram, por entonces gobernador de Jerusalén. Hacía unos tres años, le había regalado aquella enorme mansión a su esposa, a quien amaba más que a nada. Consciente de que nada podría hacerla más feliz, mandó edificar una vivienda donde pudiera albergar a su gran familia, es decir, a todos sus hijos y nueras, a todas sus hijas y yernos, y a todos los nietos y criados de que disponían.

Sin embargo, una vez acabada la mansión, al poco tiempo de que el pachá Baram se hubiese mudado allí con los suyos, sucedió una terrible desgracia. Durante la primera semana que habitó en la casa perdió a una de sus hijas, durante la segunda a otra, y durante la tercera murió su amada esposa. El pachá, profundamente afligido, abandonó su nuevo palacio, lo cerró a cal y canto y juró no volver a pisarlo.

Desde entonces el palacio había estado deshabitado, hasta que aquella primavera los gordonistas le pidieron al gobernador Baram que se lo arrendara. A todos sorprendió que diera su consentimiento, ya que cualquiera habría dado por supuesto que el pachá no iba a permitir que nadie traspasara sus puertas.

Pero cuando empezó a circular la grave calumnia acerca de los gordonistas, varios misioneros americanos deliberaron entre sí respecto al mejor modo de obligar a sus compatriotas a marcharse de Jerusalén. Y acordaron solicitar una audiencia con Baram y hablarle acerca de sus inquilinos. Le contaron todas las supuestas vilezas de que eran culpables y luego le preguntaron cómo podía consentir que gente tan despreciable habitara aquel palacio inicialmente construido para su esposa.

Sucedió hacia las ocho de la mañana de un hermoso día de mayo.

La pesada oscuridad de la noche, que había mantenido inmobilizada a la ciudad con sus tinieblas, ya se había disuelto y Jerusalén recuperaba su aspecto de cada día. Los mendigos de la Puerta de Damasco hacía rato que habían ocupado sus respectivos puestos, y los perros callejeros, muy activos durante la noche, se disponían a descansar en sus guaridas y estercoleros de costumbre. Una reducida caravana había montado su campamento junto a la puerta la noche anterior y ahora se disponía a levantarlo y proseguir la marcha; los camelleros ataban paquetes de mercancías a los animales echados, los cuales mugían al sentir la presión de la carga en sus lomos. Extramuros, por la carretera, venían campesinos con sus canastas repletas de hortalizas. De los montes bajaban pastores que cruzaban solemnemente la bóveda del portal, seguidos de grandes rebaños de corderos que iban al matadero, y de cabras que había que ordeñar.

Justo cuando el tránsito en el portal era más intenso, llegó un anciano montado en un hermoso asno blanco. Iba magníficamente vestido con camisa de una seda rayada y caftán talar de brocado azul celeste con ribetes de piel. Tanto el turbante como la faja estaban ricamente adornados con hilos de seda dorada. Sin duda otrora su rostro había sido bello y venerable. Ahora la vejez había hecho en él estragos, dejando los ojos lacrimosos, la boca hundida y la abundante barba blanca enmarañada y con las puntas amarillentas.

La concurrencia que se apretujaba frente al portal, muy sorprendida, se decía: «¿Por qué sale el pachá Baram por la Puerta de Damasco y toma el camino que no ha querido ni ver en tres años?» Otros preguntaban: «¿Acaso el pachá Baram tiene la intención de visitar su palacio, el cual juró no volver a pisar?»

Mientras Baram, montado en su asno, atravesaba la multitud agolpada en torno al portal, le dijo a su sirviente Mahmud que le acompañaba:

—¿Oyes cómo todos estos que nos encontramos se extrañan de verme y se preguntan qué sucede y si el pachá Baram se dirige al palacio que no ha visitado en tres años?

Y su sirviente le respondió que sí oía cómo se extrañaba la gente.

Entonces, Baram respondió resentido:

—¿Creen de verdad que estoy tan chocho que pueden hacer conmigo lo que quieran? ¿Creen que toleraré que unos extranjeros lleven una vida licenciosa en la casa que construí para mi esposa, una mujer tan bondadosa y honesta?

El sirviente intentó aplacar su ira recordándole:

—Señor, olvidáis que no es la primera vez que los cristianos se difaman entre sí.

El pachá alzó los brazos furioso y gritó:

—¡Las estancias donde murieron mi mujer y mis hijas se han convertido en un nido de bailarinas y juerguistas! Este día no llegará a su fin sin que esos rufianes sean expulsados de mi casa.

Tras proferir esta amenaza, el anciano se cruzó con una fila de niños que venían por el camino de dos en dos y a paso ligero. Al mirarlos le parecieron distintos de los otros niños que pululaban por las calles de Jerusalén, ya que éstos llevaban ropa limpia sin rotos, iban bien calzados y su cabello perfectamente peinado era rubio.

Baram retuvo su asno y le dijo a su sirviente:

—¡Ve y pregúntales quiénes son!

—No necesito preguntar quiénes son —contestó el sirviente—, ya que los veo cada día. Son los hijos de los gordonistas camino de la escuela que esa gente ha establecido en la ciudad, en una casa junto a la muralla donde vivían antes de alquilar la mansión de su excelencia.

Mientras el pachá aún miraba cómo se alejaban los niños, llegaron dos hombres de la colonia gordonista arrastrando una carreta cargada de pequeñuelos que no tenían edad para ir andando a la ciudad. Y el pachá vio que los chiquitines batían palmas de contento ahí subidos a la carreta, y que quienes la arrastraban se reían con ellos y corrían más deprisa para hacerles felices.

Entonces el sirviente del pachá cobró valor y le preguntó a su amo:

—¿No os parece, mi señor, que estos niños han de tener buenos padres?

Sin embargo, el pachá era un hombre mayor y tozudo, como suelen serlo los viejos.

—He oído lo que su propia gente me ha contado y te digo que antes de que caiga la noche esa gente será expulsada de mi casa.

Después de cabalgar un trecho más, Baram se cruzó con un grupo de mujeres vestidas al estilo europeo que iban a pie hacia la ciudad. Caminaban con modestia y discreción, y en las manos llevaban pesados cestos llenos hasta los bordes.

El pachá se dirigió a su sirviente y le ordenó:

—¡Ve y pregúntales quiénes son!

Y el sirviente respondió:

—No es menester preguntar, señor, ya que me cruzo con ellas todos los días. Son las mujeres gordonistas, que van andando a Jerusalén con comida y medicamentos para aliviar a los enfermos que están demasiado débiles para llegarse hasta la colonia en busca de ayuda.

A lo que el pachá repuso:

—Aunque disimulen su maldad con alas de ángel, esta noche saldrán de mi casa.

El pachá siguió cabalgando hasta la gran mansión y mientras se aproximaba oyó el rumor de múltiples voces y algún que otro chillido. Se dirigió a su sirviente y le dijo:

— ¿Oyes cómo tocan y bailan en mi casa?

Pero cuando dobló la esquina se encontró con numerosos enfermos y heridos que aguardaban en cuclillas frente a la entrada de la casa. Los enfermos comentaban sus dolencias entre sí y un par de ellos proferían gritos lastimeros.

Y Mahmud, el sirviente, cobró valor y dijo:

— Aquí están los que tocan y bailan en vuestra casa. Vienen aquí cada día a la consulta del médico de los gordonistas y a que sus enfermeras les cambien las vendas.

Baram contestó:

— Veo que estos gordonistas te han engatusado, pero yo, en cambio, soy demasiado viejo para dejarme engañar por sus tretas. Te digo que si tuviera el poder necesario, los colgaría a todos de las vigas de mi casa.

Y al desmontar de su asno y subir las escaleras, seguía lleno de cólera.

Mientras el anciano cruzaba la explanada del patio, una mujer alta y digna vino a su encuentro para saludarle. Sus cabellos eran completamente blancos, a pesar de que no aparentaba más de cuarenta años su semblante irradiaba sensatez y autoridad, y aunque su vestido negro era sencillo, se notaba que estaba acostumbrada a mandar.

El pachá se volvió hacia Mahmud y le preguntó:

— Esta mujer aparenta ser tan buena y juiciosa como la esposa del profeta, Kadidscha. ¿Qué se le habrá perdido en esta casa?

Y Mahmud respondió:

— Es la señora Gordon, que dirige la colonia desde que su esposo falleció hace un año.

Entonces el anciano se exasperó de nuevo y repuso con aspereza:

— Dile que he venido para echarla a ella y a toda su gente de mi casa.

Y el sirviente replicó:

— ¿Vos, un hombre probo, vais a expulsar a estos cristianos sólo por las maledicciones que difunden otros cristianos? ¿Acaso no sería mejor, mi señor, que le dijerais a esta mujer: «He venido para ver mi casa.» Y si descubrierais que aquí se vive tal como los misioneros os han contado, ordenadle: «Márchate de aquí ya que en el sitio donde murieron mis seres queridos no toleraré que se instale el pecado.»

A lo que el pachá replicó:

— ¡Dile que quiero ver mi casa!

Mahmud se lo comunicó a la señora Gordon y ella contestó:

— Nos alegra poder mostrarle al pachá Baram lo bien que nos hemos acomodado en su palacio.

A continuación mandó en busca de la señorita Young, quien, tras mudarse a Jerusalén, había estudiado lenguas orientales y dominaba el árabe como un nativo. La señora Gordon le pidió que hiciera de guía al ilustre visitante.

El pachá Baram tomó el brazo que le ofrecía su sirviente Mahmud e inició la visita. Y como quería ver toda la casa, la señorita Young le condujo primero al sótano donde habían instalado la lavandería. Con no poco orgullo le mostró las ingentes cantidades de ropa recién lavada, las enormes tinajas y barreños, además de las laboriosas y circunspectas mujeres que estaban muy atareadas lavando y planchando.

Puerta con puerta, estaba la panadería. Y la señorita Young le explicó al pachá:

—Mire qué horno tan formidable han construido nuestros hermanos y fíjese qué aspecto tan sabroso tiene el pan que hacemos.

De la panadería los condujo a la carpintería, donde se encontraban trabajando un par de hombres ya mayores. Y la señorita Young le mostró un par de toscas mesas y sillas construidas en la colonia.

—Ay, Mahmud, qué ladina es esta gente —dijo el anciano pachá en turco, suponiendo que miss Young no lo entendería—. Han intuido el peligro y han previsto mi llegada. Y yo que creía que los sorprendería bebiendo vino y jugando a los dados, me los encuentro a todos trabajando.

El pachá fue conducido a la cocina y a la sala de costura, y de ahí a otra sala cuya puerta le fue abierta con cierta solemnidad. Era la sala de tejer donde se escuchaba el golpear de los telares y donde también las ruecas y cardas estaban a pleno funcionamiento.

Entonces el sirviente del pachá cobró valor y le solicitó a su amo que observase la basta y robusta tela que se confeccionaba allí.

—Mi señor —le dijo—, éstas no son gasas para bailarinas, ni para los velos transparentes de las mujeres frívolas.

Sin embargo, Baram calló y siguió adelante.

Allá donde fue conducido vio personas rectas y sensatas. Todos callados y serios, concentrados en el trabajo. Cuando él entraba en una de las salas, le miraban irradiando buena voluntad.

—Les he explicado —aclaró la señorita Young— que vuestro gobernador es el amable gobernador que nos ha permitido arrendar este palacio y, por tanto, me piden que os dé las gracias por vuestra bondad para con nosotros.

Pero el pachá Baram, con imperturbable severidad y dureza en el rostro, no se dignó responder, lo que a ella le inquietó y la hizo pensar: «¿Por qué no me habla? ¿Acaso tiene algo en contra de nosotros?»

Luego condujo al pachá por las estrechas y alargadas alas del refectorio donde en aquellos instantes se estaban quitando los manteles de la mesa y se

fregaban los platos del desayuno. Tampoco allí encontró el pachá otra cosa que un orden estricto y una sencillez espartana.

Una vez más Mahmud, el sirviente, cobró valentía y dijo:

—Señor, ¿cómo es posible que esta gente que de madrugada hace su propio pan, y de día teje la tela con que se cose su propia ropa, pueda pasarse las noches bailando y tocando la flauta?

El pachá no supo qué responderle. Tenaz en su obstinación, siguió recorriendo las dependencias de su casa. Llegó al gran dormitorio de los hombres solteros donde se alineaban camas sencillas perfectamente arregladas. Entró en las distintas salas destinadas a familias enteras, donde padres e hijos vivían juntos. En todas estas salas vio suelos fregados, colgaduras inmaculadas, hermosos muebles de madera clara, estoras tejidas artesanalmente y colchas de algodón a cuadros.

Baram pareció enfurecerse aún más y le dijo a Mahmud:

—Estos cristianos son demasiado astutos. Saben muy bien cómo ocultar su pecaminosa vida. Esperaba encontrar cáscaras de fruta tirada por el suelo y ceniza de cigarros; creía que me encontraría a las mujeres recostadas cotilleando mientras fumaban o se pintaban las uñas.

Finalmente, subió por la deslumbrante escalinata de mármol blanco que conducía a la sala de asambleas. Ésta había sido la sala de audiencias del pachá, y ahora la halló decorada al estilo americano con grupos de confortables sillones en torno a unas mesas con libros y revistas, con un piano y un órgano, además de fotografías que colgaban de las luminosas paredes.

Aquí volvió a recibirles la señora Gordon y el pachá le ordenó a su sirviente:

—Dile que antes del anochecer, ella y sus secuaces tienen que haberse marchado de esta casa.

Sin embargo, Mahmud le contestó:

—Señor, una de estas mujeres habla nuestro idioma. ¡Dejadla que escuche vuestra voluntad directamente de vuestra boca!

Entonces, Baram alzó la vista y miró a la señorita Young, quien sostuvo su mirada con una leve sonrisa. Y Baram volvió la cara y le dijo a su sirviente:

—Nunca he visto un rostro al cual el Todopoderoso haya otorgado mayor hermosura y pureza. No me atrevo a decirle que he oído que su gente vive entregada al pecado y la lascivia.

Y el pachá se derrumbó en una butaca y ocultó el rostro entre las manos mientras intentaba esclarecer dónde se encontraba la verdad, si en lo que había oído o en lo que veía.

Entonces la puerta se abrió muy despacio y un vagabundo viejo y pobre entró en la sala. Llevaba una raída túnica gris y unos trapos le envolvían las piernas; en la cabeza un sucio turbante verde revelaba que era descendiente de

Mahoma. Sin reparar en la presencia del pachá, tomó asiento en un sillón apartado del resto. Le dejaron hacer sin que nadie le preguntara qué deseaba.

—¿Quién es este hombre y qué desea? —inquirió el pachá a la señorita Young.

—No lo conocemos —contestó ella—, nunca ha estado aquí antes. No debéis molestaros por su presencia, nuestra casa está abierta a todo aquel que busque refugio.

—Mahmud —ordenó el pachá—, ¡ve a preguntarle a ese vagabundo descendiente del profeta qué quiere de estos cristianos!

Mahmud lo hizo y luego regresó junto al pachá.

—Dice que no solicita nada, pero que no quería pasar sin entrar porque está escrito: «¡No dejes que tus pies te hagan pecar pasando de largo la morada de un justo!»

Baram se quedó callado un buen rato.

—Seguro que has oído mal —dijo por fin—. ¡Pregúntale de nuevo qué se le ha perdido en esta casa!

Mahmud fue y volvió. Repitió textualmente la misma respuesta.

—¡En ese caso, Mahmud, amigo mío, démosle gracias a Dios! —dijo el pachá Baram con sencillez—. Él nos ha enviado a este hombre para iluminarnos, le ha hecho entrar aquí para que mis ojos se abrieran a la verdad. Ahora nos vamos, Mahmud, amigo, y yo no voy a echar a estos cristianos de su casa.

Poco después, el pachá se marchó de la colonia; pero al cabo de una hora Mahmud regresó conduciendo el hermoso asno blanco del gobernador. Lo entregó a los colonos con un saludo y dijo que el pachá Baram deseaba que el asno llevara a los niños más pequeños a la escuela por las mañanas.

La Gehena

Fuera de los muros de Jerusalén, en la ladera sur del monte Sión, una de las misiones americanas poseía un camposanto y los colonos gordonistas obtuvieron permiso para sepultar a sus muertos allí. Un buen número de los suyos descansaban ya ahí, desde el joven Jacques Garnier, ex grumete de *L'Univers* y primer gordonista en fallecer, hasta Edward Gordon en persona, muerto de fiebres el año anterior, tras su regreso de América.

Como cementerio era el más sencillo y humilde que quepa imaginar. Consistía únicamente en un pequeño solar cuadrado, rodeado de un muro cuya altura y grosor lo hacían más propio de una fortaleza. No había allí árboles ni céspedes; aparte de limpiarlo y quitar escombros, no se le había dispensado ningún tratamiento, pero al menos el terreno estaba limpio y parejo. Cubrían los túmulos funerarios unas lápidas planas de piedra caliza, de las que abundan tanto en Jerusalén, y junto a algunas tumbas se observaban sofás y sillas verdes.

En la esquina inferior oriental, desde donde podría haberse divisado una preciosa vista sobre el mar Muerto y las montañas de reflejos dorados de Moab si no fuera por el muro que se alzaba en medio, se hallaban las sepulturas de los ciudadanos suecos. Yacían allí ya tantos de ellos que se diría que Nuestro Señor no les exigía otro sacrificio que abandonar su tierra y sus hogares para abrirles las puertas de su reino. Allí yacía Birger Larsson, el herrero, y el hijo pequeño de Ljung Björn, Eric, y la hija del concejal, Gunhild, y Brita Ingmarsdotter, muerta de viruela poco después de Gunhild. También reposaban los restos de Per Gunnarsson y Märta Eskilsdotter, pertenecientes a la comunidad que Hellgum fundó en América. La muerte había segado tantas vidas entre los suyos que los colonos se azaraban al pensar que habían acaparado una porción tan grande del angosto cementerio.

Tims Halvor Halvorsson también tenía a alguien de su sangre en aquel camposanto. Era su hija menor, una niñita que sólo había alcanzado la edad de tres años y de la que estaba enormemente prendado; además, de sus hijos era la que más se parecía a él. No creía haber sentido un cariño semejante por nadie en el mundo como por aquella hija. Y no podía olvidarla. Hiciera lo que hiciese, siempre estaba con ella en el pensamiento.

Si hubiera muerto en Dalecarlia y hubiese sido enterrada en el cementerio parroquial, seguramente habría logrado apartarla de su mente, pero aquí le parecía que su niña debía sentirse muy sola y abandonada en ese horrible

cementerio. Por las noches la imaginaba sentadita sobre su lápida, llorando y tiritando de frío mientras gemía porque le daba miedo la oscuridad y el extraño mundo que la rodeaba.

Una tarde, Halvor bajó al valle de Josafat y recogió amapolas rojas, las más lozanas y hermosas que pudo encontrar, para llevarlas a la sepultura. Mientras caminaba por el terreno reverdeciente del fondo del valle se dijo: «¡Ay, si mi niña pudiese estar aquí a campo abierto, bajo un puñado de hierba, para que al menos no la rodease ese muro horrendo!» Siempre había odiado el alto muro que circunscribía el camposanto. Cada vez que pensaba en su pobre hijita muerta tenía la sensación de haberla abandonado en una casa oscura y helada, encerrada allí sin las atenciones de nadie. «Tengo frío y sufro —le parecía oír a la niña—. Tengo frío y sufro.»

Halvor salió del valle y enfiló el estrecho sendero extramuros hasta que salió al monte Sión. El cementerio caía un poco a la izquierda de la Puerta de Sión, debajo del gran jardín de los armenios.

Halvor no dejaba de pensar en su hija. Avanzaba por el conocido camino sin levantar los ojos del suelo. Pero enseguida se percató de que había algo distinto. Levantó la vista y descubrió a unos hombres más allá, ocupados derribando un muro. Halvor se paró y los observó. ¿Qué muro podía ser ese que estaban derribando? ¿Había sido un edificio o una cerca? El cementerio debía estar justamente a esa altura, ¿o acaso se había equivocado de camino?

Tardó unos minutos en situarse pero finalmente comprendió lo que había sucedido. Lo que los trabajadores habían echado abajo era el muro del cementerio.

Halvor intentó convencerse de que lo habían derribado para ampliar el recinto o para sustituir el muro por una valla de hierro. Pensó que sin el muro habría menos humedad y frío allí dentro. Pero apuró el paso lleno de malos presagios. «¡Mientras no me toquen a la niña! —pensó—. Ella está junto al muro, ¡que no me la toquen!»

Entró en el cementerio sin resuello, trepando por el montón de escombros. Finalmente, pudo apreciar la situación que reinaba en el interior. En el acto sintió que el corazón le fallaba; de pronto se le paró, luego dio un par de fuertes latidos, luego volvió a pararse. Era como un reloj cuando se estropea. Halvor tuvo que tomar asiento en una piedra mientras pasaba lo peor. Al cabo de un rato el corazón empezó a latir a su ritmo habitual, aunque pesadamente y con esfuerzo. «Ya está —se dijo despacio—. No me moriré de ésta.»

Se armó de valor y echó una nueva ojeada al cementerio. Todas las tumbas estaban abiertas y no había ni rastro de los féretros. En el suelo vio un par de vértebras y calaveras probablemente caídas de algún ataúd podrido. Las lápidas habían sido amontonadas en un rincón.

—¡Oh, Dios mío, ¿qué han hecho con nuestros muertos? —gritó Halvor. Se acercó a los obreros—. ¿Qué habéis hecho de mi Greta? —les increpó en sueco.

Estaba fuera de sí y no sabía exactamente lo que decía. De pronto se dio cuenta de que hablaba en su lengua materna y, pasándose la mano por la frente, sintió vergüenza. Se recordó quién era. No era ningún mocoso asustadizo sino un hombre maduro y sensato, un labriego importante que en su día había gozado de la admiración de todo un pueblo. Era indigno de un hombre así perder los estribos.

Así pues, adoptó una actitud comedida y severa y les preguntó en inglés si sabían por qué habían removido el cementerio.

Los obreros eran nativos pero uno de ellos sabía algo de inglés.

Le explicó a Halvor que los americanos habían vendido el camposanto a los alemanes, quienes tenían la intención de construir un hospital en aquel sitio. Ésa era la razón por la que habían tenido que exhumar a los muertos.

Halvor calló unos instantes considerando la respuesta. Así que iban a construir un hospital allí, justamente allí. ¿Cómo no habían encontrado un sitio en cualquiera de las colinas peladas que abundaban por la zona? ¿Por qué habían tenido que meterse justamente ahí? ¿Y qué pasaba si los desenterrados venían a llamar a la puerta del hospital una noche oscura pidiendo que les dejaran entrar? «Nosotros también queremos una cama aquí», podrían exigir. La cola que formarían los muertos sería larga: entre otros Birger Larsson, el pequeño Eric, Gunhild y su hijita, que vendría la última.

Halvor se aguantó las lágrimas mientras por fuera intentó aparentar desapego, como si la cosa no fuera con él. Adoptó una expresión indiferente, trasladó todo su peso sobre una pierna y empezó a hacer oscilar el ramo de amapolas rojas.

—¿Pero qué habéis hecho con los muertos? —preguntó.

—Los americanos han venido a llevarse sus féretros —contestó el peón—. Todos los que tenían familiares aquí han recibido un aviso de que vinieran a buscarles. —En este punto el peón se interrumpió y observó a Halvor—. ¿No será usted de la casa grande que está frente a la puerta de Damasco? Los que viven allí no han sacado a ninguno de sus muertos.

—A nosotros no nos han avisado —dijo Halvor mientras seguía con aquel vaivén del brazo que hacía oscilar las amapolas. Su rostro, de tanto ocultar su tormento, se había vuelto de piedra.

—Los que nadie ha venido a buscar están allí —repuso el obrero señalando un lugar colina abajo—. Le voy a enseñar dónde están para que puedan enterrarlos.

El hombre se adelantó y Halvor echó a andar tras él. Al bajar por el muro derribado se agachó y cogió una piedra. El peón caminaba tranquilamente, con desenvoltura, mientras Halvor venía detrás con la piedra en la mano.

—Qué raro que no me tenga miedo —dijo Halvor en sueco—, que se atreva a caminar tan cerca de mí. Y eso que él es uno de los que han profanado la sepultura, que ha arrojado a mi niña a un vertedero.

»Greta, pequeña mía —gimió—, tan bonita que se merecía un arca de mármol. Y ni siquiera la han dejado descansar en paz en esa maldita tumba.

»Tal vez fue este mismo hombre quien desenterró el féretro —murmuró sopesando la piedra—. Nunca he tenido tantas ganas de machacar una cosa como ese cráneo afeitado que tienes debajo de la gorra. Para que lo sepas, mi pequeña era la Greta de Ingmarsgården —dijo envalentonándose—, y por derecho le correspondía yacer junto a don Ingmar, su abuelo. Por nacimiento ella, mi niña, tenía derecho a una tumba propia en la que dormir hasta el día del Juicio. Aquí no pudimos celebrar un funeral como Dios manda, y tampoco la llevamos al cementerio al son de las campanas, ni era un pastor de verdad quien leyó la misa. Pero eso no te daba permiso para desenterrarla. Puede que yo no haya demostrado ser un buen padre para ella; pero por mal padre que sea, no permitiré que la saques impunemente de su sepultura.

Halvor levantó la piedra y sin duda se la habría arrojado de no ser porque el hombre se detuvo en ese preciso instante y se dio la vuelta.

—Aquí los tiene —dijo.

Entre montañas de basura y pilones de escombros se abría un hoyo profundo en el cual habían arrojado los sencillos ataúdes negros de los colonos. Los habían volcado allí sin ningún miramiento y los más antiguos se habían rajado, de modo que los cuerpos que contenían eran perfectamente visibles. Algunos ataúdes habían caído boca abajo y entre las tapas podridas asomaban manos largas y desecadas que parecían querer colocar la caja como era debido.

Mientras Halvor tenía la vista clavada en el hoyo, los ojos del peón repararon en los dedos emblanquecidos con que aferraba la piedra. De ahí, los ojos se trasladaron al rostro de Halvor, y lo que el hombre leyó debió de ser terrible puesto que profirió una exclamación y echó a correr.

Pero Halvor había dejado de pensar en él. Lo que sus ojos veían le había aniquilado. Lo peor era que el acre olor a muerto se había elevado y anunciaba a los cuatro vientos lo sucedido. Un par de buitres surcaban ya el cielo azul y sólo esperaban la llegada de otros camaradas para descender. De la distancia llegaba el zumbido de enjambres de bichos negros y amarillentos que sobrevolaban los ataúdes. Dos perros callejeros llegaron al trote y, con las lenguas a un palmo del suelo, se echaron en el borde de la fosa mirando hacia abajo.

Con un escalofrío, Halvor recordó que se encontraba en una ladera del valle de Hinnom, muy cerca del lugar donde antiguamente ardía el fuego perenne de la Gehena. «¡Qué duda cabe, esto es la Gehena, la morada del

horror!»,⁵⁰ gritó. Sin embargo, no se quedó más tiempo paralizado contemplando aquello. Bajó corriendo a la fosa, empezó a apartar a un lado los pesados ataúdes y a arrastrarse y escarbar entre los muertos. Buscó y buscó hasta que dio con la caja de su Greta. Y cuando la halló se la cargó a los hombros y salió de la fosa.

—¡Al menos no podrá decir que su padre la dejó pasar una noche en este sitio! —exclamó—. ¡Querida hija! —dijo con voz seria y solemne, como si quisiera justificarse ante la niña muerta—. Queridísima Greta, no sabíamos nada de todo esto. Nadie sabía que abrirían tu sepultura y te sacarían. A los demás sí les advirtieron, pero a nosotros no. No nos tienen por personas, por eso no se molestaron en avisarnos.

Cuando salió de la fosa con la caja al hombro sintió que el corazón le fallaba de nuevo. Tuvo que sentarse hasta que el dolor más agudo cedió un poco.

—No tengas miedo, hijita —dijo—. Esto se me pasará enseguida. Descuida, cariño, te sacaré de aquí.

Al cabo de un rato recuperó las fuerzas y con la caja al hombro enfiló la cuesta de Jerusalén.

Mientras caminaba por el angosto sendero extramuros le pareció que todo se veía diferente. La muralla y las ruinas le asustaban. Todo se había transformado en algo amenazante y maligno. Aquel país que no era el suyo y aquella ciudad que no era la suya se regocijaban con su sufrimiento.

—No me tengas a mal, bonita mía, que tu padre te haya traído a un país tan despiadado —le explicaba—. Si esto hubiera pasado en nuestra tierra, los bosques llorarían y las montañas gemirían de dolor; pero aquí no existe la piedad.

Ralentizó la marcha para no forzar su corazón, al que le costaba impulsar la sangre por sus venas. Se sentía desesperado e indefenso, sí; pero, ante todo, angustiado por encontrarse tan lejos, en una tierra ajena donde nadie tenía por qué compadecerse de él.

Luego dobló en una esquina y avanzó a lo largo del muro oriental. El valle de Josafat, repleto de tumbas, se extendió ante él.

«Y nada menos que aquí se celebrará el Juicio Final y los muertos resucitarán —pensó—. Y ese día ¿qué dirá Dios de mí, que he conducido a los míos a esta ciudad de la muerte, Jerusalén? Y también a mis vecinos y allegados les he persuadido de venir a esta ciudad del horror. Me acusarán ante Dios por

⁵⁰ Gehena, en lenguaje bíblico, el infierno. Como se ha venido anunciando en notas anteriores, el valle de Hinnom fue lugar de cultos idolátricos donde se ofrecían niños en holocausto. Los judíos aborrecieron el lugar y mandaron destruirlo, pasó a ser un lugar donde cadáveres y basuras no aptos para el culto eran incinerados. Los escritos apocalípticos del siglo II lo mencionan como el lugar donde en el Juicio Final, los apóstatas, impíos e idólatras serán castigados con las tinieblas, el fuego y los gusanos. (*N. de la T.*)

ello.» Le pareció oír que sus paisanos tomaban la palabra contra él. «Confiábamos en él y nos condujo a una tierra donde se nos despreciaba más que a los perros, y a una ciudad cuya crueldad nos mataba.»

Intentó apartar esas ideas, pero le resultó imposible. De repente vio ante sí todas las penurias y peligros que les aguardaban a sus compañeros. Pensó en la dura pobreza que pronto sería la suya, ya que nadie les remuneraba por su trabajo. Pensó en el clima al que no estaban acostumbrados y en las enfermedades que acabarían con ellos. Pensó en los estrictos mandamientos que se habían impuesto y que con el tiempo les llevarían a las divisiones y al hundimiento. Se sintió agotado.

—¡Del mismo modo que no podemos cultivar esta tierra ni beber de su agua, tampoco podemos seguir viviendo aquí! —exclamó.

Arrastraba los pies cada vez más lentamente. Estaba exhausto, al límite de sus fuerzas.

Los miembros de la colonia se hallaban alrededor de la mesa cenando cuando se oyó el débil sonido de la campana de la entrada.

Cuando Ljung Björn abrió, se encontró con Tims Halvor sentado en el suelo, prácticamente moribundo. El féretro de su hija estaba junto a él. Halvor iba arrancando las corolas de un gran ramo de amapolas marchitas y las esparcía sobre la caja. A Ljung Björn le pareció que decía algo y se agachó para oír mejor.

Halvor hizo varios intentos antes de poder formular sonidos audibles.

—Han desenterrado a nuestros muertos —dijo—; están tirados a la intemperie en la Gehena. Hay que ir a buscarlos esta noche mismo.

—¿Qué dices? —repuso Björn sin entender nada.

El moribundo se incorporó en un último esfuerzo.

—Han desenterrado a nuestros muertos, Björn. Esta noche tenéis que ir todos a la Gehena y traerlos aquí. —Y volvió a tenderse en el suelo gimiendo—. Me duele mucho, Björn. Creo que es el corazón —dijo entre resoplidos—. Tenía miedo de morir antes de poder contároslo. He traído a Greta a casa, pero con los otros no pude.

Björn se arrodilló junto a él.

—¿No quieres entrar, Halvor?

Pero Halvor no le escuchaba.

—¡Björn, júrame que mi Greta será enterrada como Dios manda! No quiero que piense que tiene un mal padre.

—Sí, claro —respondió Björn—. Pero ¿por qué no entras, Halvor?

Halvor hundió aún más la cabeza contra el pecho.

—¡Encárgate de que repose bajo un poco de hierba! —susurró—. ¡Y a mí también ponédme bajo la hierba! —añadió.

Björn se dio cuenta de que estaba gravemente enfermo y corrió a buscar ayuda para entrarlo. Cuando volvió, Halvor había muerto.

El pozo del Edén

El verano fue terriblemente duro ese año en Jerusalén, con escasez de agua y muchas enfermedades. Había llovido poco durante el invierno y la Ciudad Santa, que prácticamente no dispone de otras fuentes de agua que la lluvia recogida en las cisternas subterráneas que cada finca posee, no tardó en quedarse sin agua. A medida que la gente se resignaba a beber el agua estancada y podrida del fondo de las cisternas, las enfermedades se propagaron a un ritmo vertiginoso. Pronto no quedó apenas una casa donde no hubiera algún enfermo con viruelas, disentería o fiebre amarilla.

Los colonos gordonistas tuvieron mucho trabajo: prácticamente la mayoría de ellos se vio obligada a cuidar de enfermos. Los que habían vivido muchos años en Jerusalén parecían inmunes al contagio, iban de lecho en lecho sin que apenas les afectara. Los sueco-americanos, que habían vivido varios veranos calurosos en Chicago y estaban acostumbrados al aire de las ciudades, también resistieron bien las enfermedades y el excesivo trabajo. Los pobres campesinos de Dalecarlia, en cambio, enfermaron casi todos.

Al principio no parecía peligroso. En general, no guardaban cama aunque no pudieran trabajar. Pese a que languidecían y la fiebre era constante, nadie creyó que fuera más serio que un malestar pasajero. Sin embargo, al cabo de una semana murió la viuda de Birger Persson y al poco tiempo uno de sus hijos. Entretanto, no paraban de brotar casos nuevos; daba la impresión de que los labriegos de Dalecarlia morirían todos de golpe.

Los enfermos sólo tenían un mismo y ardiente anhelo: un sorbo de agua, un sólo trago de agua limpia y fresca. Era como si fuera lo único que necesitasen para sanar. Sin embargo, cuando les ofrecían agua de la cisterna apartaban la cara y no querían ni mirarla. Pese a que era agua filtrada y helada, les parecía que olía mal y que su sabor era repugnante. Un par de pacientes que intentaron bebería sufrieron grandes dolores y se lamentaban de haber sido envenenados.

Una mañana en que la epidemia estaba en su apogeo, algunos campesinos se hallaban charlando en una estrecha franja de sombra frente a la casa. Todos tenían fiebre, lo decían sus rostros consumidos y sus ojos apagados e inyectados en sangre. Ninguno tenía algo entre las manos, ni siquiera daban caladas a sus pequeñas pipas de yeso. Su verdadera ocupación consistía en otear el cielo azul. Montaban una estricta vigilancia y no había nube que apareciera por el horizonte que se les escapara. Todos sabían de sobras que no cabía esperar

lluvia hasta un par de meses más tarde, pero tan pronto una de las inmaculadas nubes de verano se elevaba sobre el horizonte, se figuraban que ocurriría un milagro y que rompería a llover. «A lo mejor Dios se decide a tendernos una mano», decían.

Mientras seguían el proceso de crecimiento de una nube en su viaje hacia lo alto, intercambiaban opiniones sobre cómo sería oír el sonido de unos goterones de lluvia repicando contra paredes y ventanas, o ver chorrear el agua por el canalón del tejado y verterse luego en el camino arrastrando gravilla y arena. Todos coincidieron en que no se meterían dentro si caía un chaparrón; se quedarían sentados dejándose mojar. Necesitaban empaparse de agua, ellos tanto como la tierra reseca.

Pero cuando la nube se hubo desplazado un trecho cielo arriba, notaron que empezaba a disminuir y que finalmente se disolvía. Primero se consumieron los suaves bordes que parecían plumón; a continuación, la desintegración se propagó desde el centro haciendo que la nube se rasgara en finos jirones y estrías; y al cabo de unos instantes se había desvanecido completamente.

Los labriegos se desesperaron. Aquellos hombres maduros estaban tan debilitados por la enfermedad que tuvieron que taparse los ojos con las manos para ocultar el llanto.

Ljung Björn Olofsson, sintiéndose responsable de los suecos desde que Tims Halvor muriera, intentó animar a los otros. Empezó a hablarles del torrente del Cedrón que en la antigüedad recorría el valle de Josafat, lo que significaba que por entonces Jerusalén era una ciudad donde abundaba el agua. Ljung Björn llevaba siempre la Biblia en el bolsillo, y ahora la abrió y empezó a leerles todas las páginas donde salía nombrado el Cedrón. Les describió lo largo y caudaloso que había sido el Cedrón en su día; varios molinos funcionaban gracias a él y en invierno se desbordaba inundando el paisaje.

Para Ljung Björn Olofsson era un verdadero alivio hablar de aquel gran torrente que una vez recorriera Jerusalén, y se le notaba. Siempre tenía aquel río en la cabeza. Su pasaje favorito era el que cuenta cómo David vadeó el torrente Cedrón cuando escapaba de su hijo Absalón.⁵¹ Ljung Björn les describió cómo sería andar con los pies descalzos por una corriente de agua fría. «Eso me complacería más que bebérmela», dijo.

A Ljung Björn todavía le quedaba mucho por contar sobre el torrente Cedrón cuando su cuñado Kolås Gunnar le interrumpió. Gunnar afirmó que el Cedrón, extinguido y seco como estaba, le daba igual; pero que, en cambio, desde el inicio de aquellos difíciles tiempos no dejaba de darle vueltas a una profecía de Ezequiel, capítulo cuarenta y siete, versículos uno y siguientes.

⁵¹ 2 Samuel 15:23. (N. de la T.)

Trataba de un torrente que brotaba debajo del umbral del templo y que fluía a través de la estepa hasta desembocar en el mar Muerto. Mientras hablaba, Kolås Gunnar se apartaba el mechón de cabello oscuro de la frente, los ojos le brillaban y sus explicaciones convocaban, ante los ojos de los labriegos, el gran canal que bajaba hasta Jerusalén. El agua discurría lenta por una acequia de piedra; desde ahí se bifurcaba en varios regueros que se deslizaban entre céspedes verdes. Álamos y sauces crecían a lo largo de los cursos de agua; plantas acuáticas de grandes y gruesas hojas pendían sobre la superficie. En el fondo de las acequias los guijarros blancos hacían centellear y borbotar el agua que discurría sobre ellos.

—¡Y esto es algo que necesariamente va a ocurrir —exclamó Kolås Gunnar—, porque es una profecía divina y aún no se ha cumplido! Y yo me pregunto por qué no puede cumplirse hoy o cualquier día de éstos.

Sin embargo, cuando Hellgum, también presente, oyó esto, se acaloró, pidió prestada la Biblia de Ljung Björn y leyó algunos versículos de las Crónicas.

—¡Fijaos en esto! —dijo—. Es lo más extraordinario que he oído nunca.

Y les leyó cómo en tiempos del rey Ezequías se supo que Senaquerib se disponía a asediar Jerusalén. Ezequías se había reunido con sus jefes y oficiales más valerosos y todos le habían dicho: «¿Por qué han de encontrar los asirios, cuando lleguen, agua en abundancia?» Así que Ezequías salió con un gran ejército y cegó las fuentes de los extramuros de Jerusalén, y el gran río que corría por en medio del territorio.

Cuando Hellgum hubo finalizado la lectura escrutó la tierra yerma que rodeaba la colonia.

—Le he dado muchas vueltas a este relato —dijo—, y les he hecho preguntas a los americanos acerca de él. Y ahora os voy a contar lo que me han dicho.

»Bien, me han dicho que en época del rey Ezequías esta meseta estaba cubierta de incontables árboles y arbustos. No crecían cereales en este terreno tan pedregoso; pero había muchos huertos llenos de granados y albaricoques, de azafrán, cálamo y canela, de arbustos de henna y fragantes plantas de nardos, de todo tipo de árboles aromáticos y toda clase de frutos exquisitos. Todos estos árboles estaban bien regados; cada uno de estos edenes desviaba agua de torrentes y arroyos, y cada dueño de un huerto o jardín tenía derecho a regar su propiedad durante unas horas al día.

»Pero una mañana el rey Ezequías salió con sus tropas, una mañana en que todos estos árboles lucían sus mejores galas. Mientras Ezequías se alejaba los albaricoques y los almendros desparramaron sus pétalos sobre él. Cuando Ezequías se fue por la mañana el aire estaba cargado de esencias balsámicas, y

cuando al final del día regresó a casa con sus tropas, los árboles le recibieron con las mismas deliciosas fragancias.

»Sin embargo, ese día el rey Ezequías había cegado todas las fuentes de Jerusalén y el gran canal que dividía el territorio en dos. Y al día siguiente ya no fluyó agua en las acequias que conducían el agua hasta las raíces de los árboles. Al cabo de unos días, cuando los árboles debían empezar a dar fruto, estaban desfallecidos y dieron muy poco, y cuando brotaron las hojas éstas eran pequeñas y deformes.

«Después vinieron malos tiempos para Jerusalén, con guerras y grandes catástrofes. Nadie tenía tiempo de reabrir las fuentes ni de reconducir el gran canal a su cauce. Y los árboles frutales de la meseta que rodeaban la ciudad se secaron, algunos durante la primera sequía de verano; otros durante la segunda; y otros durante la tercera. Y alrededor de Jerusalén la tierra se volvió yerma, y así continúa siéndolo hasta el día de hoy.

Se interrumpió para coger un cascajo del suelo y escarbar la tierra.

—Pero ahora resulta —continuó— que al regresar los judíos de Babilonia no supieron encontrar el sitio por donde habían cegado el canal, y tampoco la situación de las fuentes cuyas aguas se habían desviado. Y hasta hoy nadie las ha encontrado. Pero nosotros, que estamos aquí sentados ansiando un trago de agua, ¿por qué no salimos en busca de las fuentes del rey Ezequías? ¿Por qué no localizamos el gran canal y las numerosas fuentes? Si los encontráramos los árboles volverían a crecer en las mesetas y este país sería rico y fértil. Ese descubrimiento valdría más que un yacimiento de oro.

Cuando Hellgum acabó su discurso los otros sopesaron sus palabras. Todos admitieron que debía ser como él lo había explicado y que no parecía imposible dar con el gran canal. Pero ninguno se levantó para poner manos a la obra y comenzar la búsqueda; ni siquiera Hellgum. Se notaba que sus palabras no eran otra cosa que un capricho con el cual intentaba aplacar su sed.

Entonces habló Hök Gabriel Mattsson, que hasta el momento sólo había escuchado a los otros sin abrir la boca.

—Yo no pienso en aguas tan sagradas y extraordinarias como vosotros —dijo despacio—, pero me paso el día pensando en un río de aguas claras que discurre fresco y cristalino.

Los otros le observaron con mirada expectante.

—Pienso en un río que recoge las aguas de muchos arroyos y riachuelos y que baja ancho y caudaloso de los oscuros bosques, y cuya agua es tan clara que deja ver los guijarros que centellean en el fondo. Y ese río no está seco como el Cedrón, ni es una quimera como el río de Ezequiel, ni es imposible de encontrar como el de Ezequías, sino que fluye a raudales en el día de hoy. El río en que pienso es el Dal.

Los tres hombres se quedaron sentados sin rechistar, cabizbajos. Desde el momento en que se hizo mención del río Dal nadie fue capaz de hablar de los ríos y fuentes de Palestina.

Ese mismo día hacia el mediodía tuvo lugar otra defunción. Murió uno de los hijos pequeños de Kolås Gunnar, un chiquitín muy alegre al que todos querían.

Sin embargo, parecía que nadie llevase duelo por aquel niño porque todos cayeron presa de un pánico que apenas podían dominar. El niño muerto se les antojaba una señal de reproche, les hacía ver lo imposible que era para todos sobrevivir a aquel mal.

Los funerales se prepararon con la precipitación de rigor; pero los que confeccionaban el ataúd se preguntaban quién haría ese trabajo cuando les tocara a ellos; y las que amortajaban el cadáver explicaban cuáles eran sus deseos para cuando estuviesen muertas.

—¡Acuérdate, si es que vives más que yo —le decía una a la otra—, que quiero que me amortajen con mi propia ropa!

—Acuérdate —decía su compañera— que quiero un crespón negro alrededor del féretro y que me entierren con la alianza de matrimonio.

En medio de todo esto se difundieron por la colonia unos extraños rumores. Nadie sabía quién había sido el primero en pronunciar las palabras; pero una vez pronunciadas, todo el mundo prestó oídos y meditó sobre ellas. Como suele ocurrir, al principio los colonos suecos pensaban que se les proponía algo disparatado y absurdo, pero poco después la propuesta pasaba a resultarles sensata y hasta la única opción viable.

Pronto no se habló de otra cosa en la colonia: sanos como enfermos, suecos como americanos, todos decían: «Quizá lo mejor es que los labriegos vuelvan a Dalecarlia.»

Ninguno de los americanos era capaz de ocultar su convicción de que todos los campesinos suecos perecerían en Jerusalén. Por muy triste que fuera el hecho de que tanta gente buena y honrada abandonase la colonia, no parecía haber alternativa. Mejor que volvieran a su país y obraran por la causa de Dios lo mejor que pudieran en su tierra, que morir allí, en la Ciudad Santa.

Al comienzo, los suecos pensaban que les resultaría imposible marcharse de aquella tierra tan llena de lugares y monumentos sagrados, y se estremecían ante la posibilidad de ser devueltos a las luchas y los temores del mundo después de haberse acostumbrado a la amable y segura vida comunitaria de la colonia. Varios de ellos incluso preferían morir antes que volver a casa. Pero luego la idea les parecía tentadora: «Tal vez no tengamos más remedio que marcharnos», decían persuadidos.

De pronto sonó la campana que solía llamar a los colonos a las misas y reuniones en la sala de asambleas. Todos se sobresaltaron. Imaginaron que la señora Gordon deseaba reunirlos para plantear el regreso a Suecia. Ellos mismos todavía no sabían lo que querían; aunque sí era cierto que la mera idea de eludir la enfermedad y la muerte les suponía un alivio. Esto se notó sobre todo en el hecho de que varios enfermos graves se levantaron y se vistieron para asistir a la reunión.

Arriba en la sala, y a diferencia de una reunión normal, no había ni orden ni concierto. En vez de tomar asiento, los colonos discutían en grupos dispersos. Los ánimos estaban encendidos y el orador más acalorado era Hellgum. Se notaba que la abrumadora responsabilidad de llevar a los labriegos de regreso a Dalecarlia le atormentaba. Iba de uno a otro postulando el regreso.

La señora Gordon, lívida, daba la impresión de estar muy fatigada y afligida. Por lo visto, su indecisión era tal que temía dar comienzo al debate. Nadie la había visto tan irresoluta jamás.

En general, los de Dalecarlia callaban. Se les veía demasiado enfermos y apáticos para tomar una decisión por sí mismos; más bien parecían esperar que los demás la tomaran por ellos.

A unas cuantas jóvenes americanas la compasión las había alterado, y entre sollozos suplicaban que enviaran a esa pobre gente enferma a sus casas, que no las dejaran morir en una tierra extranjera.

En medio de la discusión sobre los pros y los contras, la puerta se abrió casi imperceptiblemente, dando paso a Karin Ingmarsdotter. Ésta, más derrengada y encorvada que nunca, había envejecido de un modo terrible, su rostro se había contraído y su cabello se había vuelto enteramente gris.

Desde que Halvor Halvorsson muriera, Karin rara vez salía de su dormitorio. Se quedaba allí sola, sentada en una butaca grande que Halvor había hecho para ella en la carpintería. De vez en cuando hacía un esfuerzo y cosía y arreglaba la ropa de los dos hijos que le quedaban con vida; pero, por lo demás, se pasaba las horas de brazos cruzados con la mirada perdida.

Nadie tenía el don de entrar en una habitación de un modo más discreto que Karin; pero por algún motivo, en ese momento se hizo un silencio total y todos se volvieron para seguirla con los ojos. Karin avanzó lenta y humildemente. No cruzó la sala por el centro sino arrimándose a la pared, hasta llegar a donde se encontraba la señora Gordon. Ésta dio unos pasos hacia ella y le tendió la mano.

—Nos hemos reunido aquí para hablar de vuestra partida —le dijo—. ¿Qué opina usted, Karin, sobre el tema?

Karin se derrumbó, igual que si hubiera recibido un mazazo. En sus ojos apagados prendió la añoranza más profunda. Sin duda veía ante sí el viejo predio familiar e imaginó que podría volver a sentarse junto al fuego en la sala

grande, o mirar desde la verja cómo salía el hato de vacas hacia la dehesa una mañana de primavera. Pero sólo le duró unos segundos. A continuación enderezó la espalda y su rostro recuperó su expresión terca y recalcitrante.

—Quería preguntar una cosa —dijo en inglés y muy alto para que todos la oyeran—. La voz de Dios nos ordenó venir a Jerusalén. ¿Es que ahora alguien ha oído la voz de Dios diciéndole que nos vayamos?

La pregunta provocó un profundo silencio. Nadie se atrevió a rechistar.

Sin embargo, Karin, como todos los demás, tenía fiebre y, nada más hablar, se la vio tambalearse y perder el equilibrio. La señora Gordon la sostuvo por la cintura y la condujo fuera de la sala. Al pasar Karin por delante de sus antiguos vecinos, un par de ellos la miraron y asintieron con la cabeza:

—¡Gracias, Karin! —dijeron.

Tan pronto Karin se hubo retirado, los americanos volvieron a hablar del viaje de vuelta, como si nada hubiese cambiado. Los granjeros de Dalecarlia no abrieron la boca; pero uno a uno se fueron levantando para abandonar discretamente la sala.

—¿Por qué os vais? —preguntó uno de los americanos—. La reunión va a empezar tan pronto vuelva la señora Gordon.

—¿No os dais cuenta de que ya está decidido? —replicó Ljung Björn—. No hace falta que celebréis una reunión por nuestra causa. Estábamos a punto de olvidarlo pero ahora volvemos a saber que únicamente Dios puede decidir nuestro regreso.

Y los americanos vieron con sorpresa que Ljung Björn y sus antiguos convecinos erguían la cabeza y parecían menos desmoralizados y derrotados que un rato antes. Al perfilarse claramente su camino una vez más, desdeñando la idea de que podían eludir el peligro, habían recuperado su energía y su tenacidad.

Gertrud guardaba cama en la pequeña alcoba que había compartido con Gunhild. Era una habitación luminosa y bonita. Gabriel había hecho todos los muebles. Estaban mejor confeccionados y ornamentados que los de cualquier otro cuarto. Gertrud había tejido la tela y bordado los calados y encajes para las cortinas y las colgaduras blancas de la cama.

Tras la muerte de Gunhild era Betsy Nelson, una de las chicas sueco-americanas, quien compartía con ella la habitación. Se había hecho buena amiga de Gertrud y ahora que ésta estaba enferma, Betsy la cuidaba con mucho cariño.

Estamos en la tarde del día en que se decidió en la asamblea general que los campesinos de Dalecarlia se quedarían en Jerusalén. Gertrud tenía fiebre alta y hablaba sin descanso. Betsy velaba a su lado sentada en el borde de la cama y de vez en cuando le decía algo tranquilizador.

De pronto, Betsy vio que la puerta se abría lentamente y entraba Gabriel, quien procurando no hacer el menor ruido se apoyó contra el quicio y ahí se quedó. Gertrud apenas se dio cuenta de que había venido, pero Betsy se dirigió bruscamente hacia él para echarlo de la habitación de la enferma.

Sin embargo, al ver el rostro de Gabriel le dio un vuelco el corazón y se compadeció de él. «¡Oh, Dios mío, el pobre cree que Gertrud va a morir! — pensó—. Seguramente supone que ya no habrá salvación para ella, ahora que se ha decidido que los campesinos de Dalecarlia se quedan en Jerusalén.»

Betsy comprendió lo mucho que Gertrud había significado para Gabriel desde que éste perdiera a Gunhild, y se dijo: «Mejor será que lo deje quedarse en el cuarto. No tengo corazón para negarle que la vea el mayor tiempo posible. Es la persona más allegada que le queda.»

Así que Gabriel pudo quedarse en el umbral y escuchar cada una de las palabras que pronunciaba Gertrud, quien no tenía tanta fiebre como para delirar, pero aun así no paraba de mencionar pozos y arroyos, al igual que los otros afectados. También se quejaba sin cesar de una sed terrible y abrasadora.

En un momento dado, Betsy echó agua en un vaso y se lo ofreció a la enferma:

—Bébeteste este vaso de agua, Gertrud —le dijo—. No es peligrosa.

Gertrud se incorporó un poco, agarró el vaso y se lo acercó a los labios. Pero antes de probarla siquiera echó la cabeza atrás.

—¿Acaso no te das cuenta de lo mal que huele? —le recriminó Gertrud—. Está visto que quieres acabar conmigo completamente.

—Esta agua no tiene sabor ni olor —dijo Betsy, paciente—. La han purificado muy especialmente para que los enfermos puedan beberla sin peligro.

Betsy insistió en que bebiera, pero Gertrud apartó el vaso con tanta brusquedad que el agua se derramó sobre la colcha.

—Me parece que deberías darte cuenta de que mi estado es de por sí muy grave sin necesidad de que vengas tú a envenenarme —le espetó.

—Te pondrías mejor si bebieses agua —insistió Betsy.

Gertrud no contestó pero al cabo de un rato empezó a llorar y sollozar.

—Ay, cielos, ¿por qué lloras? —le preguntó Betsy.

—Es tan cruel que nadie me traiga agua potable —se lamentó Gertrud—, que tenga que morirme de sed en esta cama sin que nadie se compadezca de mí.

—Sabes muy bien que te ayudaríamos si pudiéramos —respondió Betsy acariciándole la mano.

—Entonces, ¿por qué no me dais agua buena? —sollozó Gertrud—. El único mal que padezco es sed. En el mismo momento en que me dieseis agua buena, me recuperaría.

—Ésta es la mejor agua que se puede conseguir en Jerusalén —dijo Betsy apenada.

Gertrud no le hizo caso.

—No me dolería tanto si no supiese que hay agua buena —gimió—. ¡Y pensar que he de morirme de sed cuando en Jerusalén hay un pozo lleno de agua limpia y fresca!

Gabriel dio un respingo al oír aquello y miró interrogante a Betsy. La muchacha alzó los hombros y sacudió la cabeza. «¡Bah, sólo son cosas que se inventa!», pareció decirle.

Pero como Gabriel seguía con su gesto inquisitivo, Betsy intentó sonsacarle a Gertrud el significado de sus palabras.

—Pues no creo yo que haya agua buena de verdad en Jerusalén —dijo.

—Me extraña que tengas tan mala memoria —dijo Gertrud—, ¿o acaso no viniste el día que visitamos el lugar donde se erigía el antiguo templo de los judíos?

—Claro que fui.

—No fue en la mezquita de Omar —dijo Gertrud recordando—, no, no fue en esa preciosa mezquita situada en medio de la explanada; sino en esa muy vieja y cochambrosa que hay en una esquina.⁵² ¿Acaso no recuerdas que allí dentro había un pozo?

—Claro que lo recuerdo —dijo Betsy—, pero no entiendo cómo puedes creer que allí el agua es mejor que en cualquier otro lugar de la ciudad.

—Me cuesta tanto hablar con esta sed que me quema por dentro... —se quejó Gertrud—. Podrías haber prestado atención cuando la señorita Young nos habló del pozo, ¿no?

Era realmente muy angustioso para Gertrud hablar con los labios resecos y la garganta ardiendo; pero aun así, antes de que Betsy pudiese replicar, ya se había embarcado en el relato de lo que sabía de aquel pozo.

—Ese pozo es el único en toda Jerusalén que siempre tiene agua potable —dijo—. Y eso se debe a que la fuente de la que mana está en el paraíso.

—Me pregunto cómo tú o cualquier otra persona puede saber eso —repuso Betsy sonriendo con tristeza.

—Pues lo sé —afirmó Gertrud muy seria— porque la señorita Young nos contó que un humilde aguador fue una vez en plena sequía de verano a la antigua mezquita para buscar agua. Enganchó su cubeta a la cuerda que colgaba sobre el pozo y la descolgó. Pero cuando la cubeta tocó la superficie del

⁵² En la explanada del Templo hay dos mezquitas, la de Omar o de la Roca, de reluciente cúpula dorada, y la mezquita de Al-Aqsa, cuyo nombre en árabe significa «la más remota» —en relación a la Meca—, que data del siglo VIII pero que fue destruida por varios terremotos. No fue reconstruida hasta 1938, por tanto, cuando Selma Lagerlöf visitó Jerusalén en el año 1900, debía encontrarse en un estado bastante ruinoso. (*N. de la T.*)

agua se desenganchó y cayó al fondo del pozo. Como comprenderás, el pobre hombre no quería perder su cubeta.

—Sí, lo comprendo —dijo Betsy.

—Así que se apresuró a buscar un par de aguadores más y con su ayuda se descolgó por el pozo oscuro. —Gertrud se incorporó sobre un codo y miró a Betsy con ojos febriles—. Se descolgó hasta muy abajo, ¿entiendes?, y cuanto más descendía, más perplejo le dejaba la suave luz que le llegaba desde el fondo del pozo. Y cuando finalmente tocó tierra firme con los pies, el agua se había retirado y en su lugar descubrió un delicioso jardín. No había ni luna ni sol allí dentro, pero sí un delicado resplandor que le permitía ver el jardín con toda claridad. Lo más extraordinario era que todo parecía dormir; las flores tenían las corolas cerradas, las hojas colgaban plegadas de los árboles, y la hierba se inclinaba plana en el suelo. Los árboles más maravillosos dormitaban apoyados unos contra otros, con las copas sembradas de pájaros inmóviles. Y allí abajo nada era rojo ni verde, sino gris como la ceniza; aunque ya te imaginas que era muy hermoso de todos modos.

Gertrud era prolija en su relato, como si estuviese ansiosa de que Betsy la creyera.

—¿Y qué pasó luego con ese hombre? —preguntó Betsy.

—Bien, primero se quedó un rato preguntándose dónde estaba; luego temió que los hombres que lo habían descolgado por el pozo perdieran la paciencia si tardaba demasiado. Pero antes de hacerse subir a la superficie se acercó al árbol más grande y delicioso del paraíso y arrancó una ramita que se llevó arriba.

—Opino que no debería haber salido tan rápidamente del jardín del Edén —dijo Betsy sonriendo, pero Gertrud no se dejó interrumpir.

—Cuando estuvo con sus amigos arriba de nuevo —continuó—, les explicó lo que había visto y les mostró la ramita. Y ¿sabes que en el mismo momento en que le dio la luz del sol la ramita empezó a vivir? Las hojas se abrieron y su color ceniciento se transformó en un verde luminoso. Y cuando el aguador y sus amigos vieron eso comprendieron que había estado en el jardín del paraíso, el cual aguarda adormecido bajo los cimientos de Jerusalén, el momento de ascender a la superficie con renovada vida y esplendor el día del Juicio Final.

Gertrud suspiró pesadamente y se hundió en la almohada.

—Cielos, te cansas demasiado al hablar tanto —dijo Betsy.

—No tengo más remedio que hablar para que entiendas por qué hay agua buena en ese pozo —suspiró Gertrud—. Además, ya no queda mucho que contar. Tienes que entender que nadie habría creído que el aguador había estado en el paraíso de no ser por esa ramita que trajo como prueba. Pero como la rama pertenecía a un tipo de árbol desconocido para aquel hombre, sus amigos quisieron bajar al pozo enseguida para también contemplar el Edén.

Pero el agua ya lo había inundado de nuevo y por muy hondo que bajaron no pudieron tocar el fondo.

—¿Así que nadie más que él pudo ver el paraíso? —dijo Betsy.

—No, nadie más, y desde ese día el agua nunca se ha vuelto a retirar, y a pesar de que incontables personas han intentado llegar al fondo del pozo nadie lo ha conseguido.

Gertrud dio un hondo suspiro. Y prosiguió:

—Lo que pasa es que la providencia no debe querer que conozcamos el paraíso en esta vida.

—No, supongo que no —concedió Betsy.

—Pero lo importante para nosotros es saber que dormita ahí abajo, aguardándonos.

—Sí, así es.

—Y ahora, Betsy, ya debes entender por qué el agua de ese pozo cuya fuente mana del paraíso siempre está limpia y fresca.

—¡Ay cielos, si pudiera conseguirte un poco de esa agua que tanto anhelas!

—dijo Betsy sonriendo con pesar.

Justo cuando Betsy decía esto, una de sus hermanitas pequeñas abrió la puerta y le hizo una señal.

—Betsy, madre ha caído enferma —dijo la niña—, está en cama y te llama.

Betsy se desconcertó, no sabía si podía dejar sola a Gertrud. Pero al instante tomó una decisión y se volvió hacia Gabriel, quien todavía estaba apoyado junto al quicio de la puerta.

—¿Podrías quedarte aquí con Gertrud y cuidarla mientras yo estoy fuera? —le preguntó.

—Sí —dijo Gabriel—, la cuidaré lo mejor que pueda.

—Intenta hacerla beber, a ver si deja de pensar que va a morir de sed —le susurró Betsy al marcharse.

Gabriel ocupó el lugar de Betsy junto a la cama. A Gertrud parecía darle igual que fuera él o Betsy quien estaba ahí sentado. Seguía hablando del pozo del Edén, contándose a sí misma lo refrescante, clara y limpia que tenía que ser aquella agua.

—¿Ves, Gabriel? No consigo convencer a Betsy de que el agua de ese pozo es mejor que cualquier otra —se quejó—. Es por eso que no hace nada para conseguírmela.

Gabriel, caviloso, consideraba el asunto.

—Le estoy dando vueltas a la idea de ir a buscarte agua de ese pozo —dijo.

Gertrud se horrorizó y le agarró por la manga para retenerle.

—No, ni lo pienses, sólo me quejo de Betsy porque me muero de sed. Pero sé perfectamente que ella no puede ir a buscar agua del pozo del Edén. La

señorita Young nos explicó que los musulmanes tienen ese pozo por algo tan sagrado que no permiten que ningún cristiano saque agua de allí.

Gabriel se quedó callado un rato pero siguió dándole vueltas a la misma idea.

—Podría disfrazarme de musulmán —sugirió.

—Ni se te ocurra algo semejante —dijo Gertrud—, es una locura por tu parte.

Sin embargo, Gabriel no quería abandonar la idea.

—Si hablo con el viejo zapatero que remienda nuestros zapatos aquí en la colonia creo que me prestará su ropa —dijo.

Gertrud reflexionaba.

—¿Está aquí hoy el zapatero? —quiso saber.

—Sí, es tan... —dijo Gabriel.

—Bien, de todos modos no podrá ser —suspiró Gertrud.

—Creo que lo mejor es que salga ahora por la tarde cuando no hay peligro de que coja una insolación —dijo Gabriel.

—¿Pero no tienes miedo? Tienes que saber que te matarán si se dan cuenta de que eres cristiano.

—Bah, no hay por qué tener miedo si voy bien disfrazado con fez rojo y un turbante blanco, ya sabes, y me dejan unas pantuflas viejas de piel ocre y me arremango la camisa como suelen hacerlo los aguadores.

—Pero ¿dónde llevarás el agua?

—Cogeré un par de nuestras cubetas de cobre y las colgaré de un yugo sobre el hombro —respondió Gabriel.

A éste le parecía que Gertrud, pese a poner muchas objeciones, revivía ante la expectativa de que él fuera a buscar el agua. Sin embargo, casi al mismo tiempo se dio cuenta de lo imposible de su proyecto.

«¡Cómo voy a ir a buscar agua en un lugar que para los musulmanes es tan sagrado que un cristiano apenas puede pisarlo! —pensó—. Los hermanos de la colonia no me permitirían hacer algo semejante por mucho que quisiera. Por otro lado, ¿de qué serviría? El agua de ese pozo del paraíso debe de ser tan mala como la de todas partes.»

Mientras pensaba en ello, Gertrud le sorprendió diciendo:

—No habrá mucha gente por los caminos a esa hora del día.

«Por lo visto espera que vaya —pensó Gabriel—. ¡Ahora sí que la he hecho buena! Y Gertrud se ha animado tanto que no me atrevo a decirle que toda la idea es imposible.»

—Sí, es verdad —dijo, alargando las sílabas—, tendré el camino despejado hasta la Puerta de Damasco, a menos que me tope con algún colono.

—¿Crees que te prohibirían ir? —preguntó Gertrud inquietándose.

Gabriel había decidido justamente decirle algo por el estilo para descartar todo el disparatado proyecto; pero al ver su inquietud no tuvo el valor de hacerlo.

—Cómo van a prohibírmelo —dijo animosamente—, si ni siquiera me reconocerán vestido de aguador con las cubas de cobre colgando entre las piernas.

Gertrud se tranquilizó. Pero enseguida se le metió otra idea entre ceja y ceja.

—¿Tan grandes son esas cubetas? —preguntó.

—Ni que lo jures, no podrás acabarte el agua que te traiga en muchos días.

Gertrud se quedó callada y miró a Gabriel con ojos suplicantes que le pedían que siguiera, y él no pudo resistírsele.

—Una vez atravesada la Puerta de Damasco, lo tendré peor —dijo—, no sé cómo podré sortear todo el gentío.

—Pero los otros aguadores lo consiguen —dijo Gertrud ansiosa.

—Sí, pero no sólo hay gente, también hay camellos —repuso Gabriel inventándose toda suerte de obstáculos.

—¿Crees que te retendrán mucho? —le preguntó la enferma, inquieta, y a Gabriel le pasó lo mismo que antes, no tuvo valor de decirle a Gertrud que el plan era irrealizable.

—Si llevara agua en las cubetas tendría que esperar, pero como las llevaré vacías podré sortear los camellos.

Aquí Gabriel volvió a callar. Gertrud alargó su enflaquecido brazo y acarició la mano de él un par de veces.

—Qué bueno eres buscándome agua —dijo dulcemente.

«¿Qué será de mí si le doy falsas esperanzas de esta manera?», pensó él. Pero como la mano de Gertrud seguía acariciando la suya, él siguió describiendo el camino que recorrería.

—Luego iré todo recto hasta que llegue a la Vía Dolorosa —dijo.

—Sí, ahí nunca suele haber mucha gente —terció Gertrud ansiosa.

—No, ahí seguramente me cruce con un par de monjas y nada más —coincidió Gabriel—. Puedo seguir adelante sin obstáculos hasta el serrallo y las mazmorras.

Aquí Gabriel volvió a callar, pero Gertrud seguía acariciando su mano muy despacio. Era como una silenciosa oración donde le rogaba que siguiera adelante. «Creo que el mero hecho de que yo hable de ir en busca de agua le alivia la sed —pensó—. Debo contárselo paso a paso.»

—Ahí abajo, junto a las mazmorras, volveré a verme metido en tumultos y aglomeraciones —dijo—, porque seguro que la policía aparece con un ladrón para encarcelarlo, y en esos casos siempre se forma un corro de curiosos y vocingleros a las puertas de la prisión.

—Pero tú pasarás de largo lo más deprisa que puedas, imagino —dijo Gertrud ansiosa.

—No, no pasaré de largo, porque entonces cualquiera vería que no soy un nativo; no, me quedaré a escuchar como si supiera de qué va la cosa.

—Qué listo eres, Gabriel —se admiró Gertrud.

—Cuando todos tengan claro que no volverán a verle el pelo a ese bandido, el grupo se disolverá y yo seguiré mi camino. Ahora sólo me queda atravesar una arcada oscura y ya estoy en la plaza del templo. Pero seguro que cuando esté a punto de pasar por encima de un niño dormido en medio de la calle, otro niño me hará la zancadilla y tropezaré y me pondré a blasfemar en sueco. Entonces me asustaré mucho, claro, y miraré de reojo a los chiquillos para ver si me han descubierto. Pero ellos seguirán en el suelo felices y perezosos, revolcándose en el polvo como antes.

La mano de Gertrud seguía en la de Gabriel, y esto a él le emocionaba de forma extraña. «A Gunhild le habría gustado que la ayudara», pensó. Tuvo la sensación de que le estaba contando un cuento a una niña y empezó a pasárselo bien adornando su fábula con muchas aventuras. «Tendré que sacarle el mayor partido a este paseo, ya que parece que la divierte —pensó—; después ya veré el modo de escurrir el bulto.»

—Bueno, al final salgo al sol que toca de lleno en la amplia explanada del templo —prosiguió—, y he de confesarte que en un primer momento me olvido de ti, del pozo y del agua que he venido a buscar.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Gertrud sonriéndole débilmente.

—Por nada —dijo Gabriel muy seguro—, sólo que ahí hay tanta luz, paz y belleza en comparación con los barrios sombríos de la ciudad de donde he venido, que sólo me apetece quedarme quieto y mirar. Además, también está la hermosa mezquita de Omar, que se eleva sobre un promontorio en medio de la explanada, y muchos pabellones y arcadas y escalinatas y pozos cubiertos que mirar. Por no hablar de la historia; cuando pienso que estoy en el atrio del antiguo templo de los judíos, desearía que las grandes losas del pavimento pudieran hablar y contarme todo lo que han visto.

—Pero puede ser peligroso que te quedes ahí parado, mirando todo como si fueras un forastero —se preocupó la enferma.

«Lo que desea, claro, es que vuelva enseguida con el agua —pensó Gabriel—. Es curioso lo ansiosa que está, es como si realmente creyera que voy a ir al pozo del paraíso.» Pero, de hecho, a él le pasaba lo mismo: estaba tan involucrado en su relato que veía ante sí la explanada del templo y narraba sus aventuras como si realmente hubieran ocurrido.

—Bueno, tampoco es que me quede mucho rato parado —repuso—, al contrario; paso de largo la mezquita de Omar y también los altos y oscuros cipreses de la cara sur, y también dejo atrás el gran estanque que dicen es la tina

de cobre del templo de Salomón. Y allá donde voy hay gente tumbada sobre el pavimento de piedra tostándose al sol. Ahí juegan niños pequeños y ahí dormitan los haraganes, y un jeque derviche está sentado en medio de un corro de discípulos. Les habla al compás del vaivén de su cuerpo, y cuando lo miro no puedo dejar de pensar: así debió de estar sentado Jesús con sus apóstoles en este mismo lugar. Justo cuando pienso eso, el jeque derviche levanta la vista y me observa. Puedes estar segura de que me asusto: tiene unos ojos grandes y negros que te atraviesan.

—¡Ojalá no detecte que no eres un verdadero aguador! —dijo Gertrud.

—Qué va, no parece en absoluto sorprendido de verme; pero un rato más tarde tengo que pasar por delante de unos auténticos aguadores que están sacando agua de un pozo. Me llaman para que me acerque y yo me giro y les indico con señas que voy a entrar en la mezquita. Y entonces se hace un silencio total a mis espaldas.

—¡Imagina que hayan descubierto que no eres musulmán!

—Me giro nuevamente y los busco con la vista. Están de espaldas a mí, hablando.

—Tal vez hayan echado el ojo a algo más interesante que tú.

—Es probable. No obstante, al final llego a la ruinoso mezquita de Al-Aqsa, donde se encuentra el pozo del paraíso, y paso por el lado de las dos columnas del portal, que están tan juntas y de las que, como ya sabes, se dice que sólo los hombres rectos pueden pasar por en medio. Bueno, me digo, no seré yo quien intente pasar entre esas columnas en un día como hoy, en el que he venido para robar agua.

—¡Cómo puedes pensar eso! —exclamó Gertrud—. Es lo mejor que has hecho en toda tu vida. —Ahora escuchaba con feliz expectación. Su fiebre era tan alta que no podía distinguir lo real de lo imaginario y estaba convencida de que Gabriel iría por el agua del pozo del paraíso.

—Así que me descalzo y entro en la mezquita de Al-Aqsa —continuó él. Que inventarse ese relato le resultara tan fácil le parecía una maravilla; pero era su profunda compasión por Gertrud lo que le inspiraba. Era esa compasión lo que hacía brotar las palabras de sus labios. Sólo le preocupaba que tarde o temprano tuviera que decirle a Gertrud que en realidad no podría ir a buscarle el agua—. Y una vez dentro, enseguida veo, a mano izquierda, el pozo en medio de un bosque de columnas. Hay una polea con gancho y cuerdas sobre el pozo, así que no va a ser difícil descolgar las cubetas y llenarlas. Y te diré que el agua que saco del pozo deslumbra, tan limpia está. «Si Gertrud prueba esta agua me consta que se curará», me digo mientras lleno los cubos.

—¡Sí, pero falta que puedas volver a casa enseguida con el agua! —le recordó Gertrud.

—Tengo que confesarte que ya no estoy tan tranquilo como cuando llegué. Ahora que tengo el agua tengo miedo de perderla. Y cuando camino hacia la salida todavía me inquieto más, porque me parece oír gritos y llamadas.

—Ay, Dios, ¿qué se interpone ahora? —preguntó Gertrud, y Gabriel vio que palidecía de temor. Pero se dijo que era el momento de rematar el asunto y exclamó:

—¿Que qué se interpone? Yo te lo diré: toda Jerusalén se me echa encima. —Suspiró hondo para expresar su pasmo y su terror—. Sí, todos los que estaban ahí fuera tumbados están ahora a las puertas de Al-Aqsa chillando. Y los gritos convocan a gente de todas partes. De la mezquita de Omar viene corriendo, con enorme turbante y piel de zorro, el máximo encargado del templo; y por todas las puertas entran niños; y de todas las esquinas de la plaza del templo llegan los pordioseros que antes dormitaban al sol. Y yo no veo otra cosa que puños y bocas vociferantes y brazos en alto. Y ante mi vista gira un torbellino de túnicas rayadas, telas ondeantes, cintos rojos y pantuflas que aporrean el suelo.

Gabriel miró a Gertrud por el rabillo del ojo. Ella no le interrumpió con preguntas, pero le escuchaba muy atenta y hasta se había incorporado ligeramente debido a la tensión.

—No entiendo ni una palabra de lo que me gritan —continuó—, pero lo que sí entiendo es que están furiosos porque un cristiano ha sacado agua del pozo del Edén.

Lívida, Gertrud se hundió nuevamente en la almohada.

—Sí, ya veo que no podrás volver aquí con el agua —dijo con un hilo de voz.

Gabriel tenía pensado describir a continuación cómo abandonaba los cubos mientras él se ponía a salvo; pero de nuevo pensó en lo brutal y cruel que había sido la vida con un ser tan delicado y sensible como Gertrud, y sintió que, por lo menos él, debía ser bueno con ella. «Creo que tendré que hacer que esa agua del paraíso le llegue a Gertrud sea como sea», pensó.

—¿Entonces te quitan el agua? —preguntó Gertrud.

—No, al principio sólo gritan. Supongo que no saben lo que quieren. —Hizo una pausa porque él mismo no sabía cómo salir del atolladero. Entonces ella acudió en su ayuda.

—Tenía la esperanza de que aquel que hablaba con sus discípulos te salvaría —dijo.

Gabriel suspiró hondo.

—Es increíble, ¿cómo lo has adivinado? —exclamó—. De pronto me doy cuenta de que el encargado de la mezquita, el que llevaba aquella hermosa piel de zorro, empieza a dar órdenes a la gente. Después, unos cuantos desenfundan sus dagas y vienen por mí. Su intención es acabar conmigo inmediatamente; pero por extraño que parezca, no tengo miedo de perder la vida sino de que

derramen el agua. Así pues, dejo los cubos en el suelo, me pongo delante y cruzo los brazos. Y cuando me alcanzan, con un movimiento rápido los tumbo de espaldas de un violento empujón. Tendrías que ver la cara de asombrados que ponen mientras ruedan por el suelo. Como es la primera vez que pelean contra un campesino de Dalecarlia... Pero enseguida se levantan y aparecen más. Y ahora son tantos que no dudo que van a someterme.

—Pero seguro que entonces sale en tu ayuda el jeque derviche —terció Gertrud.

Gabriel aprovechó la idea.

—Sí, se acerca despacio muy dignamente y le dice unas palabras a la muchedumbre, que enseguida deja de atacarme y proferir amenazas.

—Sé perfectamente lo que hace después —dijo Gertrud—. ¡Vaya si lo sé!

—Me dirige una mirada clara y serena... —continuó Gabriel, pero de pronto se quedó en blanco.

—Bueno, ¿y qué más? —le urgió ella.

Gabriel intentó decir algo pero no se le ocurrió nada.

—Eso ya lo has adivinado tú sola —dijo para incitarla a hablar.

Gertrud veía la escena completa ante sus ojos y no vaciló:

—Entonces él te aparta a un lado y mira dentro de los cubos.

—Claro, eso es exactamente lo que hace —dijo Gabriel.

—Mira el agua del pozo del paraíso —precisó Gertrud significativamente.

Pero antes de que pudiese añadir más, Gabriel, que sin saberlo le había leído el pensamiento, supo en el acto cómo se imaginaba ella el final de la aventura y empezó a narrarlo entusiasmado.

—Como ya sabes, Gertrud, no había nada más que agua en los cubos cuando los saqué de Al-Aqsa, nada más que agua clara.

—¿Y ahora qué había?

—Bien, cuando ese hombre se inclina sobre los cubos ve un par de ramitas flotando en el agua.

—Sí, por supuesto, es lo que me imaginaba.

—Y en las ramitas las hojas son grisáceas y están plegadas, ¿no lo ves?

—Sí que lo veo. Debe de ser algún tipo de hacedor de milagros, ese derviche.

—Seguramente —asintió Gabriel—, y también es bueno y misericordioso.

—Cuando luego se agacha y recoge las ramitas y las eleva en el aire —dijo Gertrud siguiendo el hilo—, las hojas se despliegan y adquieren un maravilloso color verde.

—Y entonces el gentío rompe a clamar admirado —añade Gabriel—, y con las reverdecidas ramas en la mano, el derviche se dirige al encargado de la mezquita; señala las ramitas y me señala mí. Es fácil entender lo que dice: «Este cristiano ha sacado hojas y ramas del paraíso. ¿No comprendéis que está bajo la

protección de Dios? ¡Cómo se os ocurre matarlo!» Después se acerca a mí, todavía con las radiantes hojas en la mano. Yo veo cómo a la luz del sol se vuelven luminosas y tornasoladas: ora son rojizas como el cobre, ora azules como el acero. Luego me ayuda a colocarme el yugo y me hace señas de que me vaya. Y yo me voy a toda prisa, pero me giro varias veces. Y cada vez que lo hago, veo al derviche con las hojas tornasoladas en la mano mientras la muchedumbre lo rodea inmóvil, mirándolo. Y ahí se queda él, dándome tiempo a que salga de la explanada del templo.

—¡Oh, que Dios le bendiga! —dijo Gertrud, que miraba a Gabriel con una débil sonrisa en los labios—. Ahora nada te impedirá llegar a casa con el agua del paraíso.

—No, ahora no hay más obstáculos, nada me impedirá llegar felizmente a casa.

Entonces Gertrud, muy ilusionada, levantó la cabeza y le sonrió de nuevo. «¡Que Dios me ampare, por lo visto cree que tengo el agua aquí! —pensó Gabriel—. He hecho muy mal engañándola. Es capaz de morir si le digo que el agua que ansia no existe.»

Desesperado, Gabriel tomó el vaso de agua que había en la mesita, la misma que Betsy le había ofrecido anteriormente a Gertrud, y se lo tendió.

—¿Quieres probar el agua del paraíso, Gertrud? —le preguntó con la voz trémula por la angustia. Casi con espanto, vio que ella se incorporaba y tomaba el vaso con ambas manos.

Gertrud bebió medio vaso de golpe con mucha avidez.

—¡Dios te bendiga! —dijo—. Creo que ahora sobreviviré.

—Dentro de un rato te daré más —repuso Gabriel.

—Quiero que les des de esta agua a los otros enfermos para que ellos también se curen —dijo Gertrud.

—No —dijo Gabriel—, el agua del paraíso es sólo para ti, nadie más que tú beberá de ella.

—Pero tú por lo menos puedes probar lo bien que sabe, ¿no?

—Eso sí —dijo Gabriel y tomó el vaso que Gertrud le ofrecía, lo giró de modo que sus labios tocaran el mismo sitio en que ella había puesto los suyos, y lo vació.

Antes de que él tuviera tiempo de dejar el vaso en la mesita, Gertrud se había recostado en la almohada y dormía como un angelito. Gabriel se quedó de pie mirando ora el vaso del cual acababa de beber, ora a Gertrud.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué le hacía tan arrebatadoramente feliz que Gertrud durmiera, y qué poder le había concedido la capacidad de contar una historia como aquélla? Y ante todo, ¿por qué, sin pensar, había girado el vaso de modo que sus labios tocaran el mismo sitio que los de Gertrud?

Ingmar Ingmarsson

Un domingo por la tarde, cuando los campesinos de Dalecarlia llevaban ya un año y medio en Jerusalén, todos los colonos se encontraban reunidos celebrando una misa. La Navidad se aproximaba y el invierno ya estaba en curso; pero el día era muy cálido y apacible, de modo que las ventanas de la gran sala de asambleas estaban abiertas de par en par.

Justo mientras entonaban uno de los himnos de Sankey,⁵³ se escuchó la campana del portal, fue un toque muy débil, una campanada humilde y solitaria; de no ser porque las ventanas estaban abiertas, nadie la habría oído. Uno de los hombres jóvenes, que ocupaba un asiento junto a la puerta, bajó a abrir y luego nadie pensó más en aquella llamada.

Un rato más tarde se escucharon unos pasos pesados y lentos que subían con parsimonia la escalinata de mármol. Alcanzado el último escalón, el visitante hizo una pausa larga. Se diría que recapacitaba antes de cruzar, aún con mayor vacilación, el suelo de mármol del gran vestíbulo que antecedió a la sala de asambleas. Por fin, puso su mano sobre el picaporte y lo accionó. La puerta se abrió la cuarta parte de una pulgada y eso parecía ser todo lo lejos que el visitante estaba dispuesto a llegar.

Al oír los pasos, los labriegos de Dalecarlia habían bajado las voces espontáneamente para oírlos mejor; ahora todos tenían los ojos puestos en la entrada. Esa forma tan delicada de abrir una puerta les era demasiado familiar. Se olvidaron por completo de dónde se hallaban, les parecía que estaban de vuelta en su terruño sentados cada uno junto a la chimenea de su casa. Un segundo más tarde, sin embargo, ya se habían recobrado y volvían a tener la vista puesta en sus cancioneros.

La hoja de la puerta se deslizó lenta y sigilosamente, y sin que el que estaba fuera se dejara ver todavía. En el caso de Karin Ingmarsdotter y un par más, el rubor, como una nube roja, veló sus rostros mientras procuraban concentrar sus ideas y seguir la letra del himno. Los hombres, en cambio, empezaron a cantar con más ahínco, dándole al bajo más potencia que antes y sin ningún miedo a desafinar.

Finalmente, cuando la puerta se hubo abierto más o menos un pie, apareció un hombre larguirucho y feo estrujando su tórax por el estrecho resquicio.

⁵³ Ira David Sankey (1840-1908). Véase nota en el Libro I. (*N. de la T.*)

Había mucha modestia en su forma de entrar, y tan ansioso estaba por no estorbar la celebración de la misa que se quedó junto al umbral, cabizbajo y con las manos entrelazadas.

Llevaba un traje negro de buena tela que formaba bolsas y pliegues por todas partes. Las manos, naciendo de los puños arrugados de su camisa, destacaban grandes y callosas, y las venas sobresalían bajo la piel. El rostro era ancho y pecoso, y las cejas completamente blancas; el prominente labio inferior confería severidad a la boca. En el mismo instante en que el recién llegado entraba por la puerta, Ljung Björn se levantó y siguió cantando de pie. Enseguida, el resto de los campesinos de Dalecarlia, ya fueran jóvenes o viejos, lo imitaron. Cantaban con los rostros pegados al cancionero y sin una sonrisa que les iluminara. Sólo de vez en cuando, una mirada furtiva se escapaba en dirección al recién llegado que aguardaba en el umbral.

Pero su canto cobró fuerza, como un fuego atizado por una ráfaga de viento. Las cuatro hermanas Ingmarsdotter, todas con muy buena voz, se pusieron a la cabeza del coro y a partir de ese momento el himno sonó con una energía y un júbilo inusitados.

Entretanto, los americanos miraban atónitos a los campesinos de Dalecarlia, ya que, probablemente sin que los suecos mismos lo supieran, de pronto se habían puesto a cantar en su lengua materna.

SEGUNDA PARTE

Barbro Svensdotter

En los primeros tiempos de su matrimonio, Ingmar Ingmarsson no le concedió casi ninguna importancia al hecho de tener una esposa. Al renunciar a Gertrud a cambio de hacerse con la finca, en su mente sólo había sitio para campos y enseres, dependencias y ganado, todo lo que casándose pasaba a ser de su propiedad; pero era como si no hubiese contado con que en la transacción entraba también una esposa. Tras la boda y la mudanza a la casa en que iban a vivir juntos, seguía sin comprender que esa esposa tuviera algo que ver con él. Nunca le preocupaba saber cómo se encontraba, ni si estaba a gusto o si sentía añoranza. Tampoco se fijaba en cómo realizaba las tareas domésticas, si la casa iba bien o mal. Pensaba tanto en Gertrud que, simplemente, no se acordaba de la existencia de su esposa. Ella era como uno de los tantos bienes inmuebles sin valor que formaban parte de la finca. Que se espabilara como pudiera, él no tenía ninguna intención de acarrearle molestias por su causa.

Pero había, además, un detalle en particular que le impedía a Ingmar sentir estima por su esposa: la despreciaba porque lo había aceptado a pesar de saber que él quería a otra. «Ha de ser tarada de un modo u otro —pensaba—, de lo contrario su padre no habría tenido que comprarle un marido.»

Si Ingmar alguna vez se fijaba en su esposa era para compararla con la mujer a la que había renunciado. No se le escapaba que su esposa era agraciada; pero ni de lejos tan guapa como la que había perdido. Ni caminaba con la misma soltura, ni movía las manos con la misma elegancia, ni tenía tantas cosas bonitas y divertidas que decir. Realizaba sus quehaceres en silencio y con paciencia, eso era todo y para eso estaba.

De todos modos, si hemos de ser justos con Ingmar, habrá que reconocerle que, al menos, no mencionaba ante la esposa aquello que casi siempre ocupaba su mente. No le confiaba que a todas horas pensaba en que la mujer que más amaba había emigrado a una tierra lejana. Por descontado que no. Y tampoco le parecía que podía hablar con ella del castigo divino que creía merecer por haber roto su palabra, ni que temía pensar en su padre, que en paz descansara, ni que se figuraba que todo el mundo le reprochaba su conducta. Nadie le faltaba al respeto, desde luego; pero en el profundo estado de melancolía en que se encontraba, sospechaba que todos se burlaban de él a sus espaldas y murmuraban que no era digno del nombre que llevaba, o cualquier cosa similar.

Lo que sigue es el relato de cómo Ingmar reparó por primera vez en que tenía una esposa.

Sucedió que, cuando Ingmar y Barbro llevaban un par de meses casados, les invitaron a la boda de unos parientes afincados en la antigua parroquia de ella. El viaje era largo y tuvieron que pararse en una fonda durante una hora para apacentar al caballo. Hacía mal tiempo y la esposa subió al piso superior a esperar en una habitación. Ingmar le dio agua y avena al caballo y luego también subió a la habitación. No se lo comentó a su mujer, pero sólo pensaba en lo difícil que iba a resultarle el trato con toda esa gente de la boda, y se preguntaba si los anfitriones e invitados llegarían a insinuarle la mala opinión que él debía merecerles. Mientras estaba ahí sentado torturándose con estas cuestiones, le cruzó la idea de que todo aquello era, de hecho, culpa de su esposa. «Si ella hubiese rehusado casarse conmigo —pensó—, todavía sería un hombre irreprochable. Nadie habría tenido el poder de tentarme y ahora no me avergonzaría de mirar a los ojos de la gente honrada.»

Nunca hasta ese momento se le había ocurrido que podría llegar a odiar a su mujer; pero en ese instante lo sintió así. Sin embargo, pronto sus quebraderos de cabeza fueron otros. Un grupo de hombres acababa de entrar en la sala contigua al cuarto donde ellos descansaban. Debían de haber visto a Ingmar y su mujer cuando llegaron con en el coche, porque empezaron a hablar de ellos. Los tabiques de la posada eran tan finos que pudieron oír hasta la última sílaba.

—Me gustaría saber qué tal les va —dijo uno de los hombres.

—Nunca pensé que Barbro Svendsdotter encontraría marido —terció otro.

—Yo recuerdo lo enamorada que estaba de Stig Börjesson, que fue mozo en la finca de Berger un verano de hace unos tres o cuatro años.

Cuando la esposa oyó que hablaban de ella se apresuró a decir:

—¿No va siendo hora de que sigamos el viaje?

Pero a Ingmar le molestaba que esos desconocidos supieran que ella y él estaban ahí escuchando y prefirió quedarse hasta que se hubieran marchado.

Los hombres siguieron hablando de Barbro.

—Ese Stig Börjesson era un pobre diablo y Berger Sven Persson lo echó a patadas de su casa a la primera noticia que tuvo de que su hija lo quería —dijo uno que parecía muy familiarizado con la historia—. Pero entonces Barbro se puso enferma de pena y el viejo tuvo que ceder y llevar a Stig ante el párroco para que éste leyera las amonestaciones. Lo más curioso es que tras las primeras amonestaciones Stig cambió de opinión y dijo que no le apetecía casarse. Y esta vez fue Sven Persson quien, por su hija, tuvo que rogar y suplicarle a Stig que no dejara a la muchacha en la estacada. Pero Stig fue implacable. Dijo que el odio que sentía por Barbro era tan grande que no quería ni verla. Hizo correr la voz de que él nunca la había querido, sino que era ella la que había ido tras él.

Los hombres siguieron hablando de esta guisa e Ingmar, sumamente avergonzado, no se atrevía a mirar a su mujer. Por otro lado, le parecía que tras oír todo aquello era imposible que cruzaran la sala.

—Stig se portó muy mal —dijo uno de los hombres—, pero no le han faltado razones para arrepentirse.

—Y que lo digas —asintió uno que aún no había intervenido—. Se fue a casar con la primera que pilló sólo para demostrarle a Barbro, según dicen, que nunca se casaría con ella. La mujer le salió rana y en su casa sólo hay llanto y miseria, y ahora él se da a la bebida. Si no fuera por Barbro que los ayuda, él y su familia estarían todos en el hospicio. Por lo visto, es Barbro quien le mantiene a él y a su mujer con ropa y comida.

Tras esto no hablaron más de Barbro y al cabo de un rato se fueron. Ingmar bajó a enganchar el caballo y cuando su esposa llegó al patio para montar en el coche él la tomó en brazos y la depositó en el pescante. Ella creyó que lo había hecho para evitar que se ensuciara el bordillo del vestido con la rueda; pero, en realidad, lo que Ingmar quería demostrar con ese gesto era que la compadecía. Barbro no le importaba tanto como para sentirse apenado por lo que había oído; simplemente le tenía lástima. Y tras enfilarse la carretera, de vez en cuando se giraba hacia ella y la miraba. Conque había en ella tanta ternura que era capaz de mantener y ayudar a quien la había abandonado.

Tampoco dejaba de ser curioso que la traición que había sufrido no fuera menor que la que había sufrido Gertrud.

Cuando llevaban recorrido un trecho, Ingmar percibió que su esposa lloraba.

—No llores por eso —le dijo entonces—, qué tiene de extraño que quieras a alguien, a mí también me pasa. —Después Ingmar se enfureció consigo mismo por no haber sabido decirle una palabra amable.

Sería fácil creer que, tras aquel incidente, Ingmar a veces se preguntara si su esposa todavía amaba a ese Stig. Pero la idea ni le asomó a la cabeza, Ingmar no la veía lo suficiente como para intentar averiguar a quién quería o a quién dejaba de querer. Vivía inmerso en su propia tristeza y casi volvió a olvidarse de su existencia. Tampoco le daba vueltas al hecho de que ella siempre estuviera callada y tranquila, y nunca se dirigiese a él con aspereza, a pesar de que él nunca se comportaba con ella como era debido.

La invariable calma que ella insistía en demostrar hizo creer a Ingmar que no sabía nada de lo que él arrastraba. Entonces, una desapacible noche de otoño, cuando llevaban casados aproximadamente medio año, cayó una espantosa borrasca. Ingmar había salido al anochecer y volvió tarde a casa. La sala grande, donde dormían los empleados de la finca, estaba a oscuras; pero en la alcoba ardía un buen fuego. Su esposa estaba despierta y le esperaba con una cena algo más completa que de costumbre. Cuando Ingmar entró ella le dijo:

—Quítate la chaqueta, está empapada. —Y tiró de las mangas para ayudarle a quitársela y la colgó frente a la chimenea—. ¡Dios mío, qué mojada está! No sé cómo voy a tenerla seca para mañana.

Y al cabo de un rato dijo:

—Me gustaría saber adónde has ido con este tiempo. —Era la primera vez que hacía un comentario así.

Ingmar guardó silencio preguntándose adónde quería ir a parar.

—La gente dice que cada tarde remas hasta la escuela y te sientas en una roca de la orilla y no te mueves de ahí en varias horas.

—La gente dice muchas cosas —repuso él con calma, aunque le molestara aquel interrogatorio.

—Sí, pero no son cosas agradables de oír para una esposa.

—Pues quien se ve obligada a comprarse un marido no debería esperar mucho más.

Ella intentaba volver una manga de la chaqueta. La guata era muy compacta y rígida, de modo que no le resultaba fácil. Ingmar levantó la vista para comprobar cómo se tomaba lo que acababa de decir.

Descubrió que tenía una pequeña sonrisa en los labios. Cuando finalmente Barbro pudo con la manga, dijo:

—A mí tampoco me hacía ninguna ilusión casarme contigo, no te creas, fue mi padre quien lo arregló todo.

Ingmar volvió a mirarla y cuando su mirada se encontró con la de ella pensó: «Tiene todo el aspecto de saber lo que quiere.»

—No creo que seas de la clase de personas a las que se pueda obligar a nada —dijo.

—Obligar no —respondió la esposa—, pero mi padre es un hueso duro de roer. Al zorro que no atrapa con los perros le tiende una trampa.

Ingmar no respondió; ya había vuelto a pensar en sus cosas y apenas le prestaba atención. Por su parte, ella debió de pensar que, ya que había empezado a hablar, debía llegar hasta el final.

—Te diré una cosa —continuó—: mi padre siempre le ha tenido mucho cariño a esta finca porque aquí pasó su niñez. Siempre se jactaba de su relación con la finca y con los Ingmarsson. No hay otro lugar del mundo del que yo haya oído hablar tanto como de éste, y tengo la impresión de que sé más cosas de todos los que han vivido aquí que tú.

Llegados a este punto, Ingmar se levantó de la mesa donde había estado cenando y fue a sentarse en la laja del hogar, de espaldas al fuego para ver el rostro a su mujer.

—Después me pasó lo que ya sabes —añadió ella.

—No hace falta que me lo expliques —dijo Ingmar tajante. Le avergonzaba pensar en cómo había consentido la dolorosa humillación de Barbro aquel día en la posada.

—Bueno, pero debes saber que después de que Stig me abandonara, mi padre se angustiaba tanto pensando que nadie me querría que ofreció mi mano a todo el mundo. Pronto me cansé: tampoco era yo tan mala como para tener que suplicarle a nadie que se casara conmigo.

Al decir esto, Ingmar vio que ella se estiraba un poco. Barbro lanzó la chaqueta sobre una silla y le miró fijamente a los ojos.

—No sabía cómo ponerle final a esa situación —continuó—, hasta que un día se me ocurrió decirle a mi padre que sólo me casaría con Ingmar Ingmarsson. Al decir esto, yo, como todo el mundo, sabía que Tims Halvor era el propietario de Ingmarsgården y que tú ibas a casarte con la hija del maestro, con Gertrud. Dije eso justamente porque era algo imposible y yo quería que me dejara en paz. Al principio, padre también se espantó. «Entonces no te casarás nunca», dijo.

«En ese caso, al mal tiempo buena cara», dije yo. Pero luego me di cuenta de que a padre le gustaba la idea. «¿Me das tu palabra?», dijo al cabo de un rato. «Sí, padre», dije yo. Como comprenderás, nunca creí que fuera capaz de arreglar esa boda. Parecía tan improbable como que yo me casara con el rey.

»Después de eso, al menos me libré de toda propuesta matrimonial durante un par de años y yo, con tal que me dejaran tranquila, no pedía más. Estaba todo lo bien que podía estar, administraba la casa de mi padre y, mientras siguió viudo, tuve las manos libres para llevarla a mi modo. Pero en el mes de mayo mi padre llegó tarde a casa una noche y me mandó llamar. "Ingmar Ingmarsson, con finca y todo, puede ser tuyo", me dijo. Llevaba dos años sin mencionar el asunto. "Ahora espero que sepas atenerte a tu palabra", añadió. "He comprado la finca por cuarenta mil coronas." "Pero si Ingmar ya tiene una prometida", repuse yo. "Pues no debe importarle mucho, ya que ahora pide tu mano."

Aquello llenó a Ingmar de amargura. «¡Qué curioso es todo esto! —pensó—. Suena como un juego. ¡Imagínate que he tenido que renunciar a Gertrud sólo porque un día Barbro le hizo una broma a su padre a mi costa!»

—No sabía qué hacer —continuó la esposa—; entre otras cosas, me conmovió que mi padre hubiera ofrecido tanto dinero por mí, me pareció que no podía negarme de buenas a primeras. Y tampoco sabía qué sentías tú, si tal vez esta finca fuera más importante para ti que todo lo demás. Luego padre juró que si yo no accedía vendería la finca a la compañía maderera. Además, por aquella época yo no me encontraba tan bien en casa como antes. Padre se había casado por tercera vez y a mí no me gustaba estar supeditada a mi madrastra en una casa que antes había gobernado yo sola. Así que como no tuve claro desde

un principio si iba a decir sí o no, las cosas acabaron como mi padre quiso. La cuestión es que no me lo tomé con la suficiente seriedad.

—No —dijo Ingmar—, ya veo que para ti todo ha sido un juego.

—No comprendí lo que había hecho hasta que supe que Gertrud había huido de casa de sus padres para ir a Jerusalén. Pero desde entonces no he tenido ni un minuto de sosiego. De ninguna manera era mi intención causarle a nadie tanta desgracia. Ahora también veo cómo sufres tú —continuó Barbro—, y siempre pienso que todo es por culpa mía.

—De eso nada —repuso Ingmar—, la culpa es mía, no estoy peor de lo que me merezco.

—No sé cómo voy a soportar la idea de que yo he provocado todo este sufrimiento, cada noche me imagino que no vuelves. «Se ha quedado para siempre en el río», pienso. Y hasta me parece que oigo voces en el patio y me figuro que es gente que te trae en brazos. Y luego pienso en cómo será mi vida después. ¡Si algún día podré olvidar que he sido la causante de tu muerte!

Mientras ella hablaba y aireaba sus inquietudes, las ideas de Ingmar iban por curiosos derroteros. «Ahora quiere que la ampare y la consuele», pensó. Que ella se angustiara por él sólo le fastidiaba. La prefería cuando se mostraba inalterable, ocupándose de sus cosas, así él no tenía que acordarse de su existencia. «Para problemas tengo suficiente con los míos», se dijo. Pero supo que tenía que responder algo.

—¡No sufras por mí! —dijo—. No añadiré un nuevo delito a la lista de los que ya he cometido. —Y tan sólo con esas palabras consiguió que todo el rostro de ella se iluminara.

Por más que su esposa le trajera sin cuidado, tras conocer que ella se angustiaba tanto, Ingmar se quedó en casa un par de noches. Ella fingió no entender que lo hacía por ella, y siguió callada y sumisa como siempre. Por otra parte, Barbro había sido muy bondadosa con todos los viejos sirvientes de la casa y ellos estaban muy encariñados con ella. Al quedarse Ingmar junto al calor del hogar en la sala grande, en compañía de los demás, la tía Lisa y Bengt *el Cuervo* disfrutaban de lo lindo. Así que se habló y se contaron historias animosamente toda la velada, y a Ingmar le pareció que el tiempo iba más deprisa de lo esperado.

Dos noches seguidas consiguió quedarse en casa sin salir; pero a la tercera, que era domingo, a la esposa se le ocurrió sacar la guitarra y empezar a cantar para matar el tiempo. La cosa fue bien un rato, pero luego ella eligió una balada que a Gertrud le había gustado mucho tararear. La situación se hizo insoportable para Ingmar, así que se puso la gorra y se marchó.

Fuera era noche cerrada y caía una fría llovizna. A él ese tiempo, precisamente, le gustaba. Se subió a la barca y remó hasta la escuela, tomó asiento en una piedra de la ribera y se puso a pensar en Gertrud y en la época

en la que aún no había roto sus promesas, sino que era un hombre recto y de palabra. No regresó a casa hasta pasadas las once de la noche. Entonces se encontró con que su mujer le esperaba en la orilla.

Ingmar se disgustó pero no le comentó nada hasta que estuvieron en la alcoba.

—Soy libre de ir y venir cuando me plazca —dijo entonces, y ella oyó en su tono que estaba disgustado; pero no contestó sino que se dio prisa en rascar una cerilla y encender una bujía.

El marido vio entonces que estaba empapada, tenía la ropa pegada al cuerpo. Ella fue a buscarle la cena, encendió un fuego y preparó la cama, y en todo momento el roce de la tela mojada acompañó sus movimientos. Sin embargo, su actitud no dejaba traslucir el menor rastro de enfado o de tristeza. «Quizás es tan buena que nada es capaz de alterarla», pensó Ingmar.

De pronto él se giró hacia ella y le preguntó:

—Si yo te hubiera hecho lo mismo que a Gertrud, ¿me perdonarías?

Ella lo miró fijamente un momento.

—No —dijo por toda respuesta, y sus ojos destellaron.

Él se quedó callado. «¿Por qué no me perdonaría a mí cuando ha perdonado a ese Stig? —pensó—. Seguramente piensa que mi comportamiento con Gertrud fue peor porque lo hice por codicia.»

Un par de días más tarde, a Ingmar se le había perdido un destornillador. Se puso a buscarlo por todas partes y de ese modo llegó hasta el lavadero junto al río, donde yacía enferma la tía Lisa mientras Barbro, sentada a su lado, leía la Biblia en voz alta. Era una Biblia desmesuradamente grande con herrajes de bronce y gruesas tapas de cuero. Ingmar se quedó parado mirando el libro. «Tal vez provenga de la casa de Barbro», pensó, y se alejó de allí. Sin embargo, al cabo de un momento regresó, arrebató la Biblia a su esposa y la abrió por la primera página. Tal como sospechaba, era una de las antiguas Biblias que habían formado parte del inventario de Ingmarsgården y que Karin había puesto a la venta en la subasta.

—¿De dónde ha salido? —preguntó.

La esposa no respondió, pero en cambio la tía Lisa sí:

—¿Acaso Barbro no te ha contado que ella la recuperó?

—¿En serio? ¿Barbro la recuperó? —dijo Ingmar.

—Ha hecho más que eso —repuso la vieja criada con entusiasmo—, yo de ti miraría dentro de la alacena de la sala grande.

Ingmar salió rápidamente del lavadero y subió hasta la casa. Al abrir la alacena vio sobre la balda dos de las antiguas jarras de la familia. Las sacó y las giró para comprobar que las marcas en el fondo eran las auténticas. Barbro entró mientras él todavía estaba allí. Tenía todo el aspecto de haber sido cogida en falta.

—Como tenía un poco de dinero ahorrado... —dijo con voz animosa.

Ingmar estaba más alegre de lo que había estado en mucho tiempo. Se le acercó y le tendió la mano.

—Esto te lo agradezco de verdad —dijo.

Pero a los pocos minutos recuperó la compostura y se marchó. Tenía la sensación de que ser amable con su esposa no era correcto; se lo debía a Gertrud; con la que había usurpado su lugar no podía, de ningún modo, mostrarse afectuoso ni benevolente.

Más o menos una semana después de esto, Ingmar salía del granero en dirección a la casa cuando vio a un desconocido abrir la verja de la entrada y entrar en el patio. Cuando se encontraron, el desconocido saludó y preguntó si Barbro Svendsdotter estaba en casa.

—Soy un antiguo conocido —aclaró.

Ingmar enseguida supo quién era el forastero.

—Eres Stig Börjesson —le dijo.

—No creía que nadie me conociera por estos pagos —respondió el otro—. Enseguida me iré, sólo quiero decirle una cosa a Barbro. ¡Pero no le digas a Ingmar Ingmarsson que he estado! A lo mejor no le gusta que venga por aquí.

—Pues yo creo que a Ingmar le gustaría conocerte —contestó Ingmar—, seguro que se ha preguntado muchas veces qué cara tiene un canalla como tú. —A Ingmar le había puesto furioso que aquel miserable fuese por ahí diciendo que Barbro Svendsdotter le quería.

—Que yo sepa, nunca nadie me ha llamado canalla —replicó Stig.

—Pues siempre hay una primera vez —replicó Ingmar y sin más le abofeteó.

El forastero se echó atrás, lívido y crispado por la ira.

—¡Te lo dejo pasar —dijo— porque no sabes lo que haces! Quería pedirle dinero prestado a Barbro, sólo venía por eso.

Ingmar se avergonzó de su agresividad, no entendía por qué había reaccionado de ese modo. Pero tampoco quería mostrarse arrepentido ante aquel miserable, así que repuso en tono airado:

—No es que me dé miedo que Barbro te quiera, es que te merecías ese bofetón por traicionarla.

Stig Börjesson avanzó dos pasos hacia él.

—Ahora verás, me has abofeteado y a cambio yo te contaré una cosa —masculló con voz afilada y sorda—. Me parece que lo que vas a oír te dolerá más que cualquier latigazo que pudiera darte, porque te veo muy enamorado de Barbro, así que escucha esto: ella es de la gente del Despeñadero.

Y se quedó esperando la reacción de Ingmar, pero éste sólo puso cara de ligera sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

— ¿Así que no lo sabes? — respondió Stig, igual de furioso—. Pues ahora lo sabrás. Había una vez un tipo que se dedicaba a la compraventa de caballos — continuó—. Viajaba continuamente de mercado en mercado y trataba fatal a sus animales. El hombre era además un pícaro muy tramposo. A veces les pintaba manchas blancas a caballos que se sabía padecían la enfermedad de Borna para que no fuera posible reconocerlos; y a veces, a un pobre penco viejo que estaba para el arrastre lo engordaba de modo que le brillaba el pelaje el tiempo justo para canjearlo. Pero cuando más mal se portaba con sus caballos era cuando tenía que probarlos. Entonces se volvía loco de veras y los fustigaba hasta desollarles el lomo con el látigo, cada latigazo les abría marcas en carne viva.

»Una vez el hombre se pasó todo un día en un mercado sin sacar ningún provecho, lo cual se debía, por una parte, a que había engañado a tanta gente que nadie quería hacer tratos con él, y por la otra, a que el caballo que quería canjear ese día estaba tan viejo y cascado que a nadie le interesaba. Hizo correr al pobre penco a galope tendido arriba y abajo delante de la muchedumbre, azotándolo hasta que los varales del carro chorreaban sangre; pero cuanto más hostigaba al animal, menos ganas tenía la gente de hacer negocios con él.

»Al atardecer comprendió que no iba a cerrar ningún trato ese día. Antes de irse a casa lo intentó por última vez y condujo al caballo a una velocidad tan espeluznante por el campo donde se celebraba el mercado que la gente creyó que se estrellaría. En plena carrera, sus ojos descubrieron a un hombre que iba en un precioso potro negro a la misma velocidad que él, sin que pareciera costarle al potro el menor esfuerzo. Nada más detenerse, se le acercó el hombre que conducía el potro. Era un tipo pequeño y enérgico, de rostro alargado y barba de chivo. Iba completamente vestido de negro y el tratante, ni por la tela ni por el corte, pudo adivinar de qué comarca procedía. Lo que sí descubrió enseguida fue que el dueño de aquel potro era tonto. Le explicaba que en su casa tenía un caballo pardo y que le gustaría cambiar el negro que traía por otro marrón para tener dos del mismo color. "Ese caballo que conducías me iría bien por el color", le dijo, "me gustaría quedármelo, siempre y cuando esté en buenas condiciones. Por favor, ten la decencia de no endosarme un mal caballo porque la verdad es que si hay una cosa de la que no entiendo nada, es de comprar caballos".

»Naturalmente, la cosa acabó con que el tratante le dejó su penco inútil a cambio del potro joven. Nunca en su vida le había puesto los arreos a un ejemplar tan magnífico. "Este día empezó como el peor de mi vida y ha acabado como el mejor", dijo al montar en el carro para volver a su casa. El trayecto hasta su casa no era largo. Cuando llegó, el sol aún no se había puesto del todo. Al cruzar el portal vio que un grupo de sus viejos amigos, tratantes de caballos de varios pueblos, le esperaban delante de la puerta. Se les veía de muy buen humor, y cuando apareció él sentado al pescante del carro empezaron a

aclamarlo a viva voz, alternando carcajadas y gritos de hurra. "¿Qué demonios os divierte tanto?", preguntó el tratante mientras refrenaba su nuevo caballo. "Es que", dijeron, "te hemos estado esperando para ver si aquel tipo te endosaba su potro ciego. Nos topamos con él cuando iba al mercado y entonces apostó con nosotros a que te engañaría". El tratante bajó del carro de un salto, se puso delante del caballo y con el mango del látigo le soltó un golpe terrible entre los ojos. El animal no hizo el mínimo ademán de esquivarlo. Sus colegas tenían razón, el potro estaba completamente ciego.

»La rabia furiosa que le vino le hizo perder la razón. Mientras sus colegas seguían riéndose y burlándose de él, desenganchó el caballo del carro, tiró de las riendas y lo obligó a subir una cuesta muy escarpada que había tras la cabaña. A base de chasquidos y latigazos consiguió que el animal avanzara a paso ligero, pero cuando llegaron a la cima, el potro se paró en seco y no quiso seguir. Allí arriba el terreno daba a una sima profunda y ancha donde la comarca entera había ido extrayendo arena durante muchos años. Por fuerza, el caballo tuvo que notar el precipicio, porque se negaba a seguir. El tratante lo arreaba y lo azotaba como un poseso, y el caballo se asustó y terminó por encabritarse, pero aun así no se movió. Al final, sin ver otra salida, el potro dio un salto largo con la esperanza de alcanzar el otro lado, como si creyera que lo que tenía que saltar sólo era una zanja. Pero no había tal otro lado que alcanzar, y al no encontrar sus cascos un punto de apoyo, relinchó de un modo atroz y espeluznante, y un segundo más tarde yacía con la crisma partida en el fondo del despeñadero. El tratante ni se dignó echarle una mirada, sino que volvió directamente a donde estaban sus amigos. "Qué, ¿ya no os reís?", dijo. "¡Marchaos y contadle al tipo con que hicisteis la apuesta cómo le ha ido a su potro!"

»Pero la historia no se acaba aquí —continuó Stig—. Poco después, la mujer del tratante tuvo un hijo y el niño salió débil mental y encima ciego. Como si no bastara, todos los hijos varones que parió la mujer después de ése salieron ciegos e idiotas. En cambio, las hembras eran hermosas y listas y pudieron casarlas bien.

Ingmar, que había estado escuchando como hechizado, hizo ademán de marcharse; pero Stig continuó con su relato y él siguió allí.

—Pero eso no es todo, pues resulta que cuando las hijas casadas parían varones, éstos salían ciegos e idiotas, mientras que las niñas eran hermosas y sanas y muy bien dotadas. Y así ha sucedido hasta el día de hoy —añadió Stig—, todos los que se han casado con hijas de esa familia han tenido hijos varones idiotas. De ahí que la cabaña de donde procede la familia de tu mujer se conozca por el Despeñadero, y sin duda ese nombre le quedará para siempre.

Ingmar creyó recordar que de niño había escuchado esa historia sobre la familia del Despeñadero, pero sólo como un cuento, nunca pensó que hubiera nada de verdad en ella. Se echó a reír.

—Por lo visto no te lo crees, ¿eh? —dijo Stig acercándose aún más a Ingmar—. Pues tienes que saber que la segunda esposa de Sven Persson era de esa familia, ¿entiendes? Todos los del Despeñadero se han mudado a otras comarcas y por eso aquí la gente ha olvidado cómo son; pero mi madre estaba al corriente de todo. Se calló y no le contó a nadie quién era la esposa de Sven Persson, hasta que surgió la cuestión de si yo me casaría con su hija. Yo, al enterarme de la historia, no pude tomarla por esposa; pero me callé por mi honor, ¿entiendes? Si yo hubiese sido un canalla habría hablado. Pero no lo hice, he cargado con toda la vergüenza de este asunto con la boca cerrada, hasta que has venido tú y me has abofeteado. Al parecer, ni el mismo Sven Persson ha sabido nunca quién era la mujer que lo pescó; porque ella murió después de darle su única hija. Y las hijas del Despeñadero son buenas y cariñosas, ¿entiendes?, sólo los varones salen ciegos e idiotas. Así que ahora ya lo sabes, el que siembra recoge. Si supieras lo que me he reído de ti al pensar cómo traicionaste a tu prometida, y al imaginarme a ese futuro Ingmar Ingmarsson que llevará la finca después de ti y será idiota. A partir de hoy, espero que disfrutes de muchos días felices en compañía de tu esposa.

Pero mientras Stig, arrimado a Ingmar, le espetaba todo esto a la cara, Ingmar había subido la vista hasta la casa y avistado el borde de una falda tras la puerta del zaguán. Imaginó que Barbro había salido al ver que él y Stig se cruzaban en el patio y ahora estaba ahí escuchándolo todo. Al principio se inquietó y pensó: «Es una desgracia que Barbro haya oído esto. ¿Acaso acaba de suceder lo que tanto he temido? ¿Es éste el castigo de Dios que he estado esperando?»

Al mismo tiempo ocurrió que, por primera vez, sintió de veras que tenía una esposa y que a él le correspondía cuidarla. Por eso se obligó a reír una vez más y fingió indiferencia.

—Gracias por contarme todo esto, así ya no tendré que guardarte rencor.

—Vaya —dijo Stig—, ¿así te lo tomas?

—Sí, no pensarás que soy tan tonto como tú para desperdiciar mi felicidad por culpa de una vieja superstición.

—Bueno, por esta vez no diré nada más —repuso Stig—. Ya veremos si estás igual de confiado dentro de un año.

—¿Por qué no entras y hablas con Barbro? —dijo Ingmar al ver que el otro se disponía a marchar.

—No, déjalo —rehusó Stig.

Tan pronto Stig se hubo ido, Ingmar entró en la casa para hablar con su mujer. Ella estaba en la sala grande esperándolo, y antes de que él tuviera tiempo de decir una palabra ella le dijo muy serena:

—Ingmar, no vamos a creer en esos cuentos de niños, ¿verdad? ¿Cómo voy a tener yo algo que ver con cosas que pasaron hace más de cien años, si es que alguna vez pasaron?

—¿Así que lo has oído? —dijo Ingmar, sin mencionar que la había visto espiando.

—He oído esa vieja historia antes, como todo el mundo. Pero es la primera vez que oigo que tiene algo que ver conmigo.

—Es una lástima que la oyeras —dijo el marido—, pero no tiene ninguna importancia, siempre y cuando tú misma no te la creas.

La esposa sonrió.

—Yo no siento que pese sobre mí ninguna maldición —dijo.

Ingmar pensó que apenas recordaba haber visto a alguien que tuviera mejor aspecto que ella.

—Yo diría que parece estar sana de cuerpo y alma —dijo.

Hacia la primavera, la esposa dio a luz un niño. Fue valiente durante todo el embarazo y nunca mostró signos de inquietud. Ingmar creyó muchas veces que ella había olvidado la historia que contó Stig Börjesson. Por lo que a él respecta, tras aquella conversación nunca osó entregarse a su pena del mismo modo. Se esforzaba por mostrarse de un talante que le diera a entender que él no creía en la maldición que supuestamente pesaba sobre ella. En casa intentaba adoptar un aire satisfecho en vez de poner cara de quien espera un castigo divino. Empezó a esmerarse en el manejo de su propiedad y ayudaba a los lugareños al igual que lo hiciera su padre. «Ahora ya no puedo ir por ahí con la cara larga —pensaba—, porque entonces Barbro pensará que creo en la maldición y que mi pena proviene de ahí.»

Su esposa se sentía increíblemente feliz a causa del hijo. Era un niño bien formado y hermoso, con la frente alta y recta y los ojos grandes y claros. Barbro llamaba a Ingmar sin cesar para que fuese a contemplar al niño.

—Es completamente normal, no veo yo que tenga ningún defecto —decía ella.

Ingmar se quedaba azarado, con las manos a la espalda y sin atreverse a tocarlo.

—Completamente normal, sí —repetía él.

—Ahora te demostraré que ve bien —dijo ella en una ocasión y encendió una vela que movió de un lado a otro ante los ojos del bebé—. ¿Ves cómo la sigue? —dijo.

—Sí —respondió Ingmar, convencido de que la esposa veía moverse los ojos del niño; aunque él no lo viera.

Unos días más tarde, Barbro se había levantado y su padre y su madrastra fueron de visita para conocer a su nieto. La madrastra sacó al niño de la cuna y lo sopesó entre sus brazos.

—Qué niño más grande —dijo complacida. Pero acto seguido comenzó a observar la cabeza del bebé—. ¿No tiene la cabeza demasiado grande? —dijo.

—Nuestra familia da niños con la cabeza grande —dijo Ingmar.

—¿Está bien de salud este niño? —le preguntó la madrastra al cabo de un rato devolviéndolo a la cuna.

—Sí —dijo Barbro—, no hace más que crecer.

—¿Estás segura de que ve? —dijo la madrastra al cabo de un momento—, siempre gira los ojos hacia arriba.

Barbro empezó a temblar en la silla.

—Si queréis encender una vela —dijo Ingmar—, comprobaréis que ve perfectamente.

Su esposa, ansiosa, encendió una bujía y la sostuvo ante los ojos del bebé.

—Claro que ve —dijo procurando sonar alegre y confiada. El bebé yacía quieto en la cuna mostrando el blanco del ojo—. ¿Veis cómo sigue la luz con los ojos? —exclamó Barbro. Ninguno de los presentes dijo nada—. ¿No ves cómo mueve los ojos? —le dijo a la madrastra, quien no abrió la boca—. Tiene sueño —explicó entonces—. Los ojitos se le cierran.

—¿Cómo se llamará? —preguntó la madrastra al cabo de un rato.

—Es costumbre de esta casa ponerle Ingmar al primogénito si es varón —dijo Ingmar, pero su esposa terció:

—Había pensado pedirte que le pusiéramos Sven por mi padre.

Se hizo un silencio tenso que duró varios minutos. Ingmar se dio cuenta de que su esposa lo observaba aunque fingía mirar al suelo.

—No —respondió—, tu padre, Sven Persson, es un hombre intachable pero el mayor tiene que llamarse Ingmar.

Pero una noche, cuando el bebé tenía ocho días, sufrió unas súbitas convulsiones y hacia la madrugada murió. De este modo los padres nunca supieron con certeza el verdadero estado de su hijo. Intentaban convencerse de que había sido un bebé sano y normal, pero no estaban seguros.

Desde su encuentro con Stig, Ingmar siempre había sido bueno con Barbro, e incluso había llegado a comportarse con ella como suelen hacerlo los recién casados. Sin embargo, seguía convencido de que su corazón pertenecía a Gertrud, y solía decirse: «No es que quiera a Barbro, pero tengo que ser bueno con ella porque su destino es muy duro de sobrellevar. Es preciso que sienta que no está sola en el mundo, sino que tiene un marido con deseos de cuidarla.»

Barbro no lloró mucho al bebé muerto. Parecía más bien complacida de que ya no viviera. Transcurrido un par de semanas le sobrevino la calma. Nadie era

capaz de discernir si se sentía desgraciada o si de nuevo había apartado de su mente los oscuros pensamientos.

A principios de verano Barbro condujo el hato de vacas a las pasturas de los bosques e Ingmar se quedó solo en la casa.

Sin embargo, le pasó algo muy curioso. Cuando entraba en la sala grande buscaba a Barbro. A veces, mientras realizaba alguna labor, levantaba la cabeza escuchando por si oía su voz. Tenía la sensación de que todo el bienestar se había esfumado de la finca. Parecía un sitio completamente distinto.

Al atardecer del sábado subió a los bosques para ver a Barbro. La encontró sentada sobre el escalón de entrada de la cabaña. Tenía las manos inertes sobre el regazo y aunque vio venir a Ingmar de lejos, no fue a su encuentro. Él se sentó a su lado.

—Me ha pasado una cosa muy curiosa, ¿sabes? —le dijo él.

—¿Ah sí? —repuso ella sin demasiado interés.

—Resulta que he empezado a quererte.

Ella lo miró y él se dio cuenta de que estaba tan cansada que a duras penas tenía fuerzas de levantar los párpados.

—Es demasiado tarde —contestó.

A Ingmar le entró miedo al comprender el estado en que se encontraba.

—No te conviene estar sola aquí arriba en el bosque —dijo.

—Aquí estoy bien, yo me quedaría toda la vida.

Ingmar intentó explicarle que ahora la amaba, que sólo pensaba en ella. Que no había comprendido sus propios sentimientos hasta que ella se hubo ido de la casa. Barbro seguía taciturna.

—Eso tendrías que habérmelo dicho el otoño pasado —respondió.

—¿El otoño pasado me querías? —preguntó él.

—Entonces le rogaba a Dios todas las noches para que llegara un día en que me quisieras —dijo Barbro—. Habría mordido el polvo por una palabra amable tuya.

—En cambio, yo no me portaba contigo de un modo que mereciera tus sentimientos —dijo Ingmar extrañado.

—Pero es como si estuviese decidido de antemano —respondió Barbro—. Había oído a padre hablar tanto de Ingmarsgården que al principio me agotaba y sólo quería encontrarle defectos a la finca y a ti; pero tan pronto puse los pies en el interior de la vieja casona sentí que era mi hogar y que en el fondo era el sitio donde siempre había anhelado vivir.

—Me parece muy raro —dijo Ingmar.

—Seguramente es a causa de mi padre. Después de pasar la primera semana en la finca y ver cómo era la vida allí, comprendí que todo lo mejor que hay en mi padre provenía de tu familia, y que cada uno de los anticuados usos y costumbres que seguíamos en mi casa los había aprendido él en la tuya. Creo

que mi padre se ha pasado la vida esforzándose en ser como un Ingmarsson y a mí me ha educado para que yo fuera como una Ingmarsdotter.

—Es verdad, Sven Persson te educó solo —dijo Ingmar.

—Sí, mi madre murió cuando yo era muy pequeña.

—¿No te das cuenta de que es imposible que no acabaras gustándome? —dijo Ingmar. Pero Barbro lo puso a prueba:

—El otoño pasado pensaba que todo lo que había podido sentir hasta entonces había sido una mera obcecación. No me cabía en la cabeza que pudiera haber estado enamorada de alguien que no fuera como tú. Y pensé que tú, probablemente, te habrías dado cuenta de que había algo que me unía a ti y a lo tuyo de un modo muy especial, de no ser porque Gertrud se interponía entre nosotros.

Ingmar calló para ganar tiempo, pero al cabo de un rato levantó la vista y sonrió.

—Me has juzgado mejor de lo que soy.

—¿Qué quieres decir?

—Pensarías que soy un hombre cabal que nunca muda de sentimientos. Yo he llegado a verme como un veleta deplorable; pero luego caí en la cuenta de que no puede haber ningún mal en que quiera a mi propia esposa. Al fin y al cabo, es contigo con quien he de vivir y no con Gertrud.

—Sí, es verdad, es verdad —asintió Barbro—, pero aun así es como si hicieras algo malo.

—Gertrud me ha escrito y me ha pedido que no piense en ella —dijo Ingmar—. Es más feliz ahora de lo que nunca hubiera sido casándose conmigo. Halvor y Karin también me escriben que Gertrud es la más satisfecha de todos.

—¿De verdad? ¿Realmente crees que es cierto? —exclamó Barbro levantando la cabeza como liberada del peso de una losa.

—Tampoco cabía esperar que Gertrud sufriese por mí toda la vida —dijo Ingmar.

—Si estuviese segura de que Gertrud es feliz, entonces yo también me atrevería a serlo —dijo Barbro y al instante la cara se le iluminó.

Cuando Ingmar regresó al pueblo le esperaba una carta de Jerusalén. No abundaban las buenas noticias ni el regocijo, como en las cartas que había recibido de los emigrantes durante el invierno y la primavera. De golpe supo que Halvor y Gunhild habían muerto y que Gertrud se comportaba de un modo excéntrico. Era Hök Gabriel Mattson quien le escribía, prometiéndole que cuidaría de Gertrud lo mejor que pudiera; pero sus temores de que fuera a perder el juicio se traslucían claramente.

—Está visto que no me corresponde ser feliz —dijo Ingmar tras leer la carta—. Aún no he cumplido suficiente penitencia. Nuestro Señor no se contentará hasta que haya puesto remedio a todo el mal que he hecho.

Un día de agosto, volvió a subir a la cabaña de pastores para ver a Barbro.

—Ha ocurrido una gran desgracia que nos afecta mucho —dijo al encontrarse con ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Barbro.

—Tu padre ha muerto.

—Tienes razón, nos afecta mucho —dijo ella.

Barbro se sentó sobre una roca al pie del sendero y le pidió que se sentara a su lado.

—Ahora somos libres de hacer lo que queramos —dijo ella—, y lo que vamos a hacer es separarnos. —Él quiso interrumpirla pero ella no le dio oportunidad—. Mientras padre vivía era imposible, pero ahora tenemos que solicitar el divorcio de inmediato. Lo entiendes, ¿no?

—No —dijo Ingmar—. No entenderé nada de lo que me digas en ese sentido.

—¿Pero no viste qué clase de hijo te di?

—Era un bebé precioso —dijo él.

—Era ciego y retrasado —corrigió ella.

—No me importa. Yo te quiero de todos modos.

Ella juntó las manos e Ingmar vio que movía los labios.

—¿Le estás agradeciendo a Dios lo que ha pasado? —quiso saber él.

—Durante todo el verano he estado rogándole que me liberase —contestó ella.

—Dios santo, ¿tengo que perder mi felicidad por culpa de una vieja superstición? —se lamentó él.

—No es ninguna superstición —replicó Barbro—, el niño era ciego.

—Eso no lo sabe nadie —dijo él—. Si no hubiese muerto te habrías dado cuenta de que su vista era normal.

—No importa, si tuviera otro hijo saldría ciego e idiota —dijo ella—, porque ahora sí creo en la maldición.

Ingmar continuó discutiendo con ella.

—No es sólo por el bebé que quiero el divorcio —dijo Barbro. Él le preguntó si había algo más que se interpusiera entre ellos—. Quiero que vayas a Jerusalén a buscar a Gertrud.

—Eso no lo haré nunca —dijo él.

—Lo harás por mí —insistió ella—, para que recupere la paz de mi espíritu.

Él se resistió alegando que le pedía algo absurdo.

—Tienes que hacerlo igualmente porque es lo justo. ¿Acaso no te das cuenta de que si seguimos conviviendo como marido y mujer, Dios nunca dejará de castigarnos?

Ella sabía, desde el primer momento, que los remordimientos acabarían obligándolo a ceder.

—Alégrate de tener la oportunidad de remediar todo el mal que hiciste el año pasado —dijo ella—, de lo contrario te amargarás la vida para siempre.

Y finalmente, como él seguía resistiéndose:

—No te preocupes por la finca, cuando vuelvas podrás comprármela. Pero mientras estés en Jerusalén, yo me ocuparé de cuidártela.

Juntos bajaron de regreso a Ingmarsgården dispuestos a tramitar el divorcio. Para Ingmar comenzó la peor época de su vida. Veía a Barbro radiante y feliz de librarse de él. Su mayor alegría era especular en cómo sería el futuro de él y de Gertrud a la vuelta. Lo que más ilusión le hacía era describir lo contenta que se pondría Gertrud cuando él fuera a buscarla a Jerusalén. En una ocasión, cuando Barbro llevaba parlotando así largo rato, Ingmar dedujo que Barbro no debía de quererle, de lo contrario no se pasaría los días hablando de su unión con Gertrud. Entonces se levantó y pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Iré —gritó—, pero que no se hable más del asunto!

—En ese caso todo se arreglará —repuso ella con gesto alegre—. Pero recuerda una cosa, Ingmar: ¡nunca tendré paz hasta que te hayas reconciliado con Gertrud!

Luego afrontaron todos los trámites necesarios: el párroco celebró la primera audiencia de conciliación, el concejo eclesiástico celebró la segunda audiencia de conciliación, y en el otoño el tribunal decretó la separación conyugal durante un año, luego de la cual se decretaría el divorcio definitivo.

El mismo día en que el tribunal hizo público el fallo, Ingmar partió para Jerusalén.

La carta de Ingmar

Al día siguiente de la llegada de Ingmar a Jerusalén, Karin Ingmarsdotter se encontraba sola en su cuarto, como de costumbre. La noche anterior, llevada por la alegría de ver de nuevo a su hermano, había permanecido en la sala de asambleas durante toda la velada participando vivamente en la conversación. Pero ahora, hierática y rígida en la butaca de Halvor, volvía a estar como petrificada, con la vista fija al frente y las manos desocupadas y ociosas.

Entonces la puerta se abrió y entró Ingmar. Karin no notó su presencia hasta que él estuvo a su lado. Ella, avergonzándose de que el hermano la hubiese pillado sin hacer nada, enrojeció mientras se apresuraba a coger las agujas.

Ingmar tomó asiento en una silla y se quedó ahí callado, sin mirarla. Entonces, ella cayó en la cuenta de que la noche anterior sólo habían hablado de la situación de los colonos en Jerusalén y que nadie había pedido saber nada de él, de Ingmar, ni de por qué había venido a verles. «Seguramente ha venido a contarme eso», pensó Karin.

Ingmar movió los labios un par de veces como si fuera a iniciar una conversación; pero de su boca no salió ningún sonido. Karin, entretanto, lo observaba. «Asusta ver lo que ha envejecido este muchacho —pensó—. Ni siquiera nuestro padre, con lo mayor que era, tenía surcos tan profundos en la frente. O bien Ingmar ha estado enfermo o bien ha tenido que pasar por algo muy duro desde la última vez que nos vimos.»

Karin empezó a preguntarse qué podía haberle ocurrido a Ingmar. Tenía el borroso recuerdo de una carta que sus hermanas le leyeron en una ocasión y en la que se mencionaba algo referente a él; pero había estado tan inmersa en su propio dolor que los sucesos del mundo exterior pasaban por su lado como si no fueran con ella.

Con la parsimonia que le era habitual, Karin quería ahora que Ingmar le contara cómo estaba y por qué había hecho aquel viaje a Jerusalén.

—Me alegro de que hayas venido a mi cuarto, así podrás ponerme al corriente de cómo van las cosas en casa —dijo.

—Sí —contestó Ingmar—, creo que hay muchas cosas que deberías saber.

—Con la gente de nuestro pueblo siempre ha pasado lo mismo —dijo Karin lentamente, como quien intenta meterse en una situación que ha olvidado hace tiempo—, necesitan a alguien a quien seguir: un tiempo lo fue padre, otro

Halvor, y durante muchos años el maestro de la escuela. Me gustaría saber a quién siguen ahora.

Ingmar bajó los ojos y se quedó callado sin inmutarse.

—¿Tal vez sea el párroco quien dirige el pueblo ahora? —tanteó ella. Ingmar siguió tieso y recto sin contestar—. Le he estado dando vueltas y supongo que el más notable del municipio ha de ser el hermano de Ljung Björn, Per —insistió, pero también esta vez se quedó sin respuesta—. Claro que sé muy bien que la gente acostumbraba a regirse según los designios del amo de Ingmarsgården, pero tampoco se puede exigir que se dejen gobernar por alguien tan joven como tú.

Aquí Karin hizo una pausa e Ingmar respondió por fin.

—Sabes muy bien que soy demasiado joven para formar parte de corporaciones y concejos.

—Se puede dirigir un pueblo sin ostentar ningún cargo —repuso Karin.

—Cierto, se puede.

Al expresarse Ingmar en estos términos, Karin se estremeció de júbilo. «¡Pero si estas cosas ya no me incumben!», pensó sin poder reprimir la alegría de que el antiguo poder y buena reputación de la familia hubiesen pasado a Ingmar. Karin se estiró y empezó a hablar en un tono más firme.

—Ya me imaginaba que la gente sería sensata y comprendería que hiciste bien al adueñarte de la finca —dijo ella y le dirigió una larga mirada.

Él entendió muy bien lo que traslucían sus palabras, Karin había temido que Ingmar hubiese pagado con el desprecio de los lugareños el haber abandonado a Gertrud.

—Dios me ha castigado de otro modo —replicó él.

«Si no es esto debe de ser alguna otra cosa grave», pensó Karin y tuvo que quedarse sentada un buen rato meditando; le suponía un gran esfuerzo meterse en la forma de pensar y sentir con que había vivido en su tierra natal.

—Me gustaría saber si alguien del pueblo sigue profesando nuestra doctrina —dijo al cabo.

—Puede que uno o dos, a lo sumo.

—Siempre pensé que Dios llamaría a unos cuantos más que se unirían a nosotros más tarde —comentó Karin escrutándolo.

—No —respondió él—, que yo sepa nadie más ha sido llamado.

—Ayer, al verte, pensé que habrías recibido la gracia de Dios.

—No, yo no he venido por eso.

Karin hizo una pausa antes de continuar con sus preguntas; pero esta vez su tanteo fue más precavido, como si temiera las respuestas que podría obtener.

—Bueno, ya no debe de quedar nadie allá en el pueblo que se acuerde de los que nos fuimos.

A esto Ingmar, una vez más, respondió con cierta turbación.

—Vuestro recuerdo no es tan doloroso como al principio.

—¿Doloroso? —dijo Karin—. Me figuraba que sólo sentiríais alivio de libraros de nosotros.

—Qué va, se os recuerda con pena y añoranza —contestó Ingmar más vivamente—; tuvo que pasar mucho tiempo antes de que los que habían sido vuestros vecinos se acostumbraran a la gente que ocupó vuestros lugares. Sé de buena fuente que Börs Berit Persdotter, que era vecina de los Ljung Björn, el invierno pasado salía cada anochecer y daba una vuelta alrededor de la casa donde ellos habían vivido.

Su siguiente pregunta la planteó Karin con mucho cuidado.

—¿Entonces Börs Berit es la que más nos ha extrañado?

—Desde luego que no —dijo Ingmar con la voz cascada—, había uno que el otoño pasado aprovechaba cada noche sin luna para remar con su barca hasta la casa del maestro, y luego se sentaba en una roca de la orilla en la cual Gertrud solía sentarse a contemplar las puestas de sol.

Karin creyó saber entonces por qué Ingmar había envejecido y cambió rápidamente de tema.

—¿Tu esposa se ocupa de la finca mientras tú estás fuera? —le preguntó.

—Sí —contestó Ingmar.

—¿Es una buena ama de casa?

—Sí —repitió Ingmar.

Karin se alisó el delantal con la mano antes de decir nada más. Le pareció recordar que sus hermanas le habían contado que las cosas no andaban bien entre Ingmar y su mujer.

—¿Tenéis hijos? —preguntó por fin.

—No —dijo Ingmar—, no tenemos hijos.

Karin, perpleja, se alisaba el delantal con la mano una y otra vez. No quería preguntarle directamente por qué había venido; esa manera de proceder no se estilaba en la familia. Pero el propio Ingmar acudió en su ayuda.

—Babro y yo vamos a divorciarnos —dijo con frialdad.

Karin dio un respingo. De repente volvía a ser la dueña de Ingmarsgården. En su cabeza sólo había sitio para sus antiguas opiniones y creencias.

—Que Dios te ampare por lo que has dicho —exclamó—, ¡en nuestra familia nadie se ha divorciado jamás!

—Ya está hecho —dijo Ingmar—, el juzgado ya ha decretado la separación conyugal por un año. Al cabo de ese año solicitaremos el divorcio definitivo.

—¿Qué tienes contra ella? —le espetó Karin—. Nunca podrás casarte con otra de igual reputación y fortuna.

—Yo no tengo nada contra ella —respondió Ingmar elusivo.

—¿Es ella la que quiere el divorcio?

—Sí —dijo Ingmar—, es ella la que quiere el divorcio.

—Si te hubieras portado como un buen marido, ella no habría querido el divorcio —le reprochó Karin. Se aferraba a los brazos de la butaca, muy agitada, lo cual se notó porque empezó a mencionar a Halvor—. Menos mal que padre y Halvor han muerto y se ahorrarán este espectáculo.

—Sí, suerte tienen todos los que están muertos —dijo Ingmar.

—¡Y te has atrevido a venir aquí a por Gertrud! —exclamó Karin.

Él se limitó a agachar la cabeza.

—No me extraña que te avergüences —espetó la hermana.

—Más me avergoncé el día de la subasta.

—¿Qué crees que dirá la gente de que corras a pedirle la mano a otra, antes de estar legalmente divorciado de tu esposa?

—No había tiempo que perder —dijo Ingmar sereno—, tenía que venir aquí a ocuparme de Gertrud, nos llegó una carta diciendo que se estaba volviendo loca.

—Pues no hacía falta que te molestaras —repuso Karin con brusquedad—, aquí hay quien se ocupa de ella mejor que tú.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada, luego Ingmar se puso en pie.

—Esperaba otros resultados de esta conversación —dijo con tanta dignidad en su gesto y actitud que Karin sintió un respeto por su hermano muy similar al que había sentido por su padre—. Me he portado muy incorrectamente con Gertrud y los Storm, que han sido como padres para mí. Creía que querías ayudarme a remediar el mal que he hecho.

—Tú lo que quieres es empeorar las cosas abandonando a tu legítima mujer —dijo Karin violentándose una vez más. Intentaba alimentar su ira con acusaciones puesto que había empezado a temer que Ingmar la persuadiera de ver las cosas desde su punto de vista.

Él no replicó a la mención de la esposa, sino que simplemente dijo:

—Pensé que te gustaría que intentase seguir los caminos de Dios.

—¿Y me pides que crea que estás siguiendo los caminos de Dios al abandonar tu hogar y tu mujer para correr detrás de tu amor?

Ingmar fue lentamente hacia la puerta. Daba la impresión de sentir fatiga y pena pero no dejó entrever ningún signo de ira. Su actitud era bastante distinta a la de alguien impulsado por un gran e indomable amor.

—Si Halvor viviese sé que te aconsejaría que volvieses a casa y te reconciliases con tu mujer —dijo Karin.

—He dejado de guiarme por los consejos de la gente.

Karin también se levantó; estaba resentida de nuevo por la insinuación de su hermano de que actuaba según el mandato de Dios.

—No creo que Gertrud piense en ti como antes —saltó.

—Ya sé que aquí en la colonia nadie piensa en casamientos, pero lo intentaré de todos modos.

—Y yo sé —le interrumpió su hermana— que a ti la promesa que los miembros de la comunidad nos hemos hecho mutuamente te trae sin cuidado; tal vez te importe más saber que Gertrud ha puesto su corazón en otra parte.

Ingmar había llegado junto a la puerta. Al oír esto se quedó quieto, buscando a tientas la salida, como si no pudiese ver el picaporte. No se giró hacia Karin. Ella, en menos de un segundo, rectificó:

—Que Dios me libre de afirmar que alguno de nosotros podría querer a alguien con un amor carnal, pero creo que, hoy en día, Gertrud ama al más humilde de los hermanos de esta colonia más que a ti, que no perteneces a ella.

Ingmar dejó escapar un hondo suspiro. Rápidamente abrió la puerta y se fue.

Karin Ingmarsdotter se quedó sentada, cavilando a fondo. Luego se levantó, se alisó el cabello, se anudó el pañuelo a la cabeza y salió para hablar con la señora Gordon.

Karin le comunicó abiertamente la razón de la llegada de Ingmar y le aconsejó que no le permitiera quedarse en la colonia, a menos que deseara perder a una de las hermanas. Sin embargo, mientras Karin hablaba, la señora Gordon contemplaba el patio, donde Ingmar, apoyado contra un muro, ofrecía un aspecto más torpe e indefenso que nunca. La señora Gordon esbozó una pequeña sonrisa y respondió que no era de su agrado expulsar a nadie de la colonia, y menos a alguien venido de tan lejos y que, además, tenía tantos parientes cercanos entre los colonos. Si Dios había decidido poner a Gertrud a prueba, dijo, deberían guardarse mucho de impedir que ella la afrontara.

Karin se sorprendió de aquella respuesta. En su afán, se acercó más a la señora Gordon, adelantándose tanto que pudo ver a quién iban dirigidas sus sonrisas. Karin sólo vio lo parecido que Ingmar se había vuelto al padre, y por muy dolida que estuviera con él, le irritaba que la señora Gordon no comprendiera que alguien con una fisonomía así era un hombre sobresaliente, cuyo juicio y capacidad superaba a la del resto de la gente.

—Bueno —dijo Karin—, puede usted dejarle que se quede, porque igualmente se las arreglará para que las cosas salgan como él quiere.

Al atardecer de ese día, la mayoría de los colonos se encontraba reunida en el salón. Estaban pasando una velada de lo más agradable y entretenida. Algunos disfrutaban mirando jugar a los niños, otros charlaban sobre los acontecimientos del día, otros se retiraban a un rincón y leían periódicos americanos en voz alta. Cuando Ingmar Ingmarsson vio la espaciosa e iluminada sala y las muchas caras alegres y dichosas, no pudo dejar de pensar: «Sin duda nuestros granjeros son felices aquí y no añoran su antiguo hogar. Estos americanos sí saben hacerse la vida agradable, tanto a los demás como a sí

mismos. Debe de ser esta felicidad hogareña la que les da ánimos para sobrellevar sus penas y privaciones. Es verdad que los que antes eran dueños de toda una finca se tienen que contentar con una habitación, pero a cambio reciben mucha más alegría y diversión que antes. Y además, han tenido la oportunidad de ver y aprender una increíble cantidad de cosas. De los adultos mejor no hablar; pero tengo la impresión de que hasta el niño más pequeño de esta sala sabe mucho más que yo.»

Varios campesinos se acercaron a Ingmar y le preguntaron si no le parecía que vivían bien.

—Sí —dijo Ingmar, ya que no podía decir otra cosa.

—Tal vez creáis que vivíamos en chozas de barro —dijo Ljung Björn.

—De eso nada, sabía muy bien que tan mal no estabais —contestó Ingmar.

—Pues nos han dicho que se rumoreaban cosas así en el pueblo.

Esa noche lo interrogaron exhaustivamente acerca de cómo andaba todo en su antigua parroquia. Uno tras otro se le acercaban, se sentaban a su lado y le interrogaban en relación con sus parientes más allegados. Casi todos le preguntaron por la anciana Eva Gunnarsdotter.

—Está bien y espabilada como siempre —respondió él—, y nunca desaprovecha la oportunidad de echar pestes de los hellgumianos.

Ingmar se dio cuenta de que había dos personas que durante toda la velada evitaron aproximarse a él, y esos dos eran Gabriel y Gertrud. Lo que más le extrañaba es que Gabriel no se acercara para preguntar por su padre; en cuanto a Gertrud, entendía de sobras que se mantuviese a distancia. Tampoco vio que entre ellos se hablaran, pero le pareció notar que él la seguía con los ojos en todo momento. Ingmar se sorprendió de lo apuesto que se había vuelto Gabriel. Siempre había sido un muchacho guapo; pero ahora se le veía más alto y fornido, de modo que se había convertido en un hombre de aspecto impresionante. Además, sus rasgos eran ahora vivos y avispados como no lo habían sido nunca antes. «Si Gabriel volviera a casa creo que se le tendría por un hombre mucho más notable que yo», pensó.

Ingmar se acercó a Ljung Björn y le pidió que le consiguiera papel y pluma. Björn se extrañó. Ingmar se secó el sudor de la frente y dijo que tenía una carta urgente que escribir. Lo había olvidado ya durante el día, pero si la escribía aquella noche la podría enviar con el primer tren de la mañana.

Ljung Björn le consiguió lo que solicitaba y para que pudiera escribir en paz lo condujo al taller de carpintería. Una vez allí, encendió un quinqué y arrimó una silla al banco.

—Aquí puedes escribir tranquilo toda la noche —dijo al marcharse.

Tan pronto Ingmar se quedó solo, levantó los brazos apretando los puños, tal como hacen los que sienten una gran añoranza, y su garganta profirió un gemido.

—Oh, no podré soportarlo —murmuró con desesperación—. Me resulta insoportable cumplir mi compromiso. Noche y día no hago más que pensar en la mujer que he abandonado. Y lo peor es que no creo que pueda serle útil a Gertrud.

Se quedó un rato cavilando. Luego se rió un poco de sí mismo. «Cualquiera diría que a mí debería resultarme más fácil hacer lo correcto por ser el hijo de don Ingmar. Pero ser su hijo no ayuda. No soy más que un pobre diablo.»

La carta que se disponía a escribir la había pensado cada día desde el momento en que se marchó de casa. Durante todo el viaje tuvo la sensación de que nunca se había sincerado realmente con su esposa y por eso quería transmitirle sus sentimientos. Escribir no era para él una tarea fácil, pero pensaba que por carta podría superar la timidez que normalmente le impedía hablar de sí mismo.

Así pues, le escribió a Barbro contándole todas las oscilaciones de su alma desde el momento en que se casaron, le recordó los sucesos más importantes de su matrimonio, le explicó sus sentimientos y cómo, con el tiempo, había llegado a quererla. Estuvo escribiendo varias horas y llenó un par de cuartillas. En su conjunto, la carta no era más que una extensa plegaria en la que Ingmar le suplicaba a Barbro que renunciara a exigirle su unión con Gertrud y le permitiera regresar a su lado.

Al fin y al cabo, debería entender que le resultaba imposible reanudar algo que estaba muerto y acabado. El presentarse ahora ante Gertrud declarando un falso amor sería traicionarla por segunda vez.

Al redactar estas líneas Ingmar recordó lo que su esposa le había dicho mientras discutían el divorcio: «Tienes que hacerlo por mí, para que recupere mi paz de espíritu.» Le pareció que de nuevo estaba sentado en el bosque, oyendo hablar a Barbro. «Alégrate de poder remediar todo el mal que hiciste el año pasado.» Oía esas palabras y muchas otras que ella había dicho.

Su corazón se expandió, lleno de amor y admiración por ella. «¿Qué es lo que Barbro me pide que haga comparado con la desgracia que pesa sobre ella?», pensó.

De repente, le pareció que lo último que quería es que esa carta fuese a parar a sus manos. No, no iba a dejarle saber que no podía seguir adelante. ¿Iba a obligarla a oír sus deplorables ruegos, suplicándole que le eximiera de su penitencia y castigo?

En cambio ella, desde el momento en que se sintió libre de ejercer su voluntad, no vaciló ni un segundo. Ella había tenido que marcarle el camino. ¡Y ahora él pensaba obligarla a oír, una vez más, que no se veía con fuerzas de desempeñar su cometido!

Ingmar reunió las cuartillas escritas y se las guardó en el bolsillo. «Por lo visto no será menester que termine esta carta», pensó.

Apagó el quinqué y salió del taller. Su expresión seguía abatida y triste pero estaba decidido a obedecer la voluntad de su esposa. Vio entreabierta una puerta trasera. El sol ya estaba alto y radiante. Se detuvo en el umbral y aspiró el aire fresco de la mañana. «Ya no es hora de acostarse», se dijo.

El sol iluminaba las colinas, las cuales se tiñeron de un resplandor cobrizo, mientras el resto del paisaje que abarcaban sus ojos mudaba de color cada minuto.

Bajando por las laderas del monte de los Olivos vio venir a Gertrud. Los rayos solares la seguían, envolviéndola también a ella. Caminaba ligera, como si estuviese feliz y contenta, y a Ingmar le pareció que era ella quien proyectaba el resplandor que despedía su silueta.

Y tras Gertrud, Ingmar vio a un hombre fornido que la seguía a distancia. De vez en cuando se detenía y miraba hacia otra parte, pero no cabía duda de que la estaba vigilando. No tardó en reconocer a aquel hombre, y al hacerlo bajó la mirada al suelo y recapacitó.

Entonces creyó comprender cómo cuadraban algunas cosas que había observado el día anterior, y una inmensa alegría embargó su corazón.

«Estoy empezando a creer que Dios me tiende una mano», dijo.

El derviche

Una tarde poco antes del anochecer, Gertrud se paseaba por las calles del centro de Jerusalén. Vino a fijarse entonces en un hombre alto y delgado, vestido con un traje talar negro, que caminaba delante de ella. A Gertrud le pareció que rezumaba un algo fuera de lo común, pero no supo precisar qué. Desde luego no era el turbante verde que llevaba para señalar su condición de descendiente del Profeta: hombres con tocados como ése se encontraban en cada esquina. Quizá se debía a que no se había afeitado la cabeza ni llevaba el pelo recogido bajo el turbante como era habitual entre los orientales; su melena caía suelta sobre los hombros en rizados grandes y regulares.

Lo siguió con los ojos, y de pronto deseó que se girara para poder verle el rostro. Entonces un joven se acercó a él, hizo una profunda reverencia, besó su mano y siguió su camino. El hombre de negro se detuvo un segundo y siguió con la vista al joven que lo había saludado con tanta humildad, y gracias a eso vio Gertrud realizado su deseo.

El asombro más feliz le cortó el aliento. Se paró en seco llevándose la mano al corazón. «¡Pero si es Cristo! —se dijo—. ¡Es Jesucristo, con quien me crucé en el arroyo del bosque!»

El hombre prosiguió su camino. Gertrud intentó seguirle pero él se metió por una calle muy concurrida donde le perdió el rastro por completo. Entonces tomó el camino de vuelta a la colonia. Caminaba muy despacio, parándose con frecuencia para apoyarse contra un muro y cerrar los ojos.

—¡Ojalá pueda retenerlo en mi memoria! —murmuraba—. ¡Ojalá pueda seguir viendo su rostro para siempre!

Intentó grabar en su retina lo que acababa de ver. «Tenía un poco de barba con algunas canas —se repetía a sí misma—, era bastante corta y partida en dos puntas. Su rostro era ovalado, la nariz larga y la frente ancha pero no muy alta. Y era el vivo retrato de Cristo tal como lo he visto en los cuadros, el vivo retrato de cuando vino hacia mí por el sendero del bosque, sólo que esta vez su belleza y majestad eran aún mayores. Sus ojos desprendían luz y una gran autoridad, y alrededor de ellos había sombras y también numerosas arrugas. Eso es, en torno a sus ojos se concentraba todo, sabiduría y amor, pena y misericordia, y aún algo más, como si esos ojos a veces fueran tan penetrantes que traspasaran los cielos y pudiesen contemplar el lugar donde está Dios y todos sus ángeles.»

Durante la caminata de regreso, Gertrud se encontró en un estado de éxtasis supremo. No experimentaba una dicha tan plena desde el día en que se había cruzado con Jesús en el sendero del bosque. Avanzaba con las manos juntas y los ojos en blanco, con todo el aspecto de andar flotando.

Encontrar a Cristo en Jerusalén era de una trascendencia aún mayor que cuando se le apareció en medio de aquel bosque allá en Dalecarlia. Allí había pasado por su lado como una visión, mientras que su aparición en Jerusalén significaba que Cristo había regresado a la tierra para vivir entre los hombres. Sí, era tan inmenso saber que Cristo había regresado a la tierra que su mente no daba abasto a todas las implicaciones de ese hecho; pero lo primero que comportaba era paz y alegría y una dicha infinita.

Una vez cruzada la muralla, ya muy cerca de la colonia, Gertrud se topó con Ingmar Ingmarsson. Seguía llevando aquel traje negro que le sentaba tan mal a sus manos callosas y poco refinadas facciones, y tenía un aire cansado y abatido.

La inmediata reacción de Gertrud al encontrarse de nuevo con Ingmar, allí en Jerusalén, fue sorprenderse de haber estado tan encariñada con él en el pasado. También se extrañó de que a Ingmar, allá en su tierra, se le considerase un hombre importante. Por muy pobre que hubiera sido él, tanto ella misma como los demás pensaban que nunca encontraría mejor partido. En cambio, allí en Jerusalén, Ingmar sólo ofrecía un aspecto desvalido y descuidado. Gertrud no entendía qué le veían de extraordinario allá en el pueblo.

Pero tampoco era aversión lo que sentía hacia él y de buen grado se habría mostrado amable. Sin embargo, alguien le había contado que Ingmar estaba separado de su mujer y que el motivo de su viaje a Jerusalén era conquistarla a ella. Al saberlo, había pensado con horror: «No me atrevo ni a hablar con él; tengo que demostrarle que él no me importa. No le daré pie a que crea que puedo volver a ser suya. Si ha venido hasta aquí es porque cree que me ha ofendido gravemente; pero cuando vea que no siento nada por él, espero que recupere el juicio y regrese a su casa.»

Pero al toparse con Ingmar a las puertas de la colonia, sólo pensó en que, gracias a Dios, había encontrado una persona en quien confiar su enorme y maravilloso descubrimiento. Así que se abalanzó sobre él y gritó:

— ¡He visto a Jesús!

Probablemente, una exclamación tan entusiasta como aquélla no había vuelto a oírse en los áridos campos y lomas de los alrededores de Jerusalén desde el día en que las devotas volvieron del sepulcro vacío y anunciaron a los apóstoles: «¡Hemos visto al Señor!»

Ingmar se paró y bajó la vista, como solía hacer cuando quería ocultar lo que pensaba.

— ¡Vaya! —le dijo a Gertrud—. ¿Has visto a Jesús?

Gertrud se impacientó, exactamente igual que antaño, cuando Ingmar no era capaz de captar con la suficiente rapidez el significado de sus ideas y ensoñaciones. Deseó haberse topado con Gabriel porque él la comprendía mucho mejor. No obstante, empezó a relatarle lo que había visto.

Ingmar no articuló un solo sonido que dejara traslucir que no la creía, pero aun así Gertrud tuvo la sensación de que su historia, al ponerla en palabras, se iba reduciendo a nada. En la calle había visto a un hombre que se parecía a Cristo, eso era todo. Aquello se parecía ahora a un sueño. Al vivirlo le había parecido de lo más extraordinario, pero al intentar contarlo se desintegraba.

De todos modos, daba la impresión de que Ingmar se alegrara mucho de que ella se hubiera dirigido a él. Se esforzó en averiguar exactamente la hora y el lugar en que ella había visto al hombre y tomó nota detallada de su aspecto y su indumentaria.

Ya en el interior de la colonia, Gertrud se dio prisa en alejarse de Ingmar. «Sé que no vale la pena que le cuente esto a la gente —pensó—. ¡Ay, con lo feliz que me sentía con mi descubrimiento a solas!» Así pues, decidió no contárselo a nadie más. También le pediría a Ingmar que guardara el secreto. «Es verdad, es la pura verdad —se repetía—, he vuelto a encontrar a aquel que vi en el sendero del bosque; pero sería pedir demasiado que alguien me creyera.»

Un par de noches más tarde recibió una sorpresa. Ingmar se le acercó después de la cena y le explicó que también él había visto al hombre de la túnica negra.

—Desde el momento en que me hablaste de él, no he dejado de pasearme por esa calle esperando a ver si venía —dijo.

—¡Dios bendito, entonces me creíste! —exclamó Gertrud pictórica de alegría. La llama de su fe volvió a arder inquebrantable.

—No soy de los que creen de buenas a primeras —respondió Ingmar.

—¿Alguna vez has visto un rostro igual?

—No, nunca he visto un rostro igual.

—¿Y no es verdad que ves ese rostro vayas donde vayas?

—Sí, es verdad.

—¿No crees que sea Jesucristo?

Ingmar eludió contestar a la pregunta.

—Deberá ser él quien nos demuestre quién es.

—¡Ojalá pudiese verlo una vez más! —suspiró Gertrud.

Ingmar vacilaba.

—Yo sé dónde estará esta noche —dijo al cabo, con parsimonia. Gertrud se entusiasmó.

—Pero ¿cómo? ¿Sabes dónde está? Entonces llévame para que pueda verle.

—Pero es noche cerrada —protestó Ingmar—. No creo que sea aconsejable ir a la ciudad a esta hora.

—Bah, no hay ningún peligro —dijo Gertrud—, he ido a visitar enfermos a horas mucho más tardías. —Pero le costó lo suyo convencer a Ingmar—. ¿No quieres acompañarme hasta él porque crees que estoy loca? —dijo, y sus ojos, de pronto más oscuros, parecían peligrosos.

—Ha sido una estupidez por mi parte decirte que le he encontrado —dijo Ingmar—, pero ahora que está hecho, creo que lo mejor será que te acompañe.

A Gertrud la alegría le inundó los ojos de lágrimas.

—Pero debes procurar que no nos vean salir —dijo ella—. No quiero decírselo a nadie de la colonia hasta que le haya visto de nuevo.

Gertrud logró encontrar una linterna y finalmente salieron a la calle. Fuera les esperaba lluvia y tormenta pero ella ni siquiera reparó en ello.

—¿Estás seguro de que podré verlo esta noche? —insistía una y otra vez—. ¿Estás completamente seguro?

Gertrud hablaba sin cesar. Era como si nada se hubiese interpuesto entre ella e Ingmar: como antaño, depositó en él toda su confianza. Le habló de las madrugadas en que había subido al monte de los Olivos a esperar. También le contó cómo la torturaban las miradas de los curiosos que se acercaban mientras ella aguardaba de rodillas contemplando el cielo.

—Ya puedes imaginar lo que ha supuesto para mí que toda esa gente me mirara tan raro, como si yo fuera una loca. Pero estando tan segura de que Jesucristo vendría, ¿qué otra cosa podía hacer que subir a esperarle? Claro que hubiera preferido verle aparecer con pompa y majestad entre las nubes de la aurora —añadió—, pero ¿qué más da si se presenta en medio de una noche oscura de invierno? Mientras venga, ¿qué importa lo demás? Apenas se muestre se hará la luz y nacerá un nuevo día. ¡Y pensar que tú, Ingmar, habías de venir justo cuando él regresa y empieza a obrar entre nosotros! ¡Qué suerte tienes, no has tenido que esperar! Llegas en tiempos de plenitud.

Gertrud se detuvo súbitamente y levantó la linterna para alumbrar la cara de Ingmar, cuya expresión sombría denotaba fatiga.

—Has envejecido mucho en este año, Ingmar. Imagino que has sentido muchos remordimientos por mi causa. Pero tienes que quitarte de la cabeza que me has hecho daño. Era la voluntad de Dios que las cosas fueran así. Dios nos ha concedido una sublime gracia a ti y a mí. Él quería conducirnos aquí a Palestina en el momento justo, en esta época de esplendor. Ahora padre y madre también quedarán tranquilos, cuando comprendan el sentido de la divina providencia —continuó—. Ellos nunca han sido duros conmigo en sus cartas por haberme escapado de casa, debieron de entender que era inaguantable para mí quedarme allí; pero sé que se han sentido muy resentidos contigo. Ahora podrán reconciliarse con los dos niños que crecieron en su cocina. Si quieres saber una cosa, creo que han sentido más tu pérdida que la mía.

Ingmar caminaba en silencio bajo el temporal. Esta última afirmación también se quedó sin respuesta, igual que todo lo que había ido diciendo Gertrud. «Seguramente no cree que he encontrado a Cristo —pensó ella—, pero ¡qué importa si de todos modos me conduce hasta él! Un poco más de paciencia y podré contemplar a todos los pueblos y reyes de la tierra arrodillados ante él, nuestro Salvador.»

Ingmar la condujo al barrio musulmán y tuvieron que recorrer varias callejuelas sinuosas y oscuras. Por fin, Ingmar se detuvo ante una puerta baja situada en un elevado muro ciego y la abrió. Atravesaron un largo pasillo y llegaron a un patio iluminado.

Algunos criados estaban atareados en un rincón, y un par de hombres viejos aguardaban en un banco de piedra situado junto a una pared; pero nadie reparó en Ingmar y Gertrud. Ellos se sentaron en otro banco y ella observó el entorno. Era un patio parecido a muchos otros que había visto en Jerusalén. Una galería rodeaba los cuatro lados del patio, sobre el cual se extendía un toldo amplio y mugriento que colgaba en jirones.

El sitio tenía todo el aspecto de haber sido suntuoso e importante en su día; aunque ahora fuera cochambroso. Los pilares parecían provenir de una iglesia. Sin duda había habido bellos ornamentos en lo alto de las columnas, pero sólo quedaban fragmentos estropeados. El enlucido de las paredes estaba en muy mal estado y en los distintos huecos y orificios despuntaban trapos sucios. Contra una pared se apilaba un montón de cajas viejas y jaulas de gallina.

Gertrud le susurró a Ingmar al oído:

— ¿Estás seguro de que le veré aquí?

Ingmar asintió con la cabeza y señaló las veinte pequeñas alfombras de piel de cordero extendidas en círculo en el centro del atrio.

— Ahí en medio lo vi ayer con sus discípulos — dijo.

Gertrud parecía algo descontenta pero no tardó en sonreír de nuevo.

— Es curioso que siempre se le espere con gran fausto y pompa, y en cambio él nunca quiera saber nada de eso, sino que surge en medio de la pobreza y la humildad. Pero no creas que soy como los judíos, quienes no quisieron reconocerle porque no se mostró como el amo y rey del mundo.

Al cabo de un rato llegaron unos cuantos hombres. Avanzaron hasta el centro del patio y se sentaron sobre las alfombras de piel de cordero. Todos los que iban llegando vestían ropas de estilo oriental; pero, aparte de eso, eran muy distintos entre sí. Algunos eran jóvenes, otros viejos, unos llegaban arropados con exquisitas sedas y pieles, otros vestían como humildes porteadores de agua y campesinos. Desde que comenzaron a entrar, Gertrud fue enseñándoselos a Ingmar.

— ¿Ves ése?, es Nicodemo, el que se presentó ante Jesús de noche — dijo de un hombre importante de avanzada edad—. Y el de la barba grande es Pedro, y

en aquel rincón está José de Arimatea. ¡La verdad es que nunca antes he comprendido tan bien como ahora el modo en que los apóstoles rodeaban a Jesús! Ése de ahí, el que baja los ojos, es Juan y el pelirrojo de la gorra de fieltro es Judas. En cambio, esos dos que esperan en el banco y no hacen más que chupar la pipa de agua, sin preocuparse de lo que van a oír, son dos escribas. No creen en él, sólo han venido por curiosidad o para contradecirle.

Mientras ella explicaba esto, el círculo se completó. Poco después llegó el hombre a quien ella esperaba, y se colocó en el centro. Gertrud no reparó de qué lado vino y al descubrirle súbitamente allí en medio, casi soltó un chillido.

—¡Ahí está! —exclamó juntando sus manos. Observó fijamente al hombre, que se mantenía quieto con la vista baja, como orando. Y cuanto más lo observaba, más se reforzaba su fe—. ¿No te das cuenta de que no es un mero mortal, Ingmar? —le susurró, y él le correspondió con otro susurro:

—Ayer, cuando lo vi por primera vez, también pensé que no era un mero mortal.

—Sólo de verle me siento bienaventurada —comentó Gertrud—. No sé qué podría pedirme que yo no estuviera dispuesta a hacer por él.

—Supongo que mucho se debe a que nos hemos acostumbrado a imaginar al Salvador con ese aspecto —dijo Ingmar.

El hombre que Gertrud creía Jesucristo se hallaba de pie en el centro del círculo de sus adeptos, irradiando una digna autoridad. A un mínimo gesto de su mano todos los que le rodeaban sentados en el suelo entonaron al unísono un «Alá, Alá». Y empezaron a dar bandazos con la cabeza a derecha e izquierda, a derecha e izquierda. Todos seguían el mismo ritmo y a cada cambio de dirección exclamaban: «¡Alá, Alá!» El que estaba en el centro apenas se movía; sin embargo, llevaba el ritmo mediante leves inclinaciones de cabeza.

—¿Qué hacen? —dijo Gertrud—. ¿Qué hacen?

—Tú que llevas mucho más tiempo que yo en Jerusalén, deberías saber lo que hacen.

—He oído hablar de los denominados derviches girantes —dijo Gertrud—; al parecer, ésta es su forma de celebrar una misa. —Y se quedó reflexionando; al cabo dijo—: Tal vez sea la costumbre del país, así como nosotros siempre comenzamos con un himno. Cuando acaben con esto seguro que él empezará a predicar su evangelio. ¡Ay, que feliz me hará oír su voz!

Los hombres sentados en el centro del patio seguían exclamando sus «¡Alá, Alá!» mientras ladeaban la cabeza sin cesar. Lo hacían a un ritmo cada vez más acelerado, las frentes se perlaban ya de sudor y los gritos de Alá sonaban como estertores. Continuaron así ininterrumpidamente varios minutos hasta que, a un breve gesto de la mano de su guía, se detuvieron al instante.

Gertrud había mantenido los ojos cerrados para evitar ver cómo se infligían aquel tormento. Cuando se hizo el silencio abrió los ojos y le dijo a Ingmar:

—Ahora empezará a hablar. ¡Dichoso aquel que pudiera entender su sermón! Pero con oír su voz me conformo.

Reinó un momento de silencio pero el director no tardó en hacerles una señal y los adeptos empezaron a clamar de nuevo «¡Alá, Alá!». Esta vez se les indicó que movieran todo el tronco y no sólo la cabeza. Pronto estuvo todo el círculo girando nuevamente. El hombre del rostro magnífico y los hermosos ojos de Cristo no pretendía otra cosa que incitar a sus acólitos a movimientos cada vez más violentos. Les dejó así minuto tras minuto. Y ellos resistían, como por una fuerza sobrenatural, mucho más de lo que parecía humanamente posible. Era un espectáculo terrible ver a todos esos hombres medio muertos por el esfuerzo y oír los gimientes gritos de sus gargantas faltas de aire.

Al cabo de un rato hicieron una pausa, pero después volvieron a girar para, más tarde, hacer una nueva pausa.

—Seguro que estos hombres han practicado mucho tiempo —dijo Ingmar—, para acostumbrarse a este ritmo desenfrenado.

Gertrud lo miró con una expresión desvalida y algo angustiada. Sus labios temblaban ligeramente.

—¿Crees que van a parar? —preguntó. Echó una ojeada a la magnífica figura que, imperiosa y seductora, dominaba el centro del grupo, y una renovada esperanza la animó—. Pronto llegarán los enfermos y los necesitados buscando su auxilio —dijo con fervor—. Presenciaré cómo cura las llagas de los leprosos y cómo los ciegos recobran la visión.

Sin embargo, el derviche continuó como al principio. Con un gesto ordenó que todos se levantaran y entonces los movimientos se hicieron más violentos. Todos seguían en sus mismos puestos pero ahora sus pobres cuerpos se agitaban y balanceaban frenéticamente. Con los ojos inyectados en sangre y la mirada fija, algunos parecían no ser conscientes de dónde se encontraban, sus cuerpos oscilaban adelante y atrás, arriba y abajo, como si fueran autómatas y cada vez a mayor velocidad.

Finalmente, cuando llevaban allí sentados como mínimo un par de horas, Gertrud se aferró al brazo de Ingmar presa de una gran angustia.

—¿Es que no tiene nada más que enseñarles? —le susurró. Empezaba a comprender que el hombre que ella había tomado por Jesucristo no tenía otra cosa que revelar que esos ejercicios salvajes. Su única pretensión era excitar y hostigar a un grupo de locos. Cuando alguno de ellos se agitaba con más intensidad o perseverancia que los otros, lo hacía sobresalir del círculo y dejaba que sus bandazos y gemidos sirvieran de modelo para los demás. Él también se iba excitando. Comenzó a entregarse a sus propios giros y bamboleos como si fuera incapaz de reprimirlos. Gertrud pugnaba por refrenar el llanto y la desesperación. Todos sus sueños y esperanzas se hicieron añicos—. ¿No tiene nada, absolutamente nada más que enseñarles? —repitió.

Como si fuera una respuesta, el derviche hizo una seña a unos criados que no habían participado en los ejercicios. Éstos tomaron unos instrumentos que colgaban de una columna, un par de tambores y tamborines. Al son de la música los gritos se hicieron más agudos y penetrantes, y los hombres se retorcieron con intensidad creciente. Varios se despojaron de sus feces y turbantes y se desataron el cabello, que era casi una vara de largo. Su aspecto era francamente terrible, girando ahí de modo que las largas cabelleras ora cubrían sus rostros, ora les volaban a la espalda. Las miradas se volvían cada vez más absortas, los rostros eran como los de los muertos, las oscilaciones pasaron a ser espasmos y de las bocas salía espuma blanca.

Gertrud se levantó. Su jubiloso entusiasmo se había desvanecido. La última esperanza había muerto también. Todo reemplazado por una profunda repulsión. Se dirigió hacia la salida sin siquiera dedicarle una mirada al que hasta un momento antes había tomado por el reencarnado Salvador.

—Qué lástima de país —dijo Ingmar cuando estuvieron en la calle—. Con los maestros que llegó a tener en otros tiempos y ahora ese hombre no tiene otra cosa que enseñar que a girar y retorcerse como locos.

Gertrud no dijo nada, caminaba deprisa rumbo a casa. Cuando estuvieron a las puertas de la colonia alzó la linterna.

—¿Fue así como lo viste ayer? —le preguntó a Ingmar mirándole con ojos fulgurantes de ira.

—Sí —respondió él sin titubear.

—¿Tanto te dolía mi felicidad que has tenido que mostrarme a ese hombre? Nunca te lo perdonaré —añadió al cabo de un momento.

—Lo comprendo —dijo Ingmar—, pero, igualmente, yo tenía que hacer lo que debía.

Entraron de puntillas por la puerta trasera. Gertrud se despidió de Ingmar con una sonrisa amarga.

—Ahora ya puedes dormir tranquilo —dijo—. Lo has hecho muy bien; ya no creo que ese hombre sea Jesucristo. Ya no estoy loca, lo has hecho muy bien.

Ingmar caminó sigilosamente hacia la escalera que conducía al dormitorio de los hombres. Gertrud le siguió para insistir:

—Pero recuerda una cosa: ¡esto no te lo perdonaré nunca!

A continuación, Gertrud fue a su cuarto, se acostó y lloró hasta quedarse dormida. Por la mañana despertó temprano y se quedó en la cama, confundida. «¿Qué pasa, por qué no me levanto? ¿A qué se debe que ya no ansíe subir al monte de los Olivos?» Y entonces se tapó los ojos con las manos y lloró de nuevo. «Ya no le espero. Ya no tengo esperanzas. Me dolió demasiado descubrir ayer que me había engañado a mí misma. No me atrevo a esperarle. No creo que vaya a venir.»

Al atardecer, cuando los colonos estaban reunidos en el salón como de costumbre, Ingmar vio que Gertrud se sentaba al lado de Gabriel y hablaba largo rato con él muy agitada. Luego Gabriel se levantó y se acercó a Ingmar.

—Gertrud me ha contado lo que intentaste hacer por ella la noche pasada —dijo.

—¿Ah sí? —repuso Ingmar sin saber adónde quería llegar.

—No creas que no lo sé, lo que pretendes es que recupere el juicio.

—No hay para tanto.

—Te equivocas —dijo Gabriel—; para quien ha arrastrado esta aflicción durante casi un año sí lo hay.

Y se volvió para irse, pero Ingmar le tendió la mano.

—Tú y yo siempre hemos sido buenos amigos en el pasado —le recordó.

Gabriel palideció ligeramente pero le estrechó la mano con firmeza.

Flores de Palestina

Estamos a finales de febrero, las lluvias invernales cayeron y pasaron, la primavera ha llegado; aunque todavía no está muy avanzada. Los brotes de las higueras no han empezado a hincharse, las hojas y sarmientos aún no despuntan de los troncos pardos de la vid y los grandes racimos blancos de los naranjos aún no se han abierto. Las que sí se han atrevido a salir en esta temprana época del año son las flores del campo. Allá donde mires, crecen flores. Grandes anémonas rojas cubren las pedregosas vertientes; en cada franja rocosa florecen ciclámenes violáceos y en todos los prados crecen claveles silvestres y margaritas; cada brote de maleza húmeda está sembrado de azafranes y pulsatillas.

Y del mismo modo que en otros países se sale a recolectar frutas y bayas, en Palestina la gente se dedica a cosechar flores. De todos los conventos, de cada una de las misiones, surgen partidas para recoger flores. Humildes judíos, turistas de viaje y trabajadores asirios convergen en los agrestes valles rocosos con cestos de flores en las manos. Y al anoecer esta especie de vendimiadores vuelven a sus casas cargados de anémonas y jacintos, violetas y tulipanes, orquídeas y narcisos.

En los claustros de los numerosos conventos y posadas de la ciudad santa hay cubas de piedra en las que estas primaverales flores son puestas en remojo; y en todas las celdas y cuartos unas hábiles manos se dedican a esparcir las flores sobre extensas láminas de papel secante para luego prensarlas.

Una vez que estos jacintos y clavelinas de los prados han sido bien prensados y desecados, se los reúne en ramos grandes y pequeños, en composiciones florales de mejor o peor gusto, para acabar pegados en postales o en diminutos álbumes con las tapas de madera de olivo cuyas inscripciones rezan: «Flores de Palestina.» Y pronto todas estas flores procedentes de Sión, de Hebrón, del monte de los Olivos y de Jericó, son diseminadas por el mundo.

Se venden en tiendas, se envían en cartas, se regalan como recuerdo o se convierten en ofrendas sagradas. Mucho más lejos que las perlas de la India o la seda de Brusa⁵⁴ llegan estas humildes flores de los prados, única riqueza de la paupérrima tierra santa.

⁵⁴ Ciudad de la Turquía de Asia Menor, famosa por su seda. En la actualidad su nombre es Bursa. (*N de la T.*)

Era una hermosa mañana de primavera. En la colonia gordonista reinaba la prisa porque la comunidad entera se preparaba para salir a recoger flores. Los niños, que no irían a la escuela en todo el día, correteaban locos de contento pidiendo cestos donde meter su cosecha. Las mujeres se habían levantado a las cuatro de la madrugada para preparar la merienda y todavía estaban atareadas en la cocina entre tortas de harina y botes de confitura. Algunos hombres llenaban los morrales con botellas de leche y paquetes de bocadillos, pan y carne fría. Otros llevaban en la mano botellas de agua o canastas con los panecillos y las tazas para el té. Finalmente se abrió el portal. El tropel de niños salió primero, luego empezaron a desfilar los demás, divididos en grupos irregulares. Nadie quiso quedarse en casa y en pocos minutos los colonos dejaron desierta la enorme vivienda.

Hök Gabriel Mattson se sentía muy feliz ese día. Se las había arreglado para ir junto a Gertrud y en las cuevas la ayudaba a llevar su parte de la carga. Gertrud caminaba con el pañuelo echado hacia delante, de modo que él sólo veía su barbilla y la suave blancura del pómulo. Con una sonrisa burlona en los labios, se mofaba de sí mismo por la gran satisfacción que sentía al caminar junto a Gertrud, aunque no le viera el rostro ni hablara con ella.

Los primeros tiempos tras la llegada de Ingmar a la colonia fueron de gran angustia y desasosiego para Gabriel, ya que temía que Ingmar hubiera venido con la intención de llevarse a Gertrud de vuelta a Suecia. Gertrud era amiga y confidente de Gabriel; para él perderla habría significado un vacío tremendo. En ocasiones su inquietud era tan intensa que temía haber transferido a Gertrud su gran amor por Gunhild. Sin embargo, Ingmar había pasado ya tres meses en Jerusalén sin intimar en absoluto con Gertrud y eso le había devuelto la paz de espíritu a Gabriel. «No es amor lo que siento por Gertrud —pensaba—. Es simplemente que no tengo a nadie con quien sincerarme y se me hace insoportable la idea de que ella se vaya de aquí. Para sentirme completamente tranquilo me basta con saber que no la perderé, y ahora que caminamos juntos mis sentimientos por ella son simplemente los que tendría por una hermana muy querida.»

Que no fuera amor lo que había entre Gertrud y él le hacía dichoso porque los gordonistas no permitían que los jóvenes de la colonia contrajeran matrimonio. Consideraban que para mantener la unidad era necesario amar a todos por igual. No era posible ligarse a alguien en concreto. Así que si su cariño por Gertrud se debiera a un auténtico amor, para él supondría sumirse en la desgracia.

Tampoco Gertrud estaba enamorada de él, de eso estaba seguro. A partir de que dejó de aguardar la inminente llegada del Salvador se había vuelto

sombría y solitaria. Toleraba a Gabriel levemente más que a los otros, pero eso era todo. Resultaba improbable que Gertrud fuera capaz de volver a sentir un amor profano.

Karin Ingmarsdotter y sus hermanas caminaban tras Gabriel y Gertrud. Entonaron un himno que solían cantar con su madre allá en su tierra natal, sentadas a la rueca a primera hora de la mañana.

Delante de Gabriel marchaba el anciano cabo Fält. Todos los niños revoloteaban a su alrededor como venía siendo costumbre de unos años a esta parte. Se colgaban de su bastón y le tiraban de la chaqueta. Gabriel recordó cómo era el viejo antes, cuando nada más verle los niños huían a toda prisa, y se dijo: «Nunca le he visto tan bravo y altanero como ahora. Está tan orgulloso de que los niños se le acerquen que el bigote se le empina como un cepillo y su nariz aguileña se ve más afilada que nunca.»

Entre los caminantes divisó a Hellgum, quien tenía a su mujer cogida de una mano y a su hermosa hijita de la otra. «Es curioso —pensó Gabriel— cuán desplazado ha quedado Hellgum desde que nos unimos a los americanos, como no podía ser de otra manera ya que son gente notable y con mucho talento para exponer la palabra de Dios. Me gustaría saber qué piensa él de que nadie se congregue a su alrededor en un día como hoy. En cambio, la que sí está muy contenta de tenerle para ella sola es la esposa. Se le nota en el porte y la actitud. En su vida ha sido tan feliz.»

A la cabeza del desfile iba la guapísima señorita Young. A su lado caminaba un joven inglés que se había unido a la colonia hacía varios años. Gabriel sabía, al igual que los demás, que el joven amaba a la señorita Young y que había ingresado en la comunidad con la esperanza de casarse con ella. La muchacha, sin duda, también le quería; pero los gordonistas no querían modificar sus estrictas normas por su causa, de modo que la joven pareja había vivido año tras año en un estado de espera continua e inútil. Este día caminaban juntos, hablando entre sí, sin ojos para nadie más que sí mismos. Y con su marcha ágil y ligera a la cabeza de la procesión, era como si quisieran alejarse deprisa, dejar al grupo atrás y huir del mundo para poder vivir su propia vida.

Luego, a la cola, Gabriel divisó a Ingmar Ingmarsson, que iba hablando con Eliahu. Últimamente pasaba mucho tiempo con él y Gabriel sabía que Ingmar había decidido aprender inglés con Eliahu, lo cual significaba que no tenía intención de abandonar la colonia en un futuro inmediato. Sin embargo, Gabriel estaba casi seguro de que no se llevaría a Gertrud de allí aunque se quedara el resto del año.

Para empezar, la procesión enfiló el camino hacia el este en dirección a una región montañosa y agreste. Allí no había flores todavía, la lluvia se había

llevado el mantillo de las escarpadas laderas y el terreno era roca desnuda de un gris amarillento.

«Qué curioso —pensó Gabriel—, nunca antes he visto un cielo tan azul como el que hay sobre estas doradas colinas. Y las montañas me gustan a pesar de ser tan yermas. Esa forma redondeada que tienen es muy bella, me recuerda a las grandes cúpulas que cubren las iglesias y templos de este país.»

Cuando los caminantes hubieron andado aproximadamente una hora, divisaron el primer valle rocoso cuyo suelo estaba alfombrado de anémonas rojas. Cundió la prisa y la alegría en el grupo, que, con algarabía de risas y gritos, se lanzó colina abajo para empezar a recogerlas. Y lo hicieron con gran frenesí hasta que al cabo de un rato hallaron otro valle rebosante de violetas, y más tarde un tercero donde crecía toda clase de flores silvestres mezcladas.

Al principio, los suecos recogían las flores precipitadamente, las arrancaban de prisa y corriendo sin ton ni son. Entonces los americanos les enseñaron cómo debían hacerlo. Tenían que elegir las flores con cuidado, arrancar sólo las que se prestaban a ser prensadas; se trataba de un trabajo meticuloso.

Gabriel iba buscando flores al lado de Gertrud. En una ocasión, se enderezó para estirar la espalda y descubrió junto a ellos a un par de los granjeros más importantes, hombres que no debían de haberse detenido ante una flor en muchos años y que ahora cogían flores tan entusiasmados como el que más. Gabriel no pudo aguantarse la risa. Se volvió hacia Gertrud y le dijo:

—Estaba pensando en el sentido de las palabras de Jesucristo cuando dijo aquello de: «¡En verdad os digo, si no os volviereis y os hicieris como niños, no entraréis en el reino de los cielos!»⁵⁵

Gertrud levantó la cabeza y lo miró.

—Es una frase muy curiosa —respondió ella.

—Sí —dijo él con aire pensativo—, me he fijado en que los niños se portan mejor que nunca cuando juegan a ser mayores. Pocas veces se acuerdan menos de ti que cuando van labrando un campo que han dibujado en medio del camino, cuando chascan la lengua para arrear al caballo y hacen restallar un cordel de hilo como si fuera un látigo mientras abren zanjas en el polvo del camino con una rama de pino. Te partes de risa al oírles discutir si acabarán con la siembra antes que sus vecinos, o cuando se quejan de que nunca han visto un campo tan duro de labrar.

Gertrud, con la cabeza gacha, seguía recogiendo flores sin contestar porque no entendía adónde quería llegar con aquello.

—Recuerdo lo bien que me lo pasaba con mi granja hecha de tacos de madera y vacas que eran piñas —continuó Gabriel—. Nunca olvidaba darles paja fresca cada mañana y cada noche, y a veces jugaba a que era primavera y

⁵⁵ Mateo 18:3. (*N. de la T.*)

que llevaba a apacentar mis vacas a las pasturas de montaña. Cuando hacía sonar una cuerna hecha de corteza de abedul llamando a las vacas *Estrella y Margarita*, la llamada se oía por toda la granja. Y hasta solía comentarle a mi madre la cantidad de leche que daban mis vacas y cuánto esperaba sacar por la mantequilla de la central lechera. También tenía mucho cuidado en encerrar al toro, y a todos los que pasaban les gritaba que fueran con precaución, porque la gente lo enfurecía.

Gertrud empezó a trabajar con menos ahínco. Escuchaba a Gabriel con atención, maravillándose de que él pudiera tener las mismas fantasías e ideas con que ella solía ocupar su propia cabeza cuando era niña.

—Aunque cuando me lo pasaba mejor era cuando los chicos jugábamos a que éramos hombres adultos y celebrábamos una junta —continuó él—. Recuerdo que yo, mis hermanos y un par de chicos más solíamos sentarnos en un montón de tablas que teníamos en casa desde hacía años. El presidente de la junta golpeaba los tablones con un cucharón de madera y el resto, gravemente sentados a su alrededor, decidíamos quién de nosotros era pobre de solemnidad y merecía el subsidio y cuántos impuestos le tocaba pagar a fulano o mengano. Estábamos ahí sentados con los pulgares metidos en las sisas del chaleco y hablábamos con la voz gruesa, como si tuviéramos una patata caliente en la boca, mientras nos dirigíamos los unos a los otros siempre titulándonos como concejal, mayordomo, sacristán y juez del distrito.

Gabriel hizo una pausa y se restregó la frente como si finalmente hubiese llegado a donde pretendía. Gertrud había dejado de coger flores. Estaba sentada en el suelo, el pañuelo echado atrás, y miraba a Gabriel como esperando escuchar algo nuevo y extraordinario.

—Puede que —dijo él—, del mismo modo que es conveniente que los niños jueguen a ser adultos, sea bueno que a veces los adultos se transformen en niños. Cuando veo estos viejos, que en esta época del año están acostumbrados a trajinar en el bosque talando y acarreando leña, paseándose por aquí con una ocupación tan infantil como la de recoger flores, pienso que estamos obedeciendo a Jesús y nos estamos volviendo niños.

Gabriel notó que los ojos de Gertrud brillaban. Ahora sí entendía adónde quería llegar y la idea la hizo muy feliz.

—Quieres decir que todos nos hemos vuelto como niños desde que estamos aquí —dijo ella.

—Sí, por lo menos se nos puede considerar niños en el sentido de que hemos tenido que recibir una educación completa. Hemos tenido que aprender a sostener el tenedor y la cuchara y a que nos gustara una comida que nunca antes habíamos probado. Y no me digas que no era infantil el que al principio necesitáramos un guía cuando salíamos para no perdernos, y que se nos advirtiese contra gente peligrosa y de los lugares que estaba prohibido visitar.

—Es verdad, los que venimos de Suecia hemos sido como auténticas criaturas porque primeramente tuvimos que aprender a hablar —dijo Gertrud—. Tuvimos que aprender cómo se llamaban las sillas y las mesas, los armarios y la cama.

Ambos se entusiasmaron esforzándose en encontrar más puntos de similitud. Gabriel se sentía eufórico por haber hallado algo que le interesara tanto a Gertrud, que la hacía salir de su apatía habitual y hablar animadamente con la alegría de antes.

—Yo he tenido que aprender a reconocer árboles y plantas tal como me enseñó mi madre cuando era pequeño —dijo Gabriel—. He aprendido a distinguir entre melocotones y albaricoques, y entre la nudosa higuera y el retorcido olivo. He aprendido a reconocer al turco por su chaquetilla corta y al beduino por su manto rayado, y al derviche por su gorra de fieltro y al judío por los tirabuzones cortos que le cuelgan sobre la oreja.

—Sí, es igual que cuando éramos pequeños y nos enseñaban a distinguir un campesino de Floda de otro de Gagnef por el abrigo y el sombrero.

—Lo más infantil de todo es que dejamos que otros decidan nuestra vida —dijo él—, y que no disponemos de dinero propio sino que tenemos que pedir cada real a los demás. Cada vez que un verdulero me ofrece una naranja o un racimo de uvas recuerdo cuando era pequeño y tenía que pasar de largo el puesto de golosinas del mercado porque no llevaba ni un céntimo.

—Yo diría que estamos totalmente transformados —repuso Gertrud—. Si volviéramos a Suecia la gente no nos reconocería.

—Es difícil no sentirse como un crío cuando el campo de patatas que cavamos no llega al tamaño de un granero —dijo Gabriel con énfasis—, y cuando lo labramos con un arado hecho con una rama de árbol, y cuando arreamos un asno de esos pequeños en vez de un caballo, y cuando no tenemos un verdadero trabajo del que ocuparnos sino sólo minucias domésticas para matar el tiempo.

—Supongo que a lo que Jesucristo se refería con esas palabras era a una disposición de ánimo.

—También nuestro ánimo ha cambiado, Gertrud, ya lo creo que sí. ¿No te has fijado en que si tenemos preocupaciones graves ya no nos pesan durante días o meses como antes, sino que al cabo de un par de horas ya las hemos olvidado?

Justo cuando Gabriel decía esto les llamaron para almorzar. Gabriel se puso de muy mal humor; junto a Gertrud, podría haber andado todo el día sin comer. De todos modos, la paz y el contento que sentía ese día le hicieron pensar: «Cuánta razón tienen los colonos: lo único que precisan las personas para ser felices es vivir en paz y concordia, como hacemos nosotros. Me gusta mucho cómo es todo aquí, no cambiaría nada. Aunque quiera mucho a Gertrud,

ya no necesito darle un hogar ni que sea mi esposa. Ya no me atormentan las ansias de amar, como le pasa a la persona que vive fuera, en la sociedad. Con tal de verla un poco cada día y de poder servirla y protegerla me siento plenamente satisfecho.» Le habría gustado decirle que se sentía como un niño también en ese sentido; pero era demasiado tímido, no habría sabido encontrar las palabras adecuadas!

Gabriel hizo todo el camino de regreso pensando en eso. Le parecía necesario explicarle a Gertrud, con unas pocas palabras, lo cambiado que estaba, para que siempre se sintiera segura en su compañía y confiase en él como en un hermano.

Llegaron a casa cuando el sol se ponía. Gabriel se sentó a los pies de un viejo sicomoro situado junto al portal de la mansión. Quería quedarse al aire libre el mayor tiempo posible. Después de que todos estuvieran dentro, Gertrud se le acercó para saber si no pensaba entrar.

—Sigo dándole vueltas a lo que hablamos antes —dijo él—. Pensaba en qué pasaría si Cristo apareciese andando por ese camino, como seguramente debió de hacer cientos de veces en la vida real, y se sentara bajo este árbol y me dijera: «Si no os volviereis y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» —En su tono había un deje de ensoñación, como si pensara en voz alta.

Gertrud, inmóvil, le escuchaba y pensaba en cómo le solía gustar a la gente oír hablar al padre de Gabriel, y entonces se dio cuenta de que Gabriel había heredado de él el don de decir cosas que no parecían inventadas por él sino dictadas al oído.

—Entonces yo le diría —prosiguió Gabriel—: «Señor, nosotros nos ayudamos y asistimos los unos a los otros sin solicitar un sueldo a cambio, exactamente igual que hacen los niños; y si nos enfadamos con alguien no lo odiamos para siempre sino que, antes de que acabe el día, ya volvemos a ser amigos. ¿No te das cuenta, Señor, de que verdaderamente somos como niños?»

—¿Y qué te contestaría él? —preguntó Gertrud dulcemente.

—Nada. Se queda ahí sentado y repite: «Si no os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» Y yo le digo más o menos lo de antes: «Señor, nosotros queremos a todo el mundo, igual que los niños. No hacemos distinciones entre judíos y armenios, beduinos y turcos, blancos y negros. Amamos a los analfabetos tanto como a los cultos, a los humildes tanto como a los ricos, y compartimos nuestra casa tanto con musulmanes como con cristianos. Por tanto, ¿no es cierto que somos como niños y podremos entrar en tu reino?»

—¿Y Jesucristo qué contesta?

—Nada. Sigue inmóvil bajo el árbol y dice muy despacio: «Si no os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» Y entonces comprendo lo que quiere decir y le digo: «Señor, también en eso me he

convertido en un niño, ya no siento la clase de amor que sentía antes, sino que mi amada es como una compañera de juegos y una hermana querida con la cual salgo a coger flores al campo. Señor, ¿no es eso ser como...»

Se interrumpió bruscamente porque en el mismo momento en que pronunciaba esas palabras sintió que mentía. Era como si Jesucristo realmente hubiese tomado asiento bajo el árbol y, sentado frente a él, pudiese vislumbrar hasta el último rincón de su alma. Y Gabriel tuvo la sensación de que Jesús veía cómo el amor se erguía en su interior, desgarrándole con sus zarpas como una bestia salvaje, porque él intentaba negarlo ante sí mismo y ante la persona amada. Conmocionado, Gabriel escondió el rostro entre sus manos y, entre sollozos, pronunció las siguientes palabras:

—No, Señor, no soy como un niño y no puedo entrar en tu reino. Tal vez los otros sí puedan, pero yo no puedo apagar el fuego que arde en mi alma, ni la vida que late en mi corazón. Amo y me abraso con un ardor que ningún niño puede sentir. Pero si ésa es tu voluntad, dejaré que este fuego me devore hasta el final de mis días, sin intentar nunca aplacar mi sed.

Abrumado por ese nuevo e inmenso amor que había irrumpido de su guarida secreta, permaneció sentado llorando largamente. Cuando levantó la vista, vio que Gertrud le había dejado solo. Se había ido con tanto sigilo que no la había oído marcharse.

Días de pobreza

Un par de meses después, un día de finales de abril, Ingmar Ingmarsson vino a detenerse frente a la Puerta de Jafa. El tiempo era excepcionalmente bueno, la calle estaba abarrotada de gente e Ingmar disfrutaba del espectáculo del abigarrado gentío que entraba y salía por el portal.

Pero no llevaba allí muchos minutos cuando se olvidó por completo de dónde estaba y se ensimismó de nuevo en la cuestión que le absorbía noche y día. «Si supiera cómo conseguir que Gertrud abandone la colonia —pensó—; pero me parece que es completamente imposible.»

Ingmar había acabado por tener claro que no iba a consentir que Gertrud permaneciera en Jerusalén; para que él recuperara su paz de espíritu debía llevarla de vuelta a casa. «¡Ojalá la tuviera ya a resguardo en la querida escuela! —pensó—. ¡Ojalá la hubiera sacado ya de este terrible país, donde hay tantas personas crueles, tantas enfermedades peligrosas y tantas ideas y fanatismos extraños! Lo único que me importa es llevarla a Dalecarlia; no voy a detenerme a pensar en si la quiero, o en si ella me quiere; sólo voy a procurar devolvérsela a sus ancianos padres.

»La verdad es que la situación en la colonia ha empeorado mucho desde que llegué. Los tiempos son muy duros y eso ya es excusa suficiente para llevármela a casa. No entiendo por qué los colonos se han vuelto tan pobres de repente, da la impresión de que están sin un céntimo. No se atreven a pedir dinero para un abrigo nuevo o un vestido, nadie osa comprar una naranja en el mercado y no me sorprendería que para ahorrar no comieran lo suficiente.»

Últimamente, Ingmar tenía la impresión de que Gertrud empezaba a enamorarse de Gabriel e imaginaba que bastaría con que estuvieran en Suecia para que ella se casara con él. Ingmar no podía concebir una dicha mayor. «Sé perfectamente que nunca podré volver con Barbro —pensaba—, pero me contentaría con no tener que casarme con otra mujer y poder vivir solo el resto de mi vida.» Pero apartaba con brusquedad esos pensamientos, increpándose severamente. «¡No tienes que pensar ni en esto, ni en aquello, ni en lo de más allá, y sobre todo no te hagas ilusiones, tú sólo dedícate a pensar un plan para llevar a Gertrud a casa!»

Mientras Ingmar se encontraba sumido en sus cavilaciones, vio que uno de los colonos gordonistas salía del consulado americano en compañía del propio cónsul. Ingmar se extrañó. Estaba suficientemente informado sobre los asuntos

de la colonia para saber que el cónsul no cejaba nunca en su empeño de infligir a la colonia el mayor daño posible. Entre él y los miembros de la colonia existía una profunda enemistad.

El hombre que había ido a visitar al cónsul era un ruso llamado Godokin que, antes de unirse a los gordonistas, había vivido varios años en Estados Unidos. Cuando salieron a la calle el cónsul se despidió:

—¿Así que vas a intentar resolver el asunto mañana? —preguntó el cónsul.

—Sí —respondió el ruso—, tengo que zanjar el asunto mientras la señora Gordon está fuera.

—No te desanimes —dijo el cónsul—. Pase lo que pase yo te cubriré las espaldas.

Justo en ese instante, el cónsul vio a Ingmar.

—¿Ése de ahí no es uno de ellos? —preguntó en voz baja.

Godokin se giró espantado pero se tranquilizó al reconocer a Ingmar.

—Es ese que todo el día está en Babia —dijo sin preocuparse en hablar con más discreción—. No lleva mucho tiempo en la colonia; no creo que entienda inglés.

Con lo cual, el cónsul también se tranquilizó; y al despedirse de Godokin, dijo:

—Si llevas tu cometido a buen puerto espero que, finalmente, podamos deshacernos de toda esa chusma.

—Sí —dijo Godokin, aunque ahora parecía menos seguro.

El ruso se quedó un momento observando cómo el cónsul se alejaba y a Ingmar le dio la impresión de que su rostro tenía el color de la ceniza y de que todo él temblaba. Finalmente también él se fue. Ingmar se sintió muy inquieto por lo que acababa de escuchar.

«Tiene razón en que no entiendo el inglés demasiado bien —pensó—, pero lo que está claro es que ese tipo tiene la intención de montar algún escándalo en la colonia hoy mismo, aprovechando que la señora Gordon está en Jafa. Me gustaría saber qué trama. El cónsul ponía tal cara de contento que era como si los colonos ya hubieran caído en desgracia. Quizás el ruso lleve meses descontento con el funcionamiento de la colonia. He oído decir que era uno de los más entusiastas cuando llegó; pero que últimamente se ha enfriado. Quién sabe si tal vez ama a alguien y no puede llevársela de aquí de otro modo que disolviendo la colonia, y entonces, claro, se le ha ocurrido que la colonia no podrá sobrevivir a la pobreza que se ha instalado en ella, y que cuanto antes se desintegre mejor. Sí, bien mirado, yo diría que es la pobreza la que ha enfriado sus ánimos. Hace tiempo que, por lo bajo, se dedica a fomentar el descontento entre los colonos. Un día oí que se quejaba de que la señorita Young iba mejor vestida que las otras jóvenes; y en otra ocasión le oí afirmar que en la mesa de la señora Gordon se servía mejor comida que en el resto. ¿Qué debo hacer? —se

preguntó Ingmar y dio un paso al frente—. Ese tipo es peligroso. Debería darme prisa y advertirles de lo que he oído.»

Pero, al minuto siguiente, volvía a ocupar el lugar de antes junto a la puerta de Jafa. «Tú, Ingmar, deberías ser el último en ir a contarles una cosa así a los gordonistas —pensó—. Si dejas que el ruso se salga con la suya lo tendrás muy fácil. ¿No te devanabas los sesos hace un rato para conseguir que Gertrud abandone la colonia? Ahora esto se producirá por sí solo. Es evidente que tanto el cónsul como Godokin se referían a que pronto no quedarían gordonistas en Jerusalén. ¡Ojalá se disuelva la colonia! De ser así, Gertrud se alegrará de volver a Suecia.»

En el mismo instante en que Ingmar pensó en volver a casa, le invadió la nostalgia. «La verdad es que, cuando pienso que ahora en abril debería estar labrando mis campos, comienzo a sentir tirones en los brazos y los dedos me duelen de las ganas que tienen de agarrar unas riendas. No concibo que los suecos que hay aquí hayan podido resistir sin trabajar la tierra y el bosque durante tanto tiempo. Además, creo que si un hombre como Tims Halvor hubiera tenido una carbonera que vigilar, o un campo que labrar, hoy estaría vivo.»

La impaciencia y el anhelo le impidieron permanecer parado por más tiempo. Cruzó la puerta y siguió adelante por el camino que recorre el valle de Hinnom. Sin cesar, y con mayor determinación cada vez, se repetía que si estuvieran en Suecia Gertrud se casaría con Gabriel y él, Ingmar, podría seguir su vida solo. «Tal vez, Karin querría volver y convertirse de nuevo en ama de Ingmarsgården —pensó—. Sería lo más apropiado y entonces hasta podría darse el caso de que su hijo heredara la finca. Si Barbro se trasladara al pueblo de su padre, como no está demasiado lejos, podría verla de vez en cuando —se dijo, y prosiguió fraguando planes—: Me llegaría hasta su iglesia cada domingo, y a veces nos encontraríamos en alguna boda o funeral, y entonces podría sentarme a su lado durante el banquete y hablar con ella. Aunque hayamos tenido que divorciarnos, no somos enemigos.»

En un momento dado, Ingmar llegó a plantearse si sería ilícito, por su parte, alegrarse de la desintegración de la colonia. Pero se defendió con pasión ante sí mismo. «Es imposible vivir tanto tiempo entre los colonos sin darse cuenta de que son excelentes personas —pensó—, pero aun así nadie puede querer que esto continúe. ¡Recuerda cuántos de ellos han muerto ya, y todas las persecuciones que han tenido que soportar y la pobreza extrema en la que viven ahora! Sí, a mi entender, y muy especialmente desde que son tan pobres, es deseable que la colonia se disuelva cuanto antes.»

Entretanto, Ingmar había rebasado el valle de Hinnom y continuado subiendo por el camino del monte de la Condena, en la cima del cual se extendían multitud de nuevos edificios palaciegos mezclados con las ruinas

más antiguas. Ingmar había avanzado entre los edificios sin pensar dónde estaba; ora se detenía, ora seguía adelante, tal como se suele hacer bajo el influjo de una intensa actividad mental.

Finalmente se quedó de pie bajo un árbol. Permaneció allí un buen rato antes de fijarse en él. Era bastante alto y distinto del resto de árboles, puesto que sólo tenía ramas en un lado del tronco. Ninguna rama se elevaba hacia arriba sino que formaban una masa compacta y nudosa que señalaba recto hacia el oriente.

Cuando Ingmar finalmente reconoció el árbol no pudo evitar un sobresalto, como si se hubiese asustado. «Es el árbol de Judas —pensó—, aquí fue donde el traidor se colgó. Qué raro que haya andado hasta aquí.»

No siguió adelante sino que se quedó donde estaba, mirando la copa del árbol. «Me gustaría saber si Dios me ha conducido hasta aquí porque piensa que estoy traicionando a la gente de la colonia. ¿Y si la divina providencia ha decidido que esa colonia exista y perdure?» Las ideas de Ingmar avanzaban ahora plomizas y lentas; y los pensamientos que conseguían llegar a su destino eran amargos y dolorosos. «Digas lo que digas en tu defensa, sigue estando mal que no adviertas a los colonos de que se están urdiendo planes contra ellos.

»Por lo visto, crees que Dios no sabía lo que hacía cuando condujo a tus familiares más cercanos a este país. Pero aunque seas incapaz de adivinar sus intenciones, deberías comprender que esto ha de durar más que un par de años solamente.

»Tal vez Dios bajó la vista hacia Jerusalén y vio todas las luchas internas que asolaban la ciudad, y entonces pensó: "También aquí quiero crear un refugio para la unidad, así que estableceré una morada donde convivan la paz y la concordia."»

Ingmar seguía sin moverse; dejó que esas ideas opuestas se enfrentaran, luchando como encarnizados contrincantes. La esperanza a la que se había aferrado, aquella de poder marcharse a casa pronto, seguía ahí. Aguantó largo rato intentando que no se le escapara entre las manos. El sol se puso y rápidamente llegó la noche; y aun así, Ingmar continuó su combate en la oscuridad.

Cada vez fue teniendo más claro que Dios preparaba una gran obra allí en Oriente. «Llegará un día en que estos países se liberarán de sus opresores —pensaba—, y es para que ese día sea una bendición, no una desgracia, que Nuestro Señor ha reunido en Jerusalén y diseminado por el país grupúsculos de gente capacitada que educará y enseñará a los demás, hasta que se inicie el proceso de redención.» Finalmente, juntó sus manos y rogó a Dios: «Ahora, Dios mío, te pido que no permitas que me desvíe de tu camino. De ningún modo quiero oponerme a ti, si es que necesitas a la gente de mi aldea en esta tierra.»

Tan pronto hubo formulado estas ideas, le invadió una extraña paz. Pero al mismo tiempo sintió que su voluntad se escurría de su ser, e Ingmar empezó a actuar según una voluntad ajena a él. La sensación era tan palpable como si alguien le hubiese tomado de la mano y le guiara. «Dios me lleva», pensó.

Bajó del monte de la Condena, recorrió el valle de Hinnom y dejó a un lado Jerusalén. Durante todo el trayecto su intención era dirigirse a la colonia para explicarles a los dirigentes su descubrimiento. Sin embargo, cuando llegó a la bifurcación de la cual arrancaba el camino a Jafa, oyó cascadas de caballos a sus espaldas. Se dio la vuelta y divisó a un dragomán de la legación, el cual había visitado la colonia en repetidas ocasiones, que venía al galope con dos caballos; uno lo montaba, al otro lo guiaba cogido por las bridas.

—¿Adónde vas? —preguntó Ingmar, deteniéndolo.

—A Jafa —respondió el hombre.

—Yo también quisiera ir a Jafa. —De repente, se le había ocurrido que debería aprovechar la ocasión para dirigirse directamente a la señora Gordon, sin entretenerse volviendo primero a la colonia.

No tardaron en acordar que Ingmar montaría el caballo libre hasta Jafa. Era un buen caballo e Ingmar se felicitó de su ocurrencia. «Las doce leguas que hay hasta Jafa debería poder recorrerlas esta noche —pensó—. De ese modo la señora Gordon podrá estar de vuelta mañana por la tarde.» Pero cuando llevaba cabalgando una hora notó que su caballo cojeaba. Desmontó y constató que había perdido una herradura.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó al dragomán.

—La única solución es que yo vuelva a Jerusalén para que le pongan otra.

En principio, Ingmar, en medio de la carretera y solo, no supo a qué atenerse. De pronto decidió continuar el viaje hasta Jafa a pie. No sabía si era lo más sensato que podía hacer, pero aquella voluntad a la que estaba supeditado le empujaba hacia delante. Una suerte de impaciencia le impedía volver.

Así que, andando a grandes zancadas, avanzó a buena marcha. Sin embargo, al cabo de un rato se inquietó. «¿Cómo averiguaré dónde se hospeda la señora Gordon en Jafa? Cuando me acompañaba el intérprete era otra cosa; ahora tendré que ir de casa en casa preguntando por ella.» Pero a pesar de lo justificada que le pudiera parecer su inquietud, siguió la marcha.

La carretera era ancha y estaba en buen estado. No le hubiera costado andar por ella aunque la noche hubiera sido oscura. Pero hacia las ocho salió la luna. Las colinas iluminadas, a través de las cuales serpenteaba la carretera, se extendían ampliamente a su alrededor. El camino subía y bajaba por esas colinas. Tan pronto Ingmar ganaba una cima, le esperaba la siguiente. A intervalos le sobrevinía un gran cansancio, pero aquella fuerza imperiosa le empujaba hacia delante. No se permitió hacer una pausa para descansar ni siquiera un minuto.

Anduvo a ese ritmo hora tras hora. No sabía cuánto tiempo llevaba caminando pero seguía entre las colinas. Tan pronto llegaba a la cima de una cuesta pensaba que esa vez sí podría divisar la llanura de Sarón y, tras ella, la franja del mar. Pero lo único que veía eran hileras y más hileras de colinas alineadas ante él.

Sacó el reloj y el claro de luna le permitió distinguir fácilmente los números y las manecillas. Rayaban las once. «¡Qué tarde es! —pensó—. ¡Y todavía estoy en las montañas de Judea!» Una creciente inquietud le invadió. No podía caminar, tenía que correr.

Jadeaba, la sangre le martillaba las sienes y el corazón le latía desbocado. «Me voy a destrozar, no aguantaré este ritmo», se dijo, pero siguió corriendo. El camino se extendía liso y parejo a la luz de la luna, y no pensó que hubiera peligro. Sin embargo, al llegar al fondo del valle entró en una zona oscura. Ahí el camino no se distinguía tan claramente, pero aun así no se detuvo. Hasta que tropezó con una piedra y cayó al suelo.

En el acto se puso en pie, pero se había golpeado la rodilla y le costaba andar. Fue a sentarse a la cuneta. «Se me pasará enseguida si descanso un poco.» Sin embargo, le resultó casi imposible estarse quieto. Apenas si esperó a recobrar el aliento. «Obra en mí una voluntad ajena —se dijo—. Es como si alguien tirara de mí y empujara hacia Jafa.»

Se levantó de nuevo. Sintió fuertes dolores en la rodilla pero no hizo caso y siguió caminando. Al cabo de un rato la pierna se negó a seguir y él quedó tumbado en la carretera. «Esto es el fin —pensó al caer, dirigiéndose a esa fuerza que le empujaba—. Ahora se te tiene que ocurrir algo para ayudarme.» Al instante, oyó a lo lejos el sonido de un carro. Se aproximaba a una rapidez increíble. Casi de inmediato, tuvo el coche prácticamente encima. Por el ruido, dedujo que el caballo bajaba la cuesta a galope tendido. También oyó un látigo que chasqueaba sin cesar, y los gritos con que el cochero arreaba al caballo.

Ingmar se apresuró a levantarse para apartarse de la calzada. Se metió en la cuneta para evitar el atropello. Por fin, el coche bajó la larga pendiente por la que había descendido Ingmar hacía muy poco. Veía claramente lo que se acercaba. El vehículo era una simple carreta pintada de verde, del tipo que se usa en el oeste de Dalecarlia. «Vaya —pensó enseguida—, aquí falla algo. No creo que haya carretas de éstas en Palestina.» El cochero le pareció aún más extraño. También procedía de Dalecarlia, y su aspecto era clavado a un auténtico campesino de aquellos pagos, con sombrero negro de ala estrecha y el pelo cortado a tazón. Para completarlo, el hombre se había sacado la chaqueta y conducía enfundado en un chaleco verde de manga corta roja. Esa indumentaria era de Dalecarlia, no había duda. Asimismo, el caballo resultaba muy curioso. Era un bellissimo ejemplar, grande y fuerte. El pelaje era de un rutilante negro, de tan bien cuidado que estaba, y de su cuerpo emanaba un

resplandor. El cochero no iba sentado sino de pie, inclinándose sobre el caballo mientras lo fustigaba chasqueando el látigo sobre su cabeza. Sin embargo, el animal no parecía sentir los latigazos, y tampoco la tremenda velocidad parecía extenuarlo; sino que seguía adelante sin esfuerzo, como si se tratara de un juego.

Cuando el cochero llegó a la altura de Ingmar detuvo el carro en seco.

—Monta, si quieres te llevo —dijo.

Por muchas ansias que tuviera Ingmar de llegar a Jafa, el ofrecimiento no le hizo ninguna gracia. No sólo comprendía que todo aquello era una abominable fantasmagoría infernal, sino que el rostro del cochero resultaba repulsivo, plagado de cicatrices como si fuese un pendenciero incorregible. Sobre uno de los ojos lucía un navajazo fresco.

—Seguro que no estás acostumbrado a estas velocidades —añadió el hombre—, pero creía que tenías prisa.

—¿Tu caballo es seguro?

—Es ciego, pero muy seguro.

Ingmar sintió un escalofrío en todo el cuerpo. El tipo se inclinó hacia él y lo miró fijamente a los ojos.

—Sube con toda confianza —dijo—, ya debes de saber quién me envía, ¿no?

Al oír aquello Ingmar recobró la compostura. Montó en el coche y, a una velocidad salvaje, se precipitaron rumbo al llano de Sarón.

La señora Gordon había viajado a Jafa para cuidar a una amiga que había caído enferma. Era la esposa de un misionero que siempre había sido muy benevolente con los colonos gordonistas y les había procurado ayuda en numerosas ocasiones.

La noche en que Ingmar Ingmarsson iba de camino a Jafa, la señora Gordon había estado velando a la enferma hasta pasada la medianoche, hora en que había llegado su relevo. Al salir del cuarto de la enferma, vio que la noche era luminosa y clara, la luna bañaba el paisaje con una bella luz plateada que sólo es apreciable junto al mar. Subió a la azotea y se puso a contemplar los extensos naranjales, la antigua ciudad apilada sobre una escarpada roca, y los cabrilleos de la luna sobre la infinita superficie del mar. No se encontraba en la misma Jafa sino en la colonia alemana, situada en una pequeña loma en las afueras de la ciudad. Justo debajo de la azotea donde se hallaba, discurría la ancha carretera que atraviesa la colonia. A la luz blanquecina podía ver un buen trecho de carretera entre casas y jardines.

De pronto advirtió que un hombre avanzaba por el camino lentamente y vacilando. Era un hombre alto y el claro de luna le hacía más alto de lo que en realidad era, de modo que tuvo la impresión de que se trataba de un auténtico

gigante. Cada vez que pasaba delante de una casa se detenía y la observaba a conciencia. Por alguna razón, la señora Gordon pensó que había algo fantasmagórico y horrible en aquella figura, como si se tratara de un espectro que buscara una casa para dar un susto de muerte a sus pobres moradores.

Finalmente, el hombre llegó a la casa donde estaba apostada ella, casa que estudió más detenidamente que las anteriores. Luego la fue rodeando y ella oyó los golpecitos que daba en los cristales de las ventanas y cómo intentaba abrir la puerta. La señora Gordon se asomó para observar qué intentaba, y entonces el hombre la vio.

—Señora Gordon —dijo en voz baja—, quisiera decirle unas palabras.

El hombre echó la cabeza atrás para verla mejor y en ese momento ella reconoció a Ingmar Ingmarsson.

—Señora Gordon, ante todo quiero decirle que he venido por cuenta propia hasta aquí, sin que ninguno de los hermanos lo sepa.

—¿Ocurre algo malo en casa?

—No, nada malo, pero sería conveniente que usted regresara.

—Iré mañana —dijo la mujer.

Ingmar consideró la respuesta y luego dijo con la mayor parsimonia:

—Sería preferible que viajara usted esta noche.

La señora Gordon, algo irritada, pensó en lo molesto que sería despertar a toda la casa, y además aquel labriego desde luego no era quién para venir a darle órdenes. «Si al menos me dijera qué pasa», pensó, y empezó a preguntar si alguien había caído enfermo o si se habían quedado sin dinero. Pero en vez de contestar, Ingmar comenzó a andar en dirección a la carretera.

—¿Se va usted ya? —preguntó ella.

—Le he traído el recado, ahora haga usted lo que quiera —respondió Ingmar sin girarse.

La mujer entendió que algo grave ocurría y decidió no demorarse más.

—Si me espera un momento podrá viajar conmigo —le gritó a Ingmar, que ya se alejaba.

—No, gracias, mi medio de transporte es mejor que el que usted pueda ofrecerme.

El anfitrión de la señora Gordon le prestó unos caballos excelentes. Pudo cruzar rápidamente la llanura de Sarón y luego se adentró en el ondulante territorio que precedía a los montes de Judea. Hacia el alba, su coche subió las prolongadas cuestas que rodean la antigua guarida de ladrones de Abu Gosch. Se sentía muy molesta por haberse dejado inducir tan fácilmente a regresar a la colonia. Aquel labriego, que no estaba al corriente de nada, no era quién para obligarla a seguir sus dictados. Una y otra vez pensó que no debía continuar el viaje sino regresar a Jafa.

Cuando había ya recorrido numerosas pendientes y descendía por una depresión, divisó a un hombre sentado en la cuneta. Tenía la cabeza apoyada en su mano y parecía dormir. Al pasar el coche, el hombre alzó la vista y la señora Gordon reconoció a Ingmar Ingmarsson. «¿Cómo es posible que ya haya llegado tan lejos?», pensó. Luego detuvo el coche y llamó a Ingmar. Al oír su voz, él se alegró sobremanera. Se puso en pie de un salto.

— ¿Vuelve usted a la colonia, señora Gordon?

— Así es.

— Menos mal —dijo Ingmar—. ¿Sabe usted? Yo iba de camino a buscarla pero me caí y me lastimé la rodilla, así que me he pasado la noche aquí sentado.

La mujer lo miró atónita.

— ¿No ha estado usted en Jafa esta noche, Ingmar Ingmarsson?

— Pues no; sólo en sueños. Apenas daba una cabezada tenía la impresión de recorrer calle arriba y calle abajo, buscándola a usted por toda Jafa.

Ella se quedó perpleja y no se le ocurrió nada que decir. Ingmar sonrió tímidamente al persistir ella en su silencio.

— ¿Sería tan amable de llevarme con usted, señora Gordon? —pidió él—. No me valgo por mí mismo.

Al instante, la mujer se apeó del coche y le ayudó a subir. De pronto, se quedó inmóvil.

— Esto es incomprensible —dijo muy despacio.

Ingmar tuvo que sacarla de su estupefacción.

— No se lo tome a mal, pero sería muy conveniente que volviera usted a la colonia cuanto antes.

La señora Gordon subió al coche y de nuevo se quedó callada cavilando. Ingmar tuvo que sacarla nuevamente de ese estado.

— Disculpe, pero hay algo que debo contarle. ¿No le habrá llegado algún mensaje de ese Godokin, por casualidad?

— No.

— Es que ayer oí cómo hablaba con el cónsul americano. Planea armar un escándalo hoy, mientras usted esté ausente.

— ¿Qué dice usted? —exclamó ella.

— Tiene la intención de destruir la colonia.

La señora Gordon consiguió centrarse por fin. Se volvió hacia Ingmar y procedió a interrogarle minuciosamente acerca de lo que había oído.

A continuación, volvió a sumirse en sus meditaciones. Luego, de repente, dijo:

— Me alegra que usted, Ingmar Ingmarsson, se preocupe tanto por la colonia.

Él se ruborizó de oreja a oreja y preguntó cómo estaba tan segura.

—Lo sé porque esta noche ha ido usted a Jafa a comunicarme que debía regresar urgentemente —respondió ella.

Ahora le tocó a ella explicarle cómo lo había visto y lo que él le había dicho. Al acabar, Ingmar dijo que eso era lo más extraordinario que le había sucedido jamás.

—Si no me equivoco, antes de que caiga la noche habremos visto cosas más extraordinarias aún —dijo ella—, puesto que ahora tengo la certeza de que Dios nos ayuda.

La señora Gordon estaba ahora tranquila y de buen humor, y charlaba con Ingmar como si no existiera ninguna amenaza.

—Entretanto, ¿por qué no me explica usted, Ingmar Ingmarsson, si ha ocurrido algo en casa mientras he estado fuera?

Él recapitó. Luego empezó a excusarse en que no sabía el idioma.

—No se preocupe, le entiendo muy bien —dijo ella—. Habla usted inglés casi igual de bien que el resto de sus compatriotas.

—En general, las cosas han ido tirando como siempre —admitió Ingmar finalmente.

—Pero seguro que algo habrá para contar.

—No sé si usted ha oído hablar del molino del pachá Baram.

—Pues no. ¿Qué ocurre con él? —preguntó la señora Gordon—. Ni siquiera sabía que el pachá Baram tuviese un molino.

—Pues sí. Recién nombrado gobernador de Jerusalén, el pachá pensó, por lo visto, que el pueblo necesitaba algo más que molinos manuales con los que moler el grano. Así que emprendió la tarea de construir un molino de vapor en uno de los grandes valles de los alrededores. De todos modos, no es extraño que usted no haya oído hablar de ese molino porque casi nunca ha funcionado. El pachá no ha dispuesto de la gente adecuada para llevarlo, y por lo general ha estado estropeado. Pues bien, hace un par de días nos llegó un recado de parte del pachá en que se nos preguntaba si algún gordonista podía ponerle en marcha el molino. Así que unos cuantos de nosotros fuimos allí y lo arreglamos.

—Eso es una buena noticia, me alegro de que hayamos podido hacerle un favor al pachá Baram.

—Quedó tan satisfecho que propuso que los gordonistas llevaran el molino permanentemente. Les ofreció el molino sin necesidad de pagar arriendo. «Mientras se encarguen de que el molino funcione —dijo—, pueden ustedes quedarse con todos los beneficios.»

Ella se giró para mirarlo.

—¿Y bien? —dijo—, ¿qué contestaron a eso?

—No se lo pensaron dos veces, dijeron que de buena gana se encargarían de hacerlo funcionar, y que no cobrarían nada por su trabajo; ¿qué otra cosa podían decir?

—Dijeron lo correcto —respondió la señora Gordon.

—Pues no sé yo si era tan correcto, porque ahora el pachá no quiere dejarles el molino. No les entregará el molino si rehúsan cobrar por su trabajo. Dice que no se puede acostumbrar a la gente a obtener las cosas gratis. Dice que todos los que vendan harina o posean un molino, protestarían contra él ante el sultán.

La señora Gordon guardó silencio.

—Así que el asunto del molino quedó en nada —prosiguió Ingmar—. La colonia, por lo menos, habría ganado pan para su uso doméstico, y para el pueblo habría sido una bendición tener un molino que funcionase. Pero qué se le va a hacer.

La señora Gordon tampoco contestó a esto.

—¿Ha ocurrido algo más? —dijo como invitando a Ingmar a cambiar de tema.

—Ah, sí, también tenemos el asunto de la señorita Young y la escuela. ¿No ha oído usted hablar de eso?

—No.

—Pues bien, el efendi Achmed,⁵⁶ que es el director de todas las escuelas musulmanas de Jerusalén, vino a vernos hace un par de días y dijo: «Hay una escuela musulmana para niñas aquí en Jerusalén, donde centenares de criaturas se reúnen diariamente sólo para chillar y pelearse. Cuando uno pasa por delante de esa escuela, el alboroto y la algarabía que se oyen superan el estruendo del Mediterráneo en el puerto de Jafa. Ignoro si las maestras saben leer y escribir; pero lo que sí sé es que no les enseñan nada a sus alumnas. Yo no puedo ir allí en persona y tampoco puedo enviar a un maestro que ponga orden porque nuestra religión nos prohíbe entrar en una escuela femenina. En estos momentos, sólo se me ocurre una solución para ayudar a la escuela», dijo el efendi Achmed, «y es que la señorita Young se encargue de todo. Sé que es una mujer instruida y que sabe árabe. Le concederé el sueldo que me pida, con tal que se haga cargo de esa escuela».

—¿Y bien? —preguntó la señora Gordon—, ¿cómo acabó?

—Pues lo mismo que con el molino. La señorita Young dijo que estaba dispuesta a hacerse cargo de la escuela pero que no cobraría por su trabajo. El efendi le contestó: «Es mi costumbre remunerar a quienes trabajan para mí. Nunca he sido dado a aceptar dádivas de nadie.» Pero ella se mostró inflexible y el efendi se fue con las manos vacías. Estaba enojado y responsabilizó a la señorita Young de que tantas niñas pobres crecieran sin cuidados ni educación.

La señora Gordon guardó silencio un momento y luego dijo:

⁵⁶ Efendi, al igual que pachá, son títulos honoríficos turcos, equivalentes a señor y gobernador, respectivamente. Desde 1516 Palestina formaba parte del Imperio otomano. (*N. de la T.*)

—Me doy cuenta de que usted, Ingmar Ingmarsson, está convencido de que hemos actuado mal en estos dos casos. Como siempre conviene escuchar la opinión de un hombre sensato, le pido tenga la amabilidad de contarme en qué otros temas discrepa usted de nuestro modo de vida.

Ingmar reflexionó largo rato. La señora Gordon era una persona de tanta dignidad que no resultaba fácil presentar objeciones.

—Bien —dijo al cabo—, pienso que no deberían ustedes vivir con tanta pobreza.

—¿Cómo cree usted que podríamos evitarlo? —repuso ella esbozando una sonrisa.

Esta vez, Ingmar tardó aún más en contestar.

—Si permitiera que su gente aceptase trabajos remunerados no estarían ustedes en una situación tan precaria.

La señora Gordon contestó con brusquedad:

—Pienso que si he logrado dirigir esta colonia de manera que hemos vivido en amor y concordia durante dieciséis años, no puede venir un intruso como usted a proponer cambios.

—Ahora se enfada conmigo, cuando ha sido usted quien me ha preguntado mi opinión.

—Sé muy bien que su intención es buena —repuso ella—. Por otro lado, le diré que todavía tenemos mucho dinero, aunque últimamente alguien ha estado enviando informes falsos sobre nosotros a nuestros banqueros en América; ésa es la razón de que no nos hayan mandado dinero. De todas formas, ahora sé que nos llegará un día de éstos.

—Me alegro —dijo Ingmar—. Pero en mi patria decimos que es mejor fiarse del trabajo que haces que de tus ahorros.

Ella no dijo nada, e Ingmar comprendió que lo mejor era no seguir hablando del tema. Al cabo de un rato, la señora Gordon volvió a iniciar la conversación.

—Seguro que no era ésa la única objeción que tiene usted, Ingmar —dijo—. Habrá otras cosas que le disgusten.

Esta vez él se hizo de rogar mucho y ella tuvo que implorarle repetidamente antes de que se aviniera a decir lo que pensaba.

—Opino que no debería permitir que la gente hablara tan mal de ustedes —dijo al fin.

—¿Y cómo cree usted que podríamos impedirlo? —repuso ella.

—¿No cree que lo malo que se cuenta de la colonia se debe a que se las dan ustedes de santos? Si quisieran ser como los demás y dejar que la gente joven se casara, ya vería qué pronto acabarían las maledicencias.

Para asombro de Ingmar, la mujer se molestó menos por esta observación que por su propuesta de buscar trabajos remunerados.

—No es usted el primero que me lo dice. Pero si les pregunta a los colonos le dirán que quieren vivir una vida pura y sin tacha.

—Sí, es cierto —dijo Ingmar.

—Dios nos enviará una señal, si considera que hemos de cambiar algo al respecto —respondió la señora Gordon, y a partir de ahí la conversación murió.

Llegaron a la colonia temprano por la mañana, no más de las nueve. La última media hora, ella se había puesto nerviosa anticipando lo que se encontraría al llegar. Al ver la gran mansión nuevamente y notar que todo estaba en calma, dejó escapar un suspiro de alivio. Era como si hubiese temido que un espíritu forzado, tan populares en los cuentos orientales, se hubiera cargado la colonia a la espalda y hubiera echado a volar. Al aproximarse a la casa oyeron himnos.

—Aquí todo parece en orden —comentó la señora Gordon cuando el coche se detuvo ante el portal—. Por lo que oigo, están celebrando las oraciones de la mañana.

Ella tenía su propia llave de una de las entradas y, para no interrumpir el oficio, abrió el portal. A Ingmar le costaba caminar, la rodilla se le había agarrotado. La señora Gordon le rodeó la cintura con un brazo y le ayudó a entrar en el patio. Él se sentó en un banco en cuanto pudo.

—Vaya a comprobar cómo anda todo en la colonia, señora Gordon —dijo.

—Antes voy a vendarle la rodilla —repuso ella—. Hay tiempo. Como oye, están con las oraciones de la mañana.

—No —replicó Ingmar—, esta vez tiene que hacerme caso. Vaya inmediatamente a comprobar si ha pasado algo.

Ingmar se quedó sentado viendo cómo la señora Gordon subía la escalinata hasta el vestíbulo abierto que precedía la sala de asambleas. Al abrir ella la puerta, Ingmar oyó que alguien hablaba en voz alta en el interior; pero el discurso se cortó en seco. Luego la puerta se cerró y se hizo el silencio.

Ingmar no llevaba ni cinco minutos esperando cuando la puerta de la sala de asambleas se abrió con brusquedad. A continuación aparecieron cuatro hombres que llevaban en brazos a un quinto. Bajaron las escaleras y atravesaron el atrio en silencio, pasando junto a Ingmar. Él se inclinó y pudo ver la cara del hombre que llevaban en brazos. Era Godokin.

—¿Adónde le lleváis? —preguntó.

Los hombres se detuvieron.

—Lo vamos a bajar a nuestro depósito de cadáveres. Está muerto.

Ingmar se levantó horrorizado.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Nadie le ha puesto la mano encima —dijo Ljung Björn.

—¿Cómo ha muerto? —insistió Ingmar.

— Cuando acabamos de rezar las oraciones, este Godokin se levantó y pidió la palabra. Dijo que quería comunicarnos algo que nos alegraría. Más no pudo decir, porque la puerta se abrió y entró la señora Gordon. Nada más verla, Godokin dejó de hablar y su rostro se volvió de un gris ceniciento. Primero se quedó quieto pero la señora Gordon empezó a avanzar por la sala y, a medida que se acercaba, él retrocedía con el brazo en alto como para protegerse la cara. Su reacción nos pareció tan extraña que nos pusimos en pie de golpe, y entonces Godokin pareció recobrar la razón. Apretó los puños y tomó una bocanada de aire, como alguien que se enfrenta a un indecible terror, y echó a andar hacia la señora Gordon. «¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?», le preguntó. Entonces ella, muy seria pero serena, le miró y dijo: «Dios me ha ayudado.» «Ya lo veo», replicó él con los ojos desorbitados por el pánico. «Ya veo quién la guía.» «Yo también veo quién te guía a ti», repuso ella, «es Satanás». Entonces fue como si no soportara la visión de la señora Gordon por más tiempo, porque volvió a retroceder, de espaldas y protegiéndose el rostro con un brazo. Y ella caminaba hacia él, señalándole con un dedo extendido pero sin llegar a rozarle siquiera. «Veo que Satanás está tras de ti», repitió, y esta vez sus palabras tronaron de un modo terrible. A todos los que estábamos allí, nos pareció ver a Satanás de pie tras él y extendimos los brazos señalando al que veíamos mientras clamábamos: «¡Satanás! ¡Satanás!» Pero Godokin se escabullía entre las filas y aunque ninguno se movió, él gemía escandalosamente, como si le estuviésemos disparando o asestando golpes. Agazapado, se escurrió hasta la puerta. Pero cuando quiso abrirla todos volvimos a gritar: «¡Satanás! ¡Satanás!» Y entonces vimos cómo cayó de bruces y allí se quedó tendido. Y cuando nos aproximamos y lo tocamos ya había muerto.

— Era un traidor — dijo Ingmar —, merecía su castigo.

— Sí — dijeron los otros —, se lo merecía.

— ¿Pero qué tenía pensado hacer contra nosotros? — preguntó uno.

— Eso no lo sabe nadie — dijo otro.

— Quería destruirnos.

— Sí, pero ¿cómo?

— Nadie lo sabe.

— No; supongo que nadie lo sabrá nunca.

— Es una suerte que haya muerto — dijo Ingmar.

— Sí, es una suerte que haya muerto.

Todo ese día los colonos estuvieron muy agitados. Nadie sabía cuáles habían sido las intenciones de Godokin contra ellos, ni si con su muerte habían conseguido eludir el peligro. Pasaron las horas cantando y rezando en la sala de asambleas. Era como si la sensación de que Dios había terciado en su favor los transportase fuera de este mundo.

Varias veces durante aquel día creyeron notar que grupos de gente, mayoritariamente peregrinos rusos, merodeaban por los descampados alrededor de la colonia y se dedicaban a observar la casa. Creyeron entonces que Godokin había planeado un ataque y que esa masa incontrolada se proponía expulsarlos de su casa. Sin embargo, los rusos desaparecieron y el día transcurrió sin incidentes.

Al anoecer, la señora Gordon fue a ver a Ingmar, que yacía en la cama con la rodilla vendada. Le agradeció efusivamente su ayuda y se mostró muy amable con él. Ingmar le preguntó si sabía ya en qué consistían las malévolas maquinaciones del cónsul y Godokin contra la colonia.

—Hemos empezado a esclarecer lo que urdían. Querían secuestrar a la señorita Hunt, mi mejor amiga, que ha formado parte de la colonia desde sus inicios. Ella tiene un hermano que nunca ha querido aceptar el hecho de que su hermana se haya unido a nosotros. Acaba de llegar para un último intento de persuadirla de que nos abandone. Él estuvo aquí y habló con ella, pero al no obtener más que negativas, planeó llevársela mediante una artimaña. Primero pidió ayuda a nuestro cónsul y luego sobornó a Godokin para que éste consiguiese atraerla fuera de la colonia, a algún lugar donde pudieran secuestrarla. Probablemente, si alguien se extrañaba de que la mantuvieran encerrada, tenían pensado argüir que estaba loca o algo por el estilo. Además, su hermano estaba convencido de que, con tal de lograr separarla de mí, ella no tardaría en escuchar sus ruegos y le seguiría voluntariamente.

Ingmar contestó que sonaba creíble pero que no entendía lo que el cónsul había insinuado al decir que esperaba verse libre de todos los colonos, si únicamente era cuestión de uno solo.

—Sabía lo que se decía, sin duda —contestó la señora Gordon—. La señorita Hunt es la única de nosotros que posee una gran fortuna. Últimamente, el hermano ha retenido su dinero y el resto de nosotros hemos tenido que echar mano de lo poco que nos queda. Hemos estado ahorrando el máximo posible, pero sabemos que pronto nos quedaremos sin medios. Hace pocos días, el banquero de la señorita Hunt, que ya no podía seguir reteniendo lo que era suyo por más tiempo, había transferido finalmente su dinero y creíamos que el peligro había pasado. Entonces fue cuando intentaron llevársela por la fuerza, a fin de dejarnos sin recursos. Con el tiempo, las cosas habrían seguido el camino que ellos deseaban, habríamos tenido que disolver la colonia, Ingmar.

—Ese Godokin era un auténtico traidor —masculló él.

—Hemos corrido un gran peligro —dijo ella muy seria—. Su plan consistía en que, de no poder llevarse a la señorita Hunt por las buenas, Godokin habría espoleado a sus compatriotas, los peregrinos rusos, contra nosotros diciéndoles que reteníamos a una mujer contra su voluntad, para que asaltasen la colonia y la liberasen. Algunos amigos de Godokin han venido preguntando por él y les

hemos explicado cómo ha muerto. Y ellos han comprendido que Godokin ha recibido el castigo que merecía por querer traicionar a sus amigos. No nos harán ningún daño.

Ingmar felicitó a la señora Gordon.

—Tengo la firme impresión de que Dios quiere que esta colonia permanezca en Jerusalén —dijo.

—Ingmar Ingmarsson, sólo quería decirle que me haría muy feliz devolverle el favor que nos ha hecho. ¿No quiere decirme qué espera conseguir de su viaje a Jerusalén, a fin de que yo pueda ayudarle?

Ella sabía, efectivamente, lo que había traído a Ingmar a Jerusalén, y ningún otro día habría estado dispuesta a ayudarle a realizar semejantes deseos; pero en aquellos momentos no había nada más importante para ella que ayudar a aquel que les había salvado.

Tras oír el ofrecimiento, Ingmar bajó la vista y se tomó su tiempo.

—Primero tiene que prometerme que no se ofenderá por lo que le pida —dijo. Ella repuso que se mostraría razonable—. Bien, el asunto que me ha traído aquí va a llevar mucho tiempo y me resulta muy tedioso no tener un trabajo de la clase a la que estoy acostumbrado. —La señora Gordon lo comprendía—. Así pues, si usted quisiera hacerme un favor, sería magnífico que pudiera arreglar que yo me hiciera cargo del molino del pachá Baram. Ya sabe que yo no he renunciado a ganar dinero como el resto de ustedes, y ese trabajo me gustaría mucho.

La señora Gordon lo miró fijamente, pero los ojos de él estaban casi cerrados y su rostro carecía de toda expresión. Ella estaba sorprendida de que no hubiera pedido otra cosa; pero al mismo tiempo, se alegraba de ello.

—No sé por qué no habría de ayudarle con eso —dijo—. No hay nada incorrecto en ello. Además, a nosotros también nos conviene complacer los deseos del pachá Baram.

—Sí, ya sabía yo que me ayudaría —dijo Ingmar, y le dio las gracias.

Al despedirse, ambos se sentían muy satisfechos.

El combate de Ingmar

Ingmar se ha hecho cargo del molino del pachá Baram. Trabaja allí de molinero y ora un colono ora otro vienen a ayudarlo con sus tareas.

Pero de toda la vida es sabido que los molinos son sitios muy llenos de duendes y otros embrujos, y los colonos no tardan en notar que nadie puede pasar una jornada dentro del molino del pachá Baram, oyendo el crujido de las piedras, sin quedar como hechizado.

Todos y cada uno de los que se sientan ahí y escuchan el rodar de las muelas acaban comprendiendo que lo que cantan es lo siguiente: «Molemos harina, ganamos dinero, somos útiles, pero ¿y tú?, ¿qué haces tú?, ¿qué haces tú?» Y quien lo oye siente despertar un incontenible deseo de ganarse el pan con el sudor de su frente.⁵⁷ Es una auténtica fiebre lo que le sobreviene mientras permanece allí sentado, escuchando las muelas del molino. Empieza a preguntarse para qué sirve él, de qué es capaz, si no podría hacer algo para apoyar económicamente a la colonia.

Los que han trabajado en el molino un par de días no hacen otra cosa que hablar de los valles cultivables que yacen estériles en el país, hablan de las montañas en que deberían plantarse extensos bosques, y de las viñas abandonadas que piden a gritos la presencia de vendimiadores.

Y cuando las piedras de molino llevan emitiendo su canto un par de semanas, llega un día en que los labriegos suecos arriendan una parcela de tierra en el llano de Sarón y empiezan a labrarla y sembrarla.

Poco después adquieren un par de extensas viñas en el monte de los Olivos.

Y al cabo de un poco más de tiempo, toman a su cargo la construcción de un canal de riego en uno de los valles.

Una vez que los suecos han comenzado, se les suman los americanos y los sirios de la colonia. Empiezan a trabajar en escuelas, consiguen una cámara y viajan por todo el país sacando fotografías que luego venden a los turistas; en un rincón de la colonia establecen un pequeño taller de orfebrería.

La señorita Young no tarda mucho en convertirse en la directora de la escuela del efendi Achmed, en la cual también consiguen trabajo jóvenes suecas que dan clases de costura y labores de punto a las niñas musulmanas.

⁵⁷ Referencia al Génesis 3:19. (*N. de la T.*)

A finales del verano, la colonia es un hervidero; los colonos son más laboriosos que las hormigas.

Y si uno se para a pensar, descubre que no ha ocurrido ninguna desgracia en todo el verano, nadie ha muerto desde que Ingmar se hizo cargo del molino.

Tampoco hay nadie a quien la maldad de Jerusalén haya vuelto loco de dolor. Todos están radiantes de satisfacción, aman su colonia más que nunca, hacen planes, planifican nuevas empresas. Sólo les faltaba esto para ser felices de verdad. Y ahora todos opinan que fue la divina providencia quien quiso que empezaran a ganarse el pan mediante su trabajo.

En septiembre, Ingmar le traspasa el molino a Ljung Björn y ya no sale a trabajar fuera de la colonia. Él y Gabriel van a construir una especie de cobertizo en los yermos descampados de los alrededores. Pero nadie sabe para qué servirá, a nadie se le permite ver cómo lo equipan, es un secreto. Cuando el cobertizo finalmente está listo, Ingmar y Gabriel viajan a Jafa y negocian trabajosamente con los colonos alemanes de la ciudad. Al cabo de dos días están de vuelta a lomos de dos magníficos caballos pardos.

Éstos son ahora propiedad de la colonia y cabe aquí decir que, si un sultán o un emperador hubiese llamado a la puerta declarando que quería unirse a su comunidad, no habría sido mejor recibido.

¡Ay Señor, cómo se cuelgan y descuelgan los niños de esos caballos, y qué orgulloso está el labriego que puede labrar la tierra con esos animales! Están mejor almohazados que ningún otro caballo de Oriente Medio y no pasa una noche sin que un campesino se acerque a la cuadra para asegurarse de que el pesebre está lleno.

Por la mañana, el que coloca los arreos a los caballos no puede evitar pensar: «No es tan duro vivir en este país; ahora siento que me va a gustar. ¡Qué lástima que Tims Halvor no pudiese participar de todo esto! Si hubiese podido trabajar con caballos así, no se habría muerto de pena.»

Érase una mañana de septiembre. Muy temprano, antes del alba, Ingmar y Gabriel salieron de la colonia. Iban rumbo al monte de los Olivos a trabajar en una de las viñas que los colonos habían arrendado.

Cabe decir que ambos casi nunca se avenían. No es que se hubiera declarado abiertamente una enemistad entre ellos, sencillamente nunca estaban de acuerdo en nada. Y ahora que iban a subir al monte de los Olivos empezaron a discutir sobre la ruta a seguir. Gabriel quería dar un largo rodeo por las colinas pues afirmaba que ese camino era más fácil en la oscuridad. Ingmar quería tomar un atajo por un camino más difícil que bajaba por el valle de Josafat y luego ascendía al monte en línea recta.

Después de discutirlo un rato, Ingmar propuso que fueran cada uno por su lado y así se vería quién llegaba primero. Gabriel aceptó y enfiló el camino que había propuesto, mientras Ingmar se iba por el otro.

Tan pronto Gabriel se hubo ido, a Ingmar le sobrevino la profunda nostalgia que siempre le embargaba en cuanto se encontraba solo. «¿No se apiadará de mí Nuestro Señor y me dejará regresar a casa? —se dijo—. ¿No me ayudará a llevarme a Gertrud de Jerusalén?»

—Es curioso que el motivo de mi viaje hasta aquí sea justamente en lo que menos avanzo —dijo a media voz mientras caminaba a oscuras cavilando—. No he podido acercarme ni un paso más a ella. En cambio, con todo lo otro me ha ido mejor de lo que cabía esperar. Francamente, creo que esta gente nunca se hubiera puesto a trabajar de no ser por mí.

«Ha sido bonito observar cómo las ansias de trabajar se han ido adueñando de ellos poco a poco —continuó pensando—. Sí, ha habido muchas cosas buenas e instructivas que ver aquí; pero es inevitable que añore mi tierra. Esta ciudad me da miedo, no puedo quitármelo de la cabeza, y hasta que pueda marcharme no dormiré tranquilo. A veces, incluso llego a pensar que moriré aquí y nunca volveré a ver a Barbro ni a Ingmarsgården.»

Pensando estas cosas, Ingmar había llegado al fondo del valle sin darse cuenta. Muy por encima de él, perfilándose contra el cielo nocturno, se cernía la muralla rematada de almenas de la ciudad, mientras que unas elevadas cúspides le aprisionaban por los cuatro costados.

«Después de todo, es un sitio horrible para atravesarlo de noche», pensó. Y entonces se percató de que debía pasar por delante de los cementerios musulmán y judío. Y al mismo tiempo recordó un suceso que acababa de tener lugar en Jerusalén. Cuando se lo contaron el día anterior no le había afectado más que otras cosas que se decían respecto a la Ciudad Santa; pero ahora, en la oscuridad nocturna, se le antojó espantoso y atroz.

La cuestión era que en el barrio judío había un pequeño hospital conocido en toda la ciudad porque siempre andaba falto de pacientes. Ingmar había pasado por delante muchas veces, había mirado por las ventanas y siempre había visto las camas vacías. Sin embargo, esto tenía una explicación natural, como no podía ser de otro modo. Resulta que el hospital lo había fundado una pareja de misioneros ingleses que sólo admitían a pacientes judíos con la finalidad de aprovechar la oportunidad de convertirlos. Pero los judíos, temerosos de que fueran obligados a comer alimentos prohibidos, no estaban dispuestos a ingresar allí.

Unos días atrás, había llegado una paciente a ese hospital. Se trataba de una anciana judía sin recursos que se había caído y roto la pierna justo frente al hospital. La entraron y la atendieron pero, no obstante, a los dos días falleció. Antes de morir, la mujer les había hecho prometer solemnemente, tanto a las

enfermeras como al médico, que se asegurarían de que fuera enterrada en el cementerio judío del valle de Josafat.⁵⁸ Les explicó que ella había viajado a Jerusalén en su vejez solamente para disfrutar de este privilegio. Si no eran capaces de darle su palabra, más les habría valido dejarla morir en la calle. Tras la defunción de la anciana, los ingleses mandaron recado al responsable de la comunidad judía y le pidieron que enviase a recoger el cadáver para ser enterrado. Sin embargo, la respuesta de los judíos fue tajante: la anciana, muerta en un hospital cristiano, no podía ser enterrada en el cementerio judío. Los misioneros intentaron persuadir a los judíos para que cedieran. Incluso habían solicitado hablar con la máxima jerarquía rabínica, pero todo fue en vano. La única opción que les quedaba era inhumar ellos mismos a la difunta. Sin embargo, no querían que la mujer se viese privada de aquello que tanto anhelaba. Así pues, sin preocuparse de las prohibiciones hebreas, cavaron una tumba en el cementerio del valle de Josafat y allí dieron sepultura a la anciana judía. Los judíos no hicieron nada para impedirlo, pero al día siguiente fueron al valle, excavaron la sepultura y sacaron el féretro. Y los ingleses, empeñados en mantener su palabra, apenas supieron que la anciana había sido desalojada de su tumba volvieron a darle sepultura en el mismo lugar. A la noche siguiente, sin embargo, fue desenterrada de nuevo.

Ingmar se detuvo súbitamente y aguzó el oído. «¿Quién sabe? —pensó—. Quizá los profanadores de tumbas hayan salido esta noche también.» Al principio no oyó nada, pero luego percibió un tintineo, como una herramienta de hierro tocando piedra. Rápidamente, dio unos pasos en dirección al ruido, se detuvo y prestó atención. Ahora distinguió claramente que cavaban la tierra con palas y arrojaban pedruscos y grava. Volvió a avanzar y de nuevo oyó una frenética actividad. «Por lo menos cinco o seis palas en acción. Qué horrible pensar que hay personas capaces de ensañarse con un muerto de esta manera.»

Al son de aquellas palas, Ingmar empezó a notar que una furia terrible crecía en su interior. «Esto no es asunto tuyo —se decía para calmarse—, tú no tienes nada que ver.» Sin embargo, la sangre se le subía a la cabeza y tenía la impresión de que se le agolpaba en la garganta impidiéndole respirar. «Es tan perverso y atroz estar aquí escuchando estos ruidos, nunca he oído algo más atroz.» Finalmente se detuvo. Y blandió un puño. «Ahora veréis, truhanes —dijo para sus adentros—. Llevo demasiado rato escuchándoos. Si creéis que me quedaré cruzado de brazos mientras profanáis una tumba, estáis muy equivocados.»

Corrió con pasos rápidos y sigilosos. De pronto se sintió aliviado y casi alegre. «Seguramente es una locura, pero me gustaría saber qué habría dicho

⁵⁸ Valle de Josafat significa «valle de la decisión». Las tradiciones judía, cristiana y musulmana lo consideran el lugar donde Yahvé reunirá a todas las naciones para juzgarlas. (*N. de la T.*)

padre si el último día de su vida alguien que le viera adentrarse en el río para salvar a aquellos niños le hubiese gritado que tuviese cuidado y se quedara en la orilla. Ahora me toca a mí hacerme valer, al igual que lo hizo él. Porque ante mí fluye un río de maldad y sus aguas oscuras y furiosas se llevan a vivos y muertos por delante; y ya no puedo quedarme quieto en la orilla por más tiempo. Ha llegado la hora de mojarme y luchar contra la corriente.»

Finalmente llegó al borde de un hoyo en el cual unos hombres trabajaban frenéticamente. No llevaban ni velas ni faroles sino que excavaban, como podían, a oscuras. Ingmar no veía cuántos eran y tampoco lo preguntó al saltar al hoyo. A uno de ellos le arrebató la pala y empezó a repartir golpes a diestra y siniestra. Les había pillado tan por sorpresa que los hombres se quedaron paralizados de pavor. Y al punto salieron corriendo sin ofrecer resistencia. Al cabo de unos instantes Ingmar se encontró solo.

Su primera tarea fue echar la tierra excavada al hoyo nuevamente; después empezó a pensar en lo que debía hacer a continuación. No le pareció aconsejable abandonar el lugar antes del amanecer porque probablemente los profanadores volverían. Por tanto, se quedó junto a la sepultura esperando. Aguzó el oído tensándose ante el mínimo ruido; pero en un principio sólo había silencio. «Me cuesta creer que un hombre solo les haya hecho huir muy lejos», pensó. Entonces percibió un suave crujido procedente de la grava que cubría las tumbas circundantes. Le pareció distinguir unas siluetas negras que se deslizaban y agazapaban entre las lápidas del suelo. «Ahora la cosa va en serio», pensó levantando la pala para defenderse. De pronto una lluvia de guijarros grandes y pequeños cayó a su alrededor, ensordeciéndole por completo al tiempo que unos tipos se abalanzaban sobre él e intentaban derribarlo.

La lucha fue dura. Ingmar era un hombre muy fuerte y empezó a tirar a uno tras otro al suelo. Sin embargo, sus adversarios luchaban con valentía y no parecían dispuestos a cejar. Al final, uno de ellos cayó a los pies de Ingmar y éste tropezó con su cuerpo. Cayó pesadamente al suelo sintiendo un dolor terrible en un ojo. El dolor le paralizó por completo. Notó que se abalanzaban y lo ataban, pero fue incapaz de resistirse. El dolor era tan agudo e intenso que absorbía toda su fuerza y en un primer momento creyó que iba a morir.

Entretanto, Gabriel no había dejado de pensar en Ingmar desde el momento en que se separaron. Al principio andaba deprisa, ya que quería llegar a la cima antes que él, pero al cabo de un rato aminoró el paso. Se rió de sí mismo. «Lo que es seguro es que da igual cuánta prisa me dé, nunca seré tan rápido como Ingmar. No conozco a nadie que tenga tanto éxito en todo lo que se propone, ni que posea semejante capacidad de imponer su voluntad. Tengo que resignarme a que acabará llevándose a Gertrud de vuelta a Dalecarlia, ¿cómo no iba a ser

así? Después de todo, en la colonia hace seis meses que todo se rige por su voluntad.»

Pero cuando Gabriel llegó al punto de encuentro en el monte de los Olivos, no halló a Ingmar allí, como había esperado, lo cual le complació sobremanera. Empezó a trabajar y continuó haciéndolo un buen rato. «Por una vez, habrá tenido ocasión de admitir que se ha equivocado de camino», pensó Gabriel.

Al clarear, como tampoco entonces apareciera Ingmar, empezó a temer que le hubiera ocurrido algo. «Curiosamente, aunque no tenga muchos motivos para que me guste Ingmar, creo que me sentiría desolado si le pasara algo malo.»

Amanecía rápidamente y al bajar por el valle de Josafat, Gabriel no tardó en encontrar a Ingmar tendido entre dos lápidas funerarias. Estaba maniatado y yacía inmóvil, pero al oír los pasos levantó la cabeza.

— ¿Eres tú, Gabriel? — preguntó.

— Sí, ¿cómo estás? — Al punto vio el rostro de Ingmar. Tenía ambos ojos cerrados, uno de ellos muy hinchado y la comisura del párpado sangraba—. ¿Qué te has hecho, hombre de Dios? — exclamó sorprendido.

— Me he peleado con los profanadores de tumbas, y caí sobre uno de ellos. El tipo empuñaba un cuchillo que se me clavó de lleno en el ojo.

Gabriel se arrodilló y empezó a desatar las cuerdas que le ligaban las muñecas.

— Pero ¿cómo te peleaste con los profanadores de tumbas?

— Cuando pasaba por el valle los oí cavar.

— Y tú, al ver que desenterraban a la pobre judía también esta noche, no pudiste permanecer impasible.

— Sí — dijo Ingmar —, no podía.

— Muy noble de tu parte — dijo Gabriel.

— De eso nada, fue una estupidez; pero no pude evitarlo.

— Nos haces sombra a todos, Ingmar — repuso Gabriel, que se emocionaba fácilmente y apenas podía contener las lágrimas—. Por mucho que uno se resista, acaba queriéndote.

En el monte de los Olivos

Ingmar fue atendido por un oftalmólogo de la gran clínica inglesa donde se trataban las patologías oculares, el cual acudía diariamente a la colonia para cambiarle las vendas. El ojo herido cicatrizaba rápidamente y bien, e Ingmar pronto se sintió suficientemente recuperado como para levantarse de la cama.

Sin embargo, una mañana el médico constató que el ojo sano mostraba signos de enrojecimiento e hinchazón. Preocupado, prescribió un tratamiento de choque y a continuación le dijo a Ingmar que lo mejor que podía hacer era marcharse de Palestina cuanto antes.

—Me temo que le han contagiado el peligroso tracoma típico de Oriente. Haré cuanto esté en mi mano por usted, pero el ojo al final sucumbirá a la infección, puesto que el microbio se encuentra en el aire. Si no se marcha, en el plazo de dos semanas se quedará ciego —le advirtió sin rodeos.

La colonia quedó consternada por la noticia, no sólo los parientes de Ingmar sino también el resto de los colonos. Todos se decían que Ingmar había hecho una de las mejores acciones que quepa imaginar al inducirles a ganarse el pan con el sudor de su frente como la mayoría de las personas del mundo, y que un hombre así nunca debería abandonar la colonia. No obstante, todos eran de la opinión de que Ingmar debía partir. La señora Gordon decidió que uno de los hermanos le acompañara, ya que no estaba en condiciones de viajar solo.

Ingmar estuvo mucho tiempo escuchando los comentarios acerca de su supuesta partida y al final dijo:

—No es completamente seguro que me quede ciego si no me voy.

La señora Gordon le preguntó qué pretendía.

—Todavía no he terminado el asunto que me trajo aquí —repuso él.

—¿Está diciendo que no quiere irse?

—Así es; sería muy duro para mí tener que volver solo a casa.

Entonces, el gran aprecio que la señora Gordon le tenía se demostró a las claras, ya que fue directamente a hablar con Gertrud para explicarle que Ingmar se negaba a partir, a pesar de que corría el riesgo de perder la visión si se quedaba.

—Supongo que sabes qué le impide partir —añadió.

—Sí, lo sé —contestó Gertrud.

Gertrud la miró dubitativa, pero la señora Gordon no dijo nada más. No podía exhortarla abiertamente a quebrantar las leyes vigentes en la colonia,

pero Gertrud comprendió que cualquier cosa que hiciese por Ingmar le sería perdonada.

Durante todo el día no dejó de acercársele gente a Gertrud para hablarle de Ingmar. Nadie se atrevió a decirle directamente que debía acompañarle de vuelta a casa; sin embargo, los campesinos suecos se sentaban con ella y le explicaban la hazaña de aquel héroe que había luchado por la dignidad de la anciana judía en el valle de Josafat, y dijeron que ahora Ingmar había demostrado ser un noble vástago del venerable árbol familiar. «Sería una verdadera lástima que un hombre así quedara ciego», decían.

—Vi a Ingmar el día que se celebró la subasta en Ingmarsgården —le dijo Ljung Björn en una ocasión—, y te aseguro que si le hubieras visto ese día, nunca habrías podido enfadarte con él.

A su vez, Gertrud, tenía la impresión de que se debatía en uno de esos sueños en que uno quiere correr y sin embargo no da ni un paso. Quería ayudar a Ingmar pero no sabía cómo reunir las fuerzas para hacerlo. «¿Cómo voy a hacer eso por él si ya no lo quiero? —se debatía en su dilema—. ¿Y cómo voy a dejar de hacerlo sabiendo que si no lo hago se quedará ciego?»

Al anoecer, bajo el gran sicomoro que crecía a las puertas de la colonia, Gertrud seguía pensando en que debía seguir a Ingmar, pero que le faltaban fuerzas para tomar una decisión. Entonces Gabriel fue a reunirse con ella.

—Ocurre que una desgracia puede alegrarnos y un golpe de suerte llenarnos de tristeza —le dijo.

Gertrud se volvió hacia él y lo miró con ojos espantados. No dijo nada pero él comprendió lo que pensaba: «¿También tú andas tras de mí para acosarme?» Se mordió el labio y su cara se contrajo en un rictus de indecisión, pero al instante se sobrepuso y dijo lo que había venido a decir:

—Cuando existe una persona a la que amas más que a nada, siempre tienes miedo de perderla. Y el peor modo de perderla es descubriendo que su corazón es demasiado duro para conceder y perdonar.

Gabriel pronunció estas duras palabras muy dulcemente y Gertrud, en vez de enojarse, se echó a llorar. Recordó el sueño en que le pinchaba los ojos a Ingmar. «Ahora resulta que aquel sueño se ha cumplido y que mi corazón es tan duro y vengativo como lo era en la pesadilla —pensó—. Seguramente, Ingmar perderá la vista por mi culpa.» Una profunda tristeza la invadió, pero aun así el sentimiento de impotencia que la dominaba no cedió un ápice. Cuando llegó la noche y se fue a acostar, todavía no había tomado una decisión.

Por la mañana se levantó muy temprano y salió rumbo al monte de los Olivos. No había vuelto a subir allí desde el día en que vio al derviche; pero pensó que necesitaba ir para poder pensar a solas sobre la decisión que debía tomar. Durante todo el camino luchó contra la indecisión que la atenazaba. Sabía lo que debía hacer; pero su voluntad estaba anulada y era incapaz de

sobreponerse. Recordó la ocasión en que había visto una golondrina caída que golpeaba el suelo con las alas, sin conseguir el impulso suficiente para levantar el vuelo. Así se sentía ella, no hacía más que agitar sus alas sin moverse.

Cuando hubo alcanzado la cima del monte y llegó al lugar habitual en que solía esperar la salida del sol, descubrió que el derviche que tanto se parecía a Jesús estaba allí. Se hallaba sentado con las piernas cruzadas y sus grandes ojos observaban Jerusalén desde la altura. Ni por un segundo olvidó Gertrud que el hombre sólo era un pobre derviche cuyo único mérito consistía en que exigía de sus adeptos que danzaran con más frenesí que él. Sin embargo, al ver su rostro con oscuras ojeras y las huellas del dolor en las comisuras de la boca, un escalofrío le recorrió la espalda. Se quedó quieta observándole, con las manos entrelazadas.

No se hallaba en un sueño, no se había dejado transportar por una alucinación, sólo era ese gran parecido el que la incitaba a atribuir poderes divinos a aquella persona. De nuevo volvió a creer que bastaría con que él quisiera aparecer en público para demostrar que había llegado más allá de todas las ciencias. Creía que las olas y las tempestades obedecían su voz, creía que había vaciado el cáliz del sufrimiento hasta la última gota, creía que todos sus pensamientos iban dirigidos a algo desconocido que nadie más que él era capaz de indagar.

Comprendió que de haber estado enferma, el mero hecho de estar allí observándole la habría sanado. «No puede ser una persona corriente —pensó—. Siento que una dicha celestial desciende sobre mí tan sólo con verle.»

Llevaba largo rato junto al derviche sin que él diese señales de advertir su presencia, cuando súbitamente se giró hacia ella. Gertrud retrocedió ante aquellos ojos, como si no soportara su mirada. Él la observó con calma y en silencio durante todo un minuto, luego extendió su mano para que se la besara como solían hacer sus discípulos. Y Gertrud besó aquella mano con toda humildad. A continuación, él, amable pero serio, le hizo señas de que siguiera su camino y dejara de importunarle.

Gertrud, obediente, se alejó y descendió sin prisas la montaña. Se le antojaba que aquella manera de despedirse de ella estaba cargada de significado. Era como si le hubiese dicho: «Durante un tiempo tu corazón ha sido mío y me has servido, pero ahora te dejo libre. ¡Vive ahora en el mundo para tus prójimos!» Sin embargo, a medida que se acercaba a la colonia el dulce embrujo desaparecía. «Sé muy bien que no es Jesucristo. No creo en absoluto que sea Jesucristo», se decía. Pero la visión de aquel hombre había obrado una gran transformación en ella. Por el mero hecho de evocar ante sus ojos la imagen de Cristo, le parecía que cada piedra del paisaje repetía las sagradas enseñanzas que éste había impartido en aquella tierra, y que las flores proclamaban la delicia de andar por los caminos que había pisado él.

Cuando Gertrud llegó a la colonia fue derecha a ver a Ingmar.

—Ingmar, ahora sí me iré a casa contigo —le dijo.

El pecho de él se elevó un par de veces en profundas inhalaciones de gran alivio. Tomó las manos de Gertrud entre las suyas y las apretó.

—Dios acaba de mostrarse muy bondadoso conmigo —dijo.

«Volveremos a encontrarnos»

La colonia vivía un extraordinario ajeteo. Los labriegos de Dalecarlia tenían demasiado que hacer cada uno en su cuarto y no les quedaba tiempo para ocuparse de las tareas del campo y las viñas; por su parte, los niños suecos tenían permiso de la escuela para quedarse a trabajar en casa.

Se había decidido que Ingmar y Gertrud partirían al cabo de dos días y por tanto había que afanarse en preparar todo lo que se quisiera enviar con los que regresaban a casa. Ahora, quien quisiera, tenía la ocasión de enviar un pequeño recuerdo a sus ex compañeros de clase, o a viejos amigos que se habían mantenido fieles toda la vida. Era hora de sacar a la luz el cariño que todavía pudiera uno albergar por ese o aquel de quien se había distanciado, y a quien incluso le había negado el saludo durante los primeros y rígidos tiempos de la comunidad, y por los juiciosos mayores cuyos consejos fueron mal recibidos antes del éxodo. También era la ocasión para darles una pequeña alegría a los padres o a la novia que habían quedado atrás, así como al párroco de la vieja iglesia y al maestro de la escuela, que los había educado a todos.

Ljung Björn y Kolås Gunnar se pasaban el día con la pluma en sus rudos puños, escribiendo cartas a parientes y amigos, mientras Gabriel tallaba tacitas de madera de olivo y Karin Ingmarsdotter preparaba, en muchos paquetes distintos, fotografías del jardín de Getsemaní y la iglesia del Santo Sepulcro, de la espléndida mansión donde residían y la magnífica sala de asambleas.

Los niños, con gran esmero, hacían dibujos a la tinta sobre finas láminas de madera de olivo, tal como habían aprendido en la escuela americana, y montaban con cola marcos para fotografías que luego adornaban con toda suerte de semillas, granos y pepitas de Oriente.

Märta Ingmarsdotter recortó su tela de lino y se puso a bordar iniciales en toallas y servilletas destinadas a su cuñado y su cuñada. Y se sonreía pensando en que ahora los de casa verían que, a pesar de haber emigrado a Jerusalén, no había olvidado cómo tejer una buena tela.

Las dos hijas de Ingmar Ingmarsson que habían estado en América liaban redondeles de lino sobre tapas de botes de confitura de melocotón y albaricoque, en cuyo fondo escribían nombres de seres queridos que no podían recordar sin que los ojos se les humedeciesen.

La esposa de Israel Tomasson amasaba con el rodillo una pasta para galletas de jengibre mientras vigilaba un pastel que tenía en el horno. El pastel se lo comerían Ingmar y Gertrud durante el viaje, pero las galletas, que se

conservaban muchísimo tiempo, eran para la vieja de la choza de Myckelsmyra, aquella que, sobria y arreglada, les había hecho los honores a la vera del camino el día de su partida, y para Eva Gunnarsdotter, que en su día perteneció a la comunidad.

A medida que los pequeños paquetes iban quedando listos, los llevaban al cuarto de Gertrud, quien los metía en un gran baúl. De no ser porque había nacido en la parroquia, Gertrud no habría podido encargarse de buscar el destinatario correcto de todo ese montón de cosas, ya que en algunos paquetes las direcciones eran de lo más raras. Tuvo que darle muchas vueltas antes de deducir dónde podría encontrar a «Frans que vivía en la encrucijada», o a «Lisa, hermana de Per Larsson», o «Eric, que hace dos años servía en casa del juez del distrito».

Gunnar, el hijo de Ljung Björn, fue quien preparó el paquete más grande, para «Karin, la que se sentaba a mi lado en la escuela y vivía en el bosque de abetos». Gunnar había olvidado por completo el patronímico de Karin; sin embargo, le había confeccionado un par de zapatos de charol con tacones altos y torneados. No le cabía duda de que era el mejor par de zapatos que jamás se hiciera en la colonia.

—¡Y dile de mi parte que venga aquí conmigo, tal como acordamos cuando me fui! —dijo al confiarle el paquete a Gertrud.

En cambio, los más notables entre los labriegos, fueron a ver a Ingmar y le entregaron cartas y le confiaron importantes cometidos.

—Ve a ver al párroco y al asesor del juez y al maestro —le dijeron para acabar—, y cuéntales cómo tú, con tus propios ojos, has visto que vivimos bien, en una casa de verdad y no en chozas de barro; y que tenemos trabajo y no nos falta comida, y que llevamos una vida decente.

Desde el momento en que Gabriel encontró a Ingmar en el valle de Josafat, su antigua amistad cobró nueva vida. Tan pronto Gabriel disponía de un momento libre se iba a ver a Ingmar, que debido a su estado dormía solo en una habitación para huéspedes. En cambio, el día en que Gertrud bajó del monte de los Olivos y prometió seguir a Ingmar a Dalecarlia, Gabriel no se presentó en el cuarto del enfermo. Ingmar preguntó varias veces por su amigo pero nadie supo dar con él.

A medida que el día avanzaba, Ingmar se fue inquietando más y más. En un primer instante, cuando Gertrud le anunció que le seguiría, le había embargado un sentimiento de paz y felicidad. Sólo sentía gratitud por poder llevarse a Gertrud de aquel peligroso país donde ella había ido a parar por culpa suya. Pero, aunque ciertamente seguía alegrándose por ello, la añoranza por su mujer aumentaba minuto a minuto. Lo que se había propuesto se le antojaba irrealizable. A veces le embargaba un enorme deseo de contarle toda su historia a Gertrud; pero tras reconsiderarlo a fondo, no se atrevía. En primer

lugar, apenas supiera ella que él no la quería se negaría a regresar con él a Suecia. Luego, él no sabía a quién quería Gertrud, si a él o a otro. En ocasiones había creído que se trataba de Gabriel, pero últimamente se veía obligado a reconocer que durante todo el tiempo que Gertrud había vivido en la colonia sólo había amado a aquel a quien había estado esperando en el monte de los Olivos. Y ahora que Gertrud volvía al mundo, tal vez su antiguo amor por Ingmar renaciera en ella. Y si esto ocurría, lo mejor sería que él la desposara y procurase hacerla feliz en lugar de pasarse la vida anhelando a la mujer que nunca más podría ser suya.

Sin embargo, aunque procuraba conformarse de este modo, aquel doloroso sentimiento se hacía más intenso por momentos. Sentado allí con los ojos vendados veía continuamente el rostro de su mujer. «Sin duda algo muy fuerte nos une —pensaba—. Nadie más que ella ejerce poder sobre mí. Sé lo que me impulsó a acometer esta empresa. Fue para ser como mi padre; del mismo modo que él trajo a mi madre a casa a la salida de la cárcel, había pensado yo traer a Gertrud tras llevármela de Jerusalén. Pero ahora me doy cuenta de que no puede irme igual a mí que a padre. Tengo todas las de perder porque mi corazón no es tan fiel como el suyo.»

Al caer el día vino Gabriel, por fin, a visitarlo. Se quedó junto a la puerta como si tuviera la intención de marcharse enseguida.

—Dicen que has preguntado por mí —dijo.

—Sí —respondió Ingmar—. Es que me marchó.

—Sí, ya sé que está todo arreglado.

La venda cubría los ojos de Ingmar. Giró la cabeza en la dirección en que se hallaba Gabriel, como si pudiera verle.

—Parece que tienes prisa —dijo.

—Tengo bastante que hacer —repuso Gabriel, dispuesto a marcharse.

—Hay algo que quería preguntarte.

Gabriel se detuvo.

—He pensado que tal vez no te importaría hacer un viaje a Suecia de un mes o dos —continuó Ingmar—. Creo que tu padre se alegraría mucho de verte.

—No sé cómo se te ha podido ocurrir semejante idea.

—Si te apeteciera acompañarnos yo costearía los gastos del viaje.

—¿De verdad? —dijo Gabriel.

—Sí. He pensado que me gustaría darle al bueno de Hök Matts la alegría de verte de nuevo antes de que muera.

—Por lo visto, pretendes llevarte toda la colonia —comentó Gabriel con ironía.

Ingmar se quedó sin habla. Convencer a Gabriel de que los acompañara a Suecia había sido su última esperanza. «Creo que Gertrud acabaría queriéndole si él viniese con nosotros —había pensado—. Comparten una misma fe y se han

acostumbrado a estar juntos aquí en la colonia. Además, el hecho de que él la ame debería contribuir lo suyo.» Al cabo de unos instantes, sin embargo, volvió a renovar sus esperanzas. «Tal vez la culpa sea mía, se lo he pedido mal», pensó.

—Bueno —dijo—, para serte franco te diré que te lo pido sobre todo por mí. Gabriel no respondió. Así que Ingmar continuó:

—No logro hacerme a la idea de cómo nos irá a Gertrud y a mí en este viaje tan penoso. Si tengo que hacerlo en mi actual estado, con los ojos vendados, me resultará muy difícil arreglármelas con los pequeños botes de remos que le llevan a uno a los vapores. Y tampoco me será fácil trepar por escalas y cosas por el estilo. Nos resulta casi imprescindible un acompañante.

—En eso seguramente tienes razón —dijo Gabriel.

—Gertrud tampoco sabrá comprar los pasajes.

—Estoy de acuerdo en que deberías llevar a alguien contigo —asintió Gabriel.

—Me alegra que lo comprendas.

—Deberías proponérselo a Hellgum. Él es el que está más acostumbrado a viajar de todos nosotros.

Ingmar volvió a callar. Cuando habló de nuevo, se sentía muy abatido.

—Había esperado convencerte de que vinieras.

—No, de mí no lo esperes —dijo Gabriel—. Yo soy muy feliz aquí en la colonia. Puedes conseguir que cualquiera de los otros colonos te acompañen.

—No es lo mismo llevarse a uno que a otro. Te conozco mucho más a ti que a los demás.

—Sí, pero yo no puedo ir —dijo Gabriel.

Ingmar se inquietaba cada vez más.

—Me decepcionas. Pensaba que lo que dijiste acerca de que querías ser mi amigo significaba algo.

—Te agradezco el ofrecimiento pero no me harás cambiar de opinión —replicó Gabriel—. Y ahora debo ir a ocuparme de mis asuntos.

Y se apresuró a marcharse sin darle a Ingmar tiempo para añadir ni una palabra.

Nadie hubiera dicho que Gabriel tuviera tanta prisa como afirmaba, pues salió por el portón con parsimonia y se sentó bajo el gran sicomoro. Ya había anochecido y no quedaba ni rastro de claridad diurna; pero las estrellas y una pequeña y penetrante luna nueva daban a la noche una bella luminosidad.

No llevaba allí ni cinco minutos cuando el portón se abrió lentamente y apareció Gertrud. Se quedó escrutando alrededor unos instantes hasta que descubrió a Gabriel.

—¿Eres tú, Gabriel? —dijo, y fue a sentarse a su lado—. Ya me imaginaba que te encontraría aquí fuera.

—Sí, aquí hemos estado sentados muchas tardes —dijo él.

—Es verdad, pero supongo que ésta será la última.

—Supongo que sí.

Gabriel estaba muy tieso y estirado, y su voz sonaba fría y dura, de modo que cualquiera creería que el tema de conversación le resultaba indiferente.

—Ingmar me ha contado que tenía intención de pedirte que nos acompañaras durante el viaje.

—Sí, me lo ha pedido —dijo él—, pero yo he respondido que no.

—Ya me imaginaba que no querrías venir.

Luego guardaron silencio largo rato, como si no tuvieran nada que decirse; sin embargo, Gertrud no hacía más que volverse hacia Gabriel y observarlo. Él, por su parte, tenía la cabeza levemente inclinada hacia arriba y los ojos en el firmamento.

Cuando el silencio duraba ya mucho, Gabriel, sin bajar la mirada de las estrellas o hacer el menor gesto, dijo:

—¿No te enfriarás sentada aquí fuera tanto rato?

—¿Quieres que me vaya?

Él negó con la cabeza y dijo:

—Me gusta que estés aquí.

—He venido aquí esta noche —dijo ella— porque no sabía si podríamos volver a vernos a solas antes de mi marcha. Quería aprovechar para darte las gracias por todas las madrugadas que me has acompañado al monte de los Olivos.

—Eso sólo lo hice por mi propio deleite —repuso Gabriel.

—También quería agradecerte aquella vez que fuiste por el agua del pozo del Paraíso —continuó Gertrud con una leve sonrisa.

Pareció que Gabriel iba a contestar pero, en lugar de palabras, su garganta sólo emitió algo semejante a un sollozo. Esa noche había algo en él que conmovía infinitamente a Gertrud, que lo compadeció. «¿Si supiera qué decir para consolarle! ¿Si pudiera decirle algo que lo hiciera feliz en el futuro, cuando por las noches esté solo aquí bajo este árbol!» Pero al pensar esto le pareció que su propio corazón se encogía de pena y que todo su cuerpo iba sufriendo un extraño entumecimiento. «La verdad es que yo también lo echaré de menos. Hemos tenido mucho de qué hablar últimamente. Me he acostumbrado a verle radiante y alegre cada vez que nos encontramos, y me ha hecho bien tener a mi lado a alguien que siempre se ha sentido satisfecho conmigo con independencia de lo que yo hiciera.» Se quedó callada un rato, sintiendo cómo la añoranza crecía en ella como una enfermedad contraída de golpe. «¿Qué me sucede, qué es lo que me sucede? —pensó—. No puede ser que separarme de Gabriel me cause una pena tan amarga.»

De pronto, Gabriel empezó a hablar.

—Hay una cosa en la que pienso mucho —dijo.

—¡Cuéntame qué es! —pidió Gertrud ansiosa. Le pareció que se sentiría menos triste si le oía hablar.

—Bueno, Ingmar me habló una vez del aserradero que tiene junto a su finca. Creo que su intención era que yo le acompañara a casa y lo arrendase.

—Se nota que Ingmar te ha tomado mucho aprecio —dijo ella—; no hay nada que él tenga en mayor estima que el aserradero.

—Llevo escuchando sus sonidos en mis oídos toda la tarde. Los bramidos del rabión, los chirridos del disco y los maderos que flotan en el río entrechocándose. No te imaginas cuán hermoso suena todo eso. Y también pienso en cómo sería trabajar para uno mismo, tener algo propio en lugar de compartirlo todo como aquí en la colonia.

—Vaya, así que era eso lo que estabas pensando —dijo Gertrud con frialdad, ya que de algún modo aquello la había decepcionado—. No hace falta que suspires más por esas cosas, sólo tienes que acompañar a Ingmar a Suecia y serán tuyas.

—No es sólo eso. Ingmar me ha contado que tiene un montón de troncos reservados para construir una cabaña junto al aserradero. Me dijo que ha marcado una parcela en una pendiente que da al rabión, donde hay dos grandes abedules. Y es esa cabaña lo que he estado viendo toda la tarde. La veo por dentro y por fuera. Veo las hojas frescas de abeto en el suelo delante de la entrada para limpiarse de barro los pies y veo arder el fuego en la cocina. Y cuando regreso a casa veo a alguien que me está esperando en el quicio de la puerta.

—Está refrescando, Gabriel —lo cortó Gertrud—. ¿No te parece que ya va siendo hora de entrar?

—Vaya, ahora quieres entrar.

Sin embargo, ninguno de los dos se movió, al contrario, se quedaron uno junto al otro, compartiendo un prolongado silencio que solamente muy de vez en cuando rompían.

—Creía que tú, Gabriel, amabas esta colonia más que a cualquier otra cosa y que no querías separarte de ella por nada del mundo.

—Pues ya lo creo que hay algo por lo que la sacrificaría.

Gertrud se quedó pensativa un rato, y luego preguntó:

—¿No vas a decirme qué es?

Gabriel no contestó enseguida, sino tras una larga consideración y con la voz medio ahogada.

—Claro que voy a decírtelo: que la mujer que amo me dijera que me quiere.

Gertrud se quedó tan quieta que apenas osaba respirar. No obstante, fue como si Gabriel hubiera oído decir a Gertrud que le amaba o algo semejante, ya que continuó con voz suave:

—Ya verás, Gertrud, cómo el amor por Ingmar volverá a renacer en ti. Has estado enojada con él un tiempo porque te traicionó, pero ahora le has perdonado y le querrás como antes. —Hizo una pausa para esperar una respuesta, pero Gertrud callaba—. Sería terrible si no le quisieras —prosiguió Gabriel—. ¡Piensa en todo lo que ha hecho para recuperarte! ¡Si hasta prefería quedarse ciego a volver a Suecia sin ti!

—Sí, sería terrible que no le quisiera —admitió Gertrud con un hilo de voz casi inaudible. Hasta esa misma noche había creído que sólo podría tener sentimientos por Ingmar—. Sin embargo, esta noche no logro aclararme, Gabriel. No sé qué me pasa, pero no me hables ahora de Ingmar.

Y luego ora uno ora la otra mencionaban que ya era hora de entrar, pero siguieron sin moverse, hasta que Karin Ingmarsdotter salió y los llamó.

—Ingmar quiere que vayáis a verle —dijo.

Coincidió que mientras Gertrud y Gabriel hablaban, Karin había ido al cuarto de Ingmar para pedirle que diese saludos y recuerdos de ella a varias personas. Karin estiró la conversación cuanto pudo. Era obvio que tenía algo que comunicarle que le costaba soltar. Finalmente, dijo en un tono parsimonioso e indiferente que, para quien la conociera, significaba que ahora diría lo que la había llevado allí:

—A Ljung Björn le ha llegado una carta de su hermano Per.

Ingmar la miró.

—Y debo reconocer que me porté mal cuando hablamos en mi cuarto el día que llegaste —añadió ella.

—No, mujer, tú sólo dijiste lo que considerabas correcto.

—No, ahora sé que tenías motivos para divorciarte de Barbro. Ljung Per dice en su carta que no es una mujer decente.

—Yo jamás he dicho nada malo de Barbro —protestó Ingmar.

—Se rumorea que hay un bebé en la finca.

—¿Cuánto tiempo tiene ese bebé?

—Al parecer nació este agosto.

—Eso es mentira —dijo Ingmar y dio un puñetazo contra la mesa. Por poco le da a la mano de Karin, que se apoyaba en el tablero.

—¿Quieres pegarme?

—Perdón. No me he fijado en que tu mano estaba de por medio.

Karin siguió hablando de lo mismo, e Ingmar se calmó.

—Como comprenderás, no me gusta oír estas cosas —dijo al cabo—. Dile a Ljung Björn de mi parte que no me gustaría que esto trascendiera mientras no sepamos si es cierto.

—Ya me encargaré de que no abra la boca —dijo Karin.

—Y dile a Gabriel y Gertrud que suban a verme —añadió Ingmar.

Cuando Gertrud y Gabriel entraron en la habitación Ingmar se hallaba acurrucado entre las sombras de un rincón. Al principio apenas le vieron.

—¿Qué pasa, Ingmar? —preguntó Gabriel.

—Pasa que me he comprometido en un asunto que es más fuerte que yo —respondió Ingmar, meciendo el tronco adelante y atrás.

—Ingmar —dijo Gertrud acercándosele—, ¡sé sincero y dime qué te preocupa! Desde niños nunca hemos tenido secretos el uno para el otro. —Se le veía muy angustiado. Ella se arrimó y colocó una mano en la cabeza de él—. Creo que puedo adivinar lo que te ocurre —añadió.

De pronto, Ingmar se enderezó.

—No, Gertrud, tú no puedes adivinar nada —dijo al tiempo que sacaba su cartera del bolsillo y se la entregaba—. Ahí hay una carta muy larga dirigida a Barbro. ¿La ves?

—Sí, aquí está.

—Pues ahora te pido que la leas. Tú y Gabriel, los dos tenéis que leerla. La escribí al principio de mi estancia aquí, pero en aquella época todavía tenía fuerzas para no enviarla.

Gabriel y Gertrud se sentaron a la mesa y se pusieron a leer. Ingmar se quedó en su rincón; observándoles. «Ahora están leyendo esto —pensaba, imaginándose los distintos párrafos de la carta—, y ahora aquello. Ahora están en el punto en que Barbro me cuenta cómo Berger Sven Persson nos indujo a convertirnos en marido y mujer. Ahora leen cómo ella recuperó las jarras de plata, y ahora han llegado a la narración de lo que Stig Börjesson me contó. Y ahora Gertrud sabrá que ya no la quiero, ahora se dará cuenta exacta del pobre miserable que soy.»

En la habitación el silencio era absoluto. Gertrud y Gabriel no hacían un solo gesto, aparte de ir pasando las hojas. Era como si apenas osaran respirar. «¿Cómo podrá entender Gertrud que no haya podido contenerme por más tiempo y le haya dicho justamente hoy, el día que finalmente ella ha cedido, que quiero a Barbro? —pensó Ingmar—. Y yo mismo ¿cómo voy a entender que fuese al oír la calumnia acerca de Barbro cuando la idea de atarme a otra mujer se me hizo insufrible? No sé qué me pasa, creo que ya no estoy en mis cabales.» La espera se le hacía interminable, esperaba con ansiedad que los otros dijeran algo; pero lo único que le llegaba era el crujido de las hojas. Finalmente, ya no pudo soportarlo más y, despacio, se levantó la venda del ojo con que aún veía.

Entonces miró hacia donde estaban Gabriel y Gertrud. Seguían leyendo, las dos cabezas tan juntas que las mejillas prácticamente se tocaban, y el brazo de Gabriel rodeaba la cintura de Gertrud. Y a medida que leían se iban arrimando más. Ambos tenían las mejillas encendidas por el rubor y de vez en cuando apartaban la vista de la carta para mirarse a los ojos; y los ojos parecían más penetrantes que de costumbre y más radiantes. Cuando por fin acabaron la

lectura de la última cuartilla, Ingmar vio cómo Gertrud se apretujaba contra Gabriel; y ambos se quedaron así abrazados, muy conmovidos y solemnes. Tal vez apenas comprendían nada de lo que habían leído, aparte de que ya nada se interponía en su amor. Ingmar entrelazó sus grandes manos, las cuales tenían todo el aspecto de ser las manos de un viejo maltratado por la vida, y le dio gracias a Dios. Transcurrió un largo rato antes de que ninguno de los tres se moviera.

Por la mañana, los colonos se reunieron en la sala de asambleas para rezar sus oraciones matinales. Era la última práctica de sus devociones a la cual asistiría Ingmar. Él y Gertrud y Gabriel tomarían el camino de Jafa al cabo de un par de horas.

El día anterior, Gabriel le había explicado a la señora Gordon y a un par de notables de la colonia que tenía intención de acompañar a Ingmar de vuelta a Dalecarlia y quedarse allí. Al mismo tiempo, tuvo que contar toda la historia de Ingmar. La señora Gordon reflexionó sobre lo que acababa de oír y a continuación dijo:

—Me parece que nadie puede cargar con la responsabilidad de hacer a Ingmar más desgraciado de lo que ya es, por eso no impediré que le acompañes a casa. Pero por otro lado, también tengo la impresión de que con esto Dios nos envía señales de que su voluntad es que se permita a los jóvenes de la colonia contraer matrimonio. Y si lo permitimos, estoy segura de que tú y Gertrud volveréis con nosotros algún día. Me consta que nunca os sentiréis completamente en paz en ningún otro sitio.

Sin embargo, para que Ingmar y los otros pudieran abandonar la colonia en un clima de paz y concordia, se decidió que la versión que la gran mayoría de los colonos conocería de la historia sería aquella según la cual Gabriel acompañaba a Ingmar y Gertrud para ayudarles durante el arduo viaje.

Justo cuando las oraciones matinales estaban a punto de empezar, guiaron a Ingmar al interior de la sala de asambleas. La señora Gordon se levantó y fue a su encuentro. Le tomó de la mano y lo condujo hasta el lugar contiguo al suyo. Había preparado una butaca muy cómoda para él y se ocupó de ayudarle a tomar asiento.

A continuación, la señorita Young, que estaba sentada al órgano, empezó a cantar un himno y las oraciones matinales siguieron su curso acostumbrado.

Pero acabado el breve comentario bíblico que solía hacer la señora Gordon cada mañana, la anciana señorita Hoggs se puso en pie y rogó a Dios que le concediera a Ingmar un buen viaje y un feliz retorno a casa. Luego se fueron poniendo en pie uno tras otro el resto de hermanas y hermanos americanos mientras rogaban a Dios que le concediera a Ingmar la gracia de contemplar la

luz de la verdad. Algunos se expresaron en términos muy bonitos. Prometieron rezar a diario por Ingmar, su hermano más querido, y esperaban su total recuperación. Y todos deseaban que volviera a Jerusalén algún día.

Mientras hablaban los extranjeros, los suecos guardaban silencio. Desde sus asientos, justo enfrente de Ingmar, lo observaban. E invariablemente les venía a la mente todo aquello que había de seguro y probo y bien organizado en su tierra natal. Tenían la impresión de que algo de todo aquello les había sido devuelto durante el tiempo que él había permanecido en la colonia. Pero ahora que se marchaba, una angustiada impotencia se adueñaba de ellos. Se sentían como perdidos en una tierra sin ley entre todos aquellos cazadores de almas que, sin compasión ni piedad, luchaban entre sí en su nueva patria. Luego sus pensamientos, presas de una gran nostalgia, volaron de vuelta a sus antiguos hogares. La bella comarca se extendía con sus granjas y campos. Y las personas viajaban en paz y silencio por los caminos; todo era seguro, día tras día transcurría del mismo modo; y un año era tan igual al anterior que no había manera de distinguirlos.

Pero al recordar la inmensa quietud de su tierra natal, también cayeron en la cuenta de lo maravilloso y embriagador que era haber salido al gran torrente de la vida; haber encontrado una meta que daba sentido a su existencia y dejado atrás la brumosa monotonía de los días. Y uno de ellos, alzando la voz, empezó a rezar en sueco y dijo:

—Te agradezco, Señor, el haberme concedido la gracia de venir a Jerusalén.

A continuación, uno tras otro se levantaron y agradecieron a Dios que les hubiera conducido a Jerusalén.

Agradecieron la existencia de su querida colonia, que era una fuente de alegría. Agradecieron que sus hijos aprendiesen desde niños a convivir en armonía con otras personas; esperaban, por ello, que los jóvenes alcanzarían una mayor perfección que sus padres. Agradecieron los acosos y las persecuciones, agradecieron la hermosa doctrina que habían sido llamados a poner en práctica, y volvieron a agradecer haber ido a aquel país que, aunque sumido en la ruina, florecía día a día ante sus ojos.

Nadie volvió a tomar asiento sin antes dar testimonio de la inmensa felicidad que le embargaba. E Ingmar comprendió que todo eso lo decían en su beneficio y que eso era lo que querían que él contara cuando volviera a casa: que todos eran felices. Enderezó un poco la espalda mientras los escuchaba. Irguió la cabeza y el rasgo de severidad en torno a la boca se hizo más patente.

Finalmente, cuando la afluencia de testimonios fue menguando, la señorita Young entonó un himno y luego todos, creyendo que la celebración había concluido, se levantaron dispuestos a marcharse. Pero entonces la señora Gordon dijo:

—Hoy también cantaremos un himno en sueco.

Entonces los suecos entonaron la misma canción que cantaran al abandonar su tierra: «Volveremos a encontrarnos, volveremos a encontrarnos una vez más, una vez más en el Edén.» Y mientras sonaba la canción todos se emocionaron profundamente y la mayoría de los ojos se llenó de lágrimas. De nuevo pensaban en todas aquellas personas que echaban de menos y que no volverían a ver más que en el cielo.

Sin embargo, en el mismo instante en que finalizó el canto, Ingmar se puso en pie e intentó expresar un par de ideas. Quería confortar a los que se encontraban allí, lejos de su tierra, con palabras que parecieran pronunciadas por el país al que ahora él volvía.

—Pienso que vosotros, desde aquí tan lejos, nos llenáis de honra a los que nos quedamos en casa —dijo—. Pienso que todos se alegrarán de volver a veros algún día, ya sea en el cielo o en la tierra. Pienso que no hay nada más hermoso que lo que vosotros hacéis: a costa de enormes sacrificios, vivir una vida recta y justa.

El niño

Cabe contar ahora lo que le ocurrió a Barbro Svendotter después de que Ingmar se hubiera marchado a Jerusalén.

Cuando Ingmar llevaba fuera más de un mes, Gammel Lisa, anciana sirvienta en la finca de los Ingmarsson, empezó a notar que Barbro era poseída por constantes ataques de angustia e inquietud. «Hay que ver lo extraviada que tiene la mirada —pensaba la vieja—. No me extrañaría si cualquier día de estos perdiera la razón.»

Un atardecer se decidió a interrogar a Barbro.

—Me gustaría saber qué te falta —le dijo—. Cuando yo era una chiquilla vi a la dueña de esta finca pasearse todo un invierno con la misma mirada que tienes tú ahora.

—¿Era la que mató al niño? —repuso Barbro muy rauda.

—Sí, y ahora empiezo a creer que tú tienes la misma idea en la cabeza.

Barbro no dio ninguna respuesta concreta.

—Cuando me cuentan esa historia —dijo—, sólo una cosa me extraña. —Gammel Lisa quiso saber qué cosa era—. Pues que no acabara consigo misma también.

La anciana, que estaba hilando, puso la mano en la rueca para detenerla y clavó los ojos en Barbro.

—Milagro será que no te hagas mala sangre si nace gente menuda en esta casa después de que tu marido te ha dejado —dijo despacio—. ¿Supongo que él no sabía nada cuando se fue?

—No sabíamos nada, ni él ni yo —repuso Barbro en voz baja, como si la pena la ahogara impidiéndole hablar.

—Pero ahora le escribirás pidiéndole que vuelva, ¿no?

—Eso nunca. Que él no esté aquí es mi único consuelo.

La vieja dejó caer las manos con aspaviento.

—¿Tu consuelo? —exclamó.

Barbro, de pie junto a la ventana, tenía la mirada perdida al frente.

—¿Acaso no sabes que una maldición pesa sobre mí? —dijo procurando que su voz sonara serena y firme.

—Pues claro, no va a estar una entrando y saliendo de la cocina sin enterarse de nada —respondió la vieja—. Ya he oído, ya, que eres de la triste cepa del Despeñadero.

Durante un rato no se dijeron nada más. Gammel Lisa hilaba en su rueca. De vez en cuando le echaba un vistazo a Barbro, que seguía junto a la ventana presa de estremecimientos. Cuando hubieron pasado aproximadamente cinco minutos, la vieja interrumpió su trabajo y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Barbro.

—Pues con mucho gusto te lo diré: voy a buscar a alguien que sepa escribirle una carta a Ingmar.

Barbro no tardó un segundo en interceptarle el paso.

—Mejor olvídate de eso —dijo—. Antes de que termines esa carta yo estaré en el fondo del río.

Las dos mujeres se encontraban frente a frente observándose. Barbro era alta y fuerte y la vieja Lisa creyó que pensaba retenerla por la fuerza. Sin embargo, de pronto, Barbro soltó una carcajada y se echó a un lado.

—Escribe lo que quieras —dijo—, me da igual. Lo único que cambiará será que acabaré con todo antes de lo previsto.

—Ni lo sueñes —dijo la vieja, sabiendo que tenía que ir con tiento puesto que la desesperación de Barbro era extrema—. No voy a escribir nada. No quiero empujarte a que hagas algo precipitado.

—¡Sí, venga, escribe! A mí no me afecta. Como comprenderás, tengo que acabar con mi vida de todos modos. Me niego a que esta desgracia se perpetúe por los siglos de los siglos.

La anciana volvió a su rueca y se puso a trabajar.

—¿No piensas ir a encargar la carta? —dijo Barbro yendo tras ella.

—Me gustaría saber si se te puede dar un buen consejo —respondió Gammel Lisa.

—Pues sí —dijo Barbro—, claro que puedes.

—Pensaba lo siguiente: yo te guardo el secreto a condición de que tú no te hagas ningún mal, ni a ti misma ni a la criatura, hasta que estemos seguras de que sale como tú crees.

Barbro recapacitó.

—¿Y me prometes que luego me darás carta blanca?

—Sí —dijo la vieja—, luego podrás hacer lo que quieras, te lo prometo.

—Ay, pienso que lo mejor es acabar cuanto antes —repuso Barbro mostrándose indiferente.

—Pensaba que lo que más querías era que Ingmar remediase el mal que ha hecho —dijo la vieja—, pero si le dan estas noticias supongo que de eso no habrá nada.

Barbro dio un respingo y se llevó la mano al corazón.

—Que sea como tú dices —cedió—, pero es una promesa muy dura de sobrellevar. Sobre todo ten cuidado de no traicionarme.

El pacto se cumplió. Gammel Lisa no delató a Barbro y a partir de entonces ésta tuvo tanto cuidado que nadie advirtió el estado en que se encontraba. La suerte la acompañó en el sentido de que la primavera llegó temprano. En abril la nieve ya se fundía en los bosques. Apenas despuntó la primera brizna de hierba que pudiera alimentar al ganado, Barbro hizo llevar parte de las reses a la cabaña de pastoreo que los Ingmarsson tenían en una zona de los bosques apartada y desierta. Ella y Gammel Lisa acompañaron al ganado allá arriba para pastorearlo durante todo el verano.

Y a finales de mayo se produjo el parto. Nació un varón y su aspecto era bastante peor que el niño que Barbro había dado a luz la primavera anterior. Era escuálido y débil y lloraba sin cesar. Al mostrarle Gammel Lisa el bebé, Barbro sonrió con amargura.

—Esta criatura no merecía tus esfuerzos para obligarme a vivir —dijo.

—Tan pequeñín es imposible saber cómo va a salir.

—Recuerda que me prometiste carta blanca —repuso Barbro con aspereza.

—Descuida, pero primero he de asegurarme de que es ciego.

—Finge, si quieres, que no sabes qué clase de niño es.

También Barbro se encontraba más débil que la vez anterior. Toda la primera semana le faltaron fuerzas para levantarse de la cama. El bebé no estaba con ella en la cabaña sino que la anciana sirvienta lo tenía escondido en uno de los pequeños graneros de la dehesa. La vieja lo cuidaba día y noche, le daba leche de cabra y se tomaba muchos trabajos para mantenerlo con vida. Un par de veces al día lo llevaba a la cabaña, y entonces Barbro se giraba de cara a la pared para no verlo.

Un día, Gammel Lisa se encontraba mirando por el ventanuco de la cabaña. En un brazo sostenía al niño, que tenía uno de sus berrinches de costumbre, y la anciana pensaba en lo enteco y flacucho que era.

—Vaya, vaya —dijo de repente inclinándose hacia delante para ver mejor—, ¡tenemos invitados en casa! —No tardó un segundo en plantarse con el niño en el rincón donde yacía Barbro—. Tómalo un rato, voy a salir para decirles a esos caminantes que estás enferma y que en la cabaña no pueden entrar. —Colocó al niño en la cama, pero Barbro no se arrimó ni lo tocó. El niño chillaba a pleno pulmón. Gammel Lisa volvió al cabo de unos instantes—. Esos lloros se oyen por todo el bosque —dijo—. Si no lo haces callar todo el mundo se va a enterar de su existencia. —Y volvió a salir.

Barbro no tuvo más remedio que darle el pecho a su hijo.

La anciana se quedó fuera un buen rato. Cuando regresó, el niño dormía y Barbro estaba echada observándolo.

—No te preocupes —dijo la vieja—. No han oído nada, tomaron otro camino.

Barbro le dirigió una mirada cansada.

—Estarás muy satisfecha de ti misma —dijo—. ¿Crees que no sé que no había nadie ahí fuera, sino que me asustaste para obligarme a tomar al niño?

—Si quieres vuelvo a llevármelo —respondió la vieja.

—Será mejor que se quede hasta que despierte.

Al anochecer la vieja quiso llevarse al niño, que, bueno y calladito, estaba tumbado boca arriba abriendo y cerrando sus manos diminutas.

—¿Qué haces con él por las noches? —preguntó Barbro.

—Lo meto entre la paja del granero.

—¿Lo dejas tirado en la paja como si fuera un gato?

—Creía que no tenía importancia cómo lo cuidáramos. Pero si quieres que se quede aquí dentro, por mí adelante.

Al sexto día de vida del niño, Barbro observaba desde la cama cómo la vieja lo envolvía en su mantilla.

—Lo sujetas muy mal —dijo—, no me extraña que llore tanto.

—No es el primer niño que cuido —repuso la anciana—. Creo que de niños sé tanto como tú.

Barbro se quedó callada, pensando que nunca había visto a nadie tratar tan mal a un bebé.

—Le estás dejando morado liándolo de ese modo —dijo sin poder contenerse.

—Así que ahora hay que tratar a este bicho como si fuera un príncipe —replicó la vieja—. Pues si lo hago tan mal prueba tú. —Y le entregó el bebé a la madre y se marchó.

Barbro lo tomó en sus brazos. Volvió a ponerle la mantilla y no tardó en tenerlo contento y callado.

—¿Ves como ahora no llora? —le dijo a Gammel Lisa, muy orgullosa, cuando ésta volvió.

—Siempre me han dicho que tenía buena mano para los niños —insistió la vieja sin ceder en su mal humor.

A partir de entonces, sin embargo, siempre era Barbro quien se cuidaba del bebé. Un día, cuando todavía guardaba cama, le pidió a la anciana sirvienta que le diera un pañal limpio. La vieja le respondió que no le quedaba ninguno. Los pocos que había se estaban lavando. Barbro se sonrojó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Si fuera el hijo de una pordiosera este pobre niño no viviría peor —soltó sin pensar.

—¿Por qué no te ocupas tú un poco de estas cosas? —protestó la vieja—. Me gustaría saber cómo te las habrías arreglado si yo no llego a traer lo que buenamente logré reunir de ropa de niño.

Entonces Barbro recordó su cuita. La negra melancolía con que había vivido todo el invierno la embargó, endureciéndola de nuevo.

—Ojalá no hubiésemos cuidado nunca a este pobre niño —dijo.

Al día siguiente, Barbro se levantó de la cama. Sacó hilo y aguja y se puso a cortar una sábana para confeccionarle ropa a su hijo. Cuando llevaba un rato cosiendo, oscuros pensamientos la invadieron otra vez: «¿De qué sirve que le prepare estas cosas? Mejor sería que me metiese en el pantano con él, pues tarde o temprano acabaremos allí.»

Salió en busca de Gammel Lisa, que se hallaba ocupada en ordeñar las vacas antes de que salieran a pacer al bosque.

—Tía Lisa, ¿sabes cuánto tiempo pasará antes de que sepamos seguro que el niño es ciego?

—Para estar del todo seguras, ocho días por lo menos, y hasta un par de semanas.

Barbro volvió a la cabaña y retomó la costura. Los cortes con las tijeras le salían desiguales; la mano se le iba y temblaba. El temblor no tardó en propagarse por todo el cuerpo y por unos instantes tuvo que interrumpir su tarea. «Dios mío, ¿qué me pasa? ¿Es posible que la alegría de saber que puedo quedármelo otro par de semanas me haga temblar como una vara?»

La vieja sirvienta trajinaba penosamente arriba en los bosques. Se veía obligada tanto a apacentar las vacas como a ordeñarlas, puesto que Barbro ahora sólo pensaba en ocuparse del niño y nunca se le ocurría ayudarla en nada.

—Barbro, mujer, ¿no podrías hacer alguna cosa aparte de comerte al niño con los ojos? —le reprochó un día que se sentía exhausta.

Barbro se levantó y salió de la cabaña, pero en el umbral se volvió.

—Ya te ayudaré cuando llegue el verano —dijo—. Estos días que quedan no quiero dejarle.

A medida que Barbro se iba encariñando con su hijo, se decía que el gesto más compasivo que podría tener con él sería llevar a cabo su propósito inicial. No dejaba de ser un niño enclenque y enfermizo; apenas aumentaba de tamaño, era casi igual de canijo que como cuando vino al mundo. Pero lo que más la preocupaba era que sus párpados siempre estuvieran hinchados y enrojecidos en los bordes, y que ni siquiera intentara levantarlos.

Un día, Gammel Lisa mencionó el tiempo que tenía ya la criatura.

—Barbro, ya tiene tres semanas —dijo.

—No es verdad —repuso la madre con vehemencia—, no las cumple hasta mañana.

—¿Ah sí? Bueno, pues me habré equivocado; aunque si mal no recuerdo nació en miércoles.

—Bien podrías concederme un día más con él —dijo Barbro.

A la mañana siguiente, mientras se vestía, la anciana le dijo:

—No quedan pastos verdes por aquí cerca, me llevaré las vacas un trecho más lejos. No volveremos hasta que anochezca.

Barbro se giró bruscamente hacia ella con la intención de decir algo, pero se mordió los labios y calló.

—¿Decías algo? —le preguntó la vieja, creyendo que le pediría que se quedara en la cabaña. Pero no fue así.

Al anochecer, la vieja guiaba al rebaño de vuelta sin darse prisa. Iba llamando a las vacas, que no paraban de descarriarse a uno y otro lado y de detenerse en cada terrón verde. La vieja se impacientó y empezó a regañar a las testarudas bestias. «Pero bueno, qué más da —se resignó al final—. No vale la pena que te afanes tanto, Lisa. Para lo que te espera en casa, no hace falta que corras.»

Cuando abrió la puerta de la cabaña Barbro estaba sentada con el bebé en el regazo cantándole.

—¡Dios santo, Lisa, ya era hora! —exclamó la joven—. No sé qué hacer. ¡Mira, ahora le ha salido un sarpullido!

Y se le acercó para mostrarle un par de manchas rojas en el cuello del bebé. La abuela, todavía en el quicio, juntó las manos en gesto de sorpresa y se echó a reír. Barbro la miró consternada.

—Eso no es nada —dijo la vieja—. Mañana se le habrá pasado. —Y volvió a reír.

Barbro se extrañó, hasta que cayó en la cuenta de lo angustiada que debía de haberse sentido la pobre Lisa todo aquel día.

—Habría sido mejor para todos si lo hubiera hecho —dijo—. Supongo que por eso te marchaste.

—Esta noche pasada le estuve dando muchas vueltas sin saber qué hacer —repuso la vieja—, hasta que algo me dijo que ese crío sabría apañárselas mejor si lo dejaba solo contigo.

Una vez concluidas las tareas vespertinas, cuando se disponían a acostarse, la anciana le dijo:

—¿Es seguro que dejarás vivir al niño?

—Sí, si Dios le da salud y me permite conservarlo.

—¿Y si te sale idiota o ciego otra vez?

—Eso ya sé que lo es —repuso Barbro—, pero aun así no puedo hacerle daño. Sea como sea, sólo pido que se me permita cuidarlo.

La abuela se sentó en el borde del lecho y caviló.

—Ya que las cosas han ido de este modo —dijo—, tendrías que escribirle a Ingmar.

Barbro se horrorizó.

—Me figuro que tú también quieres que este niño viva —dijo—, pero si mandas venir a Ingmar no respondo de mis actos.

— ¿Puedo preguntar qué vas a hacer si no? Cualquiera que se entere de que has tenido un hijo puede escribirle contándoselo.

— Había pensado mantener todo esto en secreto hasta que Ingmar se haya casado con Gertrud.

Gammel Lisa volvió a guardar silencio un buen rato, reflexionando sobre aquellas palabras. Veía con claridad que Barbro seguía muy propensa a consumir una desgracia y no se atrevió a contradecirla.

— Has sido muy buena con los viejos de Ingmarsgården — dijo entonces —. Es natural que intente conservarte como ama.

— Si he sido buena contigo alguna vez, me lo pagarás con creces obedeciéndome en esto.

Barbro logró imponer su voluntad y durante todo el verano nadie supo de la existencia del niño. Cuando subía gente a la cabaña lo escondían en el granero. La gran preocupación de Barbro era cómo seguir ocultando al niño cuando llegara el otoño y se vieran obligadas a bajar a la aldea de nuevo. No pasaba un día sin que cavilase sobre ello.

Sin embargo, hora tras hora aumentaba el cariño por su hijo y de ese modo recuperó parte de su antiguo sosiego. El niño fue haciéndose progresivamente más fuerte, aunque seguía retardado en cuanto a crecimiento y desarrollo. Durante todo el verano costó calmar su llantina y los párpados no dejaron de estar enrojecidos e hinchados, de manera que apenas podía abrirlos. Barbro no tenía la menor duda de que había nacido idiota y aunque ya no albergaba otra idea que la de dejarle vivir, pasó muchos ratos amargos por su causa. Éstos le sobrevenían a menudo de noche y entonces solía levantarse y observar al niño. Era muy feo, de piel amarillenta y pelo ralo y rojizo. La nariz era demasiado corta y el labio inferior sobresalía en exceso, y al dormir arrugaba el ceño haciendo que unos profundos surcos le cruzasen la frente. Cuando Barbro lo miraba, su cara le parecía verdaderamente la de un retrasado, y se pasaba la noche llorando por el infeliz futuro que le esperaba a su hijo. Sin embargo, de madrugada el niño se despertaba, yacía descansado y de buen humor en la canasta que le servía de cuna, y estiraba los brazos hacia su madre cuando ésta le hablaba. Entonces Barbro se calmaba y volvía a armarse de paciencia.

— Creo que las que tienen hijos sanos no sienten tanto cariño por ellos como yo por este niño enfermo — le dijo a la anciana Lisa.

Pasó el tiempo y el final del verano se aproximaba. Barbro todavía no había discurrido un modo de mantener oculto al niño tras el regreso a casa.

En ocasiones la asaltaba la idea de que su única salida era marcharse al extranjero.

Una tarde borrascosa de principios de septiembre, el cielo se ennegreció y soplaba un viento lluvioso. Barbro y Lisa habían encendido un fuego y estaban arrimadas al hogar calentándose. Barbro tenía al niño en sus rodillas y, como de

costumbre, se entretenía pensando en cómo lograr que Ingmar no supiera nada. «De lo contrario volvería a mi lado —pensó—. No sé cómo hacerle comprender que esta cruz quiero llevarla sola.» Justo mientras pensaba esto, se abrió inopinadamente la puerta de la cabaña dando paso a un caminante.

—¡A la paz de Dios! —saludó el hombre—. Qué suerte he tenido de toparme con ustedes. El bosque está como boca de lobo y no encontraba el camino a la aldea; pero entonces me he acordado que la cabaña de pastoreo de los Ingmarsson tenía que estar por aquí cerca.

Era un pobre diablo que antaño recorría los caminos como viajante. En la actualidad no tenía mercancías que ofrecer sino que se dedicaba a mendigar. Por lo visto, su situación no era tan precaria como para depender de la caridad de sus semejantes; pero se había aferrado a la costumbre de ir de granja en granja recopilando noticias.

Naturalmente, lo primero que detectó en la cabaña fue al niño. Los ojos se le abrieron como platos.

—¿De quién es? —preguntó.

Ambas mujeres callaron unos instantes, y luego Gammel Lisa, firme y contundente, dijo:

—De Ingmar Ingmarsson.

El hombre quedó aún más atónito. Se sentía incómodo por haberse metido de pleno en una situación que probablemente no hubiera debido conocer. En su desconcierto, se inclinó sobre el niño.

—¿Y cuánto tiempo tiene un chiquitín como éste? —preguntó.

Esta vez fue Barbro la que se apresuró a contestar:

—Tiene un mes.

El hombre era soltero y no sabía nada de niños, así que no podía saber que Barbro le engañaba. Miró asombrado a la mujer que estaba sentada frente a él tan tranquila.

—Vaya, sólo un mes —dijo.

—Sí —confirmó Barbro con su seriedad característica.

El hombre se sonrojó desconcertado a pesar de ser ya un hombre maduro; en cambio, Barbro daba la impresión de que aquello no fuera con ella.

Por supuesto, él se dio cuenta de las señas de advertencia que la tía Lisa le dirigía a Barbro, pero ésta seguía altivamente sentada y sin hacerle caso. «A la vieja no le importa mentir —pensó el hombre—; en cambio, se nota que esta Barbro es demasiado orgullosa para hacer algo así.»

A la mañana siguiente, el hombre le dijo a Barbro significativamente:

—No comentaré nada a nadie.

—Cuento con ello —respondió ella.

—No te entiendo —dijo la anciana tan pronto el vagabundo se hubo ido—.

¿Por qué cuentas calumnias de ti misma?

—No tenía otra cosa que hacer.

—¿Y tú crees que Johannes el quincallero no va a irse de la boca?

—Lo que quiero, precisamente, es que se vaya de la boca.

—¿Quieres que la gente crea que este niño no es de Ingmar?

—Sí —dijo Barbro—, ahora ya no podemos seguir ocultando que existe. No hay más remedio que dejarles que crean eso.

—¿Y piensas que yo estaré conforme? —replicó la vieja.

—Si no lo estás, tendrás que aceptar que un idiota sea el heredero de Ingmarsgården.

Hacia mediados de septiembre, los que habían pasado el verano de pastoreo en las cabañas del monte, solían bajar de vuelta a sus casas. También Barbro y Lisa volvieron a Ingmarsgården. De inmediato se hizo evidente que los rumores acerca de Barbro se habían extendido por toda la comarca. Tampoco ella se esforzaba ya en mantener el secreto acerca del hijo; pero, en cambio, sentía un gran temor de que lo vieran. Siempre lo escondía en la alcoba del fondo del lavadero, donde habitaba Gammel Lisa. Parecía no soportar la idea de que descubrieran su enfermedad y el hecho de que nunca sería una persona normal.

Como es natural, ese otoño Barbro sufrió el desprecio y la condena generales. Los lugareños no se molestaban en ocultar la opinión que les merecía Barbro y ella no tardó en sentirse tan cohibida ante la gente que acabó por no salir de casa. Incluso los empleados de la finca cambiaron de actitud hacia ella. Los mozos y sirvientas se permitían maliciosas indirectas para que Barbro las oyera, y ella tenía dificultades en hacer cumplir sus órdenes.

No obstante, esta situación acabó muy pronto y de golpe. Durante la ausencia de Ingmar, el viejo aparcero se había instalado en la finca para gobernarla en calidad de amo. Un día, Stark Ingmar oyó a uno de los mozos responder descortésmente a Barbro y entonces le propinó un sopapo en la oreja que lo dejó tambaleándose.

—Recibirás más como me entere de que vuelves a comportarte así —gruñó el viejo.

Barbro lo miró sorprendida.

—Te lo agradezco mucho —dijo.

Él se giró hacia ella y la expresión con que la miró no tenía nada de dulce.

—No me lo agradezcas —dijo—. Mientras seas la ama de esta finca, me encargaré de que la gente te guarde respeto y te obedezca, eso es todo.

Un poco más entrado el otoño, llegaron noticias de Jerusalén de que Ingmar y Gertrud habían abandonado la colonia. «Cuando leáis estas líneas tal vez ya estén en casa», ponía en la carta. Al oírlo, Barbro sintió un gran alivio. Ahora estaba segura de que Ingmar llevaría a término el divorcio y, una vez libre, ella

no tendría que soportar por más tiempo la pesada cruz del menosprecio que llevaba a cuestas.

Sin embargo, más tarde, mientras se ocupaba de las labores de la casa, las lágrimas no dejaban de aflorar a sus ojos. Que todo hubiera acabado entre ella e Ingmar le rompía el corazón. Si ellos ya no estaban juntos, qué vacío tan inmenso.

La vuelta de los peregrinos

Barbro Svensdotter tuvo un hermoso sueño una mañana poco antes de levantarse. Soñó que era una niña pequeña que vivía en la granja de sus padres y que andaba por la nieve empujando un pesado trineo. Era pleno invierno, había un cielo gris y plomizo, la nieve se acumulaba ante ella mientras subía jadeando y gimiendo por un escarpado declive que le exigía todas sus fuerzas para impulsar el trineo. Finalmente, llegó a la cima y giró el trineo para deslizarse por la pendiente. Entonces vio que todo se había transformado. En un mero segundo había irrumpido la primavera. El sol resplandecía entre pequeñas nubes blancas, la nieve amontonada se derretía y a ella le entró prisa por sentarse en el trineo e impulsarse, temerosa de que la nieve se fundiese antes de que descendiera. Nunca había disfrutado de un descenso tan delicioso. Bajó por la pendiente a una jubilosa velocidad. A los pies de la cuesta la nieve ya estaba derretida; sin embargo, el trineo saltó por encima de charcos y terrones a la misma velocidad. Cuando al final se detuvo y Barbro desmontó y miró la pendiente, la primavera avanzaba a marchas forzadas. No quedaba ni un solo montón de nieve; en su lugar había destellantes arroyos y regueros que corrían cuesta abajo mientras la tierra reverdecía y brotaban las flores. Sin embargo, lo más extraordinario era la desbordante alegría que se había adueñado de su ser y que acabó despertándola. Y una vez despierta, la alegría se quedó con ella, que permaneció acostada con la cabeza llena del estallido primaveral y sintiendo sus efluvios alrededor. Su corazón palpaba tan ligero y feliz como no lo hiciera desde antes de casada. La sensación de no sentirse agobiada por la tristeza era tan maravillosa que no osaba moverse por miedo a que se desvaneciera. Sin duda, creyó que el sueño encerraba parte de una premonición o vaticinio. «Con tal que consiga llegar a la cima de la cuesta, mi vida se hará luminosa y etérea como un día de primavera», pensó.

Tras levantarse, recordó que era domingo y, como se sentía tan animada por el sueño, cobró valor para asistir a misa. Pensó que no era del todo correcto, pero hacía tiempo que deseaba ir a la iglesia y ahora decidió hacerlo. Sintió que ella, en su inmensa desesperación, necesitaba la iglesia más que cualquier otra persona. Se puso la ropa de los domingos y salió sigilosamente de la casa sin decirle a nadie adónde se dirigía, salvo a la vieja Lisa.

Cuando subía por la cuesta de la iglesia le pareció que la gente la seguía con miradas de extrañeza. Entró directamente en la iglesia y tomó asiento sin

hablar con nadie. Hizo que el pañuelo le cubriera la frente y agachó la cabeza. Aunque no osara mirar a los ojos a los feligreses, se alegraba de haberse atrevido a salir de casa.

Mientras ella esperaba sentada a que diera comienzo la misa, Ingmar Ingmarsson viajaba hacia allí en un coche de punto procedente de la estación de ferrocarril. Iba sentado en el pescante de un birlocho junto al campesino que lo conducía, y en la testera de atrás iban Gabriel y Gertrud. Justo cuando cruzaban el puente se oyeron las campanas de la iglesia.

—Las personas que más anhelamos ver no estarán en casa a esta hora — dijo Ingmar volviéndose hacia Gabriel y Gertrud—. Así que ¿por qué no vamos a misa?

Los otros estuvieron de acuerdo e Ingmar pidió al cochero que se detuviera en la cuesta de la iglesia.

Cuando entraron en la iglesia, los asistentes ya habían empezado a cantar y tenían las cabezas inclinadas sobre el libro de himnos. Gertrud entró la primera y avanzó rápidamente por el pasillo central, adentrándose un buen trecho antes de que nadie reparara en ella. Por fin, una de sus condiscípulas alzó la vista y la reconoció. La antigua compañera le dio un codazo a su vecina y luego una especie de murmullo se propagó por los bancos: «Es Gertrud, la del maestro.» Barbro también oyó el susurro y levantó los ojos. Una muchacha joven pasaba en ese momento por el pasillo central, era guapa y esbelta, de cutis níveo, ojos claros y paso grácil y vivaz. Había algo dulce y encantador en su persona y tenía todo el aspecto de estar contenta y feliz. Hasta parecía que le costaba contener una sonrisa pese a encontrarse en una iglesia.

A Barbro le dio un vuelco el corazón. ¡Así que ésa era Gertrud! Claro, no podía ser de otra manera. Habría podido afirmar que ésa era Gertrud aun sin oír los murmullos. Qué extraño se le antojó todo.

Durante dos años había estado anhelando esto, que Ingmar consiguiera casarse con Gertrud a fin de que ella, Barbro, pudiera sentirse libre de remordimientos por haberse interpuesto entre ellos. Y de hecho se sentía agradecida porque ahora esa carga había sido levantada de sus hombros, pero al mismo tiempo, inevitablemente, le pesaba saber que Ingmar iba a desposar a otra. Por otro lado, ahora ya no tendría que guardar en secreto la identidad del padre de su hijo y también eso suponía un gran alivio. «Sí, hoy se me ha concedido una enorme alegría, tal como el sueño me anunciaba», se dijo, pero sin sentir toda la alegría que habría cabido esperar.

Barbro se fijó en que Gertrud entraba por un extremo del banco donde estaba sentada la mujer del maestro. Todo transcurrió silenciosamente. La gente se apartaba para que Gertrud pudiera llegar hasta donde se encontraba su madre. Ésta tenía la cabeza inclinada sobre el libro y no se dio cuenta de quién tomaba asiento a su lado. En esa postura, la señora Stina parecía una anciana;

tenía la espalda encorvada y sus manos, que sostenían el libro de himnos, se veían muy viejas y arrugadas. Entonces una mano suave y rosada se posó sobre la suya. «Esta mano se parece a la de Gertrud —pensó la señora Stina—. Nunca he visto unas manos más bonitas que las de mi Gertrud.» Sin embargo, no levantó la vista porque se había vuelto una mujer floja y abúlica a la que ya no le importaba nada. La hermosa mano tomó el libro y lo desplazó un poco hacia su lado.

—¿Puedo leer con usted, madre? —susurró Gertrud.

La señora Stina reconoció la voz y, de no ser porque Gertrud lo sostenía, se le habría caído el libro al suelo. De inmediato miró a la cara a su hija, que parecía radiante de alegría, como suele ocurrirle a aquellos que regresan de un largo viaje. La muchacha, pese a estar en la iglesia, a duras penas podía contener la risa; parecía haber recuperado el buen humor del que gozaba de niña.

—Ahora vamos a cantar, madre, como hacíamos antes —le susurró, y empezó a entonar el himno.

La señora Stina intentó cantar igualmente. No le quedaba voz pero lo hizo de todos modos, y hasta le pareció que la recuperaba, que su voz se fortalecía con cada nota. La esposa del maestro no quería comportarse mal en la iglesia, así que intentó pensar únicamente en las sagradas palabras que estaba pronunciando. Pero no podía evitarlo. Una y otra vez giraba la cabeza para mirar a su Gertrud. ¡Qué radiante se la veía! No cabía duda de que estaba en su sano juicio. Y feliz y contenta, además, y más guapa que nunca.

—Madre, tiene usted que cantar y no sólo mirarme —dijo Gertrud inclinándose hacia delante para disimular cuánto la divertía la reacción de su madre.

Barbro y el resto de los que ocupaban los asientos posteriores al de la señora Stina notaron que, a cada mirada que ésta le echaba a la hija, su espalda se enderezaba un poco. Hacia el final de la misa, tenía la espalda casi tan recta como un palo.

Barbro no intentó siquiera seguir el himno. Porque si Gertrud había venido a la iglesia, cabía esperar que también Ingmar apareciera. Así que acechaba el sonido de sus contundentes pasos por el pasillo central.

En la zona reservada a los hombres, Hök Matts Eriksson ocupaba el extremo de un banco. Su aspecto era el habitual en él, amable y bondadoso, y no había envejecido notablemente. Toda la iglesia se había regocijado cuando Gertrud fue a sentarse junto a su madre; en cambio, Hök Matts, que normalmente se alegraba con la dicha de sus prójimos, se ensombreció y hasta casi le volvió la espalda a ambas mujeres. Y es que para Hök Matts verlas fue como si un sable le atravesara el alma. «Los Storm sí que son felices —pensó—. Ellos han recuperado a la hija perdida, pero para mí no ha vuelto nadie.» Al

punto levantó la voz y se puso a cantar de un modo espantoso. Desafinaba horriblemente y nunca cantaba en la iglesia, pero algo tenía que hacer para no sucumbir a su pena.

No pasó mucho tiempo antes de que Barbro oyera nuevos pasos. Eran pasos ligeros, imposible que fueran de Ingmar. Giró la cabeza y vio a un hombre joven aproximándose por el pasillo con la misma sonrisa que Gertrud había exhibido. El muchacho se detuvo junto al asiento que ocupaba Hök Matts y puso la mano sobre su hombro para que le permitiera entrar en el banco. «Es Hök Gabriel», susurró una que ocupaba el asiento contiguo al de Barbro, que ya lo había adivinado pese a que el joven era un hombre alto de rostro muy bello. Lo había reconocido por los ojos, igual de amables que los de su padre.

Lo primero que Gabriel había escuchado al abrir el portón de la iglesia fue la voz de Hök Matts chirriando en falsete una melodía que no tenía nada que ver con la que cantaban los otros. «¿Qué le ha picado a padre para que se haya puesto a cantar? —pensó—. Storm y el párroco estarán furiosos porque desafina como un gato maullando.» Casi incapaz de aguantarse la risa, a punto estuvo de no entrar en la iglesia. Una vez dentro, todas las cabezas se volvieron hacia él, excepto la de su padre, que permanecía impassible de espaldas al pasillo y no hacía más que berrear. Tampoco cuando Gabriel le tocó el hombro se hizo a un lado para dejarle paso, y ni siquiera le miró. Entonces Gabriel se sentó en el banco de atrás, encontró un libro de cánticos muy viejo que abrió y se sumó al coro. La voz de Gabriel era clara y fuerte, por algo había sido uno de los mejores cantantes de la parroquia. El viejo Hök Matts persistió en cantar a su modo, lo cual tuvo el efecto de una competición a dos voces, pero pronto las chirriantes notas desafinadas se fueron debilitando hasta apagarse por completo. ¡Y aun así Hök Matts se mantuvo clavado en su sitio sin girarse durante todo el tiempo que duró el himno! «Es Gabriel el que está sentado detrás de mí cantando», pensaba, pero el miedo a equivocarse era tan intenso que no osaba volver la cabeza. Cuando el himno llegó a su fin se inclinó sobre un feligrés que ocupaba el asiento contiguo.

—¿Quién era ese que cantaba detrás de mí? —le preguntó.

—Pues es Gabriel.

Entonces el padre, finalmente, se dio la vuelta y miró a su hijo. Y en su mirada había tanta ansia, ternura y miedo de la propia felicidad que Gabriel no pudo comprender cómo había tenido corazón para marcharse de su lado.

Entretanto, Ingmar se había visto brevemente retenido por el cochero, de modo que entró en la iglesia después que los otros. Cuando abrió el portón, el himno ya había terminado y el párroco se había situado ante el altar. Ingmar, para no molestar, prefirió no avanzar por el pasillo y quedarse de pie en el fondo de la iglesia. Pronto corrió la voz de que estaba ahí y uno tras otro se fueron girando para mirarle. Uno de los ojos de Ingmar estaba cerrado; pero

con el otro observaba su entorno con menos reserva de lo que era corriente en su familia. «Parece contento —pensó Barbro sin atreverse a dirigirle más que esa única mirada, ya que las lágrimas amenazaban con brotar y el corazón le aporreaba el pecho de tal forma que tenía la sensación de que las mujeres de su alrededor podían oírlo—. ¡Y esto es lo que tanto anhelaba y lo que creía que me haría feliz!», pensó sintiéndose indeciblemente sola y desgraciada.

Cuando la liturgia frente al altar tocó a su fin, Barbro oyó discretos pasos acercándose por el pasillo. Era Ingmar, que venía buscando un sitio mejor. Prestó toda su atención a los pasos. «Irás a sentarse en el banco justo enfrente de Gertrud», pensó. Pero los pasos se detuvieron frente a su propio banco. Entonces no pudo evitar girar la cabeza de nuevo. Ingmar ocupaba un asiento en el banco justo frente al suyo. «Claro, es lo correcto —pensó—. Es en este banco donde se sientan los Ingmarsson.» Aun así, se alegró de que hubiera escogido justamente aquel banco.

Acabado el sermón, algunos que tenían prisa por volver a sus casas se pusieron en pie para marcharse y entonces Barbro aprovechó para levantarse también y abandonar la iglesia. No alzó los ojos cuando salió del banco, pero notó que Ingmar la miraba. De pronto se le ocurrió que él pensaría que ella se avergonzaba de mirarle a los ojos, así que levantó la vista y lo miró. Pero la expresión con que se topó fue totalmente distinta de la que esperaba. También él daba la impresión de sentirse tan colmado de dicha que le costaba aguantarse la risa. Ella apretó el paso y, una vez fuera, en la cuesta de la iglesia no se detuvo ni un segundo sino que fue derecha a casa. ¿Era posible que Ingmar estuviera allí plantado divirtiéndose a costa de ella y sus preocupaciones? De acuerdo que él fuera feliz ahora, pero aun así debería ponerse en su lugar y comprender lo penoso que resultaba todo aquello para ella. Caminando deprisa para llegar pronto a casa, era incapaz de quitarse la imagen de Ingmar de la cabeza. En realidad, no era ninguna clase de burla lo que había creído detectar. Él la había mirado como quien ha ido en pos de una pieza durante mucho tiempo y ahora se alegra de capturarla. «Esa cara la ponía mi padre cuando un zorro había caído en la trampa y sabía que el pobre no podría escapársele.»

Durante el trayecto a casa volvía la cabeza una y otra vez. «Soy una tonta si me hago ilusiones de que vendrá corriendo detrás de mí. Seguro que acompañará a Gertrud a casa del maestro.»

Ingmar salió de la iglesia un par de minutos después que Barbro. Pensaba darle alcance por el camino; sin embargo, de pronto se vio rodeado de gente que quería saber de sus parientes en Jerusalén y le pareció que era su obligación quedarse y atenderlos. Habían corrido muchos rumores acerca de cómo iban las cosas en Tierra Santa y también las preocupaciones y las preguntas habían sido muchas. La gente no se había atrevido a creer lo que relataban las cartas enviadas por los emigrantes. Ya se sabe que a los que abandonan su terruño no

les gusta reconocer que lo pasan mal. En cambio, cuando ahora Ingmar, que no pertenecía a su misma confesión, les explicaba cómo vivían, podían fiarse de que no les decía otra cosa que la pura verdad.

Justo en medio de una frase, Ingmar vio que el maestro Storm y la señora Stina venían hacia él. Ingmar sabía que nunca habían demostrado ninguna ira contra Gertrud por haberse fugado a Jerusalén, pero Ingmar no había ido a visitarlos, así que no habían cruzado una palabra con él desde ese día. Ahora, sin embargo, ambos se le acercaron con la mano extendida. Ingmar estrechó primero la de la señora Stina y después la del maestro Storm. Nadie hizo mención del pasado. No querían tener una riña en presencia de tanta gente.

—Mi Stina dice si te apetece venir a casa a tomar un bocado —dijo Storm.

—Si la señora Stina quiere recibir a un forastero así sin avisar, iré con mucho gusto —respondió Ingmar, alegrándose tanto de su reconciliación con la familia del maestro que por un momento casi se olvidó de Barbro.

—No recibiría a cualquiera —dijo la señora Stina—, pero tú eres como de la familia y te conformarás con lo poco que tengo.

Así pues, Ingmar se fue con el maestro Storm y su familia rumbo a la escuela, donde, como es fácil suponer, el regocijo fue inmenso. La gente se acercaba continuamente para dar la bienvenida a los recién llegados. Y se habló de todo lo que había sucedido, y, en medio de tanta euforia, también hubo alguna lágrima por los que habían muerto. Gertrud se apresuró a sacar del baúl todos los regalos que traían consigo. Los puso en hilera sobre dos mesas del aula y los fue entregando a sus destinatarios junto con todos los recuerdos y saludos que le habían encargado. No fue fácil para Ingmar marcharse de allí, especialmente cuando los Storm parecían casi igual de felices por haberle recuperado a él como a su Gertrud.

—¿No te irás ya? —dijo la señora Stina cuando él se puso en pie.

—Tendría que ir a ver cómo anda todo por casa.

—Allí ya llegarás a su debida hora.

Entonces le llegó el recado de que fuera corriendo a Ingmarsgården porque Stark Ingmar había caído enfermo y estaba agonizante. De ese modo pudo marcharse.

Tocando al camino, a un trecho de la finca de los Ingmarsson, había una mísera⁵⁹ cabaña. Cuando Ingmar se acercaba, vio a un hombre y una mujer

⁵⁹ Sión y Moria son dos de las colinas sobre las que se edificó la Jerusalén antigua. Sobre los montes Ofel y Sión construyó el rey David su ciudad mientras que su hijo Salomón construyó el famoso templo en el monte Moría, posteriormente reedificado por Herodes. La roca idolatrada a la que Ingmar despectivamente hace referencia es la que se encuentra en el interior de la mezquita de Omar, sobre la cual la tradición islámica dice que Mahoma rezó

saliendo por la puerta. El hombre ofrecía un aspecto desharrapado y sórdido y a Ingmar le pareció observar que la mujer le entregaba algo. A continuación, la mujer se apresuró a dirigirse a paso ligero hacia la finca, llevando un fardo en la mano.

Cuando Ingmar pasó por delante de la cabaña el hombre todavía estaba en la puerta, examinando un par de monedas de plata que tenía en la mano. Ahora Ingmar le reconoció: era Stig Börjesson. Éste no levantó la vista hasta que Ingmar hubo pasado de largo.

—¡Espera un momento, Ingmar, espera! —le gritó corriendo tras él por el camino—. No creas nada de lo que Barbro te diga. Se injuria a sí misma.

—Eso lo sabré yo sin necesidad de que tú me lo digas —le espetó Ingmar sin detenerse.

Al cabo de unos instantes, Ingmar le pisaba los talones a la mujer que acababa de despedirse de Stig Börjesson. Al parecer tenía mucha prisa e iba lo más veloz posible. Al oír que alguien la seguía, pensó que se trataba de Stig y dijo sin girarse:

—Tienes que conformarte con lo que te he dado. Ahora no me queda dinero. Otro día te daré más. —Ingmar no dijo nada pero apretó el paso—. Otro día te daré más con tal que no le digas nada a Ingmar —insistió ella.

En ese instante, Ingmar la alcanzó y le tocó el hombro. Ella se desasió y se giró hacia él con una expresión furiosa, sin detenerse. Pero cuando vio que se trataba de Ingmar y no de Stig, su ira se esfumó dando paso a una alegría conmovedora. Y entonces notó en el rostro de Ingmar la misma expresión que había visto antes: «Ya te tengo, ahora no te me escaparás», decían sus ojos.

«¿Por qué me mira así? —se preguntó apartándose de él—. Si ha vuelto con Gertrud y va a casarse con ella.»

La primera pregunta de Ingmar se refería a Stark Ingmar.

—Vino a mi encuentro tan pronto volví de la iglesia —dijo Barbro—, y me contó que la noche pasada le anunciaron que hoy moriría.

—¿Está enfermo? —preguntó Ingmar.

—Lleva todo lo que va de año aquejado de reuma, y no ha dejado de lamentarse de que nunca volvieras para que pudiera morir en paz. Decía que no podía irse de este mundo hasta que volviesses de la peregrinación.

—¿Quieres decir que hoy no tiene nada de particular?

—No, no está peor que de costumbre, pero lo que sí es verdad es que él cree que va a morir, así que se ha acostado en la alcoba. Se le ha metido en la cabeza que quiere que todo sea igual que cuando murió tu padre, y hemos tenido que mandar a buscar al párroco y el médico, ya que ellos también asistieron a don

antes de ascender al Cielo. La mezquita se construyó sobre el tabernáculo del antiguo Templo judío, que a su vez, según la tradición hebrea, se construyó sobre el lugar donde Abraham iba a sacrificar a Isaac. (*N. de la T.*)

Ingmar. También ha pedido el magnífico tapiz que cubría a don Ingmar, pero ya no está en la finca porque fue vendido en la subasta.

—Sí, se vendieron muchas cosas en aquella subasta —dijo Ingmar.

—Una criada creyó saber que Stig Börjesson se quedó con ese tapiz y he pensado que debía intentar recuperarlo para que Stark Ingmar lo tuviera todo a su gusto. He tenido suerte y lo he comprado. Aquí está —dijo mostrando el fardo que llevaba.

—Siempre has sido buena con los viejos de la casa —dijo Ingmar con voz algo quebrada, al tiempo que se situaba al costado de Barbro, que en ningún momento había dejado de andar. Su respiración era pesada y a ella se le ocurrió que sólo con que ella se hubiese detenido un instante, él la habría estrechado entre sus brazos.

Y sin duda era lo que Ingmar habría querido hacer; pero el recuerdo de Stark Ingmar le contuvo. «No es momento para hablar de esas cosas», pensó.

—No me has dado la bienvenida a casa —dijo.

—No —respondió ella, procurando dar a su voz un tono más alegre—, pero como comprenderás, estoy contenta de que hayas vuelto y de que traigas a Gertrud contigo.

—La tarea que me encomendaste no ha sido nada fácil.

—No, ya lo imagino. Sin embargo, me pareció que Gertrud estaba muy contenta de estar de vuelta en casa.

—Creo que está satisfecha con la nueva situación —dijo Ingmar escuetamente, y mientras se arrimaba a Barbro volvió a dibujársele una pequeña sonrisa en los labios.

«¿Pero qué hace? —pensó ella—. No lo entiendo.» Mas se dejó invadir por una alegría desbordante e incontrolable. Era exactamente igual que en el sueño, cuando se deslizaba cuesta abajo en el trineo mientras la primavera estallaba a su alrededor. Súbitamente, Barbro creyó comprender el comportamiento de Ingmar. La explicación era simple: se sentía tan feliz que le resultaba imposible ocultarlo. Al mirarla a ella, él se mofaba de sí mismo por haber llegado a creer, alguna vez, que la amaba. Ahora su corazón volvía a pertenecer a Gertrud, enteramente a ella, tal como lo había hecho durante la primera época de casados.

Barbro miró con ojos anhelantes el final del camino. «Ay, Dios, cuánto trecho queda aún —pensó—. Todavía falta media hora para llegar a casa y todo este rato tendré que pasarlo a su lado mientras él sólo piensa en la otra.» Volvió a mirar a Ingmar con el rabillo del ojo. Él lo advirtió y le hizo un gesto con la cabeza mientras la miraba con aquella expresión a la que, a pesar de todo, Barbro no acababa de encontrarle un sentido. «Tal vez se sienta agradecido porque le aparté de mi lado —se dijo—. Creerá que en el fondo fui yo la causante de que ahora sea tan feliz.»

—Quería darte las gracias por enviarme a Jerusalén —dijo él.

—En eso pensaba justamente —contestó Barbro—. Seguro que te alegras de haber ido allí.

—Sí, es un sitio muy peculiar.

—Te quedaste tanto tiempo que me figuraba que no volverías.

—¿Quedarme yo? Qué va, nunca pensé en hacerlo; sólo tenía que aprender un par de cosas antes de estar en condiciones de volver.

—Me gustaría saber qué cosas eran ésas —repuso ella, no por curiosidad sino porque creía conveniente mantener viva la conversación.

—Bien, fue muy curioso descubrir que de todas las maravillas que habíamos leído en las Escrituras allí no queda nada. No hay ninguna fortaleza real en Sión ni ningún templo en Moria, sólo una roca que muchos idolatran.⁶⁰ Y tampoco hay reyes, ni señores de la guerra, ni soldados, ni sumos sacerdotes, ni sirvientes del templo, ni el Arca de la Alianza con querubines y serafines. Yo me figuraba que sería así, pero de todos modos me costó entender por qué todo aquello, y muchas otras cosas que habían sido hermosas y magníficas, habían acabado destruidas. Pensé que si eso y todas las demás grandezas que los hombres han creado en la tierra hubieran subsistido, el mundo rebosaría de maravillas. Porque en Palestina, a cada paso se percibe el esplendor indescriptible de lo que fue. Entonces se me ocurrió que si todo aquello no hubiese sido destruido, nuestro trabajo ya no sería necesario. Y nada supone una mayor felicidad para la persona que crear ella misma lo que necesita y así demostrar de lo que es capaz; por eso lo viejo tiene que perecer. Fue así cómo caí en la cuenta de por qué el Señor permite que los reinos sucumban, las ciudades sean devastadas y las obras humanas barridas de la faz de la tierra como hojas al viento. Eso tiene que ser así para que los hombres siempre tengan algo nuevo que construir y con lo cual demostrar su valía. Dios no quiere que heredemos fincas y campos fértiles, sino que conquistemos de raíz todo aquello que debe ser nuestro.

—Así que esto es lo que has sacado en claro —dijo Barbro con extrañeza.

—No sé si esto puede servirnos de consuelo a todos —prosiguió Ingmar—, pero pienso que si yo hubiese heredado la finca de Ingmarsgården intacta, tal como estaba a la muerte de mi padre, y encima su buen nombre, no habría sido bueno para mí. No se me ocurre qué habría podido hacer con mi vida. Seguramente habría pasado los días tumbado sin hacer nada. En mi corazón me he rebelado muchas veces contra Dios, pero ahora le agradezco que haya destrozado mi felicidad porque, de ese modo, he podido contribuir a reconstruirla.

—Sí, eso está muy bien para el que lo consigue.

60

—También hay otra cosa con la que tuve que armarme de paciencia.

—¿Ah sí?

—Me costó mucho aceptar que fueran los mejores de entre nosotros los que se fueran de la parroquia y emigraran a una tierra dura donde no les esperaba nada más que calamidades.

—¿Y también a eso le encontraste explicación?

—No, no lo tengo claro del todo, pero de lo que sí me di cuenta es de que algo se avecina en Tierra Santa. Nuestro Señor ha congregado allí a gentes de todos los países. Es como si hubiese enviado una avanzadilla, algunos son destinados a las ciudades, otros a las zonas rurales. Ojalá pueda vivir lo suficiente para ver el día en que todos ellos se levanten y despierten a ese país dormido.

Barbro soltó un suspiro. Ingmar pensaba en cosas muy alejadas de su realidad. Ya no le preocupaban asuntos que la concernieran a ella.

—Me gustaría saber si yo allí también encontraría tanto consuelo como tú —dijo.

—Seguro que también aprenderías algo.

—Si estuviera segura me iría mañana mismo.

—Opino que te convendría ver los distintos pueblos que pululan por las calles de Jerusalén. —Barbro quiso saber qué utilidad le reportaría eso a ella—. Pues porque ahí conviven árabes y turcos y judíos y rusos, en fin, gentes de todo el mundo, a pesar de lo cual siguen siendo ellos mismos.

—Ahora no sé a qué te refieres.

—Me refiero a que allí nunca ves que alguien se duerma una noche como árabe y se despierte como griego.

—No, pero...

—Tampoco creo que eso pase aquí en nuestra tierra —añadió Ingmar con extrema dulzura—. Quien un día es una rosa no será un cardo al siguiente.

—Ahí te equivocas, hay rosales tan mal cuidados que lo único que dan son pinchos y espinas.

En ese momento llegaban a Ingmarsgården e Ingmar abrió el portón para que ella pasara. El portón de la entrada estaba cubierto por una superestructura y flanqueado por dos fachadas laterales, ahí nadie les vería. Entonces Ingmar, incapaz de controlarse por más tiempo, rodeó a Barbro con sus brazos y la estrechó con fuerza.

—No, no... Pero ¿qué significa esto? —exclamó ella procurando soltarse.

—Significa... significa que no voy a casarme con Gertrud. Ella no me quiere. Quiere a Gabriel.

—¡Ay, no puede ser! —Una renovada felicidad corrió por las venas de Barbro. Sin embargo, de un tirón deshizo el abrazo porque, por más que le

pesara, sintió que sería injusto permitir que Ingmar uniera su vida a la de ella — . Hay otras cosas que se interponen entre nosotros.

—Lo otro no me importa. ¿Crees que voy a renunciar a ti por culpa de unos cotilleos de viejas?

Barbro se puso lívida. Comprendió que sólo quedaba un modo de desalentarlo.

—¿Tampoco me preguntas nada sobre el niño que he tenido mientras tú estabas fuera?

—Las cosas no son tal como las has pintado a la gente.

—¿Crees que no?

—Te lo has inventado para apartarme de ti, pero yo te conozco. Si ese niño no fuera mío, tú ahora estarías en el fondo del río.

—Pues para que lo sepas, no ha faltado mucho.

—¡No te calumnies a ti misma, Barbro! —La inquietud hizo que su voz sonase temblorosa—. ¡No me mientas!

—No te miento —repuso ella con aspereza. Y apartó el brazo de él, que ya no ofreció ninguna resistencia, y entró en la casa.

Stark Ingmar yacía en el lecho de la alcoba. No tenía dolores pero el corazón le latía muy débilmente, y su respiración se iba dificultando por momentos. «Qué duda cabe que moriré en este día de hoy», pensó.

Mientras había estado solo, el violín permaneció a su lado. El moribundo hería débilmente las cuerdas, sacando notas sueltas a partir de las cuales él escuchaba melodías y baladas enteras. Cuando llegaron el médico y el párroco, apartó el violín y empezó a hablar de cosas extraordinarias que le habían ocurrido en su vida. Hacían referencia, principalmente, a don Ingmar y a los diminutos seres del bosque que durante mucho tiempo habían sido benévolos con él. Pero desde aquel aciago día en que Hellgum taló el rosal que crecía a las puertas de su cabaña, la vida se había vuelto amarga para él. Gnomos y elfos habían dejado de serle favorables y de cuidarle, y a partir de entonces empezaron los achaques y un sinfín de dolencias. «Ya puede el señor párroco creer —dijo— que me he alegrado mucho esta noche cuando ha venido don Ingmar a decirme que ya no tendría que vigilar su finca por más tiempo, sino que pronto podría descansar.»

Su actitud era muy solemne y resultaba obvio que creía a pies juntillas que iba a morir. El párroco quiso decir algo respecto a que no daba la impresión de estar muy enfermo; pero el doctor, sin embargo, que le había examinado y auscultado el corazón, dijo muy serio: «No crea, no crea, Stark Ingmar sabe lo que se dice. No está aquí postrado aguardando la muerte en vano, no.»

Cuando Barbro entró para desplegar el magnífico tapiz sobre él, el viejo palideció ligeramente.

—El final se aproxima —dijo, y acarició la mano de Barbro—. Quiero darte las gracias por esto y por todo lo que has hecho. Y perdóname que haya sido duro contigo últimamente.

Ella sollozó. Había tanta aflicción acumulada en su interior que le costó muy poco romper a llorar. El viejo volvió a acariciarle la mano y sonrió al verla llorar.

—Pronto tendremos a Ingmar aquí —dijo.

—Ya ha llegado —dijo Barbro—. Yo sólo he venido primero a decírtelo.

Cuando Ingmar entró, el viejo se incorporó trabajosamente en el lecho y le tendió la mano.

—Bienvenido seas —dijo.

Ingmar no era el mismo que había sido unas horas antes. Parecía cansado y abatido.

—No imaginaba que fueras a darme el disgusto de morirte el día de mi llegada —dijo.

—No me culpes por eso —contestó el viejo como excusándose—. Seguro que recordarás que don Ingmar me prometió que iría con él tan pronto volvieses de la peregrinación.

Ingmar se sentó en el borde de la cama. El anciano se puso a acariciarle la mano y guardó silencio. Era perceptible que la muerte se aproximaba. Stark Ingmar palidecía por momentos y en el pecho la respiración le silbaba pesadamente.

Barbro salió de la habitación y entonces el abuelo aprovechó para interrogar a Ingmar.

—¿Regresas satisfecho? —le preguntó escudriñándolo severamente.

—Sí —dijo Ingmar muy tranquilo, y le dio unos golpecitos en la mano—. El viaje ha merecido la pena.

—Por aquí han corrido rumores de que traerías a Gertrud contigo.

—Sí, ha venido conmigo y se va a casar con Gabriel, el hijo de Hök Matts.

—Y tú, Ingmar, ¿estás conforme?

—Plenamente conforme —respondió con decisión.

El abuelo lo miró interrogante. Sacudió la cabeza. Daba la impresión de que mucho de todo aquello se le escapaba.

—¿Qué le pasa a tu ojo? —dijo.

—Lo perdí en Jerusalén.

—¿Y con eso también estás conforme? —preguntó el viejo.

—Ay, abuelo, ya sabes que a aquel que obtiene una gran dicha nuestro Señor siempre le pide algo a cambio.

—¿Y te ha concedido una gran dicha?

—Sí —respondió Ingmar—, he podido reparar el mal que he hecho.

El moribundo empezó a removerse en la cama.

— ¿Tienes dolores? —le preguntó Ingmar.

—No, pero estoy preocupado.

—Dime qué es.

—Ingmar, ¿no me estarás mintiendo para que pueda morir en paz? —dijo el viejo con mucha ternura. Ingmar, pillado por sorpresa, perdió la serenidad desmoronándose entre sollozos—. ¡Cuéntame la verdad! —pidió Stark Ingmar.

Al punto Ingmar se calmó y dejó de sollozar.

—Creo que tengo derecho a llorar cuando estoy a punto de perder a un amigo como tú.

La respuesta desasosegó todavía más al viejo, cuya frente se perló de sudor frío.

—Acabas de volver a casa, Ingmar —dijo—, y no sé yo si te iban llegando noticias de la finca.

—Sí, de eso que estás pensando me enteré en Jerusalén.

—Tendría que haber vigilado mejor lo que era tuyo —dijo Stark Ingmar.

—Te diré una cosa, abuelo: te equivocas si piensas algo malo de Barbro.

—¿Que me equivoco, dices? —repuso el viejo.

—Sí —contestó Ingmar subiendo la voz—. Menos mal que he vuelto a casa, así al menos tendrá a alguien que la defienda.

El viejo quiso contestar pero Barbro, que había salido al comedor para preparar la bandeja con el café para los visitantes, había escuchado toda la conversación por la puerta entornada. Ahora entró rápidamente en la alcoba y se dirigió hacia Ingmar para decirle algo. Pero en el último momento pareció cambiar de opinión y se inclinó sobre el abuelo, preguntándole cómo se encontraba.

—Desde que he podido hablar con Ingmar me encuentro mejor —respondió él.

—Sí, sienta bien hablar con él —dijo Barbro, y fue a sentarse junto a la ventana.

Poco después quedó de manifiesto que Stark Ingmar se disponía para el tránsito. Yacía con los ojos cerrados y las manos entrelazadas. Los presentes guardaban silencio para no molestarle.

Sin embargo, en su mente, Stark Ingmar no hacía más que retroceder al día en que muriera don Ingmar. Veía la alcoba tal como estaba cuando él entró para despedirse. Recordó a los pequeños rescatados por su amo, que estaban sentados en la cama junto a él cuando murió. Al recordar este detalle se ablandó sobremanera. «¿Ve usted, don Ingmar, como es mucho más importante que yo? —musitó, convencido de que su amigo de juventud se encontraba muy cerca de él—. El párroco y el doctor están aquí, y su tapiz está extendido sobre mi pobre cuerpo pero me falta un niño que juegue a los pies de la cama.» Apenas pronunciadas esas palabras, oyó que alguien le respondía: «Pues en la

finca hay un niño por el que podrías realizar una buena acción desde tu lecho de muerte.»

Al oír aquello, Stark Ingmar sonrió. Creyó comprender lo que debía hacer. Con una voz ya muy debilitada pero todavía nítida, empezó a lamentarse de que el párroco y el médico tuvieran que esperar tanto rato a que muriera.

—Pero ya que el señor párroco se encuentra aquí —dijo—, aprovecho para decirle que en la casa hay un niño sin bautizar. Y me preguntaba si usted, señor párroco, no tendría la bondad de bautizarlo mientras espera.

La habitación estaba ya antes sumida en el silencio, pero tras aquellas palabras el silencio aún se hizo más profundo. No obstante, el párroco dijo:

—Qué buena idea por tu parte, Stark Ingmar. Hace tiempo que deberíamos haber pensado en ello.

Barbro se levantó de un brinco, consternada.

—No, ¿no querrá hacer eso ahora? —dijo. Había vivido en la creencia que el bautizo significaría anunciar quién era el padre del niño y por esa razón lo había pospuesto. «Tan pronto Ingmar y yo estemos definitivamente divorciados lo bautizaré», había pensado. Ahora no cabía en sí de espanto. Tampoco sabía de qué modo proceder ahora que Ingmar ya no iba a desposar a Gertrud.

—Podrías darme la satisfacción de realizar una buena acción en mi lecho de muerte —dijo Stark Ingmar, utilizando las mismas palabras que le había parecido escuchar hacía un momento.

—No puede ser —dijo Barbro.

Entonces intervino el médico a fin de que triunfara la voluntad del viejo.

—Estoy seguro de que Stark Ingmar respirará mejor si se le da la oportunidad de pensar en otra cosa que en la inminencia de su muerte.

Barbro se sentía como maniatada por aquello que le pedían en una habitación donde un hombre estaba a punto de exhalar su último suspiro. Débilmente, se quejó:

—¿Acaso no pueden entender que es imposible?

El párroco se acercó a ella y le dijo con gravedad:

—Barbro, es necesario que tu hijo sea bautizado, entiéndelo.

—Sí, claro, pero hacerlo ahora no me parece apropiado —murmuró ella—. Mañana iré a la parroquia con el niño. No sería decoroso hacerlo hoy que Stark Ingmar está en las últimas.

—Ya ves que a Stark Ingmar le darías una gran alegría —se obstinó el párroco.

Hasta ese momento, Ingmar había permanecido callado e inmóvil. Pero ver a Barbro tan humillada e infeliz le sublevó profundamente. «Esto que le piden es muy difícil para alguien tan orgulloso como ella», pensó, incapaz de soportar que la persona que había amado y honrado más que a nadie se viese expuesta a la vergüenza y la deshonra.

—Olvida tu sugerencia —le dijo a Stark Ingmar—, es pedirle demasiado a Barbro.

—Se lo pondremos muy fácil, sólo tiene que traer al niño —terció el párroco.

—No, no, es completamente imposible —dijo Barbro mientras se devanaba los sesos buscando algo con que aplazar aquel bautizo.

Stark Ingmar se incorporó en el lecho y dijo poniendo énfasis en cada palabra:

—Ingmar, si no haces que mi último deseo se cumpla, te pesará mientras vivas.

Entonces Ingmar se levantó de golpe y se acercó a Barbro e, inclinándose sobre ella, le susurró:

—Ya sabes que una mujer casada no necesita poner ningún otro nombre en la partida de bautismo que el de su marido. —A continuación, dijo en voz alta—: Voy a avisar que traigan al niño. —Miró a Barbro, quien se estremeció en su asiento. «Parece a punto de perder la compostura», pensó.

Sin embargo, lo que horrorizaba a Barbro era el cambio sufrido por Ingmar. Parecía tan extenuado como si no le quedaran fuerzas para vivir. «Creo que le estoy matando del disgusto», pensó.

Ingmar salió y los breves preparativos no tardaron en llevarse a cabo. De la pequeña bolsa de mano que el sacerdote siempre llevaba consigo fueron sacados la sotana y el misal, y trajeron un cuenco con agua. A continuación entró la tía Lisa con el niño.

El párroco iba abotonándose la sotana.

—Ante todo debo saber qué nombre recibirá el niño —dijo.

—Barbro lo decidirá —propuso el médico.

Todos se volvieron hacia Barbro, cuyos labios se abrieron un par de veces pero no dejaron escapar ni un solo sonido. La espera se prometía interminable. Ingmar pensó: «Ahora recuerda el nombre que su hijo debería llevar si todo fuera como debería ser. Es la vergüenza lo que le impide hablar.» Se compadeció tanto de ella que su ira se desvaneció y el gran amor que albergaba por su esposa se apoderó de él. «¿Qué más da? De todos modos vamos a divorciarnos. Lo mejor sería que dejáramos que la gente creyese que el niño es mío, así ella salvaría su reputación y su buen nombre.»

Pero como no quería decir esto claramente, optó por sugerir:

—Como es Stark Ingmar quien ha propuesto este bautizo, opino que el niño debería llevar su nombre. —Y miró a su esposa mientras lo decía, para ver si ella captaba sus intenciones.

Pero en el momento en que él acabó la frase, Barbro se levantó y, avanzando despacio por la habitación, se colocó frente al párroco. Acto seguido dijo con voz firme:

—Ingmar ha sido tan bueno conmigo que ya no soporto hacerle sufrir más, por eso voy a reconocer que el niño es suyo. Pero no puede llamarse Ingmar porque está ciego y es idiota.

Dicho esto, sintió una gran amargura por haber dejado que le arrebataran su secreto. «Creo que es mejor para Ingmar que lo sepa porque así no tendrá una mala opinión de mí; pero ahora tengo que matarme porque no puedo volver a ser su esposa», pensó. Se echó a llorar amargamente e, incapaz de dominar el llanto, salió corriendo de la habitación para no molestar al moribundo.

En la sala grande se echó sobre la enorme mesa, deshecha en llanto.

Al cabo de un rato levantó la cabeza y prestó atención a lo que ocurría en la alcoba, donde alguien estaba hablando en voz baja. Era la vieja Lisa narrando sus peripecias arriba en la cabaña del bosque.

De nuevo le sobrevino la amargura por haber revelado su secreto, y una vez más lloró convulsivamente. ¿Qué poder la había obligado a hablar justo cuando Ingmar lo había arreglado todo para que ella pudiera callar un par de semanas más hasta que el divorcio le fuese concedido? «Ahora no tengo más remedio que matarme. Esto es el fin.»

Entonces volvió a prestar atención. El párroco estaba leyendo el sacramento. Hablaba con tanta claridad que pudo entender todas las palabras. Finalmente, llegó el momento de darle el nombre. El nombre lo pronunció más fuerte que el resto: «Ingmar.» Al oírlo, volvió a llorar de pura impotencia.

Al cabo de un instante la puerta se abrió y salió Ingmar. Ella fue hacia él obligándose a cortar el llanto.

—Entre nosotros todo tiene que quedar tal como acordamos antes de que te fueras. Lo entiendes, ¿verdad? —dijo.

Ingmar le pasó lentamente la mano por el pelo.

—No quiero obligarte a nada. Después de lo que acabas de hacer sé perfectamente que me amas más que a tu propia vida.

Ella tomó una de sus manos y la apretó con fuerza.

—¿Me prometes que podré cuidar del niño sola?

—Sí —dijo Ingmar—, si eso es lo que quieres. Gammel Lisa nos ha contado lo que has luchado por ese niño. Nadie podría tener corazón para arrebátártelo.

Barbro le miró maravillada. No concebía que todos sus temores se hubieran esfumado de repente.

—Creía que serías inflexible si llegabas a saber la verdad —le dijo—. Te lo agradezco mucho más de lo que soy capaz de expresar. Me alegra que nos separemos como amigos, para que podamos hablar tranquilamente cuando nos veamos.

Una sonrisa cruzó el rostro de Ingmar.

—No paro de pensar en si no te gustaría retirar la petición de divorcio — dijo.

Al ver aquella sonrisita en sus labios ella centró su atención. Nunca le había visto así. Todo su rostro se había transformado, se diría que una luz interior iluminaba sus toscas facciones, haciendo que fuese realmente bello a la vista.

—¿Qué pasa Ingmar? —preguntó—. ¿Qué tienes en mente? Oí que le ponías Ingmar al niño. ¿Qué has pretendido con eso?

—Ahora vas a oír algo muy interesante, Barbro —repuso él tomando sus manos—. Después de que Gammel Lisa nos hubiera explicado cómo lo habíais pasado arriba en el bosque, pedí al médico que examinara al niño. Y el médico no le encuentra ningún defecto. Dice que es pequeño para su edad pero que está completamente sano y que posee la misma capacidad mental de cualquier niño.

—¿Al doctor no le parece que es feo y raro? —replicó ella con la respiración entrecortada.

—Mucho me temo que los niños de mi familia no salen más guapos —dijo Ingmar.

—¿Y tampoco cree que sea ciego?

—El doctor se va a reír de ti mientras viva, Barbro, por imaginarte algo así. Dice que te va a mandar un colirio para que le enjuagues los ojos. Y dentro de una semana tendrá los ojitos tan claros como cualquiera.

Barbro se precipitó hacia la alcoba. Ingmar le pidió que volviera.

—No te lleves al niño ahora —le dijo—. Stark Ingmar ha pedido que lo pongamos en la cama con él. Y dice que ahora está igual de bien que mi padre. Seguramente no querrá separarse del niño hasta que muera.

—No voy a quitarle el niño. Pero quiero hablar con el doctor personalmente.

Al regresar, pasó por delante de Ingmar y fue a detenerse frente a la ventana.

—Se lo he preguntado al doctor y ahora sé que es verdad. —Barbro alzó los brazos al cielo. Era como cuando un ave enjaulada recupera la libertad y extiende las alas—. Tú, Ingmar, no sabes qué es la desdicha —dijo—. Nadie lo sabe.

—Barbro —dijo Ingmar—, ¿puedo hablarte de nuestro futuro ahora?

Ella no le escuchaba. Había juntado las manos y empezaba a darle las gracias a Dios. Hablaba en voz baja y excitada, pero Ingmar la oía sin dificultad. Todo el dolor que había sentido por su hijo mermado se lo confiaba a Dios y luego le dio las gracias porque el niño fuera a ser como los demás; porque ella lo vería jugar y correr; porque iría a la escuela y aprendería el abecedario; porque con el tiempo sería un joven fuerte que manejaría el hacha y el arado;

porque un día tomaría esposa y se convertiría en el amo de aquella antigua finca.

Cuando hubo dado las gracias a Dios por todo ello, se aproximó a Ingmar y le dijo con la cara radiante:

—Ahora sé por qué mi padre decía que los Ingmarsson son la mejor gente de la parroquia.

—Es porque Dios es más compasivo con nosotros que con el resto — contestó Ingmar—. Pero ahora, Barbro, quiero hablarte de...

Ella le interrumpió.

—No, es porque no os rendís hasta que conseguís reconciliaros con nuestro Señor —repuso—. ¿Qué habría sido de mi hijo si no te hubiera tenido a ti de padre?

—Es muy poco lo que he podido hacer por él —dijo Ingmar.

—Gracias a ti, la maldición le ha sido levantada —dijo Barbro con sentimiento—. Gracias a la peregrinación que hiciste todo ha salido bien. Fue lo único que me mantuvo en pie durante el invierno, en ocasiones se encendía la esperanza de que Dios sería misericordioso conmigo y con el niño, tan sólo por tu viaje a Jerusalén.

Ingmar agachó la cabeza.

—Que yo sepa, Barbro, en toda mi vida no he sido otra cosa que un pobre miserable —dijo con el ánimo igual de melancólico que hacía un momento.

Estaban sentados uno junto al otro en el banco empotrado. La esposa se arrió a Ingmar; sin embargo, el brazo de él colgaba flojo hacia el suelo y su expresión se tornaba cada vez más lúgubre.

—Creo que estás enfadado conmigo —dijo ella—. Te estás acordando de lo dura y cruel que he sido contigo ahí fuera, en el camino. Pero tienes que saber que ha sido el momento más amargo de mi vida.

—Cómo quieres que esté contento —dijo Ingmar—, si todavía no sé cómo estamos tú y yo. Me dices cosas muy bonitas pero no contestas a mi pregunta de si te atreves a quedarte aquí conmigo como mi mujer.

—¿No te lo he dicho? —se extrañó ella, sonriente. Y al punto la acometió un ramalazo del antiguo temor y se estremeció. Pero entonces paseó la vista alrededor, abarcó con los ojos toda la antigua sala, la ventana baja y alargada, los bancos pegados a la pared y el hogar donde generación tras generación se había ocupado de sus tareas a la lumbre de los leños de pino resinoso. Todo esto la llenó de confianza. Sintió que aquel lugar la protegería y cuidaría de ella—. No quiero vivir en ningún otro sitio que no sea bajo tu techo y en tu casa —dijo.

Al poco tiempo, el párroco abrió la puerta de la alcoba e indicó que entraran.

—Stark Ingmar ya ve los cielos abiertos —les dijo mientras ellos pasaban delante de él.